

**EL LIBRO DE MI
DESTINO**
**PARINOUSH
SANIEE**



EL LIBRO DE MI
DESTINO
PARINOUSH
SANIEE



narrativa
salamandra

PARINOUSH SANIEE

EL LIBRO DE
MI DESTINO

Parinoush Saniee

EL LIBRO DE MI DESTINO



Sin tener en cuenta el honor y la reputación de su padre, mi amiga Parvaneh hacía cosas

sorprendentes. Hablaba en voz alta por la calle y miraba los escaparates, incluso a veces se paraba y me señalaba los artículos expuestos. Daba igual que le repitiera: «Vámonos, es

de mala educación»; no me hacía caso. En una ocasión, hasta me gritó desde la acera de

enfrente y, por si fuera poco, me llamó por mi nombre de pila. Sentí tanta vergüenza que

rogué que se me tragara la tierra.
Gracias a Dios, no había por allí cerca
ningún hermano

mío, porque no sé qué habría pasado si
me hubieran visto.

Cuando nos marchamos de Qum, mi
padre permitió que siguiera asistiendo a
la escuela.

Más tarde, al explicarle que en Teherán
las niñas no llevaban chador en clase y
que sería el hazmerreír de mis
compañeras, accedió a que me pusiera
sólo un *hiyab*, un pañuelo de cabeza,
pero hube de prometerle que iría con
cuidado y que no me estropearía ni
corrompería, para que él no tuviera que

avergonzarse de mí. Yo no entendía que una niña

podiera estropearse, como la comida; pero sí sabía qué hacer para no avergonzar a mi padre, aunque no llevara chador ni *hiyab*. Una vez oí que mi tío Abbas le decía:

«Hermano, una muchacha tiene que ser buena por dentro. No se trata de que lleve un *hiyab* adecuado. Si es mala, puede hacer mil cosas bajo su chador que mancillen el honor de su padre. Ahora que te has instalado en Teherán, tendréis que vivir como teheranís. Los

tiempos en que se encerraba a las chicas en casa pasaron a la historia. Déjala ir a

la escuela y vestirse como las otras niñas, o sólo conseguirás que destaque aún más.»

El tío Abbas era muy sensato y prudente, yo lo adoraba. Entonces él ya llevaba casi

diez años viviendo en Teherán; sólo regresaba a Qum cuando moría algún familiar. Mi abuela paterna, que en paz descansa, siempre le decía: «Abbas, ¿por qué no vienes a verme más a menudo?» Y el tío Abbas soltaba una carcajada y respondía: «Qué quieres que haga. Diles a nuestros parientes que se mueran más a menudo.» Mi abuela le daba un

cachete y le pellizcaba la mejilla, tan fuerte que le quedaba la marca un buen rato.

La mujer de mi tío Abbas era de Teherán. Siempre usaba chador cuando venía a Qum,

pero todos sabían que en la capital prescindía hasta del *hiyab*. Sus hijas no observaban esas normas de conducta y tampoco llevaban *hiyab* en la escuela.

Cuando murió mi abuela, sus hijos vendieron la casa familiar donde vivíamos y

repartieron las ganancias. El tío Abbas le dijo a mi padre:

—Hermano, éste ya no es un buen sitio para vivir. Haz las maletas y ven a Teherán.

Uniremos nuestras partes y compraremos una tienda. Te alquilaré una casa cerca de la mía

y trabajaremos juntos. Ven; empieza a construir tu propia vida. El único sitio donde puedes ganar dinero es en la capital.

Al principio, mi hermano mayor, Mahmud, se opuso.

—En Teherán, la fe y la religión son algo secundario —decía.

Pero mi hermano Ahmad estaba contento.

—Sí, tenemos que ir —insistía—. Al fin y al cabo, debemos labrarnos un futuro.

—Pero pensad en las niñas —les advirtió madre—. En Teherán no encontrarán un marido decente, allí no conocemos a nadie. Todos nuestros amigos y parientes viven aquí.

Masumeh tiene su certificado de primaria desde el año pasado y ya ha estudiado un año

más de la cuenta. Va siendo hora de casarla. Y Fati debe empezar la escuela este año. Sólo

Dios sabe qué sería de ella en Teherán. Todos dicen que las niñas criadas allí se estropean.

—No se atreverá —dijo Alí, que cursaba cuarto grado—. ¿Acaso no estoy yo aquí? La

vigilaré como un halcón y no dejaré que se desvíe. —Y le propinó una patada a Fati, que

jugaba sentada en el suelo. Mi hermana se echó a llorar, pero nadie le hizo caso.

—Eso son tonterías —repuse yo, yendo a abrazarla—. ¿Insinúas que todas las niñas de Teherán son malas?

Mi hermano Ahmad, que adoraba Teherán, le gritó a Fati:

—¡Cállate! —Entonces se volvió hacia los demás y añadió—: El problema es

Masumeh. La casaremos aquí y nos iremos a Teherán. Así nos quitamos un problema de

encima. Y Alí se encargará de vigilar a Fati. —Dio unas palmaditas en el hombro a Alí y,

orgullosa, dijo que su hermano pequeño era honesto y actuaría responsablemente.

Me sentí frustrada. Ahmad siempre se había opuesto a que yo fuera a la

escuela.

Como él era muy mal estudiante, suspendía un curso tras otro y había tenido que dejar los

estudios; no quería que fuera más culta que él.

A mi abuela, que en paz descansa, tampoco le gustaba que yo siguiera en el colegio, y

siempre le estaba diciendo a mi madre: «Tu hija no tiene aptitudes. Cuando la cases, te la

devolverán al cabo de un mes.» Y a mi padre: «¿Por qué sigues gastando dinero

en esa niña? Las niñas son inútiles. Pertenecen a otro. Trabajas mucho, gastas mucho en ella, y al final tendrás que pagar mucho más para entregársela a otro hombre.»

Ahmad estaba a punto de cumplir los veinte, pero todavía no tenía empleo fijo. Aunque trabajaba de recadero en la tienda del bazar del tío Asadolá, siempre andaba deambulando

por las calles. No se parecía a Mahmud, que, pese a ser sólo dos años mayor que él, era

serio, responsable y tan devoto que jamás olvidaba sus oraciones ni se saltaba los ayunos.

Todos creían que Mahmud le llevaba diez años a Ahmad.

Madre quería que Mahmud se casara con mi prima materna, Ehteram-Sadat, y decía

que ésta era una *sayyida*, una descendiente del Profeta. Pero yo sabía que a mi hermano le gustaba Mabubeh, mi prima paterna. Cada vez que venía a nuestra casa, Mahmud se ruborizaba y empezaba a tartamudear. Se quedaba en un rincón, desde el cual observaba a

Mabubeh, sobre todo cuando le resbalaba el chador de la cabeza. Y ella, bendita sea, era

tan alocada y traviesa que olvidaba cubrirse debidamente. Cuando mi abuela la regañaba

por no ser más recatada delante de un hombre que no era pariente directo suyo, le contestaba riendo: «¡Tranquila, abuela!, es como si fueran mis hermanos.»

Yo me había fijado en que, nada más marcharse Mabubeh, Mahmud se sentaba a rezar

durante dos horas, y luego no paraba de repetir: «¡Que Dios se apiade de mi alma!»

Supongo que creía que había pecado,

pero eso sólo Dios lo sabe.

Durante un tiempo, antes de irnos a vivir a Teherán, hubo peleas y discusiones frecuentes

en casa. Sólo había acuerdo unánime en que tenían que casarme y librarse de mí. Parecía que toda la población de Teherán estuviera aguardando mi llegada para corromperme. Yo

iba a diario al santuario de la santa Masumeh y le suplicaba que intercediese para que mi

familia me llevara consigo y me dejara ir a la escuela. Lloraba y me lamentaba de no ser

un chico, y soñaba con enfermarse y morir, como Zari. Zari era tres años mayor que yo, pero

contrajo difteria y murió a los ocho.

Gracias a Dios, mis oraciones fueron escuchadas, y nadie llamó a nuestra puerta para

pedir mi mano. Cuando llegó el momento, mi padre arregló sus asuntos y el tío Abbas nos

alquiló una casa cerca de la calle Gorgan. Todos estaban pendientes de lo que la vida me

depararía. Cada vez que mi madre se

encontraba en compañía de personas a quienes consideraba importantes, comentaba: «Ya va siendo hora de casar a Masumeh», mientras

yo me ruborizaba de rabia y humillación.

Pero la santa Masumeh estaba de mi parte y nadie apareció. Al final, mi familia habló

con un antiguo pretendiente que ya se había casado y divorciado, para proponerle que me

ofreciera matrimonio. Era acomodado y relativamente joven, pero no se sabía por qué se

había divorciado apenas unos meses después de casarse. Me pareció feo y antipático.

Cuando descubrí los horrores que me esperaban, dejé a un lado el recato y las ceremonias,

me arrojé a los pies de mi padre y lloré desconsoladamente hasta que accedió a llevarme

con ellos a Teherán. Mi padre tenía buen corazón y me quería aunque fuera una niña.

Según mi madre, después de la muerte de Zari, él se había preocupado mucho por mí; yo

era muy delgada y mi padre temía que muriera también. Siempre creyó que, como se había

mostrado desagradecido cuando nació Zari, Dios lo había castigado y se la había llevado.

Quién sabe, quizá también había sido desagradecido en el momento de mi nacimiento.

Pero yo lo quería mucho. Era la única persona en casa que me entendía.

Todos los días, cuando mi padre volvía del trabajo, yo cogía una toalla y esperaba junto a la fuente. Él se apoyaba en mi hombro y metía los pies en el agua

varias veces.

Luego se lavaba las manos y la cara. Le tendía la toalla y, mientras se secaba, me miraba

con sus ojos castaño claro, y entonces yo confirmaba que me quería y que estaba orgulloso

de mí. Me daban ganas de besarlo, pero no estaba bien visto que una niña ya mayor besara

a un hombre, aunque fuera su padre. Por el motivo que fuese, se compadeció de mí y le

juré que no me echaría a perder ni le

daría motivos para avergonzarse de su hija.

Aunque había conseguido que me llevaran a Teherán, que me dejaran ir a la escuela iba a

ser más difícil. Ahmad y Mahmud se oponían a que yo continuara estudiando, y mi madre

creía que era más importante que me apuntara a clases de costura. Pero con mis ruegos, súplicas y lágrimas incontenibles conseguí convencer a mi padre para que les plantara cara, y al final me matriculó en el octavo curso de la escuela secundaria.

Ahmad se enfadó tanto que, de haber podido, me habría estrangulado, y aprovechaba

cualquier excusa para pegarme. Pero yo sabía qué era lo que en el fondo lo fastidiaba, y

por eso me callaba. Mi escuela no estaba muy lejos de casa; sólo tardaba quince o veinte

minutos a pie. Al principio, Ahmad me seguía a hurtadillas, pero yo me ceñía bien el chador procurando no darle ningún pretexto. Mahmud, por su parte, dejó de hablarme y me ignoraba por completo.

Mis dos hermanos mayores encontraron trabajo. Mahmud en una tienda del bazar, propiedad del hermano del señor Mozaffari, y Ahmad como aprendiz en un taller de carpintería del barrio de Shemiran. Según Mozaffari, Mahmud no salía de la tienda y era

digno de confianza, y mi padre siempre decía: «En realidad, es Mahmud quien lleva el negocio del señor Mozaffari.» Ahmad enseguida hizo amigos y empezó a llegar tarde a casa por las noches. Al final, todos nos dimos cuenta de que el pestazo que desprendía era

de alcohol, *arak* para ser exactos, pero nadie decía nada. Padre agachaba la

cabeza y no le devolvía el saludo; Mahmud le daba la espalda y murmuraba: «Que Dios tenga piedad, que Dios tenga piedad», y madre corría a recalentarle la cena y decía: «Mi hijo tiene dolor de muelas y se ha puesto alcohol para aliviarse.» No estaba claro qué clase de dolor de muelas era aquél, un dolor que jamás se curaba, pero ella acostumbraba encubrir a Ahmad.

Al fin y al cabo, era su predilecto.

Mi hermano Ahmad había encontrado otro pasatiempo: vigilar la casa de nuestra

vecina desde una ventana del piso de arriba. La señora Parvin se pasaba la

vida arreglando

cosas en su patio delantero, y a veces se le resbalaba el chador. Ahmad no se movía de la

ventana de la sala de estar. Una vez, incluso vi que se comunicaban mediante signos y gestos.

El caso es que Ahmad estaba tan entretenido que se olvidó de mí por completo.

Cuando mi padre me dio permiso para ir a la escuela con un pañuelo de cabeza en vez del

chador, sólo tuve que soportar un día de

gritos y peleas. Ahmad no lo olvidó, pero dejó de

regañarme y ni siquiera me dirigía la palabra. Para él, yo era la personificación del pecado.

Ni me miraba.

Sin embargo, no me importaba. Iba a la escuela, sacaba buenas notas y tenía muchas

amigas. ¿Qué más podía pedirle a la vida? Era realmente feliz, y lo fui aún más cuando Parvaneh se convirtió en mi mejor amiga y prometimos no tener secretos entre nosotras.

Parvaneh Ahmadi era una chica muy alegre. Se le daba bien el voleibol y jugaba en el equipo del colegio, pero en los estudios no iba muy bien. Yo estaba convencida de que no

era mala chica, aunque no respetara las normas. Me refiero a que no distinguía el bien del

mal ni lo correcto de lo incorrecto, y nunca pensaba en el buen nombre ni el honor de su

padre. Tenía hermanos, pero no los temía. A veces hasta se peleaba con ellos y, si le pegaban, devolvía los golpes. Parvaneh lo encontraba todo gracioso y reía dondequiera que

estuviese, incluso en la calle. También parecía que no le hubieran enseñado que cuando una chica ríe no deben vérselo los dientes y nadie debe oírla. Se extrañaba mucho

si yo le decía que reír así era indecoroso y que no debía hacerlo. Entonces me miraba sorprendida y me preguntaba: «¿Por qué?» A veces se quedaba mirándome como si yo fuera de otro planeta. (¿Y acaso no tenía razón?) Por ejemplo: ella conocía los nombres de

todos los coches y quería que su padre se comprara un Chevrolet negro. Yo ignoraba qué

tipo de coche era un Chevrolet, pero no quería admitirlo para no hacer el ridículo.

Un día señalé un coche muy bonito que parecía nuevo y pregunté:

—Parvaneh, ¿ése es el Chevrolet que te gusta?

Ella miró el coche, luego a mí, soltó una carcajada y dijo casi a gritos:

—¡Qué risa! ¡Cree que un Fiat es un Chevrolet!

Me ruboricé, muerta de vergüenza por sus carcajadas y por mi estupidez al haber revelado, finalmente, mi

ignorancia.

La familia de Parvaneh tenía una radio y un televisor. Yo había visto un televisor en

casa del tío Abbas, pero en la mía sólo teníamos una radio grande. En vida de mi abuela, y

cuando mi hermano Mahmud estaba en casa, nunca escuchábamos música, porque era

pecado, sobre todo si el cantante era mujer y la canción, ligera. Nuestros padres eran muy

religiosos y sabían que escuchar música

era inmoral, pero no eran tan estrictos como Mahmud y les gustaban las canciones. Cuando mi hermano mayor no estaba, mi madre encendía la radio. Ponía el volumen bajo, por supuesto, para que no la oyeran los vecinos.

Incluso se sabía la letra de algunas canciones, sobre todo las de Puran Shahpuri, y solía cantarlas en voz baja en la cocina.

—Madre, sabes muchas canciones de Puran —le dije un día.

Ella dio un respingo.

—¡Cállate! —me espetó—. ¿Qué pretendes? ¡Que tu hermano nunca te

oiga decir esas

cosas!

Cuando mi padre llegaba a la hora de comer, encendía la radio para escuchar las noticias de las dos y luego se le olvidaba apagarla. Entonces empezaba el programa de música «Golha» y, sin darse cuenta, movía la cabeza al compás de la música. No me importa lo que dijeran: estoy convencida de que le encantaba la voz de Marzieh. Cuando

ponían sus canciones, mi padre nunca decía «¡Que Dios tenga piedad de nosotros! ¡Apaga

eso!» Pero, si cantaba Vighen, de pronto

se acordaba de su fe y devoción y gritaba: «¡Ya

vuelve a cantar ese armenio! ¡Apaga la radio!» Sin embargo, a mí me gustaba la voz de

Vighen. No sé por qué, pero me recordaba al tío Hamid. Que yo recuerde, Hamid era un

hombre apuesto. No se parecía a sus hermanos ni a sus hermanas. Olía a colonia, algo nada habitual en mi familia. Cuando era pequeña, me cogía en brazos y le decía a mi madre:

—¡Te felicito, hermana! ¡Qué niña tan preciosa! Gracias a Dios, no se parece a

sus hermanos. Si no, tendrías que buscar un gran tonel y encurtirla en vinagre para aclararle la piel.

—Pero ¡qué dices! —exclamaba mi madre—. ¿Acaso mis hijos son feos? Son muy

guapos, lo que pasa es que tienen la piel un poco aceitunada, pero eso no es malo. Los hombres no deben ser guapos. ¡Siempre se ha dicho que los hombres han de ser

desgarbados, feos y antipáticos!

Y lo repetía como una cantinela, mientras su hermano reía a carcajadas.

Yo me parecía a mi padre y a su hermana. La gente solía tomarnos a mi prima Mabubeh y

a mí por hermanas. Pero ella era más guapa. Yo era delgada y ella, llenita; yo tenía un pelo lacio que, hiciera lo que hiciese, no conseguía rizar, mientras que la densa cabellera de mi prima estaba repleta de tirabuzones. Pero ambas teníamos los ojos verde oscuro y la piel

clara, y al reír nos salían hoyuelos en las mejillas. Mabubeh tenía los dientes un poco

torcidos, y siempre me decía: «Tienes mucha suerte. Qué dientes tan blancos y rectos.»

Mi madre y el resto de la familia eran diferentes. De piel aceitunada, ojos negros y pelo rizado, estaban un poco gordos, aunque ninguno era tan corpulento como la hermana

de mi madre, la tía Gamar. No eran feos, desde luego, y mi madre aún menos. Cuando se

depilaba las cejas y el vello facial, era clavada al retrato de Miss Sunshine de nuestros platos y bandejas. Mi madre tenía un lunar junto al labio, y siempre decía: «El día que vuestro padre vino a pedir mi mano, se enamoró de mí nada más reparar en mi lunar.»

Yo tenía siete u ocho años cuando el tío

Hamid se marchó. Al venir a despedirse, me cogió

en brazos, miró a mi madre y le dijo:
«Te lo ruego por Dios, hermana: no cases a esta flor

antes de tiempo. Déjala estudiar y convertirse en una dama.»

El tío Hamid fue el primer miembro de la familia que viajó a Occidente. Yo no tenía

ninguna imagen de ningún país extranjero. Creía que el extranjero era un lugar como Teherán, sólo que más lejano. De vez en cuando, nos enviaba una carta y fotografías para

la abuelita Aziz. Eran unas fotos preciosas. No sé por qué, pero siempre aparecía de pie en un jardín, rodeado de plantas, árboles y flores. Más adelante envié una donde se lo veía con una mujer rubia que no llevaba *hiyab*. Nunca olvidaré ese día. Al atardecer, la abuelita Aziz vino para que mi padre le leyera la carta. Mi padre estaba sentado al lado de su madre, mi otra abuela, en los cojines del suelo. Primero leyó la carta en silencio, y de pronto exclamó: «¡Maravilloso! ¡Felicidades! Hamid Aga se ha casado y nos envía una fotografía de su esposa.»

La abuelita Aziz se desmayó, y mi abuela paterna, que nunca se había

llevado bien con ella, se tapó la boca con el chador y rió. Mi madre se daba palmadas en la cabeza, sin

saber si desmayarse o reanimar a su madre. Al final, cuando la abuelita Aziz recobró el conocimiento, y tras beber abundante agua caliente con azúcar, preguntó:

—Pero, esa gente, ¿no son pecadores?

—¡No, no lo son! —exclamó mi padre con despreocupación—. Al fin y al cabo, son

cultos. Armenios.

La abuelita Aziz empezó a darse

palmadas en la cabeza, pero mi madre le sujetó las

manos y dijo:

—Basta, por el amor de Dios. No es tan grave. La ha convertido al islam. Puedes ir y

preguntar a cualquier varón. Un musulmán puede casarse con una no musulmana y

convertirla. Y además así gana una recompensa de Dios.

—Sí, lo sé —repuso la abuelita, lanzándole una mirada lánguida—. Algunos de

nuestros profetas e imanes tomaron esposas no musulmanas.

—Esto es una bendición —aseguró mi padre, jovial—. ¿Cuándo vamos a celebrarlo?

Una esposa extranjera merece una gran fiesta.

Mi abuela paterna frunció el ceño y dijo:

—¡Dios nos libre! Todas las nueras son malas, pero ésta, para colmo, es extranjera, ignorante, y no sabe nada de la pureza y la impureza en nuestra fe.

La abuelita Aziz, que parecía haber

recobrado las fuerzas, se recompuso y, cuando se levantó para marcharse, declaró:

—Una novia es una bendición. Nosotros no somos como otros, que no valoran a sus

nuevas y creen que lo que se han llevado a su casa es una sirvienta. Nosotros queremos a

nuestras nuevas y estamos orgullosos de ellas, ¡y más si se trata de una occidental!

Mi abuela, que no podía tolerar que su consuegra presumiera, comentó con malicia:

—Sí, ya vi lo orgullosa que estabas de la esposa de Asadolá Jan. —Y añadió —: Y a

saber si será cierto que se ha convertido al islam. Quizá haya convertido a Hamid Aga en

un pecador. De hecho, Hamid Aga nunca ha practicado la fe como es debido. De lo contrario, no se habría ido a vivir al país del pecado.

—¿Has visto, Mostafá Jan? —saltó la abuelita Aziz—. ¿Has oído lo que me ha dicho?

Al final, mi padre intervino y zanjó la discusión. La abuelita Aziz organizó una

gran

fiesta y alardeó ante todos de su nuera occidental. Enmarcó la fotografía, la puso en una

repisa y se la enseñó a las mujeres. Pero hasta el día de su muerte siguió preguntándole a

mi madre: «¿La esposa de Hamid se volvió musulmana? ¿Y si Hamid se hubiera

convertido en armenio?»

Tras morir la abuelita Aziz, las noticias que recibíamos del tío Hamid cada vez escaseaban más. Una vez llevé sus

fotografías a la escuela y se las mostré a mis amigas. A

Parvaneh le gustaron mucho. «Es guapísimo —dijo—. Qué suerte tuvo marchándose a

Occidente. A mí me encantaría ir.»

Parvaneh conocía muchas canciones. Era una gran admiradora de Delkash. En la escuela,

la mitad de las niñas adoraban a Delkash, y la otra mitad a Marzieh. Yo tuve que hacerme

admiradora de Delkash. Si no, Parvaneh habría dejado de ser mi amiga. Hasta

conocía a

cantantes occidentales. En su casa tenían un gramófono y ponían discos. Un día me lo enseñó. Parecía una maleta pequeña con la tapa roja; me explicó que se trataba de un gramófono portátil.

El curso escolar todavía no había terminado, pero yo ya había aprendido mucho.

Parvaneh siempre me pedía prestadas las libretas y los apuntes y a veces estudiábamos juntas. A ella no le importaba venir a casa. Era muy simpática y se conformaba con todo, y no se fijaba en lo que nosotros teníamos

o no.

Nuestra casa era relativamente pequeña. En el portal había tres escalones que daban al

patio delantero, con un estanque rectangular en el centro. En un lado habíamos puesto una

gran cama de madera y en el otro había un arriate de flores alargado, paralelo al estanque.

La cocina, que siempre estaba a oscuras, se encontraba al final del patio, separada de la casa. Al lado estaba el cuarto de baño. Fuera había un lavamanos, de modo que no teníamos

que utilizar la bomba del estanque para lavarnos la cara y las manos. Dentro de

la casa, a la izquierda de la puerta principal, cuatro escalones conducían a un pequeño rellano al que daban las dos habitaciones de la planta baja. Una escalera llevaba al piso superior, donde había otras dos habitaciones comunicadas. La de la parte delantera, con dos ventanas, era la sala de estar: desde un lado se veía el patio y parte de la calle, y desde

el otro, la casa de la señora Parvin. Las ventanas de la otra habitación, donde dormían Ahmad y Mahmud, daban al patio trasero, desde donde se divisaba

el patio de la casa que

había detrás de la nuestra.

Siempre que venía Parvaneh, íbamos al piso de arriba, a sentarnos en la sala de estar. No

había gran cosa, sólo una gran alfombra roja, una mesa redonda y seis sillas de madera alabeada, una gran estufa en el rincón y al lado varios cojines de suelo y respaldos. La única decoración en la pared era una alfombra enmarcada con el sura *Van Yakad* del Corán. También había una repisa, que mi madre había tapado con un bordado sobre el que

había dispuesto el espejo y los

candelabros de la ceremonia de su boda.

Parvaneh y yo nos sentábamos en los cojines del suelo y hablábamos en voz baja, reíamos y estudiábamos. Yo tenía prohibido ir a su casa.

—Ni se te ocurra pisar la casa de esa chica —gruñía Ahmad—. Para empezar, su

hermano es un zopenco, y ella es descarada y caprichosa. Al infierno con ella, hasta su madre se pasea por ahí sin *hiyab*.

—¿Y quién lleva *hiyab* en esta ciudad? —replicaba yo. Como es lógico, sólo lo murmuraba.

Un día en que Parvaneh quiso enseñarme sus revistas *Woman's Day*, fui a su casa a escondidas, sólo cinco minutos. Estaba muy limpia, era muy bonita y había muchos objetos preciosos. De todas las paredes colgaban cuadros de paisajes y retratos de mujeres.

En la sala había unos grandes sofás azul marino con faldones de borlas. Las cortinas de las ventanas que daban al patio eran de terciopelo a juego con los sofás. El comedor estaba en

el lado opuesto, separado de la sala de estar por otras cortinas. En el salón había un televisor y unas cuantas butacas y sofás. Desde allí se accedía a la

cocina, el cuarto de baño y el retrete. No tenían que cruzar continuamente el patio delantero, soportando el frío en invierno y el calor en verano. Los dormitorios estaban en el piso de arriba. Parvaneh y su hermana pequeña, Farzaneh, compartían habitación.

¡Qué suerte! Nosotros no disponíamos de tanto espacio. Aunque en teoría teníamos cuatro habitaciones, en realidad vivíamos todos en la gran sala de la planta baja, donde comíamos y cenábamos; en invierno montábamos el *korsi*, y Fati, Alí y yo dormíamos allí.

Mis padres dormían en la habitación de al lado, donde había una gran cama de

madera y

un armario para la ropa y los trastos. Cada uno tenía un estante para sus libros, pero, como yo tenía más que nadie, ocupaba dos.

A mi madre le gustaba mirar las fotografías de *Woman's Day*, pero escondíamos las revistas para que no las vieran mi padre y Mahmud. Yo leía el consultorio sentimental y

las novelas por entregas, y luego se lo contaba a mi madre. Exageraba tanto los detalles que casi la hacía llorar, y yo también lagrimeaba. Parvaneh y yo habíamos decidido que todas las semanas, cuando su madre y ella

hubieran terminado de leer el nuevo ejemplar,

nos lo regalarían.

Le conté a Parvaneh que mis hermanos no me dejaban ir a su casa.

—¿Por qué? —me preguntó, sorprendida.

—Porque tienes un hermano mayor.

—¿Dariush? ¿Hermano mayor? Pero ¡si tiene un año menos que nosotras!

—Pero ya no es un crío, y aseguran que no es correcto.

—No entiendo vuestras costumbres, la verdad —repuso ella encogiéndose de

hombros. Pero no volvió a pedirme que fuera a su casa.

En los exámenes de evaluación obtuve unas notas excelentes y las maestras me

elogiaron mucho. En cambio, en mi casa nadie reaccionó. Mi madre no entendió lo que le

conté.

—¿Y qué? ¿Qué crees que has conseguido? —me espetó mi hermano Mahmud.

—Y entonces, ¿por qué no eres la mejor alumna de tu clase? —me preguntó padre.

Cuando llegó el verano, Parvaneh y yo dejamos de vernos. Los primeros días, ella aún venía a mi casa cuando no estaban mis hermanos. Nos quedábamos hablando en el portal,

pero mi madre no paraba de quejarse. Ya no se acordaba de que en Qum se pasaba las tardes charlando y comiendo semillas de sandía con las mujeres del barrio hasta que mi padre volvía. En Teherán no tenía amigas ni conocidas, y las mujeres del barrio la miraban

por encima del hombro. Más de una vez

se habían reído de ella, para gran disgusto de mi

madre. Con el tiempo, se le olvidó aquella costumbre de pasar la tarde de cháchara, y por

eso a mí no me dejaba hablar con mis amigas.

En general, mi madre no se alegraba de que nos hubiéramos ido a vivir a Teherán.

—Nosotros no estamos hechos para esta ciudad —decía—. Todos nuestros amigos y

parientes viven en Qum. Aquí me

encuentro muy sola. Si ni la esposa de tu tío, esa que se

da tantos aires, nos hace ningún caso, ¿qué podemos esperar de los desconocidos?

Rezongó y protestó hasta que convenció a mi padre para que nos enviara a Qum, a casa de su hermana, a pasar el verano.

—Aquí todo el mundo se va a veranear a su casa de campo, y tú quieres que nos vayamos a Qum —bromeé.

—Qué rápido has olvidado de dónde vienes, ¿eh? —replicó mi madre, fulminándome

con la mirada—. Antes vivíamos en Qum todo el año y nunca te quejabas. ¡Y ahora la señorita quiere ir de veraneo! Hace un año que no veo a mi pobre hermana, no sé nada de

mi hermano, no he visitado las tumbas de mis parientes... Con que sólo nos quedemos una

semana en casa de cada pariente, no nos daremos ni cuenta y el verano habrá pasado.

Mahmud accedió a dejarnos ir a Qum, pero quería que nos quedáramos con la

hermana de padre, porque de ese modo, cuando fuera a visitarnos los fines de

semana, sólo tendría que ver a Mabubeh y a nuestra tía.

—Quedaos en casa de la tía —propuso—. No hay ninguna necesidad de que os

hospedéis en tantas casas distintas. Si lo hacéis, habréis abierto las puertas a todos para que vengan a Teherán a visitarnos, lo que sólo nos traerá complicaciones.

Así de hospitalario era mi hermano.

—¡Muy bonito! —replicó madre, enojada—. Te parece bien que vayamos a casa de tu tía y que ellas vengan aquí, pero no quieres ni oír hablar de que mi pobre hermana venga

de visita.

Me entraron ganas de decirle: «¡Dale una colleja! ¡Dale un pescozón y ponlo en su sitio!»

Nos fuimos a Qum. No protesté mucho, porque Parvaneh y su familia pasarían el verano

en la finca de su abuelo, en Golab-Darreh.

Regresamos a Teherán a mediados de agosto. Allí había suspendido varias asignaturas

y tenía que repetir los exámenes finales. No sé por qué mis hermanos eran tan

vagos para

los estudios. Mi pobre padre tenía grandes sueños para sus hijos; quería verlos convertidos en médicos e ingenieros. En realidad, me alegré de volver a casa. No soportaba que viviéramos como vagabundos, de una casa a otra, de tía materna a tío paterno y de tía paterna a tío materno... Lo que menos me gustó fue la estancia en casa de la hermana de

mi madre. Parecía una mezquita, mi tía no paraba de preguntarnos si habíamos rezado nuestras oraciones y se quejaba de que no lo hacíamos correctamente. Se pasaba el día jactándose de lo piadosa

que era y de los parientes de su marido, que eran todos mulás .

Un par de semanas después, Parvaneh y su familia regresaron también a Teherán.

Y

cuando empezó el nuevo curso escolar, mi vida volvió a colmarse de alegría.

Estaba muy

contenta de ver a mis amigas y mis maestras. A diferencia del año anterior, ya no era una

recién llegada ni una novata; ya no me sorprendía por todo, no hacía comentarios estúpidos, las redacciones que escribía tenían más calidad literaria,

era tan espabilada como las niñas de Teherán y sabía expresar mis opiniones. Y por todo eso le estaba agradecida a Parvaneh, que había sido mi primera y mejor maestra. Aquel año también descubrí el placer de leer otros libros que no fueran los de texto.

Intercambiábamos novelas románticas, las leíamos con muchos suspiros y lágrimas y pasábamos horas comentándolas.

Parvaneh hizo un bonito «Álbum de opiniones». Su prima, que tenía muy buena letra,

escribía los títulos en cada página, y mi amiga pegaba una fotografía adecuada.

Todas las

niñas de clase, sus parientas y algunas amigas de su familia escribían respuestas a cada pregunta. Las contestaciones a cuestiones como «¿Cuál es tu color favorito?» o «¿Cuál es

tu libro preferido?» no eran muy interesantes. Pero las respuestas a «¿Qué opinas del amor?», «¿Alguna vez has estado enamorada?» y «¿Qué requisitos debe cumplir el marido

ideal?» resultaban fascinantes. Había quienes escribían con toda franqueza, sin plantearse

lo que pasaría si el álbum acababa en manos de la directora del colegio.

Yo hice un álbum de poesía, en el que escribía mis poemas favoritos con pulcra caligrafía. A veces hacía algún dibujo al lado o pegaba una fotografía que Parvaneh recortaba para mí de sus revistas extranjeras.

Una luminosa tarde de otoño, cuando volvíamos andando de la escuela, Parvaneh me pidió

que la acompañara a la farmacia a comprar un vendaje adhesivo. La farmacia estaba a mitad de camino entre el colegio y mi casa. El doctor Atai, el farmacéutico, era un anciano muy

circunspecto al que todo el mundo conocía y respetaba. Cuando entramos, no había

nadie tras el mostrador. Parvaneh llamó al doctor y se puso de puntillas para ver más allá del mostrador. Un joven con bata blanca estaba arrodillado ordenando las cajas de medicinas de los estantes inferiores. Se levantó y preguntó:

—¿En qué puedo ayudarlas?

—Necesito un vendaje adhesivo — contestó Parvaneh.

—Muy bien. Ahora mismo se lo traigo.

—¿Quién es? ¡Es guapísimo! —susurró mi amiga, propinándome un codazo.

El joven le dio el vendaje, y entonces ella se acuclilló para sacar el dinero de su mochila y volvió a susurrarme:

—¡Eh! Míralo. Es guapo de verdad.

Alcé la vista y nuestras miradas se encontraron un instante. Experimenté una extraña

sensación en todo el cuerpo; noté que me ruborizaba y rápidamente agaché la cabeza. Era

la primera vez que sentía una emoción tan rara. Miré a Parvaneh y le dije:

—Vámonos. —Y salí a toda prisa de la farmacia.

—¿Qué te pasa? —me preguntó mi amiga, siguiéndome—. ¿Es la primera vez que ves

a un chico?

—Me ha dado vergüenza.

—¿Vergüenza?

—De las cosas que dices de un hombre al que no conoces.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? Es muy

indecoroso. Me parece que te ha oído.

—No, no me ha oído. No ha oído nada. Además, ¿qué he dicho que sea tan horrible?

—Que es guapo y que...

—¡Por favor! —exclamó Parvaneh—. Aunque me haya oído, seguramente se habrá

sentido halagado. Pero, entre tú y yo, después de mirarlo bien me he fijado en que no es

tan guapo. Tengo que decirle a mi madre que el doctor Atai ha contratado un dependiente.

Al día siguiente salimos rumbo al colegio un poco tarde, pero cuando pasamos por la

farmacia advertí que el joven nos miraba. De regreso, nos asomamos al escaparate. El chico estaba ocupado, pero me pareció que nos veía. A partir de ese día, según un acuerdo

tácito, nos veíamos todas las mañanas y tardes. Y Parvaneh y yo encontramos un nuevo y

emocionante tema de conversación. Al poco tiempo, la noticia se había extendido por la

escuela: todas las niñas hablaban del

apuesto joven que habían contratado en la farmacia y

buscaban cualquier excusa para ir a verlo.

Parvaneh y yo nos acostumbramos a verlo a diario, y creo que él también esperaba vernos pasar. No nos poníamos de acuerdo sobre a qué actor se parecía más, aunque al final decidimos que a Steve McQueen. Yo había aprendido mucho y ahora conocía los

nombres de numerosos actores extranjeros famosos. Un día obligué a mi madre a llevarme al cine, y le encantó. A partir de entonces, una vez a la semana, y sin que se enterara Mahmud,

íbamos al cine de la esquina. Solían pasar películas indias que nos hacían llorar

a lágrima viva.

Parvaneh no tardó en obtener información sobre el empleado farmacéutico. El doctor

Atai, que era amigo de su padre, había comentado: «Said estudia farmacia en la universidad. Es buen chico. Es de Rezaieh.»

A partir de entonces, intercambiábamos miradas con más naturalidad, y Parvaneh le puso un apodo: Don Angustias.

—Siempre parece preocupado y expectante, como si buscara a alguien— explicó.

Aquél fue el mejor año de mi vida. Todo me salía bien. Estudiaba mucho, mi amistad con

Parvaneh se fortalecía día a día y poco a poco nos convertimos en almas gemelas. Lo único que ensombrecía mi felicidad era el horror que me producían los susurros en mi casa, cada vez más frecuentes a medida que se acercaba el final de curso, y la amenaza de que pusieran fin a mi educación.

—No puede ser —dijo Parvaneh—. No

serían capaces de hacerte eso.

—Es que no lo entiendes. No les importa si los estudios me van bien o no. Dicen que

todo lo que pase de los tres primeros años de secundaria no puede beneficiar a ninguna niña.

—¿Los tres primeros años? —exclamó Parvaneh, sorprendida—. Hoy en día, ni

siquiera el graduado escolar es suficiente. En mi familia, todas las chicas han ido a la universidad. Bueno, sólo las que aprobaron los exámenes de ingreso. Y tú seguro que apruebas. Eres más inteligente que ellas.

—¡La universidad! Me contentaría con que me dejaran acabar la secundaria.

—Pues tienes que plantarles cara.

¡Qué cosas decía Parvaneh! No tenía ni idea de mis circunstancias. Podía hacerle frente a mi madre, contestarle y defenderme, pero no podía hablar con franqueza con mis

hermanos.

Cuando hicimos los exámenes finales, fui la segunda mejor alumna de mi curso. La profesora de Literatura, que me tenía mucho cariño, al entregarme el boletín de notas me

dijo:

—¡Enhorabuena! Tienes mucho talento.
¿Qué quieres estudiar?

—Mi sueño es estudiar Literatura —
contesté.

—Cuánto me alegro. De hecho, iba a
proponértelo.

—Pero es que no puedo, señorita. Mi
familia se opone. Dicen que tres años de
educación secundaria ya bastan para una
chica.

La señorita Bahrami frunció el ceño,
negó con la cabeza y entró en la

secretaría. Al

cabo de unos minutos salió con la directora, que cogiendo mi boletín de notas dijo:

—Sadegui, dile a tu padre que venga a la escuela mañana. Me gustaría hablar con él.

Y dile que, si no viene, no te entregaré las notas. ¡No te olvides!

Esa noche, cuando le conté a mi padre que la directora de la escuela quería verlo, se

sorprendió.

—¿Qué has hecho? —me preguntó.

—Nada, te lo prometo.

—Mujer, ve a la escuela a ver qué quieren —dijo entonces, dirigiéndose a mi madre.

—No, padre, eso no servirá —intervine —. Quieren hablar contigo.

—¿Qué quieres decir? ¡No pienso entrar en una escuela de niñas!

—¿Por qué? Los otros padres sí van. Dicen que, si no te presentas, no me entregarán

el boletín de notas.

Mi padre puso ceño. Le serví el té e intenté engatusarlo un poco.

—Padre, ¿te duele la cabeza? ¿Quieres que te traiga las pastillas? —Le puse un cojín

en la espalda y le llevé un vaso de agua. Al final, accedió a ir a la escuela conmigo al día siguiente.

Cuando entramos en el despacho de la directora, ésta se levantó, saludó

afectuosamente a mi padre y le ofreció asiento.

—Lo felicito, tiene una hija excelente —dijo—. Saca muy buenas notas, es muy

educada y muy buena. —Yo, que me había quedado de pie en el umbral, agaché la cabeza

y no pude evitar sonreír. La directora me miró y dijo—: Querida Masumeh, espera fuera,

por favor. Quiero hablar con el señor Sadegui.

No sé qué le dijo, pero, cuando mi padre salió del despacho, estaba sonrojado, le brillaban los ojos y me miró con orgullo y bondad.

—Vamos al despacho de la supervisora ahora mismo a matricularte para el año que viene. No tengo tiempo para volver

más tarde —anunció.

Me puse tan contenta que creí que iba a desmayarme.

—Gracias, padre. Te quiero. Te prometo que seré la mejor alumna de la clase. Haré todo lo que me pidas. Ojalá Dios me deje dar la vida por ti —añadí, caminando tras él.

—¡No digas esas cosas! —exclamó mi padre riendo—. Lo único que lamento es que

tus indolentes hermanos no se parezcan un poco más a ti.

Parvaneh me esperaba fuera. La pobre

estaba tan preocupada que no había pegado ojo

en toda la noche. Me preguntó por señas: «¿Qué ha pasado?» Puse cara triste, negué con la

cabeza y me encogí de hombros. Mi amiga debía de estar conteniendo las lágrimas, porque de pronto empezaron a resbalarle por la cara.

—¡No, tonta! —exclamé, corriendo hacia ella y abrazándola—. ¡Es mentira! Todo ha

ido bien. Me he matriculado para el año que viene.

Nos pusimos a saltar en el patio, riendo como locas y enjugándonos las lágrimas de felicidad.

La decisión de mi padre provocó un gran revuelo en casa. No obstante, se mantuvo firme.

—La directora de la escuela asegura que tiene mucho talento y que llegará a ser alguien importante —declaró.

Y a mí, loca de alegría, no me importó lo que dijeran los demás. Ni siquiera las miradas de odio de Ahmad lograban asustarme.

Llegó de nuevo el verano, y aunque eso implicaba que Parvaneh y yo

volveríamos a

separarnos, estaba contenta porque sabía que el curso siguiente estaríamos juntas otra vez.

Como sólo pasamos una semana en Qum, todas las semanas Parvaneh encontraba alguna

excusa para venir a Teherán con su padre y visitarme. Estaba empeñada en que fuera a pasar unos días con ellos a Golab-Darreh. A mí me habría encantado, pero sabía que mis

hermanos no me dejarían, así que ni siquiera saqué el tema. Parvaneh aseguraba que, si su

padre hablaba con el mío, lo convencería para que me diera permiso. Pero yo no quería causarle más quebraderos de cabeza a mi padre. Sabía que rechazar la invitación del señor

Ahmadi le sería difícil, como lo era controlar las discusiones y peleas que había en mi casa. En cambio, para ganarme el favor de mi madre accedí a tomar clases de costura, y

así tener al menos alguna habilidad cuando me fuera a vivir al hogar de mi marido.

Casualmente, la escuela de costura estaba en la calle contigua a la farmacia.

Said enseguida reparó en mi nuevo horario de clases, de tal modo que siempre salía a la puerta

a tiempo. Una manzana antes de llegar a la farmacia, el corazón empezaba a latirme con

fuerza y se me aceleraba la respiración. En vano trataba de no mirar hacia la farmacia ni

ruborizarme. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, enrojecía hasta la raíz del pelo.

Resultaba muy violento. Y él, con timidez y mirándome expectante, me saludaba con una

inclinación de cabeza.

Un día, al doblar la esquina, me topé con él. Me aturullé tanto que se me cayó la regla

de costura. Él se agachó, la recogió y, cabizbajo, dijo:

—Perdóneme por haberla asustado.

—No pasa nada —repuse. Cogí la regla y me escabullí.

Tardé mucho en recuperarme. Cada vez que recordaba aquel momento, me ruborizaba

y notaba un agradable estremecimiento

en el corazón. No sabía por qué, pero estaba segura de que él experimentaba lo mismo.

Cuando llegaron los primeros vientos de otoño y los primeros días de septiembre, nuestra

larga espera finalizó y Parvaneh y yo volvimos a la escuela. Teníamos infinidad de cosas

que contarnos. Estábamos impacientes por compartir todo lo que había pasado a lo largo

del verano, lo que habíamos hecho y pensado. Pero siempre acabábamos hablando de Said.

—Dime la verdad —dijo Parvaneh—.
¿Cuántas veces has ido a la farmacia en
mi

ausencia?

—Te prometo que no he entrado ni una
sola vez —contesté—. Me habría dado
mucha

vergüenza.

—¿Por qué? Él no tiene ni idea de lo
que pensamos o decimos.

—¿Eso es lo que crees tú!

—¿Qué? ¿Te ha dicho algo? ¿Cómo lo
sabes?

—No, no me ha dicho nada. Pero me lo parece.

—Bueno, podemos hacer como si no supiéramos nada y seguir a la nuestra.

Pero lo cierto es que algo había cambiado. Mis encuentros con Said habían adquirido

un cariz diferente; parecían más serios. Notaba un fuerte aunque silencioso vínculo con él

que no resultaba fácil ocultarle a Parvaneh. Cuando sólo hacía una semana que habían empezado las clases, mi amiga encontró un pretexto para ir a la farmacia y me llevó con

ella. Yo me moría de vergüenza. Era como si toda la ciudad supiera qué ocurría en mi corazón, como si todos estuvieran observándome. Cuando Said nos vio entrar, se quedó paralizado. Parvaneh le pidió varias veces una caja de aspirinas, pero él no parecía oírla.

Al final se acercó el doctor Atai, saludó a Parvaneh y le preguntó por su padre.

—¿Qué haces ahí parado como un pasmarote? —le espetó entonces a Said —. Dale a

la señorita una caja de aspirinas.

Cuando salimos, todo se había desvelado.

—¿Has visto cómo te miraba? —me preguntó Parvaneh, sorprendida. Yo no dije nada;

ella me miró a los ojos—. ¿Por qué estás tan pálida? ¡Pareces a punto de desmayarte!

—¿Yo? ¡Qué va! No me pasa nada.

Pero me temblaba la voz. Seguimos andando en silencio. Mi amiga iba muy pensativa.

—¿Qué pasa, Parvaneh? ¿Estás bien?

De pronto explotó como un barril de pólvora y, en voz aún más alta de lo normal, me

soltó:

—Eres mala y astuta. Y yo, qué estúpida soy. ¿Por qué no me lo contaste?

—¿Contarte qué? No había nada que contar.

—Está claro que vosotros dos tenéis algo. Habría que ser ciego para no verlo. Dime la

verdad, ¿hasta dónde habéis llegado?

—¿Cómo puedes decir eso?

—¡Basta! Deja de hacerte la tonta. Eres capaz de cualquier cosa. ¡Desde llevar ese pañuelo de cabeza hasta esta

aventura! ¡Qué tonta soy! Y yo que creía que Said salía a la

puerta para verme a mí. Qué ladina.

Ahora entiendo por qué dicen que los de Qum son astutos como zorros. Ni siquiera me lo has contado a mí, que soy tu mejor amiga. Yo te lo

cuento todo. Especialmente las cosas importantes como ésta.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Júrame que no se lo dirás a nadie, por favor —le supliqué, agarrándola del brazo—.

No hables tan alto en la calle, es de

mala educación. Pueden oírte. Te juro por la vida de

mi padre, te juro sobre el Corán que no ha pasado nada.

Pero, como un torrente que va cobrando fuerza, mi amiga estaba cada vez más furiosa.

—Eres una traidora. Y te atreves a escribir en mi álbum que tú no piensas en esas cosas, que para ti lo único importante son los estudios, que los hombres no te interesan, que son malos, que no está bien hablar de esos temas, que es pecado...

—Basta, te lo suplico. Te lo juro sobre

el Corán: entre nosotros no hay nada.

Estábamos cerca de su casa cuando por fin me derrumbé y me eché a llorar. Mis lágrimas la hicieron reaccionar, como agua que sofocara las llamas de su ira.

—¿Y ahora por qué lloras? —inquirió en un tono más suave—. ¡Y en plena calle!

Sólo estoy enfadada porque no entiendo por qué me lo ocultaste. Yo te lo cuento todo.

Le juré que siempre había sido su mejor amiga y que nunca había tenido ni tendría secretos para ella.

Juntas, Parvaneh y yo experimentamos todas las etapas del amor. Ella estaba tan emocionada como yo y no dejaba de preguntarme: «¿Qué sientes ahora?» En cuanto me

veía pensativa, me decía: «Dime, ¿en qué piensas?» Y yo le hablaba de mis fantasías, mis

ansiedades, mis emociones, mis preocupaciones acerca del futuro y el miedo a que me obligaran a casarme con otro hombre. Ella cerraba los ojos y exclamaba: «¡Qué poético!

De modo que esto es enamorarse. Pero yo no soy tan sensible ni tan emotiva como tú.

Muchas cosas que se dicen los enamorados me dan risa. Y nunca me ruborizo. Así que

¿cómo sabré que estoy enamorada?»

Los hermosos y radiantes días de otoño pasaron muy deprisa. Said y yo todavía no nos habíamos dicho ni una palabra. Pero ahora, cada vez que Parvaneh y yo pasábamos delante de la farmacia, él murmuraba un saludo en voz baja, provocándome un vuelco en

el corazón, como un fruto maduro que cae en un cesto.

Todos los días, Parvaneh averiguaba algún dato nuevo sobre Said. Ya

sabíamos que era de Rezaieh, donde seguían viviendo su madre y sus hermanas; provenía de una familia

respetada; se apellidaba Zareii; su padre había fallecido hacía unos años; estudiaba tercero de Farmacia; era muy inteligente y aplicado; y el doctor Atai confiaba en él sin reservas y estaba satisfecho con su trabajo. Cada nueva información era como un sello de aprobación

sobre mi puro e inocente amor. Me parecía conocerlo desde siempre; creía que pasaría el

resto de mi vida a su lado.

Una o dos veces por semana, mi amiga inventaba algún pretexto para llevarme a la farmacia. Said y yo nos mirábamos con disimulo; a él le temblaban las manos; a mí se me

encendían las mejillas. Parvaneh vigilaba atentamente cada uno de nuestros movimientos.

—Siempre me había preguntado qué significaba «comerse con los ojos» — me dijo

una vez—. ¡Ahora por fin lo sé!

—¡Parvaneh! ¡No digas esas cosas!

—¿Por qué? ¿Acaso es mentira?

Por las mañanas, ponía especial cuidado en peinarme y me colocaba el pañuelo de forma

que me recogiera bien el flequillo y dejara al descubierto mi melena por la espalda. Me esforzaba en hacerme unos tirabuzones, pero mi pelo no se rizaba.

—¡No seas idiota! —me dijo un día Parvaneh—. Tienes un pelo precioso. Llevarlo

liso es la última moda. ¿No te has enterado? En la escuela, las chicas se planchan el pelo.

Lavaba y planchaba regularmente mi uniforme escolar. Le supliqué a mi

madre que comprara más tela y encargara uno nuevo a la modista, porque las prendas que me hacía

ella eran sosas y sin estilo. En mis clases de costura sólo había aprendido a encontrar fallos a lo que cosía mi madre. La señora Parvin me confeccionó un uniforme muy elegante; en secreto le pedí que me acortara un poco la falda. Aun así, el mío era el uniforme más largo de toda la escuela. Cuando ahorré un poco de dinero, Parvaneh y yo

fuimos de compras. Me compré un pañuelo de cabeza de seda verde oscuro.

—Te favorece mucho —aseguró mi

amiga—, realza el verde de tus ojos.

Ese año el invierno fue frío. Aún no se había derretido la nieve de las calles cuando ya

volvía a nevar. Por la mañana, con hielo por todas partes, teníamos que ir con cuidado al

cruzar la calzada. Alguien resbalaba y caía a diario, y un día me tocó a mí. Estaba cerca de casa de Parvaneh cuando resbalé en el hielo y me di un fuerte golpe. Intenté levantarme,

pero me dolía mucho un tobillo. En cuanto puse el pie en el suelo, una punzada de dolor se

extendió hasta mi cintura y volví a caerme. Justo en ese momento mi amiga salió de su casa, y también apareció Alí, que se dirigía a la escuela. Me ayudaron a levantarme y me

acompañaron a casa. Mi madre me vendó el tobillo, pero por la tarde el dolor y la hinchazón habían empeorado. Cuando los hombres volvieron a casa, todos se pusieron a

opinar.

—No os preocupéis, no es nada —dijo Ahmad—. Si se hubiera quedado en casa como

las chicas decentes y no hubiera salido

con este frío, esto no habría pasado. —
Y se marchó
a beber.

—Llémosla al hospital —propuso
padre.

—Espera —terció Mahmud—. El señor
Esmail sabe vendar fracturas. Vive
justo a la

vuelta de Shemiran. Iré a buscarlo. Si
dice que se ha roto la pierna, la
llevaremos al hospital.

El señor Esmail era de la edad de mi
padre y sabía entablillar. Ese invierno
tenía mucho trabajo. Me examinó el pie

y dijo que no me había roto ningún hueso, que sólo era

un esguince. Me sumergió el pie en agua caliente y lo masajeó. Se puso a hablarme, y cuando yo iba a decir algo, de pronto me torció el pie. Grité de dolor y me desmayé. Al

recobrar el conocimiento, estaba frotándome el tobillo con un mejunje de yema de huevo,

cúrcuma y diversos aceites. Luego me lo vendó y me aconsejó no ponerlo en el suelo durante dos semanas. ¡Qué catástrofe!

—¡Tengo que ir a la escuela! —me

lamentaba entre sollozos—. Los exámenes del

segundo trimestre están a punto de empezar. —Sabía que aún faltaba un mes y medio y que mis lágrimas tenían un motivo muy diferente.

Pasé unos días sin poder moverme. Me tumbaba bajo el *korsi* y pensaba en Said. Por

la mañana, cuando todos estaban en la escuela, entrelazaba las manos bajo la nuca y, con

el débil sol invernal en la cara, me sumía en mis dulces fantasías y viajaba a la ciudad de mis sueños, a los felices

días del futuro y a una vida con Said.

Por la mañana, sólo me molestaba la señora Parvin, que siempre encontraba alguna excusa para visitar a mi madre. Me resultaba tan antipática que en cuanto oía su voz me

hacía la dormida. No entiendo por qué mi madre, que siempre estaba hablando de la fe y la

decencia, se había hecho amiga de una mujer que, como todo el vecindario sabía, no iba

por el buen camino, ni cómo no se había dado cuenta de que los halagos de la señora Parvin se debían a Ahmad.

Por la tarde, cuando Fati y Alí volvían del colegio, se me acababan la calma y el silencio. Alí era capaz, él solo, de causar estragos en todo un barrio. Se había vuelto desobediente y descarado. Intentaba seguir los pasos de Ahmad y se mostraba tan desagradable conmigo como él, sobre todo ahora que yo no podía ir a la escuela. Mi madre me cuidaba y mi padre se interesaba por mí, lo que ponía celoso a Alí. Se comportaba como si le hubiera robado sus derechos. Saltaba por encima del *korsi*, molestaba a Fati hasta que ésta se ponía a chillar, daba patadas a mis libros y, queriendo o no, me golpeaba el pie lesionado y me hacía gritar de dolor. Un día, tras mucho suplicar,

convencí a mi madre para que trasladara mi cama a la sala de estar del piso de arriba; así

estaría a salvo de mi hermano y podría estudiar un poco.

—¿Cómo subirás y bajarás la escalera?
—razonó ella—. Además, arriba hace frío. La

estufa grande está estropeada.

—Me basta con la estufa pequeña.

Al final cedió y me trasladé arriba. Por fin podía estar tranquila. Estudiaba, soñaba despierta, escribía en mi álbum de poesía, viajaba con la imaginación,

escribía el nombre

de Said en mis libretas con un alfabeto inventado. Busqué la raíz de su nombre en árabe,

enumeré sus flexiones —Sa'ad, Said, Sa'adat— y las utilicé en cada uno de los ejemplos

que tenía que dar en mis tareas escolares.

Un día vino Parvaneh a visitarme. Mientras mi madre estaba delante, hablamos de la escuela y los exámenes, que comenzarían el 5 de marzo, pero, en cuanto nos dejó solas, mi

amiga dijo:

—No puedes imaginarte lo que ha pasado.

Supe que tenía noticias de Said.

—Cuéntame, por favor —le pedí incorporándome—. ¿Cómo está?
Rápido, habla

antes de que entre alguien.

—Últimamente estaba muy preocupado. Todos los días lo veía en la puerta de la farmacia mirando alrededor, y en cuanto se daba cuenta de que yo iba sola, se le ensombrecía la cara y volvía dentro.

Pero hoy se ha armado de valor y se me ha acercado.

Al principio se ha puesto pálido y colorado, luego me ha saludado tartamudeando, y al final ha dicho: «Desde hace unos días su amiga no va a la escuela. Estoy muy preocupado.

¿Le pasa algo?» Reconozco mi malicia, pues me he hecho la tonta y he respondido: «¿A

qué amiga se refiere?» Mirándome muy sorprendido, ha contestado: «A esa joven que siempre va con usted. Vive en la calle Golshan.» ¡Ya ves, hasta sabe dónde vives! No tiene

ni un pelo de tonto. Seguramente nos ha seguido. Le he dicho: «Ah, se refiere a Masumeh

Sadegui. La pobre resbaló y se torció el tobillo. No podrá ir a la escuela durante dos semanas.» Palideciendo, ha dicho que era terrible y se ha alejado. Quería llamarlo para decirle que había sido muy grosero, pero se ha dado media vuelta y me ha dicho: «Dele

recuerdos de mi parte, por favor.» Luego se ha despedido como cualquier persona normal

y se ha ido.

—¡Dios mío! —exclamé presa del

pánico, con la voz y el corazón temblando—. ¿Le

has dicho cómo me llamo?

—No seas boba. No pasa nada. Además, él ya lo sabía, al menos tu apellido. No te quepa duda de que ya ha investigado tu linaje. Está perdidamente enamorado de ti. Creo

que cualquier día vendrá y pedirá tu mano.

Yo me puse loca de alegría, tan atolondrada que, cuando entró mi madre con la bandeja del té, me miró sorprendida y preguntó:

—¿Qué pasa? ¡Qué contenta estás!

—¡No, no pasa nada! —balbuceé.

—Verá, es que hoy nos han devuelto los exámenes y Masumeh ha sacado las mejores

notas —se apresuró a intervenir mi amiga. Y me guiñó un ojo.

—¿Y de qué te servirá, hija mía? Ésas no son cosas prácticas para una chica —declaró

mi madre—. Estás perdiendo el tiempo. Pronto deberás marcharte a casa de tu marido y

empezar a lavar pañales.

—No, madre. De momento no voy a irme a la casa de ningún marido. De momento

tengo que obtener el diploma.

—Y luego se convertirá en la doctora —terció Parvaneh, muy pícara.

La fulminé con la mirada.

—¿Ah, sí? —dijo mi madre—. ¿Seguirá estudiando? Cuanto más va a la escuela, más

descarada se vuelve. La culpa la tiene su padre por consentírsele todo, como si

fuera alguien especial. —Y salió refunfuñando de la habitación.

Parvaneh y yo nos echamos a reír.

—Por suerte, mi madre no te ha hecho caso, porque si no te habría dicho: ¿desde cuándo se convierte una en doctora con un diploma en Literatura?

—Qué tonta eres —repuso mi amiga, enjugándose las lágrimas—. No me refería a que

vayas a ser doctora, sino la señora del doctor.

En aquellos días dichosos, cualquier cosa me hacía reír. Me sentía tan feliz

que ni siquiera

me acordaba de que me dolía el tobillo. Cuando se marchó Parvaneh, me recosté en la almohada y me dije: «Está preocupado, me echa de menos, qué contenta estoy.» Ese día ni

siquiera me importaron los gritos de Ahmad cuando se quejó a mi madre porque Parvaneh

hubiera venido a visitarme. Yo sabía que Alí, el espía, le había hecho un informe detallado, pero me dio igual.

Todas las mañanas me despertaba y, a la pata coja, limpiaba la habitación. Entonces,

con una mano en la barandilla y la otra apoyada en el bastón de la abuela, bajaba lentamente la escalera, me lavaba las manos y la cara y desayunaba. Y luego volvía a subir

trabajosamente. Mi madre se quejaba de que fuera a pillar una neumonía o a caerme por la

escalera, pero yo no le hacía caso y me las apañaba con la pequeña estufa de parafina. No

habría renunciado a mi intimidad por nada del mundo, y el calor interior que sentía me impedía notar el frío de fuera.

Dos días más tarde, Parvaneh vino de

nuevo. La oí entrar por la puerta de la calle y

rápidamente me asomé a la ventana. Mi madre la recibió con frialdad, pero mi amiga no le

hizo caso y dijo: «Le traigo el horario de exámenes a Masumeh.» Corrió escaleras arriba,

entró en la habitación, cerró la puerta y se apoyó contra la hoja, jadeando. Tenía las mejillas coloradas, pero no supe si era del frío o la emoción. Me volví a la cama sin quitarle ojo. No me atreví a preguntarle nada.

—Qué lista eres: tú ahí tumbada en la

cama, dejando que yo solucione tus problemas

—dijo al fin.

—¿Qué ha pasado?

—Déjame recobrar el aliento. Vengo corriendo como una posesa desde la farmacia.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? ¡Cuéntame!

—Iba caminando con Maryam. Cuando llegamos a la altura de la farmacia, Said

estaba en la puerta. Empezó a hacerme gestos y señales con la cabeza. Y ya sabes lo malpensada que es Maryam,

que enseguida dijo: «El Guapo intenta decirte algo.» «Qué va. ¿Qué iba a querer de mí?», le contesté.

»No le hice caso y continué andando. Pero él nos siguió. “Disculpe, señorita Ahmadi,

¿le importaría entrar un momento? Necesito hablar con usted”, me pidió. Tu Don

Angustias estaba como un tomate. Me puse muy nerviosa, pues no sabía qué hacer con la

entrometida de Maryam. “Ah, sí, he olvidado recoger las medicinas de mi padre. ¿Ya están

preparadas?”, respondí. Pero el muy idiota se quedó allí plantado, mirándome fijamente.

No esperé a que contestara. Me excusé con Maryam y le comenté lo de las medicinas de

mi padre. A continuación, me despedí y le dije que ya nos veríamos mañana en la escuela.

Pero la muy fisgona no quiso desaprovechar la oportunidad. Dijo que no tenía prisa, que

me acompañaría. Cuanto más insistía yo en que no hacía falta, más sospechaba ella. Al final aseguró que también tenía

que comprar unas cosas en la farmacia y entró conmigo.

Por suerte, Don Angustias se dio cuenta de lo que ocurría. Puso un medicamento y un sobre en una bolsa, comentando que había incluido la receta y que debía asegurarme de entregársela a mi padre. Metí la bolsa en la mochila a toda prisa, porque temía que Maryam me la cogiera. Ya sabes que es capaz. Es una cotilla y una chivata. Sobre todo

ahora que en la escuela todas hablan de tu Said. La mitad de las chicas que pasan por la farmacia creen que él sale para verlas a ellas. A saber qué historias contarán mañana sobre mí. En

fin, dejé a Maryam en la farmacia, comprando pasta de dientes, y vine corriendo.

—¡Qué horror! —exclamé—. Ahora todavía sospechará más.

—Bah, ella ya sabe que pasa algo. ¡Cómo se le ocurre a Said poner «la receta» en un

sobre cerrado! ¿Alguna vez has visto que un farmacéutico meta una receta en un sobre? Y

Maryam no es tonta. No apartaba la vista del sobre. Por eso me he asustado y he salido a

la carrera.

Me quedé unos segundos petrificada, hecha un lío. Sin embargo, de pronto me acordé

del sobre y me incorporé.

—¡Dame la carta! —pedí—. Pero antes mira detrás de la puerta, asegúrate de que no

hay nadie y luego cierra bien.

Me temblaban las manos cuando cogí el sobre, que no tenía nada escrito. No tenía valor para abrirlo. ¿Qué podía haber escrito Said? Nunca nos habíamos dicho nada; como

mucho, algún «hola». Parvaneh estaba tan emocionada como yo. Y entonces mi madre entró en la habitación. Escondí el sobre bajo la colcha; mi amiga y yo nos incorporamos y

la miramos en silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó, recelosa.

—¡Nada! —balbuceé.

Pero ella siguió observándonos con desconfianza, hasta que Parvaneh me rescató de nuevo.

—Nada —repitió—, sólo que su hija es muy sensible y todo lo exagera. —Se volvió

hacia mí y añadió—: ¿Qué pasa si no has sacado buena nota en Inglés? ¿Qué más da? Tu

madre no es como la mía. No te reprenderá sin motivo. —Miró a mi madre y preguntó—:

¿No es así, señora Sadegui? ¿Verdad que no va a regañarla?

Mi madre la escrutó, sorprendida; luego esbozó una mueca y dijo:

—¿Qué puedo decir? No me importa que no saques buenas notas. La verdad es que preferiría que suspendieras. Así retomarías las clases de costura, que son mucho más útiles. —Dejó la bandeja del

té en el suelo y se marchó.

Mi amiga y yo nos miramos en silencio unos momentos y luego rompimos a reír.

—¿Por qué eres tan torpe? —inquirió Parvaneh—. Se te nota a la legua que escondes

algo. Ten cuidado, o nos descubrirán.

Estaba mareada de emoción y ansiedad. Con el corazón desbocado, abrí el sobre

blanco con delicadeza, tratando de no estropearlo.

—¡Venga! —se impacientó mi amiga—. ¡Date prisa!

Saqué la carta y la desplegué. Las líneas de pulcra caligrafía danzaban ante mis ojos.

Estaba mareada. La leí rápidamente: sólo constaba de unas pocas líneas. Luego nos

miramos y preguntamos a la vez:

—¿La has leído? ¿Qué dice?

La releímos, esa vez con más calma. Empezaba así:

Ojalá su cuerpo nunca requiera los cuidados de un médico.

Ojalá su delicado ser nunca sufra

ningún daño.

A continuación, tras el saludo, Said se interesaba por mi salud y me deseaba una rápida recuperación.

Qué educado y qué bonito. Por su caligrafía y su redacción, era un hombre instruido.

Parvaneh no se quedó mucho rato, porque no había avisado a su madre de que venía a verme. De todas formas, yo no estaba prestándole mucha atención. Me encontraba en otro

mundo. No notaba mi presencia física. Era todo espíritu, flotaba en el aire. Hasta me veía

tumbada en la cama con los ojos abiertos y una gran sonrisa, apretando la carta contra mi

pecho. Por primera vez me arrepentí de haber deseado morir en lugar de Zari. Qué maravillosa era la vida. Me daban ganas de abrazar el universo entero y besarlo.

Pasé el resto del día extasiada y fantaseando, ni siquiera me percaté de que anocheecía.

¿Qué cené? ¿Quién vino a verme? ¿De qué hablamos? En plena noche, encendí la luz y

releí la carta una y otra vez. La apreté

contra mi pecho y tuve dulces sueños hasta el amanecer. Mi intuición me decía que aquélla era una experiencia que sólo se tiene una vez

en la vida, y sólo a los dieciséis años.

Al día siguiente estaba impaciente por ver a Parvaneh. Sentada junto a la ventana, vigilaba el patio delantero. Mi madre, en su ir y venir de la cocina, me veía. «¿Qué quieres?», me

preguntó por señas.

Abrí la ventana y dije:

—Nada. Es que me aburro. Sólo miro la calle.

Pasados unos minutos, sonó el timbre. Mi madre abrió la puerta rezongando. Al ver a

mi amiga, me miró con ceño, como diciendo: «¡Así que esto era lo que esperabas!»

Parvaneh subió la escalera y tiró su mochila en medio de la habitación, mientras intentaba quitarse el zapato de un pie con el otro pie.

—Pero ¿qué haces?

—¡Dichosos zapatos de cordones! —Al final consiguió descalzarse y se sentó a mi lado—. Déjame leer la carta otra vez. Se me han olvidado algunas partes.

—Cuéntame qué ha pasado hoy —le pedí, pasándole el libro entre cuyas páginas la había escondido—. ¿Lo has visto?

—Él me ha visto primero. —Sonrió—. Estaba en los escalones de la puerta de la farmacia, y por su forma de mirar en torno, era evidente que esperaba a alguien. Cuando

he pasado por delante, me ha saludado sin ruborizarse. «¿Cómo está su amiga? ¿Le entregó la carta?» Y yo he contestado: «Sí. Se encuentra bien y le manda saludos.» Él ha

suspirado, aliviado, y ha dicho que le preocupaba que te hubieras enfadado.

Un poco indeciso, ha añadido: «¿No ha contestado?» Le he dicho que no lo sabía, que sólo te había

entregado la carta y me había marchado. Bueno, ¿qué vas a hacer? Está esperando respuesta.

—¿Crees que debería escribirle? — pregunté, nerviosa—. No, es indecoroso. Si le

escribo, seguramente pensará que soy una descarada.

—Es que lo eres. Eres una descarada — me espetó mi madre, entrando en la habitación.

El corazón me dio un vuelco. No sabía qué parte de nuestra conversación había oído.

Al mirar a Parvaneh, me percaté de que ella también estaba aterrorizada. Mi madre dejó el

cuenco de fruta que nos había traído y se sentó.

—Me alegro de que por fin te hayas dado cuenta de lo descarada que eres — dijo.

—Para mí, eso no es ser descarada — intervino mi amiga, recomponiéndose.

—¿A qué te refieres?

—Verá, le dije a mi madre que Masumeh quiere que venga a verla todos los días para

reparar las lecciones. Y Masumeh estaba diciéndome que mi madre seguramente pensará

que es una descarada.

Mi madre negó con la cabeza y nos miró con recelo. Entonces se levantó, salió de la

habitación y cerró la puerta. Le indiqué a Parvaneh que guardara silencio. Sabía que mi madre se había quedado tras la puerta, escuchándonos. Nos pusimos a hablar de la escuela

y de nuestras clases, y de lo mucho que me estaba retrasando. Y entonces Parvaneh empezó a leer nuestro libro de texto de Árabe. A mi madre le encantaba el árabe, y supuso

que estábamos leyendo el Corán. Pasados unos minutos, la oímos bajar la escalera.

—Vale, ya se ha marchado —susurró Parvaneh—. Rápido, decide qué quieres hacer.

—¡No lo sé!

—Al final tendrás que escribirle o hablar con él. No podéis pasaros el resto de vuestras vidas comunicándoos

por señales y gestos. Al menos, debemos averiguar qué tiene en mente. ¿Está pensando en casarse o no? A lo mejor sólo quiere engañarnos y llevarnos por el mal camino.

Era interesante. Mi amiga y yo estábamos fusionándonos tanto que ya hablábamos en

plural.

—No puedo —repuse, nerviosa—. No sé qué escribirle. Escribe tú.

—¿Yo? No sabría. Tú redactas mejor que yo y sabes muchos poemas.

—Escribe lo primero que se te ocurra.

Yo haré lo mismo. Luego lo juntaremos y compondremos una carta.

A última hora de la tarde, los gritos de Ahmad en el patio me sacaron de mi ensimismamiento.

—Me he enterado de que esa chica tan vulgar viene todos los días. ¿Qué significa esto? ¿No te he dicho que no me gusta y que no me gustan los aires que se da esa pretenciosa? ¿Por qué se pasa la vida aquí? ¿Qué quiere?

—Nada, hijo mío —respondió mi madre—. ¿Por qué te enfadas tanto? Sólo viene a

darle los deberes a Masumeh, y luego se

va enseguida.

—¡Y un cuerno! Si vuelvo a verla por aquí, la echaré de una patada en el trasero.

Me habría gustado coger a Alí y darle una buena tunda. El muy imbécil nos espiaba y

luego se lo contaba todo a Ahmad. Me dije que éste no podía hacer nada, pero de todas formas tenía que prevenir a Parvaneh para que sólo viniera cuando no estuviese Alí.

Me pasé el día y la noche escribiendo y tachando. Ya le había escrito algunos textos a

Said, pero era todo inventado y demasiado emotivo e íntimo para una carta formal.

Además, utilizaba un lenguaje cifrado, pues no podía correr riesgos. En primer lugar, en

nuestra casa no había ninguna intimidad, y no disponía de ningún cajón propio. En segundo lugar, necesitaba escribir, no podía parar, tenía que plasmar mis sentimientos y sueños en el papel. Sólo así podría poner orden en mis pensamientos y entender exactamente lo que quería.

Sin embargo, no sabía qué decirle a Said. Ni siquiera cómo dirigirme a él.

¿«Estimado

señor»? No, demasiado formal.

¿«Querido amigo»? No, qué indecoroso.

¿Debía usar su nombre de pila? No, demasiado informal. El jueves por la tarde, cuando Parvaneh vino después de las clases, todavía no había escrito una sola palabra definitiva. Ella, más exaltada que nunca, al abrirle Fati la puerta ni siquiera le dio una palmadita en la cabeza como solía. Subió la escalera a toda prisa, tiró la mochila al suelo, se sentó allí mismo, junto a la puerta, y se puso a hablar mientras intentaba descalzarse.

—Hace un momento, volvía de la

escuela y él me ha llamado: «Señorita Ahmadi, las

medicinas de su padre ya están listas.»
¡Pobre padre mío, quién sabe qué enfermedad tendrá para necesitar tantas medicinas! Por suerte, la entrometida de Maryam no estaba conmigo. He entrado y me ha dado un paquete. Abre mi mochila y lo verás.

El corazón iba a salirseme del pecho. Me senté en el suelo y me apresuré a abrir la mochila. Dentro había un paquetito envuelto en papel. Lo abrí. Era un librito de poesía con un sobre entre las páginas. Empecé a sudar; cogí la carta y me apoyé contra la pared.

Todo me daba vueltas. Parvaneh, que por fin se había descalzado, se me acercó y dijo:

—¡Ahora no te desmayes! Primero léela; ya te desmayarás después.

Justo entonces entró Fati, se cogió a mi brazo y dijo:

—Madre quiere saber si a la señorita Parvaneh le apetece un té.

—¡No, no! —repuso mi amiga—. Muchas gracias. Tengo que irme enseguida.

Separó a mi hermana de mí y la besó en las mejillas.

—Ahora vete y dale las gracias a tu madre de mi parte, sé buena. —Pero Fati volvió a

abrazarse a mí. Me di cuenta de que le habían ordenado que no nos dejara solas. Parvaneh

sacó un caramelo del bolsillo, se lo dio a mi hermana y dijo—: Sé buena y dile a tu madre

que no tomaré té. Si no, tendrá que subir ella la escalera, y no le conviene.

Empezarán a dolerle las piernas. — Entonces Fati se fue—. Date prisa, antes de que venga alguien —me

apremió Parvaneh, arrebatándome el

sobre. Lo abrió y empezó a leer—:
«Respetable señorita...»

Nos miramos y reímos.

—¡Qué divertido! —exclamó Parvaneh
—. ¿A quién se le ocurre empezar una
carta

con «respetable señorita»?

—Supongo que no quiere ser demasiado
informal en sus primeras cartas y
llamarme

sólo «señorita». La verdad es que tengo
el mismo dilema. No sé qué
encabezamiento usar.

—Bueno, ya lo pensaremos. Lee el resto.

Todavía no me atrevo a escribir su nombre en el papel, aunque mi corazón lo grita un millar de veces al día. Ningún otro nombre ha sido tan apropiado para

una cara. La inocencia de su mirada y su rostro es un regalo para la vista. Me he

vuelto adicto a verla a diario. Tanto es así que, cuando me veo privado de esa bendición, no sé qué hacer con mi vida.

Mi corazón

es un espejo que el dolor empaña.

Limpie el polvo de este espejo

con su sonrisa.

*Como hace días que no la veo, me
siento perdido y a la deriva. En esta
soledad, le*

*agradecería que me recordara con una
palabra o un mensaje, pues así podría
volver*

*a encontrarme a mí mismo. Rezo con
toda mi devoción para que recupere
pronto la*

salud. Cuídese, por amor de Dios.

Said

Nos quedamos aturdiditas y embriagadas por la belleza de la carta. En ese instante, entró Alí. Escondí rápidamente el libro y la carta bajo mis piernas.

—Madre quiere saber si la señorita Parvaneh se quedará a comer —dijo mi hermano

en tono cortante y lanzándome una mirada agresiva.

—No, no, muchas gracias —contestó mi amiga—. Tengo que irme.

—Muy bien —gruñó Alí—. Pero nosotros vamos a comer ya. —Y salió

de la

habitación.

Estaba enfadada y avergonzada, y no sabía qué decirle a Parvaneh.

—Vengo demasiado a menudo —
comentó ella, que ya se había percatado
de la fría

actitud de mi familia—. Creo que se han hartado de mí. ¿Cuándo volverás a clase? Ya llevas diez días sin salir de casa. ¿No es suficiente?

—Me estoy volviendo loca. Estoy cansada y aburrida. Seguramente volveré el sábado.

—¿Crees que podrás?

—Me encuentro mucho mejor. Empezaré a ejercitar el tobillo para estar lista el sábado.

—Entonces tendremos más libertad. Te juro que ya no me atrevo a mirar a tu madre a

los ojos. Te recogeré el sábado por la mañana a las siete y media en punto.

Me dio dos besos y se precipitó escaleras abajo, sin molestarse en atarse los zapatos.

—Lo siento, pero hoy tenía que venir —

oí que le decía a mi madre, que estaba en el

patio—. Verá, el sábado tenemos un examen y debía avisar a Masumeh para que pueda prepararse. Gracias a Dios, parece que está mucho mejor del tobillo. El sábado la recogeré

e iremos despacito hasta la escuela.

—Será mejor que no vengas —dijo mi madre—. Todavía no está curada.

—¡Es que tenemos un examen! —insistió Parvaneh.

—Bueno, ¿y qué? Tampoco es tan importante. Y Alí me ha dicho que aún

falta un mes

para que empiecen los exámenes.

—¡No, madre! —grité, abriendo la ventana—. Tengo que ir. Es un examen

preparatorio. La nota hace promedio con la nota del otro examen.

Mi madre, enojada, me dio la espalda y entró en la cocina. Parvaneh me miró, me guiñó un ojo y se marchó.

Me puse a ejercitar el tobillo de inmediato. En cuanto notaba dolor, me tumbaba y ponía el pie sobre un cojín. En lugar de masajearme con una yema de huevo, usaba dos,

y también doblé la cantidad de aceites. Y, entretanto, aprovechaba cualquier oportunidad

para leer la carta, que se había convertido en mi bien máspreciado.

«¿Por qué escribió que su corazón es un espejo empañado por el dolor? Debe de tener

una vida difícil. Evidentemente, trabajar, mantener a su madre y a sus tres hermanas y estudiar una carrera no debe de ser fácil. Quizá si no tuviera tantas responsabilidades y si todavía viviera su padre, ya habría venido a pedir mi mano. Según el doctor, son una familia respetable. Estaría dispuesta a vivir con

él en una habitación fría y húmeda. Pero

¿por qué ha dicho que mi nombre es apropiado para mi rostro y mi carácter?

¿Acaso no he

demostrado al aceptar sus cartas que no soy tan inocente? ¿Me habría enamorado de él si

fuera de verdad inocente? Pero no pude evitarlo. Intentaba no pensar en él, impedir que mi

corazón se acelerara cuando lo veía, trataba de no ruborizarme, pero no lograba controlarme», me repetía una y otra vez.

El sábado por la mañana me desperté antes de lo habitual. Apenas había pegado ojo. Me

levanté e hice mi cama para demostrarles a todos que ya estaba recuperada. Dejé el bastón

de mi abuela, que me había sido de gran ayuda; me agarré al pasamano, bajé la escalera y

me senté a desayunar.

—¿Seguro que ya puedes ir a la escuela? —me preguntó padre—. ¿Por qué no te lleva

Mahmud en su motocicleta?

—Pero ¿qué dices? —exclamó mi hermano, mirándolo con expresión severa—. ¡Lo único que falta es que la vean montar en motocicleta detrás de un hombre y sin *hiyab*!

—Pero, hijo mío, llevará el pañuelo de cabeza, ¿no?

—Claro —aseguré—. ¿Cuándo he ido a la escuela sin pañuelo de cabeza?

—Y tú eres su hermano, no un desconocido —añadió padre.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! Padre, por lo visto Teherán te ha trastocado...

—No temas, padre —interrumpí a mi hermano—. Parvaneh vendrá a buscarme. Me

ayudará e iremos juntas a la escuela.

Madre masculló, pero no entendí qué decía. Y Ahmad, con los ojos hinchados por haber bebido la noche pasada, saltó con su tono amargo habitual:

—¡Vaya! Parvaneh, nada más y nada menos. Te digo que no vayas con ella por la calle, y tú vas y la usas de bastón.

—¿Por qué? ¿Qué pasa con Parvaneh?

—¿Que qué pasa? Es vulgar, ríe sin parar, lleva una falda demasiado corta y

se contonea al andar.

—No lleva la falda demasiado corta —
repliqué, sonrojándome—. Es de las
más largas

de la escuela. Es deportista, y no de esas
niñas que andan pavoneándose. Además,
¿cómo

sabes que se contonea al andar? ¿Cómo
te atreves a mirar a la hija de otro
hombre?

—¡Cállate, o te daré tan fuerte en la
boca que se te caerán los dientes!
Madre, ¿ves lo

insolente que se ha vuelto?

—¡Basta! —bramó padre—. Conozco al señor Ahmadi. Es un hombre muy respetable

y educado. El tío Abbas le pidió que mediara cuando tuvo problemas con Abol-Ghassem

Solati por lo de la tienda de al lado. Nadie se opone a lo que dice el señor Ahmadi. Todo el mundo respeta su palabra.

Ahmad, con la cara roja, miró a madre y dijo:

—¡Claro! Y luego te preguntas por qué esta chica se ha vuelto tan insolente. ¿Cómo

no va a serlo si todo el mundo la defiende? —Entonces me miró y añadió —: Vete, vete con ella, hermana. Tu amiga es la decencia personificada. Ve a aprender decencia con ella.

Por suerte, en ese preciso instante sonó el timbre de la puerta.

—Dile que ahora mismo voy —le pedí a Fati. Y para zanjar la discusión, me puse el

pañuelo de cabeza tan deprisa como pude, me despedí y salí cojeando.

Fuera, en la calle, me paré un momento para disfrutar del viento frío en la cara. Olía a

juventud, amor y felicidad. Me apoyé en Parvaneh. Todavía me dolía el tobillo, pero no me importaba. Intenté refrenar mi emoción y poco a poco nos encaminamos a la escuela.

De lejos divisé a Said en los escalones de la farmacia, oteando la calle. Al vernos, bajó de un salto a la calzada y vino a saludarnos. Me mordí el labio, y al darse cuenta de que no

debía acercarse a nosotras, retrocedió hacia la puerta. Su rostro se entristeció al reparar en

mi pie vendado y mi cojera. El corazón me palpitaba con fuerza, como a punto de escapar de la jaula de mi pecho. Era

como si llevara años sin ver a Said,
pero me sentía más próxima a él que la
última vez que nos habíamos visto.
Ahora lo conocía, sabía qué sentía
por mí, y lo amaba más que nunca.

—Debes de estar cansada —me dijo mi
amiga volviéndose hacia mí cuando
llegamos

a la altura de la farmacia. Y me propuso
—: Paremos un momento.

Apoyé una mano en la pared y,
discretamente, le devolví el saludo a
Said.

—¿Le duele mucho el tobillo? —me

preguntó—. ¿Quiere un analgésico?

—No, gracias. Ya estoy mucho mejor.

—Cuidado —me susurró Parvaneh, nerviosa—. Viene tu hermano Alí.

Nos despedimos apresuradamente y seguimos nuestro camino.

Ese día tuvimos una hora de Educación Física, pero Parvaneh y yo nos saltamos esa clase

y otra más. Teníamos muchas cosas que contarnos. Cuando la secretaria de dirección salió

al patio, corrimos a escondernos en los

lavabos, y luego fuimos a sentarnos en el comedor.

Bajo el débil sol de febrero, leímos la carta de Said dos o tres veces más y elogiamos su

delicadeza, ternura, buena educación, caligrafía, prosa y erudición.

—Parvaneh, creo que tengo una enfermedad del corazón —confesé.

—¿Por qué lo dices?

—Porque me late de forma rara. Tengo palpitaciones continuas.

—¿Cuando lo ves o cuando no lo ves?

—Cuando lo veo mi corazón se acelera de tal modo que no puedo respirar.

—No estás enferma del corazón, tonta —aseguró, riendo—. Lo que tienes es mal de

amores. Si yo, que no soy nadie, noto que me da un vuelco el corazón y que me late desbocado cuando lo veo, imagino qué debes de sentir tú.

—¿Crees que seguiré sintiéndome así cuando estemos casados?

—¡No seas tonta! Pero, si continúas notando esos síntomas después de casaros, te recomiendo que visites a un cardiólogo, porque eso sí podría ser una

enfermedad del corazón.

—¡Ay! Tendré que esperar al menos dos años, hasta que él termine su carrera.

Bueno,

no es tan grave. Para entonces yo me habré sacado el diploma.

—Te olvidas de sus dos años de servicio militar. A menos que ya lo haya cumplido.

—No, no lo creo. ¿Cuántos años tiene? Quizá no esté obligado a prestar el servicio militar. Es hijo único, sin padre y mantiene a su familia.

—Quizá no. Pero deberá buscar trabajo.

¿Crees que ganará suficiente para mantener

dos casas? ¿Cuánto cobra un farmacéutico?

—No lo sé. Pero, si es necesario, me iré a vivir con su madre y sus hermanas.

—¿Cómo? ¿Estás dispuesta a vivir en provincias, con tu suegra y tus cuñadas?

—Claro que sí. Junto a él podría vivir en el infierno. Y Rezaieh es una ciudad muy bonita. Dicen que es muy limpia y agradable.

—¿Es mejor que Teherán?

—Al menos tiene mejor clima que Qum.
¿O es que no recuerdas que me crié allí?

¡Qué dulces fantasías! Como cualquier
chica romántica de dieciséis años,
estaba

dispuesta a ir a cualquier lugar y hacer
lo que fuera por Said.

Parvaneh y yo pasamos gran parte del
día leyendo las respuestas que habíamos
escrito

a las cartas de Said. Repasamos
nuestros borradores e intentamos
componer algo bonito.

Pero tenía los dedos helados y, como

escribía con la hoja apoyada en la mochila, mi caligrafía era atroz. Al final decidimos que la reescribiría esa noche en casa y que se la daríamos a Said al día siguiente.

Aquel día de invierno fue uno de los más bonitos de mi vida. Sentía que tenía el mundo en mis manos; lo tenía todo: una buena amiga, un amor verdadero, juventud, belleza y un futuro brillante. Estaba tan contenta que hasta me gustaba que me doliera el

tobillo; al fin y al cabo, si no me hubiera lesionado, jamás habría recibido aquellas preciosas cartas.

A última hora de la tarde, el cielo se

nubló y empezó a nevar. Tras varias horas sentadas a la intemperie, ahora volvía a dolerme el tobillo y me costaba andar. De vuelta a casa, cargaba todo el peso en el hombro de Parvaneh y cada dos pasos teníamos que parar

para recobrar el aliento. Al final llegamos ante la farmacia. Said, al verme en aquel estado, se apresuró fuera, me cogió por debajo del brazo y me ayudó a entrar. La farmacia estaba

caldeada e iluminada, y a través de las ventanas, altas y empañadas, la calle se veía inhóspita y fría. El doctor Atai estaba ocupado atendiendo a los clientes que hacían cola

ante el mostrador. Los llamaba uno por uno y hablaba con ellos de sus medicaciones.

Como todos estaban pendientes de él, nadie se fijaba en nosotras, que nos habíamos sentado en el sofá del rincón.

Said se arrodilló ante mí, me levantó el pie y lo puso sobre la mesita frente al sofá.

Con cuidado, me palpó el tobillo vendado. Pese a las vendas, el tacto de su mano hizo que

me estremeciera como si hubiera tocado un cable. Fue una sensación muy extraña. Él también temblaba.

—Todavía lo tiene muy inflamado —
dijo mirándome con ternura—. No
debería

haberlo apoyado en el suelo. Le he
preparado un ungüento y un analgésico.

Se levantó y fue tras el mostrador. Yo lo
seguí con la mirada. Volvió con un vaso
de

agua y una pastilla. Me tomé la pastilla,
y al devolverle el vaso, me acercó otro
sobre.

Nuestras miradas se encontraron. Todo
lo que hubiéramos querido decirnos se
reflejaba en

nuestros ojos: no necesitábamos palabras. Me olvidé del dolor. Sólo veía a Said, lo demás

quedaba envuelto en niebla; las voces de los otros clientes me llegaban amortiguadas e incomprensibles.

Flotaba en otro mundo, como si delirara, cuando de pronto mi amiga me

propinó un codazo.

—¿Qué pasa? —pregunté, aturdida.

—¡Mira!

Arqueó las cejas y señaló hacia el escaparate. Automáticamente me enderecé con el corazón acelerado. Alí

estaba fuera, con la cara pegada al cristal y haciéndose pantalla con una mano.

—¿Qué pasa? —preguntó de pronto Parvaneh, volviéndose hacia mí—. ¿Por qué estás

tan pálida? —Entonces se levantó, salió a la calle y gritó—: ¡Alí, Alí, ven a ayudarme! A

Masumeh le duele mucho el tobillo. No puedo llevarla a casa sola. —Mi hermano la miró

con desprecio y se alejó. Parvaneh entró de nuevo y dijo—: ¿Has visto cómo me ha mirado? ¡Le habría gustado cortarme

la cabeza!

Cuando llegamos a mi casa ya era casi de noche. Antes de que pudiera llamar al timbre, la

puerta se abrió de par en par y una mano tiró de mí. Parvaneh no se dio cuenta de lo que

pasaba e intentó seguirme.

—No quiero volver a verte por aquí. ¡Eres la causante de todo nuestro sufrimiento! —

le gritó mi madre, abalanzándose sobre ella y echándola a la calle. Luego cerró de un portazo.

Bajé los escalones a trompicones y acabé en medio del patio. Allí me agarró por el pelo y me arrastró dentro de casa. Yo sólo pensaba en Parvaneh. Me sentía humillada.

—¡Suéltame, idiota! —grité.

Entró mi madre y, sin dejar de despotricar e insultarme, me pellizcó un brazo con fuerza.

—¿Qué pasa? —grité—. ¿Qué ha pasado? ¿Os habéis vuelto todos locos?

—¿Qué crees que ha pasado, golfa? —chilló madre—. ¿Ahora coqueteas con un

desconocido en público?

—¿Qué desconocido? Me dolía el tobillo; el farmacéutico me lo ha examinado y me

ha dado un medicamento. ¡Nada más! Me moría de dolor. Además, según el islam, un médico no se considera un desconocido.

—¡Un médico! ¡Un médico! ¿Desde cuándo el lacayo de una tienda es un médico?

¿Crees que soy estúpida y que no me he dado cuenta de que hace tiempo que te traes algo

entre manos?

—Por amor de Dios, madre, no es verdad.

Alí me dio una patada.

—¡Mentirosa! —bramó, con las venas del cuello hinchadas—. Te seguí todos los días.

Ese patán se queda en la puerta vigilando la calle, esperando a que vosotras aparezcáis.

Todos mis amigos lo saben. Dicen: «Tu hermana y su amiga tienen tratos con ese hombre.»

—¡Rezo a Dios para que te lleve! —
aulló madre, dándose palmadas en la
cabeza—.

¡Mira cuánta vergüenza y deshonra nos
has causado! ¿Qué les diré a tu padre y
tus hermanos? —Y volvió a pellizcarme
el brazo.

Entonces se abrió la puerta y entró
Ahmad, con los ojos inyectados en
sangre y los puños apretados. Lo había
oído todo.

—Así que por fin lo has conseguido,
¿eh? —gruñó—. Ahí la tienes, madre.
Es toda tuya. Sabía desde el principio
que si venía a Teherán y se
emperifollaba y se paseaba por

las calles con esa chica, acabaría por ser nuestra vergüenza. Dime, ¿cómo mantendrás la

cabeza alta ante nuestros amigos y vecinos?

—¿Qué he hecho mal? —grité—. Juro por mi padre que no podía andar. Me han

llevado a la farmacia, donde me han dado un analgésico.

Madre me miró el pie. Lo tenía tan hinchado que parecía un almohadón. Nada más tocármelo, solté un aullido de dolor.

—No le hagas caso —le espetó Ahmad
—. Después del escándalo que ha
montado,

¿todavía quieres mimarla?

—¿Escándalo? ¿Quién ha montado el
escándalo, yo o tú, que llegas a casa
borracho

todos los días y tienes tratos con una
mujer casada?

Ahmad se abalanzó sobre mí y me pegó
en la boca con el dorso de la mano, tan
fuerte

que empecé a sangrar.

—¿Acaso miento? —le grité hecha una furia—. Te vi con mis propios ojos. Te colaste

en su casa cuando no estaba su marido. Y no era la primera vez. —El segundo golpe, esta

vez en un ojo, me dejó aturdida. Por un instante creí que me había quedado ciega.

—¡Cállate, niña! —gritó madre—. ¡No seas desvergonzada!

—¡Espera a que se lo cuente a su marido! —grité.

—¿No te he dicho que te calles? —

repetió madre, acercándose para taparme la boca con la mano.

—¿No sabes que llega borracho a casa todas las noches? —chillé fuera de mí,

zafándome de ella—. Y dos veces la policía se lo ha llevado a la comisaría por amenazar a

alguien con un cuchillo. ¡Eso no son escándalos, pero, si yo me tomo una aspirina en la

farmacia, deshonor a toda la familia!

Recibí dos bofetadas seguidas y noté un zumbido en los oídos, pero no podía

controlarme ni dejar de gritar.

—Cállate. ¡Que Dios te castigue con la difteria! ¡No es lo mismo, tú eres una chica!

—Madre rompió a llorar, alzó los brazos al cielo y suplicó—: ¡Sálvame, Dios mío! ¿A quién puedo acudir? Que Dios te castigue, niña. Rezo para que te fulmine.

Yo estaba tirada en el suelo, en un rincón de la habitación, abatida y con los ojos anegados en lágrimas. Alí y Ahmad se habían ido fuera, al patio, y hablaban en voz baja.

—Basta, Alí. Cállate ya —los

interrumpió madre con voz llorosa.

Pero Alí todavía no había acabado de informar a Ahmad. Yo ignoraba de dónde había sacado tanta información.

—¡He dicho basta, Alí! Ve a comprar pan —insistió madre, y al final le dio un pescozón y lo echó.

Entonces oí a padre entrar en el patio y saludar a su mujer.

—¡Llegas pronto a casa, Aga Mostafá!
—repuso ella.

—Con este frío nadie sale a comprar, y he decidido cerrar pronto. ¿Qué pasa?
Pareces

alterada. Ahmad también está en casa.
¿Y Mahmud?

—No, Mahmud todavía no ha vuelto.
Por eso estoy preocupada. Siempre llega
antes

que tú.

—Hoy no se ha llevado la moto. Hay
mucho tráfico, seguramente no habrá
encontrado

taxi. Hay nieve y hielo por todas partes.
Por lo visto, este año el invierno no
quiere dejarnos. Veo que el armenio
también ha cerrado pronto y que alguien
ha decidido volver

a casa. —Padre casi nunca hablaba con Ahmad, y cuando hacía comentarios sobre él siempre era con indirectas e insinuaciones.

—Pues no, no ha cerrado pronto — replicó mi hermano mediano, sentado al borde del

estanque—. Pero no pienso salir hasta saber qué puedo esperar de todos vosotros.

Padre se apoyó contra la jamba de la puerta y se dispuso a descalzarse. La luz del recibidor sólo iluminaba parcialmente la habitación. Yo estaba en el suelo, junto al *korsi*, y él no podía verme.

—¡Bueno! En lugar de averiguar qué podemos esperar del caballero, el caballero

quiere saber qué puede esperar de nosotros —bromeó.

—De ti no. De esa indecente hija tuya.

—Cuidado con lo que dices —le advirtió padre, de repente blanco como la cera—. El

honor de tu hermana es nuestro honor. No seas desvergonzado.

—¡No te preocupes! Ya se ha encargado ella de destrozar nuestro honor. Saca la cabeza de la nieve, padre, y deja de

acosarme. La gran cuba de tu vergüenza se ha volcado. Todo el vecindario la ha oído caer, excepto tú, que tienes algodón en los oídos y

no quieres oír nada.

Mi padre temblaba.

—Ahmad, hijo mío —suplicó madre, aterrorizada—. ¡Ahmad! Que Dios me quite la

vida, que todos tus males y tus problemas recaigan sobre mí, pero no digas esas cosas. Tu

padre se va a morir. No ha pasado nada. A tu hermana le dolía el tobillo y le

dieron una

pastilla.

—Déjalo. Quiero oír lo que tenga que decir —replicó padre, ya más sereno.

—¿Por qué no se lo preguntas a la mimada de tu hija? —inquirió mi hermano

señalándome, y padre me buscó con la mirada. Como no veía bien, alargó un brazo para

encender la luz. No sé qué aspecto ofrecía yo, pero de pronto exclamó aterrizado:

—¡Dios mío! ¿Qué te han hecho?

Se acercó y me ayudó a incorporarme.
Se sacó el pañuelo del bolsillo y me
limpió la

sangre de las comisuras de los labios.
Su pañuelo olía a agua de rosas.

—¿Quién te ha hecho esto?

Las lágrimas corrieron por mis mejillas.

—¡Sinvergüenza asqueroso, ¿le has
pegado a una mujer?! —le gritó a
Ahmad.

—Ya empezamos —bufó éste—. ¡Ahora
el culpable soy yo! ¿Qué importan la

castidad y la virtud? Nosotros no tenemos de eso. Qué más da que mi hermana acabe en

manos de cualquiera, o de todos. A partir de ahora, tendré que llevar un sombrero de bellaco.

Yo no sabía en qué momento había llegado Mahmud a casa, pero de pronto lo vi plantado en el patio con cara de desconcierto.

—¡Basta ya! —gritó madre, echándose el chador sobre los hombros—. Ahora

alabemos al Profeta y sus descendientes. Quiero servir la cena. Tú, apártate. Y tú, coge ese mantel y extiéndelo ahí, en el

suelo. ¿Fati? ¡Fati! ¿Dónde estás, diablillo?

Fati estaba allí desde hacía mucho rato, pero nadie se había fijado en ella. Salió de detrás de los colchones apilados en un rincón y corrió hacia la cocina. Unos minutos más

tarde, volvió con los platos de la cena y los puso sobre el *korsi*.

—¿Quién te ha hecho esto? —me preguntó padre, tras haberme examinado la herida

de la boca, el ojo y la ensangrentada nariz—. ¿Ha sido Ahmad? Maldito sea.
—Entonces

se volvió hacia el patio y gritó—:
¿Cómo te atreves a tratar así a mi esposa
y mi hija, canalla? Ni siquiera Shemr,
que asesinó al imán Husein en Kerbala,
les hacía esas cosas a

sus esposas e hijas.

—¡Vaya! Así que ahora la señorita es un
dechado de pureza y santidad, y yo soy
peor

que Shemr. Padre, tu hija ha mancillado
tu honor. Quizá a ti no te importe, pero a
mí sí.

Deseo conservar mi reputación. Espera
a que vuelva Alí. Pregúntale qué ha
visto. ¡A esa

mujerzuela coqueteando con el dependiente de la farmacia delante de todo el mundo!

—¡Padre! ¡Te juro por Dios que miente!
—supliqué—. Te lo juro por tu vida, lo juro

sobre la tumba de mi abuela, me dolía el tobillo, lo tenía peor que el primer día, he estado a punto de caerme en la calle, Parvaneh me ha arrastrado hasta la farmacia. Me han puesto

el pie en alto y me han dado un analgésico. Además, Alí estaba allí, pero cuando Parvaneh

lo ha llamado para que viniera a

ayudarnos, se ha ido corriendo. Y cuando he vuelto a casa, se me han echado todos encima.

Rompí a llorar. Mi madre estaba preparando los platos de la cena. Mahmud, a mi lado

y apoyado en un estante, observaba el alboroto con una calma poco habitual. Ahmad llegó

corriendo, pero en el umbral se detuvo y gritó:

—¡Dilo, dilo! Ese hombre te ha puesto la pierna encima de la mesa para tocarte y

acariciarte. Cuéntales que no parabas de reír. Coqueteabas con él. Cuéntales que te espera en la calle todos los días y te saluda, que te da coba para...

Mahmud se sonrojó y masculló, pero apenas entendí «Que Dios tenga piedad». Mi

padre me miró con gesto inquisitivo.

—Te lo juro, padre. —Alí acababa de traer el pan recién hecho, cuyo aroma colmó la

habitación—. Miente, habla pestes de mí porque me enteré de que visita a la señora Parvin

cuando su marido no está en casa.

Ahmad volvió a abalanzarse sobre mí, pero padre me protegió con un brazo y le advirtió:

—¡No te atrevas a levantarle la mano! Esas cosas que dices no pueden ser ciertas. La

directora de la escuela me aseguró que Masumeh es la niña más decente e inocente de toda

la escuela.

—¡Sí, claro! —se burló Ahmad—. Esa escuela debe de ser una casa de castidad.

—¡Cállate! ¡Cuidado con lo que dices!

—Tiene razón, padre —terció Alí—. Lo he visto con mis propios ojos. Ese hombre le

ha puesto la pierna encima de la mesa y le ha dado un masaje.

—No, padre, te lo juro. Sólo me ha sujetado el zapato, y llevo el tobillo tan vendado

que ninguna mano habría podido tocarme. Además, un médico no se considera un

desconocido. ¿No es así, padre? Solamente me ha preguntado dónde me

dolía.

—¡Solamente! —exclamó Ahmad—. Y nosotros nos lo creemos, claro. Mira cómo

juega con nosotros este excremento de pájaro de cuarenta kilos. Quizá puedas engañar a

padre, pero yo soy más listo de lo que crees.

—¡Cállate, Ahmad, o te partiré la boca!
—lo amenazó padre.

—¡Adelante! ¿A qué esperas? Lo único que sabes hacer es pegarnos. Alí, ¿por qué te

has callado? Cuéntales lo que me contaste a mí.

—El dependiente de la farmacia las espera en la puerta todos los días —dijo Alí—. En

cuanto las ve llegar, les dice hola y ellas le contestan, y luego se marchan riendo y hablándose al oído.

—Miente. Hace diez días que no voy a la escuela. ¿Por qué dices mentiras? Sí, cuando

ve a Parvaneh la saluda. Conoce a su padre, le prepara las medicinas y se las da a ella.

—¡Esa niña...! ¡Que arda su tumba! —
exclamó madre—. ¡Todo es culpa suya!

—Entonces, ¿por qué la dejas entrar en
nuestra casa? —le espetó Ahmad—.

¿Acaso

no te lo advertí?

—¿Qué quieres que haga? —repuso
madre—. Lo único que hacen es leer
libros

juntas.

Alí cogió a Ahmad por el brazo y le dijo
algo al oído.

—¿Por qué cuchicheáis? —inquirió

padre—. Hablad en voz alta para que os oigamos

todos.

—No leen libros, madre —afirmó Alí
—. Leen otras cosas. El otro día entré sin avisar

y rápidamente escondieron unas hojas bajo sus piernas. ¡Me toman por un crío!

—Ve a mirar entre sus libros, a ver si las encuentras —propuso Ahmad.

—Ya las busqué cuando ella no estaba en casa. Y no las encontré.

Yo estaba furiosa, con el corazón

desbocado. ¿Y si daban con mi mochila?
Lo perdería

todo. Miré con disimulo alrededor. Mi mochila estaba en el suelo, a mi lado. Despacio, con mucho cuidado, la empujé bajo la manta que cubría el *korsi*. La fría voz de Mahmud puso fin al breve silencio que se había producido.

—Sea lo que sea, está en su mochila.
Acaba de esconderla bajo la manta.

Fue como si me hubieran tirado un jarro de agua fría. No podía hablar. Alí se agachó,

sacó mi mochila y la vació sobre el *korsi*. Ya nada podía hacer; me quedé

paralizada y todo me daba vueltas. Allí sacudió enérgicamente los libros, y las cartas cayeron al suelo.

Ahmad las recogió y desdobló una. La emoción se reflejó en su cara. Parecía que acabara

de recibir el mejor premio del mundo.

—Aquí está —dijo con voz temblorosa—. Aquí lo tienes, padre. Escucha y disfruta.

—Y empezó a leer en tono burlón—: «Respetable señorita, todavía no me atrevo...»

La humillación, la rabia y el miedo

bullían en mí. La cabeza me daba vueltas. Ahmad

tuvo que saltarse algunas partes de la carta que no supo leer; cuando iba por la mitad, madre le preguntó:

—¿Qué significa eso, hijo?

—Significa que cuando la mira... ve pureza e inocencia en sus ojos.

¡Imagínate!

—¡Que Dios me quite la vida! — exclamó madre.

—Escuchad esto. «Mi corazón está... no sé qué... de dolor, con tu sonrisa...»

¡Golfa!

¡Desvergonzada! Yo le enseñaré a ese canalla una sonrisa que nunca olvidará.

—¡Mira, mira, aquí hay otra! —exclamó Alí—. Es la respuesta.

—¡Estupendo! —gritó Ahmad, arrebatándole la carta—. La señorita le contestó.

Mahmud, rojo de rabia, gritó:

—¿No os lo decía yo? ¿No os lo decía yo? Una niña que se arregla y sale a pasear por

las calles de una ciudad llena de lobos no puede permanecer pura e intacta. Ya os decía que la casarais, pero vosotros,

que no, que tenía que ir a la escuela. Claro, ir a la escuela para aprender a escribir cartas de amor.

No podía defenderme. No me quedaban armas. Me rendí. Miré a padre con temor y angustia. Le temblaban los labios, y estaba tan pálido que creí que se desmayaría. Me miró

aturdido, pero, contrariamente a lo que yo esperaba, no había ira en sus oscuros ojos, sino una profunda pena que se mecía en el brillo de una lágrima no derramada.

—¿Así es como me recompensas? —masculló—. ¿Así es como cumples tu promesa y

proteges mi honor?

Esa mirada y esas palabras me hicieron más daño que la paliza que había recibido y se

clavaron en mi corazón como una daga. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas, cuando

con voz temblorosa dije:

—Pero te juro que no he hecho nada malo.

—Basta. ¡Cállate! —dijo padre, dándome la espalda. Y salió de la casa sin coger el abrigo. Entendí lo que eso significaba: me había retirado su apoyo

y dejado en manos de

los demás.

Ahmad seguía hojeando las cartas. No sabía leer muy bien, y Said había escrito en cursiva, lo que le dificultaba aún más la lectura. Pero fingía que lo entendía todo e intentaba disimular su satisfacción tras una máscara de furia.

—Y ahora, ¿qué hacemos con este escándalo? —preguntó al cabo, volviéndose hacia

Mahmud—. Ese desgraciado nos ha tomado por idiotas. Voy a darle una lección que nunca olvidará. No pararé hasta derramar su sangre. Corre, Alí. Ve

por mi navaja. Tengo

derecho a derramar su sangre, ¿no, Mahmud? Tenía los ojos puestos en nuestra hermana.

Aquí están las pruebas. De su propio puño y letra. Corre, Alí. Está en el armario de arriba...

—¡No, dejadlo en paz! —grité horrorizada—. No ha hecho nada malo.

Ahmad rió y, con una serenidad que hacía tiempo que no veía en él, se volvió hacia

madre y dijo:

—¿Lo ves, madre? ¿Ves cómo defiende a su amante? También yo tengo derecho a la

sangre de mi hermana. ¿No es así, Mahmud?

—Dios mío, ¿ves la desgracia que ha caído sobre mí? —se lamentó madre,

golpeándose el pecho y con lágrimas en los ojos—. Espero que Dios te haga sufrir, hija.

¿Qué desvergüenza es ésta? Ojalá hubieras muerto tú en lugar de Zari. Mira lo que me has

hecho.

Alí bajó corriendo con la navaja.
Ahmad se levantó con toda tranquilidad,
como si se

dispusiera a hacer un simple recado. Se
alisó los pantalones, cogió la navaja y
me la mostró.

—¿Qué parte de él prefieres que te
traiga? —Y soltó una carcajada
horrenda.

—¡No! ¡No! —grité. Me lancé a sus
pies, le abracé las piernas y supliqué—:
Por amor

de Dios, jura por la vida de madre que
no le harás daño. —Él avanzó hacia la
puerta, pero

yo no lo solté—. Por favor, te lo ruego.
Me equivoqué. Estoy arrepentida...

Ahmad me miraba con un placer salvaje.
Cuando llegó a la puerta de la calle,
susurró

una vulgaridad, dio una patada y se zafó
de mí. Alí, que nos había seguido, me
propinó un

fuerte puntapié y caí rodando por los
escalones de la puerta.

—¡Te traeré su hígado! —gritó Ahmad
al salir, cerrando de un portazo.

Tenía una costilla rota y me costaba
respirar, pero lo que más me dolía era el

corazón.

Me aterraba pensar qué le haría Ahmad a Said. Me senté sobre el hielo y la nieve, junto al estanque, y lloré.

Temblaba de pies a cabeza, pero no notaba el frío. Mi madre le dijo a Mahmud que me hiciera entrar en casa para evitar una desgracia aún mayor.

Pero mi hermano se negaba a tocarme; para él, yo estaba sucia y deshonorada.

Al final me agarró de

la ropa y, con una rabia asombrosa, me apartó del estanque, me arrastró hasta la casa y me

golpeé la cabeza con el borde de la puerta de la habitación donde me dejó

tirada. Noté la
sangre en la cara.

—Mahmud, sigue a Ahmad y asegúrate
de que no se mete en ningún lío —pidió
madre.

—No te preocupes, ese tipo se merece
cualquier cosa que Ahmad le haga. Y
también
deberíamos matar a ésta.

Pero se marchó y la casa volvió a
quedar en silencio. Madre murmuraba y
sollozaba.

Yo no podía parar de llorar. Fati, de pie en un rincón, se mordía las uñas y me miraba fijamente. Yo estaba sumida en un extraño sopor, ajena al paso del tiempo. En algún momento oí la puerta de la calle; recobré los sentidos y me incorporé asustada. Ahmad entró riendo obscenamente y me mostró la navaja ensangrentada.

—Mira bien esto. Es la sangre de tu amante.

Todo me daba vueltas, la cara de Ahmad se desdibujó y una cortina negra se corrió ante mis ojos. Sentí que me precipitaba a un pozo muy profundo. Alrededor, los sonidos

componían una prolongada cacofonía. Cada vez me hundía más y no podía detener mi caída.

Zari se moría. Tenía la cara de un color muy raro. Respiraba con dificultad, emitiendo un

ronquido. Su pecho y abdomen subían y bajaban deprisa. Yo me mordía las uñas y observaba a mi hermana desde detrás del montón de colchones. Las voces provenientes del patio interior intensificaban mi horror.

—Aga Mostafá, te juro que está muy enferma. Ve a buscar al médico.

—¡Basta! No te pongas histérica. No

molestes a mi hijo. No le pasará nada. Estoy esperando a que se haga la infusión. Si se la doy ahora, la niña ya estará bien cuando vuelvas. Vete, querida, no te quedes ahí parada. Tranquila, la niña no morirá.

Zari me daba la mano. Corríamos por un túnel oscuro. Ahmad nos perseguía

blandiendo una navaja y con cada paso se acercaba unos metros más; era como si volara.

Nosotras chillábamos, pero lo que resonaba en el túnel eran la risa y la voz de Ahmad:

—Sangre. Sangre. Mira, es sangre.

Mi abuela intentaba que Zari se bebiera la infusión. Mi madre le sujetaba la cabeza sobre el regazo y le apretaba las mejillas para abrirle la boca. Zari estaba muy débil y no se resistía. Mi abuela le metía el líquido en la boca con una cuchara, pero mi hermana no

lo tragaba. Mi madre le soplabá en la cara. Zari dejó de respirar, agitó los brazos y las piernas y luego respiró de nuevo, emitiendo un ruido extraño.

—La señora Azra dijo que la llevarais a ese médico que vive cerca del sepulcro

gimoteó mi madre.

—¡Ni hablar! —repuso mi abuela—. Levántate y prepara la cena. Tu esposo y tus

hijos llegarán en cualquier momento.

Inclinada sobre Zari, mi abuela recitaba sus oraciones. A mi hermana se le había puesto la cara morada y de su garganta salían unos ruidos muy raros.

—¡Tayebéh, Tayebéh, ve corriendo a buscar al médico! —gritó mi abuela de pronto,

precipitándose en el patio.

Le cogí la mano a Zari y le acaricié el pelo. Tenía la cara casi negra. Abrió los

ojos,

unos ojos enormes inyectados en sangre, y me apretó la mano. Entonces alzó la cabeza de

la almohada y la dejó caer. La solté y corrí a esconderme tras el montón de mantas y almohadones. Zari sacudía los brazos y las piernas. Me tapé los oídos y apreté la cara contra un almohadón.

Fuera, en el patio, mi abuela blandía el encendedor de carbón, que iba haciéndose más

y más grande, hasta ocupar todo el patio. La voz de mi abuela resonaba en mis oídos: «Las

niñas no se mueren. Las niñas no se mueren.»»

Zari dormía. Le acaricié el pelo y se lo aparté de la cara, pero era Said. Su cabeza rodó

por la almohada y cayó al suelo. Grité, pero de mi boca no salió ningún sonido.

Mis pesadillas no tenían fin. De vez en cuando me despertaba con mis propios gritos y, empapada de sudor, volvía a precipitarme en el pozo. No recuerdo cuánto tiempo pasé en

ese estado.

Un día me desperté al notar que me

quemaba el pie. Era por la mañana. La habitación

olía a alcohol. Alguien me volvió la cabeza y dijo:

—Mira, está despierta. Te juro que está despierta, mujer. Está mirándome.

Veía las caras borrosas, pero las voces eran muy claras.

—¡Oh, imán Mussa bin Jafar, tú que satisfaces las necesidades de la gente, sálvanos!

—Ha recobrado el conocimiento, mujer. Prepárale un caldo y dáselo como puedas.

Lleva casi una semana sin comer nada. Tiene el estómago muy débil. Deberás alimentarla

poco a poco.

Cerré los ojos. No quería ver a nadie.

—El caldo de pollo estará listo enseguida. Doy cien veces las gracias a Dios. Hasta ahora ha vomitado cuanto le he dado.

—Ayer, cuando le bajó la fiebre, supe que se despertaría. Cuánto ha sufrido, la pobre.

Quién sabe de qué le vendrán esta fiebre y estos delirios.

—¿Entiende mi sufrimiento, señora Parvin? Estos últimos días he muerto y resucitado

cien veces. Por una parte, he de ver cómo mi querida hija tiembla y se agita, y por la otra, soportar la vergüenza y tolerar los insultos de sus hermanos por haber traído al mundo a

esta niña. Todo esto me consume por dentro.

No sentía dolor. Sólo estaba tumbada en la cama, débil y frágil, incapaz de moverme.

Sacar la mano de debajo de la manta me parecía una tarea hercúlea. Deseaba

seguir debilitándome hasta morir. ¿Por qué me había despertado? En este mundo no había lugar

para mí.

Cuando volví a recobrar el conocimiento, mi madre me había puesto la cabeza en su regazo e intentaba obligarme a beber un poco de caldo. Yo sacudía la cabeza y me resistía

a la presión que sus dedos ejercían en mis mejillas.

—Que Dios me deje dar la vida por ti, sólo una cucharada... Mira cómo te has quedado. Come. Que todo tu dolor y tu

sufrimiento recaigan sobre mí.

Nunca me había hablado así. Jamás me había lisonjeado. O estaba ocupada con mis hermanos menores, o atendía a los mayores, a los que quería con locura. Y yo, siempre perdida en medio de unos y otros. No era ni la primera ni la última, y tampoco un chico. Si Zari no hubiera muerto, seguramente ya me habrían olvidado por completo; igual que a Fati, siempre en un rincón y en quien nadie se fijaba. Nunca olvidaré el día que mi madre

la trajo al mundo. Mi abuela se desmayó cuando se enteró de que era niña. Además, decían que Fati era un mal

augurio, porque tras su nacimiento mi madre sufrió dos abortos, y ambas veces los bebés habrían sido varones. La verdad es que ignoro cómo sabía mi madre que habrían sido chicos.

El caldo se derramó sobre la sábana. Mi madre salió de la habitación refunfuñando.

Abrí los ojos. Era avanzada la tarde, y Fati estaba sentada a mi lado, apartándome el pelo

de la cara con sus manitas. Parecía tan inocente y triste... La miré y tuve la impresión de

verme a mí misma sentada al lado de

Zari. Noté el calor de las lágrimas en las mejillas.

—Sabía que te despertarías —dijo Fati—. No te mueras, por amor de Dios.

Mi madre regresó a la habitación. Cerré los ojos. Era de noche. Los oía hablar a todos.

—Esta mañana ha abierto los ojos —explicaba mi madre—. Estaba consciente, pero,

aunque he intentado darle un poco de caldo, no me ha dejado. Está tan débil que no puede

moverse; no sé de dónde saca tanta

energía para resistirse a mí. Esta mañana la señora Parvin decía que no podremos mantenerla a base de medicamentos. Si no come, morirá.

—Ya sabía yo que mi madre llevaba razón —oí decir a mi padre—. En esta familia no

podemos tener hijas. Aunque se recupere, será como si estuviera muerta, con la vergüenza

y la deshonra que nos ha causado.

No oí nada más. Era como si pudiera controlar qué quería ver y oír y cuándo, como si

pudiera conectarme y desconectarme a mi antojo, como una radio con su interruptor. Sin

embargo, las pesadillas no lograba controlarlas. Las imágenes danzaban tras mis párpados

cerrados.

Ahmad corría hacia mí con una navaja ensangrentada en la mano y arrastrando a Fati del

pelo. Mi hermana era pequeña como una muñeca. Yo estaba al borde de un precipicio.

Ahmad lanzaba a Fati hacia mí, y yo

trataba de agarrarla, pero se me escapaba de las manos y se precipitaba al abismo. Miraba hacia abajo y veía los cuerpos destrozados y ensangrentados de Zari y Said. Me despertó mi propio grito. Mi almohada estaba

empapada de sudor y tenía la boca terriblemente seca.

—¿Qué pasa? No vas a dejarnos dormir tranquilos, ¿verdad?

Bebí agua.

Me despertó el bullicio de todas las mañanas. Mi familia estaba desayunando.

—Anoche volvió a tener mucha fiebre. Estaba alucinando. ¿No la oísteis gritar?

—No —dijo Mahmud.

—Madre, ¿piensas dejarnos comer en paz o no? —protestó Ahmad.

Su voz era como una daga que se clavaba en mi corazón. Me habría gustado tener fuerzas para levantarme y hacerlo pedazos. Lo odiaba. Los odiaba a todos. Me di la vuelta

y hundí la cara en la almohada. Quería morirme cuanto antes para liberarme de aquellos

despiadados y egoístas.

Abrí los ojos automáticamente al notar el pinchazo de la jeringuilla.

—Por fin te despiertas. No, no te hagas la dormida. ¿Quieres que traiga un espejo para

que te veas? Pareces un esqueleto. Mira. He ido a la pastelería de los Caravan y te he comprado galletas. Con té están buenísimas. ¡Señora Sadegui! Masumeh se ha despertado

y quiere un poco de té. Tráigale un vaso alto.

La miré aturdida. No la entendía. Todo el mundo hablaba de ella y decía que mantenía

relaciones con otros hombres a espaldas de su marido. Yo la consideraba una mujer indecente. Pero, curiosamente, cuando la veía no la odiaba ni apreciaba nada feo en ella.

Tan sólo sabía que no quería tener ningún vínculo con ella.

—Gracias a Dios —dijo mi madre, entrando con un vaso alto lleno hasta el borde—.

¿Ha pedido té?

—Sí —respondió la señora Parvin—. Tomará un poco, con galletas. Incorpórate, niña, incorpórate...

Deslizó una mano debajo de mí y me levantó. Mi madre me puso unos almohadones

en la espalda y me acercó el vaso a la boca. Aparté la cara y apreté los labios, como si hubiera reservado todas mis fuerzas para rechazar aquella bebida.

—No funcionará. No me dejará dárselo. Se derramará todo.

—No se preocupe. Se lo daré yo. Me

sentaré aquí y no me marcharé hasta que se lo

haya bebido. Vaya a ocuparse de sus tareas y no se preocupe.

Mi madre, malhumorada, salió de la habitación.

—Y ahora, mi niña, aunque sólo sea para no hacerme quedar mal, abre la boca y toma

un sorbo. Por amor de Dios, ¿no es una pena dejar que una piel tan delicada amarillee tanto? Estás tan delgada que debes de pesar lo mismo que Fati. Una chica tan guapa como

tú ha de vivir, y si no comes, te morirás...

Ignoro qué vio la señora Parvin en mis ojos o qué dedujo de mi sonrisita, pero de pronto se quedó callada y me miró fijamente. Y entonces, como si acabara de hacer un

gran descubrimiento, exclamó:

—¡Claro! Eso es justo lo que quieres. Morirte. Has decidido suicidarte. ¡Qué tonta soy! ¿Cómo no me habré dado cuenta antes? Sí, quieres morirte. Pero ¿por qué? ¿No estás

enamorada? Quién sabe, quizá acabes junto a él a pesar de todo. ¿Por qué

quieres suicidarte? Le harás mucho daño a Said...

Al oír ese nombre, me estremecí y abrí los ojos.

—¿Qué te pasa? ¿Crees que no te ama? No te preocupes, eso es lo que hace que el amor sea tan interesante —dijo la señora Parvin mirándome, y me acercó el vaso de té a

los labios.

Le cogí la mano con las escasas fuerzas que me quedaban y me incorporé un poco.

—Dígame la verdad, ¿Said está vivo?

—¿Cómo? Pues claro. ¿Por qué iba a estar muerto?

—Porque Ahmad...

—¿Qué pasa con Ahmad?

—Ahmad lo atacó con su navaja.

—Bueno, sí, pero no le pasó nada. ¡Ah! Estás inconsciente desde que viste la navaja

ensangrentada. Así que las pesadillas y los gritos por la noche son por eso, ¿verdad? Pobre de mí, mi habitación está al otro lado de esta pared. Te oigo todas las noches, no paras de chillar: «¡No, no!» Ahora lo entiendo: gritas por

Said. Debes de creer que Ahmad lo mató,

¿no? Vamos, no seas tonta, Ahmad no tiene tanto valor. ¿Crees que alguien puede salir a la

calle, matar a un hombre y volver a su casa como si nada? En este país hay leyes. No es

tan sencillo. No, querida, puedes estar tranquila: aquella noche tu hermano sólo le hizo a

Said un arañazo en el brazo y otro en la cara. Entonces intervinieron el doctor y los otros tenderos. Said ni siquiera fue a la comisaría. Está perfectamente. Yo

misma lo vi al día siguiente en la puerta de la farmacia.

Tras una semana entera, por fin me atrevía a respirar.

—Gracias, Dios mío —dije, cerrando los ojos y con la mano en el corazón. Y con la

cara contra los almohadones, lloré.

Mi estado de salud no mejoró hasta las vacaciones de Año Nuevo, en primavera. El tobillo

se me había curado por completo, pero seguía muy delgada. Aunque no sabía nada de la

escuela, tampoco había ninguna posibilidad de sacar el tema. Me pasaba el día

deambulando por la casa. Ni siquiera podía salir para ir a los baños públicos. Mi madre calentaba un poco de agua y me bañaba en casa. Sepultada en aquella atmósfera fría y amarga, casi no hablaba. La mayor parte del tiempo me sentía tan triste y ensimismada que no me enteraba de lo que pasaba a mi alrededor. Mi madre evitaba hablar de lo ocurrido. Sin embargo, de vez en cuando se le escapaba algún comentario que me dejaba

muy dolida.

Mi padre ni me miraba, como si yo no existiera, y tampoco hablaba mucho con los

demás. Estaba triste y nervioso; parecía envejecido. Ahmad y Mahmud intentaban no coincidir conmigo. Por la mañana desayunaban deprisa y se marchaban. Por la noche, Ahmad volvía tarde, siempre borracho, e iba directo a acostarse. Mahmud comía algo y se

marchaba a la mezquita o subía a la habitación y pasaba gran parte de la noche rezando.

Yo me alegraba de no verlos. Pero Alí no paraba de incordiarme: me acosaba sin cesar y a

veces me soltaba comentarios groseros. Mi madre lo regañaba, mientras que yo intentaba

no prestarle atención.

Fati era la única persona cuya compañía no me molestaba, además de la única

presencia agradable en casa. Todos los días, cuando volvía de la escuela, venía a darme un

beso y me miraba con una extraña compasión. Siempre se guardaba un poco de comida y

me la traía. A veces ahorraba dinero y me compraba chocolate. Todavía temía

que me muriera.

Yo sabía que retomar la escuela era un sueño imposible, pero confiaba en que después

del Año Nuevo me dejaran recibir clases de costura. Aunque no me gustaba coser, las clases eran mi única esperanza de obtener un poco de libertad y escapar de aquellas cuatro

paredes. Echaba muchísimo de menos a Parvaneh, tanto que no sabía si tenía más ganas de

verla a ella o a Said. Era extraño. Pese a todo lo que me había pasado, pese a tanto dolor y humillación y a tantísimos

comentarios repugnantes sobre mi relación con Said, no me arrepentía de lo sucedido entre nosotros. No sólo no me sentía culpable, sino que mi emoción más pura y sincera era el amor que sentía por él.

Más tarde, la señora Parvin me relató cómo se habían desarrollado los

acontecimientos y afectado a la familia de Parvaneh. La noche que caí enferma, o la siguiente, Ahmad se había presentado borracho en casa de mi amiga y se había puesto a

insultarlos. Al padre de Parvaneh le espetó: «Tendrás que ponerte los pantalones de una vez. Tu hija es una

libertina y ha estado a punto de llevar a mi hermana por el mal camino.» Y había añadido tal sarta de palabras soeces que, sólo de pensarlo, me ponía a

sudar. ¿Cómo volvería a mirar a Parvaneh y sus padres a la cara? ¿Cómo se había atrevido

mi hermano a decirle cosas tan espantosas a un hombre respetable?

No tener noticias de Said estaba volviéndome loca. Al final le supliqué a la señora Parvin que fuera a la farmacia y preguntara por él. Pese a que Ahmad la intimidaba, ella

estaba encantada con la aventura. Jamás

me habría imaginado que un día se convertiría en

mi confidente. Seguía resultándome antipática, pero no tenía más recursos. Era mi único

contacto con el mundo exterior y, sorprendentemente, nadie en mi familia se oponía a que

me relacionara con ella.

Al día siguiente, la señora Parvin vino a verme. Mi madre estaba en la cocina.

—¿Qué ha descubierto? ¿Fue a la farmacia? —quise saber, nerviosa.

—Sí. Compré algunas cosas y luego le pregunté al doctor por qué no estaba Said. Me

dijo: «Said volvió a su pueblo. Éste ya no era sitio para él. El pobre chico ya no tenía buena reputación ni respeto, y su seguridad no estaba garantizada. Le dije: ¿Y si alguien te clava un cuchillo en la oscuridad y te mata? Habría desperdiciado su juventud. Y de todas formas, no iban a permitir que se casara con esa chica... ¡con ese hermano loco que tiene!

Así que de momento ha dejado la universidad y regresado a Rezaieh con su familia.»

Rompí a llorar.

—¡Basta! —me reprendió la señora Parvin—. No empieces otra vez. Acuérdate de

que lo dabas por muerto. Deberías agradecerle a Dios que siga con vida. Espera un poco.

Cuando este incidente se haya olvidado, seguramente Said se pondrá en contacto contigo.

Aunque creo que sería mejor que lo olvidaras. No conseguirá tu mano. Ahmad jamás aceptaría... A menos que logres convencer a tu padre. Comoquiera que sea, tendremos que

esperar y ver si aparece.

La única alegría que experimenté durante las vacaciones de Año Nuevo fue que me sacaron dos veces de la casa. Primero me llevaron a los baños públicos para que tomara el

baño tradicional de fin de año, aunque se aseguraron de que nos dieran cita a primera hora

de la mañana, para no ver a nadie. También fuimos a visitar al tío Abbas para felicitarle las fiestas. Todavía hacía frío. La primavera se retrasaba, pero en la atmósfera se respiraba el frescor de un nuevo año. Me encantó salir de casa. El aire parecía más límpido y me

resultaba más fácil respirar.

La esposa de mi tío no se llevaba bien con mi madre, y tampoco sus hijas con nosotros.

—Masumeh, has crecido mucho —me dijo Soraya, la hija mayor de mi tío.

—Pero está más delgada —terció mi tía—. La verdad es que temía que se hubiera puesto enferma.

—¡Nada de eso! —la contradijo Soraya—. Lo que pasa es que estudia mucho.

Masumeh, mi padre dice que eres muy aplicada y la mejor alumna de tu curso.

Agaché la cabeza sin saber qué decir.
Mi madre acudió en mi ayuda:

—Se rompió una pierna, por eso ha adelgazado mucho. Pero no sé a qué viene tanto

interés, si vosotros nunca os preocupáis por nuestra salud.

—Pues mi padre y yo queríamos visitaros —declaró Soraya—, pero mi tío dijo que no

se encontraba bien y que no quería recibir a nadie.

»Masumeh, ¿cómo te rompiste la pierna?

—Resbalé en el hielo —murmuré.

—Soraya ya se ha sacado el diploma —
le dijo mi madre a mi tía para cambiar
de tema

—. ¿Cómo es que todavía no le habéis
buscado marido?

—Porque tiene que ir a la universidad.
Aún es pronto para casarla.

—¡Pronto! ¡Qué tontería! Yo diría que se
os está haciendo tarde. Seguro que ya no
encontráis ningún esposo decente.

—Pues hay muchos candidatos —
replicó mi tía, desafiante—. Pero una
chica como

Soraya no se contenta con cualquiera. En mi familia estudian todos, hombres y mujeres.

No somos como la gente de provincias. Soraya quiere estudiar Medicina, igual que las

hijas de mi hermana.

Era imposible que nuestras visitas familiares acabaran sin tensión y comentarios

maliciosos. Con su mordacidad y su mal genio, mi madre conseguía que todos se

distanciaran de ella. La hermana de mi padre siempre decía de mi madre que

tenía una cuchilla en vez de lengua, y era verdad. A mí me habría gustado mantener una relación más estrecha con mis parientes, pero tales animadversiones profundamente enraizadas lo

impedían.

Pasaron las vacaciones de Año Nuevo y yo seguía encerrada en casa. Las indirectas que

lanzaba a veces respecto a las clases de costura no surtieron efecto. Ahmad y Mahmud no

me dejaban salir bajo ningún concepto. Y mi padre no intervenía; para él, yo

estaba muerta.

Me aburría enormemente. Cuando terminaba las tareas domésticas, subía a la sala de

estar y contemplaba el tramo de calle desde la ventana. Aunque era mi único contacto con

el mundo exterior, incluso eso tenía que guardarlo en secreto. Si se enteraban mis hermanos, seguramente tapiarían la ventana. Soñaba con ver pasar a Parvaneh o Said.

Para entonces, ya me había mentalizado de que sólo saldría de aquella casa convertida

en esposa de alguien. De hecho, era la única solución al dilema que todos habían ratificado con su voto. Yo odiaba cada rincón de la casa, pero no quería traicionar a mi querido Said

saliendo de una prisión para entrar en otra. Lo esperaría el resto de mi vida, aunque me arrastraran a la horca.

Una familia expresó su interés en pedirme en matrimonio; tres mujeres y un hombre nos

visitarían. Mi madre puso manos a la obra y ordenó y limpió la casa de arriba abajo.

Mahmud compró unos sofás tapizados

de color rojo; Ahmad, fruta y pasteles.
Me extrañó

mucho aquella cooperación sin
precedentes. Estaban dispuestos a hacer
cualquier cosa con

tal de no perder a aquel pretendiente,
como náufragos que se aferran a una
tabla. Y en cuanto vi al pretendiente, me
di cuenta de que en verdad no era más
que madera de deriva.

Era un hombre corpulento, con una calva
en la coronilla, de unos treinta años, que
sorbía

al comer la fruta. Trabajaba con
Mahmud en el bazar. Por suerte, él y las

tres mujeres que

lo acompañaban buscaban una esposa rolliza y mofletuda, y no les gusté.

Aquella noche

me acosté feliz y tranquila. A la mañana siguiente, mi madre le refirió a la señora Parvin el encuentro con todo detalle y embelleciéndolo bastante. La gran desilusión provocada por

el desenlace me pareció ridícula.

—Qué lástima —se lamentó mi madre—. Esta pobre chica no tiene suerte. Ese

hombre no sólo es rico, sino que proviene de una buena familia. Además,

es joven y no ha

estado casado. —Tenía gracia: aquel hombre me doblaba la edad, pero según mi madre era

joven. ¡Con aquella calva y aquel barrigón!—. Aunque lo cierto, señora Parvin, es que lo

comprendo, pues la niña está demasiado flaca. La madre del pretendiente dijo: «Señora, su

hija necesita atención médica.» Si no me equivoco, esa diablilla ha hecho algo para parecer aún más enfermiza.

—Ay, querida, habla usted como si se

tratará de un joven de veinte años — replicó nuestra vecina—. Los vi por la calle y la verdad es que me alegro de que su hija no les

gustara. Masumeh es demasiado buena, habría sido una lástima entregársela a un enano barrigudo como ése.

—¿Qué quiere que le diga? Teníamos grandes sueños para la niña. Su padre siempre

me decía que se casaría con un hombre importante. Pero, después de esta desgracia,

¿quién va a interesarse por ella? Deberá contentarse con un hombre inferior o

convertirse

en segunda esposa.

—¡Tonterías! Deje que las cosas se calmen. Pronto todo se olvidará.

—¿Que se olvidará? La gente averigua, pregunta por ahí. Ni la hermana ni la madre

de un hombre decente y educado lo dejarían casarse con mi desventurada hija, cuya desgracia conoce todo el barrio.

—Tenga paciencia —le aconsejó la señora Parvin—. Le digo que pronto lo olvidarán.

¿A qué viene tanta prisa?

—Es por sus hermanos. Dicen que, mientras ella siga en esta casa, ellos no podrán vivir en paz ni llevar la cabeza alta en público. La gente no olvidará lo ocurrido... hasta

que hayan pasado cien años. Y Mahmud quiere casarse, pero asegura que no puede hasta

que su hermana se haya ido de aquí. No se fía de ella. Teme que lleve a su esposa por el

mal camino.

—¡Qué estupidez! —exclamó la vecina

con desdén—. Esa pobre criatura es más inocente que un recién nacido. Y no ha pasado nada grave. Todas las chicas guapas de su

edad tienen chicos que se enamoran de ellas. No podemos quemarlas en la hoguera porque

alguno se interese por ellas. Además, Masumeh no tuvo la culpa.

—Sí, conozco bien a mi hija. Quizá no sea muy cumplidora con las oraciones y el ayuno, pero su corazón está con Dios. Anteayer me dijo: «Me gustaría hacer un peregrinaje al sepulcro del imán

Abdolazim en Qum.» Antes rezaba en el sepulcro de la

santa Masumeh todas las semanas. No se imagina usted cómo rezaba. Esa desvergonzada,

Parvaneh, es la culpable de todo. De no ser por ella, mi hija jamás se habría visto envuelta en nada así.

—Bueno, quizá ese chico vuelva y se case con ella, y entonces todo habrá terminado

bien. No era mal chico, y ellos se quieren. Todos hablan muy bien del joven. Y pronto será

médico.

—Pero ¿qué dice, señora Parvin? —
repuso mi madre, escandalizada—. Sus
hermanos

aseguran que antes se la entregarían a
Azrael, el ángel de la muerte, que a ese
joven. Y él tampoco ha derribado
nuestra puerta para venir a llevársela.
Será lo que quiera Dios.

Todos llevamos el destino escrito en la
frente desde el primer día y nuestra
suerte ya está echada.

—Pues no se precipite. Deje que el
destino haga su trabajo.

—Pero sus hermanos dicen que tendrán que soportar la cicatriz de su deshonra hasta

que Masumeh se case y ya no sean responsables de ella. ¿Cuánto tiempo cree que podrán

mantenerla encerrada en casa? Temen que su padre se compadezca de su hija y ceda.

—Bueno, la pobre merece un poco de compasión. Es muy guapa. Ya verá qué clase de hombres se interesarán por ella cuando haya recuperado la salud.

—Le juro por Dios que le preparo arroz con pollo a diario. Sopa de pierna de

cordero,

gachas de trigo con carne. Mando a Alí a comprar caldo de cabeza y pezuñas de oveja para su desayuno. Todo con la esperanza de que engorde un poco y no parezca tan enfermiza, para que algún hombre decente se fije en ella.

Recordé un cuento de mi infancia. Un monstruo secuestraba a una niña, pero ésta estaba tan flaca que no podía comérsela. Entonces la encerraba y le compraba comida para

que engordara y se convirtiera en un manjar exquisito. Ahora mi familia quería hacer lo

mismo conmigo: cebarme y entregarme a un monstruo.

Me pusieron en venta. Recibir a las familias que venían a conocerme se convirtió en mi

único entretenimiento. Mis hermanos y mi madre habían corrido la voz de que estaban buscándome marido, y a casa acudía todo tipo de gente. Algunos candidatos eran tan inadecuados que hasta Ahmad y Mahmud los rechazaban. Todas las noches rezaba para que apareciera Said, y al menos una vez a la semana le pedía a la señora Parvin que fuera

a la farmacia por si sabían algo de él. El

doctor le dijo que Said sólo le había escrito una vez y que le habían devuelto su respuesta; por lo visto, la dirección era incorrecta. Said había desaparecido del mapa. A veces, por la noche, iba a la sala de estar a rezar y hallarme en comunión con Dios, y luego me asomaba a la ventana y veía las sombras que

se movían por la calle. Unas cuantas veces reparé en una sombra que me resultaba familiar

bajo el arco de la casa de la acera de enfrente, pero desaparecía en cuanto yo abría la ventana.

Lo único que me animaba a acostarme y tratar de olvidar el dolor y el

sufrimiento de

mis tediosos días era la perspectiva de soñar con una vida junto a Said. Me imaginaba nuestra casa, pequeña y bonita, los muebles y la decoración de las habitaciones. Aquél era

mi humilde refugio. Imaginaba a nuestros hijos, unos niños guapos, sanos y felices. En mis sueños estaba eternamente enamorada y feliz. Said era un esposo modélico, un hombre tierno, afable, bondadoso, sensato e inteligente, que nunca discutía conmigo ni me

menospreciaba. ¡Cuánto lo quería!
¿Alguna mujer ha amado a un hombre tanto como yo a

Said? Ojalá nuestras fantasías se hicieran realidad.

A principios de junio, nada más terminar los exámenes finales en la escuela, la familia de

Parvaneh se marchó de nuestro barrio. Yo sabía que llevaban tiempo planeándolo, pero no

creía que fueran a irse tan pronto. Más tarde me enteré de que les habría gustado marcharse antes, pero que habían decidido esperar a que acabara el curso escolar. El padre

de Parvaneh comentaba desde hacía tiempo que aquel barrio ya no era un

buen sitio donde

vivir. Y tenía razón. Sólo le gustaba a gente como mis hermanos.

Era una mañana calurosa. Estaba barriendo la habitación y todavía no había bajado las

persianas de mimbre cuando oí la voz de Parvaneh. Me precipité al patio. Fati se encontraba junto a la puerta de la calle. Parvaneh había venido a despedirse de mí. Mi madre llegó antes que yo y, sin abrir del todo, cogió el sobre que mi amiga le había dado a Fati, se lo devolvió y dijo:

—Vete, deprisa. Vete antes de que te

vean sus hermanos y haya otro escándalo. Y no vuelvas a traer nada más.

—Pero, señora —repuso mi amiga con un nudo en la garganta—, sólo le he escrito para despedirme y darle nuestra nueva dirección. Puede leer la carta si quiere.

—¡No hace falta! —le espetó mi madre.

Salí y cogí la puerta con ambas manos para intentar abrirla, pero mi madre la sujetaba

con fuerza y me apartó a patadas.

—¡Parvaneh! —grité—. ¡Parvaneh!

—Por amor de Dios, no le hagan daño
—suplicó mi amiga—. Le juro que ella
no hizo

nada malo.

Mi madre cerró. Me senté en el suelo y
lloré. Había perdido a mi guardiana,
amiga y

confidente.

El último pretendiente que vino a
visitarnos era un amigo de Ahmad. A
menudo me preguntaba cómo abordaban
mis hermanos a esos hombres. Por
ejemplo, ¿cómo le dijo Ahmad a su
amigo que tenía una hermana en edad
casadera? ¿Ponían un anuncio?

¿Hacían promesas? ¿O regateaban mi precio como los comerciantes del bazar? Hicieran lo

que hiciesen, seguro que no era nada respetable.

Asgar Aga, el carnicero, era igual que Ahmad, tanto en edad como en bruscos

modales y carácter. Y no muy culto.

Decía: «Un hombre tiene que ganarse el pan con la

fuerza de los brazos, no sentarse en una esquina a garabatear como un chupatintas medio

muerto.»

—Tiene dinero y sabrá enderezar a mi hermana —argumentó Ahmad.

—Eso no importa —dijo Asgar Aga respecto a mi delgadez—. Le haré comer tanta

carne y grasa que dentro de un mes estará como un tonel. Pero noto cierto descaro en sus

ojos.

Su madre era una anciana horrible que comía sin parar y refrendaba cuanto su hijo decía. Asgar Aga consiguió la aprobación de todos. Mi madre estaba contenta porque era

joven y nunca se había casado. Ahmad era amigo suyo y lo apoyaba porque, después de

una pelea en el café Jamshid, Asgar Aga había respondido por él y evitado que lo metieran

en la cárcel. Mi padre dio su consentimiento porque su carnicería obtenía buenas ganancias. Y Mahmud declaró: «Me parece bien, es un comerciante y tiene lo que hace falta para dominar a nuestra hermana y no dejar que se aparte del buen camino. Cuanto antes cerremos el trato, mejor.»

A nadie le importaba lo que yo pensara, y no les dije cómo odiaba la idea de

vivir con

un matón sucio, ignorante e inculto queapestaba a carne cruda y sebo incluso el día que

pedía la mano de una mujer.

A la mañana siguiente, la señora Parvin vino a nuestra casa, consternada.

—Me he enterado de que van a entregar a Masumeh al carnicero Asgar Aga. ¡Por

amor de Dios, no lo hagan! Es un hombre muy violento. Un bebedor y un mujeriego. Lo conozco. Al menos deberían preguntar y averiguar algo sobre él.

—No diga tonterías, señora Parvin —
repuso mi madre—. ¿Quién lo conoce
mejor,

usted o Ahmad? Y ya nos ha contado
cuanto necesitamos saber sobre él.
Como dice mi hijo, los hombres hacen
muchas tonterías antes de casarse, pero
lo dejan todo si tienen que cargar con la
responsabilidad de una esposa y unos
hijos. Ha jurado por la vida de su padre
que tras la boda no dará ni un paso en
falso. Además, no encontraremos a
nadie mejor para Masumeh. Ese hombre
es joven, ella será su primera esposa, es
rico, tiene dos

carnicerías y está dispuesto a dar lo

mejor de sí. ¿Qué más podemos pedir?

La señora Parvin me miró con compasión, como si mirara a una condenada a muerte.

—He suplicado a Ahmad que no siga adelante —me explicó al día siguiente —, pero

es un ignorante. —Era la primera vez que confesaba tener una aventura secreta con mi hermano—. Me ha dicho: «No nos conviene tenerla más tiempo en casa.» Y tú, ¿por qué

no haces algo? ¿No te das cuenta de la catástrofe que se te avecina? ¿De verdad vas a casarte con ese animal?

—¿Qué más da? —repliqué con indiferencia—. Que hagan lo que quieran. Que crean

que van a casarme. Ellos no saben que ningún hombre que no sea Said tocará otra cosa que no sea mi cadáver.

—¡Que Dios se apiade de ti! —exclamó—. No vuelvas a decir una cosa así. ¡Es

pecado! Tienes que quitarte esas ideas de la cabeza. No encontrarás a otro hombre como

Said, pero no todos son tan horribles como ese patán. Espera, quizá aparezca algún pretendiente mejor.

—Me da igual —dije encogiéndome de hombros.

Se marchó muy acongojada. Al salir se paró delante de la cocina y le dijo algo a mi

madre, que se dio una palmada en la cara. A partir de ese momento me sometieron a una

vigilancia aún más estrecha. Se llevaron todos los tarros de medicinas y no me dejaban tocar los cuchillos ni las navajas de afeitar, y en cuanto me iba al piso de arriba, siempre subía alguien detrás de mí. Qué gracia me hacía. ¡Creían que era tan estúpida como para

saltar desde un segundo piso! Pero mis planes eran otros.

Los acuerdos sobre la ceremonia y el matrimonio se retrasaron porque la hermana del

novio, que estaba casada y vivía en Kermanshah, no podría viajar a Teherán hasta pasados

diez días.

—Necesito la aprobación y el consentimiento de mi hermana —había explicado Asgar

Aga—. Estoy en deuda con ella tanto como con mi madre.

Eran las once de la mañana; había salido al patio cuando oí que golpeaban la puerta de la

calle. Como yo tenía prohibido abrir, llamé a Fati. Mi madre gritó desde la cocina:

—De acuerdo, pero sólo esta vez. Abre y mira quién tiene tanta prisa.

Apenas había entreabierto la puerta cuando la señora Parvin la empujó y entró.

—¡Qué suerte tienes, muchacha! — exclamó emocionada—. Te he encontrado un

pretendiente estupendo. Es perfecto como la luna, o como un ramillete de flores...

La miré boquiabierta.

—¿Qué pasa, señora Parvin? —preguntó mi madre, saliendo de la cocina.

—Mi querida amiga, traigo excelentes noticias. He encontrado al pretendiente

perfecto para su hija. Es un verdadero caballero, de familia respetable, con educación...

Le juro que un mechón de su cabello vale más que cien de esos patanes y matones. ¿Puedo

decirles que vengan esta tarde?

—¡Espere un momento! Un poco de calma. ¿Quiénes son? ¿Dónde los ha encontrado?

—Son gente muy íntegra. Los conozco desde hace una década. Les he cosido muchos

vestidos a la madre y las hijas. La hija mayor, Monir, se casó hace mucho con un terrateniente de Tabriz, donde ahora vive. Mansureh, la segunda hija, fue a la universidad.

Contrajo matrimonio hace dos años y ya tiene un niño gordinflón. La tercera hija todavía

va a la escuela. Son gente muy piadosa. El padre ya se jubiló. Tienen una tienda, o una fábrica... No, ese sitio donde hacen libros, ¿cómo se llama?

—¿Y qué se sabe del chico?

—El chico es maravilloso, espere y verá. Ha estudiado en la universidad. No sé qué

carrera, pero trabaja en el negocio de su padre. Hacen libros. Tendrá unos treinta años y es muy guapo. Cuando fui a hablar con la madre, tuve ocasión de verlo. Que Dios lo guarde:

tiene buen tipo, ojos negros y cejas pobladas, la piel ligeramente

aceitunada...

—¿Y dónde vieron a Masumeh? —
preguntó mi madre.

—No la han visto, yo se la describí. Les dije que es una chica fabulosa. Guapa y muy

buena ama de casa. La madre está deseando casar al hijo. Una vez me preguntó si conocía

a alguna chica adecuada. Bueno, ¿les digo que vengan esta tarde?

—¡No! Ya nos comprometimos con Asgar Aga. Su hermana llegará de Kermanshah la

semana que viene.

—Pero ¡mujer! —exclamó la vecina—. Todavía no ha hecho nada, ni siquiera se ha celebrado la ceremonia de consentimiento. Hay quienes cambian de opinión en el mismo instante de la boda.

—¿Y Ahmad? Se pondrá hecho una fiera, y con razón. Se sentirá humillado. Al fin y

al cabo, hizo promesas a Asgar Aga y no puede retractarse como si nada.

—No se preocupe. Yo me encargo de Ahmad.

—¡Debería darle vergüenza! —la reprendió mi madre—. ¿Cómo se atreve a hablar

así? Que Dios la perdone.

—No me malinterprete. Ahmad es amigo de mi marido y le escucha. Le pediré a Haji

que intervenga, que haga de mediador. Piense en esta pobre chica. Me consta que ese patán tiene la mano muy larga: cuando bebe, pierde la cabeza. Además, tiene una mantenida. ¿Acaso cree que la abandonará fácilmente? ¡No, jamás!

—¿Que tiene qué? —preguntó mi madre—. ¿Qué ha dicho que tiene?

—No importa. Lo que quiero decir es que mantiene una relación con otra mujer.

—Entonces, ¿para qué quiere a ésta?

—Pues para que sea su esposa y le dé hijos. La otra no puede tener hijos.

—¿Cómo lo sabe?

—Verá, conozco a esa clase de gente.

—¿Cómo puede hablar así? Un poco de respeto.

—Y usted, siempre pensando en lo peor. Mi hermano también era así. Me crié con un

hombre de esa clase. Se lo pido por Dios, no deje que esta pobre chica salga de un hoyo

para caer en un pozo. Permita que venga esa familia, conózcala y verá qué personas tan diferentes son.

—Antes que nada debo hablar con el padre de la niña, a ver qué dice. Además, si tan

buena es esa familia, ¿por qué no eligen a una novia de su propio clan?

—No lo sé, la verdad. Supongo que es la suerte de Masumeh. Dios la quiere.

Con sorpresa y escepticismo, fui testigo

del entusiasmo y la perseverancia de la señora

Parvin. No entendía a aquella mujer; su conducta era muy contradictoria. No entendía por

qué le preocupaba tanto mi futuro. Estaba segura de que había gato encerrado.

Mis padres pasaron toda la tarde hablando. Mahmud participó un rato en la discusión,

y entonces dijo:

—¡Al infierno! Haced lo que queráis. Pero libraos de ella pronto. Sacadla de

casa cuanto antes para que podamos disfrutar de un poco de tranquilidad.

La reacción de Ahmad fue aún más extraña. Esa noche llegó tarde a casa, y a la mañana siguiente, cuando mi madre le planteó el asunto, no se opuso. Se encogió de hombros y dijo:

—¿Y yo qué sé? Haz lo que te plazca.

Me parecía increíble que la señora Parvin tuviera tanta influencia sobre él.

Al día siguiente, la familia de este nuevo pretendiente vino a visitarnos. Ahmad no estaba

en casa, y cuando Mahmud se enteró de

que las visitantes eran todas mujeres y que no llevaban *hiyab*, se negó a entrar en el salón. Mis padres las miraron de arriba abajo, examinándolas como si fueran compradores. El pretendiente no había venido. Su madre iba con un chador negro, pero las hermanas no llevaban *hiyab*. Estaban a años luz de las otras familias que habían acudido a casa.

La señora Parvin, el alma de la reunión, me promocionaba con entusiasmo.

—Ya ven lo bella que es —dijo cuando entré con la bandeja del té—.

Imagínense cómo mejorará cuando se depile las cejas. La semana pasada

adelgazó un poco porque se

resfrió y tuvo fiebre.

Hice una mueca y la miré sorprendida.

—Ahora se lleva estar delgada —
comentó la hermana mayor—. Hay
mujeres que se

matan para perder peso. Y mi madre no
soporta a las mujeres gordas.

Mi madre estaba radiante de felicidad.
La señora Parvin sonrió orgullosa y la
miró.

Era como si le hubieran hecho un
cumplido a ella, no a mí. A una

indicación de mi madre,

serví el té y fui a sentarme en la habitación contigua. Habíamos llevado el samovar y el

juego de té arriba para que yo no tuviera que subir y bajar la escalera y arriesgarme a provocar un estropicio. Todos hablaban deprisa. Dijeron que el joven había acabado el último curso de Derecho en la universidad, pero que todavía no se había licenciado.

—De momento trabaja en una imprenta. De hecho, su padre es socio del negocio.

Gana un buen sueldo y puede mantener a una esposa y sus hijos. Y posee una

casa. Bueno,

no es suya, por supuesto, sino de su abuela. Ella ocupa la planta baja, y el piso de arriba se lo hemos arreglado a nuestro Hamid. A los jóvenes les gusta tener un sitio independiente;

y como es el único hijo varón, su padre le concede todos sus deseos.

—Bueno, ¿y dónde está? —quiso saber mi padre—. ¿Tendremos el honor de conocerlo?

—La verdad es que mi hijo lo ha dejado todo en mis manos y las de sus hermanas. Me

dijo: «Si a vosotras os parece bien, a mí también me lo parecerá.» Y ahora está de viaje de negocios.

—¿Y cuándo regresará?

—A tiempo para la ceremonia del matrimonio y la boda, si Dios quiere — contestó la

hermana menor, dando un respingo.

—¿Cómo? —terció mi madre, sorprendida—. ¿Insinúa que no conoceremos al novio

hasta el día de la ceremonia? ¿No es un poco extraño? ¿A él no le interesa ver a su futura

esposa? La religión no impide que los novios se vean brevemente.

La hermana mayor, esforzándose por hablar despacio para que mi madre la entendiera,

dijo:

—No se trata de lo que es o no permisible, sino de que Hamid está de viaje. Nosotras

hemos visto a la muchacha y nuestra decisión es la decisión de él. Y hemos traído una fotografía de mi hermano para que la muchacha la vea.

—Pero ¿qué...? —exclamó mi madre—.

¿Cómo vamos a hacer eso? ¿Y si el novio

tiene algún problema o defecto?

—¡No diga esas cosas, señora! Mi hijo está muy sano. No tiene ningún problema, gracias a Dios. ¿No es así, señora Parvin? La señora Parvin lo conoce.

—Sí, sí, lo conozco. Que Dios lo bendiga, no tiene ninguna tara y además es muy apuesto. Yo lo miré con los ojos de una hermana, por supuesto.

La hermana mayor sacó una fotografía de su bolso y se la tendió a nuestra vecina, que,

mostrándosela a mi madre, dijo:

—¿Ve qué elegante y apuesto? Que Dios lo bendiga.

—Enséñele la fotografía a la muchacha, por favor —pidió la hermana mayor—. Si le

gusta mi hermano, lo arreglaremos todo para la semana que viene.

—Por favor, señora —intervino mi padre—. Todavía no entiendo a qué vienen tantas

prisas. ¿Por qué no esperamos a que regrese el joven?

—Verá, señor Sadegui, la verdad es que no disponemos de tiempo. Su padre y yo vamos a peregrinar a La Meca la semana que viene, y antes de marcharnos queremos dejar

cumplidos nuestros deberes y obligaciones. Como Hamid no se cuida nada, si me marcho

antes de que se haya casado, no estaré tranquila. Siempre se ha dicho que cuando uno emprende el *Hajj* no debe dejar nada a medio hacer. Debe resolver todos sus asuntos y responsabilidades. Cuando oímos hablar de su hija, consulté a un adivino, y el resultado fue favorable. De hecho, el resultado jamás

había sido tan favorable. Y supe que tenía que

dejarlo todo arreglado antes de irme, por si no regreso.

—Si Dios quiere, volverá usted, saludable y feliz.

—Es usted muy afortunada —declaró mi madre, levantándose con la fotografía en la

mano—. Confío en que visitar la casa de Dios también forme parte de nuestro destino.

Entonces vino a la habitación donde estaba yo y puso la fotografía ante mí.

—Toma, échale un vistazo. No son como nosotros, pero ya sé que prefieres a los de su

clase. —Aparté su mano.

Los acuerdos fueron muy deprisa. Mi padre parecía convencido de que, al fin y al cabo, la presencia del novio no era necesaria. Todo resultaba muy raro.

Querían celebrar la boda al cabo de una semana. La única preocupación de mi madre era cómo organizar tantas cosas en tan poco tiempo. Pero la señora Parvin acudió en su ayuda y se ofreció para encargarse de todo.

—No se preocupe de nada —insistió—. Mañana iremos de compras. Sólo

tardaré un

par de días en coser el vestido de su hija, y también me ocuparé del resto de la ropa que

necesite.

—Pero ¿y el ajuar y la dote? Desde que nacieron cada una de mis hijas, he ido comprando y guardando todo lo necesario, pero todavía faltan muchas cosas. Y gran parte

de lo que guardo para ella está en Qum. Tendremos que ir a buscarlo.

—No se preocupe, señora —terció la madre del novio—. Deje que la pareja

se

traslade a su nuevo hogar, y ya celebraremos la consumación del matrimonio cuando volvamos del *Hajj*. Entonces tendremos tiempo para organizar cuanto necesiten. Además, Hamid sí dispone de algunos artículos domésticos.

Acordaron que nosotros iríamos a comprarme el anillo de boda al día siguiente, e invitaron a nuestra familia a visitarlos cualquier noche que nos pareciera conveniente, para que viéramos por nosotros mismos su casa, observáramos su estilo de vida y los conociéramos mejor. Yo no daba crédito

a la velocidad con que aquel asunto adquiriría seriedad. De pronto me descubrí pensando: «¡Sálvame, Said! ¿Qué puedo hacer para

detener esto?» Estaba tan enfadada con la señora Parvin que me habría gustado cortarle la cabeza.

Nada más marcharse la familia del novio, empezaron las discusiones y peleas.

—Yo no iré a comprar el anillo, ya que la madre del novio tampoco irá — anunció mi

madre—. Y Masumeh no puede salir sola. Usted la acompañará, señora

Parvin.

—Sí, por supuesto. Y también tenemos que comprar tela para el vestido. Y por cierto,

no olvide que asimismo ha de comprar el anillo del novio.

—Sigo sin entender por qué no ha venido ese joven.

—No abrigue malos sentimientos, se lo ruego. Conozco a esa familia. No se imagina

lo agradables que son. Le han dado su dirección para que se quede tranquila, y puede preguntar por ellos a quien desee.

—Mostafá, ¿qué piensas hacer con el ajuar? —preguntó mi madre—. Los chicos y tú

tendréis que ir a Qum y traer la vajilla y los juegos de cama que guardo para ella. Están en el sótano de casa de tu hermana. Pero ¿qué haremos con el resto de las cosas que necesita?

—No se preocupe —la tranquilizó de nuevo la vecina—. Las hermanas y la madre

mismas han dicho que eso carecía de importancia. Además, quienes tienen prisa son ellos.

Mejor para usted, así puede echarles la

culpa de cualquier cosa que falte.

—No pienso enviar a mi hija desnuda a casa de su marido —saltó mi padre—.

Tenemos algunas de las cosas necesarias; el resto las compraremos esta semana. Lo demás

ya lo conseguiremos cuando sea el momento.

La única persona que no desempeñaba ningún papel en esas discusiones, que no hizo

ninguna sugerencia, que no planteó ninguna pregunta, y cuya opinión no contaba, era yo.

Pasé toda la noche despierta, abrumada por la tristeza y la ansiedad. Supliqué a Dios que

me quitara la vida y me salvara de aquella boda arreglada.

Por la mañana me sentía muy mal. Fingí dormir, mientras aguardaba a que todos salieran de casa. Oí hablar a mis padres. Como mi padre quería utilizar sus contactos y recursos para averiguar algo más sobre la familia del novio, ese día no iría a trabajar.

—Mujer, te he dejado dinero para el anillo en la repisa —dijo entonces—. Mira si hay

suficiente.

—Sí. No creo que cueste más que esto
—afirmó mi madre tras haberlo contado.

Mi padre se marchó con Alí. Por suerte,
desde principios de verano se llevaba a
Alí a

trabajar con él, de modo que en casa
reinaba la calma y la tranquilidad. Si no,
sólo Dios

sabe qué habría sido de mí.

—Despierta —dijo mi madre, entrando
en la habitación—. Debes arreglarte. Te
he

dejado dormir un poco más para que hoy tengas más energía.

Me incorporé y me abracé las rodillas.

—¡No pienso ir! —exclamé con determinación. Cuando los hombres no estaban en

casa, me volvía más atrevida.

—Levántate ahora mismo y deja de comportarte como una malcriada.

—No pienso ir a ningún sitio.

—¡Ya lo creo que irás! No permitiré que eches a perder tu buena fortuna. Y menos ahora.

—¿Qué buena fortuna? ¡Si ni siquiera sabes quiénes son esa gente! ¿Quién es el novio? Ni ha querido dejarse ver.

Entonces llamaron a la puerta y entró la señora Parvin, muy engalanada y alegre, ataviada con un chador negro.

—He pensado que sería mejor que viniera temprano, por si necesitaba mi ayuda. Por

cierto, he encontrado un patrón muy bonito para un vestido de boda. Hemos de buscar la

tela adecuada. ¿Quiere verlo?

—Ayúdeme, señora Parvin —le suplicó

mi madre—. Esta cría es muy tozuda.
Venga,

a ver si logra convencerla.

La vecina se quitó los zapatos de tacón y entró en la habitación.

—¡Buenos días, señorita novia! —
exclamó sonriendo—. Vamos, levántate
y lávate la

cara. Llegarán en cualquier momento y
no queremos que piensen que la novia es
una perezosa.

—¿Y usted quién es? —grité al verla,
presa de la ira—. ¿Cuánto le pagan por
hacer de

alcahueta?

—¡Que Dios te castigue! —chilló mi madre, dándose una palmada en la cara —.

¡Cállate! Esta niña se ha tragado la decencia y ha vomitado el pudor. —Y se abalanzó sobre mí.

Pero la señora Parvin la detuvo sujetándola del brazo.

—No pasa nada. Por favor. La niña sólo está enfadada. Déjeme hablar con ella.

Márchese. Apenas necesitamos media hora.

Mi madre salió de la habitación. La señora Parvin cerró la puerta y se quedó de pie, apoyada en ella. El chador le resbaló y cayó al suelo. Me miraba con fijeza, pero no me

veía: sus ojos iban más allá, lejos de aquella habitación. Transcurrieron unos minutos en

silencio; yo la observaba con curiosidad. Cuando por fin empezó a hablar, no reconocí su

voz: carecía de su timbre habitual y sonaba amarga y tenue.

—Yo tenía doce años cuando mi padre echó de casa a mi madre. Estudiaba

sexto

curso y de pronto me convertí en madre para mi hermano y mis tres hermanas.

Todos esperaban que sustituyera a nuestra madre. Yo llevaba la casa, cocinaba, hacía la colada,

limpiaba y cuidaba a los niños. Cuando mi padre volvió a casarse, seguí con los mismos

deberes. Mi madrastra era la típica madrastra. No digo que nos torturara ni que nos hiciera pasar hambre, pero quería a sus propios hijos más que a nosotros. Quizá estuviera en su

derecho.

»Desde muy pequeña me dijeron que en el momento de cortarme el cordón umbilical habían pronunciado el nombre de mi primo Amir-Hosein, y que por tanto me casaría con

él. Por eso mi tío siempre me llamaba su “novia bonita”. No sé cuándo empezó todo, pero

siempre estuve enamorada de Amir. Cuando se marchó mi madre, era mi único consuelo.

Amir también me quería. Siempre venía con alguna excusa a casa, se sentaba al borde del

estanque y me veía trabajar. Decía:

“Qué manos tan pequeñas tienes. ¿Cómo puedes lavar

tanta ropa?” Yo siempre dejaba las tareas más difíciles para cuando él llegaba, porque me

gustaba que me mirara con gesto de preocupación y compasión. Luego Amir les contaba a

mis tíos las duras condiciones en que vivía. Cada vez que mi tío aparecía por casa, le decía a mi padre: “Esa pobre niña merece compasión. Estás siendo cruel con ella. ¿Qué culpa tiene de que tu esposa y tú no os llevarais bien? No seas tan testarudo. Busca a tu esposa y hazla volver a casa.” “No, hermano. Eso

jamás. No vuelvas a mencionar a esa fresca en mi

presencia. Me divorcié de ella tres veces para asegurarme de que no habría vuelta atrás.”

“Pues entonces busca una solución. Esa niña está echándose a perder.” Al despedirse, la esposa de mi tío siempre me abrazaba, y a mí se me humedecían los ojos. Olía como mi

madre. No sé, quizá me comportara como una niña mimada. Sea como fuere, al final mi

padre encontró una forma de arreglarlo casándose con una mujer que tenía dos

hijos de un

matrimonio anterior. Nuestra casa parecía un jardín de infancia: éramos siete niños de todas las edades y estaturas. Yo era la mayor. No digo que lo hiciera todo, pero me afanaba sin parar de la mañana a la noche, y siempre quedaba alguna tarea por hacer; sobre todo

porque mi madrastra obedecía estrictamente los códigos y principios de pureza e

impureza. Detestaba a mis tíos, ya que creía que habían tomado partido por mi madre. Lo

primero que hizo fue poner fin a las visitas de Amir a casa. Le dijo a mi padre: “Es absurdo que ese zopenco venga cada dos por tres y se quede sentado observándonos. Y la

niña ya es lo bastante mayor para empezar a cubrirse.” Un año más tarde, nos utilizó como

pretexto para cortar toda relación con la familia de mi tío. Yo los echaba muchísimo de menos. Sólo podía verlos cuando íbamos todos a casa de mi tía. Suplicaba a mis primas

que le pidieran a mi padre que me dejara quedarme a dormir en su casa. Para que mi madrastra no protestara,

debía llevarme a mis hermanos conmigo.
Pasó un año. Cada vez

que veía a Amir, lo encontraba más alto.
No imaginas lo guapo que era. Tenía las
pestañas

tan largas que proyectaban sombra,
como una sombrilla. Me escribía
poemas y compraba

las partituras de las canciones que me
gustaban. “Tienes una voz preciosa.
Aprende a cantar esta canción”, me
decía. La verdad es que yo no escribía
ni leía muy bien, y había

olvidado lo poco que había aprendido
en la escuela. Él me aseguraba que me

enseñaría.

¡Qué tiempos tan maravillosos! Pero, poco a poco, mi tía se cansó de que nos quedáramos

a dormir en su casa, porque su marido no paraba de protestar. Así que cada vez nos veíamos menos. Al año siguiente, pedí que fuéramos a visitar a mi tío. Mi padre habría cedido, pero mi madrastra se negó: “No pienso volver a pisar la casa de esa bruja.”

»No sé por qué mi madrastra y la esposa de mi tío se odiaban tanto. Y yo, pobre de

mí, estaba en medio de las dos. Aquel

Año Nuevo, en casa de mi tía, fue la última vez que

los vi. Ella organizó aquella reunión familiar para que mi padre y mi tío hicieran las paces.

Estábamos todos en la sala de estar del piso de arriba, cuando nos pidieron a los niños que saliéramos. Amir y yo nos sentamos en una habitación del piso de abajo, y los pequeños se

fueron a jugar al jardín. Mis primas estaban en la cocina preparando la bandeja del té.

Amir y yo nos quedamos solos. Me cogió una mano. De pronto, sentí que el

calor se extendía por todo mi cuerpo. Él tenía las manos calientes y las palmas húmedas. Me dijo:

“Parvin, mi padre y yo hemos hablado. Este año, cuando obtenga el diploma, iremos a pedir tu mano. Mi padre dice que no podemos comprometernos hasta que haya cumplido

el servicio militar.” Me entraron ganas de echarme a sus brazos y llorar de felicidad. Casi no podía respirar.

»—¿Te refieres a este verano?

»—Sí. Si no suspendo ninguna asignatura, me graduaré.

»—Por amor de Dios, no suspendas ninguna.

»—Te lo prometo. Lo haré por ti. Estudiaré muchísimo.

»Me apretó la mano y sentí como si me apretara el corazón.

»—No soporto estar separado de ti.

»¿Qué puedo decir? He revivido aquella escena y aquellas palabras tantas veces... Es

como si cada segundo pasara ante mis ojos igual que una película. Sentados en aquella habitación, estábamos tan sumidos en nuestro propio mundo que no

nos dimos cuenta de

que había estallado una pelea. Cuando salimos al pasillo, mi padre y mi madrastra bajaban

la escalera renegando a voz en grito, y la esposa de mi tío, inclinada sobre el pasamanos,

les devolvía los insultos. Mi tía salió tras mi padre, suplicándole que no se comportara así, que era indecoroso, que su hermano y él debían superar sus diferencias y hacer las paces.

Le rogó, por el amor del espíritu de su madre, por el amor del espíritu de su padre, que no olvidara que eran

hermanos y debían ayudarse. Le recordó el viejo proverbio de que, aunque los hermanos se coman el uno al otro, nunca tiran los huesos. Mi padre fue calmándose poco a poco, pero mi madrastra gritó: “¿Acaso no has oído lo que nos han dicho? ¿Qué clase de hermano es él?” Mi tía le respondió: “Señora Aghdass, basta, por favor. Esto no está bien. No han dicho nada insultante. Él es el hermano mayor. Si ha dicho algo, por preocupación y bondad, usted no debería ofenderse.”

»“¿Qué más da que sea el mayor? Eso no lo autoriza a decir cuanto quiera. Y mi marido es su hermano, no su criado. ¿Qué derecho tienen a entrometerse en

nuestras vidas? Esa esposa suya de ojos saltones no soporta que nadie sea mejor que ella. No queremos tener parientes como ellos.”

»Entonces agarró a uno de sus hijos por el brazo y salió precipitadamente. La esposa

de mi tío le gritó: “¡Mírate en el espejo! Si fueras una mujer decente, tu primer marido no te habría echado de casa con dos niños.”

»Mi dulce fantasía no había durado ni siquiera una hora: estalló como una pompa de

jabón y desapareció. Mi madrastra

estaba decidida. Aseguró que se encargaría de que la familia de mi tío lamentara haberme perdido. Le dijo a mi padre que a mi edad ella ya había sido madre y que no podía seguir tolerando a una rival como yo en casa. Por esa época, Haji Aga vino a pedir mi mano. Pariente lejano de mi madrastra, ya había estado

casado dos veces. Dijo: “Me divorcié de ellas porque no se quedaban embarazadas.” Esa

vez quería casarse con una joven sana para asegurarse de que tendría descendencia. ¡El

muy idiota! Ni siquiera se planteaba que

fuera él quien tuviese el problema. Pero, claro, los hombres nunca tienen problemas ni defectos, y menos los ricos. Él contaba cuarenta años, me llevaba veinticinco. Mi padre dijo: “Tiene muchísimo dinero, varias tiendas en el

bazar y numerosas tierras y propiedades cerca de Ghazvin.” En resumidas cuentas: a mi padre se le hacía la boca agua. Haji Aga afirmó: “Si me da un hijo, le daré a ella un mar de dinero.” Te aseguro que, cuando me condujeron a la ceremonia nupcial, me sentía peor de lo que te sientes tú ahora.

La señora Parvin se quedó mirando al

vacío, mientras dos lágrimas resbalaban
por sus

mejillas.

—¿Por qué no se suicidó? —le
pregunté.

—¿Crees que es tan fácil? No tuve
valor. Y tú deberías quitarte esas ideas
descabelladas de la cabeza. Todos
tenemos un destino, y no puedes luchar
contra el tuyo.

Además, suicidarse es un pecado muy
grave. Nunca se sabe, quizá esto sea una
bendición

para ti.

—¡Señora Parvin! —gritó mi madre llamando a la puerta—. ¿Qué hace ahí dentro?

Llegaremos tarde. Ya son las nueve y media.

—No se preocupe —contestó mi vecina, enjugándose las lágrimas—. Estaremos listas

a tiempo. —Entonces se sentó a mi lado y me dijo—: Te lo he contado para que no creas

que no entiendo lo que sientes.

—En ese caso, ¿por qué quiere que yo también sea desgraciada?

—De todas formas, van a casarte. No te imaginas lo que Ahmad te tiene reservado. —

Y añadió—: Por cierto, ¿por qué te odia tanto?

—Porque padre me quiere más que a él.

—De pronto comprendí la verdad de estas palabras, pronunciadas sin pensar. Hasta entonces nunca lo había visto tan claro. Sí, padre me quería más a mí.

Mi primer recuerdo de su bondad provenía del día que murió Zari. Al volver del trabajo, se había quedado

paralizado en el umbral. Mi madre gemía y mi abuela leía el Corán. El médico se marchó negando con la cabeza, con expresión de rabia y repugnancia.

Cuando se encontró cara a cara con mi padre, le espetó:

—Esta niña llevaba al menos tres días al borde de la muerte. ¿Por qué habéis esperado

tanto para llamar al médico? ¿Habríais hecho lo mismo si hubiera estado ahí tendido uno

de vuestros hijos y no esta niña inocente?

Mi padre, blanco como la pared, estaba a punto de desplomarse. Corrí hacia él, le abracé las piernas con mis bracitos y llamé a mi abuela. Él se sentó en el suelo, me estrechó contra su pecho, hundió la cara en mi pelo y lloró.

—Levántate, hijo —le dijo mi abuela—. Eres un hombre. No deberías llorar como una

mujer. Lo que Dios te dio, Dios te lo ha quitado. No debes oponerte a su voluntad.

—¡Me dijiste que no era grave! —le espetó él—. Que se curaría pronto. No me dejaste

llamar al médico.

—De nada habría servido. Si hubiera tenido que vivir, habría vivido. De nada habría servido ni el médico más sabio. Éste es nuestro destino. Nosotros no tenemos hijas.

—¡Eso son tonterías! —replicó mi padre—. ¡Tú tienes toda la culpa!

Era la primera vez que lo veía gritarle así a su madre. La verdad es que me gustó. A

partir de aquel día, mi padre me abrazaba a menudo y lloraba en silencio. Yo lo sabía por

cómo empezaban a temblarle los hombros. Y desde entonces me colmó del amor y la atención que le había negado a Zari. Ahmad nunca olvidó ni le perdonó ese favoritismo.

Sus miradas de odio me seguían, y en cuanto padre salía de casa, me pegaba. Ahora, Ahmad había visto cumplido su mayor deseo. Yo había perdido el favor paterno, había decepcionado a mi padre, que, disgustado y dolido, me había abandonado. Era la mejor oportunidad de mi hermano para vengarse.

La voz de la señora Parvin me sacó de mi ensimismamiento.

—No te imaginas lo que pensaba

hacerte. No sabes lo cruel y repugnante que es. Y no

creas que habría acudido nadie a rescatarte. No sabes cuánto me costó convencerlo para que rechazara a ese patán y dejara que os visitara la familia de este otro pretendiente. Yo sufría por ti; eres igual que yo hace quince o veinte años. Me daba cuenta de que tu familia quería casarte cuanto antes y que no había ni rastro de ese torpe de Said. Así que pensé que al menos debías casarte con alguien que no te propinara una paliza ya el día después

de la boda. Alguien decente y al que, con la ayuda de Dios, pudieras acabar

queriendo. Y

aunque eso no suceda, al menos que sea alguien que te deje vivir tu vida.

—¿Como usted? —repuse con tono hiriente.

—No lo sé —contestó mirándome con reproche—. Haz lo que quieras. Todos

encontramos la manera de vengarnos de la vida y hacer de nuestra existencia algo tolerable.

No fui con ellas a comprar el anillo. La señora Parvin explicó a la familia del novio que

me había resfriado y se llevó mi anillo de plata para saber el tamaño del que tenía que comprar.

Dos días más tarde, padre, Ahmad y Mahmud fueron a Qum y volvieron con el coche

cargado de muebles y utensilios.

—Esperad, esperad —pidió madre—. No lo descarguéis aquí; llevadlo todo

directamente a su nueva casa. La señora Parvin os acompañará para mostraros el camino.

—Entonces se volvió hacia mí y añadió —: Ven, niña. Levántate y ve a echar un

vistazo a

tu nueva casa, así verás lo que falta y podrás decirles dónde poner las cosas. Vamos, sé buena y levántate.

—No es necesario —repliqué, encogiéndome de hombros—. Dile a la señora Parvin

que se marche. No tengo intención de casarme. Por lo visto, es ella la que está muy emocionada.

Al día siguiente, mi vecina apareció con el vestido de boda para que me lo probara.

Me negué.

—No importa. Tengo tus medidas.
Acabaré de coserlo usando tus otros
vestidos.

Estoy segura de que te quedará bien.

Yo no sabía qué hacer. Estaba tan
nerviosa que no podía comer ni
conciliar el sueño. Y

si me vencía el cansancio y dormía unas
horas, tenía tantas pesadillas que al
despertar estaba aún más cansada. Era
como un reo que ve acercarse la hora de
su ejecución. Al final decidí hablar con
mi padre, pese a que fuera difícil.

Quería arrojarme a sus pies y llorar
hasta que se compadeciera de mí, pero
todos se habían propuesto no dejarnos a

solas

ni siquiera un minuto. Y era evidente que mi padre también hacía lo posible para evitarme.

Yo, inconscientemente, esperaba que se obrara un milagro; creía que en el último momento una mano del cielo descendería y me llevaría. Pero no fue así.

Todo transcurría según lo previsto, hasta que llegó el día señalado. Desde primera hora de la mañana, la puerta estuvo abierta, y Mahmud, Ahmad y Alí se afanaban de aquí

para allá. Pusieron sillas en círculo en

el patio delantero y prepararon bandejas de dulces.

Como es lógico, esperaban a muy pocos invitados. Mi madre les había pedido que no mencionaran la boda a nuestros parientes de Qum; no quería que vinieran y se percataran

de la lamentable situación en que estábamos. A la hermana de mi padre le dijeron que la

boda se celebraría al cabo de unas semanas, pero al tío Abbas tuvieron que invitarlo; de

hecho, fue el único pariente nuestro que asistió a la ceremonia. A excepción de

algunos vecinos, el resto de los invitados procedía de la parte del novio.

Todos insistían en que debía ir al salón de belleza, pero me negué. La señora Parvin

también soslayó ese problema: me depiló el vello de la cara y las cejas y me puso rulos,

mientras yo no paraba de llorar. La esposa de mi tío Abbas había llegado por la mañana

para ayudarnos o, según mi madre, para espiarnos.

—¡Ay, qué sensible eres! —me dijo—.

Tienes poquísimos vello en la cara, así que no

sé por qué lloras.

—Ya ves lo débil que se ha vuelto mi hija —dijo mi madre.

La señora Parvin también tenía lágrimas en los ojos. De vez en cuando fingía que necesitaba otro trozo de hilo y se volvía para enjugárselas.

La ceremonia nupcial tendría lugar a las cinco en punto, cuando hubiera refrescado un

poco. A las cuatro llegó la familia del novio. Aunque todavía hacía mucho

calor, los hombres se quedaron fuera, sentados a la sombra de una alta morera. Las mujeres subieron

al salón donde estaba preparado el *sofreh*. Yo me encontraba en la habitación de al lado.

—¿Todavía no te has vestido? —dijo mi madre, entrando—. Date prisa. ¡El novio

llegará dentro de una hora!

Yo temblaba como una hoja. Me lancé a sus pies y le supliqué que no me obligara a

seguir adelante.

—No quiero un marido. Ni siquiera conozco a ese hombre. Por amor de Dios, no me

obligues a casarme —rogué—. Juro por el Corán que me mataré. Rompe el compromiso.

Déjame hablar con mi padre. ¡No me obligues! O interrumpes esto, o diré delante de todos

que no acepto casarme.

—¡Que Dios me quite la vida! — exclamó—. ¡Cállate! ¿Qué forma de hablar es ésa?

¿Ahora quieres avergonzarme delante de

toda esta gente? Esta vez tu hermano te matará.

Ahmad lleva la navaja en el bolsillo. Me dijo: «Si dice una sola palabra inadecuada, acabaré con ella aquí mismo.» Piensa en la reputación de tu pobre padre. Le dará un infarto y morirá.

—No quiero casarme, y no podéis obligarme.

—¡Cállate! ¡No grites! ¡Te van a oír!

Vino hacia mí, pero me escondí debajo de la cama y me acurruqué en un rincón.

Los

rulos, que se me habían soltado,

quedaron esparcidos por la habitación.

—¡Que te llegue la muerte! —masculló
—. ¡Sal de ahí! Que Dios me permita
verte

sobre una mesa de la morgue. ¡Sal ahora
mismo!

Alguien llamó a la puerta. Era mi padre.

—¿Qué haces, mujer? —preguntó—. El
novio se presentará en cualquier
momento.

—Nada, nada. Está vistiéndose. Dile a
la señora Parvin que venga enseguida —
Y

luego me ordenó—: Sal de ahí,
miserable desgraciada. Sal antes de que
te mate. ¡Basta de
escándalos!

—No pienso salir. No me casaré. Por el
amor de mi hermano Mahmud, por el
amor de

Ahmad, al que tanto quieres, no me
obligues a casarme. Diles que hemos
cambiado de idea.

Mi madre, que no podía meterse bajo la
cama, intentó agarrarme hasta que
consiguió

asirme por el pelo y me arrastró.

—¡Que Dios se apiade de mí! ¿Qué hace? ¡Va a arrancarle el pelo! — exclamó en ese

instante la señora Parvin, que acababa de entrar.

—¿Ve lo que está haciendo? —resolló mi madre—. Quiere avergonzarnos en el último

momento.

Acurrucada en el suelo, miré con odio a mi madre, que tenía un mechón de mi pelo en

el puño.

No recuerdo haber dado mi
consentimiento en la ceremonia nupcial.
Mi madre me

apretaba el brazo con todas sus fuerzas y
me decía al oído: «Di que sí. Di que sí.»
Al final alguien dijo «Sí» y todos
aplaudieron. Mahmud y algunos hombres
más que estaban en la

habitación contigua alabaron al Profeta y
sus descendientes. Hubo algunos
intercambios,

pero yo permanecí ajena a cualquier
cosa. Un velo me tapaba los ojos. Todo
flotaba en una

especie de neblina. Las voces de la

gente se mezclaban en un rumor confuso
e

incomprensible. Estaba petrificada, con
la vista fija en un punto. No me
importaba que el

hombre sentado a mi lado fuera mi
marido. ¿Quién era? ¿Qué aspecto tenía?
Todo había

terminado. Y Said no había venido. Mis
esperanzas y sueños tenían un final
amargo. ¿Por

qué me hiciste eso, Said?

Recobré el sentido en el dormitorio de
la casa de aquel hombre. Sentado al

borde de la

cama, de espaldas a mí, se quitaba la corbata. Era evidente que no estaba acostumbrado a ella, pues durante la ceremonia le había molestado. De pie en un rincón, apreté contra mi

pecho el chador blanco que me habían obligado a ponerme para ir a aquella casa.

Temblaba como una hoja en otoño; el corazón me latía muy deprisa. Intentaba no hacer el

menor ruido para que él no advirtiera mi presencia, aunque las lágrimas me resbalaban por

las mejillas.

¿Qué clase de tradición era aquélla, Dios mío? Primero habían estado a punto de matarme por haber intercambiado unas pocas palabras con un joven al que conocía desde

hacía dos años, sobre el que sabía muchas cosas, al que amaba y con quien estaba dispuesta a ir al fin del mundo, y de pronto pretendían que me metiera en la cama con un

desconocido sobre el que no sabía nada y que únicamente me inspiraba miedo.

Sólo pensar que su mano pudiera tocarme me producía escalofríos. Sabía

que corría el

peligro de que me violara, y que nadie vendría en mi ayuda. La habitación estaba en penumbra. Como si mi mirada le quemara la nuca, se volvió y me miró. Parecía

sorprendido.

—¿Qué te pasa? —preguntó en voz baja —. ¿De qué tienes miedo? ¿De mí? —
Esbozó

una sonrisa sarcástica y añadió—: No me mires así, por favor. Pareces un cordero ante el

matarife.

Quise decir algo, pero no podía hablar.

—Tranquilízate. No tengas miedo. Te va a dar un infarto. No voy a tocarte. ¡No soy

ningún animal!

Mis tensos músculos se relajaron un poco. Mi respiración, largo rato constreñida en el

pecho, se liberó. Pero, cuando él se levantó, mi cuerpo se contrajo de nuevo y me apreté

contra el rincón.

—Escúchame, muchacha. Esta noche

tengo cosas que hacer. Debo ir a ver a unos

amigos. Me marchó. Ponte algo cómodo y duerme un poco. Te prometo que si vuelvo esta

noche no vendré a molestarte. Te lo juro por tu honor. —Cogió sus zapatos, levantó los brazos como si se rindiera y dijo—: ¡Mira! Me voy.

Cuando oí cerrarse la puerta de la calle, caí desplomada. Estaba tan agotada que las piernas no me sostenían, igual que si hubiera cargado con una montaña. Me quedé allí sentada hasta que recuperé la respiración normal. Veía mi distorsionada imagen reflejada

en el espejo del tocador. ¿De verdad era yo? Un velo ridículo, torcido, me cubría la cabeza; iba despeinada, y pese a los restos del maquillaje, exagerado y horrible, estaba muy pálida. Me arranqué el velo. En vano intenté desabrocharme los botones de la espalda

del vestido, así que tiré del cuello hasta que saltaron. Quería arrancarme aquel vestido y

librarme de cuanto simbolizara aquella boda absurda.

Miré alrededor buscando algo cómodo que ponerme. Sobre la cama había un camisón

rojo con numerosos pliegues y encaje. «Seguro que lo ha comprado la señora Parvin», pensé. Vi mi maleta en un rincón, grande y pesada. Haciendo un gran esfuerzo, la arrastré

y abrí. Escogí uno de mis vestidos de estar por casa y me lo puse. Salí del dormitorio. No

sabía dónde estaba el cuarto de baño, de modo que encendí todas las luces y abrí todas las puertas hasta que lo encontré. Con la cabeza bajo el grifo, me lavé la cara varias veces. Un juego de afeitar que había allí al lado me llamó la atención. Fijé la vista en la navaja. Sí, era mi única escapatoria. Tenía que

liberarme. Imaginé que encontraban mi cuerpo sin vida en el suelo. Sin duda, aquel desconocido sería el primero en descubrirlo. Se quedaría

aterrorizado, pero no se entristecería. Sin embargo, cuando mi madre se enterara de mi muerte, lloraría y aullaría, recordaría cómo me había agarrado del pelo y sacado de debajo

de la cama, recordaría cómo le había suplicado y se arrepentiría. Sentí cierta emoción y cierto placer, y seguí fantaseando.

¿Qué haría mi padre? Apoyaría una mano en la pared, apoyaría la cabeza en el brazo y

lloraría. Recordaría cuánto lo había querido, mi interés por los estudios, mi negativa a casarme; lo atormentaría la crueldad que me había demostrado; quizá enfermara. Sonreí ante el espejo. ¡Qué dulce venganza!

¿Y qué harían los demás?

Said... Oh, Said se quedaría conmocionado. Gritaría, lloraría, se maldeciría. ¿Por qué

no había venido a tiempo a pedir mi mano? ¿Por qué no me había raptado una noche y huido conmigo? El dolor y el arrepentimiento lo acompañarían el resto de su vida. No quería que sufriera tanto, pero todo era culpa suya. ¿Por qué

había desaparecido? ¿Por qué

no había intentado dar conmigo?

¿Y Ahmad? Mi hermano no estaría triste, pero se sentiría culpable. Cuando se enterara

de la noticia, se quedaría aturdido, avergonzado. Entonces iría a casa de la señora Parvin y pasaría una semana bebiendo, día y noche. Y a partir de entonces todas las noches saldría

de borrachera, perseguido por mi mirada hostil. Mi espíritu no le daría tregua.

Mi hermano Mahmud negaría con la

cabeza y diría: «Esa condenada cometió un

pecado tras otro. A saber en qué fuegos arderá ahora.» No se sentiría en absoluto culpable, pero, aun así, leería unos cuantos suras del Corán y rezaría por mí los viernes por la noche, orgulloso de sí mismo por ser un hermano tan compasivo e indulgente. Un hermano que,

pese a mi maldad, le había pedido a Dios que me perdonara y aligerado con sus oraciones

la carga de mis pecados.

¿Y Alí? ¿Qué haría? Seguramente

estaría compungido y se retraería un poco, pero, en

cuanto los chicos del vecindario fueran a buscarlo, saldría a jugar y lo olvidaría todo. La pobre Fati era la única que lloraría por mí sin sentirse culpable. Experimentaría lo mismo

que yo tras la muerte de Zari y estaría condenada a un destino parecido al mío. Era una pena que yo no fuera a estar presente para ayudarla. Ella también se encontraría sola y sin amigas.

La señora Parvin me elogiaría por haber preferido la muerte a una vida indigna, y lamentaría no haber tenido el valor de hacer lo mismo y haber traicionado así a

su gran amor. Parvaneh tardaría mucho en enterarse de mi muerte. Rodeada de los recuerdos que

guardaba de mí, lloraría y su tristeza no tendría fin. ¡Ay, Parvaneh, cuánto te echo de menos, cómo te necesito!

Me puse a llorar y mis fantasías se esfumaron. Cogí la navaja de afeitar y me la

acerqué a la muñeca. No estaba muy afilada, así que tendría que apretar. Temí carecer de valor. Intenté recordar la rabia, la ira e impotencia. Recordé las heridas que le había hecho Ahmad a Said. Conté hasta tres y apreté. Un intenso y ardiente dolor me hizo soltar la

navaja y la sangre manó. «Bueno, una ya está —me dije, satisfecha—. Y ahora, ¿cómo voy a cortarme la otra?» Me dolía tanto que no podía sujetar la navaja con esa mano. «No

importa. Tardará más, sí, pero al final toda la sangre saldrá por esta muñeca», pensé.

Y volví a sumirme en mis fantasías. Ya no me dolía tanto; me miré la muñeca y vi que

había dejado de sangrar. Al apretarme la herida, gemí de dolor. Unas pocas gotas de sangre cayeron en el lavamanos, pero la hemorragia se cortó de nuevo enseguida. Era inútil: el corte no era lo

bastante profundo para haber llegado a la vena. Cogí la navaja.

Pero, con aquel dolor pulsante en la muñeca, ¿cómo iba a cortarme otra vez en el mismo

sitio? Ojalá hubiera habido otra forma de hacerlo que no implicara tanto sufrimiento y tanta sangre.

Instintivamente, mi mente organizó una defensa. Recordé a la mujer que en la sesión

de lectura del Corán había declarado que el suicidio era pecado, que si te quitabas la vida Dios nunca te perdonaría y pasarías el resto de la

eternidad ardiendo en las llamas del infierno, en compañía de serpientes con colmillos candentes y de torturadores que azotaban los cadáveres calcinados de los humanos. Allí tendrías que beber agua rancia y

soportar que te clavarán lanzas al rojo vivo. Recordé que durante una semana había tenido

pesadillas y chillado en sueños. No, no quería ir al infierno. Pero ¿y mi venganza? ¿Cómo

podía hacerlos sufrir? ¿Cómo lograr que entendieran lo crueles que habían sido conmigo?

«Tengo que hacerlo —me decía—; si no, me volveré loca. He de atormentarlos como

ellos me han atormentado a mí. Tienen que llevar luto y llorar mi muerte el resto de su vida. Pero ¿pasarán el resto de su vida llorando? ¿Cuánto duraron los llantos por Zari?

Ella ni siquiera sabía qué significaba el pecado, y al cabo de un año ya nadie mencionaba

su nombre . » Apenas una semana tras la muerte de mi hermana, se reunieron todos y declararon que había sido la voluntad de Dios y que ellos no debían cuestionarla; que era

la Divina Providencia y que no debían ser ingratos. Afirmaron que Dios estaba poniéndolos a prueba y que ellos, sus siervos, debían pasarla con buena nota. Dios se la

había dado y Dios se la arrebatada. Y al final todos se convencieron de que no habían hecho nada malo y nada habían tenido que ver en la muerte de Zari. Pensé que conmigo

pasaría lo mismo. Al cabo de unas semanas se calmarían, y dos años después, como mucho, lo olvidarían. Pero yo seguiría sufriendo tormento eterno y no estaría allí para recordarles lo que me habían hecho. Y quienes me

querían de verdad y me necesitaban se
quedarían solos y compungidos.

Tiré la navaja. No podía hacerlo. Debía
asumir mi destino, como la señora
Parvin.

Ya no me sangraba la muñeca, así que
me la vendé con un pañuelo y volví al

dormitorio. Me acosté, me tapé la
cabeza con las sábanas y lloré. Tenía
que aceptar que había perdido a Said,
que no me quería. Como quien sepulta a
un ser querido, lo enterré en

lo más profundo de mi corazón. De pie
junto a su tumba, lloré durante horas.

Tenía que

abandonarlo, que esperar que el paso del tiempo me trajera indiferencia y olvido y borrara

su recuerdo de mi mente. ¿Llegaría ese día?

2

El sol ya estaba alto en el cielo cuando me desperté de un sueño profundo. Miré alrededor,

desconcertada. Todo parecía extraño. ¿Dónde estaba? Tardé unos segundos en recordar lo

ocurrido y caer en la cuenta de que me encontraba en casa de aquel desconocido. Me incorporé de golpe y miré en torno. La puerta estaba abierta, y era tal el silencio que deduje que estaba sola. Qué alivio. Curiosamente, era presa de una especie de fría indiferencia en todo mi ser. De la ira y la rebeldía que habían ardido en mí los meses pasados parecía no quedar ni las ascuas. No sentía pena, ni ganas de volver a mi hogar, con la familia de la que me había separado. Sentía que no pertenecía ni a ellos ni a aquella casa. Ni siquiera experimentaba odio. Aunque frío como el hielo, mi corazón latía lenta y acompasadamente. Me pregunté si algo

en el mundo sería capaz de hacerme feliz.

Me levanté. La habitación era más grande de lo que me había parecido la noche anterior. La cama y el tocador eran nuevos, pues todavía olían a barniz; seguramente los

había comprado mi padre. Mi maleta estaba abierta y desordenada. En un rincón de la habitación vi una caja de cartón. La abrí: había sábanas, fundas de almohada, manoplas y

trapos de cocina, toallas y otros artículos que mi familia no había tenido tiempo de desenvolver.

Al salir del dormitorio me encontré en una sala cuadrada. Al fondo había otra habitación que parecía un trastero. A la izquierda, una gran puerta de vidrio esmerilado. La cocina y el cuarto de baño estaban a la derecha. En el suelo había una alfombra roja y, a

uno de los lados, cojines y respaldos hechos con tapices. De una de las paredes colgaban

estantes con libros. Junto a la puerta de vidrio había otro estante con un viejo azucarero, el busto de un hombre al que no reconocí y algunos libros más.

Me asomé a la cocina, relativamente

pequeña. La encimera de ladrillo estaba
flanqueada por una lámpara de mimbre
pintada de azul marino y una cocina
nueva con dos

fogones; la bombona de gas se
encontraba bajo la encimera. Sobre una
mesita de madera

había un juego de platos y bandejas de
porcelana decorada con flores rojas: los
reconocí,

mi madre los había comprado cuando yo
era pequeña, en un viaje a Teherán, para
mi ajuar

y el de Zari. En medio de la cocina, una

gran caja de cartón rebosaba de ollas de cobre recién pulidas de diferentes tamaños, varias espátulas y una gran tina también de cobre.

Por lo visto, no habían encontrado un sitio adecuado donde colocar aquello.

Todo lo nuevo era mío, y lo demás, del desconocido. De pronto, me hallaba rodeada

del ajuar que me habían preparado desde mi nacimiento. El objetivo de mi vida estaba plasmado en los muebles de aquella cocina y aquel dormitorio. Cada elemento ponía de relieve que lo único que se esperaba de mí era que me afanara en la cocina y sirviera en el

dormitorio. Qué tareas tan gravosas.
¿Conseguiría cocinar en una cocina tan
desorganizada y soportar mis
desagradables deberes de alcoba con un
desconocido? Todo

se me antojaba repugnante, pero ni
siquiera tenía fuerzas para angustiarme.

Siguiendo con mi exploración, abrí la
puerta de cristal. Una de nuestras
alfombras estaba extendida en el suelo y
sobre la repisa de la chimenea había dos
candelabros de

cristal con colgantes rojos y un espejo
enmarcado. Seguramente habían estado
en la ceremonia nupcial, pero no

recordaba haberlos visto. En un rincón,
en una mesa

rectangular cubierta con un mantel viejo
y desteñido, había una gran radio marrón
con dos

botones color marfil que parecían dos
ojos saltones que me miraran fijamente.

Junto a la radio había una extraña caja
cuadrada. Me acerqué. Contenía varias
fundas,

grandes y pequeñas, con fotografías de
orquestas. Entonces reconocí la caja.
Era un gramófono, como el de la familia
de Parvaneh. Levanté la tapa y pasé los
dedos por aquellos concéntricos aros

negros. Era una lástima que no supiera utilizarlo. Miré las fundas. Qué sorpresa: el desconocido escuchaba música extranjera. ¡Si Mahmud llegaba a

enterarse! Los libros y el gramófono eran los únicos objetos interesantes de la casa. Ojalá me dejaran allí sola con aquellas cosas.

En el apartamento no había nada más. Abrí la puerta de la calle y salí a una pequeña

terraza, desde la que una escalera descendía al patio delantero y otra subía a la azotea.

Bajé. En el centro del patio pavimentado

había un estanque redondo de agua fresca y limpia, con fondo azul, flanqueado por dos arriates de flores alargados; en medio de uno

crecía un cerezo relativamente grande, y en el otro, otro árbol. Cuando llegara el otoño, sabría que era un caqui.

Alrededor de los árboles habían plantado unas matas de rosas de

Jericó cuyas hojas se veían polvorientas y secas. Junto a la pared, una parra mustia colgaba de una vieja espaldera.

La fachada de la casa y las paredes del patio eran de ladrillo rojo. Desde allí divisé las

ventanas del piso de arriba, correspondientes al dormitorio y la sala de estar. Al fondo del patio había un retrete, como el que teníamos en Qum y que a mí siempre me había dado

miedo utilizar. Unos escalones separaban el patio de la veranda que bordeaba la planta baja, cuyas altas ventanas tenían las persianas de mimbre enrolladas. La cortina de una de

las ventanas estaba descorrida, así que me acerqué y, haciéndome pantalla con las manos,

traté de ver algo dentro. El mobiliario consistía en una alfombra rojo oscuro, varios cojines y un colchón con las

sábanas dobladas, arrinconado junto a la pared. Al lado de un

cojín en el suelo había un samovar y un juego de té.

La puerta principal de aquel apartamento de la planta baja parecía más vieja que la del

piso de arriba, y tenía un gran candado. Deduje que allí vivía la abuela del desconocido,

mientras recordaba que, en la boda, una anciana encorvada con un chador blanco con florecillas bordadas me había puesto algo en la mano, quizá una moneda de oro. Los padres del

desconocido debían de haberla llevado a la casa de algún pariente para que los

novios pudieran estar solos unos días.

¡Los novios! Me reí por lo bajo y volví al patio.

Otra escalera conducía al sótano, cuya puerta estaba cerrada. A través de unas

estrechas ventanas debajo de la veranda se proyectaba un poco de luz en el subterráneo.

Me asomé. Parecía atestado de trastos y polvo; era evidente que nadie entraba allí desde

hacía mucho. Me disponía a subir

cuando me fijé de nuevo en los rosales, resecos y polvorientos. Me dieron pena. Junto al estanque había una regadera. Entonces la llené y regué las plantas.

Era casi la una y empezaba a tener hambre. Fui a la cocina, donde encontré una caja de pastas que habían sobrado de la boda. Probé una; estaba muy seca. Me apetecía algo frío.

En un rincón vi una pequeña nevera blanca, en la que había queso, mantequilla, fruta y algunas cosas más. Cogí una botella de agua y un melocotón, me senté en la repisa de la ventana de la cocina y comí, mirando alrededor: ¡qué cocina tan caótica y

desordenada!

Tomé un libro de los estantes de la sala, volví a la cama y me tumbé. Leí algunas líneas, pero no podía concentrarme. Lo dejé y traté de dormir, aunque tampoco pude. Me

puse a divagar: ¿qué debía hacer? ¿Tenía que pasar el resto de mi vida con aquel desconocido? ¿Adónde había ido en plena noche? ¿A casa de sus padres? Quizá hubiera

ido a quejarse de mí. ¿Qué diría yo si su madre me regañaba por haber echado a su hijo de

su propio hogar?

Estuve un rato dando vueltas en la cama hasta que la imagen de Said borró cualquier

otra idea. Intenté no pensar en él; me prometí no volver a pensar en él. Ya que no había

tenido el valor de suicidarme, debía estar atenta a mi comportamiento. La señora Parvin había empezado igual, y ahora engañaba a su marido con total desfachatez. Si no quería

acabar como ella, tendría que dejar de pensar en Said. Pero los recuerdos me asaltaban.

Decidí que la única solución era

comenzar a acumular pastillas; así, si un día la vida se me hacía insoportable y me veía arrastrada por caminos inmorales, podría acabar de manera

fácil e indolora. Seguro que Dios entendería que me quitara la vida para huir del pecado y

no me reservaría un castigo horroroso.

Tuve la impresión de que llevaba horas en la cama, y quizá incluso me había quedado

dormida, pero al mirar el reloj de pared, grande y redondo, sólo eran las tres y media.

¿Qué podía hacer? Me moría de aburrimiento. ¿Adónde habría ido el desconocido? ¿Qué

pensaba hacer conmigo? Me habría gustado vivir en el apartamento sin que él tuviera ninguna relación conmigo: había música, una radio, muchos libros y, lo más importante, paz, aislamiento e independencia. No tenía ganas de ver a mi familia. Tal vez podría ocuparme de las tareas domésticas, y el desconocido y yo podríamos llevar vidas separadas. Ojalá él estuviera de acuerdo.

Recordé que la señora Parvin me había dicho: «Quizá acabe gustándote. Y si no, siempre puedes llevar tu propia vida.»

Me estremecí. Entendí exactamente lo que había querido decir. Pero ¿de verdad era ella culpable? Si hacía lo mismo que mi vecina, ¿me convertiría en una mujer infiel? ¿Infiel a quién? ¿Infiel a qué? ¿Qué era peor: acostarme

con un desconocido al que no amaba, cuya proximidad me repugnaba, con quien me había

casado después de unas palabras pronunciadas por alguien y de que me obligaran a decir sí

o que alguien lo dijera por mí; o hacer el amor con el hombre al que amaba, que lo era todo para mí y con quien me habría gustado vivir, aunque nadie

hubiera pronunciado las

palabras que legitimaran nuestra
relación?

¡Qué pensamientos tan extraños! Tenía
que hacer algo, que mantenerme
ocupada, o

me volvería loca. Encendí la radio y
subí el volumen. Necesitaba oír voces
distintas a la

mía. Volví al dormitorio e hice la cama;
luego recogí el camión rojo y lo metí en
la caja

de cartón. Miré en el armario: estaba
desordenado y muchas prendas se

habían caído de las perchas. Lo saqué todo, poniendo mi ropa a un lado y la del desconocido al otro.

Ordené los cajones de la cómoda y los objetos de encima. Llevé la caja de cartón al trastero, donde sólo había unas cajas de libros, y lo ordené también. Luego cogí las cosas

que sobraban en el dormitorio y las metí allí. Cuando terminé con esas dos habitaciones, ya había oscurecido. Ahora sabía dónde estaba cada cosa.

De nuevo, tuve hambre. Me lavé las manos y fui a la cocina, que seguía hecha un desastre, pero ya no tenía fuerzas para ordenarla. Herví agua y

preparé té. No encontré pan. Unté unas pastas con mantequilla y me las comí con queso y una taza de té. Fui a la

sala, donde estaban los libros: algunos títulos eran extraños y no los entendía; había libros de leyes —los libros de texto del desconocido, sin duda—, unas novelas y libros de poesía

de Akhavan Saless, Forough Farokhzad y otros poetas que me gustaban mucho. Me

acordé del poemario que me había regalado Said. Aquel librito en cuya cubierta había un

dibujo a tinta de un ramillete de

campanillas en un jarrón; tendría que acordarme de llevármelo. Hojeé *La cautiva*, de Forough. Qué valor tenía y con qué atrevimiento expresaba sus emociones. Me identificaba plenamente con algunos versos, como si los hubiera escrito yo. Marqué varios para luego copiarlos en mi álbum de poesía. Y en VOZ

alta leí:

Estoy pensando en escapar de esta oscura prisión aprovechando algún descuido,

para reírme en la cara del carcelero y empezar una nueva vida lejos, tras de vosotros

haber huido.

Una vez más, me reproché mi desvergüenza.

Ya eran más de las diez cuando cogí una novela y me la llevé a la cama. Estaba agotada. El libro se titulaba *El tábano* y describía sucesos espantosos, pero no podía dejar de leerlo, pues me ayudaba a no pensar y no temer estar sola en la casa del desconocido.

No sé qué hora era cuando por fin, vencida por el sueño, se me cayó el libro de las manos

y las luces quedaron encendidas.

Cuando me desperté era casi mediodía. En el apartamento todavía reinaban el silencio y la

soledad. Pensé: «Es maravilloso vivir sin que nadie te moleste, poder dormir hasta la hora

que quieras.» Me levanté, me lavé la cara, preparé té y de nuevo comí unas pastas. Me dije: «Hoy es sábado y todas las tiendas están abiertas. Si el desconocido no vuelve, tendré que salir a comprar. Pero ¿con qué dinero? De hecho, ¿qué haré si no aparece? Hoy debe

de haber ido a trabajar, y, si Dios quiere, volverá a última hora de la

tarde.» Me entraron ganas de reír al pensar que había dicho «si Dios quiere», como si me gustara que volviera.

¿En verdad lo apreciaba por algo? Recordé una de las historias leídas en la revista *Woman's Day*, en la que obligaban a casarse a una joven, igual que a mí. La noche de bodas, ella le confesaba a su marido que amaba a otro y que no podía yacer con él, y éste prometía no tocarla. Sin embargo, al cabo de unos meses, la mujer comenzaba a descubrir

las virtudes de su esposo y poco a poco iba olvidando a su antiguo amor y

empezaba a sentir algo por su marido, el cual, no queriendo quebrantar su promesa, no la tocaba. ¿Y si el desconocido había hecho una promesa similar? ¡Excelente! Yo no sentía nada por él, sólo quería que volviera a casa. Primero, porque necesitaba aclarar nuestra situación; segundo, porque necesitaba dinero, y tercero, porque tenía que dejarle claro que no quería

volver con mi familia bajo ningún concepto. La verdad era que había encontrado un refugio y me gustaba vivir sin que mis parientes me molestaran y atormentaran.

Encendí la radio y me puse a trabajar, de

modo que pasé horas en la cocina. Limpié los armarios, forré los estantes con periódico y ordené los platos y utensilios. Guardé las ollas de cobre bajo la encimera, cerca de la cocina de gas. En la caja de las toallas y las sábanas encontré algunas telas con las que hice manteles de diferentes tamaños, cosiendo

a mano los dobladillos, ya que no tenía máquina de coser. Puse uno en la mesa de la cocina y los otros en la encimera y los armarios. Guardé el samovar nuevo, que evidentemente formaba parte de mi ajuar, y puse la bandeja del té al lado. Limpié los fogones y la nevera, que estaban grasientos, y pasé largo rato

frotando el suelo hasta que

quedó limpio. Entre mis cosas había varios manteles bordados. Los llevé a la sala de estar

y los extendí sobre la repisa de la chimenea, en la mesa donde estaban la radio y el gramófono y en los estantes. Ordené los discos y libros según su altura y estuve inspeccionando el gramófono, pero no conseguí encenderlo.

Miré alrededor: el apartamento parecía otro; me gustaba. Al oír un ruido en el patio,

me acerqué a la ventana, pero no vi a

nadie. Los arriates estaban reseco; salí y los regué, y luego baldeé con agua el patio y los escalones. Ya era de noche cuando, sudorosa, terminé con estas tareas. Recordé que en el apartamento había una bañera. Aunque no salía agua caliente y no sabía encender el calentador de keroseno, que estaba en un rincón

del cuarto de baño, sería un regalo de bienvenida. Limpié la bañera y el lavamanos y me di

una ducha fría. Me lavé el pelo, me froté todo el cuerpo y luego me puse el vestido de estar por casa con estampado floral que me había confeccionado la

señora Parvin. Tras recogerme el pelo en una coleta, me miré en el espejo. Me vi muy cambiada, ya no era una

niña: parecía haber envejecido varios años en pocos días.

Oí la puerta de la calle y el corazón me dio un vuelco. Corrí a la ventana. Los padres del

desconocido, su hermana pequeña, Manijeh, y su abuela, Bibi, estaban en el patio. La hermana sujetaba a su abuela por el brazo para ayudarla a subir los escalones del porche.

Su padre, que iba delante, abrió el candado. Oí a su madre, jadeante, subir

la escalera del primer piso. Me temblaban las piernas y los brazos; abrí la puerta, inspiré hondo y los saludé.

—¡Vaya, vaya! Pero ¡si es la novia!
¿Cómo estás? ¿Y el novio? —Sin embargo, antes

de que pudiera contestar, la madre entró y exclamó—: ¡¿Hamid?! ¿Dónde estás, hijo?

Suspiré aliviada, pues me di cuenta de que no sabían que el desconocido se había marchado la noche de bodas y aún no había vuelto.

—No está en casa —murmuré.

—¿Adónde ha ido? —inquirió su madre.

—Me dijo que iba a visitar a unos amigos suyos.

Su madre negó con la cabeza y empezó a inspeccionar el apartamento. Asomó la nariz

por cada rincón y resquicio. Yo no sabía cómo interpretar que no parara de menear la cabeza. Me sentía como si una maestra especialmente exigente estuviera revisando uno de

mis exámenes, y aguardaba nerviosa el veredicto. La mujer pasó una mano por el mantel

bordado que había puesto en la sala de estar y me preguntó:

—¿Lo bordaste tú?

—No.

A continuación, fue al dormitorio y abrió el armario, que había quedado muy

ordenado. Volvió a negar con la cabeza. En la cocina, miró también en los armarios y examinó los platos y las bandejas.

—¿Es un Masud? —me preguntó, cogiendo uno y dándole la vuelta.

—Sí.

Finalizada la inspección, volvió a la sala. Se sentó en un cojín y se apoyó en un respaldo. Preparé té y puse unas pastas en una bandeja, que llevé a la sala.

—Siéntate aquí, niña —me dijo la mujer—. Estoy muy contenta. Como me explicó la

señora Parvin, eres guapa, meticulosa, tienes un gusto excelente y en sólo dos días has conseguido ordenar este apartamento. Tu madre dijo que cuarenta y ocho horas después de

la boda tendríamos que venir a ayudarte

a limpiar, pero veo que no hace falta. Respiro tranquila, pues eres una gran ama de casa. Y ahora, querida, ¿dónde dices que está Hamid?

—Con sus amigos.

—Mira, querida, una esposa tiene que ser ante todo mujer. Ha de controlar a su marido y dirigirlo. Deberás mantener los ojos bien abiertos. Mi Hamid tiene algunas espinas y esas espinas son sus amigos. Debes conseguir que se aleje de ellos. Y te advierto que sus amigos no son dóciles y obedientes. Todos decíamos: cuando Hamid esté ocupado

con su esposa y sus hijos, perderá el interés por ellos. Ahora te corresponde

a ti entretenerlo para que no se dé cuenta de que pasa el tiempo. Y dentro de nueve meses, darle un primer hijo, y nueve meses más tarde, el segundo. Es decir, has de mantenerlo tan

ocupado que pierda el interés por lo demás. Yo ya hice cuanto pude; llorando,

desmayándome y rezando, por fin conseguí que se casara. Ahora te toca a ti.

Fue como si me quitaran un velo de los ojos. ¡Ajá! De modo que al pobre

desconocido, igual que a mí, lo habían obligado a casarse. No le interesaban ni

su esposa

ni su matrimonio. Quizá también
estuviera enamorado de otra mujer.

Pero, en ese caso,

¿por qué su familia no había pedido su
mano? Al fin y al cabo, su hijo y sus
deseos eran

muy importantes para ellos. Él no tenía
que quedarse esperando a que los
pretendientes acudieran a su puerta,
como yo; podía elegir a quien quisiera.
Sus padres estaban tan impacientes por
verlo casado que habrían aceptado a
cualquier mujer que hubiera

escogido. Quizá se opusiera al

matrimonio y no quisiera cargar con él.
Pero ¿por qué?

Después de todo, ya tenía cierta edad.
¿Sería por sus amigos?

—He preparado un guiso de pierna de
cordero con verduras que a Hamid le
encanta

—dijo de pronto su madre, sacándome
de mi ensimismamiento—. No he podido
evitarlo:

te he traído una cazuela. Me imagino que
de momento no dispondrás de tiempo
para limpiar y lavar verduras... Por
cierto, ¿tienes arroz? —Sorprendida, me
encogí de

hombros—. Está en el sótano. Todos los años, cuando mi marido compra el arroz, les trae

unos sacos a Bibi y Hamid. Cuece un poco de arroz esta noche; irá bien con el guiso. A

Hamid no le gusta el arroz al vapor. Nos vamos mañana, así que he tenido que traer a Bibi

a casa; si no, me la habría quedado unos días más. Es una mujer muy pacífica. Vigíla un poco. Suele prepararse su comida, pero estaría bien que pasaras a verla de vez en cuando y

le llevaras algo de comer. Así

complacerías a Dios.

En ese instante entraron Manijeh y su padre. Me levanté y los saludé.

—Hola, querida nuera —me dijo el padre, sonriéndome—. ¿Cómo estás? —
Se volvió

hacia su mujer y añadió—: Tenías razón. Está mucho más guapa que en la ceremonia nupcial.

—Mira qué bien ha dejado la casa en sólo un día. Mira qué bien lo ha limpiado y organizado todo. A ver con qué excusa nos sale nuestro hijo esta vez.

—¿De cuánto tiempo has dispuesto? — preguntó Manijeh mirando alrededor—.

Seguramente ayer os pasaríais el día durmiendo, y tendríais que ir los dos a saludar a la

suegra.

—¿Adónde? —pregunté.

—A saludar a la suegra. ¿No es así, madre? ¿No tienen que ir a visitar los recién casados a la madre de la novia el día después de la boda?

—Bueno, sí, es la tradición. ¿No fuisteis?

—No.

Todos rieron.

—Claro, Hamid no conoce estas costumbres y tradiciones, y esta pobre chica, ¿cómo

iba a saberlo? —comentó la madre—. Pero, ahora que ya lo sabes, deberíais ir ambos a visitar a tu madre. Deben de estar esperándoos.

—Sí, y os harán regalos —añadió Manijeh—. Madre, ¿te acuerdas del bonito colgante

que le regalaste a Bahman Jan cuando él y Mansureh te visitaron?

—Sí, claro. Por cierto, querida, ¿qué quieres que te traiga de La Meca? Y no me vengas con remilgos.

—Nada, gracias.

—Hemos decidido celebrar la segunda ceremonia cuando regresemos. Bueno, piénsatelo, y mañana ya me dirás si quieres que te traigamos algo.

—Vámonos, mujer —dijo el padre—. No creo que el chico aparezca, y estoy cansado.

Si Dios quiere, vendrá a vernos mañana o irá al aeropuerto a despedirnos. Bueno, querida,

dejemos los adioses para mañana.

La madre me abrazó y me besó, y con un nudo en la garganta, dijo:

—Júrame por tu vida y la de tu marido que lo cuidarás y no permitirás que le pase nada malo. Y vigila a Manijeh en nuestra ausencia, aunque Mansureh se ocupará de ella.

Cuando se marcharon, suspiré aliviada. Recogí los vasos del té y los platos y bajé al

sótano por arroz. Oí que Bibi me llamaba desde su apartamento y fui a saludarla.

—Hola, cara bonita —dijo mirándome de arriba abajo—. Si Dios quiere, tendrás un matrimonio feliz, querida, y enderezarás a ese chico.

—Perdone, pero ¿tiene la llave del sótano? —pregunté.

—Está encima del marco de la puerta, querida.

—Gracias. Prepararé la cena.

—Muy bien. Cocina, cocina.

—Le traeré algo. No se moleste en cocinar usted.

—No, querida, yo nunca ceno. Pero

mañana, si vas a comprar el pan, trae un poco para mí.

—Por supuesto —respondí, mientras pensaba que si el desconocido no volvía, ¿cómo

iba a pagarlo?

El olor del arroz cocido y el guiso de cordero con verduras me abrieron el apetito. No

recordaba cuándo había comido algo decente por última vez. A las diez ya tenía la cena lista, pero no había ni rastro del desconocido. No, ni podía ni quería esperarlo. Comí vorazmente, fregué los platos y guardé las sobras,

suficientes para otras cuatro comidas, en la nevera. Entonces cogí mi libro y me metí en la cama. A diferencia de la noche anterior, no tardé en dormirme.

Me desperté a las ocho. Poco a poco recuperaba el ritmo de sueño normal, y el dormitorio

ya no me parecía tan extraño. En mi abarrotada y caótica casa nunca había experimentado

la paz que sentía en aquel apartamento en tan poco tiempo. Me quedé un rato acostada; luego me levanté e hice la cama. Al salir del dormitorio, me detuve en seco: el desconocido estaba durmiendo en el suelo, sobre una manta,

junto a los cojines. No lo había oído llegar por la noche.

Me quedé allí plantada, observándolo. Dormía como un tronco. No era tan corpulento

como me había imaginado. Un antebrazo le cubría los ojos y la frente, pero alcancé a ver

un bigote poblado que le tapaba el labio superior y parte del inferior. Tenía el pelo rizado y alborotado. Era de tez aceitunada y bastante alto. Me dije: «Este hombre es mi marido, pero, si me hubiera cruzado con él en la calle, no lo habría reconocido. Qué absurdo.» Me

lavé sin hacer ruido y encendí el samovar. Pero ¿qué haría con el pan? Al final se me ocurrió una idea. Me puse el chador y salí con sigilo del apartamento. Bibi estaba junto al estanque, llenando la regadera.

—Hola, señora novia. ¿Se ha despertado ya el vago de Hamid?

—No. Voy a comprar el pan. Todavía no ha desayunado usted, ¿verdad?

—No, querida. Y no tengo ninguna prisa.

—¿Dónde está la panadería?

—Cuando salgas por la puerta, a la

derecha; y al final de la calle, a la izquierda; cuenta cien pasos y estarás delante de la panadería.

Vacilé un instante, pero al final dije:

—Perdóneme, ¿no tendría unas monedas? No quiero despertar a Hamid y temo que el

panadero no me dé cambio.

—Claro, querida. Las encontrarás en la repisa de la chimenea.

Cuando volví, Hamid seguía durmiendo. Me puse a preparar el desayuno en la cocina.

Al volverme para sacar el queso de la nevera, de pronto me vi cara a cara con el desconocido, que estaba de pie en el umbral. Sofoqué un grito, mientras él daba un paso

atrás y alzando los brazos decía:

—No tengas miedo, por amor de Dios. ¿Acaso parezco el coco? ¿Tan feo soy?

Me entraron ganas de reír. Al verme sonreír, él se relajó un poco y levantó más los brazos, hasta apoyarlos en el dintel de la puerta.

—Veo que hoy te encuentras mejor — comentó.

—Sí, gracias. El desayuno estará listo enseguida.

—¡Guau! ¡Desayuno! Y has limpiado el apartamento. Creo que mi madre tenía razón

cuando decía que con una mujer en la casa todo estaría limpio y ordenado. Espero encontrar mis cosas; no estoy acostumbrado a tanto orden. —Se metió en el cuarto de baño. Minutos más tarde oí que gritaba—: ¡Eh! Aquí había una toalla. ¿Dónde la has puesto? —Cogí una limpia y doblada y fui a la puerta del baño. Él asomó la cabeza y preguntó —: Por cierto, ¿cómo te llamas?

Me quedé perpleja. Ni siquiera sabía mi

nombre, pese a que en la ceremonia nupcial

lo habían mencionado varias veces. Qué poco interés debía de tener, o qué absorto en sus

pensamientos debía de estar.

—Masum —repuse fríamente.

—Ah, Masum. Pero ¿es Masum o Masumeh?

—Da igual. Casi todos me llaman Masum.

—Es bonito. Muy apropiado —añadió, escudriñando mi rostro.

Me dio un vuelco el corazón, ¡Said había dicho lo mismo! Sin embargo, qué distintos

su amor y su cariño frente a la indiferencia de mi marido. Al recordar que en una ocasión

Said me había dicho que repetía mi nombre mil veces al día, se me llenaron los ojos de lágrimas. Me di la vuelta y fui a la cocina; llevé la bandeja del desayuno a la sala y extendí el mantel en el suelo. Al poco rato apareció el extraño, con el rizado pelo todavía mojado

y la toalla sobre los hombros. Sus oscuros ojos reflejaban bondad y

alegría. Ya no me inspiraba ningún miedo.

—¡Excelente! Qué desayuno tan rico. Y también tenemos pan recién hecho. Otra ventaja de estar casado.

Pensé que lo decía para quedar bien, para compensarme por no saber mi nombre. Se

sentó con las piernas cruzadas y le serví un vaso de té. Untó una rebanada de pan con

queso y preguntó:

—Bueno, dime, ¿por qué me tenías tanto

miedo? ¿Soy muy espantoso, o te habría asustado cualquiera que hubiera entrado en tu dormitorio esa noche convertido en tu marido?

—Me habría asustado cualquiera. —
Pero pensé: «Excepto Said. Si hubiera entrado él,

me habría echado en sus brazos de todo corazón.»

—Entonces, ¿por qué te has casado?

—Tenía que hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque mi familia creía que ya era hora de casarme.

—Pero si todavía eres muy joven... ¿Tú creías que ya era hora?

—No, yo quería ir a la escuela.

—¿Y por qué no fuiste?

—Decían que un certificado de seis años es suficiente para una chica.

—Así que te obligaron a casarte y se negaron a dejarte seguir estudiando, que es a lo

que tenías derecho.

—Sí.

—¿Por qué no te negaste? ¿Por qué no les plantaste cara? ¿Por qué no te rebelaste? —

inquirió exaltado—. Debiste exigir que respetaran tus derechos, aunque fuera por la fuerza. Si la gente se negara a ceder ante las amenazas, no habría tantos opresores en el

mundo. Esta sumisión fortalece las bases de la tiranía.

Me quedé perpleja; aquel hombre no sabía lo que decía. Contuve la risa y, con una sonrisa que debió de parecer sarcástica, repuse:

—Entonces, ¿tú no cediste ante las amenazas?

—¿Quién? ¿Yo? —dijo boquiabierto.

—Sí, tú. A ti también te obligaron, ¿no?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Es evidente. No irás a contarme que estabas impaciente por casarte. Tu pobre madre

insistió mucho, se desmayó y suplicó hasta que por fin cediste.

—Todo eso te lo ha explicado ella, ¿verdad? Bueno, pues es verdad. Y tienes razón:

me obligaron. Las palizas y torturas no son la única forma de opresión; a veces las personas utilizan el amor y el cariño para desarmarte. Pero, cuando accedí a la boda, no

creí que ninguna chica quisiera casarse conmigo.

Desayunamos en silencio. Entonces él cogió su vaso de té, se recostó en un cojín y dijo:

—Sabes ponerlo a uno en su sitio... Eso me gusta. No has perdido ni un minuto.

—

Entonces rió, y yo también—. ¿Sabes por qué no quería una esposa? —

preguntó.

—No. ¿Por qué?

—Porque, cuando un hombre se casa, su vida deja de ser suya. Está atado de pies y

manos, y tan ocupado que ya no puede pensar en sus ideales ni intentar alcanzarlos.

Alguien dijo una vez: «Cuando un hombre se casa, se para. Cuando nace su primer hijo,

cae de rodillas. Cuando llega el segundo hijo, queda postrado. Y con el tercero, se destruye», o algo así. No me importa,

desde luego, que me preparen el desayuno y mantengan mi casa limpia, tener a alguien que me lave la ropa y se ocupe de mí. Pero todo

esto no es más que egoísmo humano, cuyo origen se halla en la forma incorrecta en que

nos educa esta sociedad dominada por los hombres. Creo que no deberíamos tratar así a

las mujeres, que son las criaturas más oprimidas de la historia. Fueron el primer grupo humano explotado por otro grupo. Siempre se las ha utilizado como herramienta, y aún hoy.

Aunque sus comentarios parecían sacados de un libro, y aunque yo no entendía

algunas palabras, como «explotado», me gustó oírlo. Lo de que «las mujeres son las criaturas más oprimidas de la historia» se me quedó grabado.

—¿Por eso no querías casarte?

—Sí, no quería quedar limitado y confinado, como es inevitable en los matrimonios tradicionales. Quizá si fuéramos amigos y tuviéramos la misma forma de pensar y las mismas actitudes, sería diferente.

—Entonces, ¿por qué no te casaste con

alguien así?

—Las chicas de nuestro grupo no optan por el matrimonio tan fácilmente. Ellas

también se han entregado a la causa.

Además, mi madre odia a todos mis amigos. Me decía: «Si te casas con una de ellas, me mataré.»

—¿La amabas?

—Si amaba... ¿a quién? Ah, no. No me malinterpretes. No quiero decir que estuviera

enamorado de alguien y mi madre se opusiera. ¡No, qué va! Mis padres insistían en que

me casara y decidí acabar de una vez casándome con alguna chica de nuestro grupo. De

esa forma, mi esposa no sería un obstáculo en mis actividades. Pero mi madre me vio venir.

—¿De tu grupo? ¿Qué grupo?

—No se trata de un grupo formal. Sólo somos un grupo de personas que se reúnen para actuar en beneficio de los desfavorecidos. Al fin y al cabo, todos tenemos objetivos e ideales y luchamos para alcanzarlos. ¿Cuáles son los tuyos? ¿Qué dirección quieres tomar?

—Mi objetivo era seguir estudiando.

Pero ahora... no lo sé.

—No irás a decirme que quieres pasarte el resto de la vida limpiando este apartamento.

—¡No!

—¿Entonces? Si tu objetivo es estudiar, hazlo. ¿Por qué abandonas?

—Porque en la escuela secundaria no aceptan a mujeres casadas —contesté.

—¿No sabes que existen otras formas de estudiar?

—¿Qué otras formas?

—Puedes ir a una escuela nocturna y presentarte por libre a los exámenes. No es necesario asistir a la escuela ordinaria.

—Ya lo sé, pero ¿no te opondrías?

—¿Por qué iba a hacerlo? Es más, prefiero vivir con una persona instruida e

inteligente. Además, estás en tu derecho. ¿Quién soy yo para impedírtelo? No soy tu carcelero.

Estaba atónita, incapaz de dar crédito a lo que oía. ¿Qué clase de hombre era aquél?

¡Qué diferente de todos los que yo conocía! Sentí como si se hubiera encendido en mi vida

una luz tan brillante como el sol. Estaba tan contenta que no atinaba ni a hablar.

—¿Lo dices en serio? Si me dejaras ir a la escuela...

Le hizo gracia mi reacción, pero, en lugar de reír, repuso:

—Claro que lo digo en serio. Estás en tu derecho y no necesitas agradecersele a nadie.

Todos deberíamos poder dedicarnos a lo que nos gusta y a lo que creemos que es

nuestro

camino. El matrimonio no significa poner trabas a los intereses de tu cónyuge, sino todo lo contrario: apoyarlo siempre. ¿No te parece?

Asentí entusiasmada, al tiempo que captaba la insinuación de que yo tampoco debía obstaculizar sus actividades. A partir de ese día, nuestro acuerdo se convirtió en la norma tácita de nuestra vida en común; y si bien gracias a ella obtuve algunos de mis derechos, al final no resultaría beneficiosa para mí.

Ese día mi esposo no fue a trabajar y yo, como es lógico, no le pregunté por qué.

Decidió que debíamos comer en casa de sus padres, que se marchaban de viaje esa noche.

Tardé bastante en arreglarme, pues no sabía cómo vestirme. Decidí ponerme el pañuelo de

cabeza, como solía, y si mi esposo no lo aprobaba, también el chador. Cuando salí del dormitorio, señaló el pañuelo y preguntó:

—¿Qué es eso? ¿Tienes que llevarlo?

—Bueno, desde que mi padre me dio permiso, sólo llevo un *hiyab*. Pero, si lo prefieres, me pondré el chador.

—¡No, por favor! —exclamó—. El pañuelo ya me parece excesivo. Pero haz lo que

quieras. Vístete como te apetezca. Eso también es un derecho fundamental.

Aquel día, por primera vez en mucho tiempo, me relajé. Sentía que tenía a alguien que me

apoyaba y en quien confiar, que los sueños que sólo unas horas atrás parecían imposibles

estaban a mi alcance. Y caminé al lado de mi esposo tranquilamente. Hablamos. Él más

que yo. A veces era demasiado erudito y parecía un maestro sermoneando a un alumno estúpido. Pero no me importaba. Era realmente culto, y en lo referente a experiencia y educación, yo ni siquiera podía considerarme su alumna. Lo admiraba.

En casa de sus padres, todos nos hicieron corro. Su hermana mayor, Monir, y sus dos

hijos habían venido desde Tabriz. Los dos niños se mantenían un poco distantes, sin mezclarse mucho con los demás. Hablaban entre ellos, y sólo en turco. Monir era muy diferente de sus hermanas y parecía mucho mayor. Más

una tía que una hermana, pensé.

Todos se alegraron de ver que Hamid y yo nos llevábamos bien. Hamid no paraba de

bromear con su madre y sus hermanas. Les tomaba el pelo y las besaba en la mejilla, lo

que aún me extrañó más. Todo se me antojaba gracioso y sorprendente. En la casa donde

yo había crecido, los hombres casi nunca hablaban con las mujeres, y menos todavía para

bromear y reír con ellas. Me gustaba el

ambiente que reinaba allí. Ardeshir, el hijo de Mansureh, había empezado a gatear. Era muy cariñoso y se echaba de continuo a mis brazos. Me sentía a gusto y reía de buena gana.

—Bueno, gracias a Dios, la novia sabe reír —comentó la madre de Hamid

alegremente—. Todavía no habíamos oído su risa.

—La verdad es que está mucho más guapa cuando ríe, con esos hoyuelos en las

mejillas —añadió Mansureh—. Te aseguro que yo, en tu lugar, reiría siempre. —Me sonrojé y agaché la

cabeza. Ella continuó—: ¿Lo ves, hermano? ¿Ves qué chica tan guapa

te hemos encontrado? Danos las gracias.

—Os lo agradezco mucho —concedió Hamid.

—Pero ¿qué os pasa a todos? —dijo Manijeh, enfurruñada—. ¿Por qué os comportáis

como si nunca hubierais visto a una persona? —Y salió del salón.

—No le hagáis caso —dijo entonces su madre—. Al fin y al cabo, siempre fue la preferida de su hermano. ¡Ay, cuánto me alegro! Ahora que os veo juntos,

siento un gran

alivio. Doy gracias a Dios. Ahora ya puedo cumplir mi promesa en la casa de Dios.

Entonces entró el padre de Hamid y todos nos levantamos para saludarlo.

—Bueno, señorita novia —me dijo tras besarme en la frente—. ¿Cómo estás? Espero

que mi hijo no te haya tratado mal.

—No, en absoluto —dije sonrojándome y agachando la cabeza.

—Si alguna vez lo hace, ven a

contármelo. Le tiraré tan fuerte de las orejas que no se

atreverá a molestarte más.

—Querido padre, no digas eso —repuso Hamid riendo—. Cuando éramos pequeños,

nos tirabas tanto que todos las tenemos bien largas.

Al despedirnos, su madre me llevó a un lado y me dijo:

—Escúchame, querida, desde tiempos muy antiguos se dice que tienes que establecer

los términos de tu matrimonio desde la primera noche. Mantente firme. No quiero decir que discutas con él; emplea más bien el buen humor y la dulzura. Estoy segura de que

encontrarás la manera. Al fin y al cabo, eres una mujer. Coquetea, seduce, enfádate y cautiva. En resumen: no le dejes acostarse tarde y por la mañana envíalo a trabajar temprano. No permitas que sus amigos entren en tu vida. Y, si Dios quiere, quédate embarazada pronto. No le des descanso. Cuando tenga un par de críos en casa, se olvidará

de esas payasadas tuyas. Demuéstrame

lo que vales.

—Cuéntame, ¿qué te ha dicho mi madre?

—me preguntó Hamid de vuelta a casa.

—Nada. Sólo que tengo que cuidar bien de ti.

—Sí, ya lo sé. Cuidar bien de mí para que deje de ver a mis amigos, ¿verdad?

—Sí, algo así.

—¿Y tú qué le has dicho?

—¿Qué querías que dijera?

—Pues que no eres una carcelera del infierno dispuesta a hacerme la vida

imposible.

—¿Cómo iba a decirle eso a mi suegra el primer día?

—¡Que Dios nos libre de esas mujeres anticuadas! —refunfuñó—. No entienden el

matrimonio. Creen que las esposas son como grilletes alrededor de los tobillos de los esposos, cuando en realidad el matrimonio significa camaradería, colaboración,

comprensión, aceptar cada uno los deseos y derechos del otro. ¿Tú crees que el matrimonio es otra cosa?

—No. Tienes mucha razón. —Y le agradecí de todo corazón tanta sabiduría y generosidad.

—No soporto a las mujeres que le preguntan continuamente a su marido: ¿dónde

estabas, con quién y por qué llegas tarde a casa? Entre nosotros, hombres y mujeres tienen

los mismos derechos, y bien definidos, y ninguno tiene derecho a ponerle grilletes al otro

ni obligarlo a hacer lo que no le guste. Y

tampoco tienen derecho a interrogarse el uno al

otro.

—¡Qué maravilla!

Capté muy bien el mensaje. No debía preguntar por qué, dónde ni con quién. La verdad es que en ese momento no me pareció importante. Después de todo, él era mayor

que yo, tenía estudios más amplios y mucha más experiencia. Y, sin duda, más criterio.

Además, ¿a mí qué más me daba lo que hiciera y adónde fuera? Me bastaba con

que creyera en los derechos de la mujer y me dejara continuar mis estudios y perseguir mis intereses.

Cuando llegamos a casa ya era tarde. Sin decir palabra, cogió una almohada y una sábana y empezó a prepararse un sitio para dormir. Yo estaba muy nerviosa. Me daba vergüenza acostarme en la cama y que alguien tan amable como él tuviera que hacerlo en

el suelo. Indecisa, dije al fin:

—Esto no es justo. Duerme tú en la cama y yo en el suelo.

—No, no me importa. Puedo dormir en cualquier sitio.

—Es que yo estoy acostumbrada a dormir en el suelo.

—Yo también.

Me dirigí al dormitorio preguntándome cuánto tiempo podríamos seguir viviendo así.

No sentía amor por Hamid, ni deseo, pero sí estaba en deuda con él. Me había salvado de

la casa de mis padres y estaba demostrándome su gran bondad al permitirme que siguiera

estudiando. Y el asco que me había dado el primer día la idea de que me tocara se

había

esfumado. Volví al salón y me acerqué.

—Por favor, ven a dormir a tu cama —
le pedí.

Me miró con curiosidad y como
sondeándome. Sonrió y estiró un brazo;
yo lo ayudé a

levantarse, y así ocupó el lugar que le
correspondía a un marido.

Esa noche, cuando se quedó dormido,
lloré durante horas y me paseé por el

apartamento. No sabía qué me pasaba;
no podía pensar con claridad. Sólo

sabía que estaba

triste.

Días más tarde vino a verme la señora Parvin, muy emocionada.

—Esperaba que vinieras a visitarme, pero, como no lo has hecho, he decidido acercarme a ver cómo te encuentras.

—Muy bien, gracias.

—Cuéntame, ¿cómo es? No te trata mal, ¿verdad? Cuéntame lo que tuviste que sufrir

la primera noche. ¿Cómo te sentías?

Temía que te diera un infarto.

—Sí, ese día me sentí muy mal. Pero él lo entendió. Al ver cómo estaba, se marchó y

me dejó dormir tranquila.

—¿En serio? ¡Qué caballeroso! — exclamó sorprendida—. Gracias a Dios. No

imaginas lo preocupada que estaba. ¿Ves como es un hombre muy sabio? Si te hubieras casado con aquel carnicero, Asgar, sólo Dios sabe qué te habría hecho. Así que, en general, estás contenta, ¿no?

—Sí, es un hombre muy agradable. Y su familia también.

—¡Gracias a Dios! Ya has comprobado lo diferentes que son de las familias de tus otros pretendientes.

—Sí, y todo se lo debo a usted. Ahora me doy cuenta del gran favor que me ha hecho.

—No tiene importancia. Como eres buena, les gustaste, y ahora estás contenta.

Tuviste suerte. Pobre de mí, yo no tuve tanta.

—Pero usted no tiene problemas con

Haji Aga. El pobre hombre la deja tranquila.

—¡Bah! Tú lo ves ahora, viejo y enfermo, cuando ya ha perdido su coraje. Pero no sabes cómo era de joven, cómo me atacó la primera noche, cómo temblaba y lloraba yo, la

paliza que me propinó. Entonces él era rico y todavía creía que si una mujer no se queda

embarazada es porque tiene algún problema. Era un pez gordo, un engreído. Me hizo

cosas que no quiero ni recordar. En cuanto oía la puerta de la calle y sabía

que había llegado a casa, me echaba a temblar como una hoja. Sólo era una cría, estaba aterrorizada.

Pero cuando se arruinó y lo perdió todo, gracias a Dios, y los médicos le dijeron que tenía un problema y nunca podría engendrar hijos, fue como si pincharas un globo con una aguja. Se le bajaron los humos. Envejeció veinte años de repente, y todos lo abandonaron.

Pero entonces yo ya era mayor, y más fuerte y valiente. Podía plantarle cara y no hacer caso de sus amenazas. Ahora él teme que yo también lo abandone, por eso me deja en paz.

Ahora me toca a mí hacer cuanto se me

antoje; pero ¿y la juventud y la salud que me robó? Jamás las recuperaré...

Nos quedamos un rato calladas. Ella negó con la cabeza como si quisiera ahuyentar sus recuerdos.

—Por cierto, ¿por qué no has ido a visitar a tus padres? —preguntó entonces.

—¿Por qué debería ir? ¿Qué hicieron ellos por mí?

—¿Cómo? Al fin y al cabo, son tus padres.

—Me echaron de casa. Nunca volveré.

—No digas eso, es pecado. Están esperándote.

—No, señora Parvin. No puedo. No insista, por favor.

Cuando llevaba tres semanas casada, una mañana llamaron a la puerta, lo que me sorprendió, porque no esperaba visita. Al abrir, me encontré a mi madre y la señora Parvin. Me quedé desconcertada y las saludé fríamente.

—¡Hola, señora! —exclamó la señora Parvin—. Veo que te lo pasas en grande, porque

te marchaste y no has vuelto a mirar atrás. Tu madre se muere de pena. Le

dije: «Vamos a

su casa, y verá con sus propios ojos que su hija se encuentra bien.»

—¿Dónde has estado? —preguntó mi madre, enfadada—. Estaba muy preocupada.

Llevamos tres semanas pendientes de la puerta, esperándote. ¿Ya no te acuerdas de que tienes un padre y una madre? ¿No te acuerdas de que hay costumbres y tradiciones?

—¿En serio? —repuse—. ¿A qué costumbres y tradiciones te refieres?

La señora Parvin me hizo señas para que

me callara y dijo:

—Al menos invítanos a entrar. Esta pobre mujer ha caminado mucho y hace un calor

tremendo.

—Muy bien. Adelante, por favor.

—El día después de la ceremonia nos quedamos despiertos hasta altas horas de la noche esperando que viniera el novio, pero en vano —rezongó mi madre mientras subía los escalones—. Luego pensamos que tal vez vendrías al día siguiente, luego que quizá el

viernes, luego que quizá al otro. Al final

dije: la niña debe de estar muerta, debe de haberle pasado algo. ¿Cómo iba a marcharse de la casa de su padre y no aparecer más?

Como si no tuviera un padre y una madre con quienes está en deuda.

Ya en el salón, de pronto se me agotó la paciencia y le espeté:

—¿En deuda? ¿Por qué estoy en deuda con vosotros? ¿Porque me creasteis? ¿Acaso

pedí que me concibierais y por eso os debo algo? Me concebisteis porque quisisteis, y cuando descubristeis que era una niña, lamentasteis haberme

tenido. ¿Qué habéis hecho por mí? Os supliqué que me dejarais ir a la escuela. ¿Me dejasteis? Os supliqué que no me obligarais a casarme, que me dejarais vivir en esa miserable casa vuestra un par de años

más. ¿Me dejasteis? ¿Cuántas veces me pegasteis? ¿Cuántas veces estuve a punto de morir? ¿Cuántos meses me mantuvisteis encerrada en casa?

Mi madre lloraba y la señora Parvin me miraba horrorizada. Pero la rabia y la frustración se habían desatado en mi corazón, y no podía dominarlas.

—Desde que tengo uso de razón,

siempre os he oído decir que las niñas pertenecen a

otros, y no tardasteis en darme a otra familia. Estabais tan impacientes por libraros de mí que ni siquiera os importaba a quién me entregabais. ¿No fuiste tú la que me sacó de debajo de la cama para echarme de casa? ¿No fuiste tú la que dijo que tenía que marcharme de casa para que Mahmud pudiera casarse? Bueno, pues ya me echaste. Ahora

pertenezco a otros. ¿Y esperas que te bese la mano? ¡Estupendo! ¡Felicidades!

—¡Ya basta, Masumeh! —me reprendió la señora Parvin—. Deberías

avergonzarte.

Mira lo que estás haciéndole a tu pobre madre. Son tus padres, ellos te criaron.

¿Acaso tu

padre no te ama lo suficiente? Él quería lo mejor para ti. ¿No se preocupó lo bastante por

ti? Yo he visto sufrir a tu madre cuando enfermaste. Se quedaba a tu lado por las noches,

hasta el amanecer, llorando y rezando por su hija. Nunca fuiste desagradecida. Todos los

padres, incluso los peores, merecen la

gratitud de sus hijos. Tanto si te gusta como si no, estás en deuda con ellos y es tu deber reconocerlo; si no lo haces, Dios se ofenderá y descargará su ira sobre ti.

Me sentí más tranquila y aliviada. El odio y el rencor que había ido acumulando explotaron como un grano de pus, y las lágrimas de mi madre calmaron mi dolor igual que

un bálsamo.

—¿Mis deberes de hija? Muy bien, cumpliré con esos deberes. No quiero acabar

siendo la culpable. —Entonces miré a

mi madre y dije—: Si alguna vez necesitas que haga

algo por ti, lo haré, pero no esperes que olvide lo que me hiciste.

—Trae un cuchillo y córtame esta mano con la que te arrastré por el pelo y te saqué de

debajo de la cama —dijo ella entre sollozos—. Juro ante Dios que así me sentiré mejor y

sufriré menos. Cien veces al día me digo: que Dios te rompa el brazo, mujer. ¿Cómo pudiste pegar a esa niña inocente? Pero, hija mía, si no lo hubiera hecho, ¿sabes qué habría

pasado? Tus hermanos te habrían
destrozado. Además, aquella mañana,
Ahmad había

empezado a decirme: «Si mi hermana
nos avergüenza, la quemaré viva.» Y tu
padre llevaba toda la semana con dolor
de corazón. Gracias a las pastillas y las
medicinas consiguió sobrevivir hasta
aquel día. Temía que le diera un infarto.
¿Qué podía hacer? Te

juro que estaba destrozada, pero no
sabía qué hacer.

—¿Estás diciendo que no querías
casarme?

—Sí, quería. A diario rezaba mil veces

para que apareciera algún hombre decente, pidiera tu mano y te salvara sacándote de nuestra casa. ¿Crees que no sabía lo desgraciada

que te sentías en aquella prisión? Cada vez estabas más flaca y ojerosa, me moría de pena

cuando te miraba. Rezaba y le hacía promesas a Dios para que encontraras un buen marido

que te liberara. La pena que sentía por ti estaba matándome.

La bondad de sus palabras empezó a derretir el hielo de mi corazón.

—Bueno, deja de llorar —dije, y fui a buscar tres vasos de sorbete.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué casa tan limpia y ordenada tienes! —exclamó nuestra vecina

para cambiar de tema—. Por cierto, ¿te gustaron tu cama y tu tocador? Yo los escogí.

—Sí, la señora Parvin nos ayudó mucho —terció mi madre—. Le estamos muy agradecidos.

—Yo también.

—¡Basta, por favor! Voy a sonrojarme.
Lo que hice, lo hice de muy buen grado.
Todo

lo que yo elegía, tu padre lo compraba
sin vacilar un instante. Nunca había
comprado así.

Si le hubiera pedido que adquiriera los
muebles del sah, lo habría hecho. Es
evidente que

el pobre hombre te quiere mucho.
Ahmad clamaba al cielo, no quería que
gastara tanto, pero tu padre estaba
decidido a hacerlo por ti. Decía:
«Quiero lo mejor para ella. Quiero
que mi hija pueda llevar la cabeza bien

alta delante de la familia de su marido, y que nadie diga que no tenía un buen ajuar.»

—Los sofás que encargó tu padre ya están listos —añadió mi madre, aún entre

sollozos—. Quiere saber cuándo te parece bien que te los entreguen.

—¿Cómo se encuentra? —pregunté, suspirando.

—Pues no muy bien. —Mi madre se enjugó las lágrimas con una punta del pañuelo y

añadió—: De eso quería hablarte.

Entiendo que no quieras verme, y no me importa, pero

tu padre se muere de pena. No habla con nadie en casa, ha vuelto a fumar como un carretero y no para de toser. Estoy preocupada, temo por su salud. Hazlo por él: ven a visitarnos. No quiero que luego lamente no haberlo visto.

—¡Dios no lo quiera! No seas tan pesimista. Iré. Iré esta misma semana. Le

preguntaré a Hamid cuándo puede venir él; y si no tiene tiempo, iré sola.

—No, querida, no estaría bien. Tienes que hacer lo que convenga a tu marido.

No quiero que se enfade.

—No, no se enfadará. No te preocupes, lo arreglaré.

Hamid me dejó muy claro que no le interesaban las visitas familiares y me animó a llevar

mi propia vida social. Hasta me preparó una guía con las diferentes rutas de autobús y me

explicó en qué casos era mejor que tomara un taxi. Unos días después, una tarde de mediados de agosto en que sabía que Hamid no estaría en casa, me arreglé y me dirigí a

casa de mis padres. Me resultó extraña la rapidez con que de ser «mi casa» pasó a ser «su

casa». ¿Era normal que, de la noche a la mañana, me sintiera como una extraña en el hogar de mi familia?

Era la primera vez que salía sola y realizaba un trayecto largo en autobús. Aunque estaba un poco nerviosa, me gustó la sensación de independencia: me sentía como una adulta. Cuando llegué a mi antiguo barrio, me turbó la emoción. Me entristeció pensar en

Said, y pasar por delante de la antigua casa de Parvaneh me hizo añorarla más que nunca.

Temiendo romper a llorar en plena calle, apreté el paso, pero, cuanto más me acercaba a

casa de mi padre, más débiles notaba las piernas. No quería ver a la gente del barrio; sentía vergüenza.

Cuando Fati me abrió la puerta, los ojos se me llenaron de lágrimas; mi hermana se

me echó a los brazos y lloró, suplicándome que volviera a casa o me la llevara de allí. Allí, sin moverse de donde estaba sentado, le gritó a Fati:

—¡Basta ya de lloriqueos! ¿No te he dicho que fueras a buscarme los

calcetines?

Ahmad apareció al anochecer, borracho y como aturdido. Sin importarle que hacía

casi un mes que no me veía, cogió algo que se le había olvidado y volvió a salir. Cuando

llegó Mahmud, me miró enfurruñado, masculló algo a mi saludo y se dirigió al piso de arriba.

—¿Lo ves, madre? No debería haber venido. Aunque sólo venga de visita una vez al

año, les fastidiará.

—No, hija mía, no tiene que ver contigo.
Mahmud está enfadado por otra cosa.

Hace

una semana que no habla con nadie.

—¿Por qué? ¿Qué le ocurre?

—¿No lo sabes? La semana pasada nos arreglamos bien, compramos pasteles, fruta y

unos rollos de tela, y fuimos a Qum a ver a la hermana de tu padre para pedirle la mano de

Mabubeh para nuestro Mahmud.

—¿Y?

—Fue un fracaso. Hacía diez días, tu tía había dado el consentimiento para que Mabubeh se casara con otro hombre, pero no nos lo habían dicho por rencor, ya que no los

invitamos a tu boda. Es mejor así, desde luego. A mí no me hacía ninguna gracia que se

casaran. Su madre es una bruja. Pero Mahmud no paraba de hablar de su prima: que si Mabubeh esto, que si Mabubeh lo otro.

Me invadió una alegría inmensa, y entendí el dicho según el cual «la venganza es dulce como la miel». «¡Qué rencorosa eres! —me dije, e

inmediatamente repliqué—: Se lo merece. Que sufra.»

—Tendrías que haber oído a tu tía alardeando del novio: que es hijo de un ayatolá, pero que ha estudiado en la universidad y tiene ideas modernas. Luego comentó lo rico que es y las propiedades que tiene. Pobre Mahmud, estaba tan furioso que si le hubieran

clavado un cuchillo no habría sangrado. Tenía la cara tan roja que creí que iba a darle un

ataque. Y luego dejaron caer comentarios maliciosos: que iban a adornar la casa con luces,

que celebrarían la boda durante siete días y siete noches, que había que casar a las hijas

con orgullo, y no en secreto ni con prisas, y que si uno no invita a una tía a la boda de su sobrina, a quién va a invitar...

Cuando oímos llegar a mi padre, me levanté y me puse junto a la pared para que no me viera nada más entrar en la habitación. Sujetándose a la jamba de la puerta con una mano,

apoyó el tobillo izquierdo sobre la rodilla derecha y empezó a desatarse el zapato.

—Hola —saludé con voz débil.

Mi padre puso el pie en el suelo y escudriñó la penumbra. Me vio y esbozó una sonrisa que irradiaba bondad, pero luego volvió a su posición inicial para seguir quitándose el zapato y exclamó:

—¡Qué sorpresa! ¿Te has acordado de nosotros?

—Siempre me acuerdo.

Negó con la cabeza, se calzó las zapatillas y, como en los viejos tiempos, le acerqué su

toalla. Me lanzó una mirada de reproche y dijo:

—Nunca creí que pudieras ser tan desleal.

Se me hizo un nudo en la garganta.

En la cena, padre pareció animarse y me acercaba los platos sin dejar de hablar.

Nunca

lo había visto tan locuaz. Mahmud no bajó a cenar.

—Bueno, cuéntame —pidió padre riendo—. ¿Qué le preparas a tu marido para comer

y cenar? ¿Sabes cocinar? ¡Me dijeron que quiere venir a quejarse de ti!

—¿Quién? ¿Hamid? El pobre nunca se queja de la comida. Acepta cualquier cosa que

le ponga delante. De hecho, me dice: «No quiero que pierdas el tiempo cocinando.»

—¡Vaya! Entonces, ¿qué se supone que tienes que hacer?

—Dice que tengo que seguir estudiando.

Hubo un silencio. Vi un destello en los ojos de padre, mientras los demás me miraban

fijamente.

—¿Y quién se encargará de la casa? —
quiso saber madre.

—Es fácil. Puedo hacer ambas cosas.
Además, Hamid dice: «Me tienen sin
cuidado

las comidas, las cenas y las tareas
domésticas. Tienes que hacer lo que te
interesa; sobre

todo, ir a la escuela, porque es muy
importante.»

—¡Ni se te ocurra! —soltó Alí—. Ya no
te admitirán.

—Sí me admitirán. Fui a preguntar. Iré a
la escuela nocturna y podré presentarme

a los

exámenes. Por cierto, que no se me olvide llevarme los libros.

—¡Gracias a Dios! —exclamó padre, y madre lo miró sorprendida.

—¿Dónde están mis libros?

—Los metí todos en el bolsón azul. Está en el sótano —indicó madre—. Alí, hijo, ve a

buscarlos.

—¿Por qué tengo que ir yo? ¿Acaso ella no tiene brazos y piernas?

Padre lo miró con súbita rabia y alzó una mano como para pegarle.

—¡Calla! —espetó—. No vuelvas a hablarle así a tu hermana si no quieres que te haga

saltar todos los dientes de la boca.

Alí, rabioso e intimidado, se levantó y salió. Fati, sentada en el suelo, se apretó contra

mí y soltó una risita maliciosa.

Cuando me disponía a irme, padre me acompañó a la puerta y me susurró al oído:

—¿Volverás?

Como era demasiado tarde para matricularme en la escuela nocturna para el trimestre de

verano, me matriculé para el otoño y esperé con impaciencia el inicio de las clases.

Disponía de mucho tiempo libre, que ocupaba leyendo los libros de Hamid. Empecé con

obras de ficción y luego pasé a los libros de poesía, que leí con suma atención. A continuación, abordé los libros de filosofía, muy aburridos y difíciles. Al final, como no

tenía nada más que hacer, leí incluso sus antiguos libros de texto. Sin embargo, pese a que me encantaba leer, aquello no me hacía sentirme realizada.

Hamid casi nunca volvía pronto a casa, y a veces se ausentaba varios días. Al principio, yo preparaba la cena, extendía el mantel y me sentaba a esperarlo. Muchas veces me quedaba dormida y él no había llegado. Pero mantenía aquella rutina porque no me gustaba comer sola.

Una vez volvió a casa a medianoche y me encontró dormida en el suelo, junto a la cena.

—¿No tienes nada mejor que hacer que perder el tiempo cocinando? —dijo, despertándome.

Sobresaltada y dolida por su reacción, fui a acostarme y en silencio lloré hasta quedarme dormida.

A la mañana siguiente, como un conferenciante que se dirige a una audiencia de idiotas, me soltó un largo discurso sobre el papel de la mujer en la sociedad, y al final me espetó:

—No hagas como las mujeres tradicionales y analfabetas, o como las explotadas y reprimidas, y no intentes atraparme con absurdas muestras de

amor y bondad.

—No intentaba nada —repliqué enfadada y ofendida—. Lo que pasa es que estoy

harta de quedarme sola y tampoco me gusta comer sola. Como nunca comes en casa, y vete a saber lo que te dan por ahí, me pareció buena idea prepararte una cena especial.

—Quizá conscientemente tu intención no sea atraparme, pero de manera

subconsciente ése es tu objetivo. Es un viejo truco que usan todas las mujeres: atrapar a

los hombres por el estómago.

—¡Basta! ¿Quién quiere atraparte? Al fin y al cabo, estamos casados. Es verdad que

no nos queremos, pero tampoco somos enemigos. Me gustaría hablar contigo alguna que

otra noche, aprender de ti y oír otra voz en esta casa distinta a la mía. Y tú te alimentarías

mejor. Además, tu madre me insistió mucho, le preocupa que no comas bien.

—¿Lo ves? Ya sabía yo que mi madre tenía algo que ver. Sé que no es culpa

tuya y

que sólo sigues sus instrucciones. Desde el primer día te comprometiste a no poner obstáculos en mi vida y no entorpecer mis deberes ni ideales. Así que, por favor, dile de

mi parte que no se preocupe por mi alimentación. Tenemos reuniones todas las noches, y

un par de chicos que son muy buenos cocineros preparan las comidas.

A partir de ese día, ya no lo esperaba por las noches. Él llevaba su vida con sus amigos invisibles, en un entorno del que yo no sabía nada. Ignoraba quiénes

eran sus amigos, de dónde provenían y cuáles eran esos ideales de los que tanto se enorgullecían.

Lo único que sabía era que la influencia que ejercían sobre Hamid era cien veces mayor

que la de su familia y la mía.

Cuando empecé a asistir a la escuela nocturna, me adapté a una nueva rutina. Pasaba la mayor parte del tiempo estudiando, pero la soledad y aquella casa vacía, sobre todo en las

frías y silenciosas noches de otoño, me deprimían. Nuestra vida conyugal seguía basada en

el respeto mutuo y no teníamos peleas ni discusiones, aunque tampoco emoción.

Sólo salía

los viernes, cuando Hamid volvía a casa pronto y visitábamos a sus padres. Me contentaba

con aquellas breves ocasiones de estar en su compañía.

Como sabía que no le gustaba que me pusiera el pañuelo de cabeza, sobre todo cuando

íbamos juntos, con la esperanza de que saliéramos más a menudo guardé todos mis pañuelos. Pero sus amigos no le dejaban tiempo para estar conmigo, y,

dada su extraña susceptibilidad, no me atrevía a mencionarlos ni a quejarme.

Bibi, la abuela de Hamid, era mi única compañía. Me ocupaba de ella y le preparaba

las comidas. Era una mujer tranquila y amable, y mucho más dura de oído de lo que me

había parecido al principio. Si quería hablar con ella, tenía que gritar tanto que al final me cansaba y lo dejaba. La anciana me preguntaba a diario:

«Querida, ¿volvió Hamid pronto

a casa anoche?» Y yo contestaba: «Sí.»

Para mi sorpresa, ella siempre me creía y nunca me preguntaba por qué no lo veía jamás. Bibi apenas oía, y hacía como si tampoco viera. De vez en cuando, si estaba animada, me hablaba del pasado y de su marido, un hombre bueno y devoto cuya muerte

le había helado el corazón pese a haber sucedido en verano. Me hablaba de sus hijos, tan

ocupados con sus asuntos que casi nunca la visitaban. A veces me contaba las travesuras

infantiles de mi suegro, su hijo mayor y su favorito. Y de vez en cuando me hablaba de

personas fallecidas que yo no conocía. Bibi había sido una mujer afortunada y feliz, pero,

aunque no fuera tan vieja, parecía que ya no hiciera más que aguardar la muerte. Aún resultaba más extraño que el resto de la familia adoptara la misma actitud; no lo digo porque la desatendieran, ni por ningún comentario al respecto, pero había algo en su proceder que lo dejaba traslucir.

Una de las consecuencias de aquella soledad fue que recuperé mi antigua costumbre

de hablar con el espejo. Me sentaba y pasaba horas hablando con mi reflejo.

De pequeña

me encantaba hacerlo, pese a que mis hermanos se burlaban de mí y me tildaban de loca.

Me había esforzado por abandonar ese hábito, pero en realidad no había perdido el deseo,

sólo lo había reprimido. Ahora que no tenía a nadie con quien hablar, ni razón alguna para ocultar nada, volvió a aflorar. Hablar sola, o con la mujer reflejada en el espejo, me ayudaba a poner en orden mis ideas. A veces nos dejábamos llevar por los recuerdos y llorábamos juntas. Yo le decía cuánto echaba de menos a Parvaneh: ojalá

podiera encontrarla, ¡teníamos tanto que contarnos!

Un día, por fin, decidí buscar a mi amiga. Pero ¿por dónde empezar? Una vez más tuve que pedirle ayuda a la señora Parvin. Aprovechando una visita a casa de mi madre,

pasé también a verla a ella y le pedí que condeara en el vecindario por si alguien sabía dónde vivía la familia Ahmadi. Me daba vergüenza preguntar directamente a los vecinos;

siempre tenía la impresión de que me miraban de forma extraña. La señora Parvin hizo indagaciones por el barrio, pero nadie tenía información, o quizá no

querían dársela porque sabían qué clase de relación mantenía con Ahmad. Un vecino incluso le preguntó

si quería la dirección de los Ahmadi para enviar a algún matón armado.

Decidí pasar por

mi antigua escuela, pero Parvaneh había cambiado de colegio y ya no la tenían en sus archivos. Mi profesora de Literatura se alegró de verme, y cuando le conté que iba a continuar mis estudios me alentó.

Una fría y oscura noche de invierno en que estaba aburrida sin nada que hacer, Hamid llegó pronto a casa y se dignó cenar conmigo. Me puse loca de alegría.

Por suerte, esa mañana mi madre había venido a verme y me había traído pescado fresco. «Tu padre lo ha

comprado —me había dicho—, pero se niega a probar bocado a menos que lo comparta

contigo. Te he traído un poco para que se quede tranquilo.»

Lo había guardado en la nevera, porque no me apetecía cocinarlo para mí sola; pero,

cuando vi que Hamid se quedaría a cenar, herví un poco de arroz y verduras para acompañarlo. Era la primera vez que cocinaba pescado, pero me salió

bien. La verdad es

que recurrí a todas mis habilidades culinarias. El olor a pescado frito abrió el apetito de Hamid, que vino a la cocina y se puso a picotear, mientras yo reía y lo regañaba. Cuando

estuvo todo preparado, le pedí que le bajara la cena a su abuela. Entonces extendí el mantel y lo adorné con todo lo que encontré, como si fuéramos a celebrar un gran banquete, en casa y en mi corazón. ¡Qué fácil era hacerme feliz, pero cuánto les costaba a

todos!

Hamid volvió, se lavó las manos y nos

sentamos a comer.

—El pescado con arroz se come con los dedos —explicó mientras quitaba las espinas

del suyo y del mío.

—¡Qué cena tan maravillosa! —Suspiré —. Con esta noche tan fría y oscura, me

habría muerto de tristeza si no hubieras venido a casa.

—No te lo tomes tan a pecho —repuso él tras reflexionar un instante—.

Aprovecha tu

tiempo libre. Tienes que estudiar, y

además aquí hay muchos libros. ¿Por qué no lees?

Ojalá yo tuviera tiempo de leer.

—Es que los he leído todos, algunos incluso dos veces.

—¿En serio? ¿Cuáles has leído?

—Todos, hasta tus libros de texto.

—¡No puede ser! ¿Y los entendiste?

—Bueno, algunos no muy bien. De hecho, cuando tengas tiempo me gustaría preguntarte algunas cosas.

—¡Qué raro! ¿Y las antologías de relatos?

—Ay, me encantan. Lloro cada vez que las leo. Son tan tristes... Describen tragedias

terribles, y destilan dolor y sufrimiento.

—Sólo son una pequeña muestra de la realidad de la vida. En su afán por acumular riqueza y poder, los gobiernos siempre obligaron a las masas de desfavorecidos e indefensos a trabajar como esclavos, embolsándose los frutos de su trabajo. Las

consecuencias son la injusticia, la miseria y la pobreza para el pueblo.

—Es desgarrador. ¿Cuándo acabará tanta desesperación? ¿Qué podemos hacer?

—¡Resistir! Quienes lo entendemos debemos plantar cara a la tiranía. Si todos los hombres nacidos libres se enfrentaran al poder, el sistema se derrumbaría,

inevitablemente. Al final, los oprimidos del mundo se unirán y erradicarán tanta injusticia y tiranía. Debemos contribuir a allanar el camino de la unidad y el levantamiento.

Hablaba como si leyera un documento, pero me tenía fascinada, impresionada.

Instintivamente, recité un poema:

*Si te levantas, si yo me levanto,
todos se levantarán.*

Si te sientas, si yo me siento,

¿quién se levantará?

¿Quién combatirá al enemigo?

—¡Muy bien! —exclamó—. Veo que sí has entendido algo. A veces haces

comentarios sorprendentes para una persona de tu edad y educación. Quizá podamos mostrarte el camino.

No sabía si debía tomármelo como un cumplido o un insulto. Pero, como no quería que nada ensombreciera nuestra agradable velada, decidí pasar por alto aquel comentario.

Después de cenar, Hamid se reclinó en el respaldo y dijo:

—La cena estaba deliciosa y he comido mucho. Hacía tiempo que no cenaba tan bien.

Quién sabe lo que habrán cenado mis pobres amigos... Seguramente pan con queso, como

de costumbre.

—¿Por qué no los invitas a cenar alguna noche? —propuse, aprovechando su buen

humor y al hilo de aquel comentario.

Él me miró, pensativo. Estaba sopesando la posibilidad, pero, dado que no fruncía el

entrecejo, continué:

—¿No dices que todas las noches alguien se encarga de la cena? Pues ¿por qué no encargarme yo una noche? Permite que una vez tus pobres amigos disfruten de una comida decente.

—La verdad es que, hace tiempo,

Charzad me dijo que le gustaría conocerte.

—¿Charzad?

—Sí, es una buena amiga. Inteligente, valerosa, partidaria convencida, y capaz de analizar y resumir muchos temas mejor que el resto de nosotros.

—¿Una chica?

—Pues claro. ¿Qué tiene de raro?

—¿Casada o soltera?

—¡Qué manía! Está casada. Bueno, no tuvo alternativa; debía librarse del control de

su familia para poder dedicar todo su tiempo y sus energías a la causa. Por desgracia, en

este país las mujeres, con independencia de su situación social, no pueden librarse de las

costumbres ni de sus restricciones y obligaciones.

—Pero ¿a su marido no le importa que se pase el día contigo y tus amigos?

—¿A quién, a Mehdi? No, es de los nuestros. Decidimos su boda porque en muchos

aspectos beneficiaba a la causa del

grupo.

Era la primera vez que me hablaba de sus amigos y de su grupo; yo sabía que cualquier reacción precipitada por mi parte lo haría volver a sumirse en el silencio. Debía aprender a escuchar y callar, más tratándose de un tema tan delicado.

—A mí también me gustaría conocer a Charzad —afirmé—. Debe de ser una persona

muy interesante. Prométeme que los invitarás algún día.

—Lo pensaré. Hablaré con ellos y ya veremos.

Dos semanas más tarde, por fin tuve el honor: Hamid y sus amigos vendrían a comer el

sábado siguiente, que era festivo. Estuve muy atareada toda la semana. Lavé las cortinas y

las ventanas y cambié los muebles de sitio varias veces. No teníamos mesa de comedor, pero Hamid dijo:

—No te preocupes, ¿para qué una mesa de comedor? Extiende el mantel en el suelo.

Así estarán más cómodos y habrá sitio para todos.

Había invitado a doce personas, sus más íntimos. Yo no sabía qué cocinar y se lo pregunté varias veces, tan emocionada estaba.

—Prepara lo que quieras. Da igual.

—Claro que no da igual. Quiero cocinar algo que les guste. Dime los gustos de cada

uno.

—¿Cómo quieres que los sepa? A todos les gustan cosas diferentes. No vas a cocinar a

gusto de cada uno.

—Bueno, no de todos. Pero, por ejemplo, ¿qué le gusta a Charzad?

—El guiso de verduras. Pero a Mehdi le encantan los guisantes y Akbar aún está deseando probar el arroz con verduras y pescado que le mencioné. Y por la tarde, cuando

empieza a refrescar, todos agradecen la sopa de fideos. Es decir, les gusta todo. Pero no te tomes tantas molestias. Haz lo que te resulte más fácil.

El martes empecé a comprar. Había bajado la temperatura y soplaba algo de viento.

Compré tanto y subí tantas bolsas por la

escalera, que hasta Bibi parecía harta y me dijo:

—Querida, ni siquiera un banquete para siete reyes requiere tantos preparativos.

El jueves empecé a cocinar. El viernes volvimos pronto de casa de mis suegros y seguí

cocinando. Preparé tanta comida que sólo para recalentarla necesitaría toda la mañana del

sábado. Por suerte, hacía frío y pude sacar las ollas a la terraza. A última hora de la tarde, cuando estaba preparándose para salir, Hamid dijo:

—Si se me hace muy tarde, volveré mañana hacia mediodía con mis amigos.

El sábado me levanté temprano y volví a limpiar el apartamento, herví y escurrí el arroz, y cuando estuvo todo preparado, me di una ducha rápida. No me mojé el pelo, porque la noche anterior me lo había lavado y marcado con rulos. Me puse mi vestido amarillo, el mejor que tenía, y me apliqué un poco de carmín; me quité los rulos y me dejé los rizos sueltos. Quería estar impecable para que Hamid dejara de ocultarme en casa como si fuera una hija ilegítima y retrasada. Deseaba que sus amigos me consideraran digna de unirme a su

grupo.

Poco antes del mediodía sonó el timbre de la puerta y el corazón me dio un vuelco. El

timbre era una señal, porque Hamid llevaba llaves.

Me despojé rápidamente del delantal y fui a abrir. Soplaban un viento frío, pero no me

importó. Hamid me los presentó a todos sin pérdida de tiempo. Había cuatro mujeres y el

resto eran hombres, todos de aproximadamente la misma edad.

Entramos en casa, cogí sus

abrigos y miré a las mujeres con curiosidad. No se diferenciaban mucho de los hombres:

llevaban pantalones y jerséis anchos y viejos que no combinaban con el resto de su ropa.

Iban peinadas como si el pelo les molestara: unas lo llevaban tan corto que, vistas por detrás, parecían hombres, y otras se lo recogían con una goma. Ninguna se había maquillado.

Aunque todos se mostraron educados, Charzad fue la única que me prestó atención.

Me besó en las mejillas, me miró de arriba abajo y exclamó:

—¡Qué guapa! Hamid, qué esposa tan preciosa tienes. No nos habías dicho cuán

atractiva y elegante es.

Entonces los demás se volvieron y me miraron con más detenimiento. Intuí algunas sonrisas sarcásticas. Aunque nadie dijo nada descortés, algo en su actitud hizo que me sonrojara y me sintiera violenta; Hamid también parecía incómodo.

—¡Bueno, ya basta! Pasad al salón y os serviremos el té —dijo para cambiar de

tema.

Unos cuantos se sentaron en los sofás y los otros en el suelo. Casi todos fumaban.

—Ceniceros —pidió mi marido—. Trae todos los que tengamos.

Fui a la cocina, recogí los ceniceros y se los llevé. Volví a la cocina y empecé a servir

el té.

—¿Qué clase de atuendo es ése? —me preguntó Hamid, que me había seguido.

—¿Por qué lo dices? —pregunté,

confusa.

—¿A qué viene ese vestido? Pareces una muñeca occidental. Ponte algo sencillo,

camisa y pantalones o una falda. Y lávate la cara y recógete el pelo.

—Pero si no llevo maquillaje. Sólo es un poco de pintalabios, y muy claro.

—No sé qué has hecho, pero intenta que no se note tanto.

—¿Quieres que me frote la cara con carbón?

—¡Sí, por favor! —me espetó.

Tuve ganas de llorar. Nunca sabía lo que a Hamid le parecería bien o mal. Me fallaron

las fuerzas, como si de pronto me venciera el cansancio acumulado durante la semana. El

resfriado que llevaba unos días incubando, al que no había prestado atención, empeoró de

golpe y me mareé.

—¿Qué ha pasado con el té? —oí decir a alguien, y entonces me recompuse, terminé

de servirlo y Hamid llevó la bandeja al

salón.

Una vez en el dormitorio, me quité el vestido y me senté en la cama. No pensaba nada

en particular, sólo estaba triste. A continuación, me puse la falda larga plisada que solía llevar por casa y la primera blusa que encontré en el armario. Me recogí el pelo y me quité el pintalabios con un poco de algodón. Tenía un nudo en la garganta, y temía que si me miraba en el espejo me echaría a llorar a lágrima viva. Traté de distraerme, recordando que no había echado mantequilla rebajada en el arroz. Al salir, me topé con una de las chicas,

que en ese momento venía de la sala de estar.

—¡Vaya! ¿A qué viene este cambio de ornamentación? —exclamó al verme.

Todos estiraron el cuello y me miraron. Me ruboricé. Hamid, asomando la cabeza por

la puerta de la cocina, dijo:

—Así está más cómoda.

Permanecí todo el rato en la cocina, y nadie dijo nada. A las dos ya lo tenía todo preparado, así que extendí el mantel en la sala. Aunque había cerrado la puerta para poder

prepararlo todo tranquilamente, los oía hablar. No entendía ni la mitad de lo que decían,

como si conversaran en un idioma extranjero. Estuvieron un rato hablando de algo que llamaban «dialéctica», y usaban repetidamente expresiones como «el pueblo» y «las masas». Yo no entendía por qué no decían sencillamente «la gente».

Lo preparé todo. Me dolía la espalda y la garganta me escocía. Hamid inspeccionó mis

preparativos e invitó a sus amigos a pasar a la sala. Todos se sorprendieron por la variedad, el color y el aroma de

los platos, aconsejándose entre sí cuál probar.

—Espero que no estés muy cansada —dijo Charzad—. Te has tomado demasiadas molestias. Nos habríamos contentado con pan y queso. No hacía falta que trabajaras tanto.

—No le hagas caso —terció uno de los hombres—. Todos los días comemos pan con

queso. Así que, ya que hemos venido a casa de un burgués, queremos ver qué comen los

burgueses.

Todos rieron, pero a Hamid no le gustó el comentario. Después de comer volvieron a

la sala de estar.

—¿Por qué has preparado tanta comida?
—me espetó furioso Hamid cuando trajo un

montón de platos a la cocina.

—¿Por qué? ¿Es eso malo?

—No, pero ahora tendré que soportar sus bromas hasta el fin de los tiempos.

Sirvió varias rondas de té, mientras yo recogía las bandejas, las lavaba,

guardaba las

sobras y limpiaba la cocina. Eran las cuatro y media. Todavía me dolía la espalda y me pareció que tenía fiebre. Nadie preguntaba por mí; me habían olvidado por completo. Me

di cuenta de que no encajaba en aquel grupo; era como una colegiala en la fiesta de sus maestras. No tenía su edad, ni su educación, ni su experiencia, no sabía debatir como ellos, y ni siquiera era lo bastante atrevida para interrumpirlos y preguntarles qué les apetecía beber o comer.

Serví otra ronda de té, preparé una bandeja de pastelitos de hojaldre con

nata y la llevé

a la sala. Todos me dieron las gracias de nuevo.

—Debes de estar cansada —dijo Charzad—. Perdona que no te hayamos ayudado a

recoger. La verdad es que no se nos dan nada bien estas cosas.

—No te preocupes. No he hecho nada especial.

—¿Que no? Nosotros no habríamos sido capaces de algo parecido. Ahora ven y

siéntate a mi lado.

—Muy bien, enseguida vuelvo. Voy a rezar mis oraciones antes de que se haga demasiado tarde, y así podré sentarme tranquila.

Nuevamente, me miraron con extrañeza. Hamid puso ceño. Una vez más, no entendí

qué había dicho para que me observaran como a un bicho raro. Akbar, el que había llamado burgués a Hamid — sospeché cierta rivalidad o tensión entre ellos—, dijo:

—¡Estupendo! Todavía hay gente que reza. ¡Qué maravilla! Dado que mantienes las

creencias de tus antepasados, ¿te importaría explicarme por qué rezas?

—¿Que por qué rezo? —respondí aturullada y desconcertada—. Pues porque soy

musulmana, y todos los musulmanes deben rezar. Nos lo ordena Dios.

—¿Y cómo te dio Dios esa orden?

—No me la dio sólo a mí, sino a todos. Lo hizo a través de su mensajero y del Corán,

que descendió hasta él.

—¿Me estás diciendo que había alguien

allá arriba que escribió las órdenes de Dios y se las lanzó a los brazos al Profeta?

Cada vez más enfadada y confundida, miré a Hamid pidiéndole ayuda, pero, en lugar

de bondad y compasión, en sus ojos sólo vi rabia.

—¿Y qué pasa si no rezas? —intervino una de las chicas.

—Pues que cometes un pecado.

—¿Y qué ocurre si cometes un pecado? Por ejemplo, nosotros, como no rezamos,

según tú somos pecadores. ¿Qué nos pasará?

—Después de morir, sufriréis e iréis al infierno —mascullé.

—¡Ajá! Al infierno. Y dime, ¿cómo es el infierno?

Empecé a temblar de pies a cabeza. ¡Se burlaban de mis creencias!

—El infierno está hecho de fuego —balbuceé.

—Y seguro que también hay serpientes y escorpiones, ¿verdad?

—Sí.

Se echaron a reír. Miré de nuevo a Hamid, suplicante. Necesitaba ayuda, pero él había

bajado la cabeza y, aunque no reía, tampoco decía nada.

—Hamid, si ni siquiera has podido iluminar a tu propia esposa, ¿cómo piensas salvar

a las masas de sus supersticiones? — dijo Akbar, mirándolo.

—Yo no soy supersticiosa —salté.

—Sí, querida, lo eres. Y no es culpa tuya. Te han grabado tan bien esas ideas en la cabeza que has acabado por

creerlas. Esas cosas que dices y con las que pierdes el tiempo

sólo son supersticiones. A las masas no les sirven de nada. Son elementos que te hacen depender de alguien que no eres tú, pensados para asustarte y para que te contentes con lo

que tienes y dejes de luchar por lo que no tienes, limitándote a confiar en que en otro mundo lo recibirás todo. Crees en cosas que fueron creadas para explotarte. Justo en eso

consiste la superstición.

—¡No injuries a Dios! —exclamé, furiosa. Estaba mareada y tenía ganas de

vomitara.

—¿Lo veis, chicos? ¿Veis cómo les lavan el cerebro? La gente no tiene la culpa. Les

inculcan esas ideas desde críos. ¿Os dais cuenta del difícil camino que nos queda por delante si queremos luchar contra el «opio de las masas»? Por eso insisto en que debemos

incluir la campaña contra la religión en nuestro programa.

No lo soportaba más. Todo me daba vueltas. Si permanecía allí un minuto más, me desmayaría. Corrí al lavabo y vomité. Notaba una presión espantosa en

el cuerpo, un intenso dolor en la espalda y el abdomen. Sentí las piernas mojadas y miré hacia abajo. En

el suelo había un charco de sangre.

Me estaba quemando. Las llamas me atraían. Intentaba huir, pero no podía mover las piernas. Unas brujas espeluznantes me clavaban horcas en el vientre y me empujaban

hacia el fuego. Unas serpientes con cabeza humana se reían de mí. Una criatura repugnante intentaba hacerme beber agua putrefacta.

Llevaba a un bebé en brazos. Me encerraban en una habitación en llamas.

Corría hacia

diferentes puertas, pero cada vez que
abría una me topaba con nuevas llamas.

Miraba a mi

hijo, ensangrentado.

Cuando abrí los ojos, me encontré en
una habitación blanca que no reconocí.
Sentí un escalofrío; cerré los ojos y me
acurruqué, temblando. Alguien me tapó
con una manta y una mano cálida me
tocó la frente.

—El peligro ya ha pasado, y la
hemorragia casi se ha cortado —dijo
una voz—. Pero

está muy débil. Necesita reponer fuerzas.

—¿Lo ves, Hamid Jan? —oí decir a mi madre—. Deja que venga a nuestra casa al menos una semana, hasta que se haya repuesto un poco.

Pasé cinco días en cama en casa de mis padres. Fati revoloteaba a mi alrededor como una

mariposa. Mi padre salía continuamente a comprar alimentos nutritivos y reconstituyentes,

y cada vez que abría los ojos, mi madre me hacía comer algo. La señora Parvin se sentaba

a mi lado y se pasaba todo el día hablando, pero yo no la aguantaba. Hamid venía a verme

todas las tardes. Parecía deprimido y abochornado. Me resistía a mirarlo. Volvía a costarme hablar con la gente que me rodeaba. Era presa de una profunda tristeza.

—¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada? —me preguntaba mi madre —.

¿Por qué te esforzaste tanto? ¿Por qué no me pediste ayuda? ¿Por qué no te curaste el resfriado? Todo el mundo sabe que los primeros meses hay que ir con cuidado. Bueno, todo se arreglará. No

sufras por haber perdido un hijo. ¿Sabes cuántos abortos tuve yo?

Eso también es la voluntad de Dios. Dicen que si un niño muere antes de nacer es porque

tenía algún defecto; un niño sano no muere tan fácilmente. Debes estar agradecida. Si Dios quiere, los próximos nacerán sanos.

El día que volvía a casa, Hamid vino a recogerme con el coche de Mansureh. Antes de irme, mi padre me puso al cuello un colgante con el sura *Van Yakad*, pues no sabía de qué otra forma expresarme su amor. Aunque lo entendía, no estaba de humor para hablar

ni para darle las gracias, lo único que hacía era enjugarme las lágrimas. Hamid se quedó dos

días en nuestra casa, cuidando de mí. Sabía que hacía un gran sacrificio, pero aun así no

sentía gratitud hacia él.

Su madre y sus hermanas vinieron a verme.

—Yo tuve un aborto después de que naciera Monir —me contó su madre—. Pero

luego tuve tres hijos sanos. No sufras sin motivo; dispones de mucho tiempo, los

dos sois

muy jóvenes.

Lo cierto es que, aunque no sabía qué me causaba aquella profunda depresión, estaba

segura de que no era el aborto. Si bien había notado algunos cambios en mi cuerpo las semanas anteriores, y en el fondo no ignoraba lo ocurrido, no había querido mentalizarme

de que iba a ser madre. No acababa de comprender el alcance de tener un hijo. Todavía me

consideraba una colegiala cuya primera

obligación era estudiar. Sin embargo, mi pena

estaba impregnada de un doloroso sentimiento de culpa. Estaba indignada con quienes habían sacudido los fundamentos de mi fe. Me aterrorizaba la duda que había infectado mi

mente y pensaba que Dios me había castigado llevándose a mi hijo.

—¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada? —me preguntó Hamid.

—No estaba segura, y tampoco creí que te alegraras de la noticia.

—¿Es muy importante para ti tener un

hijo?

—No lo sé.

—Sé que tu problema no es sólo el niño; te perturba algo más, es evidente por las alucinaciones que tenías. Charzad, Mehdi y yo hemos hablado sobre ello. Aquel día fuiste

sometida a una gran presión. Estabas físicamente cansada y resfriada, y los comentarios que hicieron los chicos fueron la gota final.

—Y tú no me defendiste —dije con ojos humedecidos—. Se burlaron, se rieron de mí,

me trataron como si fuera idiota, y los defendiste a ellos.

—¡Te equivocas! Créeme, nadie quería herirte ni insultarte. A partir de ese día, no imaginas cómo discutió Charzad con todos, especialmente con Akbar. Ahora hemos

añadido a nuestro programa la necesidad de desarrollar un enfoque adecuado a la presentación y promoción de nuestros principios. Charzad dijo: «Habláis de una forma que

ofende a la gente y la hace desconfiar de vosotros; la asustáis.» Ese día mi amiga se quedó todo el rato conmigo junto a tu cama, diciéndome: «Hemos provocado

que esta chica haya

acabado así.» Todos están preocupados por ti. Akbar quiere venir a disculparse.

Al día siguiente, aparecieron Charzad y Mehdi con pasteles.

—Me alegro mucho de que te encuentres mejor —dijo Charzad sentándose junto a mi

cama—. Nos diste un buen susto.

—Lo siento, no era mi intención.

—No digas eso. Quienes tenemos que disculparnos somos nosotros. Fue culpa

nuestra. Discutimos con tanta dureza y vehemencia, y estamos tan enfrascados en nuestras

creencias, que se nos olvida que la gente no está acostumbrada a este tipo de confrontaciones y se impresiona. Akbar se pone como una fiera cuando discute, pero eso

no significa nada; después se disgustó muchísimo. Quería venir, pero le dije que no, porque quizá no te apetecería verlo.

—No, él no tiene la culpa. La culpa es mía por ser tan débil que unas pocas palabras

hacen tambalearse mi fe y mis creencias; y por no saber defenderme.

—Bueno, todavía eres muy joven. Yo a tu edad ni siquiera tenía seguridad para

discutir con mi padre. Con el tiempo adquirirás experiencia y madurarás, y tus creencias

tendrán cimientos más sólidos, basados en tu propia percepción, investigación y

conocimientos, y no en lo que otros memorizan y repiten como loros. Pero voy a decirte

algo: no has de dar demasiado crédito a toda esa cháchara intelectual. No te

tomes muy en

serio a esos chicos. En el fondo, conservan sus creencias y, en momentos difíciles, aún acuden a Dios, aunque sea inconscientemente, buscando su protección.

Hamid, de pie en el umbral y sosteniendo la bandeja del té, se echó a reír. Charzad se volvió y lo miró.

—¿No es cierto, Hamid? —inquirió—. Seamos sinceros. ¿Has conseguido superar por

completo tus creencias religiosas?
¿Eliminar a Dios de tus convicciones?
¿No pronunciar

su nombre en determinadas circunstancias?

—No, y creo que no es necesario. Ése fue el tema de la discusión el día antes de que

vinierais a comer, y por eso Akbar se puso como se puso. No entiendo por qué los chicos

insisten tanto en ello. En mi opinión, quienes tienen creencias religiosas son más pacíficos y optimistas, y raramente se sienten abandonados y solos.

—¿Estás diciendo que no te burlas de mí porque rece y no consideras que mi fe sea

una superstición? —pregunté.

—Por supuesto. A veces, cuando te veo rezar con tanta serenidad y seguridad emocional, te envidio.

—¡Acuérdate de rezar por nosotros! —exclamó Charzad sonriendo.

Entonces no pude reprimir el impulso de abrazarla y besarla.

A partir de ese momento, vi muy poco a los amigos de Hamid, y los limitados encuentros

siempre tenían lugar en un marco bien definido. Ellos me respetaban, pero no

me consideraban de los suyos e intentaban no hablar de Dios ni de religión delante de mí. Ni

ellos se sentían cómodos en mi presencia, ni a mí me interesaba verlos.

De vez en cuando, Charzad y Mehdi venían a visitarnos en calidad de amigos, pero no

me sentía cercana a ellos. Por Charzad experimentaba una mezcla de respeto, cordialidad

y envidia; era una mujer realizada, respetada hasta por los hombres. Instruida, inteligente y elocuente, no temía a nadie, y no sólo no necesitaba el

apoyo de ninguna persona, sino

que todo el grupo se apoyaba en ella. Lo más curioso era que, pese a su fuerte personalidad, se mostraba cariñosa y sensible. Cuando se enfrentaba a ciertas tragedias humanas, las lágrimas anegaban sus negros ojos.

Su relación con Mehdi me resultaba de lo más misteriosa. Hamid me había contado que se habían casado por el bien de la organización, pero se intuía algo más profundo y

humano entre ambos. Mehdi era un hombre tranquilo e inteligente que casi nunca

participaba en los debates ni exhibía sus conocimientos y habilidades. Como un maestro

que escucha a sus alumnos cuando repasan la lección, permanecía callado, limitándose a

observar y escuchar. No tardé en percatarme de que Charzad era su portavoz. En las discusiones, ella lo miraba siempre con discreción: una cabezada de Mehdi era una señal

de aprobación para que ella continuara con su argumentación, mientras que una ceja ligeramente arqueada la dejaba pensativa en pleno debate. Yo estaba segura de que era imposible desarrollar

semejante vínculo sin amor. Sabía que el ideal de esposa de Hamid

era alguien como Charzad, no como yo. Sin embargo, no sentía rencor hacia ella: la consideraba tan superior a mí que ni siquiera me creía autorizada a estar celosa. Sólo soñaba con parecerme a aquella mujer.

Hacia finales de primavera, durante los exámenes finales del décimo curso, la debilidad, la

fatiga y las náuseas me indicaron que estaba embarazada. Pese a esas dificultades añadidas, obtuve buenas notas, y esa vez, consciente y entusiasmada, me puse a esperar el

nacimiento de mi hijo; un hijo que pondría fin a mi soledad infinita.

La familia de Hamid se emocionó mucho con la noticia de mi embarazo,

considerándolo una señal de que él había cambiado por fin de costumbres y sentado la cabeza. Dejé que creyeran lo que quisieran; sabía que si me quejaba de las largas ausencias de mi marido, no sólo lo traicionaría a él y me arriesgaría a perderlo para siempre, sino que su familia me culparía y responsabilizaría. Su madre estaba convencida,

y aprovechaba cualquier pretexto para recordármelo, de que una buena esposa puede mantener a su esposo entregado al

hogar y la familia; para demostrármelo, me explicaba

que, de jóvenes, ella había salvado a su marido de caer en la trampa del partido comunista

Tudeh.

Aquel verano, Mahmud se casó con mi prima materna, Ehteram-Sadat. Yo no tenía ningún

interés en ayudar con los preparativos, y el embarazo fue la excusa perfecta. La verdad es

que ninguno de los dos me gustaba. Pero mi madre, lógicamente, estaba feliz y no

dejaba

de enumerar las virtudes de la novia en comparación con las de mi prima paterna Mabubeh. Con ayuda de mi tía, que no sabía si debía prescindir de su estricto *hiyab* para trabajar más cómodamente, mi madre se afanaba en realizar todas las tareas pendientes.

El día de su boda, Mahmud parecía estar en un funeral. Enfurruñado y con expresión

hosca, mantenía la cabeza gacha y no hablaba con nadie. Las celebraciones se repartirían

entre la casa de mi padre, donde se

reunirían los hombres, y la de la señora Parvin, a la que acudirían las mujeres. Contrariamente a lo decidido, Mahmud no se quedó ni un solo

día en el hogar paterno. Había alquilado una casa cerca del bazar, a la que llevaron a la novia la misma noche de la boda.

Ristras de luces de colores adornaban las fachadas y se extendían entre los árboles; las

puertas estaban flanqueadas por lámparas de pie. Cocinaron en el patio de la señora Parvin, más grande que el nuestro. No había música, ni siquiera cantaba nadie. Mahmud y

el padre de Ehteram-Sadat habían estipulado que no se llevara a cabo ninguna actividad aparte de las propiamente religiosas.

Sentada con otras mujeres que conversaban animadamente y comían fruta y pasteles

en el patio de la señora Parvin, me abanicaba preguntándome qué estarían haciendo los hombres. En la casa de al lado no se oían más que las plegarias si alguien instaba a alabar al Profeta y sus descendientes. Por lo visto, esperaban a que les sirvieran la cena para dar por finalizadas sus obligaciones y por concluido aquel tedioso trámite.

—¿Qué clase de boda es ésta? —
protestaba la señora Parvin—. ¡Parece
el funeral de

mi padre!

—¡Que Dios se apiade de nosotras! —
exclamaba mi tía, frunciendo el ceño
para

hacerla callar, convencida de que,
excepto ella, todos eran pecadores y
nadie practicaba adecuadamente la fe.
Pero por la señora Parvin sentía otro
tipo de antipatía. Esa noche no

paraba de refunfuñar—: ¿Qué hace aquí
esa fresca?

De no haber sido porque estábamos en casa de la señora Parvin, sin duda mi tía la

habría echado.

Ahmad no asistió a la boda. Madre no paraba de preguntarle a Alí, que permanecía de

pie junto a la puerta principal:

—¿Ha venido tu hermano? —Y, dándose con una mano en el dorso de la otra, decía

—: ¡Ya lo ves! Al fin y al cabo, es la boda de su hermano, y tu pobre padre no tiene quien

lo ayude. A Ahmad sólo le importan esos desagradables amigos suyos. Cree que el mundo

se acabará si deja de salir con ellos aunque sólo sea una noche.

—Tu madre tiene razón —terció nuestra vecina, animada por las palabras de madre a

airear también sus quejas—. Desde que te marchaste de casa, Ahmad ha ido de mal en peor. Frecuenta a gente muy rara. Espero que Dios lo lleve a buen puerto.

—Es tan estúpido que merece cualquier desgracia que le suceda —repuse.

—¡Masumeh! ¿Cómo puedes hablar así? Quizá no sería como es si los demás le prestarais un poco de atención.

—¿Un poco de atención? ¿En qué sentido?

—No lo sé. Pero todos lo habéis dejado de lado, y eso no está bien. Tu padre ni siquiera lo mira.

Esa noche, la hermana de mi padre llegó a la ceremonia, sola. Mi madre, que llevaba

todo el día diciendo «¿Has visto qué tía tan indiferente tienes? Ni siquiera se ha molestado en venir a la boda de su

sobrino mayor», cuando la vio entrar frunció los labios y comentó:

—Vaya, se ha dignado venir. —Y enseguida se afanó en algo para fingir que no la había visto llegar.

—¡Ay, casi me muero por el camino! — exclamó mi tía, sentándose a mi lado—. El coche se ha averiado y me he quedado dos horas tirada. Ojalá hubierais celebrado la boda

en Qum. Así habría podido asistir toda la familia, y no habría tenido que sufrir tanto con el viaje de ida y vuelta.

—Lo siento, querida tía, no queríamos causarte molestias.

—¿Qué molestias? ¿Cuántas veces en la vida se casa tu sobrino mayor? —

Entonces

miró a mi madre y dijo—: Ah, hola, cuñada. Como verás, al final he venido. ¿Y así me recibes?

—¿Crees que son horas? —refunfuñó mi madre—. Como si fueras una desconocida...

—Por cierto, querida tía —intervine, tratando de desviar el tema—, ¿cómo está

Mabubeh? La echo mucho de menos, ojalá hubiera venido.

Mi madre me fulminó con la mirada.

—Pues mira, querida, Mabubeh está fuera. Te pide disculpas. Se marchó ayer con su

marido, a Siria y Beirut. Que Dios lo bendiga, es un marido maravilloso. Adora a Mabubeh.

—Qué interesante. ¿Y por qué a Siria y Beirut?

—Pues no lo sé. ¿Adónde podían ir? Dicen que aquello es muy bonito. A Beirut la llaman «la novia de Oriente Medio».

—Querida —terció mi madre,

enfurrugada—, no todo el mundo puede ir a Occidente

como mi hermano.

—Pues la verdad es que sí habrían podido ir —repuso mi tía—. Sin embargo, a

Mabubeh le apetecía ir a algún sitio de peregrinaje. Tiene que hacer el *Hajj*, pero, como está embarazada, su marido le propuso visitar el santuario de la santa Zeynab y posponer

el peregrinaje a La Meca para el año que viene, si Dios quiere.

—Que yo sepa, uno ha de cumplir todas

sus obligaciones, organizar su vida y sólo después realizar el *Hajj* —siguió polemizando mi madre.

—No, mi querida Tayebah, eso son excusas que se inventa la gente que no puede emprender la peregrinación —aclaró mi tía—. De hecho, el suegro de Mabubeh, un

clérigo muy sabio que tiene a diez seminaristas a su cargo, dice que, si dispones de los medios económicos, estás obligado a ir.

Mi madre echaba chispas, como siempre que no encontraba una réplica adecuada.

—¡De eso, nada! —dijo, y entonces se

le ocurrió una—: El hermano de mi
cuñado, el

tío paterno de la novia, es mucho más
erudito y afirma que peregrinar a La
Meca exige numerosos requisitos y
condiciones. No es tan sencillo como
parece. Por lo visto, no sólo

la familia de uno, sino también sus siete
vecinos hacia la derecha y sus siete
vecinos hacia la izquierda deben tener
satisfechas todas sus necesidades antes
de estar obligado a realizar el *Hajj*. Y
en tu caso... bueno, con un hijo sin
trabajo...

—¿Cómo que sin trabajo? Hay un millar
de personas en deuda con él. Su padre

quería

abrirle una tienda, pero mi hijo la rechazó. «No me gusta el bazar y no quiero ser tendero.

Quiero estudiar y ser médico», dijo. El marido de Mabubeh, que es un hombre instruido,

asegura que mi hijo tiene un gran talento y nos ha hecho prometer que lo dejaremos en paz

hasta que apruebe los exámenes de ingreso en la universidad.

Mi madre fue a replicar, pero intervine una vez más tratando de cambiar de

tema.

Temía que, si seguían discutiendo, la boda acabara convertida en un campo de batalla.

—Por cierto, tía, ¿de cuánto está ya Mabubeh? ¿Tiene muchos antojos?

—Sólo los dos primeros meses. Ahora se encuentra muy bien, sin problemas. El médico hasta le dio permiso para viajar.

—Mi médico dice que no debo caminar demasiado ni agacharme.

—Pues hazle caso, hija mía. Hay que tener cuidado los primeros meses, y

sobre todo

tú, que eres débil. Que Dios me quite la vida y te salve a ti; seguro que no te cuidan como deberían. Al principio, yo no dejaba que Mabubeh se moviera. Todos los días preparaba los platos que más le apetecían y se los enviaba a su casa. Es el deber de toda madre.

Dime, ¿a ti te llevan sopa de verduras con cereales? —Mi tía no estaba dispuesta a firmar

el alto el fuego.

—Sí, tía —contesté con premura—. No paran de traerme comida, pero no tengo apetito.

—Querida mía, seguro que porque no te cocinan bien. Voy a prepararte un plato tan

delicioso para tus antojos que te chuparás los dedos.

Mi madre, que estaba tan enfadada que se había puesto del color de la remolacha, iba

a intervenir cuando la señora Parvin le recordó que ya era hora de servir la cena a los hombres. Al verla marcharse, suspiré aliviada. Mi tía se calmó, como un volcán cuya erupción se sofoca de repente, y empezó a mirar alrededor, saludando a algunos invitados

con inclinaciones de cabeza.

—Que Dios te bendiga, querida —dijo luego, volviendo a dedicarme su atención—.

Estás preciosa. No cabe duda de que tendrás un hijo varón. Pero, cuéntame, ¿estás contenta con tu marido? Como la boda fue tan precipitada, no tuvimos ocasión de ver al

príncipe... Fue como si la sopa estuviera caliente y no quisieran que se enfriara. Dime, ¿es

una sopa sabrosa?

—Qué quieres que diga, tía. No está

mal. Sus padres iban a peregrinar a La Meca y el

tiempo se nos echaba encima. Querían dejarlo todo arreglado y cumplir el *Hajj* con tranquilidad. De ahí la prisa.

—Es que sin investigar y sin preguntar nada... Tengo entendido que ni siquiera habías

visto al novio antes de la ceremonia. ¿Es verdad?

—Sí, pero me habían enseñado una fotografía.

—¿Cómo dices? Querida, una no se casa con una fotografía. ¿Quieres decir que

sentiste algo por él y te diste cuenta de que era el hombre de tu vida con sólo mirar una

foto suya? Ni siquiera en Qum casan así a las chicas. El suegro de Mabubeh es mulá, pero

no uno de esos falsos, sino un clérigo muy respetado, la persona más piadosa de Qum.

Cuando vino a pedir la mano de Mabubeh para su hijo, afirmó que un chico y una chica

deben hablar y asegurarse de que se quieren antes de responder. Mabubeh habló con Mohsen Jan a solas al menos

cinco veces. Nos invitaron a cenar otras tantas, y nosotros

también a ellos. Y aunque toda la ciudad los conoce y no había necesidad de más averiguaciones, hicimos algunas. No le entregas tu hija a un desconocido como si fuera una mercancía cualquiera.

—No sé qué decirte, tía. La verdad es que yo no estaba muy por la labor, pero mis hermanos tenían prisa.

—¿Cómo se atreven? ¿Acaso invadías su espacio con tu presencia? Tu madre siempre

ha malcriado a esos chicos, desde pequeños. Lo único que hace Mahmud

es fingir devoción y, respecto a Ahmad, Dios sabe a qué se dedica.

—Pero ahora estoy contenta, tía. Éste era mi destino. Hamid es un buen hombre y su

familia me cuida.

—¿Y cómo le va económicamente?

—Bien. No me falta de nada.

—¿Y a qué se dedica?

—Tienen una imprenta. Su padre es dueño de la mitad del negocio; Hamid trabaja allí.

—¿Te ama? ¿Lo pasáis bien juntos?
¿Sabes a qué me refiero?

Sus palabras me dieron que pensar.
Nunca me había preguntado si yo amaba
a Hamid

ni él a mí. Mi marido no me era
indiferente, por supuesto. En general,
era un hombre agradable y simpático
que hasta le caía bien a mi padre, pese a
que lo había tratado muy

poco. Pero entre nosotros no existía la
clase de amor que había sentido por
Said. Nuestra

relación conyugal no era una expresión
amorosa, sino basada en el sentido del

deber y la

necesidad física.

—¿Qué pasa, querida? De pronto te has quedado muy pensativa. ¿Lo amas o no?

—Es buena persona, tía. Me anima a estudiar y hacer cuanto me apetezca. Puedo ir al

cine, a fiestas, de excursión; el pobre nunca protesta.

—Si te pasas el día de paseo por ahí, ¿cuándo te ocupas de la casa y de cocinar?

—Tengo tiempo de sobra, tía. Además, a

él no le importan las comidas. Si le diera pan

con queso todos los días, no se quejaría. Es un hombre inofensivo.

—¡Qué cosa tan extraña, un hombre inofensivo! ¡Menudas cosas dices! ¡Me preocupas!

—¿Por qué, tía?

—Mira, sobrina, Dios todavía no ha creado a ningún hombre inofensivo. O no andan

en nada bueno y sólo quieren mantenerte entretenida para que no te metas en su

vida, o están tan enamorados que no pueden negarte nada, lo cual es muy improbable, y aunque

fuera cierto duraría poco. Aguarda y entérate de qué pie cojea.

—No lo sé, tía.

—Conozco a los hombres, querida. El marido de nuestra Mabubeh no sólo es un

hombre devoto, sino instruido y moderno. Adora a mi hija, no le quita los ojos de encima.

Desde que sabe que está embarazada, la mima como si fuera una niña pequeña,

pero también la vigila como un halcón para saber adónde va, qué hace y cuándo vuelve a casa.

Entre tú y yo, a veces se pone un poco celoso. Al fin y al cabo, así es el amor. Celos ha de haber. Tu marido también debe de estar un poco celoso a veces, ¿no?

¿Celoso, Hamid? ¿De mí? Sin duda, él no sabía lo que eran los celos. Si le hubiera dicho que quería abandonarlo, seguramente le habría dado una alegría. Aunque tenía total

libertad para vivir su vida e ir y venir a su antojo, y yo jamás me quejaba de mi soledad,

Hamid consideraba el matrimonio una molestia y una merma de libertad, y protestaba por

las restricciones de la vida familiar. Quizá yo había ocupado una parte de su mente que, de otro modo, él habría dedicado a sus objetivos. No, Hamid nunca sentía celos.

Mientras esos pensamientos destellaban en mi mente como relámpagos, vi a mi hermana pequeña y la llamé.

—Fati, querida, ven a recoger estos platos. ¿Está madre sirviendo la cena? Dile que

ahora mismo voy a aliñar la ensalada.
—Y con esa excusa, dejé a mi tía y me aparté del despiadado espejo que había colocado ante mi vida, sintiendo una extraña melancolía.

A principios de otoño ya me encontraba mejor y mi vientre crecía lentamente. Me matriculé en la escuela nocturna para cursar el undécimo curso. A última hora de la tarde

iba a diario andando a la escuela, y por las mañanas abría las cortinas, me sentaba al sol

que entraba por la ventana, estiraba las piernas y estudiaba mientras comía los panecillos

de frutas que me regalaba mi tía. Sabía que pronto no dispondría de mucho tiempo para estudiar.

Un día, Hamid llegó a casa a las diez de la mañana. ¡Qué sorpresa! Llevaba dos días y

dos noches sin aparecer. Pensé que tal vez estuviera enfermo, o quizá preocupado por mí.

—¿Por qué has vuelto tan pronto?

—Si lo prefieres, me voy —contestó sonriendo.

—No, no. Es que me extraña. ¿Te encuentras bien?

—Sí, claro. Me han llamado de la compañía telefónica para decirme que van a venir a

instalar el teléfono. No sabía cómo avisarte, y por si no tenías dinero en casa, he decidido venir.

—¿Un teléfono? ¿En serio? ¿Van a instalarnos uno? ¡Qué maravilla!

—¿No lo sabías? Lo pagué hace ya mucho.

—¿Cómo iba a saberlo, si no me cuentas nada? Pero me alegro; ahora podré

llamar a

quien me apetezca y no me sentiré tan sola.

—¡No, señora Masumeh! De eso nada. El teléfono sólo es para casos de necesidad y

no para que las mujeres se pasen el día cotilleando. Necesito un teléfono para ciertas comunicaciones importantes, así que la línea tiene que estar libre. No es para llamar, sino para recibir llamadas. Y recuerda que no debes darle el número a nadie.

—¿Qué quieres decir? ¿No puedo darles nuestro número a mis padres? Vaya, y yo

que

pensaba que el caballero había comprado un teléfono porque estaba preocupado por mí, porque pasa días enteros fuera de casa y quiere saber, al menos, cómo me encuentro, o tener la tranquilidad de que pueda telefonar a alguien si me pongo de parto.

—No te enfades. Claro que puedes usarlo cuando sea necesario, pero lo que no quiero

es que te pases el día hablando y tengas la línea ocupada.

—No sufras. ¿A quién iba a llamar? No tengo amigas y mis padres van a casa de

la

señora Parvin cuando quieren llamar, ellos no tienen teléfono. Sólo quedan tu madre y tus

hermanas.

—¡Ah, no! Ni se te ocurra darles el número, que lo usarán para vigilarme.

Cuando nos instalaron el teléfono, recuperé la conexión con el mundo exterior, que estaba muy limitada debido a mi avanzado embarazo y los rigores del invierno.

Telefoneaba a diario a la señora Parvin, que invitaba a menudo a mi madre a su

casa para

que pudiera hablar conmigo. Y si mi madre estaba ocupada, iba Fati. Al final, la madre de

Hamid se enteró de que teníamos teléfono y, resentida y cascarrabias, me exigió el número. Pensó que yo no había querido dárselo, pero yo no podía decirle que su hijo me lo

había prohibido. A partir de ese momento, llamaba como mínimo dos veces al día. Poco a

poco me aprendí el horario de sus llamadas, y cuando estaba segura de que era ella, no contestaba. Me resultaba

violento seguir mintiéndole y decirle que Hamid dormía, había salido a comprar o estaba en el baño.

Una noche de invierno, estando ya acostada, noté los primeros dolores de parto y fui presa

del miedo y la ansiedad. ¿Cómo podía avisar a Hamid? Aunque estaba hecha un lío, debía

serenarme y recordar las instrucciones que me había dado el médico: organizarme, anotar

el intervalo entre contracciones y localizar a Hamid. El único número que tenía era el del

trabajo, que marqué pese a saber que a aquellas horas no habría nadie. No hubo respuesta.

No tenía los teléfonos de sus amigos, pues Hamid era muy cuidadoso al respecto y nunca

anotaba los números ni las direcciones, sino que intentaba memorizarlos, lo que me parecía muy extraño. Sin embargo, él decía que era más seguro.

Sólo podía telefonar a la señora Parvin, y aunque al principio me incomodaba la idea

de despertarlos a aquellas horas, el dolor de las contracciones alejó mis

dudas. Marqué su

número. El tono de llamada resonó en el auricular, pero nadie contestó. Sabía que ella tenía un sueño profundo y que su marido no oía nada. Colgué.

Eran las dos de la madrugada. Me senté a mirar la segunda del reloj. Las

contracciones llegaban a intervalos regulares, pero no como las había imaginado. Cada vez estaba más asustada; me planteé llamar a la madre de Hamid, pero ¿qué podía decirle?

¿Cómo iba a explicarle que su hijo no estaba en casa? Esa misma noche le había dicho que

ya había vuelto del trabajo y estaba abajo visitando a su abuela. Más tarde, cuando Hamid

había llamado, le había dicho que telefonara a su madre y le contara que había ido a ver a Bibi. Si la llamaba ahora y le decía que su hijo no había vuelto a casa, me regañaría y se

preocuparía por él. Recorrería todos los hospitales y todas las calles de la ciudad hasta dar con él. La preocupación por su hijo rayaba en la obsesión y carecía de toda razón y lógica.

Me asaltaban pensamientos absurdos. Con las manos cogidas bajo el vientre, paseaba

por la habitación, tan asustada que creí que iba a perder el sentido. Cada vez que notaba

una contracción me quedaba paralizada, tratando de no hacer ruido, hasta que de repente

caí en la cuenta de que, aunque chillara, nadie me oiría. Bibi estaba casi sorda y tenía un sueño muy profundo; además, aunque consiguiera despertarla, ella no podría ayudarme.

Recordé que mi tía me había contado que cuando Mabubeh empezó con las contracciones,

su marido se puso tan nervioso que

comenzó a correr en círculos sin dejar de decirle lo mucho que la amaba y adoraba. Sentí odio y repugnancia: la vida de nuestro hijo y la mía

carecían de valor para Hamid.

Miré el reloj: las tres y media. Volví a telefonar a la señora Parvin; el teléfono sonó

largo rato, en vano. Me planteé vestirme y salir a la calle; tarde o temprano pasaría algún coche y me llevaría al hospital. Diez días atrás había preparado una maleta con mis cosas

y las del bebé. La abrí y vacié en busca de la lista que me habían hecho

Mansureh y el médico. Luego volví a doblarlo y guardarlo todo. Tuve unas cuantas contracciones más, pero los intervalos parecieron tornarse irregulares, así que me tumbé en la cama pensando

que debía de haberme equivocado.

Volví a mirar la hora: las cuatro y veinte. La siguiente punzada de dolor fue a las seis

y media de la mañana. Por lo visto, las contracciones habían cesado en ese intervalo y me

había quedado dormida. Preocupada, me levanté y marqué de nuevo el número de

la señora Parvin. Esa vez estaba dispuesta a insistir hasta que por fin alguien contestara. El teléfono sonó unas veinte veces, hasta que al otro lado se oyó una voz adormilada.

—¡Ayúdeme, señora Parvin! ¡Me he puesto de parto! —grité, rompiendo a llorar.

—¡Dios mío! ¡Corre, ve al hospital! Ahora vamos nosotras.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo llevo todo esto?

—¿No está Hamid contigo?

—No. Anoche no volvió a casa. Me he pasado la noche llamándola. Es un

milagro que el bebé no haya nacido ya.

—¡Vístete! Voy a buscar a tu madre.
Llegaremos enseguida.

Llegaron media hora después y me
llevaron al hospital en un taxi. Pese a
que el dolor

era creciente, estaba más tranquila. En
el hospital, el médico aseguró que
todavía era pronto.

—Cuando una parturienta reza durante
una contracción —me dijo mi madre,
cogiéndome una mano—, su deseo se
cumple. Pídele a Dios que perdone tus
pecados.

¿Mis pecados? ¿Qué pecados? Mi único pecado había sido amar a un hombre, pero

era el recuerdo más dulce de mi vida y no quería que nadie lo borrara.

Pasado el mediodía, el bebé seguía sin nacer. Me pusieron inyecciones, pero no

sirvieron de nada. Cada vez que la señora Parvin entraba en la habitación, me miraba asustada y, por decir algo, preguntaba:

—Pero ¿dónde está Hamid Aga?
Déjame llamar a su madre. Quizá ella lo sepa.

—No, no la llames... —gemía yo—. Cuando Hamid llegue a casa, llamará al hospital.

—¿Qué significa esto? —exclamaba mi madre, enfadada—. ¿No debería venir tu suegra? ¿Por qué se muestran tan indiferentes? —Y sus gruñidos constantes me ponían aún más nerviosa.

A las cuatro de la tarde, la preocupación tensaba las facciones de mi madre.

—Pero ¿dónde está el médico? —oí decir a mi padre al otro lado de la puerta—. ¿Qué

es eso de enterarse del estado de su

paciente por teléfono? ¡Debería estar junto a su cama!

—¿Y las comadronas? —chilló mi madre—. Mi hija lleva todo el día sufriendo.

¡Hagan algo!

De vez en cuando me desmayaba de dolor. Ya ni siquiera tenía fuerzas para gemir.

—No llore. El parto siempre es doloroso —le dijo nuestra vecina mientras me

enjugaba el sudor de la cara.

—No, usted no lo entiende —repuso mi madre—. He estado en los alumbramientos de muchas mujeres de mi familia. A mi otra hermana, que Dios acoja su alma, le pasó lo mismo y murió de parto. Cuando veo a Masumeh ahí tendida, sufriendo, me parece estar viendo a Marzieh.

Curiosamente, pese al dolor, todavía era consciente de cuanto ocurría alrededor. Mi madre no paraba de decir cuánto me parecía a Marzieh, mientras yo me sentía cada vez más débil y desesperanzada. Seguramente estaba en las últimas.

Hamid llegó pasadas las cinco de la tarde. Nada más verlo, de repente me

sentí segura

y fuerte. Es curioso: en momentos difíciles, el mejor apoyo para una mujer es su marido,

por poco amable que se muestre. No vi llegar a su madre y sus hermanas, pero oí el alboroto.

—Pero ¿dónde está el médico? — preguntó de malos modos su madre a la enfermera

—. ¡Estamos perdiendo al bebé! —Yo sabía que quien le preocupaba era su nieto, no yo.

—¡Ay, qué histéricas! —exclamó la

enfermera, que estaba examinándome—.
Señora,

el médico vendrá cuando sea el
momento.

Eran las once de la noche y ya no me quedaban fuerzas. Me trasladaron a otra habitación. Por las conversaciones que oía, me enteré de que el niño tenía algún problema

respiratorio. Muy nervioso, el médico estaba poniéndose unos guantes y le gritaba a la enfermera, que no me encontraba la vena. Y de pronto, todo se volvió negro.

Desperté en una habitación limpia y

luminosa. Mi madre dormitaba sentada
junto a mi

cama. Ya no tenía dolores, pero estaba
cansadísima y muy débil.

—¿Ha muerto el bebé? —pregunté.

—¡Qué cosas dices! Tienes un varón
guapísimo. No te puedes imaginar
cuánto me he

alegrado al ver que era niño, y lo
orgullosa que me he sentido delante de
tu suegra.

—¿Está sano?

—Sí.

La siguiente vez que abrí los ojos,
Hamid estaba en la habitación.

—¡Felicidades! Ha sido difícil, ¿eh? —
exclamó riendo.

—Lo más difícil ha sido estar sola —
repuse sollozando.

Él me pasó un brazo por la cabeza, me
acarició el pelo y todo mi rencor se
esfumó.

—¿Está sano el bebé? —pregunté.

—Sí, pero es muy pequeño.

—¿Cuánto pesa?

—Dos kilos setecientos.

—¿Le has contado los dedos de manos y pies? ¿Los tiene todos?

—Pues claro —contestó él sonriendo.

—Entonces, ¿por qué no me lo traen?

—Porque está en la incubadora. El parto ha sido largo y agotador. Se quedará en la incubadora hasta que su respiración se normalice. Pero ya te advierto que es muy travieso.

No deja de mover brazos y piernas, y llora sin parar.

Al día siguiente, cuando me trajeron a

mi hijo, me sentí mucho mejor. El pobrecito tenía

toda la carita arañada debido a los fórceps, según me explicaron. Di gracias a Dios de que

todo hubiera salido bien, pero el niño no paraba de llorar y no quería mamar. Estaba extenuada.

Esa tarde mi habitación se llenó de gente que no se ponía de acuerdo sobre a quién se

parecía el bebé. Mi suegra decía que era clavado a Hamid, pero mi madre insistía en que

se parecía a sus tíos.

—¿Cómo vais a llamarlo? —le preguntó a mi marido.

—Siamak, por supuesto —contestó Hamid sin vacilar y mirando a su padre, que rió y

asintió en señal de aprobación.

Me quedé atónita. Nunca habíamos hablado del nombre de nuestro hijo. Siamak era un nombre que ni me había planteado ni aparecía en la larga lista que había estado barajando.

—¿Cómo? ¿Siamak? ¿Por qué Siamak? ¿Qué nombre es ése? A los niños hay

que

ponerles nombres de profetas para que tengan suerte en la vida —objetó mi madre.

Mi padre le hizo señas para que se callara y no se entrometiera.

—Siamak está muy bien —repuso Hamid con decisión—. A los niños hay que

ponerles nombres de grandes hombres.

Mi madre me miró sin comprender, y yo me encogí de hombros para darle a entender

que no sabía a qué se refería mi marido. Más tarde me enteré de que muchos de sus amigos tenían nombres similares; según ellos, eran nombres de comunistas famosos.

Cuando salí del hospital, me instalé en casa de mi madre, donde pasé diez días, hasta que

me recuperé y aprendí a cuidar a mi hijo.

Después volví a mi casa. El bebé estaba sano, pero no paraba de llorar, así que pasaba

toda la noche paseándome por el apartamento, hasta el amanecer, con él

en brazos. Por la

mañana, el niño dormía unas horas, pero yo tenía un sinfín de cosas que hacer y no disponía de tiempo para descansar. La señora Parvin, que venía a verme a diario, me ayudó mucho. Como no podía salir de casa, ella me hacía las compras.

Hamid carecía del más mínimo sentido de la responsabilidad. El único cambio que se

operó en su vida fue que las noches que venía a casa cogía una almohada y una manta y

dormía en la sala de estar. Y luego se quejaba de que no había descansado

bien y de que en

casa no había tranquilidad. Llevé al bebé al médico varias veces, y éste me explicó que los niños que nacían con fórceps solían ser nerviosos y llorones, pero eso no significaba que

tuvieran problemas de salud, pues estaba perfectamente sano. Otro médico especuló con la

posibilidad de que yo no tuviera suficiente leche y me recomendó que le diera un

suplemento de leche artificial.

El cansancio, la debilidad, la falta de

sueño, el llanto continuo del bebé y,
sobre todo,

la soledad me llevaron a deprimirme
cada vez más. No podía desahogarme
con nadie. Me

reprochaba que Hamid no quisiera estar
en casa. Perdí la seguridad en mí misma,
rehuía a

todos, y mis viejas decepciones y
derrotas se me antojaban más penosas
que nunca. Creía

que el mundo había acabado para mí y
que jamás me liberaría de la pesada
carga de aquella responsabilidad. A
menudo, las lágrimas me resbalaban por

las mejillas mientras

oía llorar al niño.

Hamid, muy atareado con su rutina cotidiana, no nos hacía caso. Yo llevaba cuatro meses sin salir del apartamento, excepto para llevar al bebé al médico. Mi madre refunfuñaba: «Todas las mujeres tienen hijos, pero ninguna se queda encerrada en casa como tú.»

Sin embargo, a medida que mejoraba el tiempo y el pequeño crecía, empecé a sentirme mejor. Me harté de estar cansada y deprimida. Y por fin, una hermosa mañana de

mayo, recuperé mi capacidad de tomar decisiones. Me dije que tenía responsabilidades como madre, que debía ser fuerte y valerme por mí misma, y que mi hijo merecía crecer en un entorno feliz y saludable.

Al recuperar la alegría de vivir, todo cambió. Fue como si mi hijo también notara la

transformación operada en mí, pues lloraba menos, a veces incluso reía y estiraba los bracitos al verme. Su reacción me hizo olvidar las penas. Aunque aún no me dejaba dormir por las noches, me acostumbré. A veces me sentaba a su lado y pasaba horas

mirándolo; cada uno de sus leves movimientos tenía un significado especial para mí. Era

como si mi hijo fuera un mundo que yo acababa de descubrir. Me fortalecía día a día, y mi

amor por él no hacía sino crecer. El amor materno impregnaba poco a poco cada célula de

mi ser. Me decía: «Hoy lo quiero más que ayer; es imposible que exista un amor como éste.» Pero al día siguiente lo quería aún más. Ya no sentía necesidad de hablar sola, porque le hablaba y le cantaba al niño. Con sus grandes e inteligentes ojos, él me hacía

saber qué canciones le gustaban más, y cuando cantaba una muy rítmica, daba palmadas

como si siguiera el compás. Todas las tardes lo llevaba a pasear en su cochecito bajo los

viejos árboles que flanqueaban las calles y los callejones del barrio. Le encantaban nuestras salidas.

Fati aprovechaba cualquier excusa para venir a verme y coger a Siamak en brazos.

Cuando terminó el curso escolar, a veces se quedaba a dormir en casa; su presencia era un

gran consuelo para mí. Retomamos las comidas de los viernes en casa de mis suegros.

Siamak no era un niño dócil y no le gustaba ir de unos brazos a otros, pero la familia de

Hamid lo quería mucho y no aceptaba pretextos para cancelar esas comidas.

Pero quien tenía una relación preciosa con Siamak era mi padre. En los dos años anteriores, sólo había venido a nuestra casa en tres ocasiones; ahora acudía una o dos veces por semana, después de cerrar la tienda. Al principio inventaba excusas para justificar sus visitas, como traerme leche o papillas

infantiles, pero al poco tiempo ya no las consideró necesarias, y simplemente aparecía, jugaba un rato con su nieto y luego se

marchaba.

Sí, Siamak había dado un nuevo giro a mi vida. Ya no notaba tanto las ausencias de Hamid, pues pasaba el día ocupada dándole de comer, bañándolo y cantándole. Y el bebé,

muy sabiamente, no toleraba que dejara de prestarle atención plena ni un solo momento.

El pequeño granuja exigía todo mi amor y mi atención. Me olvidé de la escuela,

las clases

y los exámenes. El padre de Hamid le había regalado a Siamak un televisor y gracias a aquel fascinante aparato nos entreteníamos.

Hacia finales de verano, fuimos de viaje con los padres de Hamid. ¡Qué milagro! Y qué

semana tan agradable. Hamid se quedaba completamente desarmado en presencia de su madre. Aunque inventó un montón de excusas para no ir con ellos, ninguna funcionó. Era

la primera vez que yo visitaba la costa del mar Caspio, y estaba emocionada

como una niña: contemplar tanta belleza y exuberancia y, por fin, oír el rugido de las olas, me dejó pasmada. Podía pasarme horas sentada en la orilla, deleitándome ante tanta maravilla. A

Siamak también parecía gustarle estar allí y rodeado de su familia. Se echaba en brazos de

Hamid y sólo me buscaba cuando estaba cansado o hambriento. Agarraba con fuerza a su

padre de la mano, lo que provocaba el éxtasis de sus abuelos al verlos así juntos.

—¿Lo ves? —me susurró un día mi

suegra, feliz—. Hamid ya no podrá abandonar a

su hijo para dedicarse a esas cosas tuyas. Ponle el segundo en los brazos cuanto antes.

¡Demos gracias a Dios!

Hamid compró un sombrero de paja para proteger del sol la delicada piel de Siamak,

pero yo me bronceé mucho. Un día sorprendí a Hamid y su madre hablándose al oído, y a

él volviéndose para mirarme. Intenté serenarme, pues, si bien era cierto que

hacía mucho

que no usaba pañuelos de cabeza ni chadores, siempre tenía cuidado con mi atuendo. Ese

día llevaba un vestido de manga corta relativamente fino y un poco escotado. Aunque era

muy convencional comparado con los trajes de baño que lucían otras mujeres, era excesivo para mí. «Es lógico que me critiquen, porque me he vuelto muy descarada», pensé, y cuando mi marido regresó a mi lado, le pregunté angustiada:

—¿Qué te decía tu madre?

—Nada.

—¿Cómo que nada? Hablabais de mí. Dime, ¿qué he hecho para disgustarla?

—¡No digas tonterías! ¡Desde luego, te han inculcado muy bien esos cuentos chinos

de novias y suegras! Mi madre no está en absoluto disgustada. ¿Por qué eres tan susceptible?

—Entonces ¿qué te ha dicho?

—Nada, sólo que estás más guapa ahora que te has bronceado.

—¿En serio? ¿Y qué le has dicho tú?

—¿Yo? ¿Qué querías que le dijera?

—Dime qué piensas.

Me miró de arriba abajo, examinándome, y repuso con desenfado:

—Mi madre tiene razón. Eres muy guapa, y estás volviéndote aún más guapa.

Una intensa alegría brotó en mi corazón y no pude evitar sonreír. Su cumplido me alegró mucho: era la primera vez que me piropeaba abiertamente.

—¡No es verdad! —protesté con cierta coquetería—. Sólo es el sol.

Normalmente

estoy muy pálida. ¿No te acuerdas de que el año pasado siempre me decías que parecía enferma?

—No, una enferma no: una niña. Ahora eres mayor, has engordado un poco, y el sol le

ha dado un tono más bonito a tu piel. Te brillan más los ojos. En suma, estás convirtiéndote en una mujer madura y hermosa.

Aquella fue una de las mejores semanas de mi vida. El recuerdo de esos días cálidos y

soleados me ayudó a soportar las noches frías y oscuras que iban a venir.

Siamak era un niño guapo, inteligente, juguetón e inquieto; al menos, así lo veía yo.

Hamid reía y decía: «Hay un proverbio extranjero que reza: Sólo hay un niño guapo en el

mundo y todas las madres lo tienen.»

Mi hijo empezó a hablar y andar muy pronto, y aun con palabras chapurreadas lograba

expresarse. Desde el mismo día que dio sus primeros pasos, ya nunca se estuvo quieto.

Cuando quería algo, intentaba

convencerte para que se lo dieras, y si no lo conseguía, lloraba y gritaba hasta salirse con la suya. Contrariamente a las predicciones de mi suegra, el amor y las necesidades del niño no ataron a Hamid a su hogar ni a su familia.

Al cabo de un año me planteé volver a estudiar, pero mi hijo me dejaba muy poco tiempo libre. Cuando conseguí presentarme a los exámenes finales del penúltimo curso, Siamak contaba ya dos años. Sólo me faltaba un curso para obtener el diploma de educación secundaria y ver cumplido mi sueño, pero, unos meses más tarde, descubrí que

volvía a estar embarazada. Sabía que Hamid no se alegraría de la noticia, pero tampoco imaginaba el disgusto y la rabia que manifestó. Se enfadó y quiso saber por qué no había

tenido más cuidado con las píldoras anticonceptivas. Traté de explicarle que no me sentaban bien, pero aún se enfureció más.

—¡Lo tuyo es un problema de mentalidad! —me gritó—. Si todas las mujeres toman

la píldora, ¿cómo es que sólo te sienta mal a ti? ¿Por qué no admites que te gusta ser una

fábrica de bebés? Al final, todas
escogéis eso como misión en la vida.
¿Crees que teniendo

un hijo cada año conseguirás que
abandone mi lucha?

—Lo dices como si me hubieras
ayudado a criar a nuestro hijo, o como si
le hubieras

dedicado algo de tu tiempo y ahora
temieras tener que dedicarnos todavía
más. ¿Cuándo te

has preocupado por tu esposa y tu hijo?
¿Qué te hace pensar que tus inquietudes
serán ahora mayores con un segundo
hijo?

—Tu mera existencia ya es un estorbo para mí. Me asfixias. No tengo paciencia para

soportar los quejidos y llantos de un segundo hijo. Tienes que arreglarlo antes de que sea

demasiado tarde.

—¿Arreglar qué?

—Debes abortar. Conozco a un médico.

—¿Matar a mi hijo? ¿A un niño como Siamak?

—¡Basta! —gritó—. Estoy harto de tonterías. ¿Qué niño? De momento sólo

es un

feto, unas pocas células. Dices «mi hijo» como si el niño estuviera gateando delante de ti.

—Pues claro, porque existe. Es un ser humano, con un alma humana.

—¿Quién te ha enseñado esas tonterías?
¿Las viejas anticuadas de Qum?

—¡No pienso matar a mi hijo! —
respondí furiosa—. Y también es tuyo.
¿Cómo

puedes decir eso?

—Tienes razón, es culpa mía. Me

equivocué desde el principio: jamás debí tocarte.

Aunque sólo me acerque a ti una vez al año, te las ingenias para quedarte embarazada. Te

prometo que no volveré a cometer tal error. Y puedes hacer lo que quieras, pero ten esto

presente: no cuentes conmigo ni esperes nada de mí.

—Como si alguna vez hubiera esperado algo. ¿Qué has hecho por mí? ¿Qué

responsabilidad has asumido para que ahora espere algo más de ti?

—Como quieras, pero haz como si yo no existiera.

Como esta vez ya sabía lo que se avecinaba, lo preparé todo con tiempo.
La señora Parvin

tendió un cable de teléfono hasta casa de mi madre para que pudiera comunicarme con ella

más fácilmente y no me asustara como en el primer parto. Por suerte, el bebé nacería a finales de verano, en las vacaciones escolares, así que acordamos que Fati viniera a vivir

conmigo las últimas semanas para ocuparse de Siamak si yo tenía que

precipitarme al hospital. Dispuse cuanto iba a necesitar para el bebé. Conservaba bastante ropa de Siamak

y no tendría que comprar mucha nueva.

—¿No está Hamid Aga en casa? —me preguntaba mi madre cada dos por tres.

—Mira, madre, Hamid no tiene un horario fijo. Algunas noches ha de quedarse en la

imprensa, y a veces hacer viajes de negocios imprevistos.

A diferencia de mi primer embarazo, esta vez todo fue bien y dentro de los plazos.

Como sabía que dependía de mí, lo planeé y organicé todo meticulosamente. No estaba nerviosa ni preocupada. Como había previsto, Hamid no se encontraba en casa cuando empezaron las contracciones y no se enteró de que había parido hasta dos días después.

—Esto es absurdo —se indignó mi madre—. En nuestra época, nuestros maridos no

estaban al lado durante el parto, pero sí venían a vernos después y nos daban muestras de

cariño. Pero este marido tuyo se pasa de la raya. Se comporta como si no hubiera ocurrido

nada.

—Olvídalo, madre. ¿Por qué le das tanta importancia? Es mejor que no esté por aquí.

Tiene un sinfín de preocupaciones y responsabilidades.

Yo me sentía más fuerte y tenía más experiencia que la primera vez. El parto se alargó

mucho y tuve que soportar horas de dolores tremendos, pero al final todo salió bien y estuve consciente en el momento del alumbramiento. Cuando oí llorar al bebé, tuve una

sensación muy extraña.

—¡Enhorabuena! —dijo el médico—.
Es un niño muy rollizo.

No tuvo que pasar un tiempo para que sintiera el instinto maternal, sino que fue inmediato; lo noté en cada célula de mi cuerpo. A diferencia de la vez anterior, nada de lo que hacía el bebé me parecía extraño. No me ponía nerviosa si lloraba, no me entraba pánico cuando tosía o estornudaba y no me importaba que no durmiera por la noche.

Además, era más tranquilo que Siamak. El carácter de mis dos hijos era un reflejo exacto

de mi estado emocional en el parto.

Cuando salí del hospital fui directamente a mi casa; era lo más cómodo para los niños,

y los cuidaba a ambos al tiempo que me ocupaba de las tareas domésticas. Sabía que no

podía contar con Hamid. Mi marido había encontrado por fin la excusa perfecta. Al declararme culpable, se había liberado y había renunciado a su última responsabilidad hacia mí. Hasta se comportaba como si estuviera en deuda con él. Casi nunca venía a dormir a casa, y, si lo hacía, dormía en otra habitación y no nos prestaba atención, ni

a los niños ni a mí. Mi orgullo no me permitía desear ni esperar nada de él; quizá porque sabía

que sería inútil.

Mi mayor problema era Siamak, que no me perdonaría fácilmente que hubiera un rival

en su vida. Cuando entré en mi casa con un bebé en brazos, se comportó como si yo hubiera cometido una traición gravísima: no sólo no vino corriendo a agarrarse de mi falda, sino que salió disparado y se escondió detrás de la cama. Le pasé el bebé a Fati y

seguí a mi hijo. Engatusándolo con

palabras cariñosas y promesas, lo cogí en brazos, lo besé y le dije que lo quería. Tras darle el coche de juguete que le había comprado, le expliqué que era un regalo de su hermanito. Él lo miró con escepticismo y accedió de mala gana a ver al bebé.

Pero mi táctica no surtió efecto. Cada día Siamak estaba más enfadado y nervioso. A

los dos años ya sabía hablar y expresarse con facilidad, y sin embargo ahora apenas hablaba, y si lo hacía confundía las palabras. A veces se orinaba encima, y aunque hacía

casi un año que ya no necesitaba pañales, no tuve más remedio que volver a ponérselos.

Ver a Siamak tan triste y deprimido me partía el corazón. Los hombros de aquel niño

de tres años parecían aún más débiles bajo la carga de su pena. Yo no sabía qué hacer. El

pediatra me había aconsejado que lo animara a participar de los cuidados de su hermano

pequeño y que no cogiera al bebé en brazos delante de él, pero ¿cómo podía hacerlo? No

tenía a nadie que se llevara a Siamak mientras yo daba el pecho al bebé, y siempre que estaba cerca de su hermano se ponía violento. Yo era incapaz de llenar el vacío que mi hijo sentía. Sin duda, necesitaba desesperadamente a su padre.

Pasó un mes y seguíamos sin elegir un nombre para el bebé.

—¿Qué hace ese padre inútil que no pone nombre a su hijo? —me dijo un día mi madre, cuando vino de visita—. ¿Por qué no haces algo? ¡Pobre criatura! La gente organiza fiestas para celebrar el nacimiento de sus hijos, piden consejo y consultan a los

adivinos a fin de escoger un nombre idóneo, pero por lo visto a ti eso no te importa.

—Todavía hay tiempo.

—¿Que todavía hay tiempo? Pero ¡si el niño tiene casi cuarenta días! Tarde o

temprano tendrás que ponerle un nombre. ¿Cuánto tiempo piensas seguir llamándolo

«bebé»?

—No lo llamo «bebé».

—Entonces, ¿cómo?

—¡Said! —exclamé sin pensar.

La señora Parvin me miró con agudeza, y en sus ojos creí atisbar el brillo de las lágrimas.

—Es un nombre bonito —convino mi madre, ajena a todo— y queda bien con

Siamak.

Una hora más tarde, cuando estaba en el dormitorio dándole el pecho al bebé, entró la

señora Parvin y se sentó a mi lado.

—No lo hagas —me dijo.

—Que no haga qué.

—No llames Said a tu hijo.

—¿Por qué? ¿No le parece un nombre bonito?

—No te hagas la tonta. Sabes muy bien a qué me refiero. ¿Por qué te aferras a recuerdos tristes?

—No lo hago por eso. A lo mejor es que quiero ponerle un nombre familiar en este hogar tan frío. No se imagina lo sola y necesitada de cariño que estoy. Si hubiera una pizca de amor en esta casa, ya habría olvidado ese nombre.

—Si lo haces, cada vez que llames a tu

hijo pensarás en Said y tu vida se hará
aún más

dura.

—Ya lo sé.

—Pues escoge otro nombre.

Unos días más tarde, aproveché una
oportunidad y le pregunté a Hamid:

—¿Cuándo vas a ir a buscar el
certificado de nacimiento de este niño?
Tenemos que

ponerle un nombre. ¿Has pensado
alguno?

—Por supuesto. Se llamará Rouzbeh.

Yo sabía quién era Rouzbeh, y tanto si era un héroe como un traidor, no estaba dispuesta a permitir que me obligara a llamar así a mi hijo. Tenía que tener su propio nombre, para poder darle significado según su personalidad.

—¡Ni hablar! Esta vez no dejaré que mi hijo se llame como uno de tus ídolos. Quiero

que tenga un nombre que me guste oír cuando lo llame, y no uno que les recordará a todos

a un difunto o una muerte atroz.

—¿Un difunto? Rouzbeh era un paladín del sacrificio y la resistencia.

—Me alegro por él. Pero yo no deseo que mi hijo sea un paladín del sacrificio y la resistencia, sino que tenga una vida normal y feliz.

—Qué vulgar eres. No entiendes el significado de la revolución, ni la importancia de

los verdaderos héroes que recorrieron el camino hacia la libertad. Sólo piensas en ti.

—¡Basta, por amor de Dios! No soporto más tus discursos memorizados. Sí, soy

vulgar y egocéntrica, sólo pienso en mí y en mis hijos porque nadie más piensa en nosotros. Además, si no asumes ninguna responsabilidad respecto a este niño, ¿cómo es que cuando se trata de ponerle nombre de pronto te acuerdas de que eres su padre? No, esta vez elijo yo. Se llamará Masud.

Siamak tenía tres años y cuatro meses y Masud ocho meses cuando Hamid desapareció. Al

principio no percibí su ausencia como una desaparición, por supuesto.

—Voy a ir a Rezaieh con los chicos. Estaremos allí un par de semanas —me anunció.

—¿Rezaieh? ¿Por qué allí? Supongo que también irás a Tabriz a visitar a Monir, ¿no?

—No. No quiero que nadie sepa dónde estoy.

—Si no acudes a trabajar, tu padre se enterará.

—Ya lo sé. Le dije que iba a visitar a una persona que tiene una colección de libros

antiguos y quiere vender algunos y reimprimir otros. Pedí diez días de fiesta. Luego ya se

me ocurrirá otra excusa.

—¿Insinúas que no sabes cuánto tiempo estarás fuera?

—Exacto, pero no armes un escándalo. Si todo va bien, nos quedaremos más tiempo.

Si no, quizá volvamos pasada una semana.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Con quién te vas?

—¡Qué entrometida eres! No me interrogues.

—Lo siento. No tienes por qué decirme adónde vas, desde luego. ¿Quién soy yo para

estar al corriente de tus planes?

—No hay ningún motivo para que te ofendas —replicó él—. Y no compliques las

cosas. Si alguien te pregunta, di que estoy de viaje de negocios. Y, delante de mi madre,

compórtate de forma que no se preocupe.

Las primeras dos o tres semanas transcurrieron con tranquilidad. Estábamos

acostumbrados a las ausencias de Hamid y nos las apañábamos bien sin él. Me

había dejado bastante dinero para los gastos del mes, y además yo tenía un poco ahorrado. Pero,

pasado dicho mes, sus padres empezaron a preocuparse, aunque yo los calmaba

contándoles que Hamid me había llamado, que estaba bien y que el trabajo se había alargado un poco, mentiras por el estilo.

A principios de junio, de pronto empezó a hacer calor y se declaró una epidemia de

una enfermedad parecida al cólera que afectaba sobre todo a la población

infantil. Pese a mis esfuerzos, mis hijos enfermaron. En cuanto noté que Masud tenía un poco de fiebre y

dolor de barriga, no esperé a que la señora Parvin viniera a vigilar a Siamak, sino que me

precipité con ambos al médico. Compré las medicinas que les recetó y volví a casa, pero

esa noche los dos empeoraron. Vomitaban los medicamentos y la fiebre aumentaba. Masud

estaba peor, jadeaba como un gorrión asustado, con el pecho y el vientre palpitantes.

Siamak estaba muy colorado y me pedía sin cesar que lo llevara al baño. Yo daba vueltas

sin descanso; les metía los pies en agua helada, les aplicaba toallas frías en la frente, pero en vano. Masud tenía los labios blancos y resecos, y recordé lo último que me había dicho

el médico: «Los niños se deshidratan mucho más rápido de lo que uno podría pensar, lo

que puede causarles la muerte.»

Una voz interior me dijo que si esperaba un minuto más perdería a mis hijos.

Miré la

hora: casi las dos y media de la madrugada. No sabía qué hacer, mi mente estaba como paralizada. Me mordía las uñas y las lágrimas resbalaban por mi mano. Eran mis hijos, mis queridos hijos, lo único que tenía en el mundo, debía salvarlos, hacer algo, ser fuerte.

¿A quién podía llamar? Cualquiera necesitaría tiempo para venir a mi casa, y no había tiempo que perder.

Había un hospital infantil en la avenida Takht-e Jamshid. Debía apresurarme. Les puse

pañales a los dos, cogí todo el dinero que tenía en el apartamento, tomé a

Masud en brazos

y a Siamak de la mano, y salimos de casa. Las calles estaban desiertas. El pobre Siamak,

débil y ardiendo de fiebre, apenas podía andar. Intenté llevarlos a ambos en brazos, pero el bolso me lo impedía, así que paré y dejé a Siamak en el suelo. Mis inocentes hijos ni siquiera tenían fuerzas para llorar. La distancia hasta la esquina parecía infinita. El mayor casi se había desmayado; yo le tiraba del brazo y el pobrecillo arrastraba los pies. «Si les pasa algo, me mataré» era mi único pensamiento consciente.

Un coche se detuvo a mi lado. Sin decir

nada, abrí la puerta trasera y subí con los niños.

—Al hospital infantil Takht-e Jamshid. ¡Por amor de Dios, dese prisa! —logré decir.

El conductor, un hombre de aspecto circunspecto, me miró por el retrovisor y

preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Esta tarde no se encontraban muy bien. Tenían diarrea. Pero de pronto han empeorado. Tienen mucha fiebre. Se lo

ruego, dese prisa.

El corazón me latía con fuerza y me costaba respirar. El coche iba a toda velocidad.

—¿Cómo es que va sola? —preguntó el hombre—. ¿Dónde está el padre de los niños?

Usted sola no podrá ingresarlos en el hospital.

—Sí podré. Tengo que poder, o los perderé.

—¿No tienen padre?

—No, no tienen —repuse con frialdad,

desviando la mirada.

Delante del hospital el hombre saltó del coche y cogió a Siamak en brazos mientras yo tomaba a Masud, y nos precipitamos dentro. En cuanto vio a los niños, el médico de urgencias frunció el ceño y me preguntó:

—¿Por qué ha esperado tanto?

Me arrebató a Masud, que ya estaba inconsciente.

—Por amor de Dios, doctor, haga algo
—le supliqué.

—Haremos lo que podamos. Vaya a Admisiones y ocúpese del papeleo. Lo

demás está

en manos de Dios.

El hombre que nos había llevado me miraba con tanta compasión que me vine abajo.

Sentada en un banco, sujetándome la cabeza con ambas manos, rompí a llorar. De pronto,

al verme los pies, me di cuenta de que iba en zapatillas; seguro que había estado a punto

de caerme varias veces en la calle.

Para que admitieran a los niños en el

hospital había que pagar. El hombre me dijo que

llevaba dinero encima, pero no lo acepté. Le di al empleado de Admisiones todo el efectivo que tenía y me comprometí a pagar el resto a primera hora del día siguiente. El

adormilado empleado protestó un poco, pero al final cedió. Le di las gracias al hombre que

me había ayudado y le rogué que se marchara. Luego volví a toda prisa a Urgencias.

Acostados en sendas camas, mis hijos parecían muy pequeños y frágiles. A

Siamak le

habían puesto una vía intravenosa, pero a Masud todavía no le habían encontrado la vena.

Le clavaban diversas agujas, pero mi hijo, inconsciente, ni se movía. Cada vez que le clavaban una, era como si me hundieran una daga en el corazón. Me tapé la boca con la

mano para que mis gemidos no distrajeran al médico y las enfermeras. Tras un velo de lágrimas, veía morir lentamente a mi hijo. Debí de hacer algo que atrajo la atención del médico, pues le hizo señas a una enfermera, que me puso una mano en el hombro y me

acompañó fuera, con dulzura pero también con firmeza.

—¿Qué pasa, enfermera? ¿He perdido a mi hijo?

—No, señora. No sufra. Rece. Con la ayuda de Dios, el niño se recuperará.

—Le suplico que me diga la verdad. ¿Está muy grave?

—Sí, lo está, pero si le encontramos la vena apropiada y podemos ponerle la vía, quizá no esté todo perdido.

—¿Quiere decir que todos esos médicos y enfermeras no le encuentran una vena a un

niño?

—Señora, las venas de los niños son muy delicadas, y aún es más difícil

encontrárselas cuando tienen fiebre y están deshidratados.

—¿Qué puedo hacer?

—Nada. Quédese aquí y rece.

Llevaba mucho rato invocando a Dios, pero hasta ese momento no había podido

recitar ninguna oración. Necesitaba respirar aire fresco; no podía hablar con Dios sin mirar al cielo, pues sólo entonces estaría cara a cara con él.

Al salir, noté la fresca brisa matutina.
Alcé la vista al cielo, donde todavía
dominaba la

oscuridad sobre la luz, y distinguí unas
pocas estrellas. Me apoyé contra la
pared, pues me temblaban las rodillas.

—Dios mío, no sé para qué nos trajiste a
este mundo —dije mirando el horizonte
—.

Siempre he procurado aceptar y
contentarme con lo que te complace,
pero, si te llevas a

mis hijos, no me quedará nada que
agradecerte. No quiero blasfemar, pero
sería una injusticia. Te suplico que no

me los quites. Déjalos vivir.

No sabía lo que decía, pero sí que Él me oiría y entendería.

Volví dentro y abrí la puerta de la habitación. Masud tenía una vía intravenosa en el

pie y la pierna enyesada.

—¿Qué ha pasado? ¿Se ha roto la pierna?

—No, señora —contestó el médico, sonriendo—. Se la hemos enyesado para que no

pueda moverla.

—¿Cómo está? ¿Se curará?

—Hay que esperar.

Yo iba de una cama a otra. Ver que Masud movía la cabeza y oír los débiles gemidos

de Siamak me hizo abrigar esperanzas. A las ocho y media de la mañana salieron de cuidados intensivos.

—Gracias a Dios, están fuera de peligro —me confirmó el médico—. Pero debemos

estar atentos y vigilar que no se les salgan las vías.

Conseguir que Siamak no se arrancara la vía fue lo más difícil. Mi madre, la señora

Parvin y Fati irrumpieron en la habitación presas del pánico. Al ver a los niños, mi madre

se echó a llorar. Siamak estaba de muy mal humor y teníamos que sujetarle el brazo continuamente. Masud todavía se encontraba muy débil. Mi padre llegó una hora después.

Miró a Siamak con tal tristeza que se me encogió el corazón. En cuanto el pequeño lo vio,

le tendió los brazos y empezó a llorar,

pero al cabo de unos minutos las caricias de su abuelo lo habían calmado y se quedó dormido.

Los padres de Hamid llegaron con Mansureh y Manijeh. Mi madre los recibió con

miradas iracundas y comentarios maliciosos, hasta tal punto que tuve que pedirle que se calmara, pues ellos ya estaban suficientemente abochornados.

Mansureh, Fati, la señora Parvin y Manijeh se ofrecieron para quedarse conmigo, pero elegí sólo a la señora Parvin:

Fati era una cría, Mansureh tenía que cuidar de su hijo y con Manijeh no me

llevaba muy

bien. La señora Parvin y yo permanecimos en vela toda la noche. Ella le cogía la mano a

Siamak mientras yo, sentada en la cama de Masud, me abrazaba a él y apoyaba la cabeza

en sus piernas para impedir que las moviera.

Pasamos tres días difíciles y agotadores en el hospital, hasta que regresamos a casa. Los

tres habíamos adelgazado mucho. Yo llevaba cuatro noches sin dormir. Me

miré en el

espejo: tenía ojeras y las mejillas hundidas. La señora Parvin afirmó que parecía una adicta al opio. Fati y ella se quedaron en casa. Tras bañar a los niños, me di una larga ducha con la que quise borrar cuanto había sufrido, aunque sabía que esos recuerdos permanecerían siempre conmigo y que nunca perdonaría a Hamid por no haber estado a mi lado.

Dos semanas más tarde, casi podía decirse que habíamos recuperado la normalidad.

Siamak volvía a ser un niño travieso, malhumorado y tozudo, aunque había

acabado aceptando la presencia de Masud y ya me dejaba cogerlo en brazos. Sin embargo, notaba

que en el fondo seguía enfadado conmigo. Masud era alegre y cariñoso; dejaba que cualquiera lo cogiera en brazos, no rehuía a nadie y cada día era más dulce y encantador.

Me abrazaba el cuello, me besaba en la mejilla y, con sus pocos dienteitos, me mordisqueaba la cara como si quisiera comerme. Sus muestras de amor me desarmaban.

Siamak nunca había sido tan cariñoso, ni siquiera de muy pequeño; sus escasas zalamerías

siempre parecían forzadas. ¿Cómo podían dos niños de los mismos padres ser tan

diferentes?

Hacía dos meses que Hamid se había marchado y no tenía noticias de él.

Dadas las advertencias que me había hecho antes de partir, no estaba preocupada; sus padres, en cambio, empezaban a ponerse nerviosos. Me vi obligada a asegurarles que mi marido me

había telefonado y que estaba bien, pero que no sabía cuánto tiempo lo tendría ocupado

su proyecto.

—Pero ¿de qué clase de trabajo se trata? —inquirió su madre, ceñuda.

Miró a su marido y añadió—: Pasa por la imprenta y entérate de adónde lo enviaron y por qué tarda

tanto en volver.

Transcurrieron otras dos semanas. Un día llamó un hombre por teléfono.

—Perdone que la moleste, pero quería saber si tiene noticias de Charzad y Mehdi.

—¿De Charzad? No. ¿Quién es usted?

—Su hermano. Estamos muy preocupados. Dijeron que irían dos semanas a Mashad,

pero ya han pasado dos meses y medio y no sabemos nada de ellos. Mi madre está angustiada.

—¿A Mashad?

—¿Sabe si iban a algún otro sitio?

—No. Yo creía que iban a Rezaieh.

—¿A Rezaieh? ¿Qué tiene que ver Rezaieh con Mashad?

—Debo de haberme equivocado — repliqué torpemente—. Por cierto,

¿quién le dio

este número?

—No se asuste. Me lo dio Charzad y me dijo que en caso de emergencia era el único

teléfono al que podía llamar. ¿No es ésa la casa de Hamid Soltani?

—Sí, sí. Pero tampoco yo tengo más información.

—Si se entera de algo, llámeme, por favor. Mi madre está muy nerviosa. De no haber sido necesario no la habría molestado, se lo aseguro.

Empecé a angustiarme. ¿Adónde habrían ido? ¿Cómo se explicaba que ni siquiera pudieran telefonar para tranquilizar a sus familias? Quizá a Hamid no le preocupara mucho, pero Charzad no parecía tan desconsiderada.

Se me terminó el dinero, tanto el que me había dado Hamid como el de mis modestos

ahorros. Mi padre ya me había prestado para pagar la hospitalización de los niños y no podía pedirle a mi suegro, ya que se preocuparía aún más. Hasta la señora Parvin me había

hecho un préstamo, pero también me lo

había gastado.

¿Cómo creía Hamid que nos manteníamos? ¿O le habría sucedido algo?

Pasaron tres meses. No podía seguir mintiéndole a mi suegra y mi preocupación iba en

aumento. Ella se pasaba el día llorando y diciendo: «Sé que a nuestro hijo le ha ocurrido

algo terrible; si no, me habría llamado o escrito.»

Procuraba no decir nada que pudiera ofenderme, pero en el fondo me

consideraba

culpable. Nadie se atrevía a insinuar que a Hamid podían haberlo detenido.

—Llamemos a la policía —propuso Manijeh.

—¡No, no, eso sería peor! —saltamos a la vez mi suegro y yo. Y nos miramos.

Su madre seguía maldiciendo e insultando a los desagradables amigos de su hijo.

—Mi querida Masum —terció mi suegro —, ¿tienes la dirección o el teléfono de alguno de sus amigos?

—No. Creo que se fueron todos juntos. Hace un tiempo llamó un hombre que dijo ser

el hermano de Charzad. También estaba preocupado y buscaba información, pero hizo un

comentario que me extrañó: que Charzad y Mehdi habían ido a Mashad, mientras que Hamid me dijo que iban a Rezaieh.

—Quizá no fueron juntos. Quizá tienen diferentes misiones.

—¿Misiones?

—Bueno, no sé. Algo así.

Entonces su padre se inventó una excusa para llevarme a un aparte y me dijo:

—No hables con nadie de Hamid.

—¿Por qué? Todo el mundo sabe que está de viaje.

—Sí, pero no comentes que ha desaparecido. Límitate a decir que sigue en Rezaieh,

que el trabajo que fue a hacer allí se ha alargado, que siempre estáis en contacto. Nunca

digas que no tienes noticias de él, porque eso levantaría sospechas. Iré a Rezaieh y veré si puedo averiguar algo.

Por cierto, ¿tienes dinero? ¿Te dejó Hamid suficiente para tus gastos?

—No; gasté todo el que tenía para pagar el resto de las facturas del hospital — contesté

cabizbaja.

—¿Y por qué no dijiste nada?

—No quería que se enfadaran. Pedí prestado a mis padres.

—No debiste hacerlo. Debiste decírmelo. —Me dio dinero y añadió—: Devuélvele a

tu familia lo que le debes y diles que

Hamid te ha enviado el dinero.

Al cabo de una semana, mi suegro, cansado y desanimado, regresó de su infructuoso

viaje. Junto con el marido de Monir, había buscado en todos los pueblos de la provincia de

Azerbaiyán Oriental, hasta la frontera con la Unión Soviética, sin encontrar ni rastro de su hijo. Entonces me angustié de verdad; nunca había pensado que podría preocuparme tanto

por mi marido. Nada más casarnos, él había corregido esa mala costumbre mía, pero esa

vez era diferente. Llevaba demasiado tiempo ausente y las circunstancias resultaban sospechosas.

Una noche, hacia finales de agosto, me desperté sobresaltada al oír un ruido extraño.

Todavía hacía calor y había dejado las ventanas abiertas. Aguzando el oído, comprobé que

el ruido provenía del patio delantero. Miré el reloj: las tres y diez de la madrugada. A esas horas no podía tratarse de Bibi, así que deduje que había entrado un ladrón.

Respiré hondo varias veces, hice acopio

de valor y fui de puntillas hasta la ventana.

Bajo la pálida luna, vi la silueta de un coche y a tres hombres en el patio delantero, que

iban y venían a toda prisa transportando algo. Quise gritar, pero me quedé petrificada, mirándolos. Al cabo de un rato me percaté de que no estaban sacando nada de la casa, sino

al contrario: descargaban un coche y metían las cosas en el sótano. No, no eran ladrones,

de modo que traté de tranquilizarme.

Diez minutos más tarde, los tres hombres acabaron su tarea y un cuarto salió del sótano. Pese a que estaba muy oscuro, reconocí a Hamid. En silencio, empujaron el coche

hasta sacarlo del patio; entonces mi marido cerró la puerta de la calle y subió la escalera.

Yo me debatía entre emociones contradictorias: la rabia y la ira se mezclaban con la alegría y el alivio. Me sentía como una madre que, tras encontrar al niño que ha perdido,

primero le da una bofetada, para luego abrazarlo y llorar. Hamid estaba tratando de abrir la puerta del piso de

arriba con gran sigilo. Quería escarmentarlo, así que, en cuanto entró, encendí las luces. Él dio un respingo y me miró sorprendido.

—¿Estás despierta?

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! ¿Te has perdido? —repuse con malicia.

—¡Estupendo! ¡Una bienvenida ciertamente calurosa!

—¿Esperabas una bienvenida? ¡Qué descaro! ¿Dónde habéis estado todo este tiempo?

Ni siquiera te molestaste en llamar.

¿Tanto te costaba enviar un mensaje, cuatro líneas, algo? ¿No se te ocurrió pensar que nos moríamos de preocupación?

—¡Ya veo lo preocupada que estabas por mí!

—Sí, lo estaba, porque soy idiota. Pero yo no importo. ¿No se te ocurrió pensar en tus

pobres padres, que están tan angustiados?

—Te advertí que fueras discreta, que este trabajo podía alargarse más de lo esperado.

—Sí, quince días podían convertirse en un mes, pero ¡no en cuatro! Tu pobre padre te buscó por todas partes. Lo pasó tan mal que temí por su salud.

—¿Que me buscó? ¿Por dónde?

—¡Por todas partes! Hospitales, morgues, comisarías...

—¿Comisarías? —exclamó Hamid, horrorizado.

—Sí, con el hermano de Charzad y los familiares de tus otros amigos —repuse, estremecida de satisfacción, pues quería hacerle daño— enviaron fotografías de todos vosotros a los periódicos.

—¡Estás chiflada! —me espetó, blanco como el papel—. ¿No podías hacer las cosas

bien, por una vez? —Y rápidamente empezó a calzarse los polvorientos zapatos.

—¿Adónde vas? Bueno, puedo decirle a la policía que has vuelto, y no con las manos

vacías.

Hamid me miraba boquiabierto y tan asustado que me entraron ganas de reír.

—Pero ¿qué dices? ¿Quieres que nos maten a todos? Aquí ya no estamos

seguros.

Debo avisar a los chicos. Y pensar qué demonios podemos hacer.

Había abierto la puerta y estaba a punto de salir, cuando dije:

—No hace falta. Te he mentado. Nadie llamó a la policía. Tu padre sólo fue a Rezaieh

y volvió sin haber averiguado nada.

—¿Te has vuelto loca? —me dijo, respirando aliviado—. Casi me da un infarto.

—Te lo merecías. ¿Por qué tenemos que

ser nosotros los únicos que nos muramos
de

miedo?

Le preparé la cama en la sala de estar.

—No; dormiré en mi habitación —dijo
Hamid—. En la del fondo.

—Ahora es la de los niños —repliqué,
pero aún no había acabado yo la frase y
él ya

había apoyado la cabeza en la almohada
y se había quedado roque, sin quitarse
siquiera la

ropa polvorienta.

El tiempo pasaba muy rápido. Mis hijos crecían y su personalidad iba perfilándose y diferenciándose. Siamak era un niño orgulloso, agresivo y travieso, poco propenso a las manifestaciones de afecto. Cualquier adversidad lo alteraba sobremanera, e intentaba anular los obstáculos mediante la fuerza bruta. En cambio, Masud era afable y bondadoso;

manifestaba afecto a las personas que lo rodeaban y era delicado con los animales e incluso con los objetos. Sus caricias me aliviaban del dolor causado por la carencia de amor de su padre.

Ambos se complementaban gracias a un extraño equilibrio. Siamak daba las órdenes y

Masud las ejecutaba. Siamak soñaba despierto e inventaba historias y Masud se las creía.

Siamak bromeaba y Masud reía. Siamak pegaba y Masud encajaba los golpes. A veces temía que el carácter bondadoso y tierno de Masud quedara aplastado por el talante hostil

y dominante de Siamak; pero no podía proteger abiertamente al pequeño, porque cualquier

intromisión por mi parte bastaba para provocar la rabia y los celos de Siamak y desatar más peleas. La única forma de impedir esos enfrentamientos era distraer a mi hijo mayor

con algo más interesante.

Sin embargo, Siamak también era un escudo que protegía a Masud de los demás.

Atacaba con tal violencia a cualquiera que amenazara a su hermano, que el

propio Masud

acababa suplicándole que perdonara a su enemigo. Muchas veces, dicho enemigo era el hijo de mi hermano Mahmud, Golam-Alí, menor que Siamak y mayor que Masud. No sé

por qué, pero los tres se peleaban nada más verse. Hamid decía que así era como jugaban

y se comunicaban los chicos, pero yo ni entendía ni aceptaba ese razonamiento.

Mahmud se había casado tres años más tarde que yo, pero ya tenía tres hijos. El mayor,

Golam-Alí; la segunda, Zahra, un año menor que Masud; y el último, Golam-Hosein, que

sólo contaba un año. Mahmud seguía siendo hosco y solitario, y su carácter obsesivo empeoraba con el tiempo. Ehteram-Sadat se quejaba sin cesar de él a mi madre.

—Últimamente está aún más confuso y chiflado —decía—. Repite varias veces sus

oraciones y luego no sabe si las ha recitado bien.

Yo creo que a mi hermano no le pasaba nada. Seguía siendo tan listo como

siempre;

era especialmente espabilado en el trabajo y los asuntos económicos, y el negocio le iba

bien. Tenía su propia tienda en el bazar y todos lo consideraban un experto en alfombras.

En su trabajo nunca se mostraba vacilante ni obsesivo, y el único papel que desempeñaba

la religión en su vida profesional era en su meticuloso cumplimiento de la obligación de

todo musulmán de destinar una quinta

parte de sus ingresos a la beneficencia.

A final de

mes enviaba sus beneficios a Qum, donde el padre de Ehteram separaba una pequeña parte

para limosnas y le devolvía el resto.

Mediante ese «cambio de manos», como ellos lo denominaban, el dinero de Mahmud se volvía *halal* —permitido por la ley islámica— y él ya no tenía que preocuparse.

Hacía tiempo que Ahmad había dejado a mi familia. La que más inquieta estaba por él

era la señora Parvin, que no cesaba de

repetir: «Tenemos que hacer algo. Si sigue así, no

sobrevivirá.» Su problema ya no se limitaba al consumo de alcohol y los alborotos nocturnos; nuestra vecina aseguraba que también tomaba drogas. Pero mi madre no quería

creerla e intentaba salvar a su hijo del demonio y las malas amistades rezando y recurriendo a supercherías. Mi padre, por otra parte, ya había perdido toda esperanza respecto a él.

Alí había crecido, pero no había conseguido el diploma de enseñanza secundaria.

Trabajó un tiempo en el taller de carpintería de Ahmad, pero mi padre utilizó toda su autoridad y sus influencias para alejarlo de mi hermano mediano cuanto antes. «Si le dejo

hacer lo que quiera y no le paro los pies ahora, lo perderemos como perdimos al otro», aseguraba.

Ahmad había acabado por decepcionar a Alí, que tenía a su hermano muy idealizado y

ahora sufría al verlo siempre borracho y aletargado. Por lo visto, el ídolo se había derrumbado definitivamente cuando uno de los matones del café Jamshid propinó una paliza a Ahmad y

lo echó a la calle, y mi hermano, borracho como una cuba, no había podido defenderse. En el taller, los colegas de Alí, que hasta hacía poco habrían competido entre ellos por el honor de ser el aprendiz de Ahmad, ahora lo ridiculizaban y

se burlaban. Dadas las circunstancias, Alí se separó de Ahmad voluntariamente, aunque presionado por mi padre, y se puso a trabajar para Mahmud, con objeto de convertirse también él en un comerciante devoto y acaudalado.

Fati era una niña recatada, tímida y afable. Asistió a la escuela hasta

terminar el tercer

curso, y luego, como correspondía a las chicas decentes, empezó a asistir a clases de costura. No tenía interés por continuar los estudios.

Removí cielo y tierra para matricular a Siamak en la escuela un año antes de lo que

exigía la ley, pues sabía que mi hijo estaba mentalmente preparado. Confiaba en que le inculcaran disciplina y en que consumiera sus inagotables energías en compañía de otros

niños de su edad, para que así luego estuviera más tranquilo en casa. Pero,

como todo lo

demás, la escuela se convirtió en una experiencia durísima. Al principio, tenía que quedarme en el aula con él y no me dejaba marcharme hasta que se sentía cómodo; después debía pasarme horas fuera, en el patio, para que me viera desde la ventana.

Siamak tenía miedo, pero lo expresaba con violencia. El primer día de clase, cuando la supervisora lo cogió de la mano para llevarlo al aula, se la mordió.

Cuando tenía una de sus rabietas, la única forma de calmarlo era convertirme en blanco de su ira. Tomándolo en brazos, soportaba sus patadas y

puñetazos, hasta que se tranquilizaba y lloraba. Sólo en esas ocasiones me dejaba abrazarlo, acariciarlo y besarlo.

El resto del tiempo parecía no necesitar el cariño de nadie, pero yo sabía cuánta falta le hacían el afecto y la atención, y sentía lástima. Sabía que sufría, pero ignoraba por qué.

Sabía que quería a su padre y que su ausencia lo afligía, aunque ¿por qué no se acostumbraba a esa situación? ¿Podía la ausencia de un padre perturbar tanto a un niño?

Leía muchos libros de psicología y observaba la conducta de Siamak.
Cuando Hamid

estaba en casa, el comportamiento del niño variaba, y sólo tenía oídos para su padre.

Aunque en general no podía estarse quieto ni un momento, se sentaba en el regazo de Hamid largo rato, pendiente de sus palabras. Y también descubrí, aunque muy tarde, que

se negaba a dormir porque esperaba a que llegara Hamid. Si su padre estaba en casa, a la hora de acostarse le acariciaba el pelo a Siamak, que se quedaba dormido como un ángel.

De ahí que apodara a mi marido «el Somnífero».

Por suerte, la presencia de mi padre y el gran cariño que abuelo y nieto se profesaban

compensaban, en cierta medida, la ausencia de Hamid. A Siamak no le gustaba que nadie

lo cogiera en brazos, pero, si mi padre venía, se quedaba cerca de él y a veces se sentaba

en su regazo. Mi padre trataba a mi hijo con serenidad y como si fuera un adulto. A cambio, Siamak lo escuchaba y aceptaba cualquier cosa que le dijera sin reticencia alguna.

Al mismo tiempo, no soportaba que

Hamid o mi padre se mostraran cariñosos con Masud:

aunque había aceptado que otras personas, yo incluida, dividieran su atención entre su hermano y él, y quizá hasta que expresaran mayor cariño hacia Masud, el amor de su padre y su abuelo los quería para él solo y no toleraba la presencia de un rival. En el caso de Hamid, no suponía ningún problema, porque nunca prestaba mucha atención a Masud.

Pero mi padre, que entendía muy bien a mi hijo mayor, debía contenerse para no expresar

su amor a Masud ante su hermano. Y eso

hacía que Siamak estuviera aún más
agradecido

a su abuelo y lo quisiera cada día más.

Al final se acostumbró a ir a clase, pese
a que no pasaba un mes sin que la
directora

me llamara a raíz de las peleas que tenía
con otros niños. Sin embargo, ahora que
mi hijo

mayor tenía una rutina, volví a
plantearme reanudar mis estudios. Me
fastidiaba no haber

obtenido todavía el diploma y haber
dejado a medias un asunto tan

importante. Empecé a

madrugar para realizar las tareas domésticas, y con Siamak en la escuela y Masud entretenido con sus juegos o dibujando durante horas con sus lápices de colores o, si hacía buen tiempo, yendo en triciclo por el patio, me ponía a estudiar. Me contentaba con eso,

sin sentir una necesidad imperiosa de asistir a clase.

Por las tardes, la vuelta de Siamak del colegio era como un terremoto que sacudía los

cimientos de la casa. Hacer los deberes se convirtió en un problema más, a tal

punto que

mi hijo me desesperaba hasta que terminaba sus tareas. Con el tiempo, comprobé que, cuanto más dura me mostraba yo, más tozudo se volvía él, así que intentaba tener paciencia y no presionarlo. Y a última hora de la noche, o a la mañana siguiente, se ponía a hacer los deberes él solo.

Una mañana, estaba en casa con Masud cuando apareció la señora Parvin, al parecer muy

emocionada. Enseguida me di cuenta de que quería contarme algo. Le gustaba anunciar las

noticias en persona; las embellecía cuanto podía y las transmitía con todo detalle, a la espera luego de mi reacción. Si era algo sin importancia, me lo contaba por teléfono.

—Bueno, ¿qué noticia me trae? —le pregunté.

—¿Noticia? ¿Quién ha dicho que traigo una?

—Su cara, sus gestos, su voz... ¡lo único que le falta es un letrero!

—¡Pues sí! No vas a creerlo; es tan interesante... —admitió nerviosa, sentándose—.

Pero antes prepárame un poco de té.
Tengo la boca seca.

Ésa era otra de sus costumbres:
torturarme sin piedad antes de contarme
qué había

pasado, y cuanto más impactante era la
noticia, más tardaba en compartirla. Me
apresuré a poner el agua a hervir y volví
a su lado.

—Bueno, cuénteme. El té aún tardará.

—¡Ay, es que tengo tanta sed que casi no
puedo hablar!

Volví a la cocina y le llevé un vaso de
agua.

—Bueno, cuénteme —la insté.

—Primero tomemos el té.

—Mire, ¿sabe qué? No me lo cuente. No quiero saberlo. —Hice un mohín y volví a la

cocina.

—No te enfades —me pidió, viniendo tras de mí—. ¿A que no sabes a quién he visto

esta mañana?

El corazón me dio un vuelco.

—¿A Said? —inquirí, abriendo mucho

los ojos.

—Por amor de Dios, ¿todavía estás así? Creía que después de tener dos hijos ya te habrías olvidado hasta de su nombre.

Yo también. Me avergoncé. Había pronunciado su nombre sin pensar; ¿significaba eso

que aún pensaba en él?

—No me haga caso —dije—. Cuénteme, ¿a quién ha visto?

—¡A la madre de Parvaneh!

—¿De verdad? ¡Dios mío! ¿Dónde?

—Cada cosa a su tiempo. El agua ya está hirviendo. Prepara el té y te lo contaré. Esta

mañana he ido a la calle que hay detrás del parque Sepahsalar a comprarme unos zapatos.

Por el escaparate de una tienda he visto a una mujer que se parecía a la señora Ahmadi. Al

principio no estaba segura, pues ha envejecido mucho. Por cierto, ¿cuánto tiempo hace que no ves a su familia?

—Unos siete años.

—Entré en la tienda y la miré. Era ella.

Al principio no me reconoció, pero pensé que

debía hablarle. La saludé, y entonces me reconoció. Estuvimos un rato charlando y me preguntó por todos los vecinos.

—¿Por mí también? —quise saber, emocionada.

—Pues la verdad, no. Pero yo dirigí la conversación y le dije que te veo a menudo, que estás casada y tienes hijos. Ella me dijo: «Masumeh era la única de la familia con quien valía la pena relacionarse. Mi marido dice que su padre es un hombre bueno y honrado, desde luego, pero nunca olvidaré lo que nos hizo su hermano. Nos ofendió ante

todo el barrio. Nadie le había hablado de esa forma a mi marido, y no se imagina las cosas

de que acusó a la pobre Parvaneh. Mi marido estuvo a punto de desfallecer. Ya no

podíamos caminar con la cabeza alta por el barrio. Por eso nos marchamos en cuanto tuvimos ocasión. Pero Parvaneh habría dado su vida por esa chica. No se imagina usted lo

que llegó a llorar. Decía: “Matarán a Masum.” Parvaneh fue a su casa varias veces, pero la

madre no le dejó ver a su amiga. Fue un

duro golpe para mi hija.»»

—Una vez la vi en la puerta, pero mi madre no la dejó entrar. Pero sólo una vez.

—Por lo visto, hasta fue a invitarte a su boda. Te llevó una invitación.

—¿De verdad? No me la dieron. Dios mío, qué harta estoy de ellos. ¿Por qué no me lo

dijeron?

—Seguramente tu madre temía que recordaras lo enamorada que estabas de aquel

chico.

—¿Enamorada? ¿Con dos hijos? —
exclamé exasperada—. Se van a enterar.
Todavía

me tratan como si fuera una cría.

—No, no. Entonces aún no había nacido
Masud. De eso hace mucho, quizá cuatro
años.

—¿Quiere decir que Parvaneh lleva
cuatro años casada?

—¡Pues claro! ¡De lo contrario, habrían
tenido que ponerla en conserva!

—¡No puede ser!

—Mira, tiene la misma edad que tú, y tú llevas siete casada.

—Bien que lo sé, dado que me obligaron. Me tiraron al fondo de un pozo. Pero mi caso es excepcional. Bueno, ¿y con quién se casó?

—Con el nieto de la tía de su padre. Su madre me dijo que después de graduarse en la

escuela tuvo muchos pretendientes, pero al final se casó con ése. Es médico y vive en Alemania.

—Entonces, ¿Parvaneh vive en

Alemania?

—Sí, se marcharon después de la boda, pero pasa casi todos los veranos con su familia.

—¿Tiene hijos?

—Sí, una niña de tres años. Le he explicado a la señora Ahmadi que habías buscado a

Parvaneh por todas partes, que la echabas mucho de menos y que tu hermano perdió las

agallas y ya no supone una amenaza para nadie excepto para sí mismo. Y al final conseguí

que me diera su teléfono, aunque a regañadientes.

Me remonté siete años atrás. No había experimentado con nadie más la camaradería y

la íntima amistad que me unían a Parvaneh. Sabía que jamás tendría otra amiga como ella.

Me daba vergüenza llamar a su madre, no sabía qué decirle; pero al final telefoneé. En

cuanto oí su voz se me hizo un nudo en la garganta. Me presenté y le dije que sabía que

llamar era un atrevimiento, pero que Parvaneh había sido mi mejor amiga, mi única amiga.

Le dije que me avergonzaba de lo pasado y le pedí que perdonara a mi familia. Y también

que me gustaría volver a ver a Parvaneh, que todavía pasaba horas imaginando que hablaba con ella, que no transcurría un solo día sin pensar en mi amiga.

Luego le di mi número para que Parvaneh pudiera telefonarme la próxima vez que viniera a Irán a ver a su familia.

Con dos niños bulliciosos en casa y un

sin fin de tareas y obligaciones, no me resultó fácil preparar los exámenes finales. Tenía que estudiar por la noche, después de acostarlos. Al

amanecer, cuando Hamid volvía y me encontraba despierta ante los libros, se sorprendía y

elogiaba mi tenacidad y determinación. Aprobé los exámenes finales después de que Siamak pasara los suyos, y el sueño que había abrigado tantos años por fin se cumplió; un

sueño sencillo que las chicas de mi edad habían alcanzado con toda naturalidad, como un

derecho propio, sin necesidad de obsesionarse tanto.

Las actividades de Hamid cada vez se tornaron más serias y peligrosas. Hasta había ideado

un plan de seguridad y rutas para escapar de la casa. Yo ignoraba qué hacían o planeaban

él y su grupo, pero percibía alrededor un riesgo constante. Tras aquel extraño viaje y su prolongada ausencia, su organización parecía más unida, sus objetivos mejor definidos y

su trabajo más estructurado. A la vez, llegaban noticias de incidentes

alrededor de la ciudad, y yo sospechaba que el grupo de Hamid tenía algo que ver. Pero lo cierto es que

no lo sabía ni quería saberlo. Mi ignorancia hacía la vida soportable y apaciguaba mi miedo, sobre todo por mis hijos.

Una mañana de verano sonó el teléfono a las seis en punto. Hamid se me adelantó y contestó; apenas dijo un par de palabras y colgó, pero de pronto palideció y se le desencajó el semblante. Tardó casi un minuto en recobrase. Lo miré asustada, sin valor para preguntarle qué había pasado. Empezó a ir de un lado a otro, metió

unas cuantas cosas en una bolsa de lona y cogió el dinero que teníamos en casa.

—Hamid, ¿te han traicionado? — pregunté, tratando de mantener la calma.

—Creo que sí. No estoy seguro de lo ocurrido. Detuvieron a uno de los chicos. Ahora

todos están trasladándose.

—¿A quién han detenido?

—No lo conoces. Es un miembro nuevo.

—¿Y él te conoce?

—Sí, pero no por mi verdadero nombre.

—¿Sabe dónde vivimos?

—No; por suerte. Nunca nos hemos reunido aquí con él. Pero quizá hayan detenido a

otros. No te asustes. Tú no sabes nada. Si crees que estarás más cómoda, vete a casa de tus padres.

Siamak se había despertado al oír el teléfono, y seguía a su padre por la casa con expresión preocupada al notar nuestro nerviosismo.

—¿Adónde irás? —le pregunté a mi marido.

—No lo sé. De momento tengo que

marcharme. No sé adónde. Durante una semana no me pondré en contacto contigo.

—¡Quiero acompañarte! —suplicó Siamak, abrazándose a las piernas de su padre.

—Si vienen y encuentran algo —repuso Hamid, apartándolo—, lo que sea, díles que

no es nuestro. Por suerte, no sabes nada que pueda comprometernos aún más.

—¡Yo voy contigo! —gritó nuestro hijo, volviendo a agarrarse a su padre.

—Cuida de tus hijos —dijo mi marido,

zafándose bruscamente del niño—. Si

necesitas dinero, pídeselo a mi padre, y no hables de esto con nadie más.

Cuando se hubo marchado, me quedé aturdida. Me pregunté qué nos tendría reservado

el destino. Siamak estaba muy enfadado: se lanzaba contra paredes y puertas. De repente,

vi que corría hacia Masud, que acababa de despertarse. Lo cogí en brazos, pero Siamak intentó zafarse dándome patadas y puñetazos. Era inútil fingir que no había pasado nada:

el niño, sensible y perspicaz, percibía mi ansiedad.

—Escúchame, Siamak —le susurré—. Tenemos que tranquilizarnos y no contarle a

nadie nuestro secreto; si no, papá podría tener muchos problemas.

—¿No contarle a nadie qué? —dijo, quedándose quieto.

—Que hoy papá ha tenido que marcharse de repente. Masud tampoco puede enterarse.

—Me miró con temor e incredulidad—. Y no debemos tener miedo. Debemos

ser fuertes y

valientes. Papá es muy fuerte y sabe lo que tiene que hacer. No te preocupes, nadie lo encontrará. Nosotros somos sus soldados. Debemos conservar la calma y guardar su secreto. Él necesita que lo ayudemos. ¿Estás de acuerdo?

—Sí.

—Pues prometamos que no le contaremos nada a nadie y que no armaremos lío. ¿De

acuerdo?

—De acuerdo.

Mi hijo no alcanzaba a entender la gravedad de la situación, pero no importaba: con su

mente joven e imaginativa, llenó las lagunas y exageró a su antojo los aspectos heroicos

de la historia.

Nunca volvimos a hablar de aquello. A veces, cuando me sorprendía absorta en mis pensamientos, me cogía la mano sin decir nada y me miraba a los ojos. Yo intentaba ahuyentar mis preocupaciones, esbozaba una sonrisa tranquilizadora y le susurraba: «No temas, está en un lugar seguro.» Y él se marchaba, a seguir armando jaleo y a retomar sus

juegos donde los había dejado. Saltaba detrás del sofá y emitía sonidos extraños mientras

disparaba en todas direcciones con su pistola de agua. Era el único capaz de cambiar de

actitud y humor en un abrir y cerrar de ojos.

Aquellos angustiosos días se me antojaron eternos. Procuraba no cometer ninguna

imprudencia y no le conté a nadie lo ocurrido. Tenía un poco de dinero en mi cartera, con

el que me apañé como pude. No paraba de hacerme preguntas. ¿Qué le harían si lo

capturaban? ¿En qué actividades habría participado su grupo? ¿Y si los atentados que se mencionaban en el periódico eran obra suya? Nunca había sentido un peligro tan grave y

tan próximo. Al principio había creído que aquellas reuniones eran un juego intelectual, un pasatiempo, una muestra de autobombo infantil, pero ahora todo había cambiado. El recuerdo de aquella noche de verano en que los vi esconder cosas en el sótano no hacía sino aumentar mi temor. A partir de entonces,

siempre hubo un gran candado en la
puerta

del fondo del sótano.

En un par de ocasiones me había
quejado a Hamid del candado, pero él
se había limitado a decirme:

—No seas pesada. ¿Qué te molesta
tanto? Casi nunca bajas al sótano. No te
quito ningún espacio.

—Pero tengo miedo. ¿Qué hay ahí
abajo? ¿Y si es algo que nos
compromete?

Él insistía en que no había motivo de
preocupación y que lo que había en el

sótano no

entrañaba peligro. Sin embargo, antes de marcharse había dicho que si encontraban algo en la casa debía afirmar que no era nuestro y que no sabía nada. Por tanto, sí había algo

allí abajo que no quería que nadie descubriera.

Una semana más tarde, en plena noche, el ruido de la puerta de la calle me sacó de un sueño ligero y agitado. Corrí a la sala y encendí la luz.

—¡Apágala, apágala! —oí susurrar a Hamid.

No venía solo. Lo seguían dos mujeres extrañas con chador. Alcancé a verles los pies:

llevaban bastas botas de hombre. Los tres se dirigieron a la sala de estar. Luego Hamid salió de nuevo, cerró tras él y dijo:

—Ahora puedes encender esa lamparita y contármelo todo.

—No hay nada que contar. Aquí no ha pasado nada.

—Ya lo sé. Pero ¿has notado algo sospechoso?

—No.

—¿Has salido?

—Sí, casi todos los días.

—¿Y no has notado que te seguían?
¿Tenemos algún vecino nuevo?

—No, no he notado nada.

—¿Estás segura?

—No lo sé, no he visto nada raro.

—Muy bien. Ahora tráenos algo de comer, por favor. Té, pan, queso, las sobras de anoche, lo que sea.

Puse agua a hervir. Pese a saber que Hamid todavía corría peligro, sentí

cierta alegría

y alivio al comprobar que estaba ileso. Cuando el té estuvo listo, en una bandeja puse

queso, mantequilla, verduras, algunas conservas hechas por mí y todo el pan que había en casa y me dirigí a la sala. Sabía que no debía entrar, así que llamé a mi marido en voz baja.

Él abrió, cogió rápidamente la bandeja y me dijo:

—Gracias. Y ahora, ve a acostarte.

Me pareció que estaba más delgado y vi algunas canas en su barba. Me entraron

ganas

de besarlo.

Fui al dormitorio y cerré la puerta, para que pudieran usar el baño cómodamente.

Volví a dar gracias a Dios por ver a mi marido con vida y en buen estado, aunque era presa

de una intensa aprensión. Acosada por vagas imágenes, acabé por dormirme.

Desperté al amanecer. Al acordarme de que no teníamos pan, me vestí, me lavé la cara y

fui a la cocina a encender el samovar.

Los niños estaban despiertos, pero la
puerta de la

sala seguía cerrada.

—¿Ha vuelto papá? —me preguntó en
voz baja Siamak, que me había seguido
a la

cocina.

—¿Cómo lo sabes? —repuse,
sorprendida.

—Hay algo raro. La sala está cerrada y
se ven sombras detrás del cristal.

—Sí, hijo mío. Pero no quiere que lo
sepa nadie, así que no debemos decir

nada.

—No está solo, ¿verdad?

—No; está con dos amigas tuyas.

—Me ocuparé de que Masud no se entere.

—Muy bien, hijo. Ahora eres todo un hombre, pero tu hermano todavía es pequeño y

podría contárselo a alguien.

—Ya lo sé. No dejaré que se acerque a la sala.

Siamak se quedó montando guardia junto

a la puerta de vidrio esmerilado, con tanta

determinación que Masud, cada vez más intrigado, quiso saber qué pasaba. Estaban a punto de pelearse cuando salió Hamid. Nuestro hijo pequeño se quedó paralizado,

mientras que el mayor se aferró a las piernas de su padre. Mi marido los abrazó y besó.

—Quédate un momento con tus hijos mientras preparo el desayuno —le pedí.

—De acuerdo, pero antes voy a lavarme. Y prepara también algo para nuestras

amigas.

Cuando nos sentamos los cuatro a desayunar, de pronto me entraron ganas de llorar.

—Gracias a Dios. —Suspiré—. Temí que nunca volviéramos a estar juntos.

—De momento todo va bien —señaló Hamid, mirándome con ternura—. No has

hablado con nadie, ¿verdad?

—No, ni siquiera con tus padres. Pero están muy intrigados. No dejan de preguntar por ti. Acuérdate de llamarlos; si no, armarán un alboroto, como tú

dices.

—Papá —intervino Siamak—, yo tampoco se lo conté a nadie. Y me encargué de que Masud no se enterara.

Hamid me miró estupefacto, pero por señas le di a entender que no debía preocuparse.

—Sí, Siamak me ayudó mucho. Sabe guardar un secreto —aseguré.

Masud, con su dulce tono infantil, dijo:

—Yo también tengo un secreto... Yo también tengo uno...

—Qué tontería —le espetó Siamak—.

Todavía eres pequeño, no entiendes nada.

—No soy pequeño. Sí que entiendo.

—¡Basta, niños! —exclamó Hamid. Y, volviéndose hacia mí, dijo—: Masum, prepara

algo para comer y luego vete a casa de tu padre. Te llamaré y te diré cuándo puedes regresar.

—¿Cuándo me llamarás?

—No lo sé, pero esta noche tendrás que quedarte allí.

—Pero ¿qué voy a decirles? Creerán

que hemos discutido.

—Da igual. Que piensen que estás enfadada. Pero no debes volver bajo ningún

concepto hasta que te llame.
¿Entendido?

—Sí, claro. Pero todo esto acabará causándonos problemas. Llevo una semana

angustiadísima. Por amor de Dios, llévate lo que hayas guardado en esta casa. Tengo miedo.

—Tú vete y así podremos llevárnoslo.

—Déjame quedarme, papá —terció Siamak.

Por señas, le di a entender a mi marido que debía hablar con el niño y me llevé a Masud a la cocina. Padre e hijo se sentaron frente a frente. Hamid hablaba con seriedad y

Siamak escuchaba muy atento. Ese día, mi hijo de seis años se comportó como un adulto

responsable que tiene un deber que cumplir.

Tras despedirnos de Hamid, nos dirigimos a casa de mi padre. Siamak, tranquilo y callado, se empeñó en cargar

con la bolsa de lona con nuestras cosas; a saber en qué estaría pensando. En casa de mi padre no jugó ni armó jaleo, sino que se sentó al borde del estanque a observar los peces. Ni siquiera reaccionó por la tarde, cuando Ehteram-Sadat trajo a Golam-Alí a la casa: ni se peleó con él ni hizo travesuras.

—¿Qué le pasa al niño? —me preguntó mi padre.

—Nada, padre. ¡Ya es todo un caballere!

Miré a Siamak y sonreí, y él me devolvió la sonrisa. Su rostro traslucía gran serenidad. Ahora Siamak, Hamid y yo compartíamos un secreto, un secreto

muy

importante. Éramos una familia unida.

Como es natural, a mi madre le sorprendió nuestra visita inesperada.

Por el camino, yo

había ido pensando qué excusa le daría para querer quedarme en su casa.

—Qué sorpresa más agradable —dijo en cuanto entramos—. ¿Qué te trae por aquí? Y

con equipaje...

—Hamid tiene una reunión de hombres —mentí—. Vendrán unos amigos suyos y

algunos empleados de la imprenta, y me dijo que estarían más cómodos si yo no estaba en

casa. Algunos vienen de provincias y se quedarán unos días. Mi marido me ha pedido que

no vuelva mientras ellos estén allí. Cuando se marchen, vendrá a buscarnos.

—¿Ah, sí? —repuso mi madre—. No sabía que Hamid Aga fuera tan escrupuloso y

que lo molestara que su esposa estuviera en la casa cuando llegan desconocidos.

—Bueno, cuando los hombres se reúnen

les gusta tener libertad para hablar de cosas

que no es apropiado mencionar en presencia de mujeres. Además, tengo unas piezas de tela con las que quería pedirle a Fati que me haga un vestido. Es la ocasión perfecta.

Me quedé tres días y tres noches en la casa paterna. Aunque estaba preocupada, fueron jornadas agradables. La señora Parvin me cosió una blusa y una falda muy elegantes, y Fati dos vestidos con estampado floral.

Hablamos mucho y reímos también. Mi madre, que había vuelto de Qum hacía una semana, contaba novedades sobre la

familia, nuestros

antiguos vecinos y conocidos. Me enteré de que Mabubeh tenía una hija y estaba esperando su segundo hijo.

—Seguramente también será una niña — predijo mi madre—. Lo sé por cómo se

comporta y por la cara que se le ha puesto. No te imaginas lo celosos que se pusieron todos cuando les hablé de tus hijos y los de Mahmud. Y la hija de Mabubeh es igual que

ella a su edad: pálida y vulgar.

—¡Madre! —la reprendí—. ¡Mabubeh era adorable de pequeña! Acuérdate de

sus

tirabuzones rubios. Y hoy en día ya no hay diferencia entre hijos e hijas, así que no hay

motivo para que estén celosos porque Mahmud y yo tengamos hijos varones.

—¿Cómo que no hay diferencia? Qué típico de ti hablar así; no valoras lo que tienes.

En fin, como podrás imaginar, estuvieron muy arrogantes. Ahora que son ricos se dan tantos aires que no me sorprendería que les pusieran nombres bonitos a los piojos que les

corren por la cabeza. Casi se mueren de envidia cuando les conté lo bien que le van las cosas a Mahmud Aga y el dinero que gana.

—Pero, madre, ¿por qué iban a estar celosos? Acabas de decir que son muy ricos.

—Es verdad, pero no pueden ni vernos. Les gustaría que todo nos saliera mal. Por cierto, tu tía comentó que el marido de Mabubeh quería llevarla de viaje a Occidente este

año, pero que Mabubeh se negó.

—¿Por qué? ¡Qué tonta!

—Nada de eso. ¿Por qué tendría que querer? En Occidente todo es impuro. ¿Cómo

rezaría sus oraciones? Por cierto, ¿sabías que detuvieron al tío de Ehteram-Sadat?

Mahmud está muy disgustado. Dice que podría tratarse de malos negocios.

—¿Cómo? ¿Quién lo detuvo?

—¡Quién va a ser! La policía secreta. Por lo visto, dio una charla en la mezquita.

—¿Lo dices en serio? ¡Bravo! No creía que fuera tan valiente. ¿Cuándo se lo

llevaron?

—Hace un par de semanas. Cuentan que están arrancándole la piel a tiras con unas pinzas.

Me recorrió un escalofrío. «Dios mío, ten piedad de Hamid», pensé.

A última hora de la tarde del tercer día, Hamid vino a recogernos en un Citroën dos caballos. Los niños se alegraron mucho de verlos a él y al coche. A diferencia de otras veces, Hamid no tenía prisa por marcharse: se sentó con mi padre en la cama de madera

del patio y tomaron té mientras charlaban.

—Gracias a Dios, me quedo tranquilo
—dijo mi padre al despedirnos—. Creía
que os

habíais peleado, el Señor no lo quiera, y
estaba preocupado. Pero he de decir que
lo he pasado muy bien estos tres días.
Veros a todos me ha tranquilizado el
alma.

Las palabras de mi padre, que no solía
decir cosas semejantes, me
conmovieron. Por

el camino a casa le conté a Hamid las
noticias de mis parientes, sobre todo de
la detención del tío de Ehteram-Sadat.

—La maldita SAVAK cada vez tiene más

poder —rezongó—. Persiguen a todas las

organizaciones.

—¿De dónde has sacado el coche? — pregunté, porque no quería que habláramos de

eso delante de Siamak.

—De momento puedo usarlo como si fuera mío. Tenemos que purgar algunos emplazamientos.

—Pues empieza por tu propia casa, por favor.

—Lo he hecho. La casa ya no me preocupa. Estaba muy nervioso, pues, si la hubieran

registrado, podrían habernos ejecutado a todos.

—¡Por amor de Dios, Hamid! Ten piedad de estos niños inocentes.

—He tomado todas las precauciones. Por ahora, nuestro hogar es el único emplazamiento seguro.

Aunque el coche era muy ruidoso y nosotros hablábamos en susurros, noté que

Siamak estaba muy atento.

—¡Chis! Los niños...

Hamid se volvió y miró a nuestro primogénito.

—Siamak ya no es un niño —dijo entonces, sonriendo—, sino un hombre. Cuidará de

ti cuando me vaya.

A Siamak le brillaban los ojos, henchido de orgullo.

Nada más llegar a casa, bajé al sótano. El candado ya no estaba en la puerta y en la

habitación del fondo no había más que enseres domésticos. Pensé que a la mañana siguiente haría una inspección meticulosa, por si se habían dejado algo.

Siamak seguía a su padre a todas partes. Ni siquiera quería dejarlo que se bañara tranquilo.

—Soy un hombre —dijo—. Me bañaré con papá.

Hamid y yo nos miramos y reímos. Se bañaron juntos después de hacerlo Masud y yo.

Sus voces resonaban en el cuarto de baño y oí parte de su conversación. Era enternecedor.

Pese al poco tiempo que Hamid pasaba con nosotros, padre e hijo tenían una relación muy estrecha.

Mi marido estuvo varios días muy ocupado, pero luego empezó a pasar gran parte de

su tiempo libre en casa. Parecía que no tuviera adónde ir y de sus amigos no había ni rastro. Ahora, como cualquier hombre, estaba de día en el trabajo y de noche en casa. Pero

yo lo veía cada vez más aburrido y frustrado. Aproveché la oportunidad y le pedí varias

veces que llevara a los niños al parque o a pasear, cosas que jamás había hecho. Creo que

aquéllos fueron los mejores días de la vida de mis hijos. La experiencia de tener un padre

y una madre y una existencia normal, que para los otros niños no era nada extraordinario

ni algo por lo que estar especialmente agradecido, significaba mucho para ellos, y para mí.

Poco a poco fui ganando confianza, hasta tal punto que un día llegué a proponerle a

Hamid que hiciéramos un viaje.

—Vayamos al mar Caspio, como el año que nació Siamak.

—No podemos —repuso él con gravedad—. Espero noticias. Debo estar en casa o en

la imprenta.

—Sólo un par de días —insistí—. Han pasado dos meses y no se han comunicado

contigo; además, la semana que viene empieza ya el colegio. Deja que los niños tengan algún recuerdo agradable, que vayan por lo menos una vez de viaje

con sus padres.

Los niños se agarraron a su padre. Masud le suplicó que nos llevara de viaje, aunque

no sabía qué era un viaje. Siamak no dijo nada, pero lo cogió de la mano y lo miró con

ojos esperanzados. Yo sabía que esa mirada haría flaquear la determinación de Hamid.

—¿Sabías que el marido de Mansureh se compró un chalet en el mar Caspio? —

proseguí—. Mansureh siempre me dice que han ido todos a visitarlos allí,

excepto nosotros. Si quieres, podemos llevarnos a tus padres. Al fin y al cabo, también se lo merecen. Y sueñan con hacer un viaje corto con su hijo.

Podemos ir en coche.

—No, el coche no resistirá la carretera de Chalus.

—Pues vayamos por la de Haraz. Dijiste que el coche era nuevo, ¿por qué no habría

de resistir? Conduciremos despacio.

Los niños seguían suplicándole, pero todo quedó zanjado cuando Siamak besó la

mano de su padre. Habíamos ganado.

Mis suegros no nos acompañaron, pero se alegraron mucho cuando supieron que

después de tantos años haríamos un viaje en familia. Mansureh, que ya estaba en el norte, habló por teléfono con Hamid y le dio la dirección. Y por fin partimos.

Al salir de la ciudad tuvimos la impresión de entrar en otro mundo. Los niños estaban tan

cautivados por las montañas, los valles y las praderas que pasaban largo rato con la nariz

pegada a la ventanilla sin que se los oyera. Hamid y yo íbamos canturreando. Me sentía

inmensamente feliz. Había rezado la oración que se acostumbra recitar antes de emprender

un viaje, y le pedí a Dios que no nos robara la buena suerte de estar juntos. El coche ascendía con esfuerzo las empinadas cuestas, pero no nos importaba. Deseaba que aquel

viaje no acabara nunca.

Había preparado unas croquetas de carne para el camino. Nos detuvimos en un

mirador y comimos. Los niños jugaban a perseguirse, deleitándome con sus risas.

—Qué raro —observé—. La actitud de Siamak ha cambiado drásticamente. ¿Te has

fijado en qué tranquilo está? Se ha vuelto obediente y agradable. No me acuerdo de la última vez que lo regañé, mientras que antes no había un día en que no nos peleáramos.

—No entiendo qué problema tienes con el niño —replicó mi marido—. A mí me parece un chico estupendo. Creo que lo entiendo mejor que tú.

—No, querido mío. Tú sólo ves cómo es cuando estás en casa. Si no estás, su carácter

cambia por completo. No tiene nada que ver con el niño que has tratado estos dos meses.

Eres como un sedante para él, lo tranquilizas.

—¡Bah, no digas eso! No me gusta que alguien dependa tanto de mí.

—Pues hay muchas personas que dependen de ti. Eso no puedes controlarlo.

—Me pongo enfermo sólo de pensarlo.

—Bueno, dejémoslo. No hablaremos de ello. Sólo disfrutaremos de estos preciosos

días que pasaremos juntos.

Mansureh nos había preparado una habitación espaciosa y aireada con vistas al mar.

Estando ella allí, Hamid no podía trasladarse a dormir a otra habitación, así que tuvo que

hacerlo conmigo. Todos disfrutábamos del mar y el sol. Yo quería broncearme; me solté el

pelo y me puse los vestidos estampados

y escotados que me había hecho últimamente.

Quería volver a atraer las miradas admirativas de mi marido. Quería su atención y su cariño. La tercera noche, Hamid cedió por fin, rompió su promesa de varios años y me tomó en sus brazos.

Aquel viaje memorable nos unió más que nunca. Yo no ignoraba que mi marido

esperaba que fuera para él algo más que un ama de casa. Leía cuanto podía y empecé a hablarle de lo aprendido con sus libros a lo largo de los años. Intentaba llenar el vacío que le habían dejado sus amigos, compartiendo ideas

con él y comentando asuntos políticos y sociales. Poco a poco se dio cuenta de que también me interesaban la política y la sociedad, y hasta acabó valorando mi inteligencia y mi buena memoria. Ya no me consideraba una niña ingenua ni una mujer sin educación.

—Es una lástima que con el talento que tienes no siguieras estudiando. ¿Por qué no

haces los exámenes de ingreso en la universidad? Estoy seguro de que si retomas los estudios avanzarás mucho —me dijo un día en que le recité un párrafo de un libro que él

había olvidado.

—No creo que apruebe. No domino el inglés. Además, si voy a la universidad, ¿qué

haré con los niños?

—Lo mismo que hacías cuando estabas preparándote para el diploma escolar.

Además, ahora los niños son mayores y dispones de más tiempo para ti.

Apúntate a clases

de inglés, o, mejor, matricúlate en clases de preparación para los exámenes de ingreso a la universidad. Puedes hacer lo que desees.

Habían pasado ocho años y por fin tenía una familia real, con la que disfrutaba de momentos agradables. Aquel otoño, aprovechando que Hamid estaba en casa por las

tardes, me matriculé en las clases preparatorias. No sabía cuánto durarían aquellas circunstancias, pero intentaba aprovechar al máximo aquellos días tan valiosos. Tratando

de convencerme, me decía que su grupo se había desintegrado y que en adelante

podríamos vivir como una familia normal. Hamid todavía estaba nervioso, atento al timbre

del teléfono, pero yo pensaba que esa inquietud también acabaría pronto.

Seguía sin saber nada de su organización, así que un día intenté averiguar a qué se dedicaban.

—No, no me preguntes por los chicos ni por nuestras actividades —me dijo—.

No es

que no confíe en mi mujer ni que no fueras a entenderlo, sino que, cuanto menos sepas,

mejor para ti.

No volví a expresar mi curiosidad por aquellos asuntos.

El otoño y el invierno transcurrieron tranquilamente. Poco a poco, la actividad de mi marido fue adquiriendo un nuevo ritmo. Una vez por semana, o cada quince días, hacía llamadas telefónicas y desaparecía un par de jornadas. En primavera me aseguró que el peligro ya había pasado y que todos los miembros del grupo estaban a salvo, la mayoría en casas seguras.

—¿Significa eso que en todo este tiempo no tenían casa? —pregunté.

—No. Eran fugitivos. Tras las primeras detenciones dieron con numerosos paraderos,

y muchos tuvieron que abandonar sus hogares.

—¿Charzad y Mehdi también se marcharon de su casa?

—Ellos fueron de los primeros. Perdieron cuanto tenían. Sólo les dio tiempo a salvar

los archivos y documentos.

—¿Tenían muchas cosas?

—Sí, la familia de Charzad le había dado una dote tan grande como para llenar dos hogares. Con el tiempo había regalado muchas cosas, pero todavía le quedaban otras tantas.

—¿Y adónde fueron? ¿Qué hicieron?

—¡Tranquila! No entres en detalles ni en temas tan serios.

Durante la primavera y el verano, Hamid realizó varios viajes largos. Estaba de buen humor y yo no permitía que nadie se enterara de sus ausencias. Entretanto, me dedicaba a

estudiar y prepararme para los exámenes de acceso a la universidad. Cuando aprobé, Hamid y yo nos alegramos mucho, y nuestras familias, además de sorprenderse,

reaccionaron de manera muy diferente.

—¿Para qué quieres ir a la universidad? No me digas que vas a ser médico —me preguntó mi madre, pues para ella la única razón por la que podía querer cursar una carrera universitaria era para estudiar Medicina.

Mi padre se alegró. Estaba orgulloso de mí, y asombrado.

—La directora de tu escuela me dijo que tenías mucho talento, pero yo ya lo sabía —

aseguró—. Ojalá alguno de mis hijos hubiera salido como tú.

Alí y Mahmud creían que yo todavía no había superado mi estupidez infantil y

que mi

marido no podía controlarme porque no tenía suficiente autoridad, no era lo bastante hombre y carecía de sentido del honor.

Yo estaba eufórica. Me sentía orgullosa y segura. Todo me salía bien.

Organicé una gran fiesta en homenaje a Manijeh, que se había casado hacía un tiempo

y a la que todavía no había tenido ocasión de agasajar en mi casa. Tras muchos años de

alejamiento, nuestras familias volvieron

a reunirse. Como era de esperar, Mahmud y Alí pusieron como excusa que en la fiesta habría mujeres sin *hiyab* y no asistieron, pero Ehteram-Sadat acudió con sus bulliciosos hijos.

Estaba tan contenta que nada podía inquietarme ni borrarla la sonrisa.

Mi vida tomó una nueva dirección. Matriculé a Masud en un parvulario cerca de casa. Por

la noche me ocupaba de mis obligaciones para asistir a la universidad por la mañana con

la conciencia tranquila, sin que a Hamid y los niños les faltara nada.

Empezaba a hacer frío. El viento otoñal sacudía las ramas de los árboles contra las ventanas. Una tarde la llovizna se mezcló con nieve y empeoró. Hamid acababa de quedarse dormido. «El invierno ha llegado de repente; menos mal que ya he sacado la ropa de abrigo», pensé.

Era casi la una de la madrugada y me disponía a acostarme cuando llamaron a la puerta. Me quedé inmóvil y el corazón se me desbocó. Esperé unos segundos pensando que serían imaginaciones mías, pero de pronto Hamid estaba de pie en medio de la sala,

con cara de pánico. Nos miramos.

—¿Tú también lo has oído? —le pregunté con un hilo de voz.

—¡Sí!

—¿Qué hacemos?

Se puso los pantalones encima del pijama y dijo:

—Entretenlos todo el tiempo que puedas. Saldré por la azotea; entonces abre la puerta.

Si hay algún peligro, enciende todas las luces. —Se puso a toda prisa una camisa y una chaqueta y corrió hacia la

escalera.

—¡Espera! Llévate un abrigo, un jersey, algo...

El timbre no dejaba de sonar.

—¡No hay tiempo! ¡Ve a ver quién es!

Hamid ya salía por la puerta que conducía a la azotea cuando agarré un jersey que vi

por allí y se lo lancé. Intenté serenarme y aparentar que acababa de despertarme. Me eché

un abrigo encima y bajé hasta el patio delantero, temblando de pies a cabeza.

Quienquiera que hubiera llamado al timbre había desistido y ahora golpeaba la puerta

con los puños. Encendí la luz del patio para que Hamid pudiera ver mejor desde la azotea

y abrí. Alguien empujó la puerta, entró precipitadamente en el patio y cerró. Era una mujer con un chador de estampado floral, que evidentemente le habían prestado, porque apenas

le llegaba a los tobillos. La miré, asustada.

—¡Charzad! —exclamé cuando el chador, empapado, resbaló por sus

hombros.

Se llevó un dedo a los labios para indicarme que callara y susurró:

—Apaga la luz. ¿Por qué lo primero que se os ocurre es encender la luz?

Miré a la azotea y apagué la luz. Charzad estaba calada hasta los huesos.

—Entra, vas a resfriarte —dije con un hilo de voz.

—¡Chis! ¡Silencio!

Aguzamos el oído detrás de la puerta por si detectábamos ruido en la calle, pero no se

oía nada. Al cabo, como si de pronto hubiera perdido toda su energía, Charzad se apoyó

contra la puerta y se deslizó hasta el suelo. El chador se le cayó, formando un charco a su alrededor. Apoyó los codos sobre las rodillas y ocultó la cabeza entre los antebrazos; el agua resbalaba por su pelo. La cogí por la axila y la ayudé a levantarse. No podía caminar.

Recogí su chador y le tendí la mano; la suya estaba muy caliente. Me siguió trabajosamente y subimos la escalera.

—Tienes que secarte bien —dije—.
Estás enferma, ¿verdad? —Ella asintió

—. Hay

agua caliente; ve a darte una ducha. Te llevaré ropa.

Sin decir una palabra, fue al cuarto de baño y se metió bajo la ducha. Cogió algunas prendas que le sentarían bien, llevó ropa de cama a la sala de estar y le preparé un lecho en el suelo. Salió del baño y se vistió. No decía nada y su mirada ausente recordaba a la de un niño traumatizado.

—Debes de tener hambre.

Ella negó con la cabeza.

—He calentado un poco de leche.

Vamos, bébetela.

Silenciosa y sumisa, se la tomó. La llevé a la sala, donde se quedó dormida antes incluso de haberse puesto cómoda bajo las mantas. La arropé bien, salí y cerré la puerta.

Entonces me acordé de Hamid. ¿Estaría todavía en la azotea? Subí y encontré a mi marido agachado bajo el toldo del pequeño hueco al final de la escalera.

—¿Has visto quién era? —musité.

—Sí, Charzad.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí? Ella

no supone ningún peligro.

—Al contrario, es un gran peligro. Debo esperar y comprobar si la han seguido.

¿Cuánto hace que ha llegado?

—Media hora... No, tres cuartos. Si la hubieran seguido, ya habría pasado algo, ¿no?

—No necesariamente. A veces esperan a que todos se hayan reunido. No hacen una redada en una casa sin antes planearla muy bien.

De nuevo, me eché a temblar.

—¿Y si entran en la nuestra? ¿A

nosotros también nos detendrían?

—No temas, tú no estás implicada. Aunque te detuvieran, no sabes nada. Te soltarían.

—Pero ¿cómo averiguarían que no sé nada? ¡Supongo que someténdome a torturas!

—Tonterías. No es tan sencillo. Debes aguantar. Si piensas así, perderás la seguridad.

Pero, dime, ¿cómo está? ¿Qué te ha dicho?

—Nada. No podía hablar. Creo que está muy enferma. Me parece que tiene una

gripe

tremenda.

—Charzad y Mehdi destacaron demasiado y los identificaron. Su casa fue la primera

que registraron. Llevan año y medio en la clandestinidad. Pasaron mucho tiempo en provincias hasta que les encontramos una casa segura. Deben de haberlos identificado otra

vez.

—¿Estás diciendo que llevan un año y medio sin casa?

—Sí.

—¿Dónde está Mehdi?

—No lo sé. Estaban juntos. Seguramente pasó algo que los obligó a separarse. Quizá a

él lo hayan detenido.

El corazón me dio un vuelco. Lo primero que me pasó por la cabeza fue que Mehdi

sabía nuestra dirección.

Esa noche Hamid montó guardia en la azotea hasta el amanecer. Le llevé ropa de abrigo y té caliente. Por la mañana

desperté a los niños un poco antes de lo habitual, les di el desayuno y los llevé a la escuela y al parvulario. Por el camino, miré bien alrededor por si detectaba algo sospechoso o inusual, buscando intenciones ocultas en cada mirada y movimiento. Cuando dejé a los niños, compré algunas provisiones y volví a casa.

—No sé qué hacer —me dijo Hamid, que ya había bajado—. ¿Voy a la imprenta o no?

—Es mejor que actuemos con normalidad para no llamar la atención.

—¿Has visto algo raro en la calle?

—No; todo normal. Quizá lo raro sea eso, que todo parezca normal. Quizá no quieran

que estemos alerta.

—Basta de imaginar cosas. Será mejor que espere y hable con Charzad para averiguar

exactamente lo ocurrido. Quizá ella necesite que haga algo. ¿No vas a despertarla?

—No, la pobre está agotada y enferma. ¿Quieres que telefonee a la imprenta y les diga

que hoy no irás? Así podrías descansar

un poco hasta que ella se despierte.

—No, no hace falta que llames, están acostumbrados a que de vez en cuando no

aparezca. Nunca llamo para avisar.

Charzad permaneció acostada, casi inconsciente, hasta la una de la tarde.

Preparé una

gran olla de sopa de nabos y mariné carne para hacer kebab. Ante todo, Charzad necesitaba reponer fuerzas; estaba mucho más delgada que la última vez que la había visto. Salí y compré sedantes, jarabe para la tos y un antitérmico. Cuando llegué, era la hora

en que los niños volvían a casa. Fui a verla, le puse una mano en la frente y comprobé que todavía tenía fiebre. Ella se sobresaltó y se incorporó en la cama; luego pasó unos segundos mirándome y mirando alrededor, sin saber dónde estaba y sin noción

del tiempo.

—No te asustes —susurré—. Cálmate. Soy yo, Masumeh. Aquí estás a salvo.

De pronto lo recordó todo. Respiró hondo y se desplomó sobre la almohada.

—Estás muy débil —dije—. Incorporate. Te he preparado sopa. Come un poco, toma

las medicinas que te he traído y vuelve a dormirte. Tienes una gripe muy fuerte.

Sus grandes ojos traslucían una profunda tristeza y los labios le temblaban, pero fingí

no darme cuenta y salí de la habitación. Hamid se paseaba por la sala.

—¿Se ha despertado ya? —me preguntó—. Tengo que hablar con ella.

—Espera, deja que primero coma un poco y se recupere.

Llevé la sopa y los medicamentos a la sala. Charzad estaba sentada en la cama. Al retirarle la toalla con que la noche

anterior le había envuelto el pelo, comprobé que todavía lo tenía un poco húmedo.

—Empieza a comer —dije—. Voy a buscar un peine.

Se metió una cucharada de sopa en la boca, cerró los ojos y la saboreó.

—¡Comida caliente! ¡Sopa! ¿Sabes cuánto tiempo hace que no probaba nada caliente?

Se me hizo un nudo en la garganta, pero no dije nada y salí. Hamid seguía paseándose

nervioso.

—¿Qué pasa? —le espeté—. ¿A qué viene tanta impaciencia? Espera unos minutos.

No te dejaré hablar con ella hasta que haya comido.

Cogí un peine y volví a la sala. Charzad tenía el pelo enredado y era difícil peinárselo.

—Un montón de veces quise cortármelo y librarme de él —me explicó—. Pero nunca

tenía tiempo.

—¿Cómo? ¿Por qué querías cortarte esta melena tan preciosa? Una mujer calva es

la

cosa más fea que hay.

—¡Una mujer! —dijo muy seria—. Sí, tienes razón. Se me había olvidado que soy una

mujer. —Rió con sarcasmo y se acabó la sopa.

—También he preparado kebab. Tienes que comer carne para reponer fuerzas.

—No, ahora no. Llevaba cuarenta y ocho horas sin tomar nada. Tengo que comer

despacio, en raciones pequeñas. Dame

un poco más de sopa dentro de un rato.
¿Está Hamid?

—Sí, está esperando para hablar contigo. Creo que está muy impaciente.

—Dile que venga. Ya me encuentro mejor. Vuelvo a sentirme viva.

Abrí la puerta y le pedí a mi marido que pasara. Saludó a Charzad tan educada y ceremoniosamente que pareció que estuviera ante su jefe. Salí y cerré la puerta.

Estuvieron hablando más de una hora. Cuando los niños volvieron de la escuela,

Siamak, como un perro que detecta el olor de un desconocido, me preguntó:

—¿Quién ha venido, mamá?

—Una de las amigas de tu padre. Pero no debes decírselo a nadie.

—Ya lo sé.

Y empezó a observarlo todo con suma atención. Fingió ponerse a jugar frente a la puerta de la sala de estar, pero en realidad era todo oídos.

—Ve a comprar un par de botellas de leche —le pedí.

—No, ahora no. —Y siguió simulando

que jugaba.

Hamid salió, se guardó en el bolsillo de la chaqueta unos papeles que llevaba en la mano y, mientras se calzaba, me explicó:

—Charzad se quedará aquí de momento. Ahora he de irme. Puede que llegue tarde, no

te preocupes; quizá esta noche no duerma en casa. Pero tranquila, seguro que mañana por

la tarde estaré aquí.

Fui a la sala de estar. Charzad estaba acostada.

—¿Te has tomado las medicinas?

—Perdóname, por favor —dijo turbada, incorporándose—. Ya sé que molesto.

Me

marcharé tan pronto como pueda.

—¡No digas eso! Necesitas descansar. Estás en tu casa. No te dejaré marchar hasta

que te hayas recuperado por completo.

—No quisiera causarte problemas. Todos estos años hemos intentado proteger esta

casa, a ti y a tus hijos, pero anoche puse

en peligro vuestra seguridad. Llevaba dos días yendo de un escondite a otro, y de pronto empezó a hacer frío. Se puso a llover y nevar, y

no me encontraba bien. Tenía fiebre, empeoraba por momentos. Temía desmayarme en plena calle. No tenía opción; si no, no habría venido.

—Hiciste muy bien en venir. Y ahora no te preocupes, por favor. Duerme y ten por seguro que aquí no ha pasado nada.

—Por amor de Dios, no seas tan formal conmigo.

—¡De acuerdo!

Pero no podía evitarlo. No sabía muy bien a qué atenerme, ni qué tipo de relación debíamos mantener. Los niños fisgaban por la rendija de la puerta y observaban a Charzad

con curiosidad.

—¡Que Dios los bendiga! —exclamó sonriendo y saludándolos con la mano —.

¡Cómo han crecido!

—Sí. Siamak ya está en tercero, y Masud tiene cinco años.

Le di los medicamentos y un vaso de agua.

—Creía que se llevaban menos años —
comentó ella.

—Siamak empezó a ir a la escuela un
año antes de lo que le correspondía.
Pasad, niños, y saludad a Cha... —De
pronto vi la cara de alarma de Charzad y
comprendí que

no debía mencionar su nombre. Vacilé
un momento y dije—: Venid a saludar a
la tía Cheri.

Charzad arqueó las cejas y rió, como si
el nombre le pareciera estúpido.

Los niños entraron a saludar. Siamak la
escudriñaba con tanta curiosidad que
ella se

puso nerviosa, e incluso agachó la cabeza para asegurarse de que no se le había desabrochado ningún botón de la blusa.

—Bueno, basta —dije—. Ahora, fuera. Vuestra tía tiene que descansar. —Salí con

ellos de la habitación y les dije—: No hagáis ruido y no le digáis a nadie que vuestra tía ha venido a visitarnos.

—¡Ya sé lo que tengo que hacer, mamá!
—me espetó Siamak.

—Sí, hijo. Pero ahora también tiene que saberlo Masud. ¿Lo entiendes, cariño?
Éste

es nuestro secreto. No puedes contárselo a nadie.

—Vale —repuso Masud, muy contento.

Charzad se recuperó casi completamente en pocos días, aunque aún tenía una tos seca

que por las noches no la dejaba dormir. Yo intentaba abrirle el apetito preparándole platos sabrosos, a ver si recuperaba algo del peso perdido. Hamid iba y venía sin cesar, hablaba

con Charzad a puerta cerrada y volvía a marcharse.

Pasó una semana. Charzad se paseaba

por las habitaciones, tratando de mantenerse alejada de las ventanas. Yo había dejado de asistir a la universidad, y tampoco llevábamos

a Masud al parvulario por temor a que contara algo de lo que sucedía en casa. Se pasaba el

día jugando tranquilamente, construyendo casas con el nuevo Lego que le había comprado

Hamid y haciendo preciosos dibujos que revelaban un talento especial que no se

correspondía con su edad. También emocionalmente exhibía el espíritu creativo de un artista. Se quedaba

mirando los objetos y descubría en ellos cosas que los demás no habíamos visto. Cuando hacía buen tiempo, pasaba horas entretenido con las plantas y flores del jardín. Hasta plantaba semillas que, sorprendentemente, germinaban. Vivía en otro mundo. Era como si las cosas mundanas carecieran de valor para él. A diferencia de

Siamak, sabía perdonar y se adaptaba a cualquier situación. Agradecía cualquier detalle.

Era muy consciente de mis emociones, y si percibía que estaba disgustada, intentaba animarme con un beso.

Masud y Charzad enseguida se

encariñaron. Les gustaba estar juntos.
Masud la

vigilaba sin cesar, le hacía dibujos y le construía casas. Pasaba sentado en su regazo largos ratos en que, con su extraño y encantador lenguaje infantil, le contaba historias sobre las cosas que había construido. Charzad reía entusiasmada y el niño, alentado, seguía con su

zalamera charla.

Siamak, en cambio, trataba a Charzad con respeto y reserva, igual que Hamid y yo. A

mí me resultaba muy simpática, e

intentaba mostrarme relajada y afable con ella, pero, no

sé por qué, a su lado me sentía como una colegiala. Ella representaba la competencia, la

astucia política, el coraje y la independencia, atributos que la habían convertido en alguien sobrehumano para mí. Se la veía cómoda conmigo y siempre me trataba bien, pero yo no

podía olvidar que era el doble de perspicaz e inteligente que mi marido e incluso le daba

órdenes.

Hamid y Charzad mantenían largas charlas, pero yo procuraba no molestarlos ni

mostrar curiosidad. Una noche, tras acostar a los niños, fui al dormitorio y me puse a leer.

Creyendo que yo también me había acostado, ellos dos se sentaron en la sala y se pusieron

a charlar tranquilamente.

—Es una suerte que Abbas no estuviera en esta casa —dijo Hamid—. El muy granuja

no aguantó ni cuarenta y ocho horas.

—Siempre supe que era débil —replicó ella—. ¿Te acuerdas de que en los

entrenamientos solía fastidiar? Su convicción no era muy sólida.

—¿Por qué no se lo dijiste a Mehdi?

—Se lo dije, pero pensó que ya era demasiado tarde para apartarlo, que Abbas lo sabía

todo. Dijo que debíamos intentar convencerlo, que tenía una buena base. Pero en el fondo

nunca dejé de recelar de él.

—Sí, ya me acuerdo —dijo Hamid—.

Incluso cuando ya habíamos llegado a la frontera, tú seguías oponiéndote a que viniera con nosotros.

—Por eso Mehdi jamás le dio información relevante y yo intenté que no conociera a

mucha gente. Es una gran ventaja que no sepa nada de ti, ni siquiera tu verdadero nombre, ni dónde vives o trabajas.

—Claro, pero la mayor suerte es que no viviera en Teherán. Si no, habría acabado por

averiguarlo todo.

—Si ese inútil hubiera aguantado cuarenta y ocho horas, lo habríamos salvado todo.

En fin, gracias a Dios, no han descubierto el núcleo central ni detenido a los chicos de Teherán. Con las municiones que quedan deberíamos tener suficiente. Si la operación sale

bien, como habíamos planeado, podremos hacernos con las armas del enemigo.

Noté un escalofrío y un sudor helado en la frente. ¿Qué planeaban? ¿Dónde habían estado? Dios mío, ¿dónde y con quién habían vivido? Sabía que conspiraban contra el régimen del sah,

pero ignoraba que el alcance de sus actividades fuera de tal amplitud.

Siempre había imaginado que su grupo se limitaba a celebrar debates intelectuales, imprimir panfletos, escribir artículos, boletines informativos y libros y dar charlas.

Esa noche, cuando Hamid vino al dormitorio, le conté que lo había oído. Llorando le

supliqué que lo dejara, que pensara en su vida y en sus hijos.

—Ya es demasiado tarde —respondió—. Nunca debí formar una familia. Te lo dije de

mil maneras diferentes, pero jamás lo aceptaste. Estoy vivo gracias a mis ideales y a mi deber de cumplirlos. No puedo pensar en mis hijos y olvidar a los miles de niños desgraciados que viven bajo la tiranía de ese verdugo. Hemos jurado salvar al pueblo y liberarlo.

—Pero eso que planeáis es muy peligroso. ¿De verdad crees que con un puñado de personas puedes enfrentarte al ejército, la policía y la SAVAK, destruirlos y salvar al pueblo?

—Hemos de hacer algo para que el mundo deje de creer que este país es un remanso

de paz y estabilidad. Debemos sacudir los cimientos para que las masas despierten, pierdan el miedo y empiecen a convencerse de que podemos derribar el régimen.

Entonces, poco a poco, irán uniéndose a nosotros.

—Sois demasiado idealistas. No creo que lo que dices suceda nunca. Os destruirán a

todos. Estoy aterrorizada, Hamid.

—Porque no tienes fe. No armes tanto alboroto. Lo que has oído sólo era una charla.

Hemos hecho cientos de planes como éste y ninguno se ha llevado a cabo. No te amargues

y no alteres la paz de los niños por una tontería. Acuéstate. Y no comentes nada con Charzad.

Cuando Hamid llevaba ya diez días con idas y venidas, recibiendo mensajes y órdenes

de y para personas y lugares desconocidos, se tomó la decisión de que Charzad no saldría

de casa hasta nuevo aviso y que debíamos recuperar nuestra vida normal. El único problema era cómo impedir

que viniera gente a vernos.

Aunque por lo general no recibíamos muchas visitas, de vez en cuando aparecían

nuestros padres, la señora Parvin y Fati, lo que podía crearnos dificultades. Así que decidimos llevar a Bibi y los niños a visitar a los padres de Hamid con regularidad para

evitar que vinieran ellos. Les dije a mis familiares que tenía clase en la universidad todos los días y que iría yo a visitarlos cuando pudiera, así como que les dejaría a los niños los días que tuviera clase por la tarde. Pese a todo, de vez en cuando recibíamos visitas

inesperadas: en esas ocasiones, Charzad se quedaba en la sala de estar y cerraba desde dentro, y al visitante le decíamos que habíamos perdido la llave y no podíamos utilizar la

estancia.

Charzad intentaba ayudarme en las tareas domésticas, pero no se le daban nada bien y se

burlaba de su propia incompetencia. Como había intimado mucho con los niños, se ocupaba de Masud, a quien profesaba gran cariño. Y por las tardes, cuando Siamak volvía

de la escuela, lo ayudaba a hacer los

deberes, repasaba con él las lecciones y le ponía dictados. Entretanto, yo iba a la universidad y también a clases de conducir. Estábamos de

acuerdo en que, si aprendía a conducir, podía ser útil en caso de emergencia y vital para la seguridad de los niños. El Citroën aún seguía tapado en el jardín. Charzad y Hamid creían

que el coche no levantaría sospechas y que no había peligro en que yo lo utilizara.

Masud no se separaba de Charzad y siempre se le ocurría algo que regalarle; un día dibujó una casa y le dijo que era para ella, y que cuando fuera mayor la

construiría, se casarían y vivirían allí.
Charzad colgó el dibujo en la pared.
Cuando me acompañaba a la

tienda, Masud me pedía que comprara la comida favorita de Charzad. Los días soleados buscaba regalos para ella en el patio. Como en esa época del año apenas había flores, cortaba capullos de la zarza de quimonanto y se los ofrecía a la tía Cheri, que los guardaba como si fueran sumamente valiosos.

A medida que pasaba el tiempo, yo aprendía más cosas sobre ella. Era una mujer muy

sencilla y, aunque no podía decirse que fuera hermosa, era atractiva y

encantadora. Un día, después de ducharse, me pidió que le cortara el pelo a lo chico.

—¿Quieres que use el secador? —le propuse—. Así se te secará en un momento y te

quedará muy bonito.

No se opuso. Masud miró muy atento cómo peinaba a Charzad. Sabía apreciar la

belleza y disfrutaba observando cómo se acicalaban las mujeres. Cuando me aplicaba aunque sólo fuera un poco de pintalabios, siempre se fijaba y me hacía algún comentario

agradable; lo que más le gustaba era que me pintara los labios de rojo.

—Tía Cheri, ponte esto —dijo el niño cuando terminé de secarle el pelo, ofreciéndole

un pintalabios.

Charzad me miró.

—Maquíllate —la animé—. ¿Por qué no?

—Es que me da vergüenza.

—¿De quién? ¿De mí? ¿De Masud? Además, ¿qué hay de malo en maquillarse un

poco?

—No lo sé, supongo que nada, pero lo encuentro inapropiado. Es demasiado frívolo.

—¡Qué bobada! ¿Me estás diciendo que nunca te has maquillado?

—Antes sí, cuando era más joven. Y me gustaba, pero ya hace años que no...

—Píntatelos, tía, por favor —insistió Masud—. Si no sabes, puedo enseñarte.
—Cogió

el pintalabios y se lo aplicó. Entonces se apartó un poco y la miró, regocijado y lleno de

admiración. Palmoteando y riendo, dijo
—: ¡Está muy guapa! ¡Mira qué guapa!
—Y se le

echó en los brazos plantándole un
sonoro beso en la mejilla.

Charzad y yo reímos también, pero de
pronto ella se puso seria, dejó al niño en
el suelo y, con sencillez e inocencia,
declaró:

—Qué envidia me das. Eres una mujer
muy afortunada.

—¿Envidia? —repuse sorprendida—.
¿Yo te doy envidia?

—Sí. Creo que es la primera vez que me

siento así.

—Es una broma, ¿no? Soy yo quien debería tenerte envidia. Siempre deseé ser como

tú. Eres una mujer increíble: instruida, valiente, capaz de tomar decisiones... Estoy convencida de que Hamid desearía una esposa como tú. ¿Y dices que...? No, no, estás de

broma. La que debería tener envidia soy yo, pero no creo que pueda permitírmelo: sería como si una plebeya sintiera envidia de la reina de Inglaterra.

—Tonterías. Yo no soy nadie. Tú eres mucho mejor y más completa. Eres una

auténtica señora, una buena esposa, una madre abnegada, te gusta leer y aprender, y estás

dispuesta a sacrificarte por tu familia.
—Afligida, suspiró y se levantó de la silla.

—¿Cómo está Mehdi? —pregunté, intuyendo que echaba de menos a su marido—.

¿Hace mucho que no lo ves?

—Sí, casi dos meses. La última vez, un par de semanas antes de venir aquí.

Dadas las

circunstancias, no tuvimos más remedio

que tomar dos rutas de huida diferentes.

—¿Has sabido algo de él?

—Sí, el pobre Hamid no deja de hacer de correo con los mensajes que nos intercambiamos.

—¿Por qué no viene aquí una noche?

—Sería demasiado peligroso, tu hogar dejaría de ser seguro. Debemos ser prudentes.

—Hamid dice que vuestra boda la arregló la organización, pero no me lo creo —

comenté, sin hacer caso de las advertencias de mi marido.

—¿Por qué?

—Porque os queréis como esposos y no como compañeros.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy una mujer, sé reconocer el amor, lo noto. Y tú no eres la clase de mujer que comparte el lecho con un hombre al que no ama.

—Sí —concedió—. Siempre lo he querido.

—¿Os conocisteis en la organización?

Ay, lo siento, soy una entrometida. No me

hagas caso.

—No pasa nada, no me importa. Hace años que no tengo una amiga con quien hablar.

Siempre estaba rodeada de gente, cierto, pero siempre era yo quien escuchaba. Y la necesidad de hablar de uno mismo jamás desaparece. Creo que, en los últimos años, eres

la única persona con la que he podido hablar de cosas personales.

—Yo sólo tuve una amiga de verdad en

mi vida, y la perdí hace mucho.

—Bueno, está visto que nos necesitamos, aunque yo más a ti. Al menos, tú tienes una

familia; yo ni eso. No te imaginas cómo los echo de menos, cómo añoro los cotilleos, las

noticias familiares, la cháchara sencilla y los temas cotidianos. Una no puede pasarse la vida hablando de política y filosofía. A veces me pregunto qué estará pasando en nuestra

casa y me doy cuenta de que ya no recuerdo los nombres de algunos niños de la familia.

Ellos también deben de haberme olvidado. Ya no pertenezco a ninguna familia.

—Pero ¿vosotros no creéis pertenecer a las masas y a la familia global de la clase trabajadora?

—¡Ya veo que has hecho los deberes! — exclamó ella, riendo—. Aun así, echo de menos a mi familia verdadera...
Perdona, ¿qué me habías preguntado?

—Que dónde os habíais conocido Mehdi y tú.

—En la universidad. Él iba dos cursos por delante. Tenía dotes de liderazgo y

una mente sagaz y analítica. Cuando me enteré de que los panfletos que estaban distribuyendo

y los eslóganes que aparecían en las paredes de la residencia eran suyos, se convirtió en mi héroe.

—¿En aquella época todavía no te interesaba la política?

—Sí, sí, ¿cómo no iba a interesarle a una estudiante que se las daba de intelectual? Ser

de izquierdas y oponerse al régimen era casi un deber para los universitarios. Hasta los que no estaban convencidos utilizaban la política para parecer

intelectuales. Había muy pocos adeptos verdaderos como Mehdi. Yo todavía no había leído ni aprendido lo

suficiente, y no sabía muy bien en qué creía. Él dio forma a mis ideas y creencias, pues,

pese a provenir de una familia religiosa, había leído a Marx, Engels y otros, y los analizaba muy bien.

—¿Y te convenció para que te unieras a la organización?

—En esa época no existía ninguna organización. La pusimos en marcha juntos mucho

más adelante. De no ser por Mehdi, quizá yo habría elegido otro camino. Pero no me habría alejado mucho de la política.

—¿Y cómo acabasteis casándoos?

—El grupo empezaba a cobrar forma. Dado que yo provenía de una familia

tradicional, como muchas chicas iraníes no podía salir cuando quería ni llegar tarde por las noches, así que uno de los compañeros propuso que, para que yo pudiera dedicar todo mi

tiempo a la causa, me casara con alguien del grupo. Mehdi le dio la razón y, haciéndose

pasar por un pretendiente real, vino a mi casa con su familia y pidió mi mano.

—¿Te hizo feliz la boda?

—Bueno, no me disgustó casarme con él, pero habría preferido que el motivo del enlace hubiese sido otro. No me hizo mucha gracia que me propusiera matrimonio de esa

forma. Era joven y romántica, y estaba muy influida por la estúpida literatura burguesa.

Una fría y neblinosa noche de febrero, a la una de la madrugada y pese a los peligros que

habían mencionado, Mehdi entró sigilosamente en nuestra casa. Acababa de quedarme dormida cuando me despertó el ruido de la puerta de la calle. Mi marido leía un libro tranquilamente.

—¡Hamid! ¿Has oído eso? Era la puerta. ¡Ha entrado alguien!

—Duérmete, no es asunto tuyo.

—¿Qué quieres decir? ¿Esperas a alguien?

—Sí, es Mehdi. Le di una llave.

—¿No decías que era demasiado peligroso?

—Le perdieron la pista hace un tiempo.
Y hemos tomado muchas precauciones.

Necesita hablar con Charzad, pues no se
ponen de acuerdo sobre ciertos temas y
han de

tomar decisiones. Como yo no podía
seguir haciendo de intermediario,
tuvimos que organizar un encuentro.

Me entraron ganas de reír. ¡Qué pareja
tan rara! Un matrimonio que usaba
cualquier

pretexto excepto el amor y la añoranza
para estar juntos.

Aunque debía marcharse a primera hora

de la mañana, Mehdi se quedó, pues, según

me contó Hamid, todavía no se habían puesto de acuerdo. Sin poder evitar reírme, me dediqué a mis cosas. A última hora de la tarde, cuando mi marido volvió a casa, los tres

estuvieron horas hablando y discutiendo a puerta cerrada. Charzad tenía color en las mejillas y parecía más animada, pero rehuía mi mirada, como una colegiala tímida cuyo

secreto ha sido descubierto, y fingía que nada había ocurrido.

Mehdi se quedó tres noches, y luego se

marchó tan silenciosamente como había llegado. No sé si volvieron a verse, pero estoy segura de que aquellos pocos días fueron

los más dulces de sus vidas. Masud pasaba mucho rato con ellos; iba de los brazos de Mehdi a los de Charzad, quienes reían con sus zalamerías, juegos y bromas. A través del

vidrio esmerilado, divisé la silueta de Mehdi paseándose por la sala a cuatro patas con Masud a su espalda. ¡Qué extraño! Jamás hubiera creído que un hombre tan serio, que nunca sonreía, pudiera simpatizar tanto con un crío. Detrás de aquellas puertas, Mehdi y

Charzad podían relajarse y ser ellos mismos.

Cuando su marido se marchó, Charzad pasó varios días deprimida e irritable. Se

entretenía leyendo, y ya había acabado casi todos nuestros libros. Dormía con un volumen

de poesía de Forough bajo la almohada.

Hacia finales de febrero, me pidió que le comprara blusas y pantalones y un bolso grande de correa fuerte. Todos los bolsos que le llevé le parecían pequeños.

—¡Entonces lo que quieres es un bolsón, no un bolso! —exclamé al fin, desistiendo.

—¡Exacto! Pero no demasiado grande, para no llamar la atención. Ha de ser fácil de

llevar, pero lo bastante grande para que quepan todas mis pertenencias.

«¿La pistola también?», pensé, pues sabía que Charzad tenía una, y me daba mucho miedo que los niños la encontraran.

Charzad estaba preparada para marcharse. Sólo esperaba una orden o una noticia, que

llegó a mediados de marzo, antes de Año Nuevo. Descartó su ropa y su bolso viejos y me

pidió que me deshiciera de ellos. Metió la ropa nueva y el resto de sus artículos personales en el bolsón que le había comprado, y al fondo, con mucho cuidado, los dibujos de Masud

junto a la pistola. Estaba rara. Se había cansado de vivir en la clandestinidad, encerrada en nuestra casa sin poder salir; necesitaba aire fresco, ir a la calle y ver gente, pero, ahora que había llegado el momento, parecía triste y deprimida. Abrazaba sin cesar a Masud, diciendo: «¿Cómo voy a separarme de

ti?» Lo estrechaba con fuerza y ocultaba sus ojos

llorosos en el cabello de mi hijo.

Masud sabía que Charzad podía marcharse en cualquier momento. Todas las noches

antes de acostarse, y todos los días antes de salir a la calle conmigo, le hacía prometer que no se iría en su ausencia, y siempre que tenía ocasión le decía: «¿Por qué te vas? ¿Me he

portado mal? Prometo no ir a tu cama por la mañana y no volver a despertarte. Si te vas,

llévame contigo; así no te perderás. No conoces estas calles.» Entonces ella todavía se entristecía más y se sentía más insegura, y no sólo se apenaba ella, sino también yo.

La última noche que pasó con nosotros, Charzad durmió con mi hijo pequeño. Estuvo

contándole cuentos, pero al final no pudo contener las lágrimas. Masud, que como todos

los niños veía y entendía cosas con los ojos del corazón, le cogía la cara con sus manitas y decía: «Sé que mañana, cuando me despierte, ya no estarás aquí.»

Pasada la medianoche, Charzad salió de la casa como había planeado. En ese mismo

instante ya la eché de menos y sentí el vacío que dejaba.

—Gracias por todo —me dijo antes de alejarse, abrazándome—. Cuida mucho de

Masud. Vigílalo. Es un niño muy sensible. Me preocupa su futuro. — Entonces miró a Hamid y añadió—: Eres un hombre afortunado; valora lo que tienes: una familia

maravillosa. No quiero que nada altere la paz y la serenidad de este hogar.

—¿Sabes lo que estás diciendo? —
repuso mi marido, mirándola
sorprendido—.

¡Vámonos, se hace tarde!

Al día siguiente, cuando fui a ordenar y
limpiar la sala de estar, saqué el
volumen de

poesía de Forough de debajo de la
almohada. Dentro había un lápiz. Abrí el
librito por esa

página y vi que Charzad había
subrayado estos versos:

¿Qué cumbre, qué cima?

*Refugiadme, luces parpadeantes,
recelosos e iluminados hogares
en cuyas soleadas azoteas oscila
la ropa tendida y se perfuma de hollín.
Refugiadme, mujeres sencillas y sanas
que con suaves dedos seguís
los excitantes movimientos de un feto
bajo vuestra piel,
mientras en vuestros escotes
el aire se mezcla con la fragancia de la
leche fresca.*

Una lágrima resbaló por mi mejilla.

—¿Se ha ido? —me preguntó Masud, mirándome con pena desde el umbral.

—Buenos días, hijo mío. En fin, tarde o temprano tenía que volver a su casa.

Masud corrió hacia mí, apoyó la cabeza en mi hombro y lloró. Nunca olvidó a su querida tía Cheri. Años más tarde, cuando ya era un hombre hecho y derecho, aún decía:

«Todavía sueño con la casa que construí para ella y en la que viviríamos juntos.»

Tras la marcha de Charzad empecé a preparar el Año Nuevo: tenía que hacer

una limpieza

a fondo, comprar ropa para los niños, sábanas nuevas, cambiar las cortinas de la sala de

estar... Quería que la fiesta de Año Nuevo fuera divertida y emocionante para mis hijos,

así que intenté cumplir escrupulosamente las tradiciones, a fin de que quedara grabada en

sus mentes como un bonito recuerdo de su infancia. Siamak se encargaba de regar las semillas que habíamos plantado y Masud pintaba huevos.

—No puedo creer que estés haciendo todo esto —decía Hamid, riendo—.

¿Por qué

malgastas tanta energía?

Pero en el fondo también estaba contento y emocionado con el Año Nuevo. Desde que

pasaba más tiempo con nosotros, se veía implicado en nuestra vida cotidiana e,

inconscientemente, expresaba su satisfacción.

Contraté a una asistente para que me ayudara a limpiar la casa desde la azotea hasta el

sótano. La casa entera olía a Año Nuevo.

Por primera vez hicimos todas las visitas de rigor como una familia completa.

Asistimos a las reuniones y, para celebrar el decimotercer día, fuimos de picnic con la familia de Hamid.

Acabadas las vacaciones, más animada y feliz, volví a concentrarme en

mis estudios y en los de Siamak.

Mi marido pasaba mucho tiempo en casa, esperando una llamada que nunca llegaba.

Estaba nervioso e impaciente, pero no podía hacer nada. A mí no me importaba; me gustaba tenerlo en casa. Cuando, acabados los exámenes finales, empezó el verano, planeé

diferentes actividades para mis hijos. Quería que pasáramos el verano juntos. Como ya tenía carnet de conducir, les había prometido que por las tardes los llevaría al cine, al parque, a alguna fiesta o al parque de atracciones. Ellos estaban muy contentos y yo me sentía realizada.

Una tarde, al volver del parque, compré un periódico, pan y otros alimentos.
Hamid

todavía no había llegado a casa. Tras colocar las cosas en su sitio, empecé a cortar el pan, que estaba encima del periódico, de modo que poco a poco fue apareciendo el titular de la

primera plana. Aparté las rebanadas: aquellas palabras se clavaron en mis ojos como dagas, aunque no acababa de comprender su significado. Petrificada, empecé a temblar como si hubiera recibido una descarga eléctrica, sin poder apartar la vista del periódico. La cabeza me daba vueltas, el estómago se me revolvía. Los niños, al darse cuenta, se acercaron a mí, pero no entendía lo que me decían. Entonces Hamid llegó presa de la agitación, muy angustiado.

Nos miramos y supe que era cierto; no hizo falta que hablásemos.

Hamid se arrodilló y dándose puñetazos en los muslos bramó: «¡Noooo!»

Entonces se

agachó aún más, hasta apoyar la frente en el suelo. Lo vi tan fuera de sí que se me olvidó

que yo también estaba horrorizada. Los niños nos miraban desconcertados. Me recobré y

les pedí que salieran a jugar al jardín; ellos obedecieron sin protestar, pero sin dejar de mirarnos. Luego Hamid apoyó la cabeza contra mi pecho y lloró como

un niño. No sé cuánto rato pasamos allí sentados, llorando, mientras él no paraba de repetir: «¿Por qué?

¿Por qué no me lo dijeron? ¿Por qué no me lo dijeron?»

Al cabo de un rato, la rabia y el dolor lo llevaron a actuar. Se lavó la cara y salió de

casa como un poseso. No pude retenerlo.

—Ten cuidado, podríamos estar todos vigilados. No bajas la guardia —se limitó a decirme.

Leí el artículo del periódico: durante

una operación militar, habían capturado a Charzad y algunos más, los cuales, para evitar caer en manos de la SAVAK, se habían suicidado haciendo explotar las granadas que llevaban en la ropa. Lo leí una y otra vez, como si leyéndolo desde diferentes ángulos fuera a descubrir la verdad, pero el resto del

texto no hacía más que desgranar los insultos de siempre a aquellos traidores y sabotadores. Luego escondí el periódico para que Siamak no lo leyera. Mi marido regresó

de madrugada, agotado y desesperado.

—Es el caos. Todas las líneas de comunicación están cortadas —dijo,

tumbándose en

la cama sin desvestirse.

—Pero tienen tu número. Si es necesario, te llamarán.

—Entonces, ¿por qué no han telefoneado aún? Hace más de un mes que nadie se pone

en contacto conmigo. Yo estaba al corriente de la operación, tendría que haber participado

en ella, me habían entrenado. No sé por qué me dejaron fuera. Si hubiera estado allí, nada

de esto habría pasado.

—¿Estás diciendo que te habrías enfrentado solo a todo un ejército y que habrías salvado a tus compañeros? Si hubieras estado allí, también te habrían matado. —Y pensé:

«¿Por qué no lo incluyeron ni le dijeron nada? ¿Fue idea de Charzad? ¿Lo excluyeron para

proteger a su familia?»

Transcurrieron dos o tres semanas. Hamid, muy nervioso, se pasaba el día fumando a la espera de noticias, y cada vez que sonaba el teléfono daba un brinco. Hizo lo posible para

localizar a Mehdi y los otros miembros clave del grupo, pero no había ni rastro de ellos. A diario llegaban noticias de nuevas detenciones. Volvió a repasar todas las rutas de huida.

En la imprenta hubo una purga y despidieron a varios empleados. Todos los días se producían sucesos e incidentes; el peligro estaba en el aire. Vivíamos cada segundo pendientes del desastre.

—Están todos escondidos —le dije—. Quizá se hayan marchado. Vete de viaje y

vuelve cuando las cosas se hayan calmado. Todavía no te han identificado,

puedes salir del

país.

—No pienso irme del país.

—Pues vete entonces a un pueblo pequeño, a las provincias, lejos, y quédate allí hasta

que haya pasado todo.

—No; quiero estar cerca de un teléfono, el de casa o el de la oficina. En cualquier momento podrían necesitarme.

Intenté retomar la rutina, pero nada era normal. Sufría mucho y temía por la vida de

Hamid. El rostro de Charzad y los recuerdos de los meses que habíamos pasado juntas me

perseguían sin tregua.

El día que conocimos la noticia de la operación militar, Siamak dio con el periódico,

se lo llevó a la azotea y leyó el artículo. Yo estaba en la cocina cuando volvió, pálido y con el diario apretado en una mano.

—¿Lo has leído? —le pregunté.

Siamak apoyó la cabeza en mi regazo y rompió a llorar.

—Por favor, que no se entere Masud — dije.

Pero mi hijo pequeño ya lo sabía. Desde ese día, estaba triste y callado, y muchas veces se quedaba sentado en un rincón. Dejó de hacer manualidades y dibujos para su tía

Cheri. Y de preguntar por ella, poniendo un cuidado obsesivo en no mencionarla. Poco después me fijé en que dibujaba escenas extrañas con colores oscuros; eran tonos e imágenes que nunca había visto en sus dibujos. Si le pedía que me los explicara, no me contaba las historias que representaban. Temí que esa tristeza de la que no hablaba y que

no pasaba afectara de forma permanente a su alma alegre y despreocupada.

Masud había

nacido para reír, amar y consolar a otros, no para sufrir.

No podía hacer gran cosa para proteger a mis hijos de las experiencias dolorosas de la

vida ni de las amargas realidades a las que tendrían que enfrentarse. Eso también formaba

parte de su proceso de madurez.

Hamid estaba aún peor que los niños. Deambulaba por la casa, cuando no

desaparecía varios días seguidos, pero volvía igual de angustiado, y entonces yo sabía que no había encontrado lo que buscaba. La última vez que se marchó no supimos nada de él durante

más de una semana. Ni siquiera telefoneó para preguntar si alguien había intentado contactar con él.

Estaba muy preocupada. Desde la muerte de Charzad, ya no me gustaba comprar el

periódico, aunque a diario, y cada vez más pronto, corría al quiosco a la espera de que llegara la prensa. De pie en la calle, lo hojeaba atemorizada y, tras asegurarme de que no

había sucedido nada, volvía a casa ya más tranquila. En realidad, no lo leía para enterarme de las noticias: sólo quería asegurarme de que no había tales.

A finales de julio me topé por fin con la noticia que tanto temía. Todavía no habían cortado el cordón que sujetaba el montón de diarios cuando reparé en el titular. Me quedé

petrificada. Luego empezaron a temblarme las rodillas y noté que me faltaba el aire. No

recuerdo cómo pagué el periódico ni cómo volví a casa.

Los niños jugaban en el patio. Subí a la

carrera a mi habitación y cerré la puerta.
Me

senté en el suelo y extendí el periódico
ante mí. El corazón me latía desbocado.
Según informaba el artículo, habían
eliminado a los líderes de una
organización terrorista y nuestro querido
país había quedado limpio de traidores.
La lista de nombres desfiló ante
mis ojos. Eran diez, Mehdi entre ellos.
La releí. No, el nombre de Hamid no
aparecía.

Me embargó una emoción muy extraña;
aunque me dolían aquellas pérdidas, una
chispa de esperanza alumbró mi

corazón, pues Hamid no figuraba en la lista. «Entonces es

que sigue vivo; quizá huyó, quizá ni siquiera lo identificaron y pueda volver a casa.

Gracias a Dios. Pero ¿y si lo detuvieron?», pensé. Estaba aturdida. Sin hacerme muchas ilusiones, llamé a la imprenta; aunque aún faltaba una hora para el fin de la jornada laboral, no contestaron. Creí volverme loca. Me habría gustado tener a alguien con quien hablar, a quien consultar, que me consolara. Me dije que debía ser fuerte y que revelar mi

sufrimiento sólo empeoraría las cosas.

Los dos días siguientes fueron un tormento. Con la esperanza de distraerme, trabajé como una posesa. Y la segunda noche sucedió lo que, inconscientemente, sabía que sucedería.

Era más de medianoche y estaba a punto de quedarme dormida. No sé cómo, pero de

pronto aparecieron en medio de la casa. Siamak corrió a mi lado y alguien me puso en brazos a Masud, que lloraba; un soldado nos apuntaba con su fusil a los tres, que nos apiñábamos en mi cama. No sé cuántos eran, pero estaban por todas partes, tirándolo todo

por el suelo. Luego oí la voz aterrizada de Bibi en el piso de abajo, y mi pánico aumentó. Los soldados vaciaron cajones, armarios, estantes y maletas y apilaron su contenido; desgarraron con cuchillos sábanas, colchones y almohadas. Yo no sabía qué buscaban. «Es buena señal, Hamid debe de estar vivo, no lo han detenido, por eso han venido aquí... Pero ¿y si lo han detenido y están recogiendo todos estos libros, documentos y cartas como pruebas? ¿Y quién les ha dado nuestra dirección?»

Me asaltaban esos pensamientos, y otros más imprecisos. Masud se abrazaba a mí y

miraba fijamente a los soldados, mientras que Siamak permanecía sentado en la cama, muy quieto. Le cogí la mano; la tenía fría y le temblaba ligeramente. Me fijé en que observaba cada movimiento de los soldados con los ojos muy abiertos y que su rostro traslucía algo distinto al miedo. Nunca olvidaré la rabia y el odio que ardían en los ojos de aquel niño de nueve años. De repente pensé en Bibi, cayendo en la cuenta de que llevaba

un rato sin oírla. ¿Qué le habría pasado? Quizá hubiera muerto... Los soldados ordenaron

que nos levantáramos, y entonces

desgarraron el colchón. Luego dijeron que volviéramos

a sentarnos y no nos moviéramos.

Cuando se marcharon, cargados con documentos y libros, ya había amanecido. Masud

llevaba media hora durmiendo, pero Siamak seguía sentado, pálido y silencioso. Tardé un

rato en armarme de valor para dejar la cama, temerosa de que todavía hubiera alguno escondido, observándonos.

Registré todas las habitaciones, seguida por Siamak. Abrí la puerta y salí al patio. No había nadie. Bajé los

escalones. La puerta del dormitorio de Bibi estaba abierta de par en par y ella, tumbada de lado en la cama. Angustiada, pensé que estaba muerta; pero, cuando me acerqué, oí su respiración jadeante. La incorporé sobre un

par de almohadones y traté de que bebiera un poco de agua. Ya no tenía sentido intentar

ocultar nada. Ya no me daba miedo divulgar ningún secreto, así que telefoneé a mi suegro,

que hizo lo posible por calmarme. Me dio la impresión de que la noticia no lo sorprendía,

como si la hubiera esperado.

Recorrí la casa: estaba todo tan desordenado que creí que jamás podría poner cada cosa en su sitio. Mi hogar estaba devastado; parecía un país saqueado del que acabara de

marcharse el enemigo. ¿Acaso debía quedarme esperando a que aparecieran las víctimas?

En las habitaciones de Bibi había montones de cachivaches, ¿cómo podía haber

acumulado allí tantos objetos inútiles? Cortinas viejas, manteles hechos a mano con manchas indelebles, piezas raídas

de tela decorativa, retales grandes y pequeños, restos de telas usadas; tenedores deformados y amarillentos, platos y cuencos descascarillados y rotos... ¿Por qué conservaba la anciana aquellas cosas? ¿Qué parte de su vida buscaba en

ellas?

En el sótano reinaba el caos: sillas y mesas rotas, botellas y envases vacíos por el suelo, arroz derramado de los sacos acuchillados...

Cuando los padres de Hamid llegaron y miraron alrededor, se quedaron perplejos. Al

ver el estado de la casa, mi suegra rompió a llorar.

—¿Qué le ha pasado a mi hijo? ¿Dónde está mi Hamid? —chillaba sin parar.

Me quedé mirándola, sorprendida. El llanto era una reacción normal, pero yo estaba fría y dura como el hielo. Mi cerebro no cooperaba conmigo, se negaba a reconocer la magnitud del desastre. Mi suegro se llevó rápidamente a Bibi al coche y obligó a mi suegra a acompañarlos. Yo no tenía fuerzas para ayudar ni consolar a nadie ni para contestar a preguntas. Me sentía vacía de emociones. Lo único que sabía era que no podía

quedarme sentada sin más, así que iba de una habitación a otra. No sé cuánto tardó en volver mi suegro. Siamak empezó a llorar. Lo observé con indiferencia, como si nos separara una gran distancia.

Los gritos desgarrados de Masud me sacaron por fin del ensimismamiento. Corrí a la

escalera y lo tomé en brazos. Estaba empapado de sudor y temblaba.

—No pasa nada, hijo. No tengas miedo. No pasa nada —lo tranquilicé.

—Recoge tus cosas —me dijo mi suegro —. Vendréis unos días a nuestra casa.

—No, gracias. Estoy más cómoda aquí.

—Aquí no puedes quedarte. No es prudente.

—Quiero quedarme. Hamid podría ponerse en contacto conmigo. Podría necesiarme.

—No, hija mía —insistió él, negando con la cabeza—. No hace falta. Recoge tus

cosas. Si crees que estarás más cómoda en casa de tu padre, os llevaré allí. Supongo que

nuestra casa tampoco es muy segura.

Me di cuenta de que sabía más de lo que parecía, pero no tuve valor para preguntarle.

No quería saber. Entre el caos y la confusión, encontré una bolsa grande y metí todas las

prendas de los niños que había por el suelo, así como algunas cosas para mí. No tuve ánimo para cambiarme de ropa; me eché un chador sobre el camisón y bajé la escalera con

los niños. Cuando salimos, mi suegro cerró la puerta con llave.

Durante el trayecto en coche guardé silencio. Mi suegro hablaba con los

niños,

tratando de distraerlos. En cuanto llegamos a casa de mi padre, los pequeños saltaron del

coche y entraron a la carrera. Todavía iban en pijama; parecían muy frágiles e indefensos.

—Mira, hija —dijo mi suegro—, ya sé que estás asustada e impresionada, y que ha sido un golpe tremendo, pero debes ser fuerte, hay que afrontar la realidad. ¿Cuánto tiempo piensas seguir así, callada y aturdida, encerrada en ti misma? Tus hijos te necesitan. Tienes que ocuparte de ellos.

Por fin brotaron las lágrimas.

—¿Qué le ha pasado a Hamid? —
pregunté sollozante.

Él apoyó la frente contra el volante, sin
decir nada.

—¡Está muerto! Lo han matado, igual
que a los otros, ¿verdad? ¿Verdad...?

—No, hija, está vivo. Al menos, eso lo
sabemos.

—¿Sabes algo de él? ¡Cuéntamelo! Te
juro que no se lo diré a nadie. Está
escondido

en la imprenta, ¿no?

—No. La imprenta la registraron hace dos días. Lo destrozaron todo y la cerraron.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Estaba Hamid allí?

—Casi. Estaba cerca.

—¿Y?

—Está detenido.

—¡Oh, Dios mío! —Me quedé un momento sin habla y luego dije impulsivamente—:

Entonces es como si también estuviera muerto. Lo que más temía era que lo

detuvieran, no

que lo mataran.

—No pienses en eso. Ten esperanza.
Haré cuanto pueda. Llevo desde ayer
llamando a

mucha gente. He hablado con algunas
personas bien relacionadas, conocidos
que pueden

apoyarnos, y hoy veré a un abogado.
Todos dicen que no debemos perder la
esperanza. Yo

soy optimista. Y tú tienes que ayudarme
manteniéndote en contacto constante con

nosotros. De momento, debemos dar gracias a Dios de que Hamid siga vivo.

Pasé los tres días siguientes en la cama. No estaba enferma, pero sí tan agotada que era incapaz de hacer nada. Los temores y la ansiedad de los últimos meses, sumados a aquel

golpe final, me habían arrebatado toda la energía. Masud, sentado a mi lado y

acariciándome el pelo, trataba de obligarme a comer y me vigilaba como un enfermero, mientras Siamak se paseaba alrededor del estanque, taciturno. No hablaba con nadie, no se

peleaba, no rompía cosas ni jugaba. En

su mirada profunda y sombría había un destello inquietante que yo temía más que sus pataletas y agresiones. De la noche a la mañana parecía quince años mayor y con el carácter de un hombre amargado.

Al tercer día me levanté de la cama, pues no me quedaba más remedio: tenía que continuar con mi vida. Mahmud, que acababa de enterarse de lo ocurrido, vino a casa de

mi padre con su esposa y sus hijos. Ehteram-Sadat no paraba de hablar, pero yo no tenía

paciencia para aguantarla. Mahmud hablaba con mi madre en la cocina;

seguro que había

venido con intención de obtener información. Fati entró en la habitación, dejó la bandeja

de té en el suelo y se sentó a mi lado. Entonces oí los gritos histéricos de Siamak en el patio y corrí hacia la ventana. Mi hijo, fuera de sí, le gritaba obscenidades a su tío Mahmud y le lanzaba piedras. De pronto se dio la vuelta y, con una fuerza asombrosa, empujó al pobre Golam-Alí dentro del estanque; luego cogió un tiesto y lo rompió contra

el suelo. Aunque ignoraba por qué estaba tan furioso, sin duda debía de

tener un motivo.

De hecho, me sentí aliviada: habían pasado tres días, pero mi hijo por fin exteriorizaba sus emociones.

Alí corrió hacia Siamak, le gritó que se callara y alzó una mano para pegarle en la boca. De pronto todo se oscureció.

—¡Baja la mano! —chillé, saltando por la ventana al patio y lanzándome sobre mi hermano como una tigresa que protege a su cachorro—. ¡Si vuelves a levantarle la mano

te mato! —grité.

Abracé a Siamak, que temblaba de

cólera. Todos me miraban, mudos de asombro.

—Sólo quería que se callara —dijo Alí, retrocediendo un paso—. Mira la que ha

montado. Mira lo que le ha hecho a este pobre niño. —Y señaló a Golam-Alí, que sollozaba junto a su madre, como un ratón empapado—. ¿No has oído las cosas horribles

que le ha dicho a su tío?

—Su tío debe de haberlo provocado para que se haya enfadado tanto —repliqué—. Mi

hijo lleva tres días aquí sin hablar con

nadie ni hacer el menor ruido.

—Ese granuja no merece siquiera que le dirija la palabra —soltó Mahmud con

desprecio—. ¿No te avergüenza ofender a tu hermano por defender a un mocoso? Ya veo

que nunca aprenderás.

Cuando regresó mi padre, reinaba de nuevo la calma, esa calma después de la tormenta que permite valorar los daños. Mahmud, su mujer y sus hijos se habían marchado; Alí estaba arriba, en su habitación; mi madre lloraba y no sabía si debía defenderme a mí o a

sus hijos; Fati me ayudaba a recoger la ropa de los niños.

—¿Qué haces? —me preguntó mi padre.

—Debo irme. No me gusta que maltraten y critiquen a mis hijos, y menos aún que lo haga su propia familia.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué puedo decir? —se lamentó mi madre—. El pobre Mahmud sólo expresaba su

preocupación. Estaba hablando conmigo en la cocina y el niño nos ha oído. No te imaginas cómo se ha puesto. Y entonces la hermana y los hermanos se han

peleado.

—No me importa lo que haya pasado —
dijo mi padre, mirándome—, no
permitiré que

vuelvas a esa casa esta noche.

—No, padre, debo irme. No he
matriculado a los niños en la escuela y
las clases empiezan la semana que
viene. Todavía tengo muchos asuntos
pendientes.

—Está bien, vete, pero no esta noche, y
no sola.

—Fati me acompañará.

—¡Estupendo! ¡Qué gran protectora! Me refiero a que debería haber un hombre contigo. Podrían volver a registrar la casa. No me quedaría tranquilo sabiendo que estáis

solas con los niños. Iremos juntos mañana.

Tenía razón: era más prudente esperar una noche más. Después de la cena, mi padre le

pidió a Siamak que se sentara con él y le habló como solía cuando su nieto era más pequeño.

—Bueno, hijo mío, cuéntame qué ha

pasado para que te enfadaras tanto —le pidió con

calma.

Y como si fuera una grabación, y sin darse cuenta de que imitaba a su tío, Siamak dijo:

—El tío Mahmud le ha dicho a la abuela: «Ese canalla es un elemento subversivo.

Tarde o temprano lo ejecutarán. Nunca me gustaron ni él ni su familia. Sabía que no eran

trigo limpio. Supongo que no podíamos esperar nada mejor de un pretendiente al

que nos

había presentado la señora Parvin.
¿Cuántas veces te dije que la casaras
con Haji Aga...?»

—Siamak hizo una pausa—. Haji Aga
no sé qué.

—Haji Aga Abouzari, seguramente —
dijo mi padre.

—Sí, eso. Y entonces el tío ha dicho:
«Pero tú decías que era demasiado
mayor, que

ya había estado casado, y no dabas
importancia a que fuera piadoso ni a que
tuviera una

tienda muy bien surtida en el bazar. Y se la entregaste a un infiel, a un comunista de tres al cuarto. Ese desgraciado merece lo peor. Deberían ejecutarlo.»

Mi padre apoyó la cabeza de Siamak contra su pecho y lo besó.

—No les hagas caso —dijo con dulzura—. No son lo bastante inteligentes para

entender. Tu padre es un buen hombre. No lo ejecutarán. Hoy he hablado con tu abuelo.

Dice que ha contratado a un abogado. Con la ayuda de Dios, todo se arreglará.

Pasé toda la noche pensando en cómo

nos las apañaríamos sin Hamid. ¿Qué iba a

hacer con los niños? ¿Cuáles eran mis responsabilidades? ¿Cómo los protegería de los comentarios de la gente?

Al día siguiente volvimos a nuestra arrasada casa con mi padre, la señora Parvin y Fati. A

él lo impresionó ver el estado de nuestro hogar.

—Te enviaré a los chicos de la tienda para que te ayuden —dijo antes de marcharse—.

Vosotras tres no podréis con todo. —
Entonces sacó dinero del bolsillo y
añadió—: Toma

esto, por ahora, y si necesitas más,
dímelo.

—No, gracias. De momento no necesito
dinero.

Pero su ofrecimiento me hizo pensar en
nuestra situación económica. ¿Cómo
afrentaría nuestros gastos? ¿En adelante
tendría que depender de mi padre, mi
suegro u otras personas? Presa de la
ansiedad, intenté consolarme; la
imprensa, de la que Hamid era

accionista, pronto volvería a abrir.

Durante tres días, Fati, la señora Parvin, Siamak, Masud, los empleados de mi padre y,

de vez en cuando, mi madre trabajaron a mi lado hasta que por fin pusimos cierto orden en

casa. Mi suegra y mis cuñadas vinieron a ordenar las habitaciones de Bibi. La anciana ya

había salido del hospital y convalecía en casa de mis suegros.

Una de las tareas fue bajar al sótano y tirar todos los trastos que había.

—Que Dios bendiga a la SAVAK —dijo Fati riendo—. ¡Gracias a ellos has conseguido

enterarte de lo que hay en esta casa y te han obligado a hacer una gran limpieza de primavera!

Al día siguiente matriculé a los niños en la escuela. El pobre Masud empezó el primer curso muy desanimado, pero, a diferencia de Siamak, se esforzaba por no causar

problemas. El primer día de clase noté el miedo que le inspiraba aquel entorno desconocido, pero no dijo nada.

—Eres un niño muy bueno y enseguida

harás amigos —le dije al despedirnos
—.

Estoy segura de que a tu maestra le
gustarás mucho.

—¿Vendrás a buscarme?

—Claro. ¿Acaso crees que puedo
olvidarme de mi dulce hijito?

—No, pero me da miedo que te pierdas.

—¿Yo? ¿Perderme? No, cariño, los
adultos no se pierden.

—Sí se pierden. Y ya no volvemos a
encontrarlos. Como papá y Charzad.

Era la primera vez desde la muerte de Charzad que pronunciaba su nombre, y el real,

no el de «tía Cheri», como solía llamarla. No supe qué decir, pues ignoraba cómo habría

interpretado su joven mente esas dos desapariciones.

—No, hijo mío —repetí, abrazándolo—. Las madres no se pierden. Saben distinguir el

olor de sus hijos y lo siguen hasta que los encuentran, estén donde estén.

—Pues entonces no llores cuando te

quedes sola —repuso él.

—No, hijo, no lloraré. ¿Cuándo me has visto llorar?

—Siempre que te quedas sola en la cocina.

No podía esconderle nada.

—Llorar no es malo —le dije con un nudo en la garganta—. A veces lo necesitamos,

hace que nos sintamos mejor. Pero ya no lloraré más.

Con el tiempo, Masud demostró ser igual de bueno en la escuela que en casa.

Entregaba sus deberes a tiempo y procuraba no disgustarme. La única secuela que le dejó

aquella noche fatídica, y que no podía disimular, eran sus gritos de terror, que nos despertaban en plena noche.

Transcurrieron dos meses y empezaron los cursos en la universidad. Pero en lo último que

pensaba era en ir a clase. Todos los días, mi suegro y yo visitábamos a diferentes personas, presentábamos peticiones, rogábamos y suplicábamos, preparábamos contactos; hasta

escribimos al despacho de la reina

Farah para implorarle que no torturaran ni ejecutaran a

Hamid y pedirle que lo trasladaran a una cárcel ordinaria. Algunas personas influyentes nos hicieron promesas, pero no sabíamos hasta qué punto eran eficaces nuestros esfuerzos,

ni en qué circunstancias se encontraba mi marido.

Poco después se celebró un juicio, en el cual se determinó que Hamid no había tomado parte en actividades armadas. Lo condenaron a quince años de cárcel, salvándose

así de la pena capital. Al final nos

permitieron llevarle ropa, comida y cartas, de modo que todos los lunes me plantaba ante la puerta de la prisión con una gran bolsa de comida, ropa, libros y material para escribir. Muchas de esas cosas solían rechazarlas allí mismo, y de los artículos que los guardias admitían, tampoco sabía cuáles le entregaban a mi marido.

La primera vez que me dieron su ropa sucia para que la lavara, me sorprendió su extraño olor, una mezcla a sangre vieja, infección y miseria. Horrorizada, examiné cada prenda y vi las manchas de sangre y pus. Muy nerviosa, me encerré en el baño, abrí los

grifos y lloré amparándome en el rumor del agua. ¿Qué estaría soportando Hamid en la cárcel? ¿No habría sido mejor que hubiera muerto, como Charzad y Mehdi? ¿Estaría rezando para que le llegara la muerte? Con el tiempo, a base de examinar minuciosamente

su ropa, descubrí qué heridas tenía y su gravedad. Sabía cuáles eran peores y cuáles se le

curaban.

Pasaban los días y seguían sin autorizar a la imprenta que reanudara su actividad.

Todos los meses el padre de Hamid me

daba dinero para mantenernos, pero ¿cuánto duraría? Tenía que tomar una decisión, encontrar trabajo. No era una niña ni una inútil, sino una mujer responsable de dos hijos que no quería criarlos gracias a la caridad de otros. Quedarme paralizada, gimoteando y tendiéndole la palma a tal o cual persona era indigno de mí y mis hijos, y sobre todo era indigno de Hamid. Teníamos que vivir con honor y orgullo, que valernos por nosotros mismos. Pero ¿cómo? ¿En qué podía trabajar?

Lo primero que se me ocurrió fue hacerme costurera y trabajar para la señora Parvin,

con ayuda de Fati. Enseguida puse manos a la obra, pero odiaba aquel trabajo, sobre todo

porque tenía que ir a casa de mi madre y a la de nuestra vecina a diario, y eso implicaba ver a Alí y a veces a Mahmud, y además soportar las reprimendas maternas.

—¿No te dije que lo más importante para una chica era la costura? —me recordaba—.

Pero tú no me hiciste caso y perdiste el tiempo en la escuela.

De noche leía los anuncios clasificados de los periódicos y por el día visitaba

diferentes empresas para pedir trabajo; la mayoría de las empresas privadas buscaban secretarias. Mi suegro me previno sobre los ambientes laborales y sobre ciertos peligros a

que se enfrentaban las mujeres trabajadoras. Sus advertencias resultaron pertinentes. En algunos despachos me miraron de pies a cabeza con lascivia, como si en lugar de una empleada estuvieran escogiendo a una amante. A raíz de estas entrevistas comprendí que

tener un diploma escolar no era suficiente y que necesitaba otras habilidades. Asistí a clases de

mecanografía, pero sólo a dos, pues, tras aprender las normas elementales, ya no

tuve tiempo ni dinero para pagar la matrícula. El padre de Hamid me regaló una máquina

de escribir vieja, con la que me pasaba las noches practicando. Entonces me presentó a un

conocido que trabajaba en una empresa pública. El día de la entrevista, me encontré con

un hombre de treinta y pocos años, de mirada penetrante e inteligente, que me observaba

con curiosidad e intentó sonsacarme más información.

—Aquí ha escrito usted que está casada. ¿A qué se dedica su marido?

Vacilé. Como el contacto lo había hecho mi suegro, cabía la posibilidad de que el entrevistador estuviera al corriente de mis circunstancias. Dije que mi marido trabajaba por cuenta propia. Por cómo me miró con una sonrisa sarcástica, supe que no me creía.

—La que busca trabajo soy yo —repuse, tensa y hastiada—. ¿Por qué le interesa lo que hace mi marido?

—Tengo entendido que usted no tiene

otra fuente de ingresos.

—¿Quién se lo ha dicho?

—El señor Motamedi, el vicepresidente que la recomendó.

—¿No me contrataría si tuviera otra fuente de ingresos? ¿No buscan una secretaria?

—Sí, señora, buscamos una secretaria. Pero hay otras aspirantes al puesto con más títulos y más preparadas que usted. De hecho, no entiendo por qué el señor Motamedi la recomendó con tanto empeño.

No sabía qué responder. Mi suegro me había advertido que en las entrevistas de trabajo no debía mencionar que Hamid estaba en la cárcel; sin embargo, no podía mentir,

porque tarde o temprano me descubrirían. Además, necesitaba un empleo, y aquél me convenía mucho. Estaba desesperada.

—Mi marido está en la cárcel —declaré con un hilo de voz y con ojos humedecidos.

—¿Por qué? —preguntó el hombre, frunciendo el ceño.

—Es preso político.

Se quedó callado. No me atreví a añadir nada y él tampoco hizo más preguntas.

Empezó a escribir, y al cabo de unos segundos me miró. Parecía disgustado.

—No hable de su marido con nadie — dijo entregándome un papel—. Lleve esta nota

al despacho de al lado, para la señora Tabrizi. Ella le detallará sus obligaciones. Empieza mañana.

La noticia de que había encontrado empleo explotó como una bomba.

—¿En un despacho? ¿Como si fueras un hombre? —inquirió mi madre con los

ojos

desorbitados.

—Sí. Ya no hay diferencias entre hombres y mujeres.

—¡Que Dios me quite la vida! ¡Qué cosas dices! ¡Ha llegado el día del Juicio Final!

Dudo mucho que tu padre y tus hermanos lo permitan.

—No es asunto suyo —le espeté—. Nadie tiene derecho a interferir en mi vida ni en la

de mis hijos. Ya tengo bastante con lo

que me hicieron en el pasado. Ahora soy una mujer

casada. Mi marido no ha muerto. Las riendas de nuestra existencia las llevamos él y yo.

Por tanto, lo mejor es que mi padre y mis hermanos no se denigren.

Con ese sencillo ultimátum les cerré a todos la boca. De todas formas, no creía que mi

padre se opusiera a que trabajara, pues en más de una ocasión había expresado su satisfacción al ver que me valía por mí misma y no dependía de mis hermanos.

El trabajo me subió la moral, empecé a sentir cierta seguridad en mí misma.

Aunque

estaba físicamente agotada, me enorgullecía no necesitar a nadie.

En la oficina, donde trabajaba de secretaria y auxiliar administrativa, hacía de todo: escribía a máquina, contestaba al teléfono, archivaba, supervisaba ciertas cuentas y a veces hasta traducía cartas y documentos. Al principio todo me resultaba muy difícil, confuso y

abrumador. Pero sólo dos semanas después ya entendía mucho mejor mis obligaciones. El

señor Zargar, mi supervisor, me lo explicaba todo pacientemente y revisaba mi trabajo, pero nunca volvió a preguntarme sobre mi vida privada ni se interesó por Hamid. Poco a

poco empecé a corregir errores gramaticales y estilísticos de los textos que me daban para

mecanografiar. Al fin y al cabo, había estudiado Literatura persa en la universidad y desde hacía una década leía cuanto podía en mi tiempo libre. La atención y el ánimo de mi supervisor me infundieron seguridad. Al final, se limitaba a decirme qué quería expresar

en una carta o un informe, y yo lo

redactaba.

Me gustaba mi trabajo, pero me enfrentaba a un nuevo problema: ya no podía ir a la

prisión todas las semanas y hacía tres que no sabía nada de Hamid. «Sea como sea, esta

semana tengo que ir», decidí, pues estaba preocupada.

El día antes lo preparé todo: cociné unos cuantos platos y empaqueté un poco de fruta,

unas pastas y cigarrillos. A la mañana siguiente, temprano, fui a la cárcel.

—¿Qué pasa? ¿Es que no podías dormir
y por eso vienes nada más salir el sol?

—me

espetó el guardia de la entrada, con
grosería y sarcasmo—. No pienso
aceptar entregas tan

temprano.

—Por favor, entro a trabajar a las ocho en punto.

El guardia empezó a burlarse de mí.

—Debería darte vergüenza —le dije.

—¿Qué forma de hablar es ésa?

Era como si estuviera deseando que me quejara, para así tener el pretexto de hacer comentarios vulgares sobre mí y mi marido. A lo largo de mi vida había soportado toda clase de burlas y faltas de respeto, pero hasta ese día nadie me había insultado con tanto

ensañamiento. Temblaba de rabia y

hubiera querido emprenderla a golpes con aquel hombre, pero no me atreví a decir ni una sola palabra, pues temía que Hamid dejara de recibir mis cartas y al menos una pequeña parte de la comida que le llevaba.

Me fui a trabajar con la bolsa a cuestas, temblorosa y conteniendo las lágrimas de humillación. El señor Zargar reparó en mi consternación y me llamó a su despacho.

—¿Qué sucede, señora Sadegui? —me preguntó, mientras me tendía una carta para

mecanografiar—. ¿Se encuentra mal?

Me enjuagué las lágrimas y le expliqué lo ocurrido. Él negó con la cabeza, enojado, y

tras un breve silencio dijo:

—Debió decírmelo antes. ¿No se da cuenta de cómo se angustiará su marido si esta semana tampoco va? Váyase ahora mismo, y no vuelva hasta que se lo haya entregado todo. Y a partir de ahora, los lunes vendrá a trabajar cuando haya llevado las provisiones a la cárcel, ¿entendido?

—Sí, pero a veces me hacen esperar hasta mediodía. No puedo faltar tanto al trabajo.

No quiero arriesgarme a perder el empleo.

—No se preocupe por eso. Contará como si hubiera estado trabajando fuera. Es lo menos que puedo hacer por esos pobres hombres y mujeres.

Qué amable y comprensivo era. Me recordaba a mi hijo Masud y pensé que, de mayor,

mi hijo sería como él.

Con el tiempo, los niños y yo nos adaptamos a la nueva rutina. Ellos se esforzaban por no

causarme ningún problema.

Desayunábamos juntos todas las mañanas y nos preparábamos

para la jornada. Aunque su escuela no estaba muy lejos, los llevaba en el Citroën, que constituía una verdadera salvación. Volvían a pie a casa para comer, por el camino compraban pan, calentaban la comida que yo les había dejado preparada, y después de comer le llevaban un plato a Bibi, que no andaba bien desde su ingreso hospitalario pero

quería vivir en su propia casa, lo que significaba que teníamos que cuidarla. Todos los días, después del trabajo, hacía la compra y pasaba a ver a la

anciana: recogía sus platos, ordenaba su habitación y charlaba un rato con ella antes de subir a mi apartamento. Y

entonces me dedicaba a las tareas domésticas: a la colada, la limpieza, a cocinar para el día siguiente, a darles la cena a los niños, a ayudarlos con los deberes y mil cosas más que me tenían ocupada hasta casi la medianoche.

Entonces me desplomaba por fin, como un

cadáver, y me quedaba dormida. Con ese ritmo de vida, no podría terminar mis estudios.

Ya había perdido un año y todo parecía indicar que perdería muchos más.

Aquel año se produjo otro acontecimiento que nos tuvo un tiempo preocupados. Tras muchas discusiones y peleas familiares, Fati se casó. Mahmud, que creía haber aprendido

la lección con mi boda, estaba decidido a casar a mi hermana con un devoto comerciante

del bazar, como él. Fati, que era dócil y se dejaba intimidar fácilmente, no como yo, no se atrevió a ponerle objeciones al pretendiente que le había buscado nuestro hermano mayor,

a pesar de que lo detestaba. Por lo visto, los castigos que yo había sufrido habían hecho

tanta mella en ella que había perdido para siempre la autoestima y la capacidad de expresar sus opiniones. En consecuencia, la responsabilidad de defender sus derechos recayó sobre mí, lo que vino a corroborar mi título de gallo de pelea de la familia.

Esa vez, sin embargo, fui más astuta. En vez de discutir con Mahmud o mi madre, hablé con mi padre en privado, le expuse el punto de vista de Fati y le pedí que no condenara a otra hija suya a la desgracia consintiendo un matrimonio concertado. Más tarde se descubrió mi influencia en la decisión paterna, de modo que Mahmud me odió más que nunca, pues la boda no se celebró. Fati

se casó con otro pretendiente propuesto por el tío Abbas y al que mi hermana tenía cierto cariño.

Sadeg Jan, el marido de Fati, era un joven bondadoso, guapo e instruido, procedente

de una familia culta de clase media, que trabajaba como contable en un organismo del gobierno. Pese a no ser rico, y pese a que Mahmud se burlaba de él describiéndolo como

un asalariado, mi hermana era feliz, y a los niños y a mí nos resultaba simpático. Sadeg

Jan, consciente de que mis hijos necesitaban un padre, estableció una relación amistosa con ellos; les buscaba entretenimientos y los llevaba de excursión.

Casi nos habíamos adaptado a la nueva rutina. Me gustaba mi trabajo y había hecho buenas amigas, con quienes llenaba las horas de las comidas y los momentos de ocio con

chistes, risas y cotilleos. Nuestras conversaciones versaban a menudo sobre el señor Shirzadi, uno de los jefes de departamento, que no me tenía simpatía y encontraba fallos

en cuanto yo hacía. Todas decían que era

un hombre sensible y un poeta excelente,
pero

yo sólo veía hostilidad y mal genio en su
persona, así que procuraba no cruzarme
con él ni

darle motivos para criticarme. Aun así,
él siempre soltaba chistes y comentarios
maliciosos, insinuando que me habían
contratado porque tenía enchufe y que no
disponía

de la titulación necesaria para ese
trabajo. Mis amigas me decían que no
me preocupara,

que él era así, pero a mí me daba la
impresión de que conmigo se mostraba

más maleducado que con nadie. Sabía que me llamaba «la protegida del señor Zargar». Así que

acabé sintiendo una profunda antipatía hacia el señor Shirzadi.

—Parece cualquier cosa menos poeta — les decía a mis amigas—, más bien un

mafioso. La poesía requiere un alma delicada, no esa arrogancia, agresividad y

resentimiento. Seguramente los poemas ni siquiera sean suyos. Quizá llevó a algún poeta

desgraciado a la cárcel y ahora lo

amenaza con un cuchillo para que escriba poesías que

firma él.

Y todas se reían.

Creo que esas conversaciones acabaron llegando a sus oídos. Un día, so pretexto de unos pequeños errores tipográficos, rompió un informe de diez páginas en el que yo había

invertido muchas horas y esparció los pedazos por encima de mi mesa.

—¿Se puede saber qué le pasa? —le espeté—. No deja de buscar excusas para criticar mi trabajo. ¿Qué le he

hecho yo?

—¡Ja! Usted no puede hacerme nada, señora —gruñó—. Sé de qué pie cojea. ¿Se ha

creído que soy como Zargar y Motamedi y que puede tomarme el pelo? Conozco muy bien a las mujeres como usted.

Iba a contestarle, temblando de ira, cuando entró el señor Zargar y preguntó:

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué significa esto, señor Shirzadi?

—¿Que qué pasa? Pues que esta mujer no hace bien su trabajo. Me ha entregado un

informe lleno de faltas, y dos días tarde. Esto es lo que ocurre cuando contratas a una analfabeta sólo porque es guapa y tiene buenos contactos. Ahora deberá atenerse usted a

las consecuencias.

—Tenga cuidado con lo que dice —le espetó Zargar—. Contrólese. Venga a mi

despacho, quisiera hablar con usted en privado. —Y le puso una mano en el hombro y lo

condujo a su oficina.

Llevándome las manos a la cara, me esforcé por no llorar. Mis amigas

formaron un corro a mi alrededor y trataron de consolarme. Abbas-Alí, el conserje de nuestra planta, que siempre velaba por mí, me trajo un vaso de agua caliente con azúcar. Luego me concentré en el trabajo.

Una hora más tarde, el señor Shirzadi volvió a mi despacho, se colocó ante mi mesa y,

tratando de eludir mi mirada, masculló:

—Lo siento. Le ruego que me perdone.

—Y se marchó rápidamente.

Asombrada, miré al señor Zargar, que estaba en el umbral.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Nada. Olvide lo ocurrido. No puede evitarlo. Es buena persona y de buen corazón,

pero muy susceptible respecto a ciertas cosas.

—¿Respecto a mí, por ejemplo?

—No exactamente respecto a usted, sino a cualquiera que él crea que ha usurpado los

derechos de otro.

—¿A quién usurpo yo sus derechos?

—No le dé importancia. Antes de que la contratáramos, él recomendó que

ascendiéramos a uno de sus ayudantes, un recién licenciado. Cuando casi habíamos tomado la decisión, nos la recomendaron a usted para el puesto. Antes de entrevistarla a

usted, le prometí a Shirzadi que no me dejaría influir por la propuesta de Motamedi, pero

luego la contraté, decisión que él considera injusta y perjudicial. Con lo sensible que es, no puede tolerar lo que denomina «una injusticia». Desde entonces se ha convertido en mi

adversario, y de rebote en el suyo. Por Motamedi hace tiempo que siente antipatía, porque

experimenta una animosidad congénita hacia los directivos y superiores.

—Pues entonces tiene razón —dije—. Es cierto que usurpé sus derechos a otra persona. Pero, si usted lo sabía, ¿por qué me contrató?

—¡No diga eso! ¡Ahora resultará que estoy en deuda con usted! Creí que, con su titulación, el otro candidato encontraría trabajo. De hecho, lo contrataron una semana después. A usted, en cambio, dadas las circunstancias, le habría costado mucho

encontrar

otro empleo. Sea como fuere, le ruego que me perdone, pero he tenido que contarle a Shirzadi lo de su marido. Sin embargo, no tema: es un hombre digno de confianza. Entre

usted y yo, le diré que ha estado en política toda la vida.

Al día siguiente, Shirzadi vino a mi despacho. Estaba pálido y triste, con los ojos hinchados y enrojecidos. Se quedó callado ante mí, pero al cabo dijo:

—Lo siento, no puedo evitarlo. La rabia que siento es demasiado profunda. —Y

empezó a recitar uno de sus poemas, en que explicaba que la ira había enraizado en su alma convirtiéndolo en un lobo rabioso—. La traté mal —continuó—. La verdad es que es

usted muy eficiente: me costó mucho encontrar errores en su informe, cuando las cartas de

dos frases que redactan nuestros jefes y directivos suelen estar plagadas de errores.

El señor Shirzadi se convirtió en uno de mis mejores amigos y más fieles defensores.

A diferencia de Zargar, sentía gran

curiosidad por las actividades políticas de Hamid, el grupo al que pertenecía y las circunstancias de su detención. El apasionamiento y la emoción con que me escuchaba me animaron a desahogarme con él, si bien yo no tenía demasiado interés en hablar del tema. Al mismo tiempo, su compasión llevaba tal carga de

odio e ira contra el régimen que a veces me asustaba. Un día, mientras hablábamos, noté

que se congestionaba hasta ponerse casi morado.

—¿Está usted bien? —pregunté, inquieta.

—No, no lo estoy. Pero no se preocupe, me sucede a menudo. No se imagina usted lo

que me pasa por dentro.

—¿Qué es? A lo mejor siento lo mismo, pero no sé verbalizarlo.

Como solía, se puso a recitar un poema. Esa vez trataba de una ciudad que se lamentaba por las víctimas de una masacre, sedienta de venganza hasta el paroxismo.

¡Pero no! Yo, que había sufrido un golpe terrible, ¡jamás había experimentado una rabia y una pena tan intensas! Un día me pidió que le contara lo sucedido la

noche que irrumpieron en mi casa, y a grandes rasgos se lo expliqué. De pronto, perdió la compostura y se puso a gritar, en verso y sin miedo, que la tribu de los agresores había convertido la ciudad en una urbe de perros salvajes y que los leones sólo se encontraban

en los pastos. Asustada, me levanté y me apresuré a cerrar la puerta.

—Por amor de Dios, van a oírle — supliqué—. Ese agente de la SAVAK está en esta planta. —En aquella época creíamos que la mitad de nuestros compañeros de trabajo eran

espías de la SAVAK, y los tratábamos con temor y cautela.

A partir de ese día, empezó a leerme sus poemas; uno solo habría bastado para fusilar

a su autor o a quien lo recitara. Yo captaba su esencia y me los aprendía de memoria.

Shirzadi era un superviviente de las derrotas políticas de los años cincuenta, que habían destrozado su joven y sensible espíritu, abocándolo a una vida de amargura. Al observarlo, me preguntaba si las duras experiencias de la infancia y la juventud dejarían siempre secuelas tan duraderas. Y en uno de sus poemas sobre el fallido golpe de Estado

de 1953, en que afirmaba que, desde ese momento, sus ojos siempre verían el cielo como

si flotara en un mar de sangre, y el sol y la luna sólo a través de los destellos de una daga, hallé la respuesta.

Cuanto mejor conocía a Shirzadi, más me preocupaba Siamak. Recordaba la ira y el

odio que traslucía su mirada la noche del registro. «¿Se volverá como Shirzadi? ¿Cederá al

odio y la tristeza en lugar de abrazar la esperanza, la alegría y lo bueno que ofrece la vida?

¿Todos los conflictos sociales y políticos dejan cicatrices tan permanentes en las almas vulnerables?», me preguntaba angustiada. ¡Ay, mi hijo! Tenía que encontrar una solución.

El verano tocó a su fin. Había transcurrido casi un año desde la detención de Hamid y, por

imposición del tribunal, aún tendríamos que vivir otros catorce sin él. No nos quedaba más

remedio que adaptarnos a las circunstancias, de tal modo que la espera se había convertido

en el objetivo primordial de nuestras

vidas.

Se acercaban las fechas de matriculación en la universidad. Debía decidir si abandonar

definitivamente los estudios y llevarme mis viejas aspiraciones a la tumba, o aceptar las complicaciones que nos acarrearía el hecho de matricularme. Sabía que las asignaturas serían cada vez más difíciles, además de que, con el poco tiempo libre de que disponía, no podría organizarme las clases de forma que no interfirieran en mi trabajo. Aunque mis superiores no se quejaron, no tenía derecho a aprovecharme de su bondad y consideración.

Sin embargo, en mi trabajo me había quedado claro el valor de unos estudios superiores. Cada vez que alguien me mangoneaba y se creía con derecho a culparme de sus errores sólo porque tenía más estudios, me compadecía de mí misma y se reavivaba mi

deseo de volver a la universidad. Además, como iba a tener que mantener sola a mis hijos

durante años, estaba planteándome buscar una forma de ganar un sueldo más elevado para

cubrir las necesidades futuras de los niños. Y si obtenía un título

universitario, mi situación cambiaría mucho.

Como cabía esperar, en mi familia todos pensaban que debía olvidarme de la

universidad, pero me sorprendió que la familia de Hamid opinara lo mismo.

—Vives sometida a una fuerte presión —me dijo mi suegro con cariño—. ¿No crees

que compaginar un empleo y la universidad será demasiado para ti?

—Te marchas a trabajar por la mañana hasta muy entrada la tarde —añadió mi suegra,

presa de su angustia característica—, y supongo que luego querrás ir a clase. Pero ¿y los

niños? ¿Por qué no te paras a pensar en esos críos inocentes que se quedarán solos?

Manijeh, que estaba en los últimos meses de su embarazo, y que tras suspender varias

veces las pruebas de acceso a la universidad había desistido y se había casado, miró a sus

padres y exclamó con su petulancia habitual:

—¿No lo entendéis? ¡Es una cuestión de rivalidad! Tiene celos de nuestra Mansureh,

que sí tiene estudios universitarios.

Intenté dominarme, pero me había vuelto menos tolerante. Ya no era una niña torpe e

inexperta dispuesta a soportar comentarios maliciosos y a que pasaran por alto mis necesidades y deseos calificándolos de poco importantes. La rabia que sentía pudo más que mis dudas y temores.

—Ahora que tengo que ser padre y madre para mis hijos y he de

mantenerlos —

expuse—, debo pensar en cómo ganar un sueldo mejor. Mis ingresos actuales no bastan para cubrir sus necesidades futuras, pues sus gastos aumentan día a día. Pero no os preocupéis, por favor: a vuestros nietos no les faltará amor ni atención. Lo tengo todo pensado.

La verdad es que no había planeado nada. Esa noche me senté con los niños e intenté

explicarles la situación. Me escucharon atentamente mientras les enumeraba las ventajas y

los inconvenientes de mi vuelta a la

universidad. Cuando les dije que el mayor problema

era que volvería a casa aún más tarde, Siamak dejó de prestar atención y se puso a jugar

con un coche de juguete que hacía un ruido espantoso. Comprendí que no se resignaba a

pasar más tiempo solo. En silencio, miré a Masud, que escudriñaba mi rostro con mirada

inocente. Entonces se levantó, se acercó a mí y, acariciándome el pelo, me preguntó:

—Mamá, ¿de verdad quieres ir a la universidad?

—Mira, si voy todos nos beneficiaremos. Será un poco difícil, pero no durará mucho.

Y a cambio, ganaré más dinero y viviremos mejor.

—No, lo que quiero decir es si de verdad te gusta la universidad.

—Pues... sí. Me esforcé mucho para poder ir.

—Pues entonces ve. Si te gusta, ve. Nosotros haremos los deberes y, cuando se haga

de noche, bajaremos y nos quedaremos con Bibi para no pasar miedo. A lo mejor entonces

vuelve papá y no tenemos que estar solos.

—¡Qué niño tan estúpido! —gritó Siamak, lanzando su coche—. ¡Como si papá

podiera salir cuando quisiera! ¡Papá no puede venir!

—Escucha, cariño —tercié con dulzura —, tenemos que ser optimistas y no perder la

esperanza. El hecho de que papá siga

vivo ya es motivo para estar
agradecidos. Y tarde o

temprano volverá.

—¡Qué dices! —me soltó Siamak—.

¿Pretendes engañar a un niño? El
abuelo me

dijo que papá pasará quince años en la
cárcel.

—Pero en quince años pueden ocurrir
muchas cosas. De hecho, cada año le
rebajan la

condena por buena conducta.

—Sí, claro, entonces serán diez. ¿Qué

diferencia hay? Para entonces tendré veinte,

¿para qué necesitaré un padre? ¡Yo quiero a mi padre ahora!

Volvieron a asaltarme las dudas. Mis amigas de la oficina pensaban que no debía desaprovechar la oportunidad de terminar mis estudios y sacarme el título. El señor Zargar

me animaba asegurando que lo arreglaría para que pudiera ir a clase de día y terminar mi trabajo después de las horas de oficina.

Casualmente, en esos días las autoridades nos concedieron por fin

permiso para visitar

a Hamid, que yo había solicitado una y otra vez. Estaba contenta y nerviosa.

Telefoneé a

mi suegro, que vino enseguida a mi casa.

—No se lo diré a su madre, y tú no deberías decírselo a los niños —me advirtió—. No

sabemos en qué condiciones estará. Si tiene un aspecto más o menos normal, la próxima

vez los llevaremos.

Mi ansiedad fue en aumento y esa noche

soñé que me traían a Hamid,
ensangrentado,

para que pasara sus postreros momentos
entre mis brazos. Al día siguiente
salimos temprano; estaba cansada y
nerviosa. No sé si la sala de visitas y las
ventanas estaban cubiertas de polvo o si
lo veía todo a través de un velo de
lágrimas. Al final trajeron a mi marido.
Contrariamente a lo que esperábamos,
se lo veía limpio, bien peinado y
afeitado,

aunque muy flaco y demacrado. Hasta su
voz sonaba diferente. Por unos
momentos

ninguno de los tres atinó a decir nada.

Mi suegro se recobró antes y le preguntó cómo era

la vida en la cárcel. Hamid le lanzó una mirada severa dando a entender que la pregunta

era inapropiada y contestó:

—Bueno, es la cárcel. Ya he superado lo peor. Habladme de vosotros. ¿Cómo están los niños? ¿Cómo está mi madre?

Era evidente que no había recibido mis cartas. Le conté que los niños estaban bien y

que habían crecido mucho, que ambos eran de los mejores de su clase, que

Siamak había

empezado quinto y Masud estaba en primero. Cuando me preguntó por mi trabajo, le dije

que todos se portaban muy bien conmigo, en parte porque estaban al corriente de su situación. De pronto vi un destello en sus ojos y comprendí que no debería haberlo mencionado. Por último me preguntó por la universidad y le conté mis dudas.

—¿Te acuerdas de cuando soñabas con el graduado escolar? —me dijo—.

Hasta una

licenciatura es poco para ti. Eres

inteligente y trabajadora. Tienes que avanzar. Debes conseguir un doctorado.

—Será difícil compaginar estudios y trabajo, y encima ocuparme de los niños —me limité a responder, pues no tenía tiempo para explicarle que continuar estudiando supondría una carga tremenda y me robaría mucho tiempo.

—Lo conseguirás. Ya no eres aquella niña torpe y cohibida de hace diez u once años.

Eres una mujer madura, capaz de hacer posible lo imposible. Estoy muy orgulloso de ti.

—¿Hablas en serio? —inquirí con

lágrimas en los ojos—. ¿Ya no te avergüenzas de una esposa como yo?

—¿Cuándo me avergoncé? Has sido una esposa adorable y has madurado mucho con

el tiempo, hasta convertirme en la mujer con la que cualquier hombre soñaría. Lo único que

lamento es que los niños y yo te hayamos limitado tanto.

—¡No digas eso! Mis hijos y tú sois lo más precioso de mi vida.

Habría dado cualquier cosa por poder abrazarlo, apoyar la cabeza en su

hombro y llorar. Me sentía rebosante de energía y capaz de todo lo que me propusiera.

Tras matricularme en unas pocas asignaturas cuyo horario me convenía, hablé con la señora Parvin y con Fati, que accedieron a ayudarme con los niños. El marido de nuestra

vecina estaba enfermo, pero ella me aseguró que podía pasar un par de tardes con mis hijos, y Fati y Sadeg Jan se ocuparían de ellos tres noches por semana. Mi hermana estaba

ya en un avanzado estado de gestación y no le era fácil ir y venir, de modo que le presté

mi coche a Sadeg Jan para que pudiera acompañarla a nuestra casa o llevarse a los niños a

la suya; de vez en cuando también podrían ir todos al cine o de excursión.

Entretanto, yo aprovechaba toda ocasión para estudiar: en mis ratos libres en la oficina, a primera hora de la mañana y por la noche, antes de acostarme.

Muchas veces me

quedaba dormida sobre los libros. Las jaquecas que sufría desde mi juventud empeoraron

y se hicieron más frecuentes, pero no me importaba: tomaba analgésicos y seguía

trabajando.

Ahora mis obligaciones englobaban las de una madre, un ama de casa, una oficinista,

una estudiante universitaria y la esposa de un presidiario, aunque era esta última a la que dedicaba más atención. Todos los miembros de la familia preparábamos juntos con gran ceremonia la comida y otras provisiones que le llevaba a Hamid a la cárcel, casi como un

rito religioso.

Poco a poco aprendí a sobrellevar tantas tareas y me acostumbré, dándome cuenta

entonces de que era capaz de hacer mucho más de lo que creía. Con el tiempo, acabamos

adaptándonos a las circunstancias y nuestro ritmo se ajustó a nuestros empeños. Me sentía

como una atleta en la pista de la vida y en mis oídos resonaba la voz de Hamid diciendo

«Estoy orgulloso de ti», igual que el aplauso de los espectadores en un gran estadio, potenciando mi fuerza y mi agilidad.

Un día, hojeando los periódicos de la víspera, me fijé en las necrológicas. No

solía prestarles atención, pero ese día mis ojos reconocieron el nombre del señor Ebrahim Ahmadi, el padre de Parvaneh. Sentí una pena inmensa al pensar en lo educado y amable

que era. Se me anegaron los ojos de lágrimas y me asaltaron los recuerdos de Parvaneh. Ni

el tiempo ni la distancia lograrían borrar el afecto que sentía por ella ni mi deseo de volver a verla. Tras la conversación telefónica que había mantenido con su madre años atrás, y al

no haber vuelto a llamarlos a raíz de la vida tan frenética que llevaba, no sabía nada de aquella familia.

Tenía que ir al funeral. Quizá fuera la única oportunidad de encontrar a Parvaneh.

Dondequiera que estuviera, seguro que asistiría al entierro de su padre.

Entré en la mezquita, nerviosa y con las manos sudadas, buscando a Parvaneh en la hilera donde se sentaban los dolientes, pero no la vi. ¿Y si no había acudido? Entonces una mujer regordeta, a quien se le había escapado un mechón rubio del pañuelo de encaje negro, alzó la cabeza y nuestras miradas se cruzaron. Era Parvaneh. ¿Cómo podía haber cambiado tanto en doce o trece años? Se lanzó a mis brazos y nos

pasamos casi toda la ceremonia llorando sin decirnos ni una palabra, ella por la muerte de su padre y yo

desahogándome de todo el sufrimiento de aquellos años. Al acabar el funeral, insistió en que la acompañara a su casa, y cuando se hubieron ido todas las visitas nos sentamos frente a frente. No sabíamos por dónde empezar. Ahora que podía observarla con

detenimiento, vi que era la misma Parvaneh, sólo que más gorda y con el pelo teñido de un

tono claro. Las ojeras y la hinchazón de la cara eran producto del llanto de aquellos últimos días.

—Masum —dijo por fin—, ¿eres feliz?

Me quedé aturdida, sin saber qué contestar, como siempre que me hacían esa

pregunta. Como mi silencio se prolongaba, Parvaneh negó con la cabeza y dijo:

—¡Ay, querida! Por lo visto, tus problemas no tienen fin.

—No quiero parecer desagradecida, pero no sé qué significa la felicidad. Sin embargo,

hay muchas cosas buenas en la vida; tengo a mis hijos, dos varones sanos. Y

mi marido es

bueno, aunque no esté con nosotros.

Trabajo, estudio... ¿Te acuerdas de mis sueños?

—Claro, y seguro que no has tirado la toalla —repuso ella riendo—. En realidad, aquel diploma no tenía tanto valor. ¿Qué crees que hice con el mío?

—Obtuve el diploma hace mucho. Ahora estudio Literatura persa en la Universidad de

Teherán.

—¿En serio? ¡Qué alegría! Eres muy perseverante, desde luego. Siempre

fuiсте buena

estudiante, pero no pensé que siguieras estudiando casada y con hijos. Me alegro de que tu

marido no ponga objeciones.

—No, él siempre me ha animado.

—¡Qué bien! Entonces debe de ser un hombre inteligente. Me gustaría conocerlo.

—¡Sí, si Dios quiere, dentro de diez o quince años!

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué?
¿Dónde está?

—En la cárcel.

—¡Dios mío! ¿Qué ha hecho?

—Es preso político.

—¿De verdad? En Alemania oigo hablar a algunos iraníes, miembros de la

Confederación y otros opositores al régimen, de los presos políticos. ¡Así que tu marido es uno de ellos! Dicen que en la cárcel los torturan, ¿es cierto?

—No me ha contado nada, pero muchas veces hay sangre en la ropa que le lavo.

Últimamente han vuelto a denegarnos el permiso para visitarlo, de modo que no

sé cómo

está.

—¿Y quién te mantiene?

—Ya te he dicho que trabajo.

—Pero ¿costeas sola tus necesidades y las de los niños?

—Costear las necesidades no es lo más difícil; lo peor es la soledad. Ay, Parvaneh, no te imaginas lo sola que me siento, a pesar de que siempre estoy ocupada y no tengo ni un

minuto para descansar. Me alegro mucho de haberte encontrado. Te necesitaba

tanto...

Pero cuéntame, ¿eres feliz? ¿Cuántos hijos tienes?

—La vida me va bien. Tengo dos hijas. Lili, de ocho años, y Laleh, de cuatro. Mi marido no está mal, es un hombre normal y corriente. Y me he acostumbrado a vivir en

Alemania. Pero, ahora que mi padre se ha ido, no puedo dejar sola a mi madre; sobre todo

en este momento en que mi hermana Farzaneh tiene dos hijos pequeños y está muy atareada. Y con los hijos varones no se puede contar. Creo que tendremos

que volver.

Además, mi marido, Josrow, ya estaba pensando en regresar.

Parvaneh y yo teníamos tanto que contarnos que no bastaba con un día:

necesitaríamos muchos días y muchas noches. Acordamos que el viernes iría con los niños

a su casa y pasaríamos la jornada con ella. Fue un día maravilloso. Jamás había hablado

tanto. Por fortuna, el tiempo y la distancia no habían hecho mella en nuestra amistad y aún podíamos hablar

con libertad sintiéndonos muy cómodas. Mi tendencia al retraimiento, sumada a la necesidad de mantener en secreto la vida de Hamid, me habían vuelto muy poco sociable. Pero ahora podía revelarle a mi amiga los secretos de mi corazón. Una vez

que la había recuperado, estaba decidida a no volver a perderla.

Por suerte, el regreso de Parvaneh a Irán se organizó rápidamente y, tras un breve viaje a Alemania, volvió con su familia a Teherán. Su marido empezó a trabajar y ella también encontró un empleo de media jornada en un club germano-iraní. Yo ya podía contar con el apoyo de otra

persona. Parvaneh le había contado la historia de mi vida a su

marido, y él, conmovido, se sentía de algún modo responsable de mí y de los niños.

Nuestros hijos se hicieron amigos, se convirtieron en buenos compañeros de juego.

Parvaneh no cesaba de organizarles actividades, los llevaba al cine, a la piscina o al parque. La familia de Parvaneh dio un nuevo cariz a nuestras vidas, de modo que mis desanimados hijos, cuya existencia se había vuelto aún más triste y desestructurada desde

que Fati había dado a luz y no podía dedicarles tanto tiempo, recobraron la alegría y la ilusión.

Transcurrió otro año. De nuevo pudimos visitar a Hamid regularmente, de manera que llevaba a los niños a verlo una vez al mes, pero tras la visita se quedaban afectados y tardaban una semana en recuperarse. Masud se mostraba más callado y triste, y Siamak, más revoltoso y rebelde. Cada vez que lo visitábamos, mi marido estaba más avejentado.

Yo seguía yendo a la universidad, en la que cada trimestre cursaba unas pocas asignaturas. Ya era empleada fija de la oficina y, pese a no haberme licenciado

todavía, realizaba trabajos más difíciles y especializados. El señor Zargar continuaba velando por

mí y asignándome tareas que revelaban la confianza que me tenía, mientras con el señor

Shirzadi seguía manteniendo una estrecha amistad. Hombre de mal genio, a veces

empezaba peleas y discusiones de las que salía más disgustado que sus oponentes. Yo intentaba aliviar su pesimismo general asegurándole que no tenía enemigos ni existía un

motivo oculto detrás de cuanto la gente

hacía o decía, pero siempre me contestaba: «El miedo ha desterrado de mi pensamiento la confianza y sólo me queda la sospecha.»

No le gustaban las reuniones, no formaba parte de ningún grupo, detectaba la huella de los políticos traidores en cualquier cosa y creía que todos eran mercenarios y adláteres del régimen. A sus compañeros de trabajo no les incomodaba su compañía, pero él siempre se mantenía al margen.

—¿No se cansa de estar solo? —le pregunté una vez, y me contestó recitándome uno

de sus poemas, en que, declarándose

amigo del dolor y enamorado de la
tristeza, afirmaba

que su desesperanza era eterna como el
sol e inmensa como el océano.

—¡No sea así, hombre! —le dijo un día
en broma el señor Zargar—. ¿Por qué

tomárselo todo tan a pecho? Las cosas
no están tan mal como cree. Los
problemas existen

en todas las sociedades. Los demás
tampoco estamos satisfechos, pero no
hacemos una montaña de un grano de
arena ni nos pasamos la vida
lamentándonos.

Shirzadi replicó, como acostumbraba, con una de sus poesías sobre lo incomprensido

que se sentía.

Un día, tras el estallido de una acalorada discusión con el director general de la oficina, salió furioso del despacho de éste, cerrando de un portazo.

—Cálmese un poco —le aconsejó alguien—. Al fin y al cabo, éste es un organismo del gobierno, hay reglas que respetar y debemos tolerar ciertas cosas.

Entonces Shirzadi se puso a gritar en verso que jamás se doblegaría ni

agacharía la cabeza.

—Señor Shirzadi —intervine—,
procure tranquilizarse, por favor. No
puede

marcharse sin más. Tiene que ser capaz
de aguantar en un puesto de trabajo.

—No puedo.

—¿Y qué piensa hacer ahora? —le
pregunté.

—Me iré. Debo irme de aquí...

Y se marchó no sólo de la oficina, sino
del país.

—Salude de mi parte al héroe de su marido —me dijo al despedirse de mí el día que

vino a recoger sus últimos efectos personales. Y me pidió que le recitara a Hamid un poema sobre los hombres a quienes encarcelan por decir la verdad.

Tras su partida, se restableció la calma en la oficina. En los últimos tiempos, hasta Zargar, que en teoría no tenía ningún problema con Shirzadi, parecía harto. Sin embargo,

nunca olvidé la profunda pena y el tormento que sufría, y ese recuerdo me impelía a hacer

todo lo posible para que mis hijos no acabaran tan amargados y descorazonados como él.

En casa, tratando de crear un ambiente en que mis hijos no se olvidaran de reír, me inventé un concurso de chistes: quien contara uno nuevo ganaba un premio. Hacíamos mímica y nos imitábamos, en mi deseo de que aprendieran a reírse de sí mismos, de sus

problemas y defectos. Intentábamos hablar con diferentes acentos o los animaba a cantar,

a subir el volumen del aparato de música o la radio, a escuchar canciones modernas que

pudiéramos bailar. Por la noche, a pesar de estar tan cansada que apenas podía moverme,

jugaba con ellos y les hacía cosquillas hasta que lloraban de risa, o librábamos batallas de almohadas hasta que accedían a acostarse.

Era agotador, pero un deber para mí: tenía que animar aquel entorno sombrío,

compensar a mis hijos por las largas horas de ausencia, inyectarles alegría para que jamás

vieran el mundo a través de los ojos del señor Shirzadi.

Poco después de casarse, Fati dio a luz a una preciosa niña de ojos azules como el cielo a

quien puso Firuzeh («turquesa»). Mis hijos la adoraban, sobre todo Masud, que siempre estaba dispuesto a jugar con ella.

El marido de la señora Parvin falleció y nuestra vecina tuvo por fin paz y libertad, en

especial porque había conseguido poner la casa a su nombre antes de que él muriera. Aun

así, nunca hablaba bien de su esposo y jamás le perdonó lo que le había hecho.

Después de

enviudar, pasaba muchas horas con nosotros: se quedaba con los niños si yo tenía que trabajar hasta tarde y se ocupaba de las tareas domésticas a fin de que yo dispusiera de más tiempo para descansar y estar con mis hijos. De alguna forma se sentía responsable de mi destino y mi soledad, e intentaba resarcirme.

Aconsejado por Mahmud, Alí pidió la mano de la hija de un reputado comerciante del

bazar. Tras el compromiso formal, empezaron a preparar una boda por todo

lo alto que se

celebraría ese otoño en un restaurante donde servían a hombres y mujeres por separado.

La unión era del agrado de mi hermano mayor, que prometió toda su ayuda y

colaboración, accediendo a cada una de las absurdas condiciones que ponía la familia de la

novia, que más hacían pensar en antiguas prácticas comerciales que en preparativos de una

boda.

—No podemos gastar tanto dinero. ¿A qué vienen esas tonterías? —protestó padre.

—Es una inversión que pronto dará sus frutos —se limitó a responder mi hermano mayor—. Espera a ver la dote de la novia y los tratos que haremos con su padre.

Ahmad se había apartado por completo de la familia. A nadie le gustaba hablar de él,

de modo que todos evitaban, dentro de lo posible, pronunciar su nombre. Hacía ya un tiempo que padre lo había echado de casa.

—Menos mal que no sabe dónde vives
—me comentó un día—. Si no, aún
estaría

montándote escenas y pidiéndote dinero.

Ahmad se había buscado la perdición y
todos lo habían abandonado. La única
que seguía viéndolo era la señora
Parvin, y a veces, en secreto, me
hablaba de él.

—Nunca he conocido a nadie tan
decidido a destruir su propia vida —me
explicaba

—. Qué pena. Era un hombre muy
atractivo, pero si lo vieras ahora no lo
reconocerías.

Cualquier día descubrirán su cadáver en algún arroyo. Si sigue con vida es por tu madre.

No se lo digas a nadie; si se entera tu padre, se enfadará mucho. Pero la pobre mujer no

puede olvidar que es su hijo. Por la mañana, cuando tu padre sale de casa, llega Ahmad y

tu madre le da de comer, le prepara kebabs, le lava la ropa y, si puede, le mete algún dinero en el bolsillo. Y, aún hoy, si alguien le dijera a tu madre que Ahmad es heroinómano, se mataría. La pobre todavía confía en que se recuperará.

La predicción de la señora Parvin no tardó en cumplirse. Pero, además de destruirse a sí mismo, Ahmad destruyó a mi padre. En las últimas etapas de su decadencia, mi hermano, agobiado por la pobreza, hacía lo que fuera para conseguir dinero, tanto era así

que en un momento de desesperación fue a casa de padre con intención de llevarse una alfombra para venderla. Pero padre lo sorprendió y discutieron. Aquello fue demasiado para el cansado corazón paterno: se lo llevaron al hospital y estuvo ingresado en la unidad de cuidados intensivos tres días; luego mejoró y lo llevaron a una habitación.

Yo iba con mis hijos al hospital a diario. Siamak, que había crecido mucho, se hacía

pasar por mayor para conseguir el pase de visitante, pero Masud sólo vio a su abuelo dos

veces, pese a nuestros trucos y súplicas. En aquellas visitas, Siamak se sentaba a su lado y se limitaba a darle la mano sin decir nada.

Confiábamos en que se recuperaría, pero, por desgracia, sufrió otro infarto, de modo

que volvió a cuidados intensivos, donde veinticuatro horas más tarde entregó la

vida al Creador, y yo perdí mi único apoyo y refugio. Cuando encerraron a Hamid, me sentí sola

y aislada, pero, tras la muerte de mi padre, comprendí que su presencia, pese a la distancia, me había cubierto con un manto de seguridad, y que en mis momentos más difíciles el resplandor de su presencia me había alegrado. Ahora que no estaba, los lazos que me ataban a su casa se debilitaron.

Pasé una semana llorando, al cabo de la cual el instinto me llevó a pensar en quienes

me rodeaban y a darme cuenta de que mis lágrimas eran insignificantes

comparadas con la

profunda tristeza y el silencio de Siamak. Mi hijo, que no había derramado ni una sola, estaba a punto de explotar como un globo demasiado inflado.

—¡Qué vergüenza! —refunfuñaba mi madre, sin entenderlo—. Con lo que Mostafá

Jan llegó a querer a este niño, y él no derramó ni una lágrima cuando lo metieron en la tumba. ¡Ni se inmutó!

El estado emocional de mi hijo era mucho peor de lo que parecía. Un día que dejé a

Masud con Parvaneh, llevé a Siamak ante la tumba de su abuelo y me arrodillé. Él se quedó de pie a mi lado como una nube oscura y lúgubre, tratando de desviar la mirada y

distanciarse del momento y el lugar en que se encontraba. Me puse a hablar de mi padre,

de los recuerdos que conservaba de él, de su bondad y del vacío que su muerte había dejado en nuestras vidas. Poco a poco y sin dejar de hablar, logré que Siamak se sentara a

mi lado, hasta que de pronto mi hijo rompió a llorar y dio rienda suelta a su pena reprimida. Estuvo llorando hasta el

anochecer. Cuando Masud llegó a casa y vio llorar a su

hermano, lo imitó. Dejé que se desahogaran, tenían que desembarazarse del dolor

acumulado en sus pequeños corazones. Luego los senté y les pregunté: «¿Qué podemos hacer para honrar el recuerdo de vuestro abuelo? ¿Qué espera él de nosotros y cómo deberíamos vivir para que estuviera orgulloso de nosotros?» Y mientras conversábamos, me di cuenta de que yo también debía seguir viviendo y conservar para siempre la memoria de mi difunto padre.

Tres meses después, Ahmad también se

fue al otro mundo, y de una forma horrible, como

predijo la señora Parvin. Un barrendero descubrió su cadáver en una calle al sur de la ciudad. Allí fue a identificarlo. No hubo funeral y nadie lloró, salvo mi pobre madre. A

pesar de que me esforcé en rescatar algún recuerdo agradable de Ahmad, no hallé ninguno. Me sentía culpable por no lamentar su muerte, aunque cada vez que pensaba en

él sentía una pena indefinible.

Dadas las circunstancias, Allí no podía celebrar una boda por todo lo alto, de

modo que

se llevó a su mujer a la casa familiar, que hacía varios años mi padre había puesto a nombre de mi madre.

Deprimida y sola, ella se retiró a un segundo plano, cediendo a mi

cuñada la gobernanza del hogar. Así pues, la puerta de la casa que en los momentos difíciles había sido mi único refugio se me cerró para siempre.

4

Estábamos a mediados de 1977 y en el país reinaba un gran malestar político. La mentalidad de la gente había cambiado: en las oficinas, en las calles

y sobre todo en la universidad, las personas se expresaban con más osadía. En la cárcel, las condiciones habían mejorado, de modo que Hamid y los otros presos recibían más servicios; también

había menos restricciones en cuanto a entrega de ropa y comida. Aun así, yo no atisbaba

ninguna esperanza, ni sospechaba la magnitud de los acontecimientos que se gestaban.

Faltaban unos días para Año Nuevo y el aire olía a primavera. Ensimismada, al entrar en

mi casa me encontré con una escena extraña: en medio de la sala había sacos de arroz, latas de manteca para cocinar, bolsas de té y legumbres y otros comestibles. A veces, mi

suegro nos traía arroz, pero no aquellas cosas. Desde el cierre de la imprenta, ellos también pasaban apuros económicos.

—Aún no has visto lo mejor —dijo Siamak riendo, al reparar en mi expresión

estupefacta, y me entregó un sobre abierto: contenía un fajo de billetes de cien tumanes.

—¿Qué significa esto? ¿De dónde ha salido?

—¡A ver si lo adivinas!

—Sí, mamá, es un concurso —añadió Masud, risueño—. Tienes que adivinarlo.

—¿Ha sido vuestro abuelo?

—¡No! —Ambos hermanos se echaron a reír.

—¿Ha sido Parvaneh?

—No. —Más risas.

—¿La señora Parvin? ¿Fati?

—¡No! Jamás lo adivinarás. ¿Te rindes?

—¡Sí! ¿Quién ha sido?

—¡El tío Alí! Pero me ha dicho que te dijera que te lo envía el tío Mahmud.

—¿Cómo es eso? —pregunté, atónita—. ¿Se le ha revelado una profecía en un sueño?

Telefoneé a casa de mi madre, pero ella no sabía nada.

—Pues pásame a Alí —le pedí—. Quiero que me explique qué ocurre. — Cuando mi

hermano se puso, le pregunté—: ¿Qué

pasa, Alí Aga? ¿Ahora te dedicas a dar de comer a

los pobres?

—Por favor, hermana. Era mi deber.

—¿Qué deber? Yo nunca te he pedido nada.

—Bueno, porque eres noble y gentil, pero debo cumplir mis obligaciones.

—Gracias, querido Alí, pero mis hijos y yo no necesitamos nada. Ven ahora mismo y

llévatelo todo, por favor.

—¿Que me lo lleve? ¿Adónde?

—No lo sé. Haz lo que quieras. Dáselo a los necesitados.

—Mira, hermana, esto no tiene nada que ver conmigo. Te lo envía tu hermano

Mahmud. Habla con él. Y no eres la única beneficiada: ha hecho lo mismo con mucha gente. Yo sólo me he encargado del reparto.

—¿En serio? Entonces, ¿son limosnas de ese caballero? ¡No me digas que ha enloquecido!

—¿Por qué dices esas cosas? ¡Y

nosotros que creíamos estar haciendo
una buena

obra!

—Ya habéis hecho bastantes buenas
obras por mí. Gracias. Ven y llévate
todo

cuanto antes.

—Lo haré, pero sólo si me lo pide
Mahmud. Tendrás que hablar con él.

—Por supuesto. Ahora mismo lo llamo.

Llamé al hogar de mi hermano mayor;
las veces que había llamado a esa casa
podían

contarse con los dedos de una mano.
Contestó Golam-Alí, que tras saludarme cariñosamente le pasó el teléfono a su padre.

—¡Hola, hermana! ¡Qué sorpresa!
¿Cómo es que por fin te has acordado de nosotros?

—Pues mira —repuse con aspereza—, eso es justo lo que quería preguntarte.
¿Cómo

es que por fin te has acordado de nosotros? ¡Nos has enviado limosnas!

—Por favor, hermana, no son limosnas, sino lo que te mereces. Tu marido está

en la

cárcel por defender la libertad y enfrentarse a esos impíos. Nosotros, los que carecemos de la entereza para luchar y soportar la prisión y la tortura, tenemos la obligación, como mínimo, de velar por las familias de los valientes.

—Querido hermano, Hamid lleva cuatro años en la cárcel en los que me las he

apañado sin necesidad de pedir ayuda, y, Dios mediante, así seguiré haciéndolo en el futuro.

—Tienes razón, hermana. Qué vergüenza, estábamos dormidos y ciegos. Te ruego que

nos perdones.

—Por favor, lo que quiero decir es que puedo llevar las riendas de mi vida. No deseo

que mis hijos crezcan gracias a la caridad. Me gustaría que te llevaras todas estas cosas a alguien que lo necesite más que yo.

—Es mi deber, hermana. Te queremos y estamos orgullosos de Hamid.

—Pero Hamid es aquel insurgente que merecía que lo ejecutaran, ¿no te acuerdas?

—No seas maliciosa. Me guardas

rencor, ¿verdad? Ya he confesado mi ignorancia

pasada. Para mí, cualquiera que luche contra este sistema de tiranía es digno de elogio, tanto si es musulmán como infiel.

—Muchas gracias —dije con severidad—. Pero no necesito la comida. Envía a alguien a recogerla, por favor.

—Regálasela a tus vecinos —me espetó, indignado—. No tengo a nadie que enviarte.

Y colgó.

En los meses siguientes, los cambios se

volvieron más palpables. En la oficina nadie hacía

comentarios sobre la condición de preso político de mi marido, aunque los que estaban al

corriente me trataban con recelo procurando no entrar demasiado en mi despacho. Sin embargo, de pronto todas esas reservas desaparecieron. La gente ya no temía relacionarse

conmigo y mi círculo de conocidos crecía rápidamente. Y mis compañeros de trabajo ya

no criticaban mis excesivas ausencias ni las horas que dedicaba a estudiar.

Al poco, la transformación se hizo aún más acusada. Tanto mis familiares como mis

amigos de la universidad y mis compañeros de trabajo empezaron a hablar abiertamente de mi vida y mis circunstancias, y me preguntaban cómo estaba Hamid, expresaban su solidaridad y su comprensión y lo elogiaban. En las reuniones sociales, a menudo me invitaban a sentarme en el sitio de honor, convirtiéndome en el centro de atención. Si bien todo aquello me resultaba muy incómodo, Siamak se sentía muy orgulloso. Hablaba sin tapujos de su padre y contestaba a las preguntas sobre la detención de Hamid y

la noche

que registraron nuestra casa. Como es lógico, dada su corta edad y su rica imaginación, solía embellecer sus recuerdos.

Apenas dos semanas después del inicio del curso me llamaron de la escuela de

Siamak, lo que me preocupó, pues pensé que había vuelto a provocar alguna pelea o pegado a algún compañero. Pero, cuando entré en la secretaría, comprendí que se trataba

de otra cosa. Un grupo de maestros y supervisores me saludaron y cerraron la puerta de la

oficina para que el director y otros responsables del centro no se percataran de mi presencia; era evidente que no confiaban en ellos. Y entonces empezaron a preguntarme sobre Hamid, la situación política del país, los cambios que se operaban y la revolución.

Me quedé perpleja al darme cuenta de que me trataban como si fuera la fuente de los planes secretos para una insurrección. Contesté a sus preguntas sobre Hamid y su detención, pero a todas las otras cuestiones sólo respondía: «No lo sé. No estoy implicada»

en nada de eso.» Al final comprendí que Siamak había exagerado tanto al hablar de su padre, el movimiento revolucionario y nuestra implicación en él, que muchos entusiastas y

partidarios habían querido no sólo confirmar sus afirmaciones, sino establecer contacto directo con las personas clave.

—Es lógico. Con un padre así, no debería sorprendernos un niño como Siamak —

declaró un maestro con ojos llorosos—. No se imagina usted lo bien que habla y con qué

apasionamiento.

—¿Qué les contó? —pregunté, curiosa por lo que les había dicho de su padre.

—Como habría hecho un adulto, un orador, se plantó ante todos nosotros y dijo: «Mi

padre lucha por la libertad de los oprimidos. Muchos amigos suyos han muerto por la causa y él lleva años en la cárcel. Ha soportado la tortura y no les ha revelado nada.»

De regreso a casa, experimenté sentimientos encontrados: por una parte, me alegraba de que Siamak se hiciera valer, atrajera la atención y se sintiera

orgullosa, pero, por otra, me preocupaba su tendencia a mitificar al héroe. Siempre había sido un niño difícil, que

ahora entraba en la confusa y delicada etapa de la adolescencia. Quién sabe cómo iba a digerir, tras haber soportado insultos y humillaciones, tantos elogios y aprobación.

¿Aguantaría su inmadura personalidad esos altibajos? También me preguntaba por qué necesitaba tanta atención, aprobación y cariño, si yo había intentado por todos los medios

que nunca le faltaran.

El respeto y la admiración que nos profesaba el entorno aumentaban día a día. Todo me

parecía exagerado y rocambolesco, quizá originado por cierta curiosidad morbosa. De todas formas, cada vez me fastidiaba más. A veces me sentía falsa, hipócrita y culpable.

¿Y si estaba aprovechándome de mis circunstancias y engañando a la gente? Aunque siempre declaraba que no sabía gran cosa de las creencias y los ideales de mi marido, y que nunca había colaborado con él, la gente no quería aceptarlo. En el trabajo y la universidad, cuando había alguna discusión política,

la gente me señalaba, y en todas las elecciones me designaban para representarlos. Cada vez que decía que no sabía mucho y

que no tenía ningún contacto, se interpretaba como modestia. El único que no cambió su

comportamiento hacia mí fue el señor Zargar, que vigilaba los cambios que se operaban a

mi alrededor.

El día que los empleados decidieron crear un Comité Revolucionario y anunciaron su

apoyo a la oleada de protestas masivas, uno de los miembros del personal, que hasta hacía

poco se había limitado apenas a saludarme, pronunció un elocuente discurso elogiando mi

carácter revolucionario, humanitario y amante de la libertad, y me nombró candidata. Me

levanté y, con la seguridad que me había conferido mi difícil vida social, di las gracias al portavoz, pero rebatí sus afirmaciones, alegando con convicción:

—Nunca he sido una revolucionaria. Mi vida se cruzó con la de un hombre que

tenía

determinadas opiniones políticas, pero de hecho me desmayé la primera vez que tuve que

enfrentarme a los más elementales postulados de su credo. —Todos rieron, algunos aplaudieron—. Créanme —proseguí—, es la verdad. Por eso mi marido nunca me hizo participar en sus actividades. Rezo con toda mi alma por su liberación, pero, en materia de ideologías e influencias políticas, no sirvo de nada.

—Pero usted ha sufrido y su marido lleva años en la cárcel —protestó el que me había

propuesto—, y se las ha apañado sola y criado a sus hijos. ¿No es eso una prueba de que

comparte su ideología y sus convicciones?

—¡No! Habría hecho lo mismo si hubieran encarcelado a mi esposo por robo. Es sólo

una prueba de que, como mujer y madre, tengo la obligación de sacar adelante mi vida y la

de mis hijos.

Hubo un gran revuelo, pero por la mirada de aprobación del señor Zargar

comprendí

que había hecho lo correcto. Sin embargo, los empleados me convirtieron en heroína por

mi humildad y mi sencillez, y pese a todo me votaron.

Los ánimos estaban cada vez más exaltados, y mi esperanza crecía al ritmo de la

revolución. ¿Y si aquello por lo que Charzad y los demás habían dado su vida, y por lo que Hamid había soportado años de cárcel y torturas, se hacía realidad?

Por primera vez, mis hermanos y yo nos encontrábamos en el mismo bando,

queríamos lo mismo, nos entendíamos y sentíamos próximos. Ellos se portaban como hermanos y nos apoyaban a mí y a mis hijos. La bondad de Mahmud había llegado al extremo de que cualquier cosa que les comprara a sus hijos se la compraba también a los

míos.

—Qué pena que no esté aquí vuestro padre para ver cómo os queréis —decía mi

madre con ojos llorosos, y daba gracias a Dios—. Siempre se preocupaba

mucho. «Si me

muerdo, mis hijos dejarán de verse, y quien se quedará más sola será mi hija, a la que sus

hermanos no querrán ayudar», decía. Ojalá estuviera aquí para ver que ahora sus hijos estarían dispuestos a dar la vida por su hermana.

Gracias a sus contactos, Mahmud accedía a las últimas noticias y comunicados. Traía panfletos y grabaciones que Alí reproducía y yo distribuía en la oficina y la universidad.

Entretanto, Siamak y sus amigos salían a la calle a gritar consignas, mientras

Masud dibujaba a los manifestantes y escribía «LIBERTAD». Desde el verano participábamos en reuniones, conferencias y protestas contra el régimen del sah. Yo no me preguntaba qué grupo o partido organizaba los actos, ¿qué más daba? Estábamos juntos, compartiendo aspiraciones.

Cada día que pasaba me sentía un poco más cerca de Hamid y empezaba a creer que

tener una familia completa y un padre para mis hijos ya no era un sueño inalcanzable. Me

hacía inmensamente feliz que Hamid siguiera vivo; al ver su afligido rostro

ya no me preguntaba si habría sido mejor que hubiera muerto junto con sus amigos en lugar de soportar años de torturas. Empezaba a sentir que no había sufrido en vano y que pronto obtendría recompensa a sus esfuerzos. Su sueño se hacía realidad; el pueblo se había sublevado y gritaba en las calles: «¡No viviremos bajo la tiranía!» Hamid y sus amigos habían soñado con ese desenlace, pero siempre había parecido algo exagerado, idealista, irreal.

A medida que la revolución cobraba fuerza, cada vez controlaba menos a mis hijos, que ahora se llevaban muy bien

con su tío. Con una devoción que se me antojaba insólita y extraña, Mahmud venía a buscarlos y los llevaba a charlas y debates. A Siamak le encantaban esos actos y seguía a su tío sin dudarlo, pero Masud pronto empezó a distanciarse y ponía diferentes excusas para no acompañarlos. Cuando le pregunté por qué, se limitó a decir: «No me gusta», y al insistirle para que me diera una respuesta más

convinciente, dijo: «Me da vergüenza.» Yo no entendía de qué se avergonzaba, pero decidí

no presionarlo. Siamak, en cambio, estaba cada vez más entusiasmado y, de

muy buen humor, y ya no daba ningún problema en casa, como si desahogara toda su rabia y frustración gritando consignas. Poco a poco fue adquiriendo una peculiar disciplina respecto a las prácticas religiosas y, aunque siempre le había costado levantarse por la mañana, ahora hacía lo posible por no perderse la oración de primera hora. No sabía si debía alegrarme o preocuparme por aquellos cambios. Algunas cosas que hacía, como apagar la radio si sonaba música o negarse a ver la televisión, me retrotraían al pasado y

me recordaban el fanatismo de Mahmud.

Hacia mediados de septiembre, Mahmud

anunció que quería celebrar un funeral por mi padre, y aunque ya había transcurrido un año y un mes desde su defunción, nadie se opuso. No estaba de más honrar la memoria de un hombre tan querido y ofrecer limosnas

por el bien de su alma pura. Como vivíamos bajo la ley marcial, con estrictos toques de

queda, decidimos que lo mejor sería celebrar la ceremonia un viernes a mediodía, así que

todos nos pusimos a cocinar y prepararnos. Mientras el número de invitados iba en aumento, yo admiraba a Mahmud en secreto por atreverse a

organizar aquello en una época tan inestable.

El día fijado fuimos todos a su casa a primera hora de la mañana. Ehteram-Sadat, cada

día más gorda, se afanaba de un lado a otro jadeando. Yo estaba pelando patatas cuando

por fin se sentó a mi lado para descansar.

—Te has tomado muchas molestias — dije—. Te lo agradecemos mucho.

—No tenéis nada que agradecerme — repuso—. Al fin y al cabo, ya era hora

de que

celebráramos un servicio por vuestro padre. Además, dadas las circunstancias, es una buena excusa para reunir a la gente.

—Por cierto, querida Ehteram, ¿cómo está mi hermano últimamente? Toco madera,

pero parece que ya no tenéis problemas.

—¡Qué va! Ya lo hemos superado. Ahora lo veo tan poco que ya no tengo ganas de

pelearme con él. Cuando llega a casa está tan cansado y preocupado que nos

deja en paz y

no se queja de nada.

—¿Sigue tan obsesivo? Cuando hace sus abluciones, ¿todavía repite «No lo he hecho

bien, puedo hacerlo mejor, tengo que hacerlo otra vez»?

—Que no nos oiga el diablo, pero ha mejorado mucho. Está tan atareado que no tiene

tiempo para lavarse una y otra vez manos y pies y repetir sus abluciones. Mira, esta revolución lo ha transformado, como si le hubiera curado

todos sus males. Dice: «Según el

Ayatolá, estoy a la vanguardia de la revolución, que viene a ser como una yihad en nombre

del Creador, y mereceré las mayores bendiciones de Dios.» Lo que ahora lo obsesiona es

la revolución.

Los discursos empezaron tras la comida. Yo estaba en la habitación del fondo y no los

oía muy bien, pues, temiendo que las voces se oyeran en la calle, nadie utilizaba megáfono. El salón y el

comedor se hallaban abarrotados de gente, y aún había más invitados en el patio delantero, asomados a las ventanas. Tras un par de discursos sobre la revolución, la tiranía del gobierno y nuestro deber de derrocar al régimen, tomó la palabra el tío de Ehteram-Sadat, un mulá muy conocido que había pasado varios meses en la cárcel a causa de su franqueza y al que todos consideraban un héroe. Tras hablar de las virtudes de mi padre, añadió:

—Esta honorable familia lleva años luchando por la fe y el país, y ha pagado por ello.

En mil novecientos sesenta y tres, tras

los sucesos del cinco de junio y la detención del ayatolá Jomeini, se vieron obligados a dejar su hogar y emigrar de Qum porque sus vidas

peligraban. Sufrieron fatalidades, les mataron a un hijo, su yerno todavía está en la cárcel y sólo Dios sabe qué torturas habrá tenido que soportar...

Me quedé perpleja unos segundos, sin entender a quién se refería.

—¿De quién habla? —le pregunté a Ehteram-Sadat dándole un codazo.

—¡Pues de tu marido!

—¿Y ese hijo al que mataron?

—Ahmad, ¿quién va a ser?

—¿Ahmad?

—¡Claro! ¿Nunca te has parado a pensar que murió en circunstancias misteriosas?
En

plena calle, y no nos informaron hasta tres días más tarde. Y cuando Alí fue al depósito de cadáveres a identificarlo, había señales de violencia en su cuerpo.

—Debió de pelearse por asuntos de drogas con algún otro drogadicto.

—¡No hables así de un difunto!

—¿Y quién le contó a tu tío todas esas

bobadas de nuestra salida de Qum?

—¿No lo sabías? Tu familia se marchó de Qum tras los sucesos del cinco de junio. Tu

padre y Mahmud corrían un grave peligro. Seguramente eras demasiado pequeña y no te

acuerdas.

—Te equivocas, me acuerdo muy bien. Vinimos a vivir a Teherán en mil novecientos

sesenta y uno. ¿Cómo se atreve Mahmud a contarle esas mentiras a tu tío y aprovecharse

del apasionamiento y el entusiasmo de la gente?

Ahora el mulá estaba hablando de Mahmud, exponiendo que de un padre como el

suyo sólo podía haber salido aquel hijo, un hombre que había dedicado su vida y su riqueza a la revolución sin eludir esfuerzos ni sacrificios. Ayudaba económicamente a las

familias de varios presos políticos y velaba por ellas como un padre; la más importante era la de su propia hermana, con cuyas responsabilidades había cargado y a quien nunca había

dejado sola.

Entonces, el tío de Ehteram-Sadat le hizo señas a Siamak, que se levantó de entre el

público y fue hacia él, como si mi hijo hubiera ensayado y supiera exactamente en qué momento tenía que interpretar su papel.

—Este niño inocente es el hijo de un paladín del islam que lleva años en la cárcel —

dijo entonces el mulá, acariciando la cabeza de Siamak—. La mano criminal del régimen

ha dejado huérfano a este niño y a
cientos como él. Gracias a Dios, tiene
un tío bondadoso

y sacrificado, el señor Mahmud Sadegui,
que ha llenado el vacío dejado por su
padre. De

no haber sido así, sólo Dios sabe qué
habría sido de su atribulada familia.

Me entraron náuseas. El cuello de la
blusa me ahogaba. Al tirar
instintivamente de él,

el último botón saltó y cayó al suelo. Me
levanté tan furiosa que mi madre y
Ehteram-Sadat se asustaron.

—Siéntate, Masum —me pidió Ehteram, tirándome del chador—. Por el alma de tu padre, siéntate. Esto es impropio.

Mahmud, sentado detrás del mulá y de cara al público, me miró con gesto aprensivo.

Quise gritar, pero no podía articular sonido alguno. Siamak, de pie junto al mulá, vino hacia mí entre temeroso y sorprendido.

—¿No te da vergüenza? —le dije, cogiéndolo del brazo.

—¡Que Dios me quite la vida! ¡No nos avergüences, hija! —clamó mi madre, dándose

palmadas en las mejillas.

Miré con odio a Mahmud, al que me habría gustado decirle muchas cosas; pero de pronto la gente empezó a recitar elegías, levantándose y golpeándose el pecho. Sin soltar

del brazo a Siamak, me abrí paso entre los asistentes y salí de la casa. Masud corría detrás de nosotros, sujetando mi chador. Tenía ganas de propinarle una tunda a Siamak. Abrí la

puerta del coche y lo metí de un empujón.

—¿Qué te pasa? —me preguntó él—.
¿Qué he hecho?

—¡Cállate!

Estaba tan furiosa que los niños no dijeron ni una palabra en el trayecto de regreso a

casa. Su silencio me permitió pensar. ¿Qué había hecho mi pobre niño? ¿Qué parte de culpa tenía él en todo aquello?

Cuando llegamos, maldije el cielo y la tierra, y a Mahmud, Alí y Ehtheram. Luego me

senté y lloré. Siamak, sentado delante de mí, estaba avergonzado. Masud me trajo un vaso

de agua y, con lágrimas en los ojos, me

pidió que bebiera. Poco a poco fui tranquilizándome.

—No sé por qué estás tan enfadada — dijo Siamak—. Sea lo que sea, lo siento.

—¿De verdad no lo sabes? ¿Cómo no vas a saberlo? Dime, ¿es eso lo que haces en los

actos a los que te lleva Mahmud? ¿Te exhibe delante de la gente?

—¡Sí! —respondió él orgulloso—. Y todos elogian mucho a mi padre.

Suspiré angustiada, sin saber qué decirle.

—Mira, Siamak, hemos vivido cuatro años sin tu padre sin necesitar a nadie, y menos

a tu tío Mahmud —le expliqué, tratando de mantener la calma y no asustarlo—.

He luchado mucho para que pudierais crecer con honradez y no gracias a la piedad y la caridad ajenas, para que nadie os viera como huérfanos

desamparados. Y hasta ahora siempre nos hemos valido por nosotros mismos.

Quizá hayamos pasado penurias, pero teníamos nuestro orgullo y nuestro honor, y el orgullo y el honor de vuestro padre. Pero

ahora ese monstruo, Mahmud, te exhibe

para su propio provecho como si fueras un muñeco, aprovechándose de ti.

Quiere que la gente te compadezca y diga: «¡Bravo, qué tío

tan excelente tiene ese niño!» ¿Te has preguntado por qué hace siete u ocho meses tu tío,

de repente, empezó a interesarse por nosotros cuando en todos estos años no nos preguntó

ni una sola vez cómo nos iban las cosas? Mira, hijo mío, has de ser más prudente y no dejar que nadie se aproveche de ti ni de tus sentimientos. Si tu padre se entera de que

Mahmud te utiliza de esta forma, y de paso a él, se enfadará mucho. No está de acuerdo con tu tío en nada, y bajo ningún concepto querría que su familia y él mismo se convirtieran en juguetes de Mahmud y otros como él.

Entonces yo ignoraba las verdaderas intenciones de Mahmud, pero ya no dejaba que mis

hijos lo acompañaran a ningún sitio ni contestaba a sus llamadas.

Estábamos a mediados de octubre. Las clases en las escuelas y universidades se suspendían continuamente. Sólo me quedaba un trimestre para terminar y

licenciarme, pero siempre había alguna huelga o manifestación y se interrumpían las clases.

Asistía a diferentes reuniones políticas y escuchaba a la gente, sopesando lo que oía para valorar si había alguna esperanza de salvar a Hamid. A veces era optimista y todo parecía bonito y prometedor, pero otras me desanimaba tanto que me hundía en un pozo.

Cada vez que alguien elevaba la voz en defensa de los presos políticos, allí estaba yo

en primera fila, con los puños levantados de mis hijos como pequeñas banderas a mi lado.

Con la fuerza de todo el dolor, la rabia y la miseria sufridos, gritaba: «¡Libertad para los presos políticos!» Se me anegaban los ojos, pero me sentía aliviada. Al ver las multitudes

alrededor, me embargaba el entusiasmo y quería abrazarlos y besarlos a todos.

Seguramente era la primera y única vez que experimentaba semejantes emociones por mis

compatriotas, como si todos fueran mis hijos, mi padre, mi madre, mis hermanos y hermanas.

Empezaron a circular rumores de que liberarían a los presos políticos: se

decía que a algunos los soltarían el 26 de octubre, coincidiendo con el cumpleaños del sah. La esperanza volvió a mi corazón, pero intenté no dar mucho crédito a esas informaciones, pues no habría soportado otra desilusión. Mi suegro, redoblando sus esfuerzos para conseguir la liberación de Hamid, reunió todas las cartas de recomendación que pudo y se

las entregó a las autoridades.

Trabajábamos mano a mano y nos manteníamos informados

de nuestros avances. Yo realizaba con entusiasmo y entrega las tareas que me asignaba.

Gracias a nuestros contactos nos enteramos de que iban a indultar a mil presos políticos, así que teníamos que asegurarnos de que incluirían el nombre de Hamid en la lista.

—¿Seguro que no es otra estrategia política para aplacar a la gente? —le pregunté, recelosa, a mi suegro.

—No. En una situación tan inestable, el gobierno no puede correr tal riesgo. Han de

liberar por lo menos a los presos más conocidos, para acallar las protestas. Si no, la situación empeorará. No pierdas la esperanza, hija mía. No la pierdas.

Pero me aterrorizaba abrigar esperanzas. Si Hamid no se contaba entre los indultados,

sería un golpe devastador. Y mis hijos aún me preocupaban más, pues temía que tras tantas esperanzas y expectativas no soportaran la derrota. Intentaba ocultarles

información, pero los rumores corrían por las calles. Cuando Siamak llegaba a casa emocionado con las últimas noticias, le decía fríamente: «No, hijo mío, es propaganda para tranquilizar a la gente. De momento no es probable que hagan nada. Si Dios quiere,

cuando estalle la revolución, nosotros

mismos abriremos las puertas de las cárceles y traeremos a tu padre a casa.»

Mi suegro, que aprobaba mi enfoque, adoptó la misma táctica con su mujer.

A medida que se acercaba el 26 de octubre, estaba tan nerviosa que no paraba de comprar impulsivamente cosas para Hamid. Ya no podía refrenar mis fantasías y hacía planes tras su liberación. Pero unos días antes de aquella fecha, después de un continuo trasiego y muchas reuniones, mi suegro vino a mi casa, abatido y agotado. Esperó a que

los niños estuvieran entretenidos, y entonces me explicó:

—La lista está casi completa y de momento no han incluido a Hamid. Me han

asegurado que si la situación continúa así también lo liberarán, pero es poco probable que

sea esta vez. La lista está compuesta casi únicamente por extremistas religiosos.

—Lo sabía —repuse con un nudo en la garganta—. Si fuera tan afortunada, no habría

tenido la vida que he tenido.

Y de golpe, todas mis esperanzas se

tornaron desesperación. Con lágrimas en los ojos,

volví a cerrar las ventanas que había abierto en mi corazón. Cuando mi suegro se marchó,

me costó mucho ocultar mi pena y mi desilusión a mis hijos.

—¿Qué pasa? ¿Te duele la cabeza? — repetía Masud, que no se separaba de mí.

—¿Ha pasado algo? —quería saber Siamak.

«Sé fuerte —me ordené—; tienes que esperar un poco más.» Pero las paredes

del

apartamento se me caían encima. No soportaba aquella casa tan triste y solitaria. Cogí a los niños de la mano y salí a la calle, donde me vi arrastrada hacia la mezquita, en la que se congregaba una gran multitud que gritaba consignas. Nos abrimos paso por el patio abarrotado; ignoraba qué había pasado y no entendía qué gritaba la gente. Pero no importaba: tenía mi propio eslogan. Furiosa y al borde del llanto, grité: «¡Libertad para los presos políticos!» No sé qué tendría mi voz, pero un instante después todos los manifestantes repetían mi consigna.

Poco después hubo un día festivo. Todavía no había amanecido y ya estaba cansada de dar

vueltas en la cama, pero sabía que se aplicarían fuertes medidas de seguridad y que no debía salir de casa. Para tranquilizarme sólo podía mantenerme ocupada. Necesitaba encauzar mi ansiedad, cosa que hice concentrándome en el trabajo. Quité las sábanas de

las camas, descolgué las cortinas y las metí en la lavadora. Limpié ventanas y barrí habitaciones. Como los niños me ponían nerviosa, les pedí que fueran a jugar al patio, pero enseguida pensé que Siamak podría irse y entonces les grité

que entraran y los mandé

a darse un baño. Limpié la cocina. No me apetecía cocinar, pero teníamos suficiente con

las sobras del día anterior y Bibi estaba tan débil y comía tan poco que, aunque le preparara apetitosos platos, sólo tomaba un cuenco de yogur y un trozo de pan.

Malhumorada, di de comer a los niños y fregué. Ya no tenía nada más que hacer aparte de

barrer y limpiar el patio, pero estaba a punto de desmayarme de agotamiento, que era justo

lo que quería. Me arrastré hasta la ducha, abrí el grifo y lloré: aquél era el único sitio donde podía llorar tranquila.

Cuando salí del cuarto de baño eran casi las cuatro de la tarde. Aunque aún tenía el pelo húmedo, me dio igual y me tumbé sobre un almohadón delante del televisor. Los niños jugaban a mi lado. Estaba a punto de quedarme dormida cuando vi que se abría la puerta y

entraba Hamid. Cerré los párpados con fuerza para que aquel dulce sueño continuara, pero

entonces oí voces. Entreabrí un poco los ojos. Los niños miraban boquiabiertos a un hombre delgado, de pelo y bigote

canos. Me quedé paralizada. ¿Seguía
soñando? La voz

alborozada aunque rota de mi suegro nos
sacó a los tres de nuestro aturdimiento:

—¡Aquí lo tienes! Te traigo a tu marido.
¿Qué os pasa, niños? Venid. Vuestro
padre ha

vuelto.

Cuando abracé a Hamid, me di cuenta de
que no abultaba mucho más que Siamak.
Lo

había visto muchas veces en los últimos
años, pero nunca tan escuálido y
demacrado. Tal

vez lo veía tan frágil porque la ropa le quedaba holgadísima, como un niño vestido con las

prendas de su padre; todo le venía dos tallas grande como mínimo. Los pantalones, que se

sujetaba con un cinturón, se le fruncían alrededor de la cintura. Los hombros de la chaqueta le colgaban tanto que las mangas le llegaban hasta la punta de los dedos. Se arrodilló y abrazó a los niños, al tiempo que yo me abalanzaba sobre mis tres seres más

queridos, tratando de abrazarlos a la vez. Por fin podíamos llorar juntos y compartir nuestro dolor.

—¡Basta! ¡Levantaos! —exclamó mi suegro, enjugándose las lágrimas—. Mi hijo está

muy cansado y enfermo. Lo he recogido en la enfermería de la prisión. Necesita descansar.

Y yo tengo que ir a buscar a su madre.

Me acerqué a él y lo besé y abracé.

—¡Gracias! ¡Gracias! —repetí entre sollozos, con la cabeza apoyada en su hombro.

Qué bueno, prudente y considerado era aquel anciano, que había sobrellevado solo las

luchas y las ansiedades de los últimos tiempos.

—Deja que te ayude a desvestirte y acostarte —le dije a mi marido, tras comprobar que tenía fiebre.

—No. Antes quiero bañarme.

—Sí, tienes razón. Debes quitarte toda la suciedad y miseria de la cárcel; luego podrás

dormir tranquilamente. Por suerte, hoy tenemos gasóleo y el calentador lleva encendido desde esta mañana.

Lo ayudé a desnudarse, pues estaba tan débil que apenas se tenía en pie. Con

cada prenda que le quitaba parecía más pequeño. Al final, horrorizada por la visión de aquella

figura esquelética, apenas piel sobre hueso cubierta de cicatrices, lo senté en una silla y le quité los calcetines.

Entonces, al reparar en las llagas de sus maltratados pies, me derrumbé. Le abracé las piernas, apoyé la cabeza en sus rodillas y lloré. ¿Qué le habían hecho? ¿Volvería algún día a ser una persona sana y normal?

Lo bañé y lo ayudé a ponerse la camiseta, los calzoncillos y el pijama nuevos que le

había comprado llevada por mi

optimismo. Le venían grandes, pero no tanto como el traje

con que había llegado.

Se tumbó despacio en la cama. Daba la impresión de que quería saborear cada segundo. Lo tapé con la sábana y la manta; puso la cabeza en la almohada, cerró los ojos

y, tras un hondo suspiro, dijo:

—¿De verdad voy a dormir en mi cama? Todos estos años he soñado cada día, cada

segundo, con esta cama, esta casa y este momento. No puedo creer que se haya

hecho realidad. ¡Qué placer!

Los niños observaban todos sus movimientos con una mezcla de amor y admiración

no exenta de cierta reticencia y reserva. Su padre les pidió que se sentaran a su lado y los tres se pusieron a hablar. Preparé té y envié a Siamak a la pastelería de la esquina a comprar pastas y pan tostado. Hice zumo de naranja y calenté la sopa que había sobrado.

A cada momento le llevaba algo de comer a Hamid.

—Espera, querida —pidió al fin, riendo

— No puedo comer demasiado. No
estoy

acostumbrado. Sólo raciones pequeñas.

Una hora más tarde llegaron su madre y
sus hermanas. Mi suegra, loca de
alegría, revoloteaba alrededor de su hijo
como una mariposa, sollozando y
hablándole con ternura.

—Basta, madre. Cálmate, por amor de
Dios —repetía Hamid, sin fuerzas ni
para

enjugarse las lágrimas.

Pero ella seguía besándolo de la cabeza
a los pies, mientras sus incoherentes

palabras

se convertían en sollozos. Al final se apoyó contra la pared y resbaló hasta el suelo. Tenía la mirada perdida y el pelo alborotado, estaba pálida y jadeaba.

—¡Traed agua caliente con azúcar, rápido! —gritó Manijeh abrazando a su madre.

Corrí a la cocina y volví con un vaso lleno, que fui dándole a mi suegra a cucharadas,

mientras Mansureh le echaba agua fría en la cara. Mi suegra se estremeció y se deshizo en

llanto. Mis hijos, de pie en el umbral, miraban alternativamente con ojos llorosos a su padre y a su abuela.

Poco a poco, la exaltación disminuyó. Mi suegra se negó a salir del dormitorio, pero

prometió que dejaría de llorar. Acercó una silla a los pies de la cama y se sentó con la mirada fija en Hamid, excepto cuando se enjugaba alguna lágrima.

Mi suegro fue a sentarse en la sala con Bibi, que rezaba en voz baja. Estiró las piernas

y recostó la cansada cabeza en un cojín. Yo sabía que llevaba todo el día de un

lado para

otro, frenéticamente. Le llevé un vaso de té, puse una mano sobre la suya y le dije:

—Gracias. Has tenido un día muy duro y debes de estar agotado.

—Ojalá tanto esfuerzo y agotamiento dieran siempre estos resultados.

Oímos a Mansureh consolando a su madre.

—Por amor de Dios, madre, basta ya. Deberías alegrarte. ¿Por qué no paras de llorar?

—le dijo.

—Soy feliz, hija mía. No puedes imaginarte lo feliz que soy. Nunca pensé que viviría

lo suficiente para volver a ver en casa a mi único hijo.

—Entonces, ¿por qué lloras? Sólo consigues entristecerlo.

—Es que mira lo que le han hecho esos canallas —se lamentó—. Mira lo débil y frágil

que está, cómo ha envejecido. —Y le dijo a Hamid—: Que Dios permita que entregue mi

vida por ti. ¿Te hicieron mucho daño?
¿Te pegaban?

—No, madre —contestó él, molesto—.
Lo que pasa es que no me gustaba la
comida.

Y luego me resfrié y me puse enfermo,
nada más.

En medio del caos, mi madre, que
llevaba días sin noticias mías, me llamó
para saber

cómo estábamos, y se quedó estupefacta
cuando le conté que Hamid había vuelto.
Media

hora más tarde llegaron todos con flores

y pastas. Mi madre y Fati se echaron a llorar al

ver a mi marido. Y Mahmud, como si nada, besó a Hamid en las mejillas, abrazó a los niños, nos felicitó alegremente a todos y empezó a mangonear.

—Ehteram-Sadat, prepara té para todos y trae la bandeja —ordenó—. Vendrá mucha

gente. Alí, abre la puerta de la sala de estar y dispón sillas y mesas en círculo. Y que alguien prepare las bandejas de la fruta y las pastas.

—Pero si no esperamos visitas —objeté

—. Todavía no se lo hemos dicho a nadie.

—No hace falta —repuso mi hermano

—. Han publicado la lista de presos liberados,

así que, en cuanto se enteren, vendrán todos.

Supuse que tramaba algo y, enojada, intenté pararle los pies:

—Escucha, hermano, Hamid no se encuentra bien y necesita descansar. Ya habrás

visto que tiene fiebre y le cuesta respirar. No te atrevas a decirle a nadie

que venga.

—No diré nada, pero vendrán de todas formas.

—No dejaré entrar a nadie en esta casa —le espeté—. Te lo digo ya para que luego la

gente no se ofenda.

De pronto fue como si a Mahmud se le cortara la respiración. Se quedó allí plantado,

mirándome de hito en hito.

—¿Estás diciéndome que ni siquiera quieres llamar al médico para que venga

a

examinar a este pobre hombre? —
inquirió de repente, como si acabara de
acordarse de algo.

—Sí, claro que quiero que venga el
médico. Pero hoy es fiesta. ¿Dónde voy
a

encontrar uno?

—Yo conozco a uno. Lo llamaré.

Tras varias llamadas, una hora más tarde
llegó un médico acompañado por dos

hombres, uno de los cuales llevaba una
gran cámara fotográfica. Miré a mi

hermano con

expresión de reproche. El médico pidió que salieran todos del dormitorio y empezó a examinar a Hamid, mientras el de la cámara tomaba fotografías de sus heridas.

Al final, el médico diagnosticó a mi marido neumonía crónica. Extendió varias recetas

y le dijo a Hamid que no olvidara tomar las medicinas y ponerse las inyecciones a la hora

indicada. Respecto a su dieta, me señaló que debía aumentar gradualmente la cantidad que ingería. Antes de

marcharse, le puso dos inyecciones y le dejó unas pastillas para esa noche, hasta que al día siguiente pudiéramos comprarle cuanto necesitaba. Mahmud le dio

las recetas a Alí y le encargó conseguirlo todo a primera hora de la mañana y llevárselo a

Hamid.

De repente, al acordarnos de que estábamos bajo la ley marcial y había toque de queda, todos recogieron sus cosas y se marcharon. Mi suegra no quería, pero su marido se

la llevó con la promesa de que al día

siguiente volvería.

Cuando todos se hubieron ido, logré convencer a Hamid para que bebiera un vaso de

leche y les di una cena ligera a los niños. Estaba tan agotada que no tuve fuerzas para recoger los platos esparcidos por toda la casa. Me arrastré hasta la cama y me tumbé junto

a Hamid, que ya dormía profundamente, pues el médico le había administrado un sedante.

Me quedé un rato contemplando su delgado rostro y deleitándome con su presencia.

Luego me di la vuelta y me puse a mirar el cielo por la ventana; di las gracias a Dios de

todo corazón y juré no descansar hasta que Hamid volviera a ser el de antes, pero me dormí antes de haber terminado mi plegaria.

5

Una semana más tarde, Hamid había mejorado considerablemente. Sin embargo, aunque ya no tenía fiebre y comía mejor, no estaba recuperado, pues su tos empeoraba por las noches y padecía una debilidad general, consecuencia de cuatro años de mala alimentación

y enfermedades sin tratar. No obstante, poco a poco comprendí que ése no era el verdadero

problema de mi marido; su enfermedad, más que física, era psicológica. Se regodeaba en

su depresión, se negaba a hablar, no mostraba interés ni siquiera por las noticias, que en

esa época eran trascendentales, no quería ver a sus viejos amigos ni contestaba a lo que le preguntaban.

—¿Cree usted que su depresión y falta de interés por lo que ocurre alrededor es normal? —le pregunté al médico—.

¿Les pasa lo mismo a todos los presos liberados?

—Hasta cierto punto sí, pero el caso de su marido es exagerado. Todos experimentan

en diversos grados fobia a las multitudes, una sensación de alienación y dificultad para volver a adaptarse a una vida familiar normal. Pero la inesperada liberación de Hamid, esta revolución que siempre fue su sueño y su meta, y estar en el seno de una familia que

lo ha recibido con tanto cariño deberían animarlo e infundirle nuevas ganas de vivir.

Últimamente, el problema con las personas como Hamid es cómo lograr tranquilizarlos para que su estado emocional esté más acorde con su estado físico.

—Pues tengo que insistirle mucho sólo para que realice sus rutinas cotidianas.

Yo no me explicaba la causa de su depresión. Al principio atribuí su silencio a la enfermedad, pero, cuando ya se había recuperado un poco físicamente, pensé que tal vez

nuestras familias no estuvieran dejándole el tiempo y el espacio que necesitaba para adaptarse de nuevo a la vida en libertad. Había siempre tanta

gente alrededor que ni siquiera encontrábamos media hora para hablar a solas. Nuestra casa parecía un caravasar

con un flujo constante de gente que entraba y salía. Y poco después su madre se trajo sus

cosas y se quedó a dormir. Y luego Monir, la hermana mayor de Hamid, llegó de Tabriz

con sus hijos. Aunque todos ayudaban con las tareas domésticas, ni Hamid ni yo soportábamos aquel tropel.

Mahmud era en parte responsable de aquel caos. Se presentaba a diario con un nuevo

grupo de curiosos, como si hubiera descubierto a una criatura monstruosa digna de ser exhibida. Para eludir mis protestas, se había responsabilizado de las comidas y hacía que

nos enviaran alimentos de continuo, y si me quejaba, me decía que diera lo que no necesitara a los pobres. Tanto derroche y generosidad me sorprendían. No sabía qué mentiras tramaba mi hermano, pero de alguna manera daba a entender que habían liberado

a Hamid gracias a sus esfuerzos. Estoy segura de que, de haberse atrevido, habría desnudado a Hamid todos los días para exhibir sus cicatrices ante el

público.

La política siempre era un tema de actualidad en casa. Pasado un tiempo, empezaron a

venir algunos viejos amigos y compañeros de la causa, acompañados por jóvenes y entusiastas discípulos que querían ver de cerca al héroe y oírlo hablar de la organización y los camaradas que se sacrificaron por ella. Pero Hamid, que no quería verlos, siempre

inventaba alguna excusa para evitarlos, y si no le quedaba más remedio que recibirlos se quedaba muy callado y deprimido. Eso me sorprendía, pues no

reaccionaba de la misma

manera con los amigos de Mahmud ni con otras visitas.

Un día, cuando el médico vino a examinarlo, me preguntó:

—¿Por qué está la casa siempre llena de gente? ¿No dije que mi paciente necesita descansar? —Y antes de marcharse, cuando todos podían oírlo, me dijo—: El primer día le

advertí que el paciente necesitaba tranquilidad, aire fresco, silencio y reposo para recuperarse y volver a ser el de antes. Pero esta casa parece un estadio. No me extraña que se encuentre

peor emocionalmente que a su llegada.
Si continúa usted así, no me haré responsable de su salud.

Todos se quedaron boquiabiertos.

—¿Qué podemos hacer, doctor? —
preguntó mi suegra.

—Si no es capaz de mantener las puertas de esta casa cerradas, le recomiendo que traslade al paciente a otro sitio.

—Sí, doctor, desde el primer día quise llevármelo a mi casa —replicó ella—.
Es más

grande y no está tan abarrotada.

—No, señora. Me refiero a un lugar tranquilo donde pueda estar a solas con su esposa

y sus hijos.

Yo estaba eufórica, pues el médico había expresado justo lo que yo soñaba. Todos hicieron sugerencias y se marcharon más pronto de lo habitual. Mansureh esperó hasta que

se hubieron ido todos y entonces me dijo:

—El médico tiene razón. Hasta yo me vuelvo loca aquí, así que imagínate este pobre

hombre tras cuatro años aislado y en silencio. Mira, la única solución es que os vayáis a la costa del Caspio y que Hamid convalezca allí. El chalet que tenemos está vacío, es una tontería que no lo aprovechéis. No le diremos a nadie adónde habéis ido.

¡Qué felicidad! Aquello era lo mejor que podíamos hacer. Y en la costa del mar Caspio, ¡la tierra de mis sueños! Como por orden del gobierno las escuelas estaban cerradas y se habían interrumpido las clases en la universidad a causa de los disturbios, nada nos impedía pasar una temporada en el norte.

El luminoso y tonificante otoño costero nos recibió con un cielo azul y un mar tornasolado. Una agradable brisa traía el olor a salitre y el sol era una excelente excusa para sentarse en la playa.

Estábamos los cuatro de pie en la terraza del chalet. Les dije a los niños que inspiraran

hondo y les expliqué que el aire podía insuflarte nueva vida. Me volví y miré a Hamid; pero él no veía aquella belleza, no oía mis palabras, no olía el mar ni notaba la brisa. Entró en casa, compungido e indiferente. «¡No te rindas! —me dije—: Tengo el escenario adecuado y el tiempo necesario; si no

puedo ayudar a mi marido, no mereceré que me llamen esposa y tampoco esta bendición que Dios me ha dado.»

Diseñé un programa de actividades. Los días soleados, que ese año fueron muchos,

siempre encontraba un pretexto para llevar a Hamid a pasear por la playa o el bosque. A veces íbamos hasta la calle principal, hacíamos la compra y volvíamos lentamente.

Absorto en sus pensamientos, él seguía sin contarme nada. O no oía las preguntas que le

formulaba o las contestaba con un

movimiento de cabeza o monosílabos. Aun así, yo hacía como si nada y le hablaba de cosas que habían sucedido en su ausencia, hacía comentarios sobre la belleza y la naturaleza, o filosofaba sobre nuestras vidas. Jugaba con mis hijos, cantaba y reía. A veces me sentaba, fascinada por aquel paisaje que semejava un

cuadro al óleo, tan hermoso que parecía irreal. Eufórica, elogiaba tanto esplendor. En esas ocasiones, la única reacción de Hamid consistía en mirarme con sorpresa. Estaba apático e

indiferente. Dejé de comprar el periódico y apagaba la radio y el

televisor, porque las noticias lo angustiaban aún más. Tras haber vivido tanto tiempo con ansiedad y estrés, la ausencia de noticias era agradable y relajante también para mí. Los niños tampoco estaban muy contentos.

—Les robamos la infancia demasiado pronto —le dije a Hamid un día—. Sufrieron

muchísimo. Pero todavía no es demasiado tarde. Podemos resarcirlos.

Mi marido se encogió de hombros y desvió la mirada.

Observaba el entorno con tal indiferencia que llegué a pensar que quizá se hubiera vuelto daltónico, así que me inventé un juego de colores con los niños. Cada uno de nosotros tenía que nombrar un color que viéramos a lo lejos. Como a menudo surgían diferencias de opinión, le pedía a Hamid que hiciera de árbitro. Él echaba un lánguido vistazo y daba su parecer. «Soy más tozuda que él», me repetía a mí misma,

preguntándome hasta cuándo se resistiría y nos rechazaría. Alargué nuestros paseos diarios. Hamid ya no se quedaba sin aliento tras una larga caminata. Estaba más fuerte y

había engordado un poco. Seguí
hablándole sin transmitir frustración ni
disgusto, hasta que poco a poco empezó
a abrirse. A veces, cuando me parecía
que le apetecía hablar, lo

escuchaba con atención sin distraerlo ni
interrumpirlo.

Llevábamos una semana en la costa
cuando, un soleado día de octubre,
organicé un picnic. Tras caminar un rato,
extendimos las mantas en una colina con
vistas

espectaculares. A un lado, el mar y el
cielo lucían distintos tonos de azul, que
se fusionaban a lo lejos. Y al otro, un
bosque exuberante de todos los colores

que pueden encontrarse en la naturaleza intentaba tocar el cielo. La fresca brisa otoñal agitaba las ramas y nos refrescaba las mejillas.

Los niños jugaban. Hamid, sentado en la manta, contemplaba el horizonte. Había recuperado algo de color. Le acerqué una taza de té caliente, me di la vuelta y miré la lejanía.

—¿Te pasa algo? —me preguntó.

—No. Sólo estaba pensando.

—¿En qué?

—En nada. Da igual. No eran

pensamientos agradables.

—Dime qué pensabas.

—¿Me prometes que no te enfadarás?

—¡Claro! ¿Por qué iba a enfadarme?

Me alegró que sintiera curiosidad.

—Antes pensaba que habría sido preferible que tú también hubieras muerto —dije.

—¿De verdad? Pues pensamos lo mismo —repuso con ojos brillantes.

—¡No! Antes, cuando creía que nunca volverías y que tendrías una muerte lenta

y dolorosa. Si hubieras muerto con los demás, habría sido una muerte instantánea y casi sin sufrimiento.

—Yo también lo pienso a menudo. Me atormenta no haber merecido una muerte tan honrosa.

—Pero ahora me alegro de que sigas vivo. Últimamente me acuerdo mucho de Charzad y le agradezco los esfuerzos que hizo para mantenerte con vida.

Hamid se dio la vuelta y volvió a fijar la

mirada en el horizonte.

—Llevo cuatro años pensando en lo que me hicieron —prosiguió, meditabundo—. —.

¿Por qué no me mantuvieron informado?
¿Acaso no merecía siquiera un mensaje?
Al final, hasta me cortaron las líneas de comunicación. Me habían entrenado para aquella misión. Tal vez si no hubieran perdido la confianza en mí...
—Las lágrimas le impidieron

continuar.

Temí que, si hacía el más leve movimiento, Hamid cerrara la pequeña ventana que había abierto, así que no

interrumpí su llanto.

—No te consideraban un segundón —
dejaré cuando se serenó—. Siempre te
quisieron y consideraron su amigo.

—Sí. Eran los únicos amigos que he
tenido. Lo eran todo para mí. Habría
sacrificado

cualquier cosa por ellos, incluso a mi
familia. Nunca les negué nada. Pero me
rechazaron.

Me alejaron como a un traidor, un
delincuente, justo cuando más me
necesitaban. ¿Cómo

volveré a llevar la cabeza alta? La gente se preguntará por qué no morí con ellos. Quizá

sospechen que era un chivato y que los traicioné. Desde que he vuelto, todo el mundo me

mira con recelo.

—¡No es verdad! No, amor mío, te equivocas. Te querían más que a nadie, más de lo

que se querían a sí mismos. Aunque te necesitaban, se arriesgaron al máximo sólo para no

poner tu vida en peligro.

—¡Bobadas! Nunca acordamos nada de eso. Nuestra principal preocupación era nuestro objetivo. Nos habíamos entrenado para luchar y morir por la causa. No había cabida para esa clase de tonterías. Sólo rechazábamos a los traidores y a aquellos en quienes no podíamos confiar. Y eso fue justo lo que hicieron conmigo.

—Estás muy equivocado, Hamid — insistí—. Sé cosas que tú no sabes. Charzad hizo

lo que hizo por nosotros. Por encima de todo, era una mujer y anhelaba una vida familiar

tranquila con marido e hijos. ¿Te acuerdas de cómo quería a Masud? Nuestro pequeño

colmó el vacío de su corazón. Como mujer, como madre, no podía negarle un padre a Masud, no quería dejarlo huérfano. Aunque creía en la lucha por la libertad, aunque su objetivo era el bienestar de todos los niños, una vez que experimentó el instinto materno,

hizo una excepción por nuestro hijo, como cualquier madre habría hecho. El bienestar de

nuestro hijo y las esperanzas que yo tenía depositadas en él se convirtieron en prioridad,

una prioridad tangible, no la consigna abstracta de «felicidad para todos los niños del mundo». Es un rasgo instintivo que hasta las almas más puras experimentan cuando se convierten en padre o madre. Es imposible que una mujer sienta tanta compasión por un niño que se muere de hambre en Biafra como por su propio hijo. Charzad se convirtió en

madre aquellos cuatro o cinco meses que vivió con nosotros, y no quería que a «su» hijo le

faltara nada.

—Te equivocas —repuso mi marido,

mirándome perplejo—. Charzad era fuerte, una

luchadora de ideales elevados. No puedes compararla con una mujer normal, ni siquiera contigo.

—Querido, ser fuerte y luchador no es incompatible con ser mujer. No es un impedimento.

—Charzad tenía grandes metas. Ella...

—Sí, pero era mujer. Me habló emocionada de los sentimientos ocultos de una mujer

que sufre por aquello de lo que se ha

visto privada en la vida, de cosas de las que hasta

entonces nunca había podido hablar.

Mira, un día me dijo que le daba envidia. ¿Te imaginas? ¡Yo le daba envidia! Creyendo que era una broma, le dije que la envidiosa era

yo, que ella era perfecta, mientras que yo, como las mujeres del siglo pasado, tenía que pasarme la vida matándome a trabajar en casa, y que, según mi marido, era un símbolo de

la opresión. ¿Sabes qué me respondió? —Hamid negó con la cabeza—. Me recitó un poema de Forough.

—¿Cuál? ¿Te acuerdas?

Se lo recité:

¿Qué cumbre, qué cima?

¿Qué me habéis dado,

palabras sencillas y aparentes,

*vosotras, que renunciáis a cuerpos y
deseos?*

*Si me hubiera puesto una flor en el
pelo,*

*¿no habría sido más seductora que este
engaño,*

que esta hedionda corona de papel que llevo en la cabeza?

¿Qué cumbre, qué cima?

Refugiadme, luces parpadeantes,

recelosos e iluminados hogares

en cuyas soleadas azoteas oscila

la ropa tendida y se perfuma de hollín.

Refugiadme, mujeres sencillas y sanas

que con suaves dedos seguís

*los excitantes movimientos de un feto
bajo vuestra piel,*

mientras en vuestros escotes

*el aire se mezcla con la fragancia de la
leche fresca.*

—¿Te acuerdas de la noche que se
marchó? —continué—. Tenía a Masud
abrazado, lo

besaba, aspiraba su olor, lloraba. Al
salir, dijo: «Debes proteger a tu familia
cueste lo que cueste y criar a tus hijos en
un entorno seguro y feliz. Masud es un
niño muy sensible.

Necesita un padre y una madre. Es muy
frágil.» Entonces no comprendí el
verdadero alcance de sus palabras, pero
más tarde me di cuenta de que su

insistencia en que protegiera a mi familia no era un consejo: estaba luchando contra sí misma.

—Me cuesta creerlo —replicó Hamid—. La persona que describes no se parece en

nada a Charzad. ¿Insinúas que siguió ese camino contra su voluntad? ¿Que no creía en nuestra causa? Nadie la obligaba, habría podido retirarse sin que nadie se lo reprochara.

—¿No lo entiendes, Hamid? Afloró otra parte de ella, una parte oculta cuya

existencia, hasta ese momento, ni siquiera conocía. Y lo que hizo por esa

parte de sí misma que sólo se manifestó brevemente fue salvarte la vida. Al no incluirte en la misión,

te protegía. Y manteniéndote desinformado se protegían a sí mismos, por si te detenían.

No sé cómo, pero consiguió convencer a los demás.

La expresión de Hamid denotaba duda, sorpresa y esperanza. Si bien no había

aceptado por completo mi explicación, después de cuatro años se planteaba otras razones

para que lo hubieran excluido. El mayor

cambio que operó ese atisbo de esperanza fue que

rompió su silencio, y a partir de aquel día hablábamos sin parar. Analizábamos nuestra relación y nuestras circunstancias, así como nuestra personalidad y comportamiento tras vivir en la clandestinidad. Los problemas se desenmarañaban uno tras otro, y con cada uno

se abría una ventanita a la libertad, la felicidad y el alivio de frustraciones nunca expresadas. Hamid empezó a recuperar la seguridad en sí mismo, que desde hacía mucho

consideraba extinta.

A veces, en medio de una de nuestras charlas, me miraba con gesto de sorpresa y exclamaba:

—¡Cómo has cambiado! Pareces muy madura y culta. Hablas como una filósofa,

como una psicóloga. ¿Tanto te han influido unos pocos años de universidad?

—¡Qué va! —replicaba yo sin ocultar mi orgullo—. Las penurias me obligaron. No

había más remedio que cambiar: necesitaba entender para elegir el camino correcto. Era la

responsable de mis hijos. No podía cometer errores. Por suerte, tus libros, la universidad y mi trabajo lo hicieron posible.

Dos semanas más tarde, Hamid estaba bastante recuperado, de mejor humor y ya empezaba a parecer el de antes. A medida que disminuían su melancolía y su desánimo, su

cuerpo iba fortaleciéndose. Los niños, tan perspicaces, se percataron y se acercaron más a

él. Cautivados y emocionados, observaban sus movimientos, obedecían sus órdenes y reían si él reía. Oírlos me daba una gran alegría. Ahora que había

recuperado la salud y que se habían reavivado sus ansias de vivir, las necesidades y los deseos de Hamid renacieron; y tras tanta oscuridad y tantas privaciones, nuestras noches de amor nos aportaron una intensa pasión.

Cuando mis suegros y Mansureh vinieron a pasar un par de días con nosotros, se quedaron

sorprendidos y entusiasmados ante la drástica transformación de Hamid.

—¿No os decía que ésta era la solución?
—dijo Mansureh.

Mi suegra, extasiada, no paraba de revolotear a su alrededor, se deshacía en

muestras

de cariño y me daba una y otra vez las gracias por haberle devuelto la vida a su hijo. Su

actitud era tan conmovedora que, pese a estar mi marido y yo tan felices, me entraban ganas de llorar.

Aquellos dos días hizo frío y llovió, pero, sentados alrededor de la chimenea,

hablamos mucho. Cuando Bahman, el marido de Mansureh, nos contaba los últimos

chistes sobre el sah y el primer ministro

Azhari, Hamid reía con toda el alma. Aunque todos creíamos que mi esposo ya estaba curado, aun así decidí prolongar un par de semanas más nuestra estancia en la costa, sobre todo porque mi suegra me había dicho en

privado que Bibi no se encontraba muy bien y que unos cuantos activistas amigos de Hamid lo buscaban. Bahman se ofreció a dejarnos su coche y alquilar otro para regresar a

Teherán, para que pudiéramos visitar diferentes poblaciones costeras, aunque por aquellos

días escaseaba la gasolina y costaba conseguirla.

Pasamos otras dos semanas maravillosas en el norte. Habíamos comprado una pelota

de voleibol, con la que Hamid y los niños jugaban a diario. Corría y hacía ejercicio con

ellos, y mis hijos, que nunca habían tenido semejante relación con su padre, se lo agradecían a él y a Dios. Adoraban a Hamid como a un ídolo. Los dibujos de Masud representaban a menudo a una familia feliz de cuatro miembros de picnic, o paseando entre flores y jardines con un reluciente sol sonriendo en el cielo. La reserva y la formalidad entre hijos y padre habían desaparecido.

Le hablaban de sus amigos, de la escuela y los maestros. Siamak alardeaba de sus actividades revolucionarias, y le explicó

los sitios a donde lo había llevado su tío Mahmud y las cosas que había oído. Mi marido se

quedó sorprendido y pensativo.

Un día, agotado tras jugar con los niños, se dejó caer en la manta a mi lado y me pidió

una taza de té.

—Qué energía tienen —comentó—. No se cansan nunca.

—¿Qué te parecen?

—Son encantadores. Jamás pensé que llegaría a quererlos tanto. Veo toda mi infancia

y mi juventud en ellos.

—¿Te acuerdas de cómo odiabas a los niños? ¿Y de lo que hiciste cuando te dije que estaba embarazada de Masud?

—No. ¿Qué hice?

Me entraron ganas de reír. Hamid ni siquiera recordaba lo abandonada que me había

dejado. Pero no era momento de hacer

reproches ni de desenterrar recuerdos amargos.

—Da igual.

—De ninguna manera. Dímelo — insistió.

—Renunciaste a toda responsabilidad.

—Sabes muy bien que mi problema no eran los niños, sino que no estaba seguro de mi

vida y mi futuro. Siempre pensaba que sólo viviría un año más. En aquellas circunstancias,

tener hijos era insensato por parte de

ambos. Sé sincera, ¿no crees que no habrías sufrido

tanto estos últimos años si no hubieras tenido hijos ni tanta responsabilidad?

—De no haber sido por los niños, no habría tenido motivos para seguir viviendo y luchando. Su existencia me obligaba a esforzarme y lo volvía todo más soportable.

—Qué rara eres. Sea como sea, ahora me hace muy feliz tenerlos y te lo agradezco. La

situación ha cambiado. Les espera un gran futuro, ya no estoy preocupado.

Oírlo pronunciar esas palabras fue una bendición.

—¿De verdad? ¿Tener hijos ya no es ningún problema ni te asusta? —Sonreí.

—¡Oh, no! Por amor de Dios, Masum, ¿qué quieres decirme? —exclamó, dando un

respingo.

—No te preocupes, es demasiado pronto para saberlo. Sin embargo, cabe esa

posibilidad. Todavía soy fértil, y como sabes, me olvidé las píldoras anticonceptivas. Pero, bromas aparte, si tuviéramos otro hijo, ¿estarías tan

asustado y atormentado como en el pasado?

Hamid caviló un momento y al cabo contestó:

—No. No quiero más hijos, por supuesto, pero ya no me opongo a esa idea como antes.

Cuando terminamos de hablar de asuntos personales, abordamos temas políticos y sociales. Él todavía no acababa de entender qué había ocurrido en los años de su cautiverio, qué había conducido a su liberación y por qué la gente había cambiado tanto.

Le hablé de los estudiantes universitarios, de mis colegas y de todo lo pasado. Le conté mis experiencias, cómo reaccionaba la gente ante mí y su cambio de actitud en los últimos

tiempos. Le hablé del señor Zargar, que me había contratado únicamente porque mi marido era un preso político; del señor Shirzadi, un opositor por naturaleza que a causa de la represión política y social se había convertido en una persona rebotante de odio y desconfianza. Y por último le hablé de Mahmud, que afirmaba estar dispuesto a entregar

la vida y todas sus posesiones

materiales a la revolución.

—¡Mahmud es increíble! —exclamó Hamid—. Jamás pensé que él y yo daríamos un solo paso en la misma dirección.

Cuando regresamos a Teherán, nuestra familia ya había celebrado la ceremonia del séptimo día por la muerte de Bibi, pero mis suegros no habían juzgado necesario comunicarnos su fallecimiento. En realidad, no habían dicho nada porque temían que las multitudes y el continuo trasiego de parientes y amigos fueran demasiado estresantes y agotadores para Hamid.

¡Pobre Bibi! Su muerte no afectó a la vida de nadie, ni hizo temblar ningún corazón.

Era como si hubiera muerto años atrás. Su defunción estuvo desprovista, incluso, de la tristeza que uno siente por la muerte de un desconocido. Parecía nimia comparada con la

de los jóvenes y activistas que en esa época morían como moscas.

Las puertas y ventanas de la planta baja estaban cerradas. El libro de la vida de Bibi,

que en otros tiempos debió de ser dulce y emocionante, había tocado a su fin.

Nuestro regreso a Teherán retrotrajo a Hamid al pasado. Empezaron a llegarle libros y panfletos de diferentes sitios, al tiempo que día a día tenía más gente alrededor. Quienes lo conocían de épocas pasadas lo convirtieron en un héroe para las jóvenes generaciones: un ex preso político, único superviviente entre los fundadores de su movimiento al que dedicaban consignas, loaban por su superioridad y reivindicaban como dirigente.

Entretanto, él no sólo recuperaba la seguridad en sí mismo, sino que cada día se sentía más orgulloso, hablaba como un líder y daba conferencias sobre

métodos de resistencia.

Una semana después de nuestra vuelta, Hamid fue a la imprenta con un grupo de sus

fieles seguidores: tras romper precintos y candados, con la maquinaria que todavía se conservaba allí pusieron en marcha una modesta imprenta. Sólo contaban con lo

imprescindible, pero bastaba para imprimir boletines informativos y panfletos.

Siamak seguía a su padre a todas partes como un perro fiel, obediente a cualquiera de

sus instrucciones; orgulloso de ser su hijo, quería estar a su lado en las reuniones. Masud, en cambio, que detestaba ser el centro de atención, empezó a distanciarse de ellos; se quedaba conmigo y se ponía a dibujar las protestas callejeras, que nunca eran violentas, pues en ellas jamás había heridos, ni una gota de sangre.

Los días noveno y décimo del Muharram, cuando se conmemora el martirio del imán

Husein, acudió mucha gente a casa y todos juntos fuimos a las manifestaciones

programadas. Hamid, rodeado por sus

amigos, se separó de nosotros. Sus padres volvieron

pronto a casa. Las hermanas de Hamid, Fati, su marido, Sadeg Aga, y yo, procurando no

perdernos de vista unos a otros entre el gentío, gritamos consignas hasta quedarnos afónicos. Me emocionaba ver cómo la gente desahogaba su ira y frustración, pero no conseguía librarme de cierto miedo y aprensión.

Era la primera vez que Hamid era testigo de la marea de sentimiento popular que inspiraba la revolución. Como yo intuía, aquello le tocó la fibra y volvió a la brecha con

entusiasmo renovado.

Semanas más tarde empecé a notar cambios en mi cuerpo. Aunque me cansaba fácilmente

y por las mañanas me mareaba un poco, en el fondo estaba feliz. «Ahora somos una familia de verdad. Este bebé nacerá en otras circunstancias. Una niña podría traer aún más

felicidad a nuestra familia. Hamid no ha experimentado las alegrías de criar a un hijo», pensaba.

Sin embargo, al principio no tuve valor para contárselo. Cuando por fin me decidí, dijo riendo:

—Ya sabía yo que volverías a meternos en un lío. Pero no te preocupes, este hijo también es fruto de la revolución. Necesitamos seguidores.

En los emocionantes días de la revolución se sucedían los acontecimientos. Nuestra casa,

tan llena de gente y animada como la de Mahmud, poco a poco se convirtió en el punto de

encuentro de los activistas políticos. Pese a que todavía era peligroso y las reuniones estaban prohibidas, Hamid seguía adelante con lo suyo, limitándose a decir:

—No se atreverán a meterse con nosotros. Si volvieran a detenerme, me convertiría en

una leyenda, y no correrán ese riesgo.

Todas las noches subíamos a la terraza y, junto con las muchas personas que estaban

en las azoteas de la ciudad, gritábamos: «¡Dios es grande!» Íbamos a las casas de nuestros

vecinos por las rutas de huida que Hamid trazó años atrás, y hablábamos e

intercambiábamos ideas hasta altas horas de la noche. Todos, jóvenes y

viejos, se consideraban expertos en política. La huida del sah del país aumentó nuestra emoción.

Mahmud había organizado las cosas de manera que siempre pudiéramos reunirnos en

su casa para recibir las últimas noticias e informaciones sobre diversos actos.

Hamid y mi

hermano colaboraban amistosamente: sin enfrascarse en debates políticos, intercambiaban

información sobre sus actividades, se daban consejos y Hamid compartía sus

conocimientos de resistencia armada y guerra de guerrillas con Mahmud y sus amigos. A

veces sus discusiones se prolongaban hasta el amanecer.

A medida que se acercaba el día del regreso a Irán del ayatolá Jomeini, la

colaboración entre las diferentes facciones políticas y grupos se intensificó y coordinó mejor. Muchas viejas enemistades quedaron olvidadas y se recuperaron numerosas

relaciones interrumpidas. Nosotros, por ejemplo, nos reconciamos con nuestro tío materno, que había vivido

veinticinco años en Alemania. Como todos los iraníes en el extranjero, mi tío estaba muy emocionado e intentaba mantenerse al corriente de los acontecimientos telefoneando regularmente a Mahmud. Y mi hermano volvía a hablarse con el marido de mi prima Mabubeh, con quien intercambiaba noticias sobre los

acontecimientos de Teherán y Qum. A veces me costaba reconocer a mi hermano, que se

había vuelto generoso con su riqueza y no escatimaba nada a la revolución.

¿Era el mismo

Mahmud?

Siamak, que tenía trece años, crecía muy deprisa y cumplía sus obligaciones como un

hombre junto a su padre. Aunque yo apenas lo veía, y muchas veces no sabía qué había

comido o cenado, me constaba que estaba feliz como nunca. A Masud le habían encargado

el cometido de pintar eslóganes en los muros. Con su bonita caligrafía, a veces los hacía

en grandes hojas de papel y, si tenía tiempo, hasta los adornaba con diversos dibujos. A

diario recorría las calles con un grupo de niños de su edad. Pese al peligro a que se exponía, yo no podía impedírsele, así que al final no me quedó más remedio que unirme a

su grupo y hacer de centinela montando guardia en la esquina para que pudieran escribir

sus consignas sin temor, y luego les corregía las faltas de ortografía. De este modo podía

vigilar a mi hijo y compartir su implicación en la revolución, a la vez que, a Masud, haber cometido una ilegalidad con su madre como cómplice, le causaba un enorme placer infantil.

Lo único que aún me entristecía era haberme alejado de nuevo de Parvaneh, aunque

ahora no era la distancia física lo que nos separaba, sino nuestras diferencias políticas. Si bien durante el encarcelamiento de Hamid me había apoyado, ocupándose de mis hijos y siendo una de las pocas personas que frecuentaba nuestra casa, poco después de la liberación de mi marido cortó toda relación con nosotros.

Parvaneh y su familia apoyaban al sah y consideraban que los revolucionarios eran rufianes y delincuentes. Cada vez que nos veíamos, nuestras peleas y

discusiones agrandaban nuestras discrepancias. A menudo nos ofendíamos sin querer, y nos

separábamos a punto de enzarzarnos en otra riña. Poco a poco perdimos el interés por vernos, de tal modo que no me enteré de cuándo hicieron las maletas y salieron del país.

Mi ferviente apoyo a la revolución se contradecía con la pena por haber perdido de nuevo

a mi amiga, una pena de la que no conseguía librarme.

Los dulces y estimulantes albores de la revolución pasaron como el viento. La

alegría y la

excitación culminaron en la tarde del 11 de febrero con la caída del gobierno provisional.

Los revolucionarios ocuparon los edificios gubernamentales y las emisoras de radio y televisión. En la tele pusieron el himno nacional y el presentador de un programa infantil

recitó el poema de Forough que empieza así: «Soñé que venía alguien...» Yo estaba eufórica. Íbamos de casa en casa entonando el himno, nos abrazábamos, nos regalábamos

dulces y felicitábamos. Nos sentíamos

libres, livianos, como si nos hubiéramos quitado un

gran peso de encima.

Aunque las escuelas reabrieron enseguida sus puertas y las tiendas y empresas

reanudaron su actividad, vivíamos en un caos en que la vida estaba lejos de ser normal.

Volví a trabajar, pero en la oficina todos se pasaban el día discutiendo: unos opinaban que debíamos inscribirnos en el recién fundado Partido de la República Islámica para expresar

nuestro apoyo a la revolución, mientras que otros argüían que no era necesario. Al fin y al cabo, decían, los tiempos en que nos obligaban a ser miembros del partido Rastakhiz del

sah habían quedado atrás.

Me convertí en el centro de atención, pues todos me felicitaban, como si yo solita hubiera llevado a cabo la revolución. Como todos querían conocer a Hamid, un día en que

mi marido volvía a casa desde la imprenta y pasó a recogerme por la oficina, mis compañeros lo hicieron entrar y lo recibieron como a un héroe. Hamid, que pese a sus actividades era

tímido y se aturullaba si lo pillaban desprevenido, se limitó a decir unas pocas palabras, repartir la publicación que su organización acababa de imprimir y contestar a algunas preguntas.

A mis compañeros de trabajo y mis amigos les pareció atractivo, bondadoso y

encantador. Me felicitaron. Me sentí ebria de orgullo.

6

Con espíritu triunfal, saboreábamos el recién obtenido regalo de la libertad. Las aceras estaban abarrotadas de vendedores ambulantes que pregonaban

libros y panfletos que poco

tiempo antes habrían costado la vida a quien los ofreciera, de haberlo pillado la policía.

Toda clase de revistas y periódicos estaban disponibles; hablábamos libremente de cualquier tema, sin temer ni a la SAVAK ni a nadie.

Pero, a causa de la opresión sufrida, no habíamos aprendido a sacarle partido a nuestra

libertad: no sabíamos debatir, no estábamos acostumbrados a oír puntos de vista opuestos,

ni entrenados para aceptar ideas y opiniones diferentes de las nuestras. Por consiguiente, la luna de miel de la revolución no duró ni un mes, acabó mucho antes de lo que creíamos.

Las diferencias de opinión e inclinaciones personales, que al principio habían quedado

en un segundo plano por el hecho de tener un enemigo común, iban aflorando y

adquiriendo peso con el tiempo. Las discusiones sobre credos dieron rápidamente pie a que la gente se situara en diferentes bandos; unos a otros nos acusábamos de ser enemigos

del pueblo, la nación y la religión. Todos los días nacía un nuevo grupo político que desafiaba a los demás.

Ese año, en las reuniones familiares y visitas de cortesía de Año Nuevo se produjeron

acaloradas discusiones políticas e incluso peleas. Nuestro encontronazo fatídico tuvo lugar en casa de Mahmud cuando fuimos a visitar a su familia. Una charla entre Hamid y mi hermano terminó en pelea.

—Lo único que quiere el pueblo es el islam, razón por la que puso en marcha esta revolución —declaró Mahmud—. Por tanto, el gobierno debería ser un

gobierno islámico.

—¡Ah! ¿Y te importaría explicarme en qué consiste exactamente un gobierno islámico? —replicó Hamid.

—Pues en poner en práctica todos los principios del islam.

—¡O sea, retroceder cuatrocientos años! —exclamó mi marido.

—Las reglas del islam son las reglas de Dios. No envejecen y siempre están vigentes.

—Entonces, ¿podrías explicarme qué dicen las leyes del islam respecto a la

economía

del país? ¿Y las relativas a los derechos civiles? ¡Supongo que querrás recuperar los harenes, viajar en camello y cortarles las manos y los pies a la gente!

—Ésas también son reglas dictadas por Dios —le espetó mi hermano—. Si hubieran

castigado a los ladrones cortándoles las manos, no habría tantos, como tampoco traidores

y chivatos. ¿Qué sabrá un infiel como tú de las reglas de Dios y su infinita sabiduría?

Hamid y Mahmud acabaron a insultos. No se soportaban. Mi marido hablaba de derechos humanos, libertad, recuperación de propiedades, reparto de riqueza y comités de

gobierno, y mi hermano lo tildaba de impío e infiel y le decía que merecía morir. Mi hermano acusaba a Hamid de ser un traidor y un espía extranjero; mi marido calificaba a

Mahmud de dogmático, intransigente y tradicionalista.

Tanto Ehteram-Sadat y sus hijos como Alí y su mujer tomaron partido por Mahmud. Y

yo, triste por el aislamiento de Hamid, me vi obligada a apoyarlo y salí en su defensa. Fati y su marido estaban indecisos, sin saber por quién decantarse. Entretanto, mi madre parecía desesperada, no entendía la conversación y sólo quería paz.

Lo peor fue que Siamak quedó atrapado entre su padre y su tío, desconcertado, sin saber quién tenía razón. Aún recientes las enseñanzas religiosas de Mahmud de meses atrás, sin embargo vivía bajo la influencia política e intelectual de Hamid. Hasta ese día, Siamak no había entendido realmente el grave conflicto entre ambos. Mientras su padre y

su tío habían cooperado, él no había distinguido sus puntos de vista opuestos, pero, ahora

que se habían enfrentado, estaba desilusionado y desorientado.

Siamak, que ya no se entregaba ciegamente a ninguno de los dos, volvía a estar tenso

y malhumorado. Hasta que un día, tras una larga discusión, al final apoyó la cabeza en mi

pecho y lloró como cuando era niño. Lo consolé y le pregunté qué le preocupaba.

—¡Todo! —contestó sollozante—. ¿Es

verdad que papá no cree en Dios? ¿Que es el

enemigo del señor Jomeini? ¿Es verdad que el tío Mahmud cree que deberían ejecutar a

papá y sus amigos?

No supe qué contestarle.

Nuestra vida cotidiana volvía a ser la de años atrás. Hamid se olvidó de nuevo de su casa y su familia. Cuando no viajaba constantemente por todo el país, dedicaba su tiempo a escribir artículos y discursos y a publicar revistas y boletines informativos. Aunque él no veía ninguna razón para que Siamak no

estuviera a su lado, mi hijo ya no se afanaba por seguirlo.

Las escuelas, las universidades y los negocios habían reabierto sus puertas y la gente

retomaba su rutina, pero por todas partes estallaban discusiones y peleas suscitadas por ideas y creencias. En la universidad, el grupo que llegaba antes a una sala la ocupaba, colgaba su nombre en la puerta y empezaba a distribuir boletines informativos y panfletos.

Este comportamiento no era exclusivo de los alumnos; también los profesores

estaban divididos en facciones y discutían entre sí. Paredes y puertas estaban recubiertas de eslóganes contradictorios, filtraciones y revelaciones, como fotografías de alumnos o profesores que recibían premios de manos del sah o la reina Farah.

No recuerdo cómo nos las ingeniamos ese año para estudiar ni cómo pudimos presentarnos a los exámenes finales, pues las batallas ideológicas lo eclipsaban todo.

Quienes fueron amigos ahora se peleaban casi a muerte, y cuando el oponente era vencido,

o incluso cuando perdía la vida, el otro lo celebraba y lo consideraba una gran victoria para su grupo.

Me alegré de que aquél fuera el último trimestre del curso.

—¡Qué alumna tan aplicada! —bromeó mi marido—. Te gusta tanto estudiar que no

tienes intención de terminar la carrera.

—¡No seas caradura! —repliqué—. Habría podido terminar en tres años y medio, pero

por culpa tuya tuve que dejar la universidad, y cuando volví a

matricularme sólo podía

presentarme a unas pocas asignaturas por curso, pues debía trabajar y ocuparme de nuestros hijos. Y pese a todo, me licenciaré con muy buenas notas y seguro que me aceptarán en el programa de posgrado.

Por desgracia, debido a la agitación reinante en la universidad, al despido de muchos

profesores y la continua cancelación de clases, no pude terminar y me quedaron unas pocas asignaturas para el año siguiente.

En el trabajo, la situación era similar. A

diario se culpaba a alguien de ser agente de la

antigua SAVAK, y los rumores y las acusaciones asombrosas proliferaban.

La purga de elementos antirrevolucionarios se había convertido en una parte del programa de cualquier

grupo político. Cada facción acusaba a las demás de ser antirrevolucionarias.

En nuestra casa, el escenario era diferente. Siamak traía de la escuela el periódico de

los muyahidines.

A mediados de septiembre de 1979 di a

luz a mi hija, y esta vez Hamid estuvo a mi lado.

—¡Ésta se parece a ti más que los niños!

—exclamó riendo cuando me llevaron a la

planta de maternidad.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? Pues yo creo que tiene la piel un poco aceitunada.

—De momento la tiene más colorada que aceitunada, y mira los hoyuelos en las

mejillas. Es preciosa. La llamaremos Charzad, ¿verdad?

—¡No! —exclamé—. A diferencia de Charzad, nuestra hija debería tener una vida

larga y feliz, y le buscaremos un nombre adecuado.

—¿Y qué nombre te parece adecuado, pues?

—Chirin.

Dado que Chirin sería mi última hija, quería disfrutar de cada minuto de su infancia,

pues sabía que transcurriría demasiado deprisa. Siamak no prestaba mucha atención a la recién llegada, pero

Masud, que no daba señales de celos, pasaba horas contemplando a aquel pequeño milagro y exclamaba: «¡Qué pequeña es, y ya lo tiene todo! ¡Mira qué deditos! Los orificios de la nariz parecen dos ceros diminutos.» Y se reía de las orejas de Chirin y del mechoncito de pelo de su coronilla. Todos los días, al volver de la escuela, le hablaba a su hermana o jugaba con ella. Chirin también parecía quererlo mucho y, en cuanto lo veía, reía y movía los brazos y las piernas. Cuando creció un poco, aparte de mí

sólo dejaba que la cogiera en brazos
Masud.

Chirin era una niña sana y adorable, y en el plano emocional, una mezcla de sus dos

hermanos: buena y simpática como Masud, y traviesa e inquieta como Siamak. Tenía mis

labios y mis mejillas, pero había heredado la piel color trigueño y los grandes ojos negros de Hamid. Yo estaba tan entretenida con ella que no acusaba las largas ausencias de mi marido, ni sentía interés alguno por participar en su trabajo o sus actividades. Hasta dejé un poco de lado a Siamak, que se portaba bien en la escuela, como siempre, y sacaba buenas

notas, pero yo ignoraba en qué otras cosas andaba metido.

Transcurridos los tres meses de baja por maternidad, decidí tomarme un año libre sin

sueldo, pues quería dedicarme a criar a mi hija, licenciarme y, a ser posible, prepararme para los exámenes de admisión del posgrado.

Aparte de los miembros de la familia, la otra gran admiradora de Chirin era la señora

Parvin, que en esa época no trabajaba y se sentía muy sola. Por lo visto, como la gente ya

no encargaba ropa a medida, había perdido a casi todos sus clientes.

Alquiló las dos habitaciones del fondo del patio para obtener así unos modestos ingresos y no preocuparse

por la escasez de trabajo. Mi antigua vecina pasaba gran parte de su tiempo libre conmigo.

Cuando me matriculé en el trimestre de invierno en la universidad, accedió de buen grado

a encargarse de la niña los días que yo tuviera clase.

En la universidad todavía reinaba una gran agitación. El día en que un grupo de

estudiantes echó de una patada en el trasero a un profesor muy respetado porque su libro

había recibido un premio instaurado por el sah, me quedé consternada. Lo peor fue que unos cuantos profesores contemplaron la escena sonriendo y asintiendo en señal de aquiescencia.

—En una revolución no hay cabida para la compasión —declaró Hamid negando con

la cabeza cuando se lo conté—. La erradicación es uno de los pilares de cualquier revuelta, pero, por desgracia, algunos no saben aplicarla bien y se comportan como irresponsables.

Después de toda revolución corren ríos de sangre y las masas se vengan de siglos de tiranía. Pero aquí no está pasando nada.

—¿Cómo que no está pasando nada? — exclamé—. Hace poco, los periódicos publicaron fotografías de antiguos miembros del gobierno a quienes habían ejecutado.

—¿Te refieres a ese puñado de funcionarios? Si los que ahora mandan no hubieran ejecutado a esos pocos, ellos mismos habrían quedado bajo sospecha.

—No digas eso, Hamid. Me das miedo.

Aunque fueran pocos, me parece terrible.

—Eres demasiado emocional. El problema es que nuestro pueblo carece de cultura

revolucionaria.

Con el tiempo, la agitación y los conflictos se intensificaron hasta tal punto que la universidad tuvo que cerrar. El país estaba lejos de la paz y la estabilidad. Circulaban rumores acerca de una guerra civil y la secesión de varias provincias, sobre todo de Kurdistán.

Hamid viajaba mucho. Ahora llevaba

más de un mes fuera y no sabíamos nada de él.

La ansiedad y preocupación volvían a protagonizar mi vida, pero, como ya no tenía la paciencia ni la tolerancia de antes, decidí mantener una conversación seria con él en cuanto regresara.

Cuando volvió al cabo de seis semanas, agotado y muy desmejorado, se fue derecho a

la cama y durmió doce horas seguidas. Al día siguiente, el ajetreo de los niños lo despertó por fin. Se dio un baño, comió en abundancia y, físicamente repuesto, se sentó a la mesa

de la cocina y se puso a bromear con los chicos. Yo estaba fregando cuando, de pronto, sorprendido, me preguntó:

—¿Has engordado?

—Pues la verdad es que no. Más bien he adelgazado un poco estos últimos meses.

—Ah, pero ¿estabas más gorda?

Me dieron ganas de tirarle algo a la cabeza. No se acordaba de que había dado a luz

hacía siete meses, por eso no había preguntado por nuestra hija. Entonces Chirin empezó a

llorar.

—¿Te acuerdas ahora? ¡Tienes una hija!

—le espeté.

Él no quiso admitir que se había olvidado de su existencia.

—¡Caramba, cuánto ha crecido! ¡Está preciosa, y muy llenita! —dijo, tomándola en brazos.

Masud empezó a enumerar los talentos y los rasgos de personalidad de su hermana: le

sonreía, le agarraba el dedo con fuerza, reconocía a todos los miembros de la familia, tenía dos dientes y había

empezado a gatear.

—No he pasado tanto tiempo fuera —
dijo Hamid—. ¿Ha cambiado tanto en
tan poco?

—Bueno, los dientes le salieron antes de
que te marcharas, y ya sabía hacer
muchas

cosas, pero nunca estabas en casa y ni te
enteraste.

Esa noche, sobre las diez, sonó el timbre
de la puerta. Hamid se levantó de un
brinco,

cogió su chaqueta y corrió a la azotea.
De pronto, me vi transportada al pasado.

Nada había cambiado. Tuve ganas de vomitar.

No recuerdo quién había llamado a la puerta, pero, quienquiera que fuese, no entrañaba ningún peligro. Sin embargo, Hamid y yo nos quedamos muy impresionados.

Lo miré con resentimiento. Chirin dormía. Los niños, emocionados por tener a su padre en

casa, no querían acostarse, pero les ordené que se fueran a su habitación. Mi marido sacó

un librito del bolsillo y se dirigió al dormitorio.

—Ven aquí, Hamid —le ordené severamente—. He de hablar contigo.

—¡Oh, no! ¿Tiene que ser esta noche?

—Sí, esta noche. Me temo que podría no haber un mañana.

—¡Oh, qué trascendental! ¡Qué poético!

—Puedes decir lo que quieras y burlarte, pero diré lo que tengo que decir. Mira, todos

estos años he soportado toda clase de penurias sin exigirte nunca nada.

Respeté tus ideas e ideales, pese a no creer en ellos. Soporté la soledad, el miedo, la ansiedad y tus ausencias.

Siempre puse tus necesidades por delante. Sufrí redadas en plena noche, trastocaron mi vida por completo y aguanté años de insultos y humillaciones tras las puertas de la cárcel.

Yo sola cargué con todo el peso de

nuestra vida y crié a nuestros hijos.

—Bueno, ¿adónde quieres llegar?
¿Quieres que te dé las gracias? Pues
muy bien,

gracias. Es usted extraordinaria, señora.

—No seas infantil, no quiero que me
agradezcas nada, sólo que sepas que ya
no soy

una chica de diecisiete años que idealiza
tus heroísmos y se contenta con ellos. Y
tú ya no

eres un joven saludable de treinta, capaz
de esforzarse y luchar como antes.
Dijiste que si caía el régimen del sah, si

triunfaba la revolución y el pueblo conseguía lo que quería, volverías a llevar una vida normal y criaríamos a nuestros hijos juntos, tranquilos y felices. Piensa en ellos. Te necesitan. Déjalo todo. Ya no tengo paciencia ni fuerzas para

soportarlo. Ya has conseguido tu objetivo y cumplido tus obligaciones con tus ideales y tu

país; permite que los jóvenes se ocupen del resto.

»De una vez por todas, da prioridad a tus hijos. Yo ya no soy capaz de llenar el hueco

que dejas en sus vidas. ¿Te acuerdas del mes que pasamos en el mar Caspio?

¿Recuerdas

lo contentos y animados que estaban?

¿Que hablaban sin parar y te lo contaban todo?

Ahora no tengo ni idea de lo que hace Siamak ni de quiénes son sus amigos; está en la adolescencia, una edad difícil y peligrosa, de modo que tienes que pasar más tiempo con él

y vigilarlo. Además, debemos hacer planes para su futuro. Cada vez tienen más gastos, y

con esta inflación, no puedo asumir sola

toda la responsabilidad. ¿Sabes siquiera cómo nos

hemos mantenido este año pasado, estando yo de permiso sin sueldo? Créeme, lo poco que

había ahorrado se ha esfumado. ¿Hasta cuándo tendrá que ayudarnos tu pobre y anciano

padre?

—El dinero que te da mi padre todos los meses es mi sueldo —replicó Hamid.

—¿Qué sueldo? ¿Por qué te engañas? ¿Acaso crees que la imprenta gana suficiente dinero como para querer

pagarle a un holgazán que no la pisa?

—A ver, ¿cuál es el problema?

¿Necesitas más dinero? Les diré que me suban el sueldo y ya está.

—¿Por qué no me prestas atención? De cuanto he dicho hasta ahora, ¿sólo has oído lo

del dinero?

—El resto eran tonterías. Tu problema es que no tienes ideales. ¿Servir al pueblo no

tiene cabida en tu mente materialista?

—No me vengas con consignas. Si de

verdad te preocupan la nación y los
necesitados,

vayamos a los rincones más perdidos
del país y hagámonos maestros,
trabajemos para la

gente y enseñémosles algo; compremos
un terreno, hagámonos granjeros y
cultivemos alimentos, o hagamos algo
útil para el pueblo. No me quejaré,
aunque no tengamos ingresos. Sólo
quiero que estemos juntos, que mis hijos
tengan un padre. Te juro que viviré
donde quieras, haré lo que sea con tal de
alejarme de esta guerra de nervios, de
este miedo y esta ansiedad constantes.
Por favor, por una vez en la vida toma

una decisión pensando en tu familia y tus hijos.

—¿Has terminado? —me soltó, enfadado—. ¿De verdad eres tan necia y fantasiosa?

¿De verdad crees que después de tanta preparación, tanto sufrimiento y tantos años de cárcel, ahora que estamos tan cerca de conseguir nuestro objetivo, se lo entregaré todo a

esa gente y me iré a vivir al campo a plantar judías con un par de campesinos más? Mi misión consiste en constituir un gobierno democrático. ¿Quién ha dicho que la revolución

ha triunfado? Todavía queda mucho.
Debo luchar por la liberación de todas
las naciones.

¿Cuándo lo entenderás?

—Dime, ¿qué es un gobierno
democrático? ¿No es un gobierno
elegido por el pueblo?

Bueno, pues eso es lo que ha hecho el
pueblo: elegir un gobierno. Lo que pasa
es que no

aceptas el hecho de que el pueblo, la
gente por la que luchaste, haya votado a
un gobierno

islámico. Y ahora, ¿contra quién quieres

ir a la guerra, exactamente?

—Pero ¿qué dices? ¿Qué votación? Eran votos de gente desinformada, ebria de revolución, que no sabía qué trampa le estaban tendiendo.

—Tanto si lo sabían como si no, eligieron este gobierno, al que no han retirado su voto

ni su apoyo. No eres ni su abogado ni su representante, y debes respetar su decisión aunque vaya en contra de tus ideales.

—Entonces ¿tengo que quedarme de brazos cruzados esperando a que todo se

destruya? Soy un pensador político, sé cuál es la forma correcta de gobernar, y ahora que

los cimientos están listos, debemos acabar lo que empezamos. Y con ese objetivo, no renunciaré a la lucha.

—¿Lucha? ¿Qué lucha? Ya no hay sah. ¿Quieres luchar contra el gobierno

republicano? Muy bien, adelante. Anuncia tus planes y somételos a votación dentro de cuatro años. Si tu camino es el correcto, la gente te votará.

—No seas ingenua. Los islamistas no lo permitirían. ¿Y a qué gente te refieres exactamente? ¿A esos analfabetos

temerosos de Dios y del Profeta,
dispuestos a ofrecer cuanto tienen a los
fanáticos religiosos?

—Analfabetos o no, son el pueblo y eso
es lo que han votado —repetí—. Pero tú
quieres imponerles tu propio estilo de
gobierno.

—¡Claro! Y si es necesario, lo haré. Y
cuando la gente se dé cuenta de lo que le
conviene y de quiénes trabajan por un
bien mayor, nos apoyará.

—¿Y los que no os apoyen, los que
tienen otras creencias? Ahora mismo hay
cientos

de grupos políticos y facciones en este

país, todos convencidos de que tienen razón, que lo más probable es que no acepten tu estilo de gobierno. ¿Qué piensas hacer con ellos?

—Los únicos que no piensan en el bien del pueblo y se oponen a él son los malvados

y los traidores. A éstos hay que apartarlos.

—¿Qué quiere decir apartarlos?
¿Ejecutarlos?

—Si es necesario, sí.

—Bueno, como hacía el sah. ¿Por qué entonces gritabais que eso era tiranía?

¡Qué inocente era yo cuando tenía una opinión tan elevada de ti y cuando depositaba tantas esperanzas en mi marido! ¡No sabía que después de tanto luchar por el pueblo y tanto amar a la nación y tanto sermón sobre los derechos humanos, querías convertirte en verdugo! Estás tan inmerso en tus propias fantasías que crees que los fanáticos religiosos

se quedarán de brazos cruzados esperando a que te alces en armas, empieces otra revolución y los masacres a todos. ¡Qué iluso! ¡Te matarán! No cometerán el mismo error

que el sah. Y, dado lo que te propones,

estarían en su derecho.

—Justo lo que acabas de decir prueba sus tendencias fascistas —argumentó Hamid—.

Y por eso tenemos que estar armados y preparados.

—Tú tampoco vas escaso de tendencias fascistas —le solté—. Aunque suceda lo imposible y tu organización asuma el poder, si no masacráis a más gente que ellos, no masacraréis a muchos menos.

—¡Basta! Nunca tuviste capacidad para entender la revolución.

—No, ni la tenía ni la tengo. Lo único que quiero es proteger a mi familia.

—Eres una egocéntrica que no ve más allá de sus narices.

Era inútil discutir con él. Tras recorrer todo el círculo, habíamos vuelto a donde estábamos años atrás. Todo empezaba de nuevo, pero yo ya estaba harta, mientras que él

se había vuelto más intrépido y decidido. Estuve varios días debatiendo conmigo misma,

pensando en mi vida y mi futuro, hasta llegar a la conclusión de que era inútil que depositara mis esperanzas en

Hamid. Sólo podía contar conmigo
misma; si no, no lograría

encauzar nuestras vidas.

Decidí renunciar al resto de mi permiso
en el trabajo. La señora Parvin accedió
a venir

a mi casa a diario para cuidar de Chirin.

Al señor Zargar le sorprendió que me
reincorporara.

—¿No habría sido mejor que se hubiera
quedado con su hija hasta el final del
permiso

y hasta que las cosas se hayan calmado

un poco? —me preguntó.

—¿Es que ya no me necesita? ¿O ha pasado algo que yo no sé?

—No, no ha pasado nada especial, y claro que la necesitamos. Sólo lo digo porque las

purgas y la obligación de que las mujeres lleven pañuelo de cabeza han provocado cierto

malestar.

—Me da igual. Durante muchos años llevé pañuelo de cabeza y chador.

Antes de finalizar la jornada, entendí lo

que había querido decir el señor Zargar. La atmósfera de libertad de los primeros días de la revolución se había esfumado. Como en

todas partes, los empleados habían formado grupos, cada uno en conflicto con los demás.

Algunos de mis compañeros intentaron distanciarse de mí, de modo que, cada vez que entraba en un despacho, las conversaciones se interrumpían sin motivo aparente y alguien

hacía algún comentario sarcástico. Otros, por el contrario, intentaban entablar

conversación conmigo en secreto, como si fuera la líder de las facciones izquierdistas, y

me pedían todo tipo de información. El Comité Revolucionario, del que era el primer miembro electo, se había desmantelado y habían aparecido otros comités, el más

importante el de Erradicación, que aparentemente tenía en sus manos el destino de todos.

—¿No identificaron y despidieron a los agentes de la SAVAK el año pasado? —le

pregunté a Zargar—. Entonces, ¿a qué

viene celebrar tantas reuniones y divulgar tantos rumores?

—Cuando lleve unos días aquí lo entenderá —respondió riendo amargamente—. De

repente, personas a quienes conocemos desde hace años se han vuelto fervientes

musulmanes: se han dejado barba, llevan siempre encima las cuentas de rezar y recitan plegarias a todas horas. Se dedican a liquidar asuntos pendientes y beneficiarse de lo que

pueden conseguir. Ahora es difícil distinguir a esos oportunistas de los revolucionarios.

Creo que son más peligrosos para la revolución que quienes se oponen abiertamente. Por

cierto, asegúrese de asistir a las oraciones del mediodía, porque, si no, está acabada.

—Usted sabe que soy creyente y que nunca he dejado de rezar, pero no pienso hacerlo

en esta oficina, cuando hasta el local ha sido expropiado ilegalmente, ni delante de estas

personas sólo para demostrar que soy piadosa. Nunca he podido adorar a Dios en medio

de una multitud, ni delante de otros.

—Olvídese de eso —me previno—.
Debe ir a las oraciones del mediodía.
Mucha

gente espera verla rezar.

Todos los días colgaban en el tablón de
anuncios la lista de las personas a
quienes iban

a despedir, de modo que a diario,
atenazados por el miedo, mirábamos
aquel tablón que decidiría nuestro
destino y suspirábamos de alivio al no
leer nuestro nombre en él.

El día que estalló la guerra entre Irán e

Iraq, oímos los bombardeos y corrimos a la azotea. Nadie sabía qué pasaba: algunos decían que era un ataque de los antirrevolucionarios; otros, que era un golpe de Estado. Yo estaba preocupada por los niños y me precipité hacia mi casa.

A partir de ese momento, el conflicto bélico se convirtió en una complicación más de

la vida. Los apagones nocturnos, la escasez de alimentos, la carestía de la gasolina y otros carburantes, cuando empezaban a bajar las temperaturas y yo tenía un bebé en casa, y, peor aún, las imágenes de pesadilla de la guerra...

todo eso minaba mi moral.

Tapé la ventana del cuarto de los niños con tela negra y, de noche, cuando cortaban el

suministro eléctrico y se producían ataques aéreos esporádicos, sentados a la luz de las velas oíamos horrorizados las explosiones. La presencia de Hamid habría sido un gran consuelo, pero nunca había estado con nosotros en los momentos críticos, y entonces tampoco fue una excepción. Yo ignoraba su paradero, pero ya no tenía fuerzas para preocuparme por él.

La escasez de carburante alteró por completo el funcionamiento del

transporte público, de

manera que muchas mañanas a la señora Parvin le costaba encontrar un taxi o un autobús

y tenía que recorrer a pie parte del camino hasta nuestra casa.

Un día que se retrasó, yo también llegué tarde al trabajo. Nada más entrar en el edificio me percaté de que pasaba algo, pues el vigilante de la puerta me evitó: no sólo no me saludó, sino que tampoco respondió a mi saludo. Unos cuantos chóferes de la oficina

que estaban sentados en el cuarto de guardia asomaron la cabeza y me

miraron. Cuando

enfilé el pasillo, los que pasaban por mi lado desviaron rápidamente la mirada fingiendo

no haberme visto. Al entrar en mi despacho me quedé petrificada: lo habían registrado y

estaba todo patas arriba, los cajones encima de mi mesa y papeles esparcidos por todas partes. Empezaron a temblarme las rodillas, presa del miedo, la rabia y la humillación.

La voz del señor Zargar me devolvió a la realidad.

—Perdone, señora Sadegui —dijo—. ¿Quiere acompañarme a mi despacho?

Muda y aturdida, lo seguí como una autómatas. Cuando me indicó un asiento, me

desplomé en la silla. Estuvo hablándome un rato, pero no entendí nada. Luego me tendió

una carta y le pregunté qué era.

—Es de la oficina central del Comité de Erradicación —explicó—. Creí que...

Dice

que está despedida.

Lo miré con lágrimas en los ojos,
mientras se me agolpaban los
pensamientos.

—¿Por qué? —dije al fin con un hilo de
VOZ.

—La acusan de tendencias comunistas y
de promover y estar afiliada a grupos
antirrevolucionarios.

—Pero ¡si carezco de tendencia política
y nunca he promovido ningún grupo! He
estado casi un año de permiso.

—Bueno, debido a que su marido...

—Pero ¿qué tiene que ver conmigo lo que haga él? He declarado repetidas veces que

no comparto sus opiniones. No deberían castigarme por sus delitos.

—Tiene razón —concedió Zargar—, siempre puede impugnar las acusaciones, desde

luego. Pero aseguran que disponen de pruebas y que varias personas testificaron en su contra.

—¿Qué pruebas? ¿Quién testificó? ¿Qué he hecho?

—Afirman que en febrero de mil

novecientos setenta y nueve trajo usted a su marido a

la oficina para divulgar su ideología comunista, que organizó una sesión de debate y distribuyó periódicos antirrevolucionarios.

—Pero ¡si sólo vino a recogerme! ¡Los chicos lo obligaron a entrar!

—Ya lo sé. Me acuerdo. Sólo estoy informándole de las acusaciones. Puede usted

refutar oficialmente su decisión. Pero, si he de serle sincero, creo que su marido y usted

corren peligro. ¿Dónde está él, por cierto?

—No lo sé. Se marchó hace una semana, no sé nada de él.

Cansada y débil, fui a mi despacho para recoger mis cosas. Me esforcé por reprimir las lágrimas, pues no quería que mis adversarios fueran testigos de mi desolación. Abbas-Alí, el conserje de nuestra planta, entró en mi despacho con una bandeja de té igual que si se adentrara en territorio prohibido.

—Señora Sadegui, no sabe lo disgustado que estoy —dijo mirándome con gesto

apenado—. Juro por mis hijos que no he dicho nada contra usted. Jamás he visto en usted

otra cosa que no fuera bondad. Están todos muy apenados.

—Sí, se nota por su actitud y por sus falsos testimonios —repuse, soltando una amarga risita—. Personas con quienes he pasado siete años de mi vida conspiran contra mí

con tanta maestría que ahora nadie se digna siquiera mirarme.

—No, señora Sadegui, se equivoca. Están muertos de miedo. No se imagina las falsas acusaciones que hicieron

contra sus amigas, la señora Sadati y la señora Kanani. Dicen que a ellas también las despedirán.

—No creo que sea tan grave, está usted exagerando. Y aunque las despidan, no será

por haber sido mis amigas. Todo esto tiene que ver con envidias y viejas rencillas. —

Recogí mi bolso, lleno a rebosar, y la carpeta que contenía mis documentos personales, dispuesta a marcharme.

—Por amor de Dios, señora, le ruego que no me culpe —me suplicó Abbas-Alí—.

Absuélvame.

Estuve deambulando por las calles hasta el mediodía. Poco a poco, la ansiedad se abrió paso entre la humillación y la rabia: la ansiedad respecto al futuro, por Hamid y los niños y por el dinero. Con aquel aumento alarmante de la inflación, ¿qué sería de mí sin

un sueldo? En los dos últimos meses, la imprenta no había obtenido beneficios y mi suegro no había podido pagarle nada a mi marido.

Sufría una fuerte jaqueca y me costó llegar a casa.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —me

preguntó la señora Parvin—. Y esta mañana has

llegado tarde al trabajo. Si sigues así, te despedirán.

—¡Ya lo han hecho!

—¿Qué dices? ¿En serio? ¡Que Dios se me lleve! Es culpa mía, por haberme retrasado

hoy.

—No, no se despide a la gente por llegar tarde, por no trabajar, por acosar a otros, por

ser incompetente, por robo, lascivia,

promiscuidad o falta de honradez, ni por estupidez.

Despiden a personas como yo, alguien que ha trabajado como una mula, que hace bien su

trabajo, que tiene que mantener a sus hijos. Dado que yo estaba contaminada, han tenido

que despedirme para que la oficina quede purgada y purificada.

Pasé varios días enferma. Con fuertes migrañas, sólo dormía unas horas seguidas

gracias a un medicamento que me había

dado la señora Parvin. Hamid, que había regresado de Kurdistán, sólo pasó por casa un par de veces, pues decía que tenía mucho

trabajo, y dormía en la imprenta. Ni siquiera tuve ocasión de comunicarle que me habían

despedido.

Las noticias que me llegaban sobre mi marido y su organización cada vez eran más preocupantes, y mis temores crecían por momentos. Y entonces volvió a repetirse la misma pesadilla.

En plena noche, las fuerzas de seguridad

irrumpieron en nuestro hogar. Por lo que les

oí decir, supe que también habían registrado la imprenta y habían detenido a Hamid junto

con otros que se encontraban allí.

Los mismos insultos, el mismo horror, el mismo odio; era como si me obligaran a ver

una vieja y horrible película por segunda vez. Aquellas manos que todo lo tocaban, aquellos ojos, cuyo recuerdo todavía me estremecía de asco, volvían a meterse en los

rincones más privados de mi vida, haciéndome sentir el sudor frío y la desnudez de años atrás. Pero esta vez la rabia de Siamak no se manifestaría sólo en su mirada; temí que mi

hijo, un irascible chico de quince años, de pronto diera rienda suelta a su odio, verbal o físicamente. Le cogí una mano y le supliqué en voz baja que no perdiera la calma, que no

dijera nada, que no empeorara las cosas. Entretanto, Masud, blanco como la pared, contemplaba la escena con Chirin en brazos, tratando de que su hermanita guardara silencio.

Todo volvió a empezar. A primera hora

de la mañana telefoneé a Mansureh y le pedí

que le contara a su padre, con mucha calma, lo ocurrido. ¿Tendrían mis suegros fuerzas para soportar de nuevo la terrible experiencia? Una hora más tarde me llamó mi suegro.

—Padre —le dije, reprimiendo las ganas de llorar al oír su tono compungido—.

Tenemos que volver a empezar, pero no sé por dónde. ¿Conoce a alguien que pueda averiguar adónde se llevaron a Hamid?

—No lo sé. Déjame ver si encuentro a

alguien.

La casa estaba patas arriba, y todos nosotros muy alterados y nerviosos. Siamak rugía

como un león, daba puñetazos y patadas a puertas y paredes, maldiciendo el cielo y la tierra. Masud, detrás del sofá, fingía dormir, pero yo sabía que lloraba y que no quería que nadie lo molestara. Chirin, que era una niña muy tranquila, había percibido la tensión del

ambiente y no paraba de berrear, mientras yo, confusa y temblorosa, trataba de ahuyentar

pensamientos espantosos.

Por una parte, maldecía a Hamid y lo culpaba de haber destrozado una vez más

nuestras vidas, pero, por otra, me preguntaba si aún torturarían a los presos. No sabía en

qué condiciones se encontraría. Él solía decir que las primeras cuarenta y ocho horas eran

las peores, cuando infligían más daño a los prisioneros. ¿Sobreviviría? Ni siquiera tenía aún bien curados los pies. ¿De qué lo acusaban? ¿Lo juzgaría el Tribunal Revolucionario?

Tenía ganas de gritar. Como necesitaba

estar sola, fui a mi dormitorio y cerré la puerta. Me tapé los oídos para no oír a los niños y me abandoné al llanto. El espejo me devolvió una imagen de mí pálida, horrorizada, indefensa y desorientada. ¿Qué podía hacer? ¿Qué sería de nosotros? Quise huir, y de no haber sido por mis hijos, habría escapado a las montañas o al desierto, habría desaparecido. Pero ¿qué haría con los niños?

Me sentía como un capitán cuyo barco se hunde y cuyos pasajeros lo miran esperanzados.

Sin embargo, yo estaba más destrozada que mi barco. Necesitaba un bote

salvavidas para

escapar, un bote que me llevara a algún lugar lejano. No me quedaban fuerzas para cargar

con el peso de tanta responsabilidad.

La niña, que cada vez lloraba más, acabó profiriendo gritos angustiosos.

Instintivamente, me levanté y me enjuagué las lágrimas. No tenía más remedio: mis hijos

me necesitaban. Yo era el único capitán de aquel barco en plena tempestad.

Telefoneé a la señora Parvin y le

expliqué rápidamente lo ocurrido, pidiéndole que se

quedara en su casa y esperara a que le llevara a Chirin. Cuando colgué el auricular aún oía los gritos desgarradores de mi antigua vecina. Chirin se había calmado por fin en brazos

de Masud, que había dejado de fingir que dormía, porque no soportaba ver llorar a su

hermana. Siamak, sentado a la mesa de la cocina, tenía las mejillas encendidas, apretaba las mandíbulas y los puños, y las venas de su frente palpitaban.

—Mira, hijo mío, si quieres gritar, grita
—le dije, sentándome a su lado—. Grita
cuanto quieras, sácalo todo.

—¡Vienen aquí y ponen nuestra vida
patas arriba, detienen a papá y nosotros
nos quedamos sentados como idiotas,
viéndolos hacer lo que les da la gana!
—chilló.

—¿Qué querías que hiciéramos? ¿Qué
podíamos hacer? ¿Habríamos podido
impedirlo?

Dio un puñetazo en la mesa y se hizo
sangre en los nudillos. Le cogí las
manos y se

las apreté. Luego empezó a soltar juramentos. Aguardé a que se calmara.

—Mira, Siamak, de pequeño te peleabas con todo el mundo y te ponías muy nervioso.

Yo te abrazaba y tú me dabas puñetazos y patadas hasta que descargabas tu ira. Si eso todavía te tranquiliza, ven aquí.
—Y lo abracé.

Siamak era bastante más alto y más fuerte que yo, y habría podido apartarme fácilmente. Pero no lo hizo, sino que apoyó la cabeza en mi hombro y lloró.

—¡Qué suerte tienes, mamá! —dijo

minutos más tarde—. ¡Eres tan tranquila y fuerte!

Me eché a reír y pensé: «Deja que tenga esa imagen de ti.» Masud nos miraba con ojos humedecidos y con Chirin dormida en sus brazos. Le hice señas de que se acercara,

así que dejó a su hermana y vino a mi lado. Lo abracé a él también y los tres lloramos juntos, unidos y fortalecidos por nuestras lágrimas.

—Bueno, niños, no hay tiempo que perder —dije después, separándome de ellos—.

Nuestro llanto de nada le servirá a

vuestro padre. Debemos pensar un plan.
¿Estáis preparados?

—¡Claro que sí! —contestaron.

—Pues daos prisa y recoged unas cuantas cosas. Vosotros os quedaréis unos días en casa de vuestra abuela y la señora Parvin cuidará de Chirin.

—¿Y tú qué harás? —me preguntó Masud.

—He de ir a casa de vuestro abuelo para averiguar dónde está vuestro padre. Quizá consigamos enterarnos de algo. Tendremos que ir a muchos sitios, pues hay centenares de

comités del gobierno y departamentos militares.

—Os acompaño —propuso Siamak.

—No, tú tienes que cuidar de tus hermanos. Si no está tu padre, eres el responsable de

la familia.

—En primer lugar, no iré a casa de la abuela, porque la mujer del tío Alí se enfadará;

como quiere ir tapada delante de mí, si estoy yo no parará de protestar. En segundo lugar,

la señora Parvin se encargará de Chirin, y Masud ya es mayor y no necesita que lo vigile.

Siamak tenía razón, pero yo todavía no disponía de suficiente información para

valorar la situación, y me preocupaba que él, tan joven y temperamental, no pudiera asimilar lo que descubriéramos.

—Mira, hijo —insistí—, también tienes otros deberes. Debes encontrar ayuda.

Cuéntale a tu tío Alí lo ocurrido, a ver si conoce a alguien en algún comité. Me dijeron que su cuñado pertenece a la Guardia Revolucionaria. Si es necesario, ve a hablar con él.

Pero procura no decir nada que pueda perjudicar aún más a tu padre.

—Claro que no. No soy ningún crío. Sé lo que tengo que decir.

—Muy bien. Luego quiero que vayas a casa de la tía Fati y se lo cuentes todo a Sadeg

Aga. Quizá él conozca a alguien que pueda ayudarnos. Y si quieres, puedes quedarte allí.

De momento, lo más importante es saber dónde tienen a tu padre. Más adelante te daré nuevas instrucciones.

—¿No quieres que se lo diga al tío

Mahmud? Sabes que él podría ayudarnos, dicen que es el jefe de uno de los comités.

—No. Después de la pelea con tu padre, dudo mucho que quiera ayudarnos. Lo

dejaremos para más tarde. Iré a verte en cuanto pueda. Y mañana no hace falta que asistas

a clase. Espero que las cosas estén más claras el sábado.

Pero las cosas no sólo no se aclararon, sino que todo se tornó más borroso y complicado. Mi suegro y yo pasamos dos días visitando a sus amigos y conocidos, en vano. La mayoría de los

que habían tenido un cargo influyente en el pasado se habían marchado del país y los demás habían perdido el empleo o eran fugitivos. «La situación ha

cambiado —me dijo mi suegro—. Ya no conocemos a nadie.»

No había alternativa: debíamos empezar a buscar a Hamid por nuestros propios

medios. Los jefes de los departamentos de la policía no querían saber nada, aseguraban no

disponer de información y nos derivaban a diversos organismos oficiales. En los comités,

cuando nos preguntaban de qué delito habían acusado a Hamid, no sabíamos qué

contestar; con miedo e inquietud, balbuceaba que creía que de ser comunista. Nadie se sentía obligado a darnos respuesta, o quizá se negaban a revelarnos su paradero por cuestiones de seguridad.

Dos días más tarde, agotada y con la esperanza de encontrar ayuda y apoyo, fui a casa

de mi madre. Fati y mis hijos me esperaban allí, muy preocupados.

—¿No podías haber telefonado, al

menos? —protestó Siamak, furioso.

—No, hijo mío, no podía. No te imaginas lo que han sido estos días. Hemos estado en

mil sitios, no volvimos a casa de tu abuela hasta anoche, muy tarde, pero hube de quedarme allí porque teníamos otra cita esta mañana a las siete y media. Pero has hablado

con tu abuela, ¿no?

—Sí, pero quiero saber qué habéis averiguado el abuelo y tú.

—Tranquilo, que si nos enteramos de algo serás el primero en saberlo. Y

ahora recoge

tus cosas. Hemos de volver a casa. —
Entonces le dije a Alí—: Mahmud y tú
conocéis a

mucha gente de diferentes comités, ¿no
podéis averiguar adónde llevaron a
Hamid?

—Mira, hermana, con Mahmud no
cuentas; no quiere ni oír hablar de tu
marido. Y yo no puedo ir por ahí
preguntando e investigando
abiertamente. Al fin y al cabo, Hamid es
comunista y podrían acusarme de un
montón de cosas. Pero haré
averiguaciones de manera indirecta.

Me molestó su respuesta y sentí ganas de replicarle, pero me controlé, pues necesitaba

su ayuda.

—Sadeg hablará con algunos de sus contactos —terció Fati—. No te atormentes, de momento no puedes hacer nada. ¿Por qué quieres volver a tu casa?

—Tengo que ir. No puedes imaginarte cómo la dejaron. Debo ordenarlo todo. Y el sábado los niños han de ir a la escuela.

—Pues que se quede Chirin —propuso mi hermana—. Tendrás que ir a muchos sitios

y la niña te estorbará. Ya sabes cómo la quiere Firuzeh, juega con ella igual que si fuera

una muñeca. —Firuzeh tenía cinco años y era hermosa y adorable como una flor, pero Fati

estaba en el cuarto mes de su segundo embarazo.

—No, querida. En tu estado no puedes ocuparte de un bebé, y además me siento más

cómoda si los niños están conmigo. No sé si la señora Parvin podrá...

Cuando nuestra vecina, que se había

hecho cargo de Chirin los dos últimos días, comprendió que mi intención era llevarme a la niña a casa, se levantó de un brinco y dijo:

—¡Yo me voy contigo!

—¿No tiene trabajo? No quiero ser un engorro.

—¿Qué trabajo? Gracias a Dios no tengo marido ni nadie de quien ocuparme, y

últimamente nadie encarga trajes a medida. Me instalaré en tu casa una semana, hasta que

esté todo más organizado.

—¡Gracias, señora Parvin! ¡Qué haría yo sin usted! ¿Cómo la recompensaré por tanta

bondad?

Pasamos el viernes ordenando la casa.

—La primera vez que la registraron, mi padre, que en paz descansa, me envió gente

para ayudarme —le expliqué a mi antigua vecina—. Y mire lo sola y abandonada que estoy ahora. ¡Ay, cuánto echo de menos a mi padre! —exclamé con voz quebrada.

Masud, que había estado observándonos

sin que me hubiera dado cuenta, corrió hacia

mí, me cogió una mano y dijo:

—¡Nos tienes a nosotros! Nosotros te ayudaremos. ¡No estés triste, por favor!

—Ya lo sé, cariño. Mientras os tenga, no puedo estarlo —repuse, alborotándole el pelo.

Como esta vez la policía no había tocado las habitaciones de Bibi ni el sótano, que estaba casi vacío, nuestro trabajo se limitó a las habitaciones del piso de arriba, así que a última hora de la tarde ya estaba casi todo organizado y la casa ordenada, al menos en

apariciencia. Envié a los niños a bañarse, los apremié para hacer los deberes atrasados y les pedí que se prepararan para ir a la escuela al día siguiente. Pero Siamak estaba nervioso y no quería hacer los deberes. Aunque tenía derecho a estar angustiado, yo debía ponerle límites.

—Ya habéis visto que tengo mucho trabajo y muchas cosas de las que ocuparme —les

dije al fin muy seria, sentándolos—. Sabéis que tengo muchas preocupaciones y dolores de cabeza, y múltiples cosas que organizar a la vez. A ver, ¿cuánta energía creéis que me

queda? Si no me ayudáis y sólo me causáis problemas, me derrumbaré. Y la mejor forma

de ayudarme es hacer vuestros deberes para que tenga menos cosas en que pensar.

¿Colaboraréis o no?

Masud me lo prometió de corazón y Siamak, más reticente.

El sábado volví a varios comités del gobierno. Mi suegro parecía haber envejecido y

era evidente que se hundía bajo el peso de su angustia. Me dio tanta lástima que

no quise

que me acompañara a todas partes.

Las gestiones de aquellos días de nada sirvieron, nadie me ofrecía una respuesta clara,

de modo que comprendí que no me quedaba más remedio que recurrir a Mahmud. Habría

preferido telefonarle, pero sabía que todos los miembros de su familia habían recibido instrucciones de decir que no estaba en casa si llamaba yo. Fui de mala gana a su calle y

esperé en la esquina hasta que lo vi

llegar a su casa y entrar; entonces toqué el timbre.

Ehteram-Sadat me recibió con frialdad. Cuando me vio entrar en el patio, Golam-Alí me

saludó alegremente con un «¡Hola, tía!», pero, al recordar de pronto que no debía hablar

conmigo, frunció el ceño y se fue.

—Bueno, seguro que no has venido a preguntarme cómo estoy —dijo Ehteram-Sadat

—. Si vienes a ver a Mahmud, no está en casa y no sé si volverá esta noche.

—Ve y dile que lo espero —repuse—.
Sé que está aquí y quiero hablar con él.
Lo he

visto entrar.

—Vaya —repuso ella, fingiendo
sorpresa—. ¿Cuándo ha venido? Yo no
lo he visto.

—Ya, no te enteras de lo que pasa en tu
casa. Dile que sólo le robaré dos
minutos.

Enfurrugada, Ehteram-Sadat se ciñó el
chador alrededor de su rechoncha figura
y se

alejó rezongando. No estaba enfadada

con ella; sabía que sólo obedecía las órdenes de mi

hermano.

—Está rezando sus oraciones, ya sabes que eso le lleva mucho tiempo — anunció al reaparecer minutos más tarde.

—No importa. Esperaré. Esperaré hasta mañana por la mañana si es necesario.

—Y

me senté.

Al cabo de un rato, Mahmud salió por fin y me miró con cara de malas pulgas.

Estar

en aquella casa me producía un malestar físico.

—Mahmud, eres mi hermano mayor — dije con voz estrangulada—. Sólo te tengo a ti.

Nuestro padre me dejó a tu cuidado. Por el amor de tus hijos, no permitas que los míos se

queden huérfanos. Ayúdame.

—No es asunto mío —masculló—. No puedo hacer nada por ti.

—El tío de Ehteram-Sadat tiene mucha influencia en el Tribunal Revolucionario y en

los comités del gobierno. Pídele una cita. Sólo quiero saber dónde está Hamid y si se encuentra bien. Llévame a casa del tío de Ehteram.

—¿En serio? ¿Pretendes que me presente allí y diga: «Ese ateo es pariente mío. Por favor, exoneradlo»? Ni hablar. No encontré mi honor y mi reputación en una cuneta, como para echarlos a perder así.

—No hace falta que digas nada, hablaré yo con él —supliqué—. Ni siquiera pediré que lo liberen o indulten. Hasta pueden condenarlo a cadena perpetua. Sólo quiero que no

lo torturen ni ejecuten... —Y me eché a llorar.

Con mirada triunfante y sonrisa de suficiencia, mi hermano negó con la cabeza y dijo:

—Me hace gracia que te acuerdes de nosotros cuando tienes problemas. Hasta ahora,

los mulás eran malos, los conservadores también, no existían ni Dios ni el Profeta,

¿verdad?

—Basta, hermano. ¿Cuándo he dicho yo que no existen ni Dios ni el Profeta?

Hasta

hoy, jamás me he saltado ni una sola plegaria. Y la mayoría de los mulás son mucho más

tolerantes e ilustrados que tú. ¿No eras tú quien se jactaba, allá donde iba, de que su cuñado era un revolucionario, un preso político, y de que en la cárcel lo torturaron?

Comoquiera que sea, es el padre de mis hijos; ¿acaso no tengo derecho a saber dónde está

y cómo? Ayúdame, por el amor de tus hijos.

—Levántate, hermana. Levántate y
contrólate. ¿Crees que es tan fácil? Tu
marido ha

dirigido una revuelta contra Dios y el
islam, es un ateo, ¿y pretendes que lo
dejen en paz

para que pueda sembrar el caos y
destruir nuestro país y nuestra fe?

»Seamos sinceros. Si él estuviera en el
poder, ¿nos habría perdonado la vida a
alguno

de nosotros? Si quieres a tus hijos, dirás
la verdad. ¿Por qué te quedas callada,
eh? No, hermana. Estás muy equivocada.
Dios aprueba que se derrame la sangre

de ese hombre.

He consagrado mi vida al islam, ¿y ahora pretendes que vaya a ver a Haji Aga y lo obligue

a cometer un pecado por el bien de un impío que le dio la espalda a Dios? No, jamás haré

nada parecido, y Haji Aga nunca permitirá que el enemigo de Dios y del islam quede sin

castigo. Aunque el mundo entero se lo suplicara, él haría lo que es justo.

»¿Crees que todavía vivimos en la era del sah y que puedes salvar a ese

hombre llamando a ciertas puertas? No, ahora imperan la verdad y la rectitud, impera la fe, y son

otros quienes tienen el poder de perdonar.

Me sentía como si me hubieran golpeado en la cabeza con un mazo; me escocían los

ojos y me hervía la sangre. Me maldije por haber ido a pedirle ayuda a Mahmud, a ese hipócrita que no sabía nada de Dios. Apreté los dientes, me ceñí el chador, me levanté sin

dejar de mirarlo y le grité:

—¡Dilo! Di: lo utilicé cuanto quise y ahora ya no deseo nada de él, ya no lo necesito,

quiero llenarme el estómago yo solo. ¡Eres un imbécil! A Dios lo atormentan los siervos como tú. —Y me marché de la casa profiriendo juramentos y temblorosa.

Tardamos dos semanas en enterarnos de que Hamid estaba en la cárcel de Evin. Todos

los días me ponía el chador y, con mis suegros o sola, acudía allí y buscaba a algún funcionario de la prisión que pudiera darme información fiable. El delito de Hamid era irrefutable: tenían

tantas fotografías, discursos y artículos escritos por él que no había forma de negar nada. Ni siquiera sé si lo juzgaron.

Apenas un mes y medio después de su detención, en una de nuestras visitas a la cárcel, me condujeron junto a mi suegro a una habitación.

—Creo que por fin nos permitirán verlo
—le dije al oído.

Emocionados, nos quedamos esperando. Al cabo de unos minutos, entró un guardia

con un paquete.

—Éstos son sus efectos personales —

dijo, poniéndolo sobre la mesa.

Me quedé mirándolo sin entender nada.

—¿No son ustedes los familiares de Hamid Soltani? —nos espetó entonces —. Lo

ejecutaron anteayer, éstas son sus cosas.

Recibí una especie de descarga eléctrica y empecé a temblar de forma incontrolada.

Miré al padre de Hamid, que se arañaba el pecho con ambas manos, hasta que de pronto se

desplomó en una silla. Quise acercarme

a él, pero las piernas no me obedecían.
Sentí que

me mareaba, y luego no sentí nada.

El aullido de la ambulancia me hizo
volver en mí y abrí los ojos.

A mi suegro lo llevaron a la UCI y yo fui
a urgencias. Tenía que decírselo a mi
familia,

así que le di los teléfonos de Fati y
Mansureh a una enfermera.

Mi suegro se quedó ingresado, pero a mí
me dejaron volver a casa esa misma
noche.

Era incapaz de mirar a mis hijos a los ojos. Ignoraba qué sabían ellos y tampoco sabía qué

contarles. No tenía fuerzas para hablar ni para llorar. Me habían administrado tantos sedantes que no tardé en sumirme en un sueño amargo y profundo.

Tardé tres días en salir de aquel estado de conmoción y delirio, mientras mi suegro perdía la batalla contra la muerte y alcanzaba la paz eterna y la libertad. Lo único que atiné a decir fue: «Qué suerte. Ahora ya descansa en paz.» Lo envidiaba más que a nadie

en el mundo.

Los funerales del padre y el hijo se celebraron a la vez. Lloramos la muerte de Hamid sin

miedo ni aprensión. La cara triste y llorosa de mis hijos, vestidos de negro, me rompía el

corazón. Pasé gran parte de la ceremonia reviviendo momentos de mi vida con mi marido,

condensada en el mes pasado en la costa del mar Caspio. De mi familia, sólo mi madre y

Fati asistieron al funeral.

Nos quedamos en casa de mi suegra

hasta la ceremonia del séptimo día. Ni siquiera me acordaba de dónde estaba Chirin. De vez en cuando se lo preguntaba a mi hermana,

pero no oía su respuesta, y al cabo de una hora volvía a preguntárselo.

Mi suegra estaba tan grave que Fati estaba convencida de que se moriría de pena. No

paraba de hablar y nos hacía llorar a todos con sus palabras. Me sorprendía que pudiera hablar tanto, pues yo, cuando me enfrentaba a una tragedia, siempre me quedaba callada,

sumida en pensamientos siniestros y con

la mirada extraviada. De vez en cuando, mi suegra abrazaba a mis hijos y decía que olían como su padre, pero otras veces los apartaba

de sí y gritaba: «Ahora que no está Hamid, ¿para qué los quiero?» En ocasiones lloraba por su marido y se lamentaba: «Si Aga Morteza estuviera aquí, podría soportarlo», aunque

luego agradecía a Dios que su marido hubiese muerto y no tuviera que vivir aquella tragedia.

Sabía que mis hijos sufrían y no soportarían mucho tiempo aquellas escenas, así que le

pedí al marido de Fati, Sadeg Aga, que se los llevara. Siamak estaba deseando salir de la

casa, pero Masud se agarró a mí y dijo: «Tengo miedo de que si nos vamos llores mucho y

te pase algo malo.» Le prometí que me cuidaría y que nada me pasaría. Cuando se marcharon, mi corazón dio rienda suelta a su dolor; las lágrimas que había contenido en su

presencia brotaron por fin y me deshice en llanto.

Cuando volví a casa, ya sabía que no podía seguir llorando ni perdiendo el

tiempo; tenía demasiados problemas, no podía permitirme el lujo de prolongar mi duelo. Mi vida

era un desastre; los niños iban atrasados en la escuela y se acercaban los exámenes finales; y yo no tenía trabajo ni fuente alguna de ingresos. Los últimos meses habíamos sobrevivido gracias a la ayuda de mi suegro, pero él ya no estaba. Tenía que pensar en una

solución. Necesitaba encontrar un empleo.

Pero mis problemas no acababan ahí. Un día, en casa de mi suegra, oí a la tía de Hamid y a la mujer de su tío cuchichear en la habitación donde yo descansaba:

así fue como me enteré de que el abuelo de mi marido había legado la casa donde vivíamos a todos sus hijos. Por respeto a su madre y al padre de Hamid, que pagaba sus gastos y se

ocupaba de ella, los tíos y tías de Hamid nunca habían reclamado la parte de la herencia

que les correspondía, pero, ahora que habían muerto Bibi y su hermano, ya no había razón

para no reclamarla. Y unos días más tarde, oí hablar de aquel tema a los cuñados de Hamid.

—Según las leyes, como el hijo murió

antes que el padre, su familia no tiene derecho

a la herencia. Podéis preguntárselo a quien queráis... —decía el marido de Monir.

En medio de tanta conmoción, me extrañó captar conversaciones que tenían que ver conmigo.

Con todo, el peligro que percibía me hizo superar el duelo antes de lo que esperaba y

palió mi dolor por la muerte de mi marido. En las noches, solitarias y oscuras, era presa de una ansiedad insoportable y no podía dormir ni

estarme quieta. Deambulaba por la casa pensando y a veces hablando sola, como una loca. Se me habían cerrado todas las puertas.

Sin trabajo, sin Hamid, sin mi suegro, sin casa, sin herencia y con un sello en la frente que me identificaba como viuda de un comunista ejecutado, ¿cómo salvaría a mis hijos de aquel mar tempestuoso y los llevaría a un lugar seguro? «¿Dónde estás, padre? ¿Has visto

cómo se ha cumplido tu predicción? Tu hija se ha quedado sola y abandonada en el mundo. ¡Ay, cuánto te necesito!»

Una noche, mientras recorría la casa

como una sonámbula, me sobresaltó el timbre del

teléfono. Contesté, sorprendida de recibir una llamada a esas horas.

—¿Eres tú, Masum? —dijo una voz lejana—. ¡Ay! ¿Es verdad que Hamid... ha

muerto?

—¿Parvaneh? ¿Dónde estás? ¿Cómo te has enterado? —pregunté, mientras las

lágrimas corrían por mis mejillas.

—Entonces, ¿es cierto? Me he enterado esta noche. Lo han dicho en una emisora

de

radio iraní.

—Sí, es verdad. Hamid y su padre.

—¿Qué? ¿A su padre también lo ejecutaron?

—No. Sufrió un infarto. Murió de pena.

—Dios mío, debes de sentirte muy sola.
¿Te ayudarán tus hermanos?

—¡Qué va! No moverán un dedo por mí.
No asistieron al funeral y ni siquiera se
tomaron la molestia de darme el pésame.

—Bueno, al menos tienes trabajo y no

necesitas que nadie te mantenga.

—¿Qué trabajo? Me purgaron hace tiempo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué significa que te purgaron?

—Pues que me despidieron.

—Pero ¿por qué? Y con dos hijos... ¿Qué vas a hacer?

—Dos no, tres.

—¿Tres? ¿Cuándo...? ¿Cuándo fue la última vez que hablamos?

—Hace mucho. Dos años y medio. Mi

hija ya tiene dieciocho meses.

—Espero que Dios los castigue. Tú siempre los apoyabas. Decías que nosotros éramos

presuntuosos e inmorales, que estafábamos a la gente, que éramos traidores, que había que

darle la vuelta al país y que el pueblo tenía que recuperar sus derechos y lo que le pertenecía... ¡Y mírate! Si necesitas dinero o ayuda de cualquier tipo, dímelo, ¿de acuerdo?

El llanto y la tristeza me impedían hablar.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te quedas callada? Dime algo.

—No temo los insultos de mi enemigo, pero no me hagas merecer la compasión de un

amigo —repuse de pronto, recordando unos versos.

—Lo siento, Masum. Perdóname —dijo mi amiga tras un instante de silencio—. Te

juro que no puedo evitarlo. Ya me conoces: no soy capaz de callarme nada. Estoy muy

triste por ti y no sé lo que digo. Creía

que habías conseguido lo que querías, que llevabas una vida feliz. Jamás imaginé que pudiera ocurrir esto. Ya sabes cuánto te quiero, estoy más unida a ti que a mi hermana. Si no nos cuidamos la una a la otra, ¿quién cuidará de

nosotras? Júrame por la vida de tus hijos que si necesitas algo me lo dirás.

—Lo haré, gracias. Oírte ya es un gran consuelo. De momento lo que más necesito es

confianza en mí misma, y tu voz me la da. Lo único que te pido es que sigamos en contacto.

Me planteé diferentes tipos de trabajo y pensé de nuevo en dedicarme a coser, oficio que

siempre había odiado y sin embargo parecía grabado en mi destino. La señora Parvin prometió ayudarme, pero casi no le quedaban clientes. Yo sabía que ningún organismo oficial me contrataría, y tampoco los comités de selección ni las empresas y

organizaciones privadas que trabajaban para el gobierno. Empecé a buscar empleo en pequeños negocios privados, en vano: la economía no iba bien y nadie contrataba a nuevos

trabajadores. Llegué a plantearme hacer

encurtidos y conservas y venderlos a las tiendas

de comestibles, o preparar pasteles y pastas por encargo. Pero ¿cómo, si no tenía experiencia?

Un día me llamó el señor Zargar todo aturullado, lo que era poco habitual en él, pues

acababa de enterarse de la muerte de Hamid. Tras darme el pésame, me preguntó si podía

venir a visitarme con algunos antiguos compañeros de trabajo. Al día siguiente se presentó

en casa con cinco amigos míos de la oficina. Al verlos, mi dolor se reavivó y me eché a

llorar. Las mujeres del grupo también lloraron. El señor Zargar, con la cara encendida y labios temblorosos, evitaba mirarnos.

—¿Sabe quién me llamó ayer para expresarme su consternación por lo sucedido? —

dijo cuando nos tranquilizamos.

—No. ¿Quién?

—El señor Shirzadi, desde América. De hecho, me enteré por él.

—Entonces, ¿todavía vive allí? Creía que después de la revolución habría vuelto.

—Volvió, y no se imagina usted cómo: jamás vi a nadie tan feliz y emocionado. Había

rejuvenecido.

—¿Y por qué se marchó de nuevo?

—No lo sé. Le pregunté: «¿Por qué se va? Su sueño se hizo realidad.» Y por toda respuesta, me dijo: «El sueño de mi vida no era más que esto: la muerte de la esperanza o

la esperanza de la muerte.»

—No debió usted dejar que se fuera de la oficina —comenté.

—Pero ¡si quieren echarme hasta a mí!

—¿No lo sabías? —intervino la señora Molavi—. Acusaron al señor Zargar.

—¿Acusarlo? ¿De qué? ¿Qué ha hecho?

—Lo mismo que usted —explicó él.

—Pero ¡si a usted no pueden acusarlo de nada!

—¿Por qué no? —terció el señor Mohammadi—. Consideran que el señor Zargar es

uno de esos que prosperaron bajo el antiguo régimen. ¡Un estafador arrogante y corrupto!

Todos rieron.

—¡Me halaga usted! —exclamó Zargar.

También yo tuve ganas de reír. La acusación de estar entre los acaudalados que habían

prosperado bajo el gobierno del sah estaba convirtiéndose en un cumplido.

—Durante un tiempo me acosaron porque mi tío era un abogado de éxito y porque yo

había estudiado en el extranjero y me había casado con una extranjera — explicó—.

Supongo que recordará que el director de la oficina no podía ni verme. Pues bien, intentó

aprovechar la oportunidad para librarse de mí. Pero su plan no funcionó. — Luego añadió

—: Pero cuénteme, ¿qué hace ahora?

—Nada. Carezco de ingresos y busco trabajo.

Más tarde, esa misma noche, Zargar me telefoneó.

—No quería mencionar esto delante de los demás, pero, si de verdad necesita trabajar,

quizá pueda encontrarle algo.

—¡Claro que lo necesito! No se imagina qué complicada es mi situación. —Y procedí

a describirle brevemente mis adversas circunstancias.

—De momento, hay unos cuantos artículos y un libro pendientes de corregir y

mecanografiar —me explicó—. Si encuentra una máquina de escribir,

puede empezar a trabajar en su casa. Quizá no le reporte mucho dinero, pero algo es algo.

—¡Creo que Dios lo ha nombrado mi ángel salvador! Pero ¿cómo voy a trabajar para

la oficina? Si se enteran, será terrible para usted.

—No tienen por qué saberlo. Redactaremos el contrato con otro nombre, y yo mismo

le entregaré el trabajo. No hace falta que vaya por allí.

—No sé qué decir, ni cómo

agradecérselo.

—No tiene que agradecerme nada. Es usted una trabajadora excelente y pocas personas dominan como usted el persa. Busque una máquina de escribir. Mañana por la tarde le llevaré los documentos.

Estaba loca de contento, pero ¿de dónde sacaría una máquina de escribir? La que me

había regalado mi suegro años atrás para que practicara estaba ya muy vieja. Justo entonces me llamó Mansureh, la más amable y razonable de las hermanas de Hamid, y le

comenté la oferta del señor Zargar.

—Déjame preguntarle a mi marido —
propuso—. Seguro que en la empresa
les sobra

alguna y podrá prestártela.

Cuando colgué, me sentí aliviada y feliz.
Di gracias a Dios, porque había sido un
buen

día.

Empecé a trabajar desde casa.

Mecanografiaba, corregía y de vez en
cuando cosía. La señora Parvin era mi
socia, compañera y ayudante. Venía casi
todos los días a cuidar de Chirin o a

coser conmigo. Del dinero que ganaba, me daba una parte cuidadosamente calculada, pero yo estaba segura de que era más de lo que me correspondía.

La señora Parvin seguía siendo una mujer atractiva y rebosante de energía, a tal punto

que yo no me explicaba por qué, tras la muerte de Ahmad, no había encontrado otra pareja. Los ojos todavía se le empañaban cada vez que hablaba de él. Para mí, la opinión

que la gente tenía de ella no era importante: se trataba de una mujer noble y encantadora

que me había ayudado más que mi propia familia. Era tan buena y generosa que no le costaba nada sacrificar su bienestar y sus beneficios por los demás.

Fati también procuraba hacer cuanto estaba en su mano para ayudarme, pero con dos

hijos pequeños y un marido con un sueldo modesto tenía muchos problemas. En aquella

época, todos lidiábamos con numerosas dificultades. Las únicas personas de mi entorno a

quienes les iban bien las cosas eran

Mahmud y Alí, que seguían amasando riqueza. Por lo

visto, se servían de la tienda de mi padre, ahora propiedad de mi madre, para recibir productos subvencionados por el gobierno que luego vendían a precios mucho más

elevados.

Mi madre, vieja y cansada, también tenía problemas. La veía poco, y cuando iba a su

casa de visita hacía lo posible para no encontrarme a mis hermanos. También había dejado

de asistir a las reuniones familiares, hasta que un día mi madre me llamó muy contenta para informarme de que, tras varios años intentándolo, la mujer de Alí por fin se había quedado embarazada. Para celebrarlo y dar las gracias, mi cuñada iba a ofrecer una comida en conmemoración del imán Abbas, a la que me invitó.

—¡Me alegro mucho! —dije—. Por favor, felicita a la mujer de Alí, pero ya sabes que

no iré.

—No digas eso. Debes venir. ¿Cómo puedes rechazar una invitación a la

conmemoración del imán Abbas? Sería de mal agüero. ¿Acaso quieres ser aún más

desgraciada?

—No, madre. Lo único que pasa es que no quiero verlos.

—Pues no les hagas caso. Ven a la comida y reza. Dios te ayudará.

—La verdad es que me sentaría muy bien ir a una conmemoración religiosa o un

peregrinaje y llorar a gusto y desahogarme, pero no quiero ni ver a mis despreciables hermanos.

—No hables así, por amor de Dios —
me reprendió—. Pase lo que pase, son
tus

hermanos. Además, ¿qué tienes en contra
de Alí? Hizo múltiples gestiones para
ayudarte.

—Y añadió—: Hazlo por mí. ¿Sabes
cuánto hace que no te veo? Vienes a casa
de la señora Parvin, pero ni pasas a
verme. ¿Nunca te has parado a pensar
que tu madre no estará aquí mucho
tiempo?

Rompió a llorar y su llanto no cesó hasta
que al final cedí y le prometí que iría.

En la ceremonia de conmemoración

lloré sin parar, le pedí a Dios que me diera

fuerzas para soportar la dura carga de mi vida y recé por mis hijos y su futuro. La señora Parvin y Fati también lloraban y rezaban a mi lado. Ehteram-Sadat, cubierta de joyas de

oro, presidía la reunión evitando mirarme. Mi madre susurraba las oraciones y pasaba las

cuentas. La mujer de Alí, orgullosa y exultante, estaba sentada junto a su madre y apenas

se movía por miedo a sufrir un aborto. Pedía un plato de comida tras otro, que

le servían

enseguida.

Cuando los invitados se marcharon, nos pusimos a limpiar, hasta que Sadeg Aga, que

se había llevado a los niños fuera, vino a recogernos a Fati y a mí. Mi madre besó a sus

nietos, los hizo sentar en el patio y les llevó sopa. Entonces llegó Mahmud y Ehteram-Sadat salió presurosa al patio. Pero mi madre no los dejó marchar, sino que le llevó sopa a Mahmud y se pusieron a hablar en voz baja. No tenía ninguna duda de que se referían a

mí, pero estaba tan dolida y furiosa con mi hermano mayor que no quería que nadie actuara de mediador, pese a saber que algún día necesitaría a Mahmud. Es más, no quería

que mis hijos presenciaran ni participaran en ninguna conversación o discusión entre mi hermano y yo.

Llamé a mis hijos y les dije:

—Siamak, llévate la bolsa de la niña al coche y espérame allí. Y tú, Masud, ve con Chirin.

—¿Adónde vas? —me preguntó mi madre—. Los niños acaban de llegar y todavía no

se han terminado la sopa.

—Debo irme, madre. Tengo muchas cosas que hacer.

Volví a llamar a Siamak, que corrió a la ventana para recoger la bolsa.

—¿Sabías que el tío Mahmud se ha comprado un coche nuevo, mamá? —me dijo—.

Vamos a ir a verlo; te esperamos fuera.
—Y llamó a Golam-Alí para que lo acompañara.

—Lleva tú a Chirin, mamá —dijo Masud—. Voy con ellos a ver el coche.

Y los chicos corrieron a la calle.

Mi madre había planeado muy bien la reconciliación y parecía que Mahmud había

venido preparado.

—Me pides que no sea desleal —le dijo a mi madre—. Pero me he sacrificado, he pasado por alto todos los insultos porque el Profeta estableció que un musulmán debe saber perdonar. Pero no puedo ignorar la justicia debida a la fe, al Profeta y a Dios.

Estaba muy nerviosa, pero, conociendo a Mahmud, también podía interpretar sus

comentarios como una especie de disculpa.

—Hija mía, ven aquí un momento —me llamó mi madre.

Me puse la chaqueta; era principios de marzo y hacía un fresco agradable. Cogí en brazos a Chirin y salí al patio de mala gana. De pronto oímos gritar a los niños en la calle, y el hijo pequeño de Mahmud, Golam-Hosein, apareció corriendo en el patio, gritando:

—¡Rápido, venid! ¡Siamak y Golam-Alí están peleándose!

Entonces la hija de Mahmud entró a la carrera, llorando y gritando:

—¡Corre, papá! ¡Está matando a Golam-Alí!

Alí, Mahmud y Sadeg Aga salieron a toda prisa. Dejé a Chirin en el suelo, cogí el chador que colgaba en la barandilla, me lo eché sobre la cabeza y me precipité tras ellos.

En la acera se había congregado un grupo de chicos del vecindario, entre los que me abrí

paso. Alí había inmovilizado a Siamak contra la pared y lo insultaba, mientras Mahmud lo

abofeteaba. Yo, que sabía lo fuerte que pegaba mi hermano, sentía cada golpe

como en mis propias carnes.

—¡Suéltalo! —grité enfurecida y corrí hacia ellos.

Se me cayó el chador al suelo cuando me abalancé sobre Siamak y Mahmud tratando

de golpear a mi hermano en la cara, pero mis puños sólo lo alcanzaron en los hombros.

Quería destrozarlo. Era la segunda vez que Mahmud maltrataba a mis hijos. Como no tenían un padre que los protegiera, mis hermanos creían que podían hacerles lo que quisieran.

Sadeg Aga los apartó, pero yo, con los puños apretados, seguí protegiendo a Siamak.

Entonces vi a Golam-Alí sentado en el bordillo, llorando. Su madre le frotaba la espalda y

profería insultos. Al pobre niño le costaba respirar. Siamak lo había tirado de espaldas y se había golpeado.

—¿Estás bien, cariño? —le pregunté instintivamente.

—¡Dejadme en paz! —me gritó Golam-Alí, furioso—. ¡Tú y ese chiflado!

Mahmud acercó su cara a la mía y, con

el gesto deformado por la ira, me dijo:

—Acuérdate bien de lo que voy a decirte: a éste también lo colgarán. Estos niños llevan la sangre de ese bellaco infiel y acabarán igual que él. ¿Crees que cuando lo cuelguen podrás protegerlo con los puños?

Gritando de rabia, metí a mis hijos en mi desvencijado coche. Hice el trayecto hasta

mi casa sin dejar de chillar: me maldije por haber ido a la fiesta, maldije a mis hijos por enfrentarse con todo el mundo como gallos de pelea, maldije a mi madre, Mahmud y Alí.

Conducía imprudentemente,
enjugándome las lágrimas a cada
momento con el dorso de la

mano. Ya en casa, me paseé por todas
las habitaciones, furiosa. Los niños me
miraban con

expresión de miedo.

Cuando logré calmarme un poco, le
espeté a Siamak:

—¿No te da vergüenza? ¿Hasta cuándo
vas a pelearte con todos como un perro

rabioso? El mes pasado cumpliste
dieciséis. ¿Cuándo piensas empezar a
portarte como un

ser civilizado? ¿Y si le hubiera pasado algo a tu primo? ¿Y si llega a golpearse la cabeza

contra el bordillo? ¿Qué demonios habrías hecho? ¿Te habrían metido en la cárcel de por

vida, o colgado! —Me eché a llorar.

—Lo siento, mamá. Lo siento mucho, de verdad. Te juro por Dios que no quería

empezar la pelea, pero no imaginas las cosas que decían. Primero se pusieron a fardar del

coche y a burlarse del nuestro, y luego dijeron que deberíamos ser aún más

pobres y

desgraciados porque no somos musulmanes ni creemos en Dios. Yo no dije nada, no hice caso. ¿Verdad, Masud? Pero no paraban: empezaron a decir cosas muy feas de papá y luego imitaron a un ahorcado. Golam-Hosein sacaba la lengua y ladeaba la cabeza, y todos

reían. Y dijeron que a papá no lo enterraron en el cementerio musulmán, sino que echaron

su cadáver a los perros porque era basura. No sé qué me pasó, no podía contenerme. Le

solté una bofetada, y entonces Golam-Alí se acercó y le di un empujón, cayó hacia atrás y

se golpeó en la espalda. Mamá, ¿es que siempre tengo que quedarme de brazos cruzados

como un cobarde? Si no le hubiera pegado, esta noche la rabia me habría matado. Tendrías

que haberlos oído burlarse de nosotros.

Rompió a llorar. Me quedé mirándolo. A mí también me habría gustado pegarle un par

de bofetadas a Golam-Hosein. Ese

pensamiento me hizo reír.

—Entre tú y yo... ¡menuda paliza le has dado! —dije—. Pero el pobre Golam-Alí no

podía respirar. No me extrañaría que se hubiera roto una costilla.

Los niños se dieron cuenta de que sabía ponerme en su lugar y, hasta cierto punto, no

los culpaba de lo ocurrido.

—¡Y cómo te has lanzado sobre nosotros! —dijo Siamak, riendo y enjugándose las

lágrimas.

—¡Estaban pegándote!

—No me importaba. ¡Habría recibido diez golpes más a cambio de darle uno solo a Golam-Hosein!

Reímos. Masud empezó a imitarme.

—Cuando vi a mamá correr a la calle con su chador ¡parecía el Zorro! ¡Con lo bajita

que es y poniéndose en guardia como Mohamed Alí! Si el tío Mahmud no llega a impedirselo, habría ido volando hasta la azotea del vecino. Pero lo más gracioso es que todos tenían miedo. ¡Se

han quedado allí plantados con la boca abierta! —Y describía la

escena con tanta gracia que nos desternillamos de risa.

Era maravilloso. No habíamos olvidado lo que era reír.

Se acercaba el Año Nuevo, pero yo no estaba de humor para nada, y sólo me alegraba de

que aquel maldito año llegara a su fin. En respuesta a una carta de Parvaneh, escribí: «No

te imaginas el año que he pasado. Cada día me deparaba una nueva desgracia.»

La señora Parvin insistió en que les hiciera ropa nueva a mis hijos, pero nuestra humilde celebración de Año Nuevo no incluyó la limpieza de primavera, así como

tampoco preparé la mesa tradicional de *Haft Seen*.

Mi suegra se empeñó en que fuéramos a recibir el Año Nuevo a su casa: era el primero tras la muerte de Hamid y mi suegro, y todos se reunirían allí. Sin embargo, yo no

tenía ganas de aguantar a nadie y decidí no ir.

De hecho, no fui consciente de la

llegada del nuevo año hasta que oí los
víttores de los

vecinos. En casa, la ausencia de Hamid
era dolorosamente palpable. Había
celebrado siete

entradas de año con él, y las veces en
que no había estado a mi lado, siempre
había notado

su presencia. Pero ahora sólo sentía
soledad y desamparo.

Masud se dedicaba a contemplar la
fotografía de su padre, mientras que
Siamak se había encerrado en su
habitación y no quería salir. Chirin iba
de acá para allá, indecisa.

Fui a mi dormitorio y lloré.

Entonces llegaron con gran alboroto Fati, Sadeg Aga y sus hijos, vestidos con ropa nueva. A mi hermana la impresionó el desolador ambiente que reinaba en mi hogar.

—¡No te entiendo! Por lo menos, habrías podido preparar la mesa de *Haft Seen* —me

reprendió, acompañándome a la cocina —. Cuando me dijiste que no irías a casa de tu suegra, lo achaqué a que temías que todos se entristecieran y no querías ver sufrir a tus hijos. Pero ahora me doy cuenta de que eres peor que ellos. Vístete. Ha sido un mal año,

pero ya ha terminado. Espero que el nuevo te traiga felicidad y te compense por tanto sufrimiento.

—Lo dudo mucho.

Tras las vacaciones de Año Nuevo empezaron las discusiones sobre la venta de la casa. Mi

suegra y Mabubeh se pelearon, pero las tías y los tíos estaban de acuerdo en que había llegado el momento de vender. El mercado inmobiliario, que había caído después de la revolución por las amenazas de embargo y redistribución de las propiedades, empezaba a

recuperarse y los precios habían subido

un poco. Querían venderla cuanto antes por si los

precios volvían a bajar o el gobierno decidía embargarla.

Cuando recibí la notificación oficial de su decisión, les envié un mensaje diciéndoles

que no me trasladaría hasta la finalización del curso escolar, momento en que empezaría a

buscar una alternativa. Pero ¿cuál? Si tanto esfuerzo me costaba vestir y alimentar a los niños, ¿cómo iba a ingeniármelas para pagar encima un alquiler?

Las hermanas y la madre de Hamid también estaban preocupadas. Primero me

propusieron que me fuera a vivir con mi suegra, pero yo sabía que ella no soportaría a los

niños correteando por la casa, y yo no quería que mis hijos tuvieran que reprimirse y llevaran una existencia triste. Al final, el tío de Hamid propuso que reformáramos las dos

habitaciones y el desvencijado garaje del fondo del jardín y que nos instaláramos allí. Así, tanto nosotros como mi suegra mantendríamos la independencia y, al mismo tiempo, sus

hijas no tendrían que preocuparse de que su madre viviera sola.

Como mis hijos y yo no teníamos derecho a heredar del padre de mi marido, agradecí

mucho aquella oferta.

A finales del curso escolar, las reformas de la casa de mi suegra casi estaban terminadas,

pero el sospechoso comportamiento de Siamak me tenía preocupada y no lograba

planificar nuestro siguiente movimiento. Mis viejas ansiedades se habían

reavivado, pues

mi hijo se retrasaba por las tardes cuando volvía a casa, discutía sin cesar de política y parecía inclinarse hacia las ideologías de ciertos grupos políticos. Yo no podía tolerarlo.

Para proteger a mis hijos de un mal mayor, procuraba mantener la política fuera de nuestras vidas, pero quizá justo por eso mi primogénito sentía cada vez mayor curiosidad

y se interesaba más por los asuntos políticos.

En el funeral de Hamid, yo había conocido a algunos de sus nuevos

amigos, que habían venido a echarnos una mano. Aunque todos parecían buenos chicos, no me gustaba

que siempre se hablaran en susurros, como si ocultaran un secreto. Con el tiempo, cada vez frecuentaban más nuestra casa. Yo deseaba que Siamak disfrutara de buenas amistades

y que saliera de su caparazón, pero tenía un mal presentimiento. La voz de mi suegra, que

siempre repetía «los amigos de Hamid acabaron con él», resonaba en mis oídos.

Al poco tiempo, me enteré de que

Siamak era un ferviente miembro de los muyahidines. En las reuniones siempre los defendía y traía sus periódicos y boletines a casa, a sabiendas de que me enfurecía. Cuando hablábamos de política acabábamos

discutiendo, y en lugar de mejorar nuestro entendimiento, él se alejaba cada vez más de mí. Un día lo senté y, tratando de conservar la calma, le hablé de su padre y de la desgracia que la política había traído a nuestras vidas. Le conté las privaciones que soportaron Hamid y sus amigos, los suplicios que sufrieron y cómo al final todo había sido en vano. Y le pedí que me prometiera

que no seguiría los pasos paternos.

—¿Qué dices, mamá? —repuso con una voz de niño, más que de hombre—. Eso es

imposible. Todos estamos inmersos en la política. En clase no hay ni un solo estudiante que no pertenezca a uno u otro grupo. La mayoría son muyahidines, todos buenas personas. Creen en Dios, rezan y luchan por la libertad del pueblo.

—Es decir, que están a mitad de camino entre tu padre y tu tío, repitiendo los mismos

errores que ambos cometieron.

—¡No, qué va! Son muy diferentes. Me gustan. Son buenos amigos y me apoyan.
Tú

no lo entiendes, pero si no me uno a ellos me quedaré solo.

—Lo que no entiendo es por qué siempre tienes que pegarte a otros —le espeté.

Eso le molestó y me miró enfadado. Al darme cuenta de mi error, bajé la voz y dije:

—Lo siento, no quería decir eso. Es que no soportaré a otro activista político en esta

casa. —Y le supliqué que no se comprometiera.

Conseguí que me diera su palabra de que nunca ingresaría formalmente en ningún

grupo u organización política, pero aseguró que seguiría apoyando a los muyahidines, o,

como él mismo dijo, que continuaría siendo simpatizante.

Entonces le pedí a Sadeg Aga, que mantenía una buena relación con Siamak, que

hablara con él y lo vigilara. Pero la

situación empeoraba: me enteré de que vendía el periódico de los muyahidines por las calles y sus notas escolares se resentían a tal punto

que casi no pudo presentarse a los exámenes finales. Ya antes de que le dieran los resultados, yo sabía que había suspendido varias asignaturas.

Un día, Sadeg Aga me telefoneó para advertirme de que los muyahidines estaban

organizando una gran manifestación para la jornada siguiente. Desde primera hora de la mañana vigilé muy de cerca a mi hijo, que tras ponerse unos vaqueros y unas zapatillas dijo que iría a la tienda a

comprar. Entonces envié a Masud a comprar en su lugar. A medida que avanzaba la mañana, Siamak estaba cada vez más nervioso. Salió al patio y se

puso a dar vueltas entre las plantas; luego cogió la manguera y empezó a regar sin dejar de

mirar hacia la casa con el rabillo del ojo. Fingí que estaba ocupada haciendo algo en el sótano, cuando en realidad estaba observándolo detrás de una persiana de mimbre. Con gran disimulo, dejó la manguera y fue a hurtadillas hacia la puerta principal. Entonces subí corriendo del sótano, de modo que llegué a la puerta antes que él, y extendí

ambos brazos

abarcando todo el umbral.

—¡Ya basta! —me gritó—. Quiero salir.
Deja de tratarme como si fuera un crío.

¡Estoy harto!

—¡De esta casa sólo saldrás hoy por encima de mi cadáver! —chillé.

Siamak dio un paso hacia mí. Masud acudió en mi ayuda y se colocó entre ambos. Mi

hijo mayor, que no podía descargar su rabia sobre mí, la descargó sobre Masud.

—¡Piérdete, gallina! ¿Quién te has creído que eres? ¡No te metas, canijo de mierda!

—mascullaba, dándole patadas y puñetazos. Masud trató de razonar con él, pero Siamak le

gritó—: ¡Cállate! Esto no es asunto tuyo.
—Y entonces le arreó tan fuerte en la cara que lo hizo tambalearse.

—Creía que podía confiar en mi primogénito, que llenaría el vacío dejado por su padre. Pero ahora veo que no le importa sustituirme por un puñado de desconocidos, aunque le suplique que hoy no salga.

—¿Por qué no puedo ir?

—Porque te quiero y no quiero perderte como perdí a tu padre.

—¿Y por qué no detuviste a mi padre, que era comunista?

—Porque no podía competir con él. Hice cuanto pude, pero era más fuerte que yo. Tú

eres mi hijo. Si no soy lo bastante fuerte para detenerte, prefiero morir.

—Si no me dejas salir, lo mataré — amenazó entonces Siamak, señalando a Masud.

—Mátame a mí. Si te pasa algo me moriré, así que más vale que lo hagas tú mismo.

Siamak lloraba de rabia mirándome con odio. Luego se dio la vuelta y fue hacia la casa. Se quitó los zapatos y se sentó con las piernas cruzadas en la cama de madera de la

terraza, frente a las habitaciones de Bibi.

—Ve a darle un beso a tu hermano —le pedí a Chirin al cabo de un cuarto de hora—.

Está triste.

La niña corrió hacia él, subió con esfuerzo a la cama y empezó a hacerle carantoñas.

—¡Déjame en paz! —gruñó Siamak, apartándole la mano.

—Hijo mío —le dije, mientras cogía a la pequeña en brazos y la dejaba en el suelo—,

ya sé que ser miembro de un grupo político y querer emprender acciones heroicas es muy

emocionante. Soñar con salvar al pueblo y a la humanidad resulta muy gratificante. Pero

¿sabes qué mentiras hay detrás y cómo acabará todo? ¿Qué quieres cambiar? ¿Qué es eso

por lo que estás dispuesto a jugarle la vida? ¿Quieres sacrificarte para que unos cuantos hombres maten a otros cuantos y obtengan poder y riquezas? ¿Eso quieres?

—¡No! No lo entiendes. No sabes nada de esta organización. Quieren justicia para el pueblo.

—Hijo mío, todos dicen lo mismo. ¿Has oído a alguien que pretenda hacerse con el poder declarar que no desea la justicia para el pueblo? Para todos ellos la justicia sólo se consigue cuando su

grupo llega al poder, y si alguien se interpone en su camino, no dudarán en enviarlo al infierno.

—Mamá, ¿has leído alguno de los libros que escriben? ¿Has oído uno solo de los discursos que pronuncian?

—No, hijo. Me basta con que tú hayas leído sus libros y oído sus discursos. ¿Crees que tienen razón?

—¡Claro que sí! Si los hubieras leído, lo entenderías.

—¿Y qué me dices de otros grupos y organizaciones? ¿También has leído sus libros y

oído sus discursos?

—No, no me hace falta. Ya sé qué dicen.

—Ah, pues eso no está bien —razoné—.

No puedes afirmar tan a la ligera que has encontrado el camino correcto y que estás dispuesto a sacrificar tu vida por él. A lo mejor otros grupos dicen cosas mejores. ¿Cuántas opiniones e ideologías has analizado sin prejuicios antes de decidir? ¿Has leído alguno de los libros de tu padre?

—No, el camino de mi padre no era el correcto. Ellos eran ateos; incluso atacaban la

religión.

—Aun así, él creía haber encontrado la senda que lo llevaría a salvar a la humanidad y

lograr la justicia. Y decidió tras años de estudio y aprendizaje. En cambio, tú, que no tienes ni una décima parte de sus conocimientos, afirmas que estuvo equivocado toda su

vida y que murió siguiendo el camino erróneo. Quizá tengas razón; yo también lo creo.

Pero piénsalo bien: si con toda su experiencia él cometió un error que le salió tan caro,

¿por qué no puedes cometerlo tú? Ni

siquiera sabes los nombres de las diferentes escuelas

de filosofía política y pensamiento.

Medítalo, hijo. La vida es el bien más valioso que posees. No puedes jugártela por un error, porque no podrás recuperarla.

—No sabes nada de esta organización y la cuestionas sin motivo —replicó Siamak

tercamente—. Crees que quieren engañarnos.

—Tienes razón: no sé nada de ellos, pero sí que alguien que se aprovecha del

entusiasmo de jóvenes inocentes e inexpertos no puede ser una persona honrada y decente.

No te encontré en una esquina; no renunciaré a ti sólo para que alguien pueda conseguir el poder.

Todavía me enorgullezco de la perseverancia y determinación que demostré aquel día.

A última hora de la tarde, se extendió la noticia de las detenciones y las ejecuciones, y se produjo el caos. A partir de entonces, Siamak se enteraba a diario de que habían detenido a algún

amigo suyo. Los líderes de los muyahidines se habían escondido o habían huido, pero los jóvenes caían como moscas. Todas las tardes, la televisión daba los nombres y las

edades de los ejecutados, listas interminables que Siamak y yo escuchábamos horrorizados. Cada vez que mi hijo oía el nombre de algún conocido, rugía como un tigre

enjaulado, mientras yo me preguntaba qué sentirían los padres de aquellos chicos y chicas

cuyos nombres daba la televisión. Y con cierto egoísmo, le agradecía a Dios no haber dejado salir a Siamak.

No hubo una reacción unánime a esos sucesos. Unos estaban conmocionados; otros,

indiferentes o nerviosos; y algunos se alegraban. Costaba creer que hubiera reacciones tan

dispares en una sociedad que hasta hacía poco parecía tan unida.

Un día me encontré a un antiguo compañero de trabajo que estaba muy metido en política.

—¿Qué ocurre, señora Sadegui? —me preguntó—. Parece muy preocupada.

—¿A usted no le preocupa la situación y

las noticias que nos llegan a diario? —
repuse, sorprendida.

—No. Creo que todo es exactamente
como debería ser.

A principios de verano nos trasladamos
a las habitaciones que nos habían
preparado en casa de mi suegra. No me
resultó fácil dejar el que había sido mi
hogar durante diecisiete

años: cada ladrillo de aquel edificio
guardaba una historia y rescataba algún
recuerdo de

mi memoria. Con el tiempo, hasta los
recuerdos más duros parecían dulces.

Todavía llamábamos «la habitación de Charzad» a la sala de estar y «la casa de Bibi» a la planta

baja. El olor de Hamid permanecía en todos los rincones y seguía encontrándome cosas suyas en los recovecos de las habitaciones. Allí había pasado los mejores días de mi vida.

Sin embargo, debía ser razonable; no tenía alternativa. Empecé a recoger nuestras pertenencias; algunas las vendí, otras las tiré y otras las regalé.

—Quédate los muebles buenos —me aconsejó Fati—, puede que te mudes a una casa

más grande. Es una pena que te deshagas de los sofás. Los compraste el primer año de la

revolución, ¿te acuerdas?

—Sí, entonces era muy optimista, creía que tendría una vida maravillosa. Pero ahora

esos sofás no me sirven de nada. Nunca tendré una casa más grande, al menos de momento, y las nuevas habitaciones son muy pequeñas. Además, ¿cuántas fiestas crees que celebraré? He decidido llevarme sólo lo imprescindible.

Nuestro nuevo hogar consistía en dos habitaciones comunicadas y un garaje

convertido en sala de estar y cocina. El baño y el servicio se hallaban adosados al edificio, pero se accedía a ellos por fuera. Los chicos ocuparon una habitación y Chirin y yo, la otra. Colocamos las mesas de los chicos, mi mesa, la máquina de escribir y la máquina de

coser de las habitaciones; y en la sala, un par de sofás pequeños, una mesita de salón y el televisor. Las tres habitaciones daban al jardín, grande y con un estanque redondo en el centro, al fondo del cual estaba la casa de mi suegra.

Tras vaciar nuestro antiguo hogar, me

paseé por las habitaciones pasando las manos por aquellas paredes que habían sido testigos de mi vida y despidiéndome de ellas. Subí a

la azotea y oteé la ruta de huida de Hamid hasta la casa de los vecinos; regué los viejos

árboles del patio y miré por los cristales sucios las habitaciones de Bibi. En otros tiempos había reinado una gran animación en aquella silenciosa casa.

Me enjuagué las lágrimas y,

compungida, cerré con llave, despidiéndome definitivamente de aquella etapa de mi existencia, mi felicidad y mi juventud.

Los niños estaban tristes por la mudanza y nerviosos por el caos y la confusión reinantes,

y ese descontento lo expresaban negándose a ayudar y colaborar. Siamak, despatarrado en

una cama, con el colchón torcido, se tapaba los ojos con un brazo, mientras que Masud,

acucillado junto al muro de fuera con la barbilla apoyada en las rodillas, dibujaba en el

pavimento con trozos de yeso de las

obras. Por suerte, había dejado a Chirin con la señora

Parvin y no tenía que preocuparme por ella.

Aunque no tenía fuerzas para hacerlo todo sola, tampoco podía obligar a los chicos a

ayudarme. Por su silencio, sabía que la menor sugerencia desataría berrinches y peleas.

Me metí en una habitación, respiré hondo, contuve las lágrimas e intenté serenarme y hacer acopio de energía para tratar con ellos. Entonces preparé el té y fui a la panadería de la esquina,

donde estaban sacando el pan de la tarde, para comprar dos hogazas de pan ácimo persa. Cuando volví a casa, extendí la alfombra en el jardín, coloqué el té, pan, mantequilla, queso y un cuenco de fruta, y los llamé. Sabía que tenían hambre, pues ese

día sólo habían comido un bocadillo a las once, antes de salir por última vez de nuestra antigua casa. Me hicieron esperar un rato, pero el olor a pan recién hecho y el de los pepinos que estaba pelando los atrajo; se me acercaron despacio, como gatos recelosos, y se sentaron a comer conmigo.

Tras convencerme de que su mal humor

había cedido ante la satisfacción de una comida sabrosa, dije:

—Oíd, chicos. Dejar la casa donde pasé mi juventud y los mejores días de mi vida ha

sido más difícil para mí que para vosotros. Pero ¿qué podíamos hacer? Nos hemos mudado, pero no es el fin del mundo. Sois jóvenes y tenéis toda la vida por delante. Algún

día construiréis vuestra propia casa, que será mucho más grande y bonita que aquélla.

—No tenían derecho a quitarnos nuestro

hogar —protestó Siamak—. ¡No tenían derecho!

—Sí lo tenían —repuse con calma—. Habían acordado conservar la casa mientras

viviera su madre. Pero, cuando ella murió, debían repartirse la herencia.

—Pero ¡si nunca venían a ver a Bibi! Los que cuidábamos de ella éramos nosotros.

—Sí, porque nosotros vivíamos en aquella casa y la utilizábamos. Era nuestro deber ayudar a la abuela.

—Y tampoco nos corresponde una parte de la casa del abuelo —añadió Siamak —.

Todos han heredado una, menos nosotros.

—Eso es lo que dicta la ley. Cuando un hijo muere antes que su padre, su familia no

hereda.

—¿Por qué la ley siempre va contra nosotros? —me preguntó Masud.

—¿Por qué os preocupa tanto la herencia? ¿Y quién os ha contado todo eso?

—¿Nos tomas por tontos? —me espetó Siamak—. Lo hemos oído mil veces, desde el

funeral de papá.

—No necesitamos nada de eso —afirmé—. De momento, vivimos en la casa de

vuestro abuelo, y se han gastado mucho dinero reformando estas habitaciones para nosotros. ¿Qué más da que esté a nuestro nombre o no? No pagamos alquiler, lo cual ya es

un privilegio. Cuando seáis mayores, os construiréis vuestro propio hogar. No me gusta que mis hijos den tanta importancia al dinero y estén pendientes

de las herencias como buitres.

—Nos han quitado lo que nos pertenecía
—insistió Siamak.

—¿Insinúas que te gustaría vivir en esa
casa tan vieja? —inquirí, señalando al
fondo

del jardín—. Yo sueño con algo mucho
mejor para vosotros. Pronto iréis a la
universidad y

empezaréis a trabajar. Seréis médicos o
ingenieros. ¡Y qué casas tan bonitas
tendréis!

Nuevas, modernas, con muebles
preciosos, mucho mejor que esas ruinas.

Y, como las mujeres anticuadas, yo iré de casa en casa buscándoos esposas maravillosas. ¡Qué chicas

tan guapas encontraré! Iré a todas partes y alardearé de que mis hijos son médicos o ingenieros, altos y apuestos, de que tienen coches bonitos y casas que parecen palacios.

Las chicas se desmayarán.

Mis hijos sonreían de oreja a oreja y se burlaban de mí y mis exageraciones.

—Dime, Siamak Aga, ¿te gustan rubias o morenas? —continué.

—Morenas.

—Y tú, Masud, ¿de tez clara o aceitunada?

—Yo quiero que tenga los ojos azules, lo demás no me importa.

—¿Azules como Firuzeh? —pregunté.

—¡Se te ha visto el plumero, granuja! — exclamó Siamak, riendo.

—¿Por qué? ¿Qué he dicho? A mamá, a veces, también se le ponen los ojos azules.

—¡Qué dices! ¡Los tiene verdes!

—Además, Firuzeh es como una hermana para mí —añadió Masud con

timidez.

—Tienes razón —bromeé—: ahora es como una hermana, pero quizá dentro de un

tiempo sea como una esposa.

—¡No digas eso, mamá! Y tú, Siamak, no te rías. No tiene ninguna gracia.

—¡Ay, qué boda voy a prepararte! —le dije, abrazándolo. Aquella conversación me

estaba animando también a mí—. Bueno, chicos, ¿cómo os gustaría arreglar la casa?

—¿La casa? —dijo Siamak—. Como si fuera una casa de verdad...

—Pues claro que lo es. No importa lo grande que sea, sino cómo la decoremos. Hay

gente que se instala en un cobertizo o un húmedo sótano y lo arregla tan bien que parece

más bonito y acogedor que un palacio. El hogar refleja el estilo, el buen gusto y la personalidad de quienes lo habitan.

—Pero esto es demasiado pequeño.

—No, no lo es. Tenemos dos dormitorios y una sala de estar, y este

precioso jardín, al

que podemos sacarle mucho partido. Podríamos llenarlo de plantas y flores, pintar el estanque y tener peces de colores. Todas las tardes pondremos en marcha la fuente y nos

sentaremos aquí a disfrutar de ella. ¿Qué os parece?

El ánimo de mis hijos había cambiado. El entusiasmo había sustituido a la tristeza y el

mal humor de hacía sólo una hora y volvía a iluminar sus rostros. No podía desaprovechar

la oportunidad.

—Bueno, caballeros, en marcha. El dormitorio más grande es para vosotros,

arregladlo y decoradlo como queráis. La pintura nueva ha quedado muy bien, ¿verdad?

Chirin y yo compartiremos el pequeño. Vosotros ocupaos de los muebles más pesados, yo

me encargo de lo demás. Pondremos la mesa redonda y las sillas en el jardín, del cual, Masud, te ocuparás tú. Cuando nos hayamos instalado, pásate por él y toma nota de lo que necesites y de qué plantas y flores hemos de comprar. Y tú,

Siamak Jan, tienes que instalar la antena en el tejado y traer un cable de teléfono desde casa de la abuela. También tenéis que colgar las barras de las cortinas.

Por cierto, hemos de limpiar la cama de madera de casa de Bibi y traerla, pues quiero ponerla en el jardín.

Colocaremos una alfombra encima y, cuando haga mucho calor, dormiremos fuera. Será divertido, ¿no?

Los chicos se animaron a hacer sugerencias.

—En nuestro dormitorio deberíamos colgar otras cortinas —dijo Masud—. Las de la

otra casa eran demasiado gruesas y

oscuras.

—Tienes razón. Iremos juntos a escoger una tela con estampado floral, y os haré colchas a juego. Ya veréis como quedará una habitación elegante y luminosa.

Así que acabaron aceptando aquella casa y todos nos adaptamos a nuestra nueva vida.

Una semana más tarde estábamos casi instalados, y al cabo de un mes ya teníamos un jardín repleto de flores con un bonito estanque y cortinas preciosas en las habitaciones.

La señora Parvin se alegró mucho de que nos mudáramos, porque nuestra

nueva casa

le quedaba más cerca. La abuela de mis hijos también estaba contenta y aseguraba que ya

no tenía tanto miedo, pues cada vez que sonaba la sirena antiaérea y cortaban la electricidad, corríamos a su casa para que no estuviera sola. Los niños se habían adaptado

a las condiciones bélicas, que consideraban parte de su vida cotidiana. Durante los bombardeos y los ataques con misiles, si teníamos que permanecer a oscuras, Chirin cantaba, y nosotros la acompañábamos. Así todos nos distraíamos, excepto mi suegra, que

miraba fijamente el techo, horrorizada.

El señor Zargar venía a vernos con frecuencia y me traía trabajo. Nos habíamos hecho

buenos amigos; a menudo nos confiábamos el uno al otro y le pedía consejo sobre los niños. Él también se había quedado solo: al estallar la guerra, su mujer y su hija habían vuelto a Francia.

—Por cierto —me dijo un día—, recibí una carta del señor Shirzadi.

—¿Y qué cuenta? ¿Le va bien?

—Pues creo que no del todo. Me da la

impresión de que está triste y deprimido. Me temo que vivir lejos de su patria no le sienta bien. Últimamente escribe unos poemas desgarradores que parecen cartas desde el exilio. En mi última misiva, le dije: «Tiene usted suerte de estar allí y llevar una vida tranquila.» Y no se imagina lo que me contestó.

—¿Qué?

—A mí no me pasa como a usted: me cuesta mucho memorizar poesía. Pero me envió

un poema muy extenso y triste en que describía cómo se sentía en el extranjero.

—Tiene usted razón —dije—. No sobrevivirá a tanta tristeza y depresión.

Mi predicción se cumplió al cabo de poco tiempo, pues nuestro desconsolado amigo

encontró la paz eterna; una paz que seguramente nunca había experimentado en este mundo. Asistí al funeral que su familia celebró por él: lo elogiaron y expresaron su respeto por el difunto, pero siguieron sin mencionar su poesía, que había sido lo más importante

para el señor Shirzadi.

Zargar me puso en contacto con varias editoriales y empecé a trabajar para

ellas desde

casa, hasta que al final me encontró un empleo en una revista a cambio de un sueldo fijo,

no muy alto, pero que completaba con los trabajos que seguía haciendo por cuenta propia.

Matriculé a mis hijos en la escuela más cercana a casa, y al principio acudían tristes y

a disgusto por haberse separado de sus amigos. Sin embargo, al cabo de un mes ya casi nunca mencionaban su antiguo colegio. Siamak hizo nuevas amistades y Masud, que era

simpático y bueno, pronto se granjeó el cariño de todos. Chirin había cumplido tres años y

era una niña alegre y encantadora que bailaba, hablaba por los codos y jugaba con sus hermanos. La habría llevado a una guardería cercana, pero la señora Parvin no quiso ni oír

hablar de eso.

—¿Acaso te sobra el dinero? —me dijo —. Cuando no estás en la revista, estás en casa

tecleando, leyendo, escribiendo o cosiendo. ¿Y luego quieres regalar ese dinero que tanto

te cuesta ganar a esa gente? Ni hablar. No pienso permitirlo. ¡Como si yo no existiera!

Poco a poco me acostumbré a mi nueva existencia. Aunque todavía estábamos en guerra y las noticias eran aterradoras, me hallaba tan absorta en la vida que sólo tomaba

plena conciencia de la contienda cuando las sirenas antiaéreas aullaban. Y ni siquiera entonces me preocupaba demasiado, siempre que estuviéramos todos juntos: pensaba que

la mejor forma de morir sería juntos en el mismo sitio.

Por suerte, los chicos todavía no tenían edad para el servicio militar, y para cuando la

tuvieran, seguro que el conflicto habría terminado. Al fin y al cabo, ¿cuántos años más podía prolongarse? Y, afortunadamente, mis hijos no eran de esos que soñaban con ir al frente.

Empezaba a creer que había superado las dificultades y que podría llevar una vida normal y criar a los niños en un ambiente relativamente tranquilo.

Transcurrieron varios meses. El gobierno seguía arremetiendo contra los disidentes y grupos opositores, y los asesinatos estaban a la orden del día.

Los activistas políticos pasaron a la clandestinidad, los líderes de varias organizaciones huyeron del país; como la guerra no acababa, comencé

a preocuparme de nuevo por el futuro de mis hijos, a quienes no dejaba de vigilar.

Parecía que mis charlas, junto con los sucesos recientes, habían surtido efecto y Siamak ya no tenía mucha relación con sus amigos muyahidines, o eso creía yo.

A medida

que se acercaba la primavera, mis temores fueron remitiendo. Los chicos estaban

ocupados preparando los exámenes finales; empecé a insinuarles que tenían que

prepararse también para las pruebas de acceso a la universidad. Quería que se enfrascaran

tanto en los estudios que no tuvieran tiempo de pensar en nada más.

Una noche de primavera, mientras mecanografiaba un texto que había corregido —

Chirin ya dormía, pero la luz de la habitación de sus hermanos todavía estaba encendida

—, sonó el timbre de la puerta y a continuación llamaron con los nudillos. Se me heló la

sangre. Siamak se precipitó fuera de su habitación y nos miramos horrorizados. Masud salió también, adormilado. Los golpes no cesaban. Fuimos los tres hacia la puerta, pero luego los aparté y entreabrí sólo una rendija. Entonces alguien empujó la puerta, abriéndola de par en par, me puso delante una hoja de papel, me apartó de un empujón e

irrumpieron varios miembros de la Guardia Revolucionaria. Siamak echó a correr hacia casa de su abuela, perseguido por dos guardias, que lo

alcanzaron y tumbaron en el suelo,
en medio del jardín.

—¡Dejadlo en paz! —grité. Corrí hacia él, pero una mano me retuvo con firmeza —.

¿Qué pasa? ¿Qué ha hecho? —chillaba yo.

—Ponle el chador a tu madre —ordenó a Masud uno de los guardias, que parecía

mayor.

No conseguía tranquilizarme. Veía la silueta de Siamak, que estaba sentado en

el jardín. Dios mío, ¿qué le harían a mi querido hijo? Imaginé que lo torturaban, me puse a

gritar y me desmayé. Cuando recobré el conocimiento, Masud me echaba agua en la cara

mientras los guardias se llevaban a mi hijo mayor.

—¡No os lo llevéis! —les grité, corriendo tras ellos—. ¿Adónde lo lleváis?

¡Decídmelo!

—A la cárcel de Evin —me susurró el mayor de los guardias para que no lo

oyeran

sus compañeros, mirándome con gesto compasivo—. No se preocupe, no le harán daño.

Venga la semana que viene y pregunte por Ezatolá Haj-Hoseini. Yo mismo le informaré.

—Mátenme a mí, pero no hagan daño a mi hijo, por favor —supliqué—. ¡Por amor de

Dios, por sus hijos!

El guardia negó con la cabeza, contrito, y se marchó. Masud y yo corrimos tras ellos

hasta el final de la calle, mientras los vecinos nos miraban tras las cortinas. Cuando el vehículo de la Guardia Revolucionaria dobló la esquina, me derrumbé en la calzada.

Masud me llevó a casa. Yo sólo veía la cara de Siamak, pálida, y sus ojos aterrorizados, y

lo oía gritar con voz trémula: «¡Mamá! ¡Por amor de Dios, haz algo, mamá!»
Sufrí convulsiones toda la noche.

Siamak apenas tenía diecisiete años, ¿qué crimen había cometido? ¿Vender clandestinamente el periódico de los muyahidines? Hacía tiempo que

ya no mantenía contacto regular con

ellos. ¿Por qué se lo habían llevado?

Por la mañana

no sé de dónde saqué fuerzas para levantarme. No podía acudir a nadie en busca de ayuda, pero tampoco quedarme de brazos cruzados viendo cómo destrozaban el futuro de mi hijo.

Mi vida parecía una serie de reposiciones televisivas, sólo que cada vez los sucesos variaban ligeramente y cada vez los sobrellevaba peor. Me vestí. Masud, aún sin desvestir,

dormía en el sofá.

—No quiero que vayas a la escuela. Espera aquí a la señora Parvin y dile

que se lleve

a Chirin. Y llama a tu tía Fati y cuéntale lo ocurrido —le dije, despertándolo con suavidad.

—¿Adónde vas tan temprano? — preguntó, todavía adormilado—. ¿Qué hora es?

—Son las cinco. Voy a casa de Mahmud. Quiero hablar con él antes de que se marche

al trabajo.

—¡No, mamá! No vayas.

—No tengo alternativa. La vida de tu

hermano está en juego, y Mahmud conoce a mucha gente. No sé cómo, pero he de conseguir que me lleve a ver al tío de Ehteram-Sadat.

—No, mamá. Por amor de Dios, no vayas. No te ayudará. ¿Acaso ya no te acuerdas?

—No, hijo mío, me acuerdo. Pero ahora es diferente. Hamid era un extraño para él, pero Siamak es su sobrino, lleva su misma sangre.

—No, mamá, no sabes...

—¿Qué no sé? ¿De qué me estás hablando?

—No quería decírtelo, pero ayer por la tarde vi a uno de esos guardias revolucionarios

en la esquina.

—¿Y?

—No iba solo. Hablaba con el tío Mahmud y ambos miraban nuestra casa.

Todo me dio vueltas. ¿Había traicionado mi hermano a Siamak? ¿A su propio sobrino?

No podía creerlo. Salí corriendo, cogí el coche, fui a casa de Mahmud y me puse a golpear

su puerta con todas mis fuerzas. Golam-Hosein y Mahmud abrieron, asustados. Golam-Alí

se había alistado en el ejército y llevaba un tiempo en el frente. Mi hermano todavía llevaba la ropa de estar por casa.

—¡Sinvergüenza! ¿Has llevado a la Guardia Revolucionaria a mi casa? —le grité—.

¿Has hecho detener a mi hijo?

Mi hermano me miró fríamente.

Esperaba que lo negara, que se enfadara, que se

sintiera ofendido por mis acusaciones.

—Bueno, tu hijo es un muyahidín, ¿no?

—repuso.

—¡No! Mi hijo es demasiado joven para tomar partido. Nunca ha sido miembro de

ninguna organización.

—Eso es lo que tú crees, hermana.

Siempre metes la cabeza debajo del ala.

Yo mismo

lo vi vendiendo periódicos en la calle.

—¿Sólo eso? ¿Lo has mandado a la cárcel por eso?

—Era un deber religioso. ¿Acaso no te has enterado de las traiciones y los asesinatos

que están cometiendo? No voy a comprometer mi fe y mi vida eterna por tu hijo. Habría

hecho lo mismo si se hubiera tratado de un hijo mío.

—Pero Siamak es inocente. ¡No forma parte de los muyahidines!

—Eso no es asunto mío. Mi deber era informar a las autoridades. El resto es

competencia del Tribunal Islámico de Justicia. Si es inocente, lo soltarán.

—¿Y ya está? ¿Y qué ocurrirá si se equivocan? ¿Y si mi hijo muere por error?

¿Podrías vivir con ese cargo de conciencia?

—¿Por qué tendría que preocuparme? Si se equivocan, la culpa será suya. Y aun así,

no sería tan grave: lo considerarían un mártir, iría al cielo y su espíritu me estaría eternamente agradecido por haberlo salvado de un destino como el de su padre. Los muyahidines son traidores a la patria y la religión.

—¿No existe peor traidor a su religión y

su país que tú! —le grité,
manteniéndome en

pie sólo por la ira que sentía—. Tú y
quienes son como tú estáis destruyendo
el islam.

¿Cuándo emitió el ayatolá esas fetuas?
Serías capaz de cometer el acto más vil
en tu propio provecho y justificarlo con
tu fe y tu religión.

Le escupí en la cara y me marché. Tenía
una fuerte jaqueca y tuve que pararme
dos

veces para vomitar en el bordillo, sólo
bilis. Fui a casa de mi madre. Allí estaba
a punto de salir hacia el trabajo.

Agarrándolo de un brazo, le supliqué que me ayudara, que buscara a

algún conocido con influencias, que pidiera ayuda a su suegro.

—Hermana, te juro que estoy desconsolado. Siamak creció en mis brazos. Yo lo

quería... —dijo, negando con la cabeza.

—¿Que lo querías? —chillé—. ¡Hablas como si ya estuviera muerto!

—No, no he querido decir eso, sino que nadie hará nada por él, nadie puede hacer nada. Ahora que le han colocado la etiqueta de muyahidín, le darán la

espalda, porque esos bellacos han cometido muchos crímenes. ¿No lo entiendes?

Fui a la habitación de mi madre, me arrojé al suelo y me golpeé la cabeza, gimiendo:

—¡Mira a tus queridos hijos, dispuestos a matar a su sobrino, un muchacho de

diecisiete años! ¡Y dices que no me tome las cosas tan a pecho, que llevamos la misma sangre!

Entonces llegó Fati con Sadeg Aga y su hijo. Me levantaron del suelo y me ayudaron

a volver a casa. Mi hermana no paraba de llorar y mi cuñado se mordisqueaba el bigote.

—Estoy preocupada por Sadeg —me susurró Fati—. ¿Y si a él también lo acusan de

ser muyahidín? Ha discutido varias veces de política con Mahmud y Alí.

—Sadeg Aga, llévame a Evin —supliqué llorando—. Quizá nos den alguna

información.

Fuimos a la cárcel de Evin, pero no sirvió de nada: pregunté por Ezatolá

Haj-Hoseini, pero me dijeron que ese día no estaría allí.

Volvimos a casa desanimados y aturcidos. Fati y la señora Parvin intentaron en vano obligarme a comer algo. No podía dejar de preguntarme qué habría comido Siamak, y lloraba desconsoladamente, sin saber qué hacer ni a quién acudir.

—¡Mabubeh! —exclamó de repente mi hermana.

—¿Mabubeh?

—¡Sí! ¡Nuestra prima Mabubeh! Su suegro es clérigo. Dicen que es un hombre

importante, y según nuestra tía es muy bueno y honrado.

—¡Es verdad! —exclamé, como un náufrago que se aferra a un tablón a la deriva, viendo brillar un rayito de esperanza. Me levanté.

—¿Adónde vas? —me preguntó Fati.

—Tengo que ir a Qum.

—Espera. Sadeg y yo te acompañaremos. Iremos los tres juntos, mañana.

—¡Mañana puede ser demasiado tarde! Iré sola.

—¡No puedes ir sola!

—¿Por qué no? Sé dónde vive nuestra tía. No ha cambiado de dirección, ¿verdad?

—No, pero sola no puedes ir.

—No iré sola —terció Masud, y empezó a vestirse—. Iré con mi madre.

—Tú debes ir a la escuela. Hoy ya te has saltado las clases.

—¿Cómo voy a pensar en la escuela en estas circunstancias? No permitiré que vayas

sola, y punto. Ahora soy el hombre de la

casa.

Dejamos a Chirin con la señora Parvin y nos fuimos. Masud cuidaba de mí como si fuera

una niña pequeña. En el autobús intentó sentarse muy erguido para que pudiera descansar

la cabeza en su hombro y dormir. Me dio unas galletas y me obligó a beber agua. Cuando

llegamos a Qum, me apoyé en él para caminar y buscó un taxi. Llegamos a casa de mi tía

ya de noche.

—¡Que Dios se apiade de nosotros!
¿Qué ha pasado? —exclamó ella, muy
sorprendida al vernos allí a aquellas
horas.

—Ayúdame, tía —sollocé—. Estoy a
punto de perder también a mi hijo.

Al cabo de media hora llegaron mi
prima Mabubeh y su marido, Mohsen.
Mabubeh

había engordado un poco, pero seguía
siendo una mujer joven y risueña. Su
marido era atractivo, y parecía
inteligente y cariñoso. Era evidente que
se querían mucho. Sin dejar de sollozar,
les expliqué lo sucedido.

—Es imposible que lo detengan basándose en pruebas tan endebles — dijo Mohsen,

consolándome y tratando de tranquilizarme. Prometió llevarme a ver a su padre al día

siguiente y hacer cuanto pudiera por mí.

Al final me calmé un poco. Mi tía me obligó a cenar algo ligero, Mabubeh me dio un

sedante, y por fin, después de veinticuatro horas, conseguí conciliar el sueño.

El suegro de Mabubeh era un hombre

amable y compasivo. Mi historia lo conmovió e

intentó darme ánimos. Hizo unas cuantas llamadas, apuntó varios nombres y escribió algunas notas, que le tendió a Mohsen pidiéndole que me acompañara a Teherán. Por el camino, yo rezaba sin cesar y suplicaba a Dios. Nada más llegar a casa, Mohsen se puso

en contacto con diferentes personas hasta lograr una cita en la cárcel de Evin para el día

siguiente.

En Evin, el alcaide, tras intercambiar cumplidos con Mohsen, declaró:

—Es simpatizante de los muyahidines, pero hasta la fecha no han encontrado pruebas

fiables y vinculantes contra él. Lo liberaremos en cuanto hayamos cumplido los

procedimientos legales de rigor. —Y le pidió a Mohsen que diera recuerdos a su padre.

Las palabras del alcaide me mantuvieron en pie durante diez meses, diez meses

oscuros y dolorosos. Todas las noches soñaba con Siamak. Lo veía colgado de las piernas

y recibiendo brutales latigazos en la planta de los pies. Siempre me despertaba gritando en plena noche.

Creo que fue una semana después de la detención de Siamak cuando reparé en mi imagen en el espejo: estaba vieja, horrible, delgada y demacrada. Lo que más me sorprendió fue el mechón canoso que de pronto me salió en el lado derecho de la cabeza.

Tras la ejecución de Hamid, me había encontrado algunas canas, pero aquello era nuevo.

Estaba en contacto constante con Mabubeh y, a través de ella, con su marido y su suegro. Fui a una reunión en

la cárcel de Evin organizada para los padres de los reclusos.

Pregunté por Siamak.

—No se preocupe, señora. Lo liberarán
—me dijo el funcionario de la cárcel,
que conocía bien a mi hijo.

Sentí una inmensa alegría, hasta que recordé lo dicho por otra madre en la reunión:

«Cuando dicen “lo liberarán” significa que lo liberarán de la vida.»

Los vaivenes entre el miedo y la esperanza estaban acabando conmigo.
Intentaba

concentrarme en mi trabajo a fin de tener menos tiempo para pensar.

Los rumores de que volverían a abrir las universidades resultaron ciertos y fui a matricularme en las pocas asignaturas que me quedaban, con vistas a cumplir, por fin, el

objetivo por el que tanto había luchado.

—No reúne los requisitos para matricularse —me dijo con frialdad el funcionario de

admisiones, frunciendo el ceño.

—Pero ¡si ya estaba matriculada! —protesté—. Sólo me quedan esas

asignaturas para

licenciarme. De hecho, ya las he cursado, sólo tengo que pasar los exámenes finales.

—No. Ha sido usted rechazada.

—Pero ¿por qué?

—¿Acaso no lo sabe? —inquirió con una sonrisita de suficiencia—. Es usted la viuda

de un comunista al que ejecutaron y la madre de un traidor y un disidente.

—Pues sí, y estoy orgullosa de ambos
—repliqué furiosa.

—Puede estar tan orgullosa como quiera, pero no puede asistir a clase ni licenciarse

por esta universidad islámica.

—¿Puede siquiera imaginarse cómo tuve que trabajar para conseguir la licenciatura?

Si no hubieran cerrado las universidades, hace años que habría obtenido el título.

El hombre se encogió de hombros.
Hablé con otros funcionarios, en vano.
Me marché

derrotada. Mis esfuerzos de nada habían

servido.

Brillaba el débil sol de finales de febrero. El frío intenso del invierno había remitido y en el aire flotaba el fresco aroma primaveral. Sadeg Jan había llevado mi coche al taller, así que me encaminé a pie al trabajo. Estaba deprimida y procuraba mantenerme ocupada.

Hacia las dos de la tarde, Fati me llamó.

—Cuando salgas de trabajar ven a casa. Sadeg ya ha recogido el coche del taller y pasará a buscar a los niños.

—No estoy de humor. Gracias, pero iré directamente a mi casa.

—No; tienes que venir —insistió mi hermana—. Necesito hablar contigo.

—¿Ha pasado algo?

—No. Ha telefonado Mabubeh; están en Teherán. Les he dicho que vengan a mi

casa. Quizá sepan algo.

Nada más colgar, me asaltaron las preocupaciones. Fati estaba un poco rara. Traté de

trabajar en un nuevo proyecto que acababan de dejarme sobre la mesa, pero no podía concentrarme. Llamé a mi casa y le dije a la señora Parvin:

—Prepare a Chirin. Sadeg Aga pasará a recogerla.

—Ya está aquí —repuso ella riendo—. Estaba esperando a Masud, que acaba de

entrar. Van a casa de Fati. ¿Cuándo irás tú?

—Cuando acabe de trabajar —respondí. Y añadí—: Dígame la verdad: ¿ha pasado

algo?

—¡No lo sé! Si hubiera pasado algo, Sadeg me lo habría dicho. Querida mía, no sufras

tanto sin motivo. Te vas a consumir.

En cuanto hube entregado el trabajo, salí de la oficina y fui en taxi a casa de Fati.

Cuando mi hermana me abrió la puerta, la miré con recelo.

—Hola —me saludó—. ¿Por qué me miras así?

—Dime la verdad, Fati. ¿Qué ha pasado?

—¿Qué quieres decir? ¿Tiene que pasar algo para que vengas a visitarnos?

Firuzeh llegó hasta mí bailoteando y se me echó en los brazos. Chirin también

vino corriendo. Miré a Masud, que estaba sereno y pensativo.

—¿Qué está pasando? —le susurré al entrar.

—No lo sé. Acabamos de llegar. Están muy raros. No paran de decirse cosas al oído.

—¡Fati! —grité—. ¿Qué ha pasado? Haz el favor de decírmelo. ¡Me estoy volviendo

loca!

—Tranquilízate, por amor de Dios. Sea lo que sea, tienen que ser buenas noticias.

—¿Tiene que ver con Siamak?

—Sí, dicen que lo liberarán por Año Nuevo.

—Quizá incluso antes —terció Sadeg Aga.

—¿Quién lo ha dicho? ¿Cómo os habéis enterado?

—Cálmate —me pidió Fati—. Siéntate, te traeré un poco de té.

Masud me cogió una mano. Sadeg Aga reía y jugaba con los niños.

—Por amor de Dios, Sadeg Aga, dime exactamente lo que sabes.

—La verdad es que no es mucho. Fati está más informada que yo.

—¿Cómo se ha enterado? ¿Se lo ha dicho Mabubeh?

—Sí, creo que ha hablado con vuestra prima.

Fati entró con la bandeja del té y Firuzeh dio un salto, sujetando un plato de pastas.

—Fati, te lo ruego por tus hijos, siéntate y cuéntame qué te ha dicho Mabubeh.

—Me ha dicho: «Ya está, muy pronto liberarán a Siamak.»

—¿Qué quiere decir «muy pronto»?

—Quizá esta semana.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Crees que será verdad?

Me recosté en el sofá. Fati lo tenía todo pensado: me acercó rápidamente un frasco de

gotas de nitroglicerina y un vaso de agua. Me tomé la medicina y esperé a que me hiciera

efecto. Entonces me levanté, dispuesta a marcharme a casa.

—¿Adónde vas? —preguntó mi

hermana.

—He de organizar la habitación de mi hijo: si vuelve a casa mañana, quiero que lo encuentre todo limpio y ordenado. Tengo un montón de cosas que hacer.

—Siéntate —me ordenó—. ¿Por qué nunca puedes estarte quieta? Te diré la verdad:

Mabubeh me ha dicho que Siamak podría regresar esta misma noche.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, sentándome de nuevo.

—Mabubeh y Mohsen han ido a Evin,

por si lo liberan hoy. Tienes que controlarte.

Podrían llegar en cualquier momento. Debes estar tranquila.

Pero yo estaba nerviosa e impaciente, y a cada momento preguntaba «¿Qué ha pasado? ¿Cuándo vendrán?», hasta que de repente oí gritar a Masud el nombre de su hermano y vi entrar a mi hijo.

La alegría y la emoción que sentí me desbordaron el corazón, que parecía a punto de

explotar. Abracé con fuerza a Siamak, que estaba más delgado y más alto. Me

costaba respirar y alguien me echó agua en la cara. Volví a abrazar a mi hijo. Le toqué la cara, los ojos, las manos. ¿De verdad era mi querido Siamak?

Masud abrazaba una y otra vez a su hermano sin dejar de llorar. Era increíble que aquel chico tan bueno y tranquilo, que había cargado con las responsabilidades de la vida

con valor y que me había dado esperanzas, hubiera guardado en su interior tantas lágrimas

durante tanto tiempo.

Riendo y emocionada, Chirin, que al principio se había mostrado un poco

reticente, se

lanzó a los brazos de su hermano mayor.

Pasamos una noche de felicidad, júbilo y delirio indescriptibles.

—Enséñame los pies —le pedí a mi hijo.

—¡No digas tonterías, mamá! —exclamó Siamak, riendo.

La primera persona a quien llamé fue al suegro de Mabubeh; entre sollozos le di las

gracias, colmándolo de palabras cariñosas.

—No he hecho nada del otro mundo —
me dijo.

—Claro que sí. Me ha devuelto a mi
hijo.

Los dos días siguientes fueron un frenesí
de visitas familiares. Mansureh y
Manijeh vigilaban mucho a su madre,
cada vez más frágil, olvidadiza y
confundida, hasta el punto

de que creía que Siamak era Hamid.

Yo le había hecho tantas promesas a
Dios que no sabía por dónde empezar.
Dejé todo

lo que tenía pendiente y los cuatro

fuimos en peregrinación al sepulcro del imán Reza, en

Mashad. Desde allí nos dirigimos a Qum a darles las gracias a Mabubeh, su marido y su

suegro, mi ángel salvador.

Fueron días dulces y felices. Volvía a sentirme viva. Con mis hijos a mi lado, nada podía apenarme.

Siamak estaba a punto de cumplir los dieciocho. Había perdido un curso escolar, pero, como lo había matriculado en la escuela un año antes de lo que le correspondía, no iba atrasado. Tenía que matricularse, pero,

dado su historial, no lo aceptarían. Yo siempre había abrigado esperanzas de que mis hijos cursaran estudios superiores, pero ahora tenía

que aceptar que Siamak ni siquiera obtendría el diploma escolar.

No poder terminar los estudios fue un duro golpe para él, que estaba muy nervioso.

No era prudente que se pasara todo el día en casa sin hacer nada y sin llevar una vida ordenada, sobre todo porque algunos de sus viejos amigos habían empezado a visitarlo

otra vez. Aunque Siamak no parecía muy

interesado en ellos, su presencia me inquietaba.

Mi hijo decidió buscar empleo.

Consciente de cuánto tenía que trabajar yo y de la austeridad con que organizaba nuestras vidas, quería ayudarme. Pero ¿a qué trabajo podía

aspirar? No tenía estudios ni capital para un pequeño negocio. Además, la guerra contra Iraq no sólo proseguía, sino que cada vez la teníamos más cerca. Yo lidiaba continuamente

con esos pensamientos y preocupaciones, y un día que Mansureh vino a verme, compartí

con ella mis desvelos.

—Pues mira, justo por eso he venido —
me dijo—. Siamak debe terminar los
estudios.

Todos los miembros de la última
generación de nuestra familia han ido a
la universidad.

Es inaceptable que él ni siquiera tenga
el diploma escolar.

—Ya pregunté: puede ir a clases
nocturnas y presentarse al examen por
libre. Pero dice que quiere trabajar, que
si no puede ir a la universidad, el
diploma escolar de nada le sirve. Con
diploma o sin él, tendrá que trabajar, y

más vale que empiece cuanto antes.

—Mira, Masum, tengo otros planes. No sé qué te parecerán, pero que quede entre nosotras, por favor.

—¡Por supuesto! —exclamé sorprendida—. ¿De qué se trata?

—Ya sabes que mi Ardeshir terminó la escuela secundaria el año pasado. Ahora tiene

que cumplir el servicio militar y esta guerra parece interminable. No pienso permitir bajo

ningún concepto que lo envíen al frente. Además, como ya sabes, siempre ha sido un poco

cobarde: está tan aterrorizado que si no lo mata una bala lo matará el miedo. Hemos decidido enviarlo fuera del país.

—¿Enviarlo fuera? Pero ¿cómo? Los jóvenes en edad de prestar el servicio militar tienen prohibido salir.

—Ése es el problema. Deberá cruzar la frontera ilegalmente. Hemos encontrado a una

persona que cobra un cuarto de millón de tumanes por pasarlo al otro lado. Se me ha ocurrido que podríamos enviarlos juntos, así cuidarán el uno del otro. ¿Qué te parece?

—No es mala idea. Pero no me resultará

fácil reunir ese dinero.

—Por eso no te preocupes, que si no te llega te ayudaremos. Pero es muy importante

que vayan juntos. Siamak puede cuidar de sí mismo, pero Ardeshir necesitará ayuda. Si sabe que no estará solo, es más fácil que acepte. No tendrá tanto miedo.

—Pero ¿adónde irían?

—Pueden ir a muchos sitios. Numerosos países aceptan refugiados. Recibirán un

estipendio un tiempo y luego podrán seguir estudiando. Pero, dime, ¿qué te

preocupa, el

dinero?

—No. Si es por el bien de mi hijo, venderé cuanto tengo y pediré prestado. Pero necesito estar segura de que es por su bien. Dame una semana para pensarlo y hablarlo con

él.

Pasé dos días dándole vueltas al asunto. ¿Era prudente dejar a un chico de la edad de

Siamak en manos de un pasador? ¿No era muy peligroso cruzar ilegalmente la frontera?

Mi hijo tendría que vivir solo en otro país. Si requería ayuda, ¿a quién acudiría?

Necesitaba que alguien me aconsejara, así que le expliqué la situación a Sadeg Aga, en privado.

—No sé qué decirte, la verdad —
reconoció—. Todo tiene riesgos y ésta
es una

operación peligrosa. No sé cómo será la vida en Occidente, pero conozco a muchas personas que últimamente solicitaron asilo en diferentes países; a algunos los repatriaron.

Al día siguiente, aprovechando que el

señor Zargar iba a traerme unos encargos de trabajo, pensé en pedirle consejo, pues él había estudiado en una universidad de Occidente.

—Yo no tengo experiencia en cruzar ilegalmente la frontera, desde luego, y no sé hasta qué punto será peligroso — me dijo—. Pero cada vez hay más gente que corre el riesgo. Si aceptan a Siamak como refugiado, y por su condición de ex preso político es muy probable que lo acepten, no tendrá dificultades económicas, y si se lo propone podrá

procurarse una educación excelente. El único problema es la soledad del exilio. Muchos jóvenes de su edad se deprimen

y sufren problemas emocionales, y no sólo fracasan en los

estudios, sino que no pueden llevar una vida normal. No quiero asustarla, pero el índice de suicidios es muy alto entre ellos. Envíelo sólo si conoce a alguien allí en quien confíe plenamente y que, hasta cierto punto, pueda ocupar el lugar materno y vigilarlo.

La única persona a quien conocía en el extranjero y en quien confiaba ciegamente era

Parvaneh. Fui a casa de Mansureh para telefonar a mi amiga desde allí, pues temía que el

teléfono de mi casa estuviera intervenido. Tras explicarle la situación, mi amiga me dijo:

—No lo dudes: hazlo. No te imaginas lo preocupada que estaba por él. Envíalo por los

medios que sea, y te prometo que cuidaré de él como si fuera mi hijo.

Su entusiasta sinceridad alivió mis temores, y decidí que era el momento de hablar con Siamak. ¿Cómo reaccionaría?

Chirin dormía. Abrí con cuidado la puerta del dormitorio de los chicos y entré.

Siamak, tumbado en su cama, miraba el techo, mientras Masud estudiaba en su escritorio.

—Quiero hablar con vosotros —les dije, sentándome en la cama del pequeño.

Siamak dio un respingo.

—¿Qué pasa? —preguntó Masud, volviéndose hacia mí.

—Nada, no pasa nada. Pero he estado pensando en el futuro de Siamak y hemos de tomar una decisión.

—¿Qué decisión? —repuso Siamak con sarcasmo—. ¿Acaso tenemos derecho a

tomar

decisiones? Lo único que podemos hacer es acatar lo que nos impongan.

—No, hijo mío, no siempre es así. Llevo toda la semana dándole vueltas a la idea de

mandarte a Europa.

—¡Qué ilusa eres, mamá! ¿De dónde sacarás el dinero? ¿Sabes cuánto costaría? Como

mínimo doscientos mil tumanes para el pasador y otros tantos para subsistir hasta que me concedieran asilo.

—¡Bravo! ¡Qué precisión! —exclamé
—. ¿Cómo lo sabes?

—Bueno, lo tengo muy estudiado.
¿Sabes cuántos de mis amigos han salido
ya del país?

—No. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Decirte qué? Sabía que no podrías
pagarlo y que además te entristecerías
mucho.

—El dinero no importa. Si es por tu
bien, lo conseguiré. Lo que tienes que
decirme es

si quieres ir o no.

—¡Claro que quiero!

—¿Y qué harás allí?

—Estudiar. Aquí no me dejarán ir a la universidad. En este país no tengo futuro.

—¿No crees que nos echarás de menos?

—Claro, mucho. Pero ¿cuánto tiempo puedo seguir aquí sentado viendo cómo tecleas

y cosas?

—Tendrás que salir ilegalmente del país. Es muy peligroso. ¿Estás dispuesto a correr

el riesgo?

—No es mayor que el que correría si hiciera el servicio militar y me enviaran al frente, ¿no?

Mi hijo tenía razón. Al cabo de un año lo reclutarían, y la guerra no tenía visos de acabar.

—Pero hay unas cuantas condiciones; tienes que prometerme que las cumplirás.

—De acuerdo. ¿Qué condiciones son?

—Primero, prometerme que no te acercarás a los grupos y las organizaciones políticas

iraníes. No puedes mantener ninguna relación con ellos. Segundo, estudiarás hasta sacarte

el título más elevado que puedas obtener y te convertirás en un hombre instruido y respetable. Y tercero, no te olvidarás de nosotros y, siempre que puedas, ayudarás a tus hermanos.

—Eso no hace falta que te lo prometa, porque es justo lo que pienso hacer.

—Es fácil decirlo, pero también olvidarlo.

—¿Cómo voy a olvidarme de vosotros tres? Sois mi vida. Espero poder compensarte

algún día por todo el amor que me has dado y todo lo que has trabajado. Mamá, estudiaré

y me mantendré al margen de la política. La verdad es que estoy harto de facciones y grupos políticos.

Pasamos horas hablando de cómo saldría del país y cómo reuniríamos el dinero. Mi hijo volvía a estar vivo: emocionado y esperanzado y, al tiempo, preocupado y nervioso.

Vendí dos alfombras y las pocas joyas de oro que me quedaban, incluso mi alianza y la pulserita de oro de Chirin. Luego pedí prestado algo de dinero a la señora Parvin. Aun así, no me llegaba.

El señor Zargar, que siempre velaba por mí y entendía mis problemas incluso antes de que se los contara, se presentó un día con cincuenta mil tumanes en concepto de pagos atrasados.

—Pero ¡si no me debía tanto! — exclamé.

—Es que he añadido un poco.

—¿Cuánto? Necesito saber lo que le debo.

—No mucho. Lo anotaré y se lo descontaré de sus sueldos futuros.

Al cabo de una semana le entregué a Mansureh doscientos cincuenta mil

tumanes y le

anuncié que estábamos preparados.

—¿De dónde has sacado el dinero? —
me preguntó sorprendida—. Yo había
apartado

cien mil tumanes para ti.

—Gracias, pero no los necesito.

—¿Y el dinero para los meses que
estarán en Pakistán? ¿También puedes
cubrirlo?

—No, pero lo buscaré.

—No busques nada. Ese dinero está

aquí y es para ti.

—De acuerdo. Pero te lo devolveré.

—No hace falta —aseguró ella—. Este dinero es tuyo, es la parte de tus hijos. Si Hamid hubiera muerto una semana más tarde, te habría correspondido la mitad de esta casa y del resto de la herencia.

—Si Hamid no hubiera muerto, tu padre todavía estaría vivo.

Contactar con el pasador, un joven flaco de tez oscura vestido con el traje tradicional

de su provincia, fue una odisea. Su

nombre en clave era «Señora Mahin», y sólo se ponía

al teléfono si preguntaban por ella.

Explicó que los chicos tenían que estar preparados para partir hacia Zahedan, una ciudad del sudeste de Irán, en cualquier momento. Prometió que

con ayuda de unos amigos suyos les haría cruzar la frontera con Pakistán y los entregaría a los funcionarios de Naciones Unidas de Islamabad.

Comentó que los vestiría con piel de

borrego y pasarían la frontera escondidos entre un rebaño de ovejas.

Aunque estaba muerta de miedo,

intentaba disimular delante de Siamak.
Él era

intrépido y tenía espíritu aventurero, así que, más que asustarlo, todo aquello lo emocionaba.

La noche que recibimos la orden del pasador, los chicos se dirigieron a Zahedan con Bahman, el marido de Mansureh. Al despedirme de Siamak, sentí como si me amputaran

un brazo o una pierna. ¿Sería lo mejor para mi hijo? Me debatía entre la tristeza por la separación y el espanto por el peligro a que se exponía Siamak. Esa noche no me levanté

de mi alfombrilla de oración; la pasé rezando, llorando y poniendo a mi hijo en manos de

Dios.

Vivimos tres días de miedo y ansiedad, hasta que nos informaron de que los chicos habían cruzado la frontera. Diez días después hablé con Siamak, cuya voz me llegó triste y

distante: ya estaba en Islamabad.

Ahora me esperaba el dolor de la separación. Masud echaba de menos a su hermano y

oírme llorar por las noches lo deprimía

aún más. Mansureh estaba peor que yo: no se había

separado de su hijo ni un solo día y estaba desconsolada. Yo le decía (y, de paso, a mí misma):

—¡Tienes que ser fuerte! Hoy en día, para salvar a nuestros hijos y ofrecerles un futuro, las madres tenemos que soportar el dolor de su ausencia. Es el precio que hemos de

pagar; si no, no podríamos considerarnos buenas madres.

Cuatro meses más tarde, Parvaneh me llamó desde Alemania y le pasó el teléfono a Siamak. Me puse a chillar de

alegría. ¡Mi hijo había llegado!
Parvaneh me aseguró que cuidaría de él,
pero debía vivir aún unos meses en un
campamento de refugiados. A diferencia
de otros, que no hacían nada para
aprovechar el tiempo, Siamak estudió
alemán

y no tardaron en aceptarlo en una
escuela y, más adelante, en la
universidad. Estudió Ingeniería
mecánica y no olvidó sus promesas.

Siamak pasaba los festivos con la
familia de mi amiga, que me mantenía
informada de

sus progresos. ¡Qué contenta y orgullosa
me sentía! Ahora había cumplido con

una tercera

parte de mi obligación. Trabajaba mucho, de modo que poco a poco saldé mis deudas.

Masud cuidaba de mí y compartía mis responsabilidades. Además de estudiar,

desempeñaba el papel de cabeza de familia, y con su amor inquebrantable me daba felicidad y esperanza. Y Chirin, con sus ganas de jugar, sus bromas y zalamerías, llenaba

nuestro hogar de júbilo y optimismo. Había encontrado la paz, aunque fuera pasajera. No

obstante, en el horizonte seguía habiendo problemas y preocupaciones, y la ruinoso guerra

contra Iraq parecía eterna.

En aquella época en que yo había recuperado cierta alegría, un día el señor Zargar, solemne y con los ojos fijos en la mesita del salón, me propuso matrimonio. Yo sabía que

su esposa francesa y su hija llevaban años fuera de Irán, pero ignoraba que se hubiera divorciado. Era un hombre sensato e instruido, y un buen partido en todos los sentidos. La

vida con él podría solventar muchas de

mis necesidades, tanto emocionales como

materiales. Y no me resultaba indiferente. Siempre me había sido simpático, lo había admirado como hombre, amigo y compañero y no me costaba abrirle mi corazón. Quizá

podría ofrecerme el amor y el cariño que Hamid nunca había sabido darme.

Tras la muerte de mi marido, fue el tercer hombre que me propuso matrimonio. A los

dos primeros los rechacé sin vacilar, pero con Zargar no sabía qué hacer. Casarme con él

parecía lo más conveniente, tanto desde el punto de vista práctico como emocional, pero

últimamente me había fijado en que Masud me observaba con atención y tenía los nervios

a flor de piel.

—Mamá, no necesitamos a nadie, ¿verdad? —me soltó un día, sin más preámbulos—.

Si te hace falta algo, dímelo y te lo conseguiré. Y dile al señor Zargar que no venga a verte

tan a menudo. No lo soporto.

Así que comprendí que no debía alterar aquella paz tan reciente ni desviar la atención

de mis hijos. Creía que mi obligación era dedicarme por completo a ellos, y que yo misma,

y no un extraño, tenía que llenar el vacío dejado por su padre. La presencia de Zargar en

mi vida quizá me conviniera, pero era evidente que haría que mis hijos, sobre todo los varones, se sintieran violentos y desdichados.

Días más tarde me disculpé lo mejor que supe y rechacé su ofrecimiento, pero le

pedí

que nunca me privara de su amistad.

8

Mi vida se desarrollaba de tal modo que entre un suceso y otro siempre había un intervalo

que me permitía respirar hondo y fortalecerme, y cuanto más duraba el periodo de calma,

más duro era el impacto del siguiente incidente. Como lo sabía, incluso en los mejores tiempos me acosaban ocultas ansiedades.

Ahora que Siamak estaba a salvo, todo parecía indicar que mi mayor preocupación se

hallaba resuelta. Aunque lo echaba mucho de menos y a veces las ganas de verlo se me hacían insoportables, jamás me arrepentí de haberlo enviado al extranjero ni deseé que regresara.

Hablaba con su fotografía y le escribía largas cartas contándole cuanto acaecía

en nuestras vidas. Masud era tan cariñoso y bueno que no sólo no me causaba problemas,

sino que muchas veces era quien los solucionaba. Superó los turbulentos años de la adolescencia con paciencia y

aplomo. Se sentía responsable de mí y de su hermana, y cargaba con gran parte de las obligaciones cotidianas. Yo procuraba no aprovecharme de

su bondad y su abnegación y no pedirle más de lo que era capaz de darme.

—Trabajas demasiado. Me da miedo que enfermes. Acuéstate y descansa — me decía

Masud, masajeándome la espalda.

—No te preocupes, hijo mío. Nadie enferma de trabajar. El cansancio desaparece con

unas horas de sueño y un par de días de

descanso semanal. Lo que te enferma es estar ocioso y tener pensamientos y ansiedades inútiles. El trabajo es la esencia de la vida.

Más que un hijo, Masud era mi compañero, mi amigo y consejero. Hablábamos de

todo y decidíamos juntos. Él tenía razón: no necesitábamos a nadie. Mi único temor era que más adelante la gente se aprovechara de su bondad y su generosidad, como su hermana, que con un beso, una lágrima o una súplica conseguía de él cuanto quería.

Masud era como un padre responsable para Chirin. La matriculaba en la

escuela,

hablaba con sus maestras, la acompañaba a clase todos los días y le compraba lo que necesitaba. Durante los bombardeos aéreos, la cogía en brazos y la escondía bajo la escalera. Me hacía muy feliz que se quisieran tanto, pero, a diferencia de la mayoría de las mujeres, no me alegraba que se hicieran mayores, muy al contrario, me asustaba, y ese miedo aumentaba al ver que la guerra no llegaba a su fin.

Año a año me decía que al siguiente terminaría, antes de que Masud tuviera que cumplir el servicio militar, pero parecía interminable. Las noticias de

hijos de amigos o vecinos convertidos en mártires me aterrorizaban aún más, y cuando me enteré de que Golam-Alí, el hijo de Mahmud, había muerto en el frente, se me partió el corazón. Nunca

olvidaré la última vez que lo vi: llevábamos años sin tratarnos y un buen día se presentó en mi casa. No sé si por el uniforme militar o por la extraña dureza de su mirada, aparentaba

más edad. No era el Golam-Alí de siempre.

—¿Ha pasado algo? —inquirí, tras saludarlo sorprendida.

—¿Tiene que pasar algo para que venga

a visitarte? —me reprochó.

—No, cariño, aquí siempre eres bien recibido. Sólo me sorprende, porque es la

primera vez que vienes. Pasa, por favor.

Era evidente que mi sobrino se sentía incómodo. Le serví un té y le pregunté por la familia, pero no hice mención de su uniforme ni del hecho de que se hubiera alistado voluntariamente para ir al frente. Creo que me daba miedo hablar de la guerra, para mí sinónimo de dolor y muerte. Cuando callé, me dijo:

—Tía, he venido a pedirte perdón.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho, o qué vas a hacer?

—Ya sabes que estuve en el frente. Ahora me han dado un permiso, pero volveré allí.

Bueno, estamos en guerra y, si Dios quiere, quizá me convierta en mártir. Y por si tengo

esa suerte, necesito que me perdones por cómo mi familia y yo os hemos tratado a ti y a

tus hijos.

—¡Dios nos libre! No digas esas cosas. Tienes toda la vida por delante. Que

Dios no

quiera que te suceda nada malo.

—No sería malo, sino una bendición. Es mi mayor deseo.

—No hables así —lo reprendí—. Piensa en tu pobre madre. Si te oye se morirá de pena. La verdad es que no entiendo cómo te dejó ir a la guerra. ¿No sabes que el consentimiento y la aprobación de tus padres son más importantes que todo lo demás?

—Sí, lo sé, pero cuento con su aprobación. Al principio, no paraba de llorar y lamentarse, hasta que la llevé al hotel donde se alojan algunas víctimas

de la guerra y le

dije: «Mira lo que ha hecho el enemigo con la vida de estas personas. Mi deber es defender el islam, mi país y a nuestro pueblo. ¿De verdad quieres interponerte en mis obligaciones religiosas?» Mi madre es muy piadosa; creo que su fe es más sólida que la de

mi padre. «¿Quién soy yo para desafiar a Dios? Estoy satisfecha si Él está satisfecho», me

contestó.

—Me parece bien, pero deberías esperar a acabar los estudios. Si Dios quiere, la guerra habrá terminado y

podrás labrarte un buen futuro.

—Sí, como mi padre —repuso, riendo por lo bajo—. Te refieres a eso, ¿verdad?

—Bueno, sí. ¿Qué tiene de malo?

—Tú lo sabes mejor que nadie. ¡No es eso a lo que aspiro! El frente es otra cosa, el

único sitio donde me noto cerca de Dios. No te imaginas lo que se siente. Todos están dispuestos a entregar su vida, todos comparten el mismo objetivo. Nadie habla de dinero

ni de estatus, nadie alardea ni busca su

propio provecho. Es una competición de devoción

y abnegación. No te imaginas cómo se esfuerzan los soldados para llegar antes que sus compañeros a primera línea. Eso sí es verdadera fe, sin hipocresía ni engaños. Allí he conocido a verdaderos musulmanes que no dan ningún valor a los bienes materiales. Con

ellos me siento en paz conmigo mismo. Me siento cerca de Dios.

Cabizbaja, me puse a cavilar sobre las palabras de mi joven sobrino, que había encontrado su verdad. La triste voz de Golam-Alí rompió el silencio.

—Cuando empecé a ir a la tienda de mi padre por las tardes, me turbó ver lo que hacía. No conoces la casa nueva, ¿verdad?

—No, pero me dijeron que es muy grande y bonita.

—Sí, muy grande. La casa más grande imaginable, podrías perderte en ella. Pero es una vivienda expropiada, tía. Robada, ¿me entiendes? No sé cómo mi padre, que sólo habla de fe y devoción, puede vivir allí. Siempre le digo: «Padre, esta casa no está religiosamente aprobada. Su propietario legítimo no dio su consentimiento.» Y él me contesta: «Al infierno con su propietario. Era un

estafador y un ladrón, y huyó tras la revolución. ¿Te preocupa que un ladrón no diera su consentimiento?» Lo que dice y hace

me confunde. Quiero irme lejos de aquí. No deseo ser como él, sino un verdadero musulmán.

Le pedí que se quedara a cenar. Cuando rezó la oración de la noche, la pureza de su fe

me estremeció. Al despedirnos, me susurró: «Reza para que me convierta en mártir.»

Los deseos de Golam-Alí se cumplieron, y aunque lloré su muerte

durante mucho

tiempo, no me vi capaz de ir a casa de Mahmud a darle el pésame. Mi madre se enfadó conmigo; decía que tenía el corazón de piedra, que era una resentida y tozuda como un camello. Pero yo no podía entrar en aquella casa.

Meses después me encontré con Ehteram-Sadat en casa de mi madre. Me pareció vieja

y cansada, con la piel de la cara y el cuello flácida. Al verla rompí a llorar y la abracé, sin saber qué decirle a una madre que había perdido a su hijo; así que murmuré una fórmula

de condolencia.

—¡No me des el pésame! —dijo ella, apartándose suavemente—. Deberías

felicitar me. Ahora mi hijo es mártir.

Me quedé petrificada. Increíblemente, la miré y me enjuagué las lágrimas con la mano.

¿Cómo felicitas a una madre que ha perdido a su hijo?

—¿De verdad no sufre por la muerte de su hijo? —le pregunté a mi madre cuando mi

cuñada se hubo marchado.

—¡No digas eso! No imaginas cuánto sufre. Pero así se consuela. Su fe es tan grande

que la ayuda a soportar el dolor.

—Quizá tengas razón respecto a Ehteram, pero estoy segura de que Mahmud ha

sacado el máximo partido a la condición de mártir de su hijo.

—¡Que Dios me quite la vida! Pero ¿qué estás diciendo? —me reprendió mi madre—.

¿Te atreves a bromear a costa de unos padres que han perdido a su hijo?

—Conozco a mi hermano. No me digas que no se ha beneficiado de la muerte de su

hijo. Es imposible. ¿De dónde crees que saca tanto dinero?

—Es comerciante. ¿Por qué estás tan celosa de él? Cada uno recibe lo que merece.

—Sabes muy bien que el dinero limpio no cae de esta manera. ¿Acaso el tío Abbas no

es también comerciante? Y empezó su negocio treinta años antes que Mahmud. ¿Cómo es

que sólo tiene una tienda y Alí, que acaba de comenzar, gana dinero a espuestas? Creo que ha firmado la compra de una casa valorada en varios millones de tumanes.

—¿Ahora empiezas a meterte con Alí? Alabado sea Dios, hay personas como mis

hijos, inteligentes y devotas, a quienes Dios ayuda. Otras son desgraciadas, como tú. Así

lo quiere Dios, de modo que no deberías estar tan resentida.

Tardé mucho en visitarla de nuevo. Aunque iba a menudo a casa de la

señora Parvin,

jamás llamaba a la puerta de mi madre. Quizá ella tuviera razón y yo estuviese celosa.

Pero no soportaba que, en una época en que la gente sufría por la guerra y la escasez, mis

hermanos estuvieran haciéndose de oro. Aquello no era moral ni humano. Era algo pecaminoso.

Pasé aquel periodo en una relativa pobreza, trabajando mucho y preocupada por el futuro.

Un año después de marcharse Siamak,

mi suegra murió a causa de un cáncer que se

extendió muy rápido. Era evidente que deseaba morir, y creo que ella misma aceleró el avance de su enfermedad.

Pese a estar muy grave, no nos olvidó en su testamento e hizo

prometer a sus hijas que no permitirían que perdiéramos nuestra casa. Yo sabía que Mansureh había desempeñado en ello un papel decisivo, y más tarde hizo cuanto pudo para cumplir la voluntad materna y se mantuvo firme ante sus hermanas.

El marido de Mansureh, que era ingeniero, derribó enseguida la vieja

casa y erigió en

su lugar un edificio de cuatro plantas. Durante la construcción, mantuvo al margen nuestro

lado del jardín para que no tuviéramos que marcharnos. Pasamos dos años rodeados de tierra, polvo y estruendo hasta que aquel bonito edificio estuvo terminado. Cada planta contaba con dos apartamentos de cien metros cuadrados, excepto el tercero, ocupado por

un único piso más grande donde vivían Mansureh y su familia. A nosotros nos asignaron

uno de la planta baja y el marido de

Mansureh instaló su despacho en el otro.
Manijeh se

quedó con los del primer piso, uno para vivir y el otro para alquilar.

Cuando Siamak se enteró de que sólo teníamos un apartamento, exclamó enfadado:

—¡Deberían habernos cedido otro para que pudieras alquilarlo y tener ingresos!
Ni así

te habrían dado la mitad de lo que legítimamente te corresponde.

—Hijo mío —repuse riendo—, ¿nunca te cansarás? Se han portado muy bien

con

nosotros al cedernos este apartamento. No tenían obligación. Míralo así: ahora disfrutamos

de una casa preciosa que no nos ha costado nada. Debemos estar contentos y agradecidos.

Terminaron nuestro apartamento antes que los otros para que nos instaláramos y

pudieran reformar la otra parte del jardín. Estábamos contentos porque cada uno disponía

de su dormitorio. Chirin no era muy

buena compañera de habitación, y me alegré de librarme de sus juguetes y su desorden; al mismo tiempo, mi hija estaba contenta de liberarse de mi obsesión por el orden y mis constantes quejas. Masud, encantado con su luminoso dormitorio, seguía pensando que Siamak compartía con él la habitación.

Los años pasaban deprisa. Masud estaba ya en su último curso escolar y la guerra no había

acabado. Con cada curso, cuando aprobaba los exámenes finales con excelentes notas, mi

ansiedad aumentaba.

—¿Qué prisa tienes? —renegaba yo—. Podrías ir más despacio y sacarte el diploma un par de años más tarde.

—¿Estás sugiriéndome que suspenda?

—¿Qué hay de malo en eso? Quiero que sigas en la escuela hasta que acabe la guerra.

—¡No, por favor! Tengo que terminar cuanto antes y librarte de parte de la responsabilidad familiar. Quiero trabajar. Y no te preocupes por el servicio militar. Te prometo que me aceptarán en la universidad y conseguiré una prórroga.

¿Cómo podía explicarle que lo más probable era que no lo aprobaran en las pruebas de

acceso?

Tras graduarse en la escuela con excelentes notas, se puso a estudiar día y noche para

los exámenes de acceso a la universidad. Pero yo sabía que, dado el pasado de nuestra familia, había pocas posibilidades de que lo admitieran. A fin de consolarme, y quizá para

darse ánimos, decía: «No tengo antecedentes políticos, y en la escuela estaban muy contentos conmigo, me

apoyarán.»»

Pero fue inútil. Rechazaron su solicitud por las actividades políticas de su familia en el

pasado. Cuando se enteró, dio puñetazos en la mesa, tiró sus libros por la ventana y lloró.

Y yo, al ver esfumarse las esperanzas depositadas en su futuro, lloré con él.

No podía pensar más que en cómo protegerlo de la guerra, pues faltaban pocos meses

para que tuviera que presentarse a cumplir el servicio militar. Siamak y

Parvaneh me llamaron e insistieron en que hiciera lo que fuera para enviar a Masud a Alemania. Pero no conseguí convencerlo.

—No puedo dejaros solas —objetó—. Además, ¿dónde conseguiríamos el dinero, si

hasta hace poco aún estabas pagando lo que pediste prestado para sacar a Siamak del país?

—No te preocupes por el dinero, ya encontraré la manera. Lo importante es dar con

alguien fiable.

Pero eso no era sencillo. La única pista de que disponía era un número de teléfono y el

nombre en clave de «Señora Mahin». Cuando llamé, contestó un hombre que dijo ser la señora Mahin, aunque no tenía el mismo acento que el joven con quien había hablado años

atrás. Entonces empezó a hacerme preguntas extrañas y de pronto comprendí que estaba cayendo en una trampa y me apresuré a colgar.

Pedí ayuda al marido de Mansureh, que unos días más tarde me contó que habían detenido a los pasadores que llevaron a Siamak y Ardeshir al otro lado de la

frontera, y que habían montado estrictos controles policiales. Supe de chicos detenidos cuando intentaban salir del país y de pasadores que, habiendo aceptado el dinero, abandonaban a los muchachos en las montañas o el desierto.

—¿Por qué sufres tanto? —me preguntó Alí con malicia—. ¿Acaso tu hijo es mejor que los otros jóvenes? Todos tienen la obligación de luchar por su país, como Golam-Alí.

—Quienes tendríais que luchar sois vosotros, que os aprovecháis de lo mejor de este

país —repliqué—. Nosotros somos
extraños en esta tierra, no tenemos
derechos. Vosotros

disfrutáis del dinero, el estatus y las
comodidades, pero mi hijo, pese a
poseer un gran talento, no tiene derecho
a estudiar ni a trabajar. Todos los
comités de selección lo rechazan por las
creencias de sus familiares, aunque él no
las compartía. Dime, ¿en nombre

de qué religión debe morir por su país?

Por entonces, mi único objetivo era
proteger a mi hijo, pero no sabía cómo.
No daba

con una forma segura y fiable de sacarlo

del país. Y Masud, que en nada colaboraba, discutía sin cesar conmigo.

—¿Por qué tienes tanto miedo, mamá?
Dos años de servicio militar no son tanto.

Todos los jóvenes de mi edad tienen que cumplirlo, así que yo también. Después me darán

un pasaporte y podré salir del país legalmente.

—¡Te olvidas de que estamos en guerra!
—replicaba yo—. Esto no es ninguna broma.

¿Y si te pasa algo?

—¿Quién te ha dicho que todos los que van a la guerra mueren? Hay muchos que regresan ilesos. En realidad, cuanto hacemos conlleva cierto riesgo. ¿Crees que huir del país ilegalmente es menos peligroso?

—Pero hay muchos chicos que no regresan. ¿Acaso te has olvidado de Golam-Alí?

—Por favor, madre. No lo compliques todo tanto. Ya sé que lo que le ocurrió a Golam-Alí te dejó asustada, pero te prometo que volveré vivo. Además, para cuando me

llamen y termine la instrucción, quizá la guerra haya acabado. ¿Y desde cuándo

eres tan

cobarde? Eres la única mujer que conozco que no teme las sirenas y los ataques aéreos.

Antes decías: «Las probabilidades de que le den a nuestra casa son las mismas que las de

sufrir un accidente de coche, y sin embargo no nos pasamos el día preocupados por los accidentes de coche.»

—Cuando os tengo a Chirin y a ti a mi lado, no temo nada —le expliqué—. Pero no

puedes imaginarte el pánico que siento cuando aúllan las sirenas y no estáis conmigo. Si

me llevaran al frente contigo, tampoco temería nada.

—Pero ¡qué tonterías dices! ¿Tengo que decir que no iré a ninguna parte sin mi madre? ¿Que quiero mucho a mi mamá?

Siempre era igual. Aquellas discusiones acababan con chistes, risas y un beso en la mejilla.

Sin embargo, llegó el día en que Masud, como tantos otros miles de jóvenes, recibió la

orden de reclutamiento. Traté de no perder el optimismo. Mis días y mis noches eran como una alfombra de oración tendida ante Dios, sobre la que no paraba de rezar para

que terminara la guerra y mi hijo regresara.

Aunque aquel conflicto llevaba siete años formando parte de nuestras vidas, nunca había sentido su horror tan profundamente. A diario, cuando veía los cortejos fúnebres de

los mártires, me preguntaba si los soldados heridos y los muertos habrían aumentado o si

siempre habían sido tantos. Ahora, allá donde iba me encontraba con madres en mi misma

situación. Era como si pudiera identificarlas instintivamente. Tras rendirnos al destino, nos consolábamos unas a otras con voz quebrada y el miedo en los ojos, conscientes todas de que mentíamos fatal.

Cuando Masud terminó la instrucción, no se obró el milagro y no hubo alto el fuego.

Mis esfuerzos para que lo destinaran a un lugar menos peligroso fueron vanos, así que un

día cogí a Chirin de la manita y nos fuimos a despedirlo. Los bondadosos ojos de mi hijo,

que uniformado parecía mayor, traslucían gran aprensión. No pude contener el llanto.

—Por favor, mamá, tienes que controlarte, debes cuidar de Chirin — me pidió—. ¿Ves

lo fuerte que es la madre de Faramarz, ves la serenidad con que otros padres despiden a

sus hijos?

Me di la vuelta y los observé: para mí,

todas las madres lloraban, aun sin
derramar ni

una sola lágrima.

—No te preocupes por mí, hijo. Dentro
de una hora me calmaré y dentro de unos
días

me habré acostumbrado a tu ausencia.

Masud besó a Chirin e intentó hacerla
reír.

—Prométeme que cuando vuelva
seguirás tan guapa, sana y fuerte —me
dijo luego al

oído.

—Y tú, que volverás ileso.

Lo miré fijamente hasta el último instante, y cuando el tren arrancó, eché a correr por

el andén, queriendo grabarme su cara en la memoria.

Tardé una semana en aceptar su marcha, pero no me acostumbré. No sólo lo echaba de

menos y me preocupaba el peligro al que estaba expuesto, sino que su ausencia pesaba en

mi vida cotidiana. Ahora que mi hijo no estaba, me daba cuenta de lo buen

compañero que

había sido y de cómo había aligerado mis cargas. Me percaté de que tendemos a no valorar

la ayuda que nos prestan los demás; damos por hecho que es su obligación y no nos fijamos en su generosidad. Ahora que tenía que realizarlo todo sola, apreciaba más cuanto

Masud había hecho por mí, y se me partía el corazón cada vez que desempeñaba una tarea

hecha antes por él.

—Cuando ejecutaron a Hamid me quedé

destrozada —le expliqué a Fati—, sí,
pero su

muerte no afectó a mi vida cotidiana,
porque él jamás había asumido ninguna

responsabilidad doméstica. Lloramos la
muerte de un ser querido, pero a los
pocos días retomamos nuestra rutina. La
ausencia de un hombre que te ayuda y
participa en la vida

familiar es mucho más tangible, así
como mucho más difícil acostumbrarse a
ella.

Tardamos tres meses en aprender a vivir
sin Masud. Chirin, que siempre había
sido una niña muy alegre, ya no reía

tanto, y todas las noches encontraba algún motivo para llorar. Yo sólo hallaba consuelo en la plegaria: sentada en mi alfombrilla de oración, pasaba horas olvidada de todo, incluso de que Chirin no había cenado, y ni me daba cuenta de que se había quedado dormida sobre los libros de texto o delante del televisor.

Masud nos telefoneaba siempre que podía. Cada vez que hablaba con él, me

tranquilizaba veinticuatro horas, pero luego volvía a caer presa de la ansiedad, que, como

una piedra que rueda colina abajo, cobraba fuerza y velocidad minuto a

minuto. Cuando

llevaba dos semanas sin saber nada de él, tremendamente angustiada, empezaba a llamar a los padres de otros reclutas amigos de mi hijo.

—Señora, es demasiado pronto para preocuparse —me decía la madre de Faramarz

con vehemencia—. Creo que su hijo la tiene mal acostumbrada. No está de visita en casa

de una tía suya, desde donde podría llamarla siempre que quisiera. A veces los destinan a

sitios en los que pasan semanas sin poder bañarse y mucho menos telefonar. Espere un

mes, como mínimo.

Es difícil pasar un mes sin noticias de un ser querido que vive bajo una lluvia de balas

y proyectiles, pero esperaba y trataba de concentrarme en el trabajo para llenar mis días,

aunque mi mente se resistía.

Dos meses después, decidí preguntar en el departamento militar correspondiente. Debí

hacerlo antes, pero temía la respuesta. Me quedé un rato de pie ante el edificio, con las piernas temblando, hasta que al final entré. Me condujeron a una estancia espaciosa repleta de gente: hombres y mujeres, pálidos y con los ojos enrojecidos, hacían cola esperando su turno para que les dijeran dónde habían perecido sus hijos.

Cuando me senté ante la mesa del funcionario, me temblaban las rodillas y mis latidos

resonaban con violencia en mis oídos. Durante lo que me pareció una eternidad, el funcionario hojeó sus libretas, hasta que finalmente me

preguntó:

—¿Qué parentesco tiene con el soldado Masud Soltani?

Tras abrir y cerrar la boca varias veces, por fin conseguí decir que era su madre. A él

no pareció gustarle mi respuesta, pues frunció el entrecejo, agachó la cabeza y siguió hojeando sus libretas.

—¿Ha venido sola? ¿No la acompaña su marido? —me preguntó entonces, adoptando

un tono respetuoso.

Creí que el corazón iba a salirseme del pecho. Tragué saliva, intenté contener las lágrimas y, con una voz que no parecía la mía, dije:

—No. No tiene padre. Dígame lo que tenga que decirme. —Y casi chillando, añadí—:

¿Qué pasa? ¡Dígame qué ha pasado!

—Nada, señora. No se preocupe. Tranquilícese.

—¿Dónde está mi hijo? ¿Por qué no sé nada de él?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabe? ¿Qué significa eso?
¿Lo mandan allí y ahora me dicen que no
saben dónde está?

—Mire, señora, ha habido una intensa
actividad militar en la región y ciertos
tramos

de la frontera han cambiado de manos.
Todavía no tenemos información precisa
sobre nuestras tropas, pero estamos
investigando.

—No lo entiendo. Si han recuperado
territorio, habrán encontrado algo allí —
repuse,

incapaz de articular la palabra
«cadáveres», aunque él me entendió muy

bien.

—No, señora, de momento no hemos hallado ningún cadáver con la ficha de identificación de su hijo. No puedo darle más información.

—¿Cuándo sabrá algo más?

—Están inspeccionando la zona. Es demasiado pronto para sacar conclusiones.

Unas cuantas personas que esperaban recibir noticias parecidas me ayudaron a levantarme de la silla. Una mujer pidió que le guardaran el turno y me acompañó a la puerta. Era la misma cola

que se hacía para retirar artículos y alimentos racionados.

No sé cómo llegué a casa. Chirin todavía no había vuelto de la escuela. Me paseé por

las habitaciones vacías, llamando a mis hijos. «¡Siamak! ¡Masud!», resonaba mi voz en el

apartamento cada vez más fuerte, como si estuvieran escondidos y al llamarlos pudiera obligarlos a responder. Abrí su armario. Olí su ropa, metí la cara en ella y la abracé. No

recuerdo mucho más.

Chirin me encontró y llamó a sus tías.
Vino un médico y me inyectó un sedante.
Caí

en un sueño de terribles pesadillas.

Sadeg Jan y Bahman siguieron con las
averiguaciones. Al cabo de una semana
se

enteraron de que Masud estaba en la
lista de soldados desaparecidos en
combate. Yo no entendía qué significaba.
¿Se había convertido en humo y se había
esfumado? ¿Mi valiente hijo había
perecido sin dejar rastro? ¿Como si
nunca hubiera existido? No, no tenía
sentido. Debía moverme.

Recordé que uno de mis colegas nos había contado que un mes después de la desaparición de su sobrino en el frente lo habían encontrado en un hospital. No podía quedarme de brazos cruzados confiando en que los burócratas hicieran algo. Pasé la noche

entera pensando en ello, y por la mañana, cuando me levanté, ya había tomado una decisión. Tras darme una larga ducha para librarme de los efectos de sedantes y somníferos, me vestí y me miré en el espejo. Tenía el pelo casi completamente cano.

—¿Qué pasa? ¿Adónde vas? —me preguntó sorprendida la señora Parvin,

que se

quedaba conmigo en casa aquellos terribles días.

—A buscar a Masud.

—Pero ¡no puedes ir sola! No dejarán entrar a una mujer sola en zona de guerra.

—No, aunque sí podré buscar en los hospitales cercanos.

—¡Espera! Déjame llamar a tu hermana. A lo mejor Sadeg Aga te acompaña.

—No. No puedo obligar a ese pobre hombre a abandonar a Fati y su trabajo

sólo porque sea mi cuñado.

—Pues pídeselo a Alí, o incluso a Mahmud —insistió—. Al fin y al cabo, son tus hermanos. No te dejarán sola.

—No diga tonterías —le espeté amargamente—. En los momentos más difíciles de mi

vida me abandonaron como no lo habría hecho un desconocido. Además, necesito ir sola,

pues podré buscar a mi hijo todo el tiempo que quiera. Si viniera alguien conmigo, tendría

que volver quizá sin haber acabado la

búsqueda.

Tomé un tren para Ahvaz cuyos pasajeros eran en su mayoría soldados. Ocupé un

compartimento con un matrimonio que también iba en busca de su hijo, pero con la diferencia de que ellos sabían que lo habían herido y que se recuperaba en un hospital de

Ahvaz.

La primavera de Ahvaz era más bien un verano abrasador. Allí comprendí por fin, tras

casi ocho años, el verdadero alcance de

la guerra: tragedia, sufrimiento,
devastación, caos.

No vi ni una sola cara sonriente.

Reinaba un gran ajetreo de gente que iba
y venía, pero

todos parecían sepultureros y dolientes
en un entierro, porque sus movimientos y
expresiones carecían de vida y sus ojos
reflejaban miedo y ansiedad. Todas las
personas con quienes hablé estaban
afligidas por un motivo u otro.

Fui de hospital en hospital con el señor
y la señora Farahani, el matrimonio del
tren,

que encontraron a su hijo, al que habían

herido en la cara. La escena de su reencuentro fue desgarradora. «Si Masud ha perdido la cara, lo reconoceré por la uña del pie», me dije. No

me importaba encontrarlo tullido, con un brazo o una pierna menos, sólo quería que estuviera vivo y abrazarlo.

Ver a tantos jóvenes heridos, inválidos y mutilados que gritaban de dolor me

conmociónó. Compadeciéndome de sus madres, me preguntaba por el responsable de

tanto sufrimiento. ¿Cómo podíamos haber sido tan ignorantes, creer que la guerra sólo consistía en esporádicos

ataques aéreos? No habíamos entendido el verdadero alcance de

la catástrofe.

Busqué por todas partes, fui a diferentes oficinas y departamentos militares hasta dar

por fin con un soldado que había visto a mi hijo. El joven convalecía de sus heridas e iban a trasladarlo a Teherán. Trató de tranquilizarme sonriendo.

—Veía a Masud, avanzábamos juntos — me explicó—. Él iba unos pasos por delante

cuando empezaron las explosiones. Yo

perdí el conocimiento y no sé qué les pasó a los otros, pero me dijeron que a casi todos los heridos y mártires de nuestro escuadrón ya los

encontraron e identificaron.

Era inútil. Nadie sabía qué le había pasado a mi hijo. La expresión «desaparecido en

combate» era como recibir un mazazo en la cabeza. De regreso a Teherán, mi carga de dolor se me antojó mil veces más pesada. Aturdida, llegué a casa y entré en la habitación

de Masud como si hubiera olvidado hacer algo. Me puse a mirar su ropa,

pensando que tenía que plancharle algunas camisas. ¡Estaban arrugadas! Empecé a planchar como si fuera mi tarea más acuciante, concentrada en las arrugas invisibles de la tela. Cada vez que ponía la camisa a la luz seguía pareciéndome arrugada, de modo que volvía a plancharla.

Mansureh hablaba sin parar, pero yo apenas era consciente de su presencia. Y entonces la oí decir:

—Fati, esto es aún peor. Está volviéndose loca. Lleva dos horas planchando la misma camisa. Habría sido mejor que le

hubieran dicho que Masud había muerto como mártir.

Así, al menos podría llorar su muerte.

—¡No! —grité, saliendo de la habitación hecha un basilisco—. Si me dicen que ha muerto, me mataré. Si sigo viva es sólo porque aún abrigo esperanzas.

Pero también me daba cuenta de que estaba enloqueciendo. A menudo me sorprendía

hablando sola con Dios, con quien había roto; o, mejor dicho, nuestro vínculo se había transformado en una relación hostil entre un poder despiadado y

alguien vencido que ha

renunciado a la vida, una persona derrotada sin esperanzas ya de salvarse y que en sus últimos momentos encuentra valor para decir lo que siente. Me mostraba irreverente. Veía

a Dios como un ídolo que exigía sacrificio y me obligaba a llevar a un hijo al altar. Tenía que escoger entre los dos, y a veces entregaba a Siamak o a Chirin en lugar de Masud, y

entonces, arrepentida y odiándome profundamente, volvía a afligirme y me preguntaba qué pensarían si se enteraran de que sería capaz de sacrificar a uno por el otro.

Era incapaz de hacer nada, hasta tal punto que la señora Parvin tenía que bañarme a la

fuerza. Mi madre y Ehteram-Sadat me daban consejos y me hablaban del honor y el prestigio de los mártires.

—Tienes que contentarte con que Él esté satisfecho —me decía mi madre, tratando de

infundirme temor de Dios—. Todos tenemos un destino. Si ésta es su voluntad, debes aceptarla.

—¿Y por qué me asignó este destino? —le gritaba yo, furiosa—. ¡No lo quiero!
¿Es

que no he sufrido bastante? ¿Cuánto tiempo pasé de cárcel en cárcel, lavando la sangre de

la ropa de mi marido, llorando, trabajando día y noche, y criando a mis hijos pese a las adversidades? ¿Y todo para qué? ¿Para esto?

—¿No hables así! —me chillaba Ehteram-Sadat—. Dios está poniéndote a prueba.

—¿Y cuántas pruebas habré de pasar? Dios, ¿por qué sigues probándome? ¿Quieres

demostrarle tu poder a alguien tan desgraciado como yo? No quiero

someterme a tus pruebas. Sólo quiero a mi hijo. ¡Devuélveme a mi hijo y suspéndeme!

—¡Que Dios te perdone! —me reprendía Ehteram-Sadat—. No despiertes la ira del

Señor. ¿Crees que eres la única? Todas esas madres, todas las mujeres con un hijo en la

edad del tuyo están en la misma situación. Algunas han perdido a cuatro o cinco. Piensa

en ellas y no seas tan desagradecida.

—¿Crees que doy gracias a Dios cuando

veo la desgracia de otros? Se me parte el corazón por ellos, se me parte por ti, se me parte por mí, por haber perdido a un hijo de

diecinueve años y no tener un cadáver que abrazar.

Estaba empezando a aceptar la muerte de Masud; aquélla fue la primera vez que

mencioné su cadáver. Pero las peleas y discusiones hacían que me sintiera peor. Perdí la

noción del tiempo; atiborrada de sedantes, flotaba entre el sueño y la vigilia.

Una mañana me desperté con la garganta tan seca que creí que iba a asfixiarme.

Fui a

la cocina, donde Chirin estaba fregando. Me sorprendí. No me gustaba que aquellas manos

tan pequeñas hicieran las tareas domésticas.

—Chirin, ¿por qué no has ido a la escuela?

—¡Mamá, el curso acabó hace un mes!

—contestó con un gesto de ligero reproche.

—¿Y los exámenes? ¿Aprobaste los

exámenes finales? —inquirí atónita.

—¡Claro que sí! —contestó, ofendida—.
Hace mucho. ¿No te acuerdas?

No, no me acordaba, como tampoco de lo delgada, pálida y triste que estaba mi hija.

¡Qué egoísta había sido yo! Aquellos meses que había pasado regodeándome en mi dolor,

me había olvidado de ella, de aquella niñita que tal vez estuviera sufriendo tanto como yo.

Entonces la abracé, y pareció que Chirin llevara tiempo esperando ese momento.

Intentó

fundirse aún más en mi abrazo y
lloramos juntas.

—Perdóname, cariño. Perdóname. No
tenía derecho a olvidarme de ti.

Ver a Chirin tan desgraciada, tan
sedienta de amor e indefensa me sacó de
mi apatía y

estupor. Tenía otra hija por la que vivir.

Desconsolada y sola, reanudé mi rutina,
tratando de quedarme más horas en la
oficina y

trabajar aún más. En casa no conseguía

concentrarme en nada. Decidí no volver a llorar delante de Chirin, pues ella necesitaba una vida normal, alegría. Con sólo nueve años, ya

había sufrido bastante. Le pedí a Mansureh que se la llevaran cuando fueron a su chalet de

la costa del mar Caspio, pero, como Chirin no quería dejarme sola, fui con ellos.

El chalet estaba igual que diez años atrás, y aquella costa del norte, con la misma belleza de entonces, me transportó a los mejores años de mi vida. Me parecía oír jugar a

mis hijos. Notaba que Hamid me seguía con la mirada y creí verlo jugar con los niños.

Una vez hasta cogí su pelota y la lancé. De pronto, algún sonido molesto me sacaba de esas maravillosas ensoñaciones. ¡Dios mío, qué deprisa había pasado todo! Aquellos pocos días de vacaciones habían sido mi cuota de una vida familiar feliz; lo demás estaba

teñido de dolor y sufrimiento. Allá donde mirara, todo me traía recuerdos. A veces abría

instintivamente los brazos para estrechar a mis seres queridos y de pronto miraba alrededor, perpleja, esperando que

nadie me hubiera visto hacerlo. Una noche que estaba

sentada en la playa, absorta en mis pensamientos, noté la mano de Hamid en el hombro.

Su presencia parecía muy natural. «Hamid, qué cansada estoy», murmuré, y él me dio un

apretón en el hombro; apoyé la mejilla en su mano y me acarició el pelo.

—¿Dónde estabas? ¡Llevo una hora buscándote! —oí decir de pronto a Mansureh, que me sobresaltó.

Aún notaba el calor de la mano de mi marido. ¿Qué clase de fantasía había tenido?

Había sido tan real... Si la locura consiste en romper con la realidad, había llegado a ese

estado, y era una sensación agradable. Podía rendirme a ella y pasar el resto de mi vida entre dulces ilusiones, en la libertad de la enajenación. La tentación me llevó hasta el borde del acantilado. Lo único que me impedía saltar eran Chirin y mi responsabilidad hacia ella.

De pronto, temiendo que las fantasías me vencieran, supe que tenía que regresar a mi

casa, así que al tercer día recogí mis cosas y volví a Teherán.

Una calurosa jornada de agosto a las dos de la tarde, de pronto en la oficina todos empezaron a correr y gritar de júbilo, felicitándose unos a otros. Alipour abrió la puerta de

mi despacho y gritó: «¡La guerra ha terminado!» No me moví de la silla. ¿Qué habría hecho si me hubieran dado la noticia un año antes?

Llevaba mucho tiempo sin preguntar en las oficinas militares. Aunque como madre de

un soldado desaparecido en combate me

trataban con cortesía, las manifestaciones de respeto de los funcionarios me dolían tanto como los insultos recibidos detrás de las puertas de la cárcel en calidad de madre de un muyahidín y esposa de un comunista. No podía soportarlas.

Había pasado un mes desde el fin de la guerra, pero las escuelas todavía seguían cerradas. A las once de la mañana, la puerta de mi despacho se abrió y entraron Chirin y

Mansureh. Me levanté de golpe, horrorizada, sin atreverme a preguntar nada. Mi hija se echó en mis brazos y lloró. Mansureh se quedó de pie,

mirándome con lágrimas en los ojos.

—¡Masum! —dijo al cabo—. ¡Está vivo! ¡Vivo!

Me dejé caer en la silla, eché la cabeza atrás y cerré los ojos. Si estaba soñando, no quería despertar.

—¡Despierta, mamá! ¡Por el amor de Dios, despierta! —gritaba mi hija, dándome

palmadas en la cara con sus manitas. Abrí los ojos y entonces Chirin rió y dijo—: Han llamado del cuartel. He hablado con ellos. Dicen que el nombre de Masud está en la lista

de prisioneros de guerra, en la lista de Naciones Unidas.

—¿Estás segura? A lo mejor lo has entendido mal. Debo ir a preguntar.

—No, no hace falta —terció Mansureh—. Cuando Chirin ha venido corriendo a mi

casa, he telefoneado al cuartel. El nombre de Masud con todos sus datos está en la lista.

Dicen que pronto harán el canje.

No recuerdo qué hice. Quizá bailé como una chiflada y recé postrada en el suelo. Por

suerte, Mansureh pidió a mis compañeros que salieran de mi despacho para que no me vieran comportarme como una perturbada. Tenía que ir a algún lugar sagrado y pedirle perdón a Dios por mis blasfemias; si no, mi felicidad podía escurrírseme entre los dedos

como el agua. El lugar más cercano que se le ocurrió a Mansureh fue el sepulcro de Saleh.

Allí me agarré al cordón que bordeaba la tumba sin dejar de repetir: «Perdóname, Señor. Me equivocaba. Eres grande, eres compasivo, debes perdonarme. Prometo

compensarte por todas las plegarias que me he saltado, daré limosna a los pobres...»

Ahora, al recordar aquellos días, me doy cuenta de que perdí el juicio.

Hablaba con Dios

como un crío con su compañero de juegos. Definía las normas del juego, y estaba atenta a

que ninguno de los dos se las saltara. Todos los días suplicaba que no me abandonara.

Como una enamorada que ha hecho las paces con su novio tras una larga separación, estaba a la vez ilusionada y

asustada. Rogaba a Dios que olvidara lo desagradecida que había sido en el pasado y entendiera mis circunstancias.

Volvía a sentirme viva y la alegría regresó a mi hogar. La risa de Chirin resonaba de nuevo por las habitaciones cuando corría y jugaba, me echaba los brazos al cuello y me colmaba

de besos.

Yo sabía que los prisioneros de guerra vivían en condiciones terribles y que Masud sufría, pero también que todo eso pasaría. Lo único que importaba era que estaba vivo.

Todos los días aguardaba la noticia de

su liberación. Limpiaba y ordenaba la casa, arreglaba su ropa. Pero los meses pasaban y cada mes era más difícil que el anterior, aunque la esperanza de volver a verlo me mantenía en pie.

Por fin, una noche de verano lo trajeron a casa. Unos días antes, decoraron las calles

del barrio con luces y banderines para darle la bienvenida, y el olor de las flores, los pasteles y los almíbares llenaba de vida nuestra casa. El apartamento estaba abarrotado de

personas, a muchas de las cuales no conocía. Me emocionó ver a mi prima Mabubeh y su

marido. Cuando me di cuenta de que también había venido su suegro, fui a besarle la mano, pues para mí era la personificación del amor y la piedad.

La señora Parvin se encargó de la recepción. Mansureh, Fati, Manijeh y Firuzeh, que

ya era una joven muy guapa, llevaban varios días con los preparativos.

—Tíñete el pelo, hermana. Si el chico te ve así, se desmayará —me había dicho el día

antes Fati.

Tenía razón. Yo habría accedido a

cualquier cosa. Me tiñó el cabello y me depiló las

cejas.

—¡Es como si mi tía fuera a casarse!
Está tan guapa que parece una novia —
exclamó

Firuzeh, riendo.

—Sí, cariño, como si fuera el día de mi boda, o aún mejor. El día que me casé no estaba tan feliz como hoy.

Me puse un bonito vestido verde, el color favorito de Masud; Chirin llevaba uno rosa

que acababa de comprarle. A primera hora de la tarde ya estábamos listas y esperando.

Vino mi madre con Alí y su familia. También Ehteram-Sadat, que seguía destrozada; su dolor, aunque reprimido, iba agudizándose con el tiempo. Eludí su mirada, pues me daba

una extraña vergüenza que mi hijo estuviera vivo y el suyo, muerto.

—¿Por qué has traído a Ehteram? —le pregunté a mi madre.

—Ella ha querido venir. ¿Pasa algo?

—La envidia que traslucen sus ojos me

incomoda.

—¡No digas bobadas! No es envidia. Es la madre de un mártir; su estatus es mucho

mayor que el tuyo. Dios la tiene en gran estima. ¿De verdad la crees capaz de envidiarte?

No, hija mía, se alegra mucho por ti, no tienes que preocuparte.

Quizá mi madre estuviera en lo cierto; quizá la fe de Ehteram-Sadat fuera tan grande

que la mantenía viva. Procuré no pensar más en ella, pero seguí esquivando su

mirada.

Chirin encendía una y otra vez el pequeño brasero para quemar ruda, pero se apagaba

continuamente.

Ya eran más de las nueve y mi paciencia empezaba a agotarse, cuando llegó la

comitiva. Pese a los sedantes que me había tomado y el tiempo que había tenido a fin de

prepararme para aquel momento, fui presa de fuertes temblores y me desmayé. ¡Qué maravilloso fue abrir los ojos y encontrarme en brazos de Masud!

Mi hijo estaba más alto, pero también más flaco y pálido. Sus ojos habían cambiado. Las

experiencias vividas lo habían hecho madurar. Cojeaba y tenía dolores. Por su actitud, su

insomnio y las pesadillas que tenía cuando conseguía dormir comprendí lo mucho que había sufrido. Pero no le gustaba hablar de lo ocurrido.

Había recibido tratamiento en varios hospitales tras ser capturado gravemente herido

por el ejército iraquí. Algunas de sus heridas no estaban curadas, y a veces

sufría un dolor insoportable y fiebre. El médico aseguró que su cojera podía corregirse con una complicada operación, de modo que, cuando hubo recuperado las fuerzas, se sometió a dicha operación, que por suerte salió bien. Lo cuidé y lo mimé como si fuera un crío. Cada

momento con él era valiosísimo. Me gustaba sentarme a su lado y contemplarlo mientras

dormía, cuando su hermoso rostro parecía el de un niño. Le puse un apodo, «Regalo de Dios», porque así era: Dios me lo había devuelto.

Poco a poco fue recobrando la salud

física, pero emocionalmente no era el joven enérgico y alegre de antes. Ya no dibujaba ni tenía planes de futuro. A veces venían a verlo sus amigos, soldados o compañeros de celda, y se distraía un rato. Pero luego volvía a encerrarse en sí mismo. Pedí a sus amigos, entre quienes había hombres de todas las edades, que no lo dejaran solo.

Decidí hablar de la depresión de Masud con el señor Magsudi, un camarada de mi hijo

en el frente, que con el tiempo acabaría ejerciendo una influencia decisiva en la vida de Masud. De unos cincuenta años y rostro bondadoso, parecía una persona

de mundo, y Masud sentía gran respeto por él.

—No se preocupe —me dijo—. A todos los que estuvimos en el frente nos ha pasado

más o menos lo mismo. Y a este pobre chico, encima, lo hirieron de gravedad. Poco a poco se recuperará. Lo que necesita es empezar a trabajar.

—Es que es muy inteligente y tiene un gran talento —objeté—. Quiero que estudie.

—Pues debería. Como veterano de guerra, podrá ir a la universidad.

Eufórica, busqué los libros de mi hijo y le dije:

—Bueno, la convalecencia ya ha terminado. Debes empezar a planear tu futuro y

acabar lo que dejaste a medias. Y lo más importante es tu educación. Comenzarás hoy mismo.

—No, mamá, es demasiado tarde —murmuró él—. Mi cerebro ya no funciona y no

tengo paciencia para estudiar y preparar los exámenes de ingreso. Jamás me admitirán.

—Te equivocas, hijo mío. Puedes utilizar las cuotas y los beneficios de los veteranos

para ingresar en la universidad.

—¿Qué quieres decir? Da igual si soy veterano o no; si no apruebo, no me admitirán.

—Si te preparas, sacarás mejor nota que muchos. Y el derecho a obtener un título universitario es un privilegio concedido a todos los veteranos.

—Es decir, me ofrecen el derecho a arrebatarme a alguien su derecho. No, así no lo quiero.

—Estarás aceptando algo que legítimamente te pertenece, un derecho que te robaron

de forma injusta hace cuatro años.

—¿Y sólo porque me lo quitaron a mí entonces, ahora tengo que hacerle lo mismo a

otro? —arguyó.

—Te parecerá bien o mal, pero es la ley. ¿Qué pasa, es que acaso te has acostumbrado

a tener siempre la ley en contra? Hijo mío, a veces la ley nos favorece. Luchaste y sufriste por este pueblo y este

país. Ahora el pueblo y el país quieren recompensarte. No es justo

que lo rechaces.

De esas discusiones interminables salí victoriosa. Desde luego, Firuzeh desempeñó en

ello un papel decisivo. Estaba en los últimos años de la enseñanza secundaria y venía a diario con sus libros a nuestro apartamento para que Masud la ayudara con los deberes y,

de paso, lo obligaba a estudiar. Su hermoso y agradable rostro devolvió la alegría a mi hijo. Estudiaban, charlaban y reían juntos. De vez en cuando, yo

insistía en que se olvidaran de los libros y salieran a divertirse.

Cuando Masud presentó una solicitud en la Facultad de Arquitectura, lo aceptaron.

Cubriéndolo de besos, lo felicité.

—La verdad, madre, no tengo derecho a esto —me dijo riendo—, pero ¡estoy muy

contento!

El siguiente reto de Masud era encontrar trabajo.

—Para un chico de mi edad es muy

embarazoso seguir siendo una carga para su

madre —solía decir. Y en varias ocasiones hasta especuló con dejar la universidad.

Una vez más acudí al señor Magsudi, que ocupaba un puesto relativamente importante

en un ministerio.

—Claro que hay trabajo para él —aseguró con aplomo—. Y no tiene por qué interferir

en sus estudios.

Masud aprobó sobradamente los exámenes, el proceso de selección y las entrevistas,

que en realidad eran pura formalidad, y lo contrataron. De pronto parecía que su estigma

se hubiera desvanecido. Ahora era una piedra preciosa. Y a mí, por ser la madre de un veterano de guerra, también me trataban con respeto y me ofrecían trabajo y recursos que

a veces tenía que rechazar.

Ese cambio tan drástico se me antojaba cómico. Qué mundo tan extraño; ni su cólera

ni su bondad tenían fundamento alguno.

9

Llevaba una existencia apacible y ordenada. Mis tres hijos gozaban de buena salud, tenían

éxito en la vida y sacaban adelante su trabajo y su educación. Y no teníamos dificultades

económicas. Yo percibía unos ingresos altos y el sueldo de Masud, que al ser veterano de

guerra también podía beneficiarse de ayudas para comprarse un coche y una casa, superaba la media. Además,

Siamak, que había terminado de estudiar y estaba trabajando,

nos ofrecía siempre su ayuda económica.

Cuando finalizó la guerra, Parvaneh empezó a viajar a Irán con regularidad. Cada vez

que nos veíamos, los años y la distancia se esfumaban y nos transportábamos a nuestra juventud. Mi amiga seguía tan alegre y bromista como siempre, y me reía mucho con ella.

Jamás olvidaría el favor que me había hecho. Durante diez años había cuidado de mi hijo

como una madre abnegada. Y Siamak todavía pasaba las vacaciones con Parnaveh y su familia. Mi amiga me obsequiaba con detalles de la vida de mi hijo, mientras yo, con los

ojos cerrados, trataba de construir mentalmente el tiempo perdido con Siamak. Lo único

que a veces empañaba mi horizonte era las ganas de verlo.

Siamak llevaba dos años insistiéndome para que fuera a Alemania, pero mi

preocupación por Masud y Chirin, que todavía era pequeña, me lo había impedido. Sin embargo, llegó un

momento en que ya no pude soportarlo más y decidí emprender el viaje.

Estaba nerviosísima; cuanto más se acercaba la fecha de mi partida, más inquieta me sentía.

No podía creer que hubiera aguantado diez años lejos de mi hijo; había estado tan enfrascada en las dificultades cotidianas, que pasaban días sin que mirara siquiera su fotografía. Hamid solía decir: «El estrés y la melancolía infundados son rasgos burgueses.

Cuando tienes el estómago lleno, cuando no te preocupan las penalidades de los demás, desentierras esas emociones insípidas.» Quizá tuviera razón, pero yo

siempre había sufrido

por estar lejos de Siamak, y como no podía remediarlo, había sofocado tales emociones sin admitir cuánto necesitaba verlo. Ahora que llevaba una vida bastante tranquila, me sentía autorizada a echarlo de menos y a tener unas ganas irreprimibles de estar con él.

Cuando nos despedíamos, Chirin, muy atribulada, me dijo con todo descaro:

—No estoy triste porque te marches, sino porque a mí no me han dado el visado.

Era una sabihonda de catorce años que, segura del amor que recibía, soltaba lo

primero que le pasaba por la cabeza.
Pese a sus objeciones, la dejé en manos
de Masud,

Fati, Mansureh y Firuzeh, y me marché a
Alemania.

Pasé la aduana del aeropuerto de
Frankfurt y miré alrededor con ansia. Un
joven atractivo

se me acercó. Lo miré: sólo reconocí
sus ojos y su sonrisa. Su flequillo
despeinado me recordó a Hamid. Pese a
las numerosas fotografías de Siamak que
tenía repartidas por toda

la casa, seguía esperando encontrar a un
chico inmaduro de cuello delgado. Sin

embargo,

mi hijo se había convertido en un hombre alto y elegante, que estaba ante mí con los brazos abiertos. Apoyé la cabeza en su pecho y me abrazó con fuerza. ¡Qué placer acurrucarte como una niña en los brazos de tu hijo! Apenas le llegaba a los hombros.

Aspiré su olor y lloré de pura felicidad.

Tardé un poco en reparar en la hermosa chica que se apresuraba a tomarnos

fotografías. Cuando Siamak me la presentó, me costó creer que fuera Lili, la hija de Parvaneh.

—¡Cuánto has crecido y qué guapa estás! Había visto fotos tuyas, pero ¡no te hacen

justicia! —exclamé, abrazándola. Ella rió con ganas.

—Primero iremos a casa de Lili —dijo mi hijo cuando nos subimos a su pequeño

coche—. La tía Parvaneh ha preparado la comida y nos espera. Esta noche, o mañana si lo

prefieres, iremos a la ciudad donde vivo. Está a dos horas de viaje.

—¡Estupendo! —repuse—. No se te ha

olvidado el persa y tampoco tienes acento.

—Claro que no se me ha olvidado. Aquí hay muchos iraníes. Y la tía Parvaneh se niega a hablar conmigo si no es en persa. Y con sus hijos se muestra aún más implacable.

¿Verdad, Lili?

Por el camino a casa de mi amiga, me percaté de que entre Lili y Siamak había una

atracción que iba más allá de la amistad.

Parvaneh nos recibió con gran alegría en su casa, muy bonita y acogedora. Me

pareció que

Josrow, su marido, había envejecido mucho, pero al fin y al cabo hacía catorce o quince

años que no lo veía, así que supongo que él pensó lo mismo de mí. Sus hijos también se

habían hecho mayores. Laleh hablaba persa con acento muy marcado y Ardalan, que había

nacido en Alemania, nos entendía, pero no respondía en persa.

Aunque Parvaneh insistió en que pasáramos la noche en su casa,

decidimos ir a la de

Siamak y volver al hogar de mi amiga el fin de semana siguiente. Necesitaba al menos una

semana para reencontrarme con mi hijo, teníamos mucho de que hablar. Pero cuando por

fin nos quedamos solos, no sabía qué decirle, ni por dónde empezar ni cómo salvar la brecha creada por tantos años de separación. Él me preguntó por varios miembros de la familia, y le dije que estaban bien y que le mandaban recuerdos.

—¿Aquí siempre hace tan buen tiempo?

No te imaginas el que hace en Teherán...

añadí.

Nos llevó veinticuatro horas romper el hielo y soltarnos. Por suerte, teníamos todo el

fin de semana por delante. Mi hijo me refirió los apuros que había pasado tras separarse de nosotros y los peligros a los que se había enfrentado al cruzar la frontera; me habló de la vida en el campamento de refugiados, de la universidad y, por último, de su trabajo. A mi

vez, le hablé de Masud, de cuánto había

sufrido, de los días en que lo di por
muerto y de

su regreso. Y de Chirin, de sus
travesuras y chiquilladas, que me
recordaban más a él que

a su hermano mediano.

El lunes, cuando Siamak fue a trabajar,
salí a dar un paseo por el barrio.

Impresionada

con lo grande y bonito que era el mundo,
me di cuenta de nuestra ingenuidad al
creernos

el centro del universo.

Aprendí a comprar. Todos los días preparaba la cena y esperaba el regreso de mi hijo,

y todas las noches salíamos para que me enseñara algún sitio nuevo. Hablábamos sin parar, pero no discutíamos de política. Siamak llevaba tanto tiempo fuera de Irán que ya

no entendía la nueva coyuntura del país. Hasta el vocabulario y las expresiones que utilizaba estaban pasadas de moda, y me recordaban los primeros días de la revolución. A

veces incluso me hacía reír.

—¿Por qué te ríes de mí? —me dijo un

día, enfadado.

—Hijo mío, no me río de ti. Es que a menudo dices unas cosas muy raras.

—¿Raras? ¿En qué sentido?

—Cosas que ya sólo se oyen en las emisoras de radio extranjeras —le expliqué.

—¿Emisoras de radio extranjeras?

—Sí, las emisoras que transmiten desde fuera del país; sobre todo las dirigidas por grupos opositores. Mezclan las noticias verdaderas y las falsas, igual que tú, y utilizan expresiones de hace años. Hasta un chiquillo se daría cuenta

al instante de que transmiten

desde el extranjero. En ocasiones dicen cosas cómicas, también irritantes, por supuesto.

Por cierto, ¿todavía simpatizas con los muyahidines?

—¡Qué va! La verdad es que no acepto ni comprendo algunas cosas de las que hacen.

—¿Como qué?

—Como unirse al ejército iraquí para atacar Irán; luchar contra el ejército iraní. A veces me pregunto qué habría pasado de haberme quedado con ellos.

Quizá me hubiera encontrado cara a cara con Masud en el campo de batalla. Es una pesadilla recurrente que me despierta muchas noches.

—Gracias a Dios que entraste en razón.

—No tanto. Últimamente pienso mucho en papá; era un gran hombre, ¿verdad?

Deberíamos sentirnos orgullosos de él. Aquí hay mucha gente que comparte sus creencias.

Están deseando conocerte y oírte hablar de mi padre.

Lo miré recelosa. Aquel viejo dilema

seguía atormentándolo. Yo no quería

distorsionar la imagen que tenía de Hamid ni robarle el orgullo que sentía, pero interpreté esa necesidad y esa dependencia como muestra de su inmadurez.

—Mira, Siamak, no tengo paciencia para esa clase de teatro —expliqué—. Ya sabes que no compartía las creencias de tu padre. Era un hombre bueno y honrado, pero también

tenía sus defectos. El mayor era su tendencioso punto de vista. Para él y para quienes participaban de sus ideas políticas, el mundo se dividía en dos bandos. O estabas con ellos o contra

ellos, y censuraban cuanto tuviera relación con el otro grupo. Incluso en el arte, sólo consideraban buenos artistas a quienes compartían su perspectiva; los demás eran unos ineptos. Si yo decía que me gustaba un cantante, o creía que determinado poeta era

bueno, tu padre argumentaba que dicho cantante o poeta apoyaba al sah o era

anticomunista y, por tanto, su obra no valía nada. De hecho, hacía que me sintiera culpable por escuchar ciertas canciones o leer ciertos poemas.

»No tenían opiniones personales ni preferencias individuales. ¿Te acuerdas del día que murió el ayatolá Taleghani?

Nuestros vecinos, los señores Dehghani, que eran partidarios

de una facción izquierdista, nos telefonearon y vinieron a casa porque no sabían qué hacer.

Antes de morir, el ayatolá había censurado a los rebeldes sublevados en Kurdistán.

Nuestros vecinos no sabían qué postura adoptar ante su muerte, y durante días buscaron a

los líderes de la izquierda para enterarse de si debían lamentarla o no. Al final se decidió que el ayatolá había defendido al pueblo y, por tanto, había

que llorar su muerte. ¡Y, de pronto, el señor Dehghani se desplomó y empezó a sollozar por el difunto! ¿Te acuerdas?

—No.

—Pues yo sí. Quiero que te bases en tus propias ideas y creencias, que leas y estudies

para valorar lo bueno y lo malo de todo, y que luego extraigas conclusiones y decidas. La

ideología pura es una trampa; te convertirá en una persona con prejuicios, impedirá que te

formes tu propio criterio y tus propias

opiniones, y te hará tendencioso. Y al final te convertirá en un fanático. Si quieres, no tendré reparos en contarles todo esto a tus amigos y enumerarles también los errores que cometió tu padre.

—Pero ¿qué dices, mamá? —repuso Siamak, enojado—. Tenemos que mantener vivo

su recuerdo. ¡Fue un héroe!

—Estoy harta de heroísmos. Y los recuerdos del pasado son tan amargos que no

quiero revivirlos. Además, deberías olvidarte de eso y pensar en tu futuro.

Tienes toda la

vida por delante, ¿por qué quieres hundirte en el pasado?

No sé hasta qué punto mi hijo aceptó lo que le dije, ni si mis palabras influyeron en él

de algún modo, pero no volvimos a hablar de política.

Le pregunté por Parvaneh y su familia con vistas a averiguar el secreto que ocultaba

en su corazón.

—No puedes imaginarte lo inteligente y

buena que es Lili —me confió al final —.

Estudia Dirección de empresas. Acaba este año y ya podrá empezar a trabajar.

—¿Estás enamorado de ella?

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

—Me di cuenta en el aeropuerto — comenté riendo—. Las madres percibimos esas

cosas enseguida.

—Queremos comprometernos, pero hay problemas.

—¿Qué problemas?

—Su familia. La tía Parvaneh es maravillosa, por supuesto. Ha sido como una madre

para mí y sé que me quiere mucho. Pero en este caso se ha puesto del lado de su marido.

—¿Y qué dice Josrow?

—No lo sé. No lo aprueba y pone extrañas restricciones y condiciones. Piensa como

los iraníes de hace un siglo. Como si no hubiera pasado tantos años estudiando y viviendo

aquí.

—¿Qué dice concretamente?

—Nosotros queremos comprometernos, pero él dice: «¡No, no podéis!»

—¿Nada más? No te preocupes, hablaré con ellos y me enteraré de qué problema hay.

Parvaneh no tenía ninguna objeción, más bien al contrario, se alegraba de la relación

de Siamak y Lili.

—Siamak es como un hijo para mí —me explicó—. Es iraní, habla nuestro

idioma y

nos entendemos muy bien. Siempre temo que mis hijas se casen con un alemán con quien

yo no pueda establecer ninguna relación. Lo sé todo sobre Siamak, incluso sé quiénes eran

sus antepasados. Es inteligente, ha sido buen estudiante, ahora tiene éxito y lo espera un

gran futuro. Y lo más importante es que Lili y él se quieren.

—Entonces, ¿qué problema hay? Tengo entendido que Josrow Jan no piensa

como tú.

—Nosotros sí pensamos igual, pero quienes piensan diferente son los chicos.

Seguimos siendo iraníes y no podemos aceptar ciertas cosas, pero nuestros hijos han crecido aquí y no entienden nuestro punto de vista. Siamak y Lili siguen hablando de un

noviazgo largo.

—¡Me sorprendes, Parvaneh! ¿Qué hay de malo en que quieran estar comprometidos

un año? Ahora eso es lo normal en Irán. A lo mejor desean conocerse mejor, o

ahorrar un

poco de dinero antes de casarse. A lo mejor sólo quieren darse algo más de tiempo.

—¡Qué ingenua eres! ¿No sabes a qué se refieren con un noviazgo largo? Lo que quieren es un matrimonio informal. Vivir juntos, como hacen algunos jóvenes aquí. Y para

ellos, «largo» significa como mínimo cinco años; después decidirán si desean seguir juntos o no. Si deciden continuar, se casarán; si no, se separarán. Y no les importa tener un hijo entretanto; si se separan, se quedará con uno de los dos.

—¡No puede ser! —exclamé, con los ojos como platos—. Dudo mucho que se refieran a eso cuando hablan de un noviazgo largo.

—Pues sí, querida. Todas las noches, Lili y Josrow se pelean por ese motivo. La verdad es que su padre nunca lo aceptará. Y supongo que lo entenderás.

—¡Por supuesto! —repuse, estupefacta—. ¿Cómo se atreven? ¡Ay, si se enteran

Mahmud y los demás! Ahora entiendo por qué Josrow Jan estaba tan frío y distante.

¡Pobre hombre! No esperaba esto de

Siamak; parece que haya olvidado de dónde procede.

¿Tanto se ha occidentalizado? En Irán, una simple conversación entre un chico y una chica

todavía puede hacer correr la sangre, ¿y mi hijo pretende vivir con la hija de un hombre

cinco años sin casarse con ella? ¡No puede ser!

Esa noche nos sentamos todos y estuvimos hablando casi hasta el amanecer. Siamak y

Lili expusieron la conveniencia de

conocerse bien antes de casarse y el escaso valor de un

papel; y nosotros, el valor de una familia bien estructurada y la necesidad de celebrar una boda oficial y respetar los lazos de parentesco. Al final llegamos a la conclusión de que,

por el bien de todos, los chicos pasarían por el trámite «absurdo e irrelevante» de la boda, y que si llegaba el día en que no querían seguir juntos, podrían divorciarse firmando otro

papel. También decidimos que debían casarse mientras yo estuviera en Alemania, tan pronto como hubieran encontrado una vivienda y estuvieran

preparados para convivir.

—¡Cuánto te lo agradezco! —dijo Josrow—. No puedes imaginar el peso que me has

quitado de encima.

—Qué mundo tan extraño. Me cuesta mucho asimilar todo esto.

La boda de Lili y Siamak fue el colofón de aquel viaje tan bonito. Me hacía muy feliz tener una nuera tan buena, inteligente y encantadora, que además era hija de Parvaneh.

Estaba pasándolo tan bien que no quería volver a casa.

Siempre conservaré los maravillosos recuerdos de esa época. Los mejores *souvenirs* que me llevé de Alemania fueron las fotografías que más tarde adornaron paredes, estantes

y mesas de mi hogar.

Los buenos años pasaron tan deprisa que apenas me di cuenta. Chirin ya estaba en el último curso de la escuela y Masud terminando su último trimestre universitario. Mi hijo

estaba muy atareado con el proyecto de fin de carrera y su tesis, y cada vez tenía más responsabilidades en el trabajo. Pero su reciente silencio nada tenía que ver con eso. Algo lo preocupaba y

quería hablar conmigo, pero no acababa de decidirse. Eso me sorprendió,

porque siempre habíamos tenido mucha confianza el uno con el otro. Sin embargo, dejé que lidiara con sus dudas. Al final, una noche, aprovechando que Chirin se había marchado a la fiesta de cumpleaños de una amiga suya, se sentó a mi lado y me dijo:

—Mamá, ¿te enfadarías mucho si decidiera irme a vivir a otra casa y os dejara a Chirin y a ti solas?

Se me cayó el alma a los pies. ¿Qué había pasado para que quisiera irse?

—Todos los hijos abandonan a sus

padres algún día —dije, tratando de mantener la calma—, aunque depende de cuál sea la razón.

—El matrimonio, por ejemplo.

—¿El matrimonio? ¿Quieres casarte? — pregunté sorprendida—. ¡Hijo mío, qué buena

noticia! ¡Mi sueño hecho realidad!

La verdad es que llevaba años soñando con el día en que mi hijo se casara con Firuzeh. Se gustaban desde niños y siempre habían sido muy amigos.

—Gracias a Dios. Temía que no lo aprobaras.

—¿Por qué no iba a aprobarlo?
¡Felicidades! Pero dime, ¿cuándo
quieres que

celebrems la boda?

—¡Tranquila, mamá! Primero he de
pedir su mano y ver si quiere ser mi
esposa.

—¡Bobadas! Claro que querrá. ¿Quién
mejor que tú? Su familia te adora desde
que eras pequeño. Y más de una vez han
hecho comentarios velados extrañándose
de que todavía no te hubieras declarado.
La pobre Firuzeh era quien lo llevaba
peor. A mí nunca

consiguió esconderme su secreto. Se le

nota en la cara. ¡Ay, qué chica tan adorable! Será

una novia preciosa.

—¿Firuzeh? Pero ¿qué dices? —
exclamó Masud, mirándome incrédulo
—. Firuzeh es como una hermana para
mí, igual que Chirin.

Me quedé atónita. ¿Cómo podía haberme equivocado tanto? Aquella relación tan

íntima, aquellas miradas cómplices, las largas horas compartiendo confidencias, todo ello

¿estaba basado en el amor fraterno? Me maldije por haberme precipitado.

—Entonces, ¿quién es? —pregunté, tratando de serenarme, aunque incapaz de

reprimir un deje de frialdad.

—Ladan, la prima de Mina. Tiene veinticuatro años y es muy guapa. Pertenece a una

familia respetable. Su padre ya se jubiló, pero trabajaba en el Ministerio de Transporte.

—Sé quiénes son. ¿Cuánto tiempo llevas ocultándomelo, granuja? ¿Cómo es que no

habías dicho nada? —Me eché a reír

para paliar mi frialdad inicial, y mi risa animó a Masud, que se puso a hablar como un crío.

—La conocí hace tres meses, y sólo hace uno que nos expresamos nuestros sentimientos.

—¿Sólo hace tres meses que la conoces y ya has decidido casarte? ¡Menuda fiebre te

ha dado!

—¿Por qué, mamá? Hay hombres que piden en matrimonio sin haber visto nunca a la

novia.

—Ya lo sé, hijo mío. Pero hay dos clases de matrimonio: uno basado en el raciocinio y

en determinadas condiciones, y el otro, en el amor. El matrimonio tradicional, en el que alguien presenta a los novios y hay una pedida formal, pertenece a la primera clase. En ese caso, se examinan las circunstancias de ambas partes, las dos familias expresan sus expectativas, los mayores valoran las condiciones, se establece un compromiso, y cuando

todos están seguros de que hay posibilidades, se arreglan una serie de citas para los futuros novios. Si se

gustan, se casan con la esperanza de llegar a quererse algún día.

»Pero, en un matrimonio basado en el amor, dos personas desarrollan profundos

sentimientos mutuos sin prestar mucha atención a nada más. Como se aman, no se fijan en

cosas que podrían faltar en su relación, y se adaptan. Si los demás les plantean objeciones, aceptan la responsabilidad y les plantan cara y, haciendo caso omiso a toda lógica y racionalidad, se casan. Por lo visto, tu plan encaja en el segundo modelo, y en este caso, la pareja debe conocerse muy bien y

asegurarse de que su amor es sólido y lo bastante duradero para compensar cualquier incompatibilidad y resistir la desaprobación de los demás. Y dicho esto, ¿no te parece que tres meses no es tiempo suficiente para establecer

ese vínculo tan profundo y alcanzar el amor verdadero?

—Lo siento, mamá, pero ya vuelves a filosofar —dijo Masud, impaciente—. Quiero

que mi matrimonio sea una mezcla de los dos tipos que has descrito. ¿Por qué no podemos

estar enamorados y, además, cumplir las

condiciones? Creo que el problema es que no sabes nada del amor. Según lo que me has contado, hasta dos o tres días después de tu boda no tuviste ocasión de ver bien a tu marido. Por tanto, no creo que puedas juzgar el

amor. Ladan dice: «El amor es como una manzana que cae en tu regazo. Pasa en una

milésima de segundo.» ¿No te parece una interpretación preciosa? Es una chica muy sensible. Tienes que conocerla.

Me apené mucho. Me habría gustado decirle que hubo un tiempo en que habría dado

la vida por la persona que amaba.

—¿Qué sé yo del amor? —repuse en cambio, reprimiéndome—. ¿Qué sé yo de mí

misma? Como decía Forough, «todas mis heridas son producto del amor».

—Pero nunca dijiste nada.

—Y ahora tampoco lo digo. Sólo quiero que sepas que no eres el único que entiende

de sentimientos.

—Entonces, ¿qué propones?

—No propongo nada. Tenéis que daros tiempo, poner vuestro amor a prueba y dejar

que se temple.

—No tenemos tiempo —replicó mi hijo—. Hay otro pretendiente. Han pedido su

mano y sus padres podrían darla en matrimonio en cualquier momento. ¡Y entonces nos perderíamos para siempre!

—Eso ya es una prueba. Si te quiere de verdad, no dejará que la obliguen a casarse.

—No conoces sus circunstancias. Su

familia está presionándola. Justamente tú

deberías entenderlo mejor que nadie.

—Hijo mío, es una chica instruida e inteligente, y por lo que dices, sus padres deben

de ser gente honrada. Son muy diferentes a tus abuelos hace treinta años. Si ella dice que

no quiere casarse tan pronto, lo entenderán y no la obligarán. Las cosas han cambiado.

—¿Qué ha cambiado? Nuestra cultura es la de siempre. Las familias siguen

pensando

que el único objetivo de las chicas es casarse, a lo que pueden obligarlas. De hecho, sus

padres querían casarla cuando cumplió dieciocho años, pero ella se negó.

—Pues entonces podrá negarse un año más —argumenté.

—¡Mamá! En el fondo no quieres que me case con ella, ¿verdad?

—No he dicho eso. Ni siquiera la conozco. A lo mejor es una persona maravillosa. Lo

único que te pido es que esperes.

—¡Es que no podemos esperar!

—Está bien —repliqué, enojada—.

Entonces, ¿me explicas lo que se supone que

tengo que hacer?

Masud se levantó y me puso un papel delante.

—Éste es su teléfono. Llámalos ahora mismo y queda con ellos mañana.

Estaba confusa. Por una parte, me resistía a obedecer a mi hijo, pero, por otra, temía

tomar partido contra una chica a la que no conocía. Recordé que cuando Mahmud expresó

su deseo de casarse con Mabubeh, mi madre le había dado largas y lo había retrasado todo.

Además, era la primera vez que mi hijo me pedía algo con vehemencia. No debía negarme. Sin embargo, no lograba apartar de mi mente las caras de disgusto de Firuzeh,

Fati y Sadeg Jan. ¡Qué decepcionados se quedarían!

—¿Estás seguro de que no quieres pensártelo un poco más?

—No, mamá. Su padre dijo que, si había otro pretendiente, debía presentarse antes del

fin de semana, y que si no, Ladan se casaría con el que le han escogido ellos.

No tenía alternativa, así que telefoneé. Enseguida supieron quién era; era evidente que

estaban esperando mi llamada.

Masud se alegró. Era como si se hubiera quitado un peso de encima. No paraba de revolotear a mi alrededor.

—Vamos a comprar pastas para mañana
—propuso.

Yo no estaba de humor y no había terminado mi trabajo, pero pensé que si me negaba

lo interpretaría como otra señal de desaprobación. No quería estropearle su felicidad. En el coche, mientras mi hijo hablaba sin parar, yo sólo pensaba en Firuzeh y en Fati. ¿No había

sido la presencia de Firuzeh lo que había devuelto a Masud las ganas de vivir y reavivado

su interés por los estudios? Entonces, ¿qué había pasado? ¿Tan equivocada estaba, yo que

tan bien conocía a mi hijo?

Chirin, con su perspicacia característica, se percató enseguida del extraño ánimo de Masud.

—¿Qué está pasando? —me preguntó—. ¡Mi hermano está radiante de felicidad!

—Nada. Cuéntame cómo ha ido la fiesta de cumpleaños. ¿Lo has pasado bien?

—Sí, ha sido muy divertida. Hemos puesto música y bailado. Por cierto, quiero

celebrar mi cumpleaños e invitarlos a todos. He ido a casa de todas mis amigas, pero todavía no he dado ninguna fiesta. ¿Qué te parece el mes que viene?

—Pero ¡si tu cumpleaños es en verano!

—No importa. Es por tener una excusa. Aquí nunca celebramos nada; es una buena ocasión para invitar a mis amigos.

—A lo mejor pronto celebraremos algo y podrás invitar a tus amigos a una boda.

—¿Una boda? ¿Qué boda? —dijo mi hija, volviéndose y mirando a su hermano.

—La mía —contestó él—. La boda de tu hermano. ¿Te gustaría que me casara?

—¿Tú? ¿Casarte? Pues no, la verdad. No me gustaría —soltó Chirin sin rodeos—.

Pero supongo que dependerá de quién sea la novia.

—No la conocemos —tercié—. Se hicieron amigos y resulta que se gustan.

—No me digas que es esa chica tan descarada que llama cada dos por tres —dijo Chirin—. Es ella, ¿no? Ya sabía yo que pasaba algo. Es esa pesada que llama y cuelga, mamá.

—¿Por qué la llamas «pesada»? —repuso Masud, sonrojándose—. Lo que pasa es que es tímida. Cuando llama y otra persona se pone al teléfono, le da vergüenza y cuelga.

—¿Tímida? —se burló mi hija—. A

veces sí habla y pregunta con todo descaro:

«¿Está Masud Jan en casa?» Y cuando le pregunto cómo se llama, se pone coqueta y dice

que llamará más tarde. ¡Menuda engreída!

—¡Basta! —la reprendió Masud. Se volvió hacia mí y dijo—: Por cierto, deberíamos

encargar flores para mañana. Y acuérdate de vestirme elegante...

—¡Cualquiera diría que has pasado por esto un centenar de veces! —exclamé

sorprendida—. ¡Qué bien conoces la rutina!

—No tanto. Es que Ladan me explicó lo que hay que hacer para complacer a sus padres.

—¡Yo también iré! —anunció Chirin.

—No —la corté—. Podrás acompañarnos la próxima vez que vayamos a verlos.

—¿Por qué no? Tengo que conocerla. Soy la cuñada y debo dar mi aprobación.

—No, porque en este caso la cuñada todavía es una cría —puntualizó Masud.

—¡No soy ninguna cría! Tengo dieciocho años. Por favor, mamá, ¿por qué no dices nada?

—Masud, ¿qué inconveniente hay en que tu hermana nos acompañe? La tradición es

que vayan la madre y la hermana del pretendiente a pedir la mano de la chica. Y no la llames «cría». A su edad, yo ya era madre.

—No, mamá, no es prudente. Podrá venir la próxima vez.

Chirin se enfurruñó y lloró, pero no consiguió que Masud cambiara de opinión. Por lo

visto, mi hijo había recibido órdenes de más arriba y tenía que cumplirlas.

La cesta de flores era tan grande que no cabía en el coche. Al final conseguimos meterla

en el maletero, pero tuvimos que dejar la portezuela abierta.

—¿Por qué has comprado una cesta tan grande? —pregunté.

—Ladan me aconsejó: «Tienes que comprar el ramo más grande posible para que

destaque entre los de los demás pretendientes.»

—¡Qué tontería!

La casa de la familia de Ladan era vieja y de distribución caótica. Todas las habitaciones estaban amuebladas con antigüedades y adornadas con jarrones de porcelana.

Los sofás y las butacas, de estilo clásico, tenían patas altas, brazos dorados y tapicerías rojas, amarillas y naranja. Había reproducciones de cuadros antiguos con marcos gruesos

y ornamentados, y cortinas rojas de borlas y forro dorado. En lugar de un hogar acogedor,

parecía un hotel o un restaurante.

La madre de Ladan, que era aproximadamente de mi edad, iba teñida de rubio y muy

maquillada. Llevaba sandalias de tacón, sin medias, y fumaba sin parar. El padre, un

hombre circunspecto, de pelo entrecano y que fumaba en pipa, no paraba de hablar de su familia, de su prestigio y estatus, de sus reputados parientes y sus viajes al extranjero.

Sobre todo me dediqué a escuchar, y la velada transcurrió entre sencillas

presentaciones y conversaciones informales, y aunque me percataba de

que ellos estaban

esperando que sacara a colación el motivo de la reunión, me parecía que era demasiado pronto. Cuando pregunté dónde estaba el baño, la madre de Ladan se empeñó en

acompañarme a uno en la parte de la casa donde estaban las habitaciones privadas y los dormitorios. Quería enseñarme el resto de su hogar. Como pude ver, incluso en la sala de

estar todos los asientos estaban lujosamente tapizados y no había ni una sola butaca cómoda.

—Tienen una casa muy bonita —dije

por educación.

—¿Quiere ver las otras habitaciones? —
se ofreció.

—No, gracias. No quiero molestar.

—¡No diga eso! Venga, por favor.

Poniéndome una mano en la espalda,
casi me empujó hacia los dormitorios.
No me gustó, pero una mezcla de
curiosidad y malicia hizo que me dejara
llevar. Las cortinas de

los dormitorios eran gruesas y
suntuosas, adornadas con cintas y
borlas; el resto de los muebles eran
igual de ornamentados y del mismo

estilo.

—¿Por qué no has sacado el tema? —
protestó Masud una vez de regreso a
casa.

—¿Qué querías que dijera? Era nuestro
primer encuentro.

Entonces volvió la cabeza y ya no abrió
la boca durante todo el trayecto.

Cuando llegamos a casa, Chirin, que
seguía sin dirigirle la palabra a su
hermano, se moría de ganas de hablar
conmigo.

—¡Va, cuéntamelo todo! ¿Qué ha pasado
en el castillo?

—Nada especial.

—¡Vale, no me cuentes nada! —
refunfuñó mi hija, aún enfadada—. Al
fin y al cabo,

no pinto nada y sólo soy una
desconocida. Crees que soy una cría,
una espía, y me lo ocultas todo.

—No, cariño, eso no es cierto —dije
para consolarla—. Deja que vaya a
cambiarme y

te lo contaré.

—¡Cuenta, cuenta! —exclamó,
siguiéndome al dormitorio y sentándose
en mi cama

con las piernas cruzadas.

—Pregúntame y contestaré —repuse mientras me desvestía.

—¿Cómo es la chica?

Por mucho que intenté pensar en un rasgo destacado de Ladan, no se me ocurría.

—Es un poco bajita —dije tras vacilar—. Un poco más bajita que yo, pero más robusta.

—¿Cómo que robusta? ¿Quieres decir gorda?

—No, sólo llenita. Bueno, es que yo soy muy flaca. Que alguien sea más robusto que

yo no significa que sea gordo.

—¿Y el resto?

—Hum. Piel clara; pero iba muy maquillada y en la habitación no había mucha luz, así que no he podido distinguirlo muy bien. Me parece que tiene los ojos castaños y el pelo teñido de castaño claro, tirando a rubio.

—¡Oh! ¿Y cómo iba vestida?

—Falda negra ceñida, por encima de la rodilla, y chaqueta con estampado negro,

rosa

y morado.

—¿Pelo liso?

—Me parece que no. Se lo había rizado; demasiado, para mi gusto.

—¡Genial! ¡Una mujer cautivadora! ¿Y papá y mamá?

—No hables así, no está bien. Parecen muy respetables. Su madre es de mi edad; bueno, también iba muy maquillada, pero vestía con elegancia. Y la casa está llena de porcelana fina, antigüedades, cortinas de borlas y muebles con dorados.

—Y mi hermano, que después de la guerra se convirtió en un fanático que se enfadaba

si me maquillaba un poco y protestaba porque el pañuelo no me cubría toda la cabeza,

¿ahora quiere casarse con una chica así?
¿Qué dirán sus amigos de Hezbolá?

—La verdad es que no entiendo nada — admití—. Es como si todo se hubiera trastocado.

—Bueno, pero ¿te ha gustado la chica?

—Pues, ¿qué quieres que te diga?

Entonces me volví y vi a Masud en el umbral, mirándome con reproche.

Dolido, negó

con la cabeza y, sin decir nada, se metió en su habitación.

Cada vez que nos veíamos, las profundas diferencias entre ambas familias se hacían más evidentes, y no tardé en darme cuenta de que Masud y Ladan eran incompatibles.

Pero mi hijo no pensaba igual: estaba enamorado, y el amor lo cegaba y le impedía ser objetivo. Se resistía a hablar conmigo, y yo guardaba silencio. Las únicas palabras que intercambiábamos sobre el tema se

referían a las visitas a la familia de Ladan. Lo acompañaba a las citas sin hacer comentarios ni discutir, limitándome a escuchar las conversaciones.

Así me enteré de que, para la boda de la hermana mayor, los padres de Ladan habían

pedido una aportación de cien monedas de oro, y el yerno les había prometido el doble. Y

de dónde habían comprado la alianza de boda de la prima materna de Ladan, que se había

casado hacía poco, de cuánto les había

costado el vestido de boda y de qué piedras

preciosas llevaban las joyas que lucía su prima paterna en la ceremonia.

Sabía que no era todo verdad, por descontado; a veces las historias eran contradictorias.

—¡Qué suerte tienen! —comenté en una ocasión con absoluta malicia—. En estas

últimas semanas han ido ustedes al menos a diez bodas.

Se quedaron callados y se miraron, y me

di cuenta de que empezaban a aburrirse.
Pero

entonces se pusieron a discutir sobre si era mejor celebrar una boda en verano o en otoño.

No sabía qué hacer. Cuanto más lo intentaba, más me costaba encariñarme con aquella

muchacha y más imposible me parecía establecer una relación normal con aquella gente tan superficial, sólo interesada por el dinero, la ropa, los peinados y el maquillaje. Con todo, me resistía a mantener una conversación seria con Masud, pues temía que él interpretara cualquier comentario u

observación mía como una actitud defensiva. Prefería

que mi hijo descubriera por sí mismo las incompatibilidades que yo percibía.

Al final, presionado por Ladan, Masud me planteó de nuevo el tema y, con un

resentimiento y una frialdad que no le conocía, dijo:

—Bueno, mamá, ¿cuánto tiempo piensas seguir con este juego?

—¿Qué juego?

—Tu negativa a hablar sobre Ladan y yo y nuestros planes.

—¿Qué te gustaría que dijera?

—¡Pues que me dieras tu opinión!

—Es que a mí me interesa más la tuya

—repliqué—. Creo que ya conoces un poco mejor a la familia de Ladan. ¿Qué te parecen?

—¿Qué me importa su familia? Es a ella a quien quiero.

—Todos crecemos en determinada familia y compartimos un origen y unas experiencias.

—¿Y qué problema hay con sus orígenes? Su familia es gente con mucha

clase.

Me quedé perpleja, porque esa palabra antes no existía en el vocabulario de Masud.

—¿Qué quieres decir con que son gente con clase? Según tú, ¿en qué consiste la clase?

—¡No lo sé! —exclamó exasperado—. ¿Qué pregunta es ésa? Me refiero a que es

gente respetable.

—¿Por qué crees que es gente respetable? ¿Porque poseen muchas antigüedades?

¿Porque en lugar de pensar en la comodidad y la belleza se rodean de objetos caros?

¿Porque no paran de hablar de ropa y del color del pelo? ¿O porque hablan unos a espaldas de otros y están obsesionados con sus rivalidades?

—Pues a ti también te gustan las cosas bonitas. Siempre te quejas de que mi camisa y

mis pantalones no combinan, y para comprar un mueble vas a cien tiendas diferentes.

—Hijo mío, apreciar la belleza y querer que tu vivienda esté bien amueblada es

un reflejo de tu pasión por la vida, respecto a lo que no tengo nada en contra. El hogar de cada uno es una manifestación de su gusto, sus ideas y su cultura.

—Así pues, ¿cuando viste su casa te diste cuenta de que hay algo inadecuado en sus

ideas y su cultura?

—¿Tú no?

—Pues no.

—¿Has visto alguna librería, por pequeña que sea, en esa casa? ¿A alguien leyendo?

¿Alguna vez los has oído hablar de un libro, de una obra de arte o una antigüedad sin mencionar su valor económico?

—¡Qué tonterías! No todo el mundo pone su biblioteca a la vista. ¿Cómo se te ocurre

buscar dónde guardan los libros?

—Porque quiero saber cuáles son sus tendencias intelectuales.

—¡Por favor! Nosotros tenemos libros de todo tipo de tendencias. ¿Quién iba a

descubrir nuestras inclinaciones intelectuales a partir de ellos?

—Un pensador. Un intelectual.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—En la librería de un comunista hay libros de esa ideología, desde los elementales hasta los más avanzados. Las novelas suelen ser de Gorki y otros escritores rusos; también

tendrá obras de Roman Roland y autores parecidos, pero muy pocos libros sobre otras filosofías e ideologías. En los estantes de un intelectual no comunista hay un par de libros elementales sobre teoría del comunismo, que habrá abandonado sin terminar. El resto será

lo que los comunistas llaman «libros

burgueses»...

»Que tengas los libros de Alí Shariati en tu biblioteca no significa que seas un ferviente defensor del islam, porque después de la revolución todo el mundo compraba sus

obras. Pero la biblioteca de un musulmán ferviente está llena de libros de oración, de teoría y filosofía islámicas, libros de orientación espiritual y cosas así. En cambio, la de un nacionalista está repleta de biografías de políticos y volúmenes sobre la historia de Irán.

Además, toda persona instruida posee algunos libros teóricos sobre su campo

de

especialización.

—Pero ¿se puede saber por qué te importan tanto sus tendencias intelectuales y

políticas?

—Porque toda mi vida se ha visto afectada por diversos grupos políticos y sus

creencias, y quiero saber con quién estoy tratando esta vez.

—Pero si estás en contra de la política, y siempre nos haces prometer que no

participaremos en ella... —objetó Masud.

—Sí, pero ¿alguna vez os he dicho que no debíais leer y aprender? Como toda persona inteligente, necesitáis conocer diferentes escuelas de pensamiento para poder distinguir el bien y el mal y no convertir os en una herramienta en manos de quienes sólo persiguen el

poder. ¿Te ha hablado Ladan de algo que haya leído o de sus ideas y opiniones?

Tú posees

gran talento artístico. ¿Compartís gustos en lo relativo al arte? Y lo más importante, con

las creencias religiosas que desarrollaste tras tu experiencia como prisionero de guerra,

¿cómo piensas encajar en una familia cuya única noción del islam es una cena

conmemorativa en honor del imán Abolfazl, que celebran como si se tratara de una boda?

Son partidarios del sah y están esperando el regreso del Príncipe de la Corona, pero no por sus ideas políticas, sino porque antes estaba permitido beber alcohol y ellas podían ponerse bikini en la playa. Con el pasado que tenemos, ¿de qué crees que podríamos hablar? Querido Masud, esa chica no

tiene nada en común contigo. Ni siquiera vestirá como te gustaría. Os pelearéis cada vez que vayáis a salir.

—No te preocupes —replicó—. Me ha dicho que, si se lo pido, se pondrá chador.

—¿Y te lo crees? Aunque eso tampoco estaría bien: una persona que tiene un carácter

fuerte y sus propias ideas y principios no debería dejarse influir así.

—Vaya, ¿así que además se deja influir? ¿Aunque lo diga porque me ama? No, madre,

estás buscando excusas. Lo que pasa es que no crees que nadie pueda ser mejor que nosotros.

—No, hijo, nunca he dicho eso. Estoy segura de que son gente muy buena, quizá incluso mejores que nosotros. Pero muy diferentes.

—Eso sólo es una excusa.

—Me has pedido mi opinión y te la he dado. Estamos hablando de tu vida, de tu futuro, que como sabes es lo más importante para mí.

—La quiero, mamá. Noto algo muy especial cuando habla, cuando ríe. Nunca había

conocido a una mujer tan femenina. Es diferente a todas.

Me quedé perpleja. Sí, mi hijo tenía razón, ¿cómo no me había dado cuenta?
Masud

estaba fascinado por aquella chica porque era diferente de todas las mujeres de su vida.

Ladan hacía alarde de una femineidad que las mujeres que hasta entonces lo habían rodeado intentaban ocultar. Había que reconocer cierta coquetería en su mirada, en sus movimientos, incluso en su voz por teléfono. Era seductora y atrayente. Dicho de otro modo: era tentadora. No era de extrañar

que mi inexperto hijo, que apenas había visto aquellas cualidades femeninas, estuviera tan impresionado. Pero ¿cómo podía hacerle entender que la atracción que sentía estaba lejos de ser amor y no constituía una base sólida sobre la que construir una vida? En aquellas circunstancias, las palabras y la razón sólo servirían para volverlo más tozudo y ponerlo más a la defensiva.

—Mi mayor deseo es la felicidad de mis hijos —insistí—, y creo que ésta va ligada a

un matrimonio lleno de amor y comprensión mutua. Respeto tus sentimientos y haré lo que me pidas,

aunque sea en contra de mis deseos. Mi única condición es que estéis comprometidos un año. Como tendréis más libertad para estar juntos, os conoceréis mejor.

Entretanto, podemos ahorrar y prepararnos para una boda al gusto de la familia de Ladan.

Porque, como ves, sus expectativas son altas.

Pese a sus objeciones iniciales, la familia de Ladan cedió ante mis exigencias y aceptó

mi propuesta de un noviazgo largo. Yo estaba convencida de que sus reticencias

no se debían a creencias religiosas, sino a que sencillamente querían asegurarse de que la boda

se celebraría. Decidieron dar una gran fiesta de compromiso para que su extensa familia

pudiera conocer al futuro novio, y fijaron la fecha para la semana siguiente. Ya no podía

seguir eludiendo el tema, tenía que comunicárselo a todos. Pero ¿cómo se lo diría a Fati,

Firuzeh y Sadeg Aga?

Una mañana fui a ver a mi hermana y

estuve hablando con ella del destino y la voluntad

de Dios. Mi hermana, tras escucharme un rato, me miró con recelo y acabó

preguntándome:

—¿Qué te pasa, hermana? ¿Qué intentas decirme?

—Bueno, ya sabes que siempre soñé con venir aquí un día a hablar de Firuzeh y pedirle su mano para Masud. Pero, por lo visto, Dios no lo quiere.

El rostro de Fati se ensombreció.

—Ya sabía yo que pasaba algo. Dime,

¿quién no lo quiere, Dios o tú?

—¿Cómo puedes dudar? Quiero a Firuzeh más que a Chirin. Esa boda era el gran

sueño de mi vida y jamás dudé de que se haría realidad. Pero de pronto mi hijo ha perdido

el juicio y se ha enamorado. No para de repetir que ama a una chica cuya mano me ha obligado a pedir. Y ahora van a comprometerse.

Vi la sombra de Firuzeh de pie en el umbral, sosteniendo la bandeja del té. Fati corrió

hacia ella y se la cogió. Los ojos de Firuzeh me preguntaban: «¿Por qué?» Su cara traslucía pena y decepción, pero, poco a poco, también atisbos de ira. Entonces se dio la

vuelta y se marchó a su habitación.

—Desde que mi hija era pequeña asegurabas que Firuzeh sería para Masud —dijo

Fati, enfadada—. Y siempre tuvieron una relación maravillosa. No dirás que a tu hijo no le gustaba.

—Claro que le gustaba, mucho, y sigue

gustándole, pero afirma que lo que siente por

ella es amor fraternal.

Fati rió y salió de la sala de estar. Yo sabía que habría querido decirme muchas cosas,

pero se contenía por respeto hacia mí. La seguí a la cocina.

—Tienes todo el derecho a enfadarte —le dije—. Yo estoy que me subo por las paredes. Lo único que he conseguido ha sido retrasar esa ridícula boda. He impuesto como

condición que estén comprometidos un año, esperando que en ese tiempo mi hijo abra los

ojos.

—Bueno, se ha enamorado, así que es de esperar que vivan felices. Y no deberías comportarte como una suegra odiosa y desear que se separen antes incluso de haberse comprometido.

—Pero, Fati, no lo entiendes —dije, suspirando—. Si al menos tuvieran algo en común, una sola cosa, no me sentiría tan mal. Pero no imaginas cuán diferentes son. No

digo que ella sea mala chica, pero no es

como nosotros. Cuando vengas lo comprobarás.

De hecho, me gustaría que me dieras tu opinión. Quizá la haya juzgado mal, porque me

opuse a esa relación desde el principio. Sin embargo, me porto muy bien y no digo nada.

Chirin, en cambio, no quiere ni verla. Si Masud llega a enterarse de lo que dice de ella, no volverá a dirigirnos la palabra y lo habré perdido para siempre.

—No sé, alguna virtud tendrá esa chica para que tu hijo la quiera tanto. Y al fin

y al

cabo, es a él a quien debe gustarle.

—¿Quieres que hable con Firuzeh? No sabes lo apenada que estoy por ella.

—No creo que esté de humor para hablar —repuso mi hermana, encogiéndose de

hombros.

—Como mucho, me echará de su habitación. No me importa.

Llamé a la puerta de mi sobrina y la entreabré. Firuzeh, echada en la cama, tenía los

ojos enrojecidos y la cara húmeda de lágrimas. Me dio la espalda para que no pudiera verla. Se me partió el corazón; no soportaba ver llorar a aquella niña tan adorable. Me senté en el borde de la cama y le acaricié el pelo.

—Masud no te merece —dije—. Créeme, se arrepentirá. Aquí el único perdedor es él.

No sé por qué después de tanto dolor y dificultades como ha sufrido, Dios no quiere que

tenga una existencia tranquila y feliz. Confiaba en que fueras tú quien creara esa vida para él. Es una lástima, pero mi hijo no la merece.

Le temblaban los delicados hombros, pero guardó silencio. Yo sabía cómo dolía

fracasar en el amor. Me levanté y me marché a mi casa, triste y cansada.

De nuestra familia, asistieron a la fiesta de compromiso mi madre, Fati, Sadeg Jan, las tías paternas de Masud y la señora Parvin. Mi hijo, guapo y elegante como nunca, con traje y

corbata, estaba junto a Ladan, que acababa de llegar de la peluquería, con un vestido de

encaje y el pelo adornado con flores de encaje a juego.

—¡Fabuloso! —se burló Chirin—.

Mirad al novio. ¿No decía que odiaba las corbatas

porque parecen correas? ¿Qué ha pasado? ¿Qué poco le ha costado a esa chica atarle una

correa! ¡Ay, si lo vieran sus colegas del ministerio!

Fingí que estaba contenta y emocionada, pero no me sentía nada bien. Pensaba en la

boda de Masud que había soñado durante años. Siempre había imaginado que sería una de

las mejores noches de mi vida. Y ahora... Chirin estaba muy antipática y se quejaba por

todo. Cada vez que alguien felicitaba a la joven pareja, se apartaba y exclamaba: «¡Puf!»

Y aunque le repetía que lo que estaba haciendo era de muy mala educación y que se comportara por deferencia a Masud, no me hacía caso. Cuando la familia de Ladan insistió

en que la hermana del novio realizara lo que llamaban la «danza del cuchillo» y entregara

el cuchillo del pastel a Ladan, Chirin se

negó e, indignada, soltó: «Detesto estas payasadas.» Masud nos miraba con rabia y yo no sabía qué hacer.

Firuzeh se casó tres meses después de esa fiesta. Por lo visto, fui la última a la que

informaron de la inminente boda.

Aunque sabía que mi sobrina tenía muchos pretendientes, no esperaba que se comprometiera tan pronto.

—¿A qué viene tanta prisa? —le pregunté cuando fui a verla—. Date un poco de

tiempo para encontrar a alguien que te quiera de verdad, que sepa valorar a una

piedra preciosa como tú.

—No, tía —replicó con una risita amarga—. Nunca volveré a enamorarme de esa

forma. He dado a mis padres permiso para escogerme un pretendiente adecuado. Sohrab

no me disgusta, desde luego. Es bueno y sensato. Creo que con el tiempo olvidaré el pasado y acabaré queriéndolo mucho.

—Sí, claro —convine, pero pensé: «Aun así, esa llama de tu corazón nunca se

extinguirá»—. Te entiendo, pero me habría gustado que hubieras esperado un año. Dudo

mucho que Masud aguante doce meses de noviazgo. Ya empiezo a ver señales de

discrepancia.

—Mira, tía, aunque Masud viniera ahora mismo, se postrara ante mí, rompiera su

compromiso y pidiera mi mano, lo rechazaría. Se ha roto algo en mi corazón, y también el

ídolo en que lo había convertido. No sería lo mismo.

—Tienes razón. No sé por qué lo he dicho; perdóname. Pero no te imaginas lo

ilusionada que estaba con que fueras mi nuera.

—Basta, tía, por favor. Ojalá nunca me lo hubieras dicho. Ésa es la razón por la que

me siento tan desgraciada. Desde el día que llegué al mundo me consideraba tu nuera y la

mujer de Masud. Y ahora me siento como una esposa a quien su marido ha engañado delante de sus narices, cuando en realidad el pobre Masud no ha hecho

nada malo.

Nosotros no nos habíamos comprometido, y él tenía derecho a decidir su propio futuro y

escoger a la mujer que ama. Lo que me hizo abrigar falsas esperanzas fueron tus palabras.

Por suerte, Sohrab era un hombre amable, prudente, instruido y atractivo, que

provenía de una familia culta y estudiaba en Francia. Un mes después de la boda, la joven

pareja se marchó a París. Con el

corazón encogido y ojos llorosos, fui a despedirlos con

Fati y el resto de la familia, y les deseé muchos años de felicidad.

El compromiso de Ladan y Masud sólo duró siete meses.

—¡No teníamos ningún tema de conversación! —me explicó mi hijo, como recién

despertado de un sueño profundo—. Yo podría pasarme horas hablando de arquitectura, arte, religión y cultura, pero a Ladan, que al principio manifestaba mucho interés, en realidad no le importaba nada todo eso. Sólo

pensaba en ropa, peluquerías y maquillaje. Ni

siquiera le gustan los deportes. Y no imaginas qué superficial es. Sólo me prestaba atención cuando hablábamos de dinero. Qué familia tan rara. No les importa privarse de la

comida, aceptar cualquier ignominia y endeudarse, con tal de poder asistir a la fiesta de turno con un vestido nuevo que nadie les haya visto. Sus conceptos de decencia y reputación están a años luz de los nuestros.

Suspiré aliviada, pero lamentaba mucho haber perdido a nuestra preciosa Firuzeh,

sobre todo porque percibía el
arrepentimiento de Masud. Creo que la
boda de mi sobrina

fue el primero de una serie de golpes
que por fin despertaron a mi hijo,
aunque demasiado tarde.

Masud volvió a enfrascarse en su
trabajo, restableció su relación con
Chirin y nuestro

hogar recuperó la paz y la calidez
perdidas. Pero mi hijo seguía
culpándose por haberme

hecho daño y quería recompensarme de
alguna forma.

—¡Buenas noticias! Tu problema ya está solucionado —anunció muy emocionado un

día, al llegar a casa.

—¿Mi problema? Pero si no tengo ninguno.

—Me refiero a tu problema con la universidad. Siempre soñaste con terminar la

diplomatura y seguir estudiando. Jamás olvidaré tu cara el día que te expulsaron. He hablado con algunas personas, entre ellas el jefe de la Facultad de Literatura; servimos juntos en el ejército. Está de acuerdo en que curses las pocas

asignaturas que te faltan para diplomarte. Luego podrás matricularte y obtener la licenciatura. Y, conociéndote, seguro que también obtendrás el doctorado.

Me asaltaron ideas contradictorias, pues lo cierto era que aquel papel ya no me interesaba en absoluto.

—Tenía una compañera de clase que se llamaba Mahnaz —dije—. Escribió su refrán

favorito con caligrafía muy pulcra en una hoja, que colgó de la pared: «Todo lo que deseaba lo conseguí cuando dejé de desearlo.»

—¿Cómo? ¿Acaso ya no te interesa obtener el título?

—No, hijo mío. Siento mucho haberte hecho perder el tiempo.

—Pero ¿por qué?

—Durante años, las autoridades me negaron mis derechos. El menor de los quebrantos

que sufrí por su causa fue no poder beneficiarme del aumento de sueldo que tanto necesitaba en aquellos tiempos difíciles. Y ahora me conceden este favor, tras numerosas

súplicas y la intervención de todas las

personas con contactos que conocemos.
Pues no. Ya

no lo quiero. Hoy todos me valoran por mis conocimientos y mi experiencia, y con mis trabajos de edición gano lo mismo que si tuviera el doctorado. Ya nadie me pide que le muestre mis títulos. Sólo de pensarlo me entran ganas de reír... Además, esa gente regala

los títulos; para mí ya no tienen valor alguno. Yo quería conseguir algo por mis propios méritos, no por caridad.

Ese año admitieron a Chirin en la universidad; quería estudiar Sociología. Yo estaba

muy contenta y orgullosa de que mis tres hijos fueran universitarios. Chirin hizo nuevos

amigos. Y yo, que quería vigilar a distancia sus relaciones, la animé a que frecuentaran nuestra casa, pues así me sentía más segura. Con el tiempo, acabé conociendo a sus amigos, y nuestro hogar se convirtió en su lugar de encuentro habitual. Aunque su presencia interfería en mi trabajo e interrumpía mi concentración y tranquilidad, y pese a

que tenía que cocinar y limpiar más, estaba contenta y lo hacía todo de buen grado.

Dos años más tarde, a principios de invierno, nació mi primera nieta, que era también la

primera de Parvaneh. Fui a Alemania para asistir al nacimiento de una niña preciosa a quien Siamak y Lili llamaron Dorna. Mi amiga y yo no nos cansábamos de mimarla, mientras discutíamos sobre a quién se parecía más. Aunque me había convertido en abuela, la felicidad que experimentaba me hacía sentir más joven que en los diez años pasados y me devolvía las ganas de vivir.

Cuando Dorna tenía dos meses, y a pesar de lo que me costó separarme de

ella, tuve

que volver a Irán para celebrar el Año Nuevo, pues no quería dejar solos a Chirin y Masud

mucho más tiempo.

Nada más llegar a casa, me di cuenta de que algo había cambiado. Entre los amigos de

Chirin había un joven al que no conocía y que mi hija me presentó: se llamaba Faramarz

Abdolahi y era estudiante de posgrado.

—Bienvenido al redil de los grandes

sociólogos —lo saludé—. Pero dime la verdad:

¿los soportas?

—¡Lo mío me cuesta! —repuso él sonriendo, mientras yo lo miraba con curiosidad.

—¿Te estás burlando de nosotros, Faramarz? —lo reprendió Chirin con coquetería.

—Por supuesto que no. Sois la corona que llevamos con orgullo.

Cuando mi hija volvió a reír, me dije:
«¡Ajá!»

Una vez que se hubieron marchado, me preguntó qué me parecían sus amigos.

—Aparte de que ya los conocía a casi todos, no han cambiado mucho desde la última

vez que los vi.

—Pero ¿y los que no conocías?

—¿Esa chica alta que estaba sentada en el sofá? Es nueva, ¿verdad?

—Sí. Se llama Negin, y el muchacho que estaba sentado a su lado es su prometido.

Son muy buenos chicos. Se casarán el

mes que viene, y estamos todos invitados.

—Qué bien. Me alegro mucho. Hacen buena pareja.

—Bueno, ¿y los demás?

—¿Quiénes? ¿Había algún otro nuevo en el grupo?

Sabía muy bien que lo que quería Chirin con tanto circunloquio era enterarse de qué

pensaba yo de Faramarz, pero me divertía chincharla.

—¿Pretendes que me crea que no te has

fijado en un chico tan alto? —me espetó
al

fin, harta.

—Todos son altos. ¿A quién te refieres?

—¡A Faramarz! —exclamó exasperada

—. A él le has parecido estupenda. Me
ha

dicho: «Qué guapa es tu madre. De
joven debía de ser una belleza.»

—¡Qué joven tan encantador! —repuse
riendo.

—¿Ya está? ¿Eso es cuanto tienes que
decir de él?

—¿Cómo opinar sobre alguien con quien sólo he cruzado dos palabras? ¿Por qué no

me hablas tú de él, y así podré juzgar si su carácter coincide con su apariencia?

—¿Qué quieres que te cuente?

—Lo que sepas de él, aunque sean cosas que puedan parecer irrelevantes.

—Es el segundo de tres hijos, tiene veintisiete años y es muy culto. Su madre es maestra y su padre ingeniero civil y viaja mucho. Él trabaja en la empresa de su padre.

—Qué raro, no cuadra con sus estudios

—observé—. ¿No está en la Facultad de Sociología?

—No. Ya te lo he dicho, está en la de Tecnología.

—Entonces, ¿qué pinta en vuestro grupo? ¿Dónde lo conociste?

—Es el mejor amigo de Soroush, el novio de Negin. Como siempre iban juntos, lo veíamos a menudo. Se unió oficialmente a nuestro grupo cuando tú estabas en Alemania.

—Muy bien. Cuéntame más cosas.

—¿Qué más quieres que te cuente?

—Hasta ahora sólo me has dado información general. Ahora háblame de su carácter.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Pero bueno... ¿te has hecho amiga suya sólo porque es el segundo de tres hijos, su

madre es maestra, su padre ingeniero y estudia en la Facultad de Tecnología?

—¡No se puede hablar contigo, mamá!
¡Como si fuera mi novio...!

—Bueno, podría serlo, pero eso no me preocupa. De momento, me interesa más saber

qué clase de persona es.

—¿Que no te preocupa? —se sorprendió mi hija—. ¿Estás diciendo que no te

importaría que fuéramos amigos muy íntimos?

—Mira, pronto cumplirás los veintiuno y serás mayor de edad. Confío en ti y en cómo

te he educado. Sé que, como no te falta amor, no te enamorarás ciegamente del primer hombre que se interese por ti. Sabes cuáles son tus derechos y no dejarás que nadie los viole, respetas las normas religiosas y sociales, eres inteligente, sensata y previsora. Sé que

no te dejarás llevar por un impulso ni por un capricho.

—¿En serio? ¿Así me ves?

—Por supuesto. A veces piensas más racionalmente y tomas decisiones más acertadas

que yo, además de que controlas mejor tus emociones.

—¿Lo dices en serio?

—¿Por qué dudas de ti? ¿No será que temes que tus sentimientos sean tan intensos que puedan afectar a tu criterio?

—¡Sí, exacto! No te imaginas lo

asustada que estoy.

—Me alegro. Eso demuestra que tu cerebro todavía funciona.

—La verdad es que no sé qué hacer.

—Ah, pero ¿tienes que hacer algo?

—Bueno, supongo que sí...

—Pues no. Lo único, estudiar, planear tu futuro y conocerte mejor a ti misma y a ese

chico.

—Es que no puedo dejar de pensar en él —se sinceró—. Quiero verlo más, pasar

más

tiempo con él...

—Bueno, lo ves en la universidad y puedes invitarlo a casa siempre que quieras. Sólo

cuando yo esté, por supuesto. También quiero conocerlo mejor.

—¿Y no te preocupa que...? No sé, que vaya demasiado lejos.

—No. Confío plenamente en ti. Además, si una chica desea llegar demasiado lejos, lo

hará aunque la encierren y encadenen.

Lo importante es tener restricciones internas, y tú las tienes.

—Gracias, mamá. Me siento mucho mejor. Y no te preocupes, que controlaré la situación.

Después de las vacaciones de Año Nuevo, un día que Chirin no estaba en casa, Masud vino a sentarse a mi lado y me dijo:

—Mamá, tengo que tomar una decisión importante sobre mi futuro.

—Precisamente quería hablar contigo de eso. Pero la verdad es que no creo en la forma tradicional de elegir una esposa. Quiero que encuentres a una chica que te guste, alguien que sea compatible contigo, a quien conozcas bien. Esperaba que surgiera alguien en la universidad o el trabajo.

—Es que la otra vez me equivoqué tanto que ahora tengo miedo. Y dudo que vuelva a

enamorarme como entonces. Sin embargo, se me ha presentado una oportunidad práctica y

sensata. Y si te parece apropiada, la

aprovecharé. Ahora que casi todos mis amigos ya se

han casado me siento solo.

El recuerdo de Firuzeh pesaba en mi corazón. Suspiré.

—Muy bien, háblame de esa oportunidad —pedí.

—El señor Magsudi tiene una hija de veinticinco años que estudia Química en la universidad. Y me ha insinuado varias veces que no le importaría que fuera su yerno.

—El señor Magsudi es un hombre estupendo y seguro que su familia será

encantadora. Pero hay un problema.

—¿Cuál?

—Es el subdirector del ministerio; tiene un cargo político.

—¡Mamá, por favor! ¿No crees que exageras? ¡No me digas que temes que lo encarcelen y ejecuten!

—¿Por qué no iba a temerlo? Me aterrorizan la política y los juegos políticos. Justo por eso me preocupé cuando empezaste a trabajar allí y te hice prometer que nunca aceptarías un cargo de confianza ni un nombramiento político.

—Si todo el mundo pensara como tú, ¿quién dirigiría el país? Lo siento, pero creo que

necesitas un psicólogo.

Pese a todo, Masud decidió pedir la mano de aquella chica. Chirin y yo estábamos listas

para ir a casa del señor Magsudi cuando mi hijo dijo:

—¿Puedo pedirte un favor? Por deferencia al señor Magsudi, ¿te importaría ponerte un chador?

—Mira, hijo mío, ¿olvidas que somos humanas? —le espeté—. ¿Que pensamos

por

nosotras mismas y tenemos principios y creencias propios, y que no podemos

transformarnos sin cesar en lo que no somos? ¿Sabes cuántas veces tuve que cambiar el modo de taparme, según lo que los hombres consideraban adecuado? En Qum llevaba chador; en Teherán, pañuelo de cabeza; cuando me casé con tu padre, él no quiso que llevara ningún tipo de *hiyab*; luego llegó la revolución y tuve que llevar una túnica larga y pañuelo en la cabeza; y después querías casarte con la señorita Ladan y pretendías que me

vistiera a la última moda. Entonces no te

habría importado que hubiera lucido un vestido

escotado, pero ahora que quieres casarte con la hija de tu jefe, ¿debo ponerme chador! No,

hijo mío. Quizá en el pasado no pudiera plantarle cara a mucha gente, pero no pienso arredrarme ante mi hijo. Y quiero que sepas que, como mujer madura que ha tenido buenas y malas experiencias en la vida, soy capaz de pensar por mí misma y elegir lo que

quiero ponerme. Iremos allí vestidos como solemos y no actuaremos con falsedad para complacerlos.

Atefeh era una chica devota, circunspecta y, sobre todo, razonable, de tez clara y grandes

ojos castaños. Su madre, que llevaba un *hiyab* completo incluso delante de Chirin y de mí, resultó una anfitriona ceremoniosa. Y el señor Magsudi, con quien todavía me sentía en deuda, se mostró muy amable y cortés, como siempre. Había engordado un poco y

encanecido, y no paraba de pasar sus cuentas. En cuanto llegamos, Masud y él se pusieron

a hablar de trabajo, olvidándose del motivo muy diferente por el que estábamos allí.

Si bien la atmósfera de su casa me recordaba un poco a la de la casa de Mahmud, no

recibí ninguna impresión negativa. El ambiente de fe y piedad que se respiraba me infundía una especie de paz. No había ni rastro del miedo a obrar mal ni a los ángeles del

infierno, sino que más bien sentía que los ángeles del amor y el cariño revoloteaban a mi

alrededor. A diferencia del hogar de Mahmud, allí la risa y el júbilo no eran pecado; a tal punto que Chirin, que debido a la actitud de sus tíos no sentía gran simpatía por las familias muy

religiosas, congenió rápidamente con Atefeh y se puso a charlar con ella.

Todo discurrió con fluidez, de tal modo que a mediados de primavera celebramos la

boda de Masud y Atefeh. Años atrás, mi hijo había aprovechado las ventajas que le ofrecía

el ministerio para comprarse un bonito apartamento, pero el señor Magsudi se empeñó en

que la pareja viviera en el primer piso de su casa, que estaba vacío y que él había reservado para Atefeh.

El día que Masud hizo las maletas, procuré parecer alegre y entre bromas le eché una mano. Pero, cuando se marchó, me senté en su cama en la habitación vacía, con la vista

fija en la pared. De pronto, sintiendo que mi hogar había perdido su alma, me invadió una

profunda tristeza. «Los polluelos echan a volar y pronto el nido quedará vacío», me dije,

asustada por primera vez ante el futuro y la soledad que me esperaba.

Chirin, que acababa de entrar en casa, entreabrió la puerta y dijo:

—¿Ya se ha marchado? Qué vacío está todo...

—Sí, los hijos se marchan tarde o temprano. Pero ésta es la mejor forma de partir.

Gracias a Dios, está vivo y sano, y por fin lo veré casado.

—Nos hemos quedado muy solas, mamá.

—Sí, pero nos tenemos la una a la otra, y aún faltan unos cuantos años para que te marches.

—¡Unos cuantos años!

—Supongo que no pensarás casarte

antes de acabar la carrera, ¿no?

—Quién sabe —repuso, haciendo un mohín y encogiéndose de hombros—. Quizá me

case dentro de un par de meses.

—¿Qué? ¡No lo permitiré! ¿Qué prisa tienes? No deberías ni pensar en eso hasta terminar los estudios.

—Pero podría haber circunstancias...

—¿Qué circunstancias? No dejes que nadie te convenza. Estudia tranquila, trabaja y aprende a valerte por ti misma para que nadie te intimide, te corte las alas ni te obligue a aceptar

humillaciones. Y entonces, pero no antes, ponte a pensar en tu boda. Siempre estarás a tiempo de casarte. Pero, una vez lo hagas, serás responsable de un hogar y una

familia. Sólo ahora que eres joven y soltera puedes vivir libre de preocupaciones. Estos años son breves, y jamás vuelven. ¿Qué ganas tienes de acortar la mejor etapa de tu vida?

Masud venía a verme a menudo.

—Deberías dejar de trabajar —me decía—. A tu edad, mereces un poco de descanso.

—Pero, hijo mío, me gusta mi trabajo.

Es más una afición que un trabajo. Sin él me

sentiría inútil.

Pero él no desistía, a tal punto que no sé cómo se las ingenió pero recogió mi historial

laboral y solicitó mi pensión. Me alegré de tener unos ingresos regulares, desde luego, aunque, como no podía parar de trabajar, me mantenía ocupada con algunos proyectos.

Además, Masud me pasaba periódicamente más dinero del que yo necesitaba.

Mi hijo cobraba un sueldo más que digno, pero no le gustaba su trabajo. Y yo, que no

quería que siguiera trabajando para el gobierno, no dejaba de espolcarlo:

—Eres un artista, un arquitecto, ¿cómo has acabado en un puesto tan complicado y aburrido, y en el gobierno? En esos trabajos es muy difícil ascender. En cuanto se marche

tu gente, caerás en desgracia. Sólo deberías aceptar puestos para los que sepas que estás

verdaderamente cualificado. ¿Por qué las personas devotas y creyentes se

vuelven tan irresponsables y falsas cuando se trata del estatus y la posición y creen que merecen cualquier empleo?

—Mamá, ¿sabes lo que te pasa? — replicaba él—. Que te has quemado demasiadas

veces. Pero no te preocupes, no aguanto tanta burocracia. Estoy pensando en montar una

empresa con unos amigos. Me quedaré aquí hasta haber cumplido mis obligaciones, pero,

en cuanto la empresa esté en marcha, dejaré el ministerio.

Pese a mis intentos de eludir el tema, meses más tarde tuve que ceder y hablar con Chirin de sus planes de boda. Faramarz ya se había licenciado y se disponía a marcharse a

Canadá. Estaban decididos a casarse antes de que él emprendiera el viaje, porque así podría solicitar el permiso de residencia para Chirin. Aunque me oponía a que mi hija dejara la universidad, me aseguraron que tardarían cerca de un año en concederle el permiso, de modo que le daría tiempo a acabar la carrera.

Me dolía separarme de Chirin, pero la veía tan contenta y emocionada que

hacía lo posible para disimular mi tristeza. Poco después de celebrar la boda, Faramarz se marchó.

Volvería cuando tuviera la documentación que necesitaba Chirin y ella hubiera obtenido la

diplomatura. Entonces organizaríamos la fiesta y los novios viajarían juntos a Canadá.

A pesar de las dificultades, creía haber cumplido mis obligaciones. Mis hijos habían estudiado, habían tomado las riendas de sus vidas y las cosas les iban bien. Pero también

me sentía vacía y sin norte, como justo

después de los exámenes finales en la escuela. Era

como si ya no me quedara nada por hacer. Daba gracias a Dios con más fervor que nunca,

por temor a que me tomara por una desagradecida y me castigara. Y me consolaba pensando que, por suerte, todavía tenía tiempo; Chirin no se marcharía al menos hasta el

año siguiente. Con todo, no podía pasar por alto las negras nubes de la vejez y la soledad, que proyectaban su sombra sobre mí.

Mi depresión y mi congoja iban a más a medida que se acercaba el día en que me despediría de Chirin. Procuraba depender menos de mis hijos; no quería aferrarme a ellos

como una madre vieja y entrometida, ni que se preocuparan sin cesar por mí. Intentaba salir, ampliar mi círculo de amistades y encontrar nuevas formas de ocupar mi tiempo libre, que aumentaba con los meses. Pero a mi edad no era fácil entablar nuevas amistades

y tampoco me relacionaba mucho con mi familia. Mi madre era muy anciana y vivía con

Mahmud; nunca quería venir a pasar

unos días con nosotros y yo no pisaba la casa de mi

hermano, así que apenas la veía. La señora Parvin también había envejecido y ya no tenía

tanta vitalidad, aunque seguía siendo la única persona con quien podía contar si necesitaba ayuda. Fati estaba triste y apagada desde que Firuzeh se había casado y marchado de Irán.

Ya no estábamos tan unidas como antes, pues era evidente que, de alguna forma, mi hermana nos culpaba del dolor por haberse separado de su hija. Me reunía regularmente con mis antiguas compañeras de trabajo y de vez en

cuando veía al señor Zargar, que se había casado y parecía feliz.

Sólo conseguía dejar de lado mis preocupaciones cuando Parvaneh venía a Teherán.

Charlábamos y reíamos, rememorando los días felices de la juventud. Como su madre había enfermado, aquel año mi amiga pasaba más tiempo en Irán.

—Cuando se marche Chirin, tendrás que alquilar el apartamento y vivir unos meses al

año con cada uno de tus hijos —me dijo.

—¡Ni hablar! No pienso perder mi independencia ni mi dignidad. Y tampoco tengo

intención de entrometerme en sus vidas. No resulta práctico ni apropiado que varias generaciones convivan en la misma casa; eso pasó a la historia.

—¿Entrometerte? Pero ¡si deberían estar encantados y agradecerlo! Deberían

recompensarte por todo lo que trabajaste por ellos.

—¡No digas eso! Me recuerdas a mi abuela, que decía: «Criar a los hijos es como freír

berenjenas: absorben mucho aceite, pero luego tienen que soltarlo.» No espero eso de mis

hijos. Lo que hice, lo hice por mí, porque era mi deber. No me deben nada. Además, quiero mantener mi independencia.

—¿Independencia para qué? ¿Para quedarte todo el día en casa, sola, y que ellos te olviden y se queden en paz y con la conciencia tranquila?

—Tonterías —insistí—. Todas las revoluciones que ha habido en el mundo han

empezado porque la gente perseguía la

independencia. Y ahora pretendes que renuncie a la

mía.

—¡Ay, Masum, qué rápido ha pasado el tiempo y cómo han crecido nuestros hijos!

Fueron tiempos maravillosos; ojalá pudiéramos recuperarlos.

—Pues yo no quiero recuperar ni una sola hora del pasado. Gracias a Dios, quedó atrás. Y espero que el tiempo que nos resta pase igual de deprisa.

Llegaron los calurosos días del verano. Pese a estar ocupada con la preparación

del ajuar de Chirin, a menudo Parvaneh y yo íbamos de compras o buscábamos cualquier otra excusa para pasar el día juntas. Una tarde especialmente sofocante, acababa de tumbarme

para descansar cuando me sobresaltó el timbre de la puerta. Por el telefonillo pregunté quién era.

—Soy yo. Ábreme, ¡rápido!

—¿Parvaneh? ¿Qué pasa? Habíamos quedado más tarde...

—¿Piensas abrirme o he de tirar la puerta abajo?

Pulsé el botón de apertura. Mi amiga

subió la escalera como una exhalación.
Estaba

colorada y tenía la frente y el labio superior perlados de sudor.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ocurre? —
pregunté.

—¡Entra, deprisa!

La obedecí. Parvaneh se quitó el pañuelo de cabeza, tiró el bolso y se desplomó en el

sofá.

—¡Agua! ¡Agua fría! —pidió
resollando.

Me apresuré a llevarle un vaso lleno.

—Luego te traeré un poco de sorbete —
dije—. Pero ahora cuéntame qué pasa.

¡Estoy

intrigada!

—¡Adivina a quién he visto!

Noté un vacío en el pecho, como si mi
corazón cayera al suelo igual que una
piedra: lo

sabía. La actitud de mi amiga era
idéntica a la de treinta años atrás.

—¡Said! —dije con voz estrangulada.

—¡Ay, qué pícara! ¿Cómo lo has adivinado?

Volvíamos a ser dos adolescentes que susurraban en la habitación de arriba de la casa

de mi padre. El corazón se me aceleró como entonces, igual de emocionada y nerviosa.

—¡Cuéntame! ¿Dónde lo has visto? ¿Cómo está? ¿Qué aspecto tiene?

—¡Espera! Te lo contaré, pero poco a poco. Fui a la farmacia a recoger las medicinas

de mi madre. El farmacéutico, que me

conoce, estaba con una visita detrás del mostrador.

Pero yo no podía ver la cara del visitante, porque estaba de espaldas. Al oír su voz, me resultó familiar, y como parecía atractivo, sentí curiosidad. El dependiente de la farmacia me dio las medicinas, pero me resistía a marcharme sin haberle echado un vistazo a ese hombre. Entonces, acercándome al mostrador, dije: «Buenos días, doctor. Perdóneme, pero ¿cuántas pastillas para dormir pueden tomarse al día?»
¡Imagínate! ¡Qué pregunta tan

estúpida! Pero así conseguí que el invitado se volviera. ¡Qué cara de

sorpresa al verme!

¡Era él, Masum! No puedes imaginar cómo me aturullé.

—¿Te reconoció?

—¡Claro! Es muy listo. Después de tantos años, me reconoció a pesar del pañuelo, la gabardina y el pelo teñido. Al principio vaciló, como es lógico, pero enseguida me quité

las gafas de sol y le sonreí para que pudiera verme bien.

—¿Hablasteis?

—¡Por supuesto! ¿Crees que todavía

temo a tus hermanos?

—¿Cómo está? ¿Muy envejecido?

—Tiene las sienes blancas y el resto del pelo entrecano. Y lleva gafas. Entonces no las

usaba, ¿verdad?

—No.

—Bueno, sí, está mayor, pero no muy cambiado. Sobre todo los ojos: los tiene iguales.

—¿Qué te dijo?

—Las típicas fórmulas de cortesía. Primero me preguntó por mi padre. Le dije que murió hace mucho, y me dio el pésame. Entonces le pregunté: «¿Y dónde vive ahora? ¿A

qué se dedica?» Y me contestó: «Viví un tiempo en Estados Unidos.» «Ah, ¿ya no vive en

Irán?» «Sí, sí. Volví hace unos años y ahora trabajo aquí.» No sabía cómo preguntarle si

estaba casado y tenía hijos, pero al final le dije: «¿Y cómo está su familia?» Me miró con

extrañeza, y rápidamente añadió: «Me

refiero a su madre y sus hermanas.»

«Por desgracia,

mi madre murió hace veinte años. Mis hermanas están casadas y con hijos.

Ahora que he

vuelto a Irán y estoy solo, las veo más a menudo.» Aproveché la oportunidad:

«¿Solo?»

«Sí, mi familia se quedó en Estados Unidos. ¿Qué podía hacer? Mis hijos crecieron allí y

están acostumbrados a esa vida, y mi esposa no quería separarse de ellos.»

Como ya le había sonsacado mucha información y me parecía de mala

educación hacerle más

preguntas, le dije: «Me alegro de verlo. Apúntese mi teléfono, por favor. Si tiene tiempo,

me gustaría volver a verlo.»

—¿Y no te preguntó por mí? —inquirí, consternada.

—¡Sí, sí, espera! Mientras anotaba mi número, dijo: «¿Cómo está su amiga? ¿Sigue en contacto con ella?» Ay, qué emoción. Le contesté: «Sí, claro que nos vemos. Y ella también se alegraría mucho de verlo. Llámeme esta tarde, quizá podamos quedar los tres.»

¡No sabes cómo le brillaban los ojos!
Me preguntó si estaba segura de que era prudente.

¡Creo que todavía temía a tus hermanos!
«Claro que es prudente», le dije, y me despedí.

He venido tan deprisa como he podido.
Menos mal que Dios ha evitado que
tuviera un accidente. Bueno, dime, ¿qué
te parece?

Los pensamientos danzaban en mi
cabeza, impidiéndome sacar
conclusiones.

—¡Eh, baja! —exclamó Parvaneh—.
¿Qué le digo si me llama esta tarde?

¿Quieres

que quede para que venga mañana?

—¿Venir? ¿Venir adónde?

—Pues a mi casa, o aquí. Entérate de los planes de Chirin.

—¿Qué día es mañana?

—Lunes.

—No sé si tiene algo previsto.

—No importa. Podemos quedar en mi casa. Mi madre estará durmiendo y no se enterará de nada.

—Pero ¿para qué quieres que quedemos? Será mejor dejarlo...

—¡No seas tan remilgada! ¿No te apetece verlo? A pesar de todo, es un viejo amigo.

¡No hacemos nada malo!

—No lo sé. Estoy tan confusa que no sé qué pensar.

—¡Vaya novedad! ¿Quieres decirme cuándo no has estado confusa?

—Mi cerebro no me obedece. Me tiemblan las manos y las rodillas.

—¡Por favor! ¡Deja de actuar como una

cría de dieciséis años!

—Eso es. Ya no tengo dieciséis años. El pobre se llevaría un susto si me viera ahora.

—¡Bobadas! No somos las únicas que hemos envejecido. Él también. Además, según

Josrow, eres como una alfombra de Kerman, que mejora con el tiempo.

—¡Ay, ya basta! Las dos sabemos que estamos viejas.

—Sí, pero lo importante es que no lo sepan los demás. No debemos dejar que se enteren.

—¿Crees que la gente está ciega? Es evidente que hemos cambiado. No volveré a

mirarme en el espejo nunca más.

—¡No digas tonterías! Hablas como si tuviéramos noventa años, cuando sólo tenemos

cuarenta y ocho —me recordó mi amiga.

—No, querida, no te engañes. Tenemos cincuenta y tres.

—¡Excelente! Con tu dominio de las matemáticas, podrían nombrarte la nueva

Einstein.

Entonces entró Chirin. Como dos crías pilladas en falta, Parvaneh y yo guardamos silencio y nos recompusimos rápidamente. Chirin besó a mi amiga y, sin hacernos mucho

caso, se fue a su habitación. Parvaneh y yo nos miramos y nos echamos a reír.

—¿Te acuerdas de cuando escondíamos los papeles si Alí entraba en la habitación? —

dije.

—¡Dios mío! ¡Qué tarde es! —exclamó mi amiga, mirando la hora—. Le he

dicho a

mi madre que sólo tardaría quince minutos. Debe de estar muy preocupada. —Se puso la

gabardina y añadió—: Hoy no volveré. Si me llama, le propondré que acuda a mi casa mañana a las seis; allí estaremos más tranquilas. Pero tienes que venir antes. Bueno, ya te llamaré.

En mi dormitorio, me senté ante el tocador y escudriñé mi rostro en el espejo, tratando de hallar vestigios de la que fui a los dieciséis años. Examiné meticulosamente las arrugas en torno a los ojos, que se marcaban más cuando sonreía. Otras dos partían de las aletas

de la nariz y se extendían hasta los labios. Los graciosos hoyuelos de mis mejillas, que según la señora Parvin se hundían dos centímetros si me reía, se habían transformado en sendos

surcos paralelos a las arrugas que flanqueaban la boca. La piel, antaño tersa y radiante, estaba pálida y flácida, y tenía manchas en las mejillas. Los párpados habían perdido su tersura y las ojeras desmerecían la belleza de mis ojos. Mi pelo, castaño rojizo y brillante, que antes me llegaba a la cintura, tenía menos cuerpo y brillo, y pese a que me lo teñía regularmente, se me veían las raíces blancas. Hasta la expresión de mis ojos había cambiado. No, ya no era

la muchacha hermosa de la que Said se había enamorado. Estaba

allí sentada, perpleja, buscándome a mí misma en el espejo, cuando la voz de Chirin me

devolvió a la realidad.

—¿Qué pasa, mamá? ¡Llevas una hora mirándote en el espejo! Nunca te había visto

tan interesada por tu cara.

—¿Interesada? ¡Qué va! Me gustaría romper todos los espejos.

—¿Por qué? Ya sabes el refrán:

«Rómpete tú antes que romper un espejo.» ¿Qué ves

en ellos?

—A mí misma, y mi vejez.

—Pero si nunca te ha importado envejecer. Siempre dices la edad que tienes sin reparos, al revés que la mayoría de las mujeres.

—Sí, pero a veces algo, quizá una foto, te hace retroceder en el tiempo. Te miras en el

espejo y de pronto te das cuenta de lo diferente que eres de la imagen que tenías de ti misma. Es cruel. Como una

caída libre.

—Pero siempre decías que la vejez también es bella.

—Sí, pero la belleza de la juventud es otra cosa.

—Todos mis amigos opinan que eres una mujer muy elegante.

—Querida Chirin, mi abuela, que era muy buena, jamás habría dicho que una chica era fea, prefería decir que era amable. Tus amigos, como no quieren decir que estoy hecha

un adefesio, comentan que soy elegante.

—No sé por qué hablas así, mamá. Para mí siempre has sido la mujer más guapa del

mundo. Cuando era pequeña quería parecerme a ti. ¡Tenía envidia! Hasta hace unos años,

la gente te miraba a ti más que a mí. Me lamentaba por no tener los ojos del mismo color

que los tuyos, y porque mi piel no fuera tan lisa y clara como la tuya.

—¡Tonterías! Siempre has sido mucho más guapa que yo. A tu edad, estaba tan pálida

que parecía enferma. En cambio, tú, con esos ojos tan preciosos, tu piel dorada y esos hoyuelos, eres realmente bella.

—Pero ¿por qué te has puesto a pensar en tu juventud?

—Son cosas de la edad. Cuando envejecemos, el pasado adquiere otro cariz y hasta los tiempos más duros parecen hermosos. De jóvenes pensamos en el futuro, en lo que ocurrirá el año que viene, y nos preguntamos dónde estaremos dentro de otros cinco.

Queremos que el tiempo pase deprisa. Pero, cuando llegamos a mi edad, no vemos futuro;

alcanzada la cumbre, volvemos la vista atrás.

Parvaneh me llamó a última hora de la tarde para decirme que había quedado el día siguiente a las seis. Apenas pegué ojo en toda la noche, pensando que era mejor que Said y

yo no nos viéramos, para conservar el recuerdo de la juventud y belleza del otro. En el pasado, cada vez que me ponía un vestido bonito y me miraba en el espejo satisfecha, deseaba encontrarme con él en la fiesta o la boda a la que fuera a asistir, o sencillamente por la calle. Confiaba en que, de llegar a vernos algún día, fuera cuando yo

estuviese en

mi mejor momento.

Al día siguiente, Parvaneh me telefoneó temprano.

—¿Cómo te sientes? Yo no he podido dormir nada.

—Pues ya somos dos —repuse riendo.

—Primero, tíñete el pelo —dijo, empezando a darme instrucciones.

—Hace poco que lo hice.

—No importa, otra vez. Las raíces no te quedaron muy bien. A continuación, date

un

baño caliente. Luego llena un gran cuenco de agua fría, añade mucho hielo y mete la cara

dentro.

—Me ahogaré.

—¡No, boba! Sumerge la cara varias veces. Y ponte las cremas que te traje de

Alemania. La verde es una mascarilla de pepino. Aplícatela, tumbate y descansa veinte minutos. Luego quítatela y ponte la amarilla en abundancia. A las cinco tienes que estar aquí para que pueda arreglarte y maquillarte.

—¿Arreglarme? ¡Como si fuera una novia!

—Quién sabe, ¡tiempo al tiempo!

—¿No te da vergüenza? ¡A mi edad!

—¿Ya estamos otra vez con la edad? Si vuelves a hablar así, te juro que te doy una azotaina.

—¿Qué me pongo?

—El vestido gris que compramos juntas en Alemania.

—No; será de noche. No es apropiado.

—Tienes razón. Pues el beige de dos

piezas. ¡No! Ponte esa blusa rosa con
cuello de

encaje.

No solía perder mucho tiempo
acicalándome, pero ese día seguí al pie
de la letra las

órdenes de mi amiga. Estaba tumbada
con la mascarilla verde en la cara
cuando Chirin

entró en mi habitación.

—¿Qué pasa aquí? Por lo visto, hoy
estás cuidándote mucho.

—No pasa nada —contesté, fingiendo

indiferencia—. Parvaneh se empeñó en que me

pusiera esta mascarilla y he decidido probarla.

Mi hija se encogió de hombros y se fue.

A las tres y media empecé a prepararme. Me sequé bien el pelo, previamente marcado

con rulos, y me vestí. Al mirarme en el espejo, pensé: «Como mínimo peso diez kilos más

que entonces. Curiosamente, cuando estaba flaca tenía las mejillas llenas, y en cambio ahora que peso más parezco

más demacrada.»»

Encontraba defectos en todas las prendas que me probaba. Al rato, sobre mi cama se

amontonaban faldas, blusas y vestidos.

—¿Adónde vas? —me preguntó mi hija, apoyada contra el marco de la puerta.

—A casa de Parvaneh.

—¿Y todo este revuelo es por la tía Parvaneh?

—El otro día se encontró a unas viejas amigas nuestras y las ha invitado. No quiero

parecer vieja y fea.

—¡Vaya! —exclamó—. Así que las rivalidades del pasado aún perduran.

—No, no es cuestión de rivalidad. Es un sentimiento difícil de explicar. Vernos unas a

otras será como mirarnos en un espejo treinta años después. Me gustaría que todas reconociéramos en las demás algo de lo que fuimos entonces; si no, seremos como extrañas.

—¿Cuántas son?

—¿Cuántas qué?

—¡Pues las invitadas de la tía Parvaneh!

—Se encontró a una amiga —balbuceé aturullada, pues no sabía mentir—, y esa

amiga traerá a otras, a las que pueda encontrar. Así que no sé si vendrán una o diez.

—Nunca hablas de tus viejas amigas. ¿Cómo se llama ésa?

—Bueno, tenía amigas y compañeras de clase, por supuesto, pero ninguna tan íntima

como Parvaneh.

—Qué interesante —caviló mi hija—.

No me imagino cómo seremos mis amigas y yo

dentro de treinta años. ¡Una pandilla de ancianitas!

Pasé por alto su comentario mientras pensaba una excusa por si me proponía

acompañarme. Pero Chirin prefería estar con gente de su edad, o incluso quedarse sola en

casa, antes que en compañía de «ancianitas». Al final me puse un vestido de lino marrón y

cintura ajustada y unas sandalias marrones de tacón.

A las cinco y media llegué a casa de mi amiga, que me examinó de pies a cabeza.

—No está mal —dictaminó—. Ven y deja que arregle el resto.

—Oye, te advierto que no quiero parecer chabacana. Soy como soy. Al fin y al cabo,

he vivido una vida y... menuda vida.

—Estás muy guapa como estás —me tranquilizó—. Sólo te añadiré un toque de

sombra de ojos marrón, un poco de perfilador de ojos y rímel. Y debes

darte un toque de

carmín. No necesitas nada más. Que Dios te bendiga, todavía tienes la piel lisa como un

espejo.

—Sí, un espejo resquebrajado.

—Pero las rajitas apenas se ven. Además, Said tiene mala vista. Si quieres, nos

sentaremos dentro, donde hay menos luz, para que no pueda apreciar los detalles.

—¡Basta! Cualquiera diría que intentas endilgarle un artículo defectuoso. Nos

sentaremos fuera, en el jardín.

A las seis en punto oímos el timbre de la puerta. Ambas dimos un respingo.

—Te juro por la vida de mi madre que debe de llevar diez minutos fuera esperando que sean las seis para llamar —aseveró Parnaveh—. Está peor que nosotras.

Pulsó el botón para abrir el portal y se dirigió al jardín. A mitad de camino se detuvo y

se volvió. Yo no me había movido del sitio. Me hizo señas para que la siguiera, pero yo no

podía. Por la ventana la vi acompañar a Said hacia la mesa y las sillas del jardín. Llevaba un traje gris, había engordado un poco y tenía el pelo entrecano. Desde donde estaba no

podía verle la cara. Al cabo de unos minutos, mi amiga entró en la casa.

—¿Qué haces ahí todavía? —me reprendió—. ¡No me digas que vas a salir con la

bandeja del té, como una futura novia!

—¡Cállate! Me va a dar algo. Se me han paralizado las piernas y no he podido seguirte.

—¡Ay, mi pobre niña! ¿Crees que ya podrás honrarnos con tu presencia?

—¡No! ¡Espera!

—¿Qué te pasa? Me ha preguntado si estabas aquí y he dicho que sí. No seas maleducada y sal ahora mismo. Pareces una niña de catorce años.

—Espera a que me serene un poco.

—¡Ay! ¿Y qué quieres que le diga? ¿Que te has desmayado? Va a tomarnos por unas

maleducadas. Está esperándonos.

—Dile que estoy hablando con tu madre y que saldré enseguida. ¡Ay, Dios mío!
¡Ni

siquiera he saludado a tu madre! —Y corrí hacia la habitación de la señora Ahmadi.

Jamás habría pensado que a mi edad sentiría tal pánico. Siempre me había

considerado una persona sensata y tranquila, acostumbrada a los altibajos de la vida. A lo

largo de los años, muchos hombres se habían interesado por mí, pero desde la

adolescencia no estaba tan nerviosa.

—¿Quién ha venido, Masum? —me preguntó la señora Ahmadi.

—Una amiga de Parvaneh —mentí.

—¿La conoces?

—Sí, sí, nos conocimos en Alemania.

—Masum, querida, ¿qué haces que no vienes? —oí que decía Parvaneh desde el jardín

—. Está aquí Said Jan.

Me miré en el espejo y me atusé el pelo. Creo que la señora Ahmadi seguía hablando

cuando salí de su dormitorio. No debía pensármelo mucho, así que salí rápidamente al jardín y, con voz temblorosa pese a mis esfuerzos, dije:

—¡Hola!

Said se levantó de la silla como impulsado por un resorte y se quedó mirándome, muy

tieso. Al cabo de unos segundos volvió en sí y me dijo «Hola». Intercambiamos fórmulas

de cortesía mientras nos tranquilizábamos un poco. Parvaneh entró en la casa por el té y

permanecimos sentados frente a frente sin saber qué decirnos. En su rostro se apreciaba la

huella del tiempo, pero la expresión de sus bonitos ojos castaños era la misma que recordaba y que me había acompañado durante décadas. En general, parecía más sereno y

atractivo. Confiaba en haberle causado la misma impresión. Cuando volvió Parvaneh, seguimos hablando de cosas intrascendentes, hasta que poco a poco fuimos relajándonos y

le pedimos a Said que nos contara dónde había estado y qué había hecho en esos años.

—Bueno, os lo contaré si vosotras también me lo contáis —dijo.

—Yo no tengo nada que contar — aseguró Parvaneh—. Mi vida ha sido muy normal.

Después de terminar los estudios, me casé, tuve hijos (dos hijas y un hijo) y me fui a Alemania. Todavía vivo allí, pero ahora paso mucho tiempo en Irán porque mi madre está

enferma. Si su salud mejora, me la llevaré a Alemania. Ya está. ¿Lo ves? No me ha ocurrido nada interesante ni emocionante. —Entonces, señalándome, añadió—: No como

a ella.

—Pues háblame de tu vida —pidió Said mirándome.

Le dirigí a Parvaneh un gesto suplicante.

—¡No digas nada, por amor de Dios! —exclamó mi amiga. Se volvió hacia Said y le

explicó—: Podría escribirse un libro sobre su vida. Si empieza a hablar ahora, no acabará

hasta pasada la medianoche. Además, para mí, que ya lo sé todo, sería aburrido volver a

oír su historia. Será mejor que nos hables de ti.

—Terminé la carrera un poco más tarde de lo esperado —dijo entonces Said—.

Y

estaba exento del servicio militar, porque mi padre había muerto y, como era el único hijo

varón de mi madre, me convertí en el cabeza de familia. Después de la universidad, regresé a Rezaieh y, con ayuda de mis tíos, abrí una farmacia. Nuestra situación mejoró, el valor de las propiedades de mi padre aumentó; tras ayudar a mis hermanas a casarse, vendí

la farmacia y volví a Teherán con mi madre. Unos antiguos compañeros de clase habían

decidido montar una empresa de importación de productos farmacéuticos, en la que

participé como socio. El negocio creció y empezamos a producir, además, productos cosméticos y sanitarios.

»Mi madre no dejaba de insistir en que me casara, así que al final cedí y me casé con

Nazy, la hermana de uno de mis socios, que acababa de terminar los estudios. Tuvimos hijos gemelos, un par de

diablillos. Educarlos resultó tan difícil que decidí que no quería tener más. Después de la revolución, la situación era muy confusa y el futuro de la empresa no estaba claro. Cuando estalló la guerra, todo se volvió aún más incierto. A la

familia de Nazy, que iba a salir del país, se le metió en la cabeza que nosotros también debíamos irnos. Aunque las fronteras estaban cerradas, mi mujer se empeñó en que saliéramos ilegalmente. Aun así, aguanté dos años, hasta que la situación mejoró. Para entonces mi madre estaba gravemente enferma; creo que la tristeza de saber que pronto me marcharía de Irán precipitó su muerte.

Me deprimí mucho. Vendí cuanto tenía. Lo único sensato que hice fue conservar mis acciones de la empresa. Primero fuimos a Austria, donde se había establecido el otro hermano de Nazy, y vivimos allí hasta conseguir los documentos necesarios para viajar a Estados Unidos.

»Fue difícil empezar de cero, pero nos quedamos y establecimos. Los niños estaban contentos, pues sólo tardaron un par de años en adaptarse a la vida en Norteamérica. Nazy,

que deseaba mejorar su inglés, nos prohibió hablar persa en casa, de modo que nuestros hijos olvidaron casi por

completo su lengua materna. Yo trabajaba muchas horas y llevábamos una vida desahogada. Tenía de todo excepto felicidad. Echaba de menos a mis

hermanas, mis amigos, Teherán y Rezaieh. Nazy tenía a su familia y a sus amigas cerca, y

mis hijos, a sus amigos de la escuela y el barrio, pero vivíamos en un mundo sobre el que

yo nada sabía. Me sentía solo y aislado.

»Cuando acabó la guerra, me enteré de que aquí las cosas habían mejorado y que mucha gente estaba regresando. Y

decidí volver. La empresa seguía funcionando y el mercado se recuperaba. Me reincorporé al trabajo, sintiéndome mejor y animado. Al poco

tiempo compré un apartamento y fui a buscar a Nazy, pero ella no quería volver. Tenía la

excusa perfecta: los niños. Bueno, y llevaba razón. Ya no podíamos apartarlos de una cultura a la que se habían adaptado por completo. Al final decidimos que, como yo podía

ganar más dinero en Irán, me quedaría aquí trabajando, mientras que ella permanecería allí

hasta que los niños fueran mayores. Y así vivimos desde hace seis o siete años. Ahora nuestros hijos ya son independientes y se han ido a vivir a otros Estados; sin embargo, ella no tiene intención de regresar a Irán. Una vez al año voy a verlos y me quedo unos meses;

el resto del año me dedico a trabajar y poco más. Sé que no es una vida muy saludable,

pero no he hecho nada para cambiar las cosas.

Parvaneh me daba pataditas por debajo de la mesa y miraba a Said con una sonrisa traviesa que le conocía muy

bien. Sin embargo, yo sentía lástima por él. Siempre había confiado en que, al menos, acabara siendo feliz, pero por lo visto estaba más solo que yo.

—Bueno, ahora te toca a ti —dijo mirándome.

Le conté que me había casado con Hamid de prisa y corriendo; le hablé de su bondad,

sus actividades políticas, sus años en la cárcel y su ejecución. Le expliqué mi trabajo, mis estudios y lo mucho que había sufrido por mis hijos. Luego le resumí los últimos años y le

conté que mis hijos se habían

independizado y que por fin llevaba una vida tranquila.

Conversando como tres amigos íntimos que hace mucho que no se ven, no nos dimos cuenta de la hora.

Nos sobresaltó el timbre del teléfono. Mi amiga fue a contestar.

—¡Es Chirin! —me avisó desde lejos al cabo de unos segundos—. ¡Dice que son las

diez!

—¿Dónde estás, mamá? —me preguntó mi hija, enfadada—. Por lo visto, pasándotelo

muy bien. Estaba preocupada.

—Me alegro de que por una vez seas tú quien se preocupe. Nos hemos puesto a hablar

y se nos ha hecho tarde.

Cuando salimos a la calle, Said propuso llevarme a casa.

—No hace falta, Masum también ha venido en coche —intervino Parvaneh con su

desenvoltura habitual—. Además, no podéis hablar sin que yo esté delante.

Said rió y yo lancé una mirada asesina a

mi amiga.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? —
inquirió ella—. Quiero saber de qué
habláis.

¿Lo ves, Said Jan? No ha cambiado
nada. De pequeñas, siempre decía: «No
digas eso, es

de mala educación; no hagas eso, es
indecoroso.» Han pasado cincuenta años
y sigue igual.

—¡Basta, Parvaneh! —la reprendí—.
No digas más tonterías.

—Mira, yo digo lo que pienso. Os juro
que si me entero de que os habéis visto

sin que

yo lo sepa, os castigaré. Quiero estar presente en todas vuestras conversaciones.

Said no paraba de reír.

—Por supuesto que lo estarás —dije.

—De acuerdo. Entonces, ¿por qué no quedamos ya para otro día? Y no me vengáis con que no queréis volver a veros.

—La próxima vez podemos quedar en mi casa —propuse para zanjar la discusión.

—Me parece una buena idea —dijo Parvaneh—. ¿Cuándo?

—El miércoles por la mañana. Chirin se marcha a la universidad a las diez y no vuelve hasta última hora de la tarde. Venid a comer.

—¡Estupendo! —exclamó mi amiga, palmoteando—. Pediré a mi hermana que venga

a hacerle compañía a mi madre. ¿Te viene bien el miércoles, Said Jan?

—No quiero causarte molestias —dijo él.

—No será ninguna molestia —repuse—,

sino un placer.

Anotó mi dirección y teléfono y nos despedimos con la idea de vernos dos días más

tarde.

Una vez en mi casa, aún no me había cambiado de ropa cuando sonó el teléfono.

—¡Felicidades! —dijo mi amiga con júbilo—. ¡No tiene esposa!

—Claro que la tiene. ¿No has oído la larga historia que nos ha contado?

—Era la historia de una separación, no

de un matrimonio. ¿No lo has entendido?

—¡Qué mala eres! Pobre hombre... Si Dios quiere, su esposa volverá y todo se arreglará.

—¡Por favor! Después de tantos años, sigo sin saber si de verdad eres estúpida o sólo

lo finges.

—Querida, oficialmente son marido y mujer. No se han separado legalmente ni Said

ha mencionado en ningún momento el divorcio. ¿Cómo te atreves a juzgar con

tal precipitación las relaciones de los demás?

—A ver, ¿cuál es la definición de separación? —insistió—. ¿Solamente te has

separado si has firmado un papel? No, querida. Por lo que atañe a emociones,

preferencias, estilos de vida, espacio y tiempo, llevan siete años separados.

Piensa un poco; ¿de verdad crees que en esa sociedad tan abierta su mujer está allí sola esperando,

llorando sin consuelo por un hombre por quien ni siquiera es capaz de hacer un corto viaje

a Irán? ¿Y crees que ese caballero lleva siete años viviendo tan inocentemente como Jesucristo, limitándose a recordar a su amada?

—Si es como dices, ¿por qué no se han separado legalmente?

—¿Para qué? Ella no es tonta. Tiene un mulo que trabaja, gana un montón de dinero y

se lo envía. Y, además, un mulo que no le causa el menor problema, porque no necesita que le prepare la comida ni la cena, ni que le lave y planche la ropa. Esa mujer tendría que ser muy idiota para dejar a semejante gallina de los huevos de oro. Él, por su parte, o no

ha querido volver a casarse, o tiene bienes en el extranjero, de los cuales tendría que entregarle la mitad a su esposa si se divorciaran. Y de momento no ve ninguna necesidad

de hacerlo.

—¡Dios mío, qué maquinadora eres!

—Conozco muchos casos parecidos —
continuó Parvaneh—. Entre Said y su
mujer

quizá haya muchas cosas que los
diferencian, pero tienen una en común:
nunca volverán a

ser marido y mujer. No lo dudes.

Me preparé para la cita del miércoles con una energía juvenil que creía perdida hacía mucho. Limpié y ordené el apartamento, cociné y me arreglé. Pasamos un día maravilloso

los tres, y a partir de entonces nuestras citas se repitieron hasta acabar adquiriendo relevancia en mi vida.

Volvía a sentirme joven. Cuidaba mi aspecto, me maquillaba y compraba ropa. A

veces hasta hurgaba en el armario de mi hija y le tomaba prestada alguna prenda. El mundo había adquirido un cariz diferente. Tenía un nuevo propósito vital. Todo lo hacía con apasionamiento

y emoción. Ya no me sentía sola, vieja, inútil y olvidada. Estaba rejuvenecida: las arrugas en torno a mis ojos no eran tan evidentes y las de mi boca se

habían atenuado. Tenía la piel más lisa y luminosa. Una agradable ilusión colmaba mi corazón. El teléfono había cobrado un nuevo significado: cuando acudía a contestar, bajaba la voz instintivamente y respondía con palabras entrecortadas y vagas. Esquivaba

las miradas inquisitivas de Chirin, pues sabía que mi hija había percibido los cambios operados en mí, aunque ignorara la causa.

Un día, cuando Parvaneh y yo

llevábamos una semana viendo a Said,
me dijo:

—Mamá, desde que te has reencontrado
con tus viejas amigas estás de mejor
humor.

—Y en otra ocasión bromeó—: Mamá,
te juro que tu comportamiento tiene algo
sospechoso.

—¿Cómo que «sospechoso»? ¿Qué
hago?

—Pues lo que no hacías antes. Te
arreglas, sales, estás contenta, cantas...
No sé, te noto cambiada.

—¿Cambiada? ¿En qué sentido?

—Pareces una jovencita enamorada.

Parvaneh y yo decidimos que era conveniente presentarle a Said. A mi edad, resultaba

impropio que me escondiera y viviera temiendo que mi hija me viera con él.

Pero teníamos que encontrar una excusa para explicar sus visitas. Tras mucho deliberar, decidimos presentárselo como un amigo de la familia de Parvaneh que vivía en el extranjero y había regresado a Irán recientemente, y explicarle que nos veíamos de vez en

cuando por asuntos de trabajo,

aprovechando la casualidad de que Said había traducido unos artículos al persa y me había pedido que se los corrigiera.

Chirin vio a Said en varias ocasiones. Aunque sentía curiosidad por saber qué opinaba

de él, no quería levantar sospechas. Al final fue ella misma quien sacó el tema.

—¿Dónde lo conoció la tía Parvaneh?

—Ya te lo dije, es un amigo de su familia. ¿Por qué?

—Por nada. Es un anciano muy atractivo.

—¿Un anciano?

—Sí, es elegante y refinado. No como la tía.

—¡Qué grosera eres! Todos los amigos y parientes de tu tía Parvaneh son elegantes.

—Entonces, ¿por qué ella es como es?

—¿Que por qué es como es?

—Sí, me refiero a que está un poco chiflada.

—¿No te da vergüenza? —la reprendí

—. No deberías hablar así de tu tía.

¿Tanto te molesta que sea alegre y

graciosa y nos haga sentir jóvenes?

—¡Pues sí! Cuando viene, te vuelves muy desenfadada y no paráis de susurraros al oído.

—¡No me digas que estás celosa!
¿Acaso no puedo tener una amiga?

—No he dicho eso. Me alegro de verte contenta y llena de energía. Lo que pasa es que

la tía se olvida de la edad que tiene.

A lo largo del verano, Said, Parvaneh y yo nos vimos como mínimo en días alternos. A principios de septiembre, Said nos invitó a una finca que había

comprado al norte de Teherán, cerca del monte Damavand, donde pasamos un día precioso y memorable. Las montañas se recortaban contra el cielo y la brisa traía el frío de las cumbres nevadas. La

atmósfera era limpia y fragante; las hojitas de las delgadas ramas de los álamos que bordeaban la finca se agitaban como lentejuelas, cambiando de color bajo el intenso sol.

Cuando el viento soplaba más fuerte, las hojas susurraban de tal modo que parecía una multitud aplaudiéndote a ti, a la vida y a la belleza de la naturaleza. En las orillas de los arroyos florecían macizos de petunias embriagados de su

propio perfume. Los árboles estaban cargados de frutos deliciosos: las manzanas, las peras, las ciruelas amarillas y los aterciopelados melocotones resplandecían. Pocas veces en la vida había deseado que el tiempo se detuviera como aquel día.

Estábamos los tres muy contentos y relajados. Los velos de la cautela y la falta de familiaridad se habían retirado, y conversábamos con entera libertad. Parvaneh, como si fuera mi otra mitad, expresaba lo que me sentía incapaz de verbalizar, y nos hacía reír con su franca espontaneidad. Yo no podía controlar las carcajadas, como si mi risa surgiera de

las partículas más recónditas de mi ser y brotara por iniciativa propia; su sonido me resultaba agradable y extraño . «¿De veras soy yo quien ríe así?», me preguntaba.

Otras veces, a última hora de la tarde, tras un largo y tonificante paseo, nos sentábamos en la terraza del chalet, desde donde se contemplaba una vista magnífica del

ocaso. Un día, estábamos tomando té y pastas cuando Parvaneh dijo:

—Said, me gustaría que me explicaras una cosa. Todos estos años, Masum y yo nos

hemos preguntado por qué desapareciste después de aquella noche. ¿Por qué no volviste?

¿Por qué no enviaste a tu madre a pedir la mano de Masum? De haberlo hecho, ni tú ni

ella habríais tenido que soportar tantas penurias.

Me quedé petrificada. Hasta ese momento habíamos evitado mencionar aquella lejana

noche, porque me habría sentido violenta y, sin duda, Said incómodo.

—¡Parvaneh! —exclamé, sofocando un

grito.

—¿Qué pasa? Creo que hemos intimado lo suficiente como para hablar de cualquier

tema, y sobre todo de algo tan importante que cambió vuestros destinos. Si no quieres, no

contestes, Said.

—No; necesito explicároslo —aseguró él—. De hecho, quería hablar de aquella noche

y de lo que pasó, pero no quería molestar a Masum.

—¿Te vas a molestar, Masum? —me preguntó mi amiga.

—No. La verdad es que no me importaría saber...

—Aquella noche, ajeno a lo que estaba ocurriendo, me hallaba en la farmacia cuando

irrumpió Ahmad y se puso a insultarme. Estaba muy borracho. El doctor Atai intentó tranquilizarlo, pero él lo agredió. Cuando corrí a auxiliar al doctor, Ahmad se abalanzó sobre mí y empezó a propinarme golpes. Los vecinos acudieron enseguida. Yo estaba conmocionado y avergonzado. En aquella época era tan tímido que no me

atrevía ni a fumar en público, y allí estaba Ahmad, acusándome a voz en cuello de haber descarriado a

su hermana. De pronto sacó un cuchillo y los presentes se apresuraron a apartarlo de mí.

Antes de marcharse, me amenazó diciendo que si volvía a verme por allí me mataría. El

doctor Atai me aconsejó que no acudiera al trabajo durante unos días y esperara a que la

situación se calmara. Además, no me encontraba muy bien: apenas podía moverme y tenía

un ojo tan hinchado que casi no veía. Pero mis heridas no eran graves, sólo me dieron unos puntos en un brazo.

»Unos días después, el doctor Atai vino a verme y me dijo que todas las noches Ahmad aparecía en la farmacia, muy borracho, y montaba una escena. Había dicho: “No

me dejasteis matar aquí a ese perro asqueroso, pero en mi casa nadie podrá detenerme.

Mataré a esa desvergonzada, para que ese desgraciado la llore el resto de su vida.”

Entretanto, el doctor Tabatabaii le contó

al doctor Atai que lo habían llamado desde tu casa, que te habían dado una paliza y estabas muy mal. “Vete de la ciudad unos meses.

Hazlo por el bien de esa muchacha inocente. Luego yo mismo hablaré con su padre y podrás ir con tu madre a pedir su mano”, me aconsejó entonces Atai.

»Fui varias veces a tu casa, de noche, y permanecí enfrente con la esperanza de verte

tras una ventana. Al final dejé la universidad, volví a Rezaieh y aguardé las noticias del doctor. Creía que podríamos casarnos y que vivirías allí

conmigo y con mi madre hasta que acabara la carrera. Seguí esperando, pero el doctor no daba señales. Entonces decidí

volver a Teherán e ir a verlo: me dijo que debía seguir estudiando, que tenía toda la vida

por delante y que pronto me olvidaría de lo ocurrido. Pensé que habías muerto, pero entonces él me reveló que tu familia te había casado. Me quedé destrozado. Tardé seis meses en recuperarme y retomar mi vida.

Los frescos días de mediados de septiembre anunciaban el otoño. Parvaneh se preparaba

para regresar a Alemania: su madre estaba mejor y los médicos consideraban que podía viajar sin riesgo para su salud. Estábamos los tres sentados en el jardín de la casa de mi amiga. Yo me había echado un chal fino sobre los hombros.

—Parvaneh, esta vez estoy más triste que nunca por tu partida —le dije—. Me sentiré muy sola.

—¡Que Dios oiga lo que de verdad dice tu corazón! —repuso ella—. ¡Los dos lleváis

tiempo rezando para libraros de mí!
Pero a partir de ahora tendréis que informarme por carta de cada palabra que os digáis. O mejor aún: comprad una grabadora y registrad vuestras conversaciones.

Esta vez Said no rió, sino que, negando con la cabeza, dijo:

—No te preocupes, yo también he de marcharme.

—¿Adónde? —preguntamos al unísono mi amiga y yo, dando un respingo.

—Tengo que volver a Estados Unidos. Siempre viajo a principios de verano y paso tres meses con Nazy y los chicos,

pero este año he ido aplazándolo. Lo cierto es que no

me apetecía nada.

Volví a reclinarme en la silla. Los tres nos quedamos callados.

Parvaneh entró en la casa en busca de té, ocasión que Said aprovechó para coger mi

mano y decirme:

—Antes de marcharme quiero hablar contigo, a solas. Ven a comer conmigo mañana

al restaurante al que fuimos la semana

pasada. Estaré allí a la una.

Sabía lo que quería decirme. El mutuo amor que habíamos sentido años atrás había vuelto a prender. Nerviosa y asustada, entré en el restaurante. Said, sentado a una mesita al fondo de la sala, miraba por la ventana. Tras los saludos de rigor, pedimos la comida. Los

dos estuvimos callados y pensativos. No pudimos acabarnos los platos.

Al final, él encendió un cigarrillo y dijo:

—Masum, ahora ya sabes que fuiste el único amor verdadero de mi vida. El destino

puso muchos obstáculos en nuestro camino, y ambos sufrimos mucho. Pero tal vez el destino quiera recompensarnos y mostrarnos su otra cara. Voy a Estados Unidos para arreglar las cosas con Nazy de una vez por todas. Hace dos años le dije que si no venía a

Irán conmigo tendríamos que divorciarnos. Pero ninguno hizo nada más. Ahora ella ha abierto un restaurante y parece que le va bien. Dice que nos conviene más vivir allí. Sea

como sea, tenemos que decidir qué hacer. Estoy harto de tanta incertidumbre. Si estuviera

seguro de ti y de que te casarás conmigo,

se me aclararían muchas cosas y podría tomar

una decisión. Bueno, ¿qué respondes?
¿Quieres casarte conmigo?

Pese a que no me sorprendió, pues desde el día que nos vimos sabía que en algún momento me plantearía la pregunta, se me hizo un nudo en la garganta y no supe qué responder.

—No lo sé —contesté al fin.

—¿Cómo que no? Después de más de treinta años, ¿aún no eres capaz de tomar una

decisión por ti misma?

—Said, los niños... ¿Qué haré con mis niños?

—¿Niños? ¿Qué niños? Tus hijos ya son mayores y tienen su vida. Ya no te necesitan.

—Pero es que se preocupan mucho por mí y son muy susceptibles. No quiero darles

un disgusto. Su madre, a esta edad...

—Por amor de Dios, pensemos en nosotros por una vez. Al fin y al cabo, también merecemos vivir, ¿no te parece?

—Tengo que hablar con ellos.

—Muy bien, hazlo, pero dime algo en cuanto puedas. Me marcho el sábado de la

semana que viene, no puedo retrasar más el viaje, sobre todo porque tengo que pasar por

Alemania por un asunto de trabajo.

Fui directa a casa de Parvaneh y se lo conté.

—¡Qué traidores! —exclamó mi amiga, gritando y dando brincos—. Al final os

habéis decidido a deciros lo importante sin que yo pudiera presenciarlo. He esperado más

de treinta años para verte la cara cuando Said te propusiera matrimonio, ¡y me habéis traicionado!

—Espera, Parvaneh...

—No importa, os perdono. Pero, por amor de Dios, casaos enseguida, antes de que me

marche. Éste era uno de mis mayores sueños.

—¡Basta, Parvaneh, por favor!

¿Casarme? ¿A mi edad? ¿Qué dirían mis hijos?

—¿Qué van a decir? Les has dado tu juventud, te has desvivido por ellos.

Ahora debes

pensar en ti. Tienes derecho a envejecer al lado de una persona que te quiere. Creo que tus hijos se alegrarán.

—No lo entiendes. Me da miedo que se avergüencen delante de sus cónyuges. He de

pensar en su honor y su reputación.

—¡Basta! —gritó mi amiga—. ¡Basta ya de honor y reputación! ¡Estoy harta de esas

pamplinas! Primero te preocupaba el honor de tu padre, luego el de tus hermanos, después

el de tu marido y ahora el de tus hijos.
Te juro que si vuelves a mencionar el honor, me tiro por la ventana.

—¿Qué ventana? Si vives en una planta baja...

—¿Creías que me tiraría desde lo alto de la Torre Eiffel a causa de los desvelos por el

honor de Su Excelencia? Además, no estarías haciendo nada deshonroso.
Mucha gente se

casa varias veces. Al menos permítete la posibilidad de pasar el resto de tu vida feliz y en paz. A fin de cuentas, también eres un ser humano y tienes tus derechos.

Pasé la noche entera pensando en cómo explicárselo a mis hijos. Intenté imaginar la reacción de cada uno y qué dirían, en el mejor y el peor de los casos. Me sentía como una

adolescente que se planta ante sus padres, pisa fuerte y declara: «Sí, estoy enamorada y quiero casarme con él.» Varias veces había decidido descartar la idea, cerrar los ojos para no ver a Said y continuar viviendo como hasta entonces. Pero su rostro amable y bondadoso, mi miedo a la soledad y la sinceridad de un viejo amor que seguía vivo en nuestros corazones me lo impedían. Iba a costarme mucho alejarme de él. Aunque pasé la

noche dando vueltas en la cama, fue en vano.

—¿Qué? ¿Ya se lo has dicho? —me preguntó Parvaneh cuando me telefoneó a

primera hora de la mañana.

—¡No! ¿Cuándo querías que se lo dijera? ¿En plena noche? Además, todavía no sé cómo plantearlo.

—¡Por favor! ¡Ni que fueran desconocidos! Te pasas la vida hablando con tus hijos.

No me vengas con que no sabes cómo explicarles algo tan sencillo.

—¿Sencillo? ¿Qué tiene de sencillo?

—Primero habla con Chirin, que es mujer y te entenderá mejor. Carece de ese absurdo y excesivo celo de los hombres cuando se trata de sus madres.

—¡No puedo! Esto es muy difícil.

—¿Quieres que se lo diga yo?

—¿Tú? ¡No! Debo reunir el valor necesario para hacerlo yo misma, o dejarlo.

—¿Dejarlo? ¿Estás loca? ¿Después de tantos años encuentras a tu amor de juventud y

ahora quieres dejarlo? ¿Y sin ninguna razón de peso? Mira, voy a tu casa y se lo decimos

juntas a Chirin, ¿de acuerdo? Así será más fácil. Seremos dos contra una... Si es necesario, podemos darle una azotaina. Llegaré al mediodía.

Después de comer, Chirin se vistió y anunció:

—Voy a ver a mi amiga Shahnaz. Volveré enseguida.

—Pero, querida Chirin, ¿justo hoy que he venido a verte? —protestó Parvaneh —.

¿Adónde vais?

—Lo siento, tía, pero estamos haciendo un trabajo juntas. Si lo acabo a tiempo, el próximo será mi último trimestre en la universidad. Volveré antes de que os hayáis despertado de la siesta.

—No me parece bien que dejes plantada a la tía —tercié—. Se marcha dentro de unos días.

—La tía Parnaveh es de la familia —repuso Chirin—. No me iría si no fuera imprescindible, de verdad. Dormid una siestecita y preparad el té. Por el camino

compraré

ese pastel que le gusta tanto a la tía y lo comeremos sentadas en el balcón.

Mi amiga y yo nos tumbamos en mi cama.

—Tu historia parece una película —me dijo.

—Sí, una película india.

—¿Qué tienen de malo las películas indias? Los indios también son personas, ¿no? Y

les pasan cosas.

—Sí, cosas raras, cosas que raramente suceden en la vida real.

—No creo que las películas extranjeras sean menos raras o retraten mejor la vida real.

¿Cómo se llama ese norteamericano? Arnold no sé qué. Bueno, pues él solo destruye todo

un ejército. Y hay otro que derriba a seiscientas personas con una patada de kárate, salta

desde un avión a un tren y luego se sube a un coche y entra volando en un barco, y por el

camino les da una paliza a trescientas personas y sale sin un rasguño.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que Dios, o el destino, o como quieras llamarlo, te ha dado una oportunidad maravillosa. Serías muy desagradecida si no le sacaras todo el provecho posible.

Estábamos sentadas en el balcón cuando llegó Chirin con el pastel.

—Vuelve a hacer un calor horrible — dijo—. Voy a cambiarme.

Miré a Parvaneh con gesto desesperado, pero ella me indicó que me quedara

callada.

Minutos más tarde, mi hija salió al balcón y se sentó. Le serví té mientras se ponía a charlar con nosotras. Parvaneh esperó a que se presentara la ocasión y entonces dijo:

—¿Te gustaría ir a una boda?

—¡Pues claro, qué ilusión! —exclamó mi hija—. Tengo muchas ganas de ir a una

boda decente, una de esas con música y baile, no como las que se celebran en casa del tío

Mahmud y el tío Alí. Pero ¿quién se

casa? ¿Una pareja de novios guapísimos? No soporto

a los novios feos. ¿Son guays?

—Habla bien, hija mía —la reprendí—. ¿Qué significa «guay»?

—Significa moderno y elegante. Es una palabra estupenda, pero que no te gusta

porque la utiliza la gente joven. —Se volvió hacia Parvaneh y añadió—:

Menos mal que

mamá no acabó siendo nuestra profesora de Literatura persa, porque, si no, tendríamos que hablar con la pomposidad de los intelectuales.

—¿Has visto qué lengua tiene, Parvaneh? En cuanto le dices una palabra, mi hija te devuelve diez.

—No os peleéis por tonterías —repuso mi amiga—. Se me hace tarde, tengo que irme.

—Pero ¡si acabo de llegar, tía!

—Tú lo has querido. Ya te he dicho que no te marcharas.

—Pero ¡si todavía no me has contado quién se casa!

—¿Quién te gustaría que se casara?

Chirin se reclinó en el asiento, bebió un

poco de té y dijo:

—No lo sé.

—¿Y qué dirías si se tratara de la boda de tu madre?

Mi hija escupió el té y soltó una carcajada. Parvaneh y yo nos miramos e intentamos

sonreír. Chirin no paraba de reír, como si le hubieran contado un chiste graciosísimo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Parvaneh

—. ¡No tiene gracia!

—Claro que la tiene, tía. ¡Imagínate a

mamá con un traje de novia y un velo,
llegando

a la boda acompañada por un anciano
jorobado con bastón! ¡Supongo que yo le
sujetaría

la cola! Imagínate al vacilante novio
tratando de ponerle el anillo en el
arrugado dedo a la novia con manos
temblorosas. ¡Imagínatelo! ¿No lo
encuentras desternillante?

Humillada y furiosa, agaché la cabeza y
me estrujé las manos.

—¡Basta! —saltó Parvaneh—. Hablas
como si tu madre tuviera cien años. Los

jóvenes os habéis vuelto maleducados y desconsiderados. Y no te preocupes, que el novio

no lleva bastón. De hecho, es mucho más guapo que tu Faramarz.

Chirin nos miró boquiabierta.

—Bueno, no te pongas así —dijo—. Es una escena de una película. A ver, ¿qué has querido decir exactamente?

—Pues que si tu madre decidiera casarse, podría escoger entre muy buenos partidos.

—Por amor de Dios, tía, basta ya. Mi madre es una mujer mayor. Tiene dos

nueras, dos nietos y pronto se despedirá de su única hija. —Se volvió hacia mí y añadió—: Por cierto, mamá, Faramarz dice que están a punto de concederme el permiso de residencia canadiense.

Seguramente vendrá a Irán en enero, aprovechando las vacaciones, para que

podamos celebrar la boda y marcharnos juntos.

Estábamos hablando de la boda de mi hija, así que yo tenía que mostrar cierto respeto.

Pero sólo atiné a negar con la cabeza y decir:

—Ya hablaremos de eso más tarde.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Te has enfadado porque te he llamado vieja? Lo siento. Ha sido

culpa de la tía. Me da mucha risa lo que dice...

—¿Por qué te da risa? —le espetó Parvaneh—. En Occidente, la gente se casa aunque

tenga ochenta años y nadie se ríe. Es más, sus hijos y sus nietos se alegran y lo celebran. Y

tu madre todavía es joven.

—Tía, llevas demasiado tiempo viviendo fuera de Irán y te has

occidentalizado por completo. Aquí las cosas son diferentes. Yo, personalmente, me avergonzaría. Además, a

mi madre no le falta de nada, no tiene ningún motivo para querer casarse.

—¿Estás segura?

—¡Pues claro! Tiene una casa preciosa, su trabajo, viaja y va de vacaciones.

Masud se

ha preocupado de que reciba una pensión, y sus dos hijos varones se aseguran de su bienestar. Además, cuando yo me case vendrá a Canadá para ayudarme a criar a mis hijos.

—¡Oh, qué gran honor! —ironizó Parvaneh, indignada.

No soportaba que siguieran discutiendo. Me levanté, recogí los platos y entré en la casa. Veía a Parvaneh hablar atropelladamente y a Chirin mirándola con odio. De pronto

mi amiga se levantó, cogió su bolso y entró. Mientras se ponía el pañuelo y la gabardina,

me susurró:

—Le he explicado que tus necesidades no se limitan a lo material, que también tienes

necesidades emocionales y sentimentales. Y que el caballero que ha venido a visitarnos aquí varias veces es quien te ha propuesto matrimonio.

Chirin seguía sentada fuera, con los codos sobre la mesa y sujetándose la cabeza con

ambas manos. Cuando Parvaneh se marchó, salí al balcón.

—Mamá, dime que la tía me ha mentido —pidió mi hija, con los ojos humedecidos—.

Dime que no es verdad.

—¿Qué no es verdad? ¿Que Said me

pidió que me casara con él? Sí, es verdad. Pero

todavía no le he respondido.

Chirin suspiró aliviada.

—Es que, tal como lo ha contado la tía Parvaneh, parecía que el trato ya estuviera cerrado. Pero no te casarás, ¿verdad?

—No lo sé. Tal vez sí.

—¡Piensa en nosotros, mamá! Ya sabes cómo te respeta Faramarz. Dice siempre que

eres una mujer decente, desinteresada y

de moral elevada, la clase de madre que uno debería reverenciar. ¿Cómo voy a explicarle que mi madre está buscando marido? Si te casas, destrozarás la imagen que teníamos de ti y que hemos adorado tantos años.

—No estoy planeando ningún crimen ni ningún pecado. No sé por qué tenéis que poner en duda mi naturaleza.

Chirin se levantó, apartó la silla y corrió a su cuarto. Al cabo de unos minutos, por los

pitidos del teléfono supe que estaba marcando un número, imaginé que el de Masud. «Ha

estallado la tormenta», me dije.

Al cabo de una hora llegó mi hijo, muy consternado. Yo estaba sentada en el balcón,

fingiendo leer el periódico. Chirin se puso a hablar con su hermano en voz baja. Al poco

rato, Masud salió al balcón con el ceño fruncido.

—¡Hola, hijo! Me alegro de que hayas venido.

—Lo siento, mamá. He tenido mucho trabajo y los días pasan sin que me dé cuenta.

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué pierdes el tiempo con tanto trabajo administrativo inútil? ¿No se suponía que ibas a montar un negocio y dedicarte al arte y la arquitectura?

No estás hecho para ese trabajo. Pareces mayor de lo que eres y hace mucho que no te oigo reír.

—Estoy demasiado comprometido. Y el padre de Atefeh afirma que nuestro deber de

devotos es ayudar.

—¿Ayudar a quién? ¿Al pueblo? ¿Crees que ayudarías menos a la sociedad si

trabajaras en lo tuyo? De hecho, carecías de experiencia en la administración; no tiene sentido que te ofrecieran ese puesto, ni que lo aceptaras.

—Bueno, dejémoslo —pidió, impaciente—. ¿Qué es esa tontería que me ha contado

Chirin?

—Chirin dice muchas tonterías, ¿a cuál te refieres en concreto?

Entonces salió mi hija con la bandeja del té y se sentó junto a su hermano, como si quisiera trazar claramente la línea que separaba los dos bandos.

—¡Mamá! —refunfuñó—. Se refiere a lo de que un hombre te ha propuesto matrimonio.

Ambos contuvieron la risa y se miraron de reajo. Aunque estaba furiosa, intenté no perder los estribos ni la confianza en mí misma.

—Después de morir vuestro padre, varios hombres me propusieron matrimonio.

—Ya lo sé —dijo Masud—. Algunos eran asombrosamente obstinados. Eras una mujer hermosa y realizada. ¿Crees que no me daba cuenta de las miradas que te lanzaban

y de cómo te perseguían? Igual que cualquier otro niño en la misma situación, tenía pesadillas en las que te casabas con un desconocido. No sabes cuántas noches pasé despierto en la cama imaginando que asesinaba al señor Zargar. Lo único que me tranquilizaba era mi confianza en ti: sabía que nunca nos abandonarías por un hombre, que

eras la madre más sacrificada del mundo, la mejor, y que jamás nos cambiarías por nada y

siempre nos preferirías a nosotros. No entiendo qué pasa ahora, ni cómo ese hombre ha podido influir tanto en ti como para que te olvides de nosotros.

—Nunca me he olvidado ni me olvidaré de vosotros —repuse—. Y eres un hombre

hecho y derecho, así que deja de hablar como un crío con complejo de Electra. Mientras

erais pequeños y me necesitabais, mi deber era dedicaros mi vida. No sé hasta qué punto

fue lo más adecuado, pero sabía que unos chicos jóvenes como vosotros tres no aceptarían

fácilmente la presencia de un padrastro, aunque fuera un excelente guía y me ayudara a sobrellevar las dificultades

cotidianas. Lo único que me importaba entonces era vuestro bienestar y vuestra felicidad. Pero ahora la situación es muy diferente. Sois adultos, he cumplido mi deber lo mejor que he sabido y ya no me necesitáis. ¿No os parece que por

fin tengo derecho a pensar en mi vida, a tomar decisiones acerca de mi futuro y hacer lo

que me haga feliz? De hecho, también sería más fácil para vosotros, pues os libraríais del

inconveniente que supone tener una madre vieja y sola que, con el tiempo, se vuelve más

exigente y cascarrabias.

—No digas eso, mamá, por favor —
pidió Masud—. Eres nuestro mayor
motivo de

orgullo. Para mí sigues siendo la
persona más valiosa del mundo, y hasta
el día de mi muerte seré tu esclavo y
haré cuanto quieras o necesites. Te juro
que si no he venido a verte desde hace
unos días es porque tengo muchísimo
trabajo, pero pienso en ti siempre.

—¡Eso es justo a lo que me refiero! Eres
un hombre casado y con un hijo, y tienes
montones de problemas y
responsabilidades. ¿Por qué pasarte el
día pensando en tu madre? Los tres

tenéis que pensar en vuestra propia vida. No quiero ser causa de preocupación, ni una obligación, ni una carga. Quiero que me veáis acompañada, feliz y

sin ninguna necesidad de que os preocupéis por mí.

—No tiene por qué ser así —repuso Masud—. Nunca te dejaremos sola. Queremos

estar a tu servicio, con amor y respeto, e intentaremos compensarte, aunque sea mínimamente, por lo que hiciste por nosotros.

—Pero ¡es que no deseo eso, hijo mío! No me debéis nada. Sólo quiero pasar el

resto

de mi vida con alguien que pueda darme la paz y la tranquilidad con que siempre soñé.

¿Es pedir demasiado?

—Me sorprendes, madre. ¿No entiendes lo difícil que sería para nosotros?

—¿Difícil? ¿Acaso estaría haciendo algo inmoral e impío?

—Iría contra la tradición, madre, y no está bien. La noticia explotará como una bomba. ¿No te das cuenta de que supondría un escándalo y un motivo de vergüenza para

nosotros? ¿Qué dirían mis amigos, colegas y empleados? Peor aún, ¿podré volver a llevar

la cabeza alta delante de la familia de Atefeh? —Se volvió hacia su hermana y añadió—: Chirin, sobre todo no comentes nada de esto delante de Atefeh.

—¿Y qué pasará si se entera? — pregunté.

—¿Que qué pasará? Que perderá todo el respeto que siente por ti. Dejarás de ser un

ídolo para ella. Se lo contará a sus padres y el ministerio al completo se

enterará.

—¿Y qué?

—¿Sabes qué dirán a mis espaldas?

—No. ¿Qué?

—Dirán: «El jefe tiene un padrastro. ¡A su edad! Anoche puso la mano de su madre en

las de un imbécil.» ¿Cómo soportaré semejante vergüenza?

Se me hizo un nudo en la garganta y no pude seguir hablando; no soportaba que mis

hijos se refirieran así a un amor tan puro y hermoso como el mío. Tenía jaqueca.

Entré en

casa, me tomé un par de analgésicos y me senté en el sofá, a oscuras, con la cabeza echada

hacia atrás.

Chirin y Masud siguieron hablando un rato en el balcón, y luego entraron porque él tenía que marcharse.

—La culpa la tiene la tía Parvaneh, que es una lianta —le dijo Chirin al despedirse—.

A la pobre mamá jamás se le habría

ocurrido nada semejante, pero ella la convenció.

—La tía Parvaneh nunca me ha caído bien —confesó Masud—. Siempre me ha

parecido vulgar. No respeta el decoro. ¡Aquella noche, en nuestra casa, intentó estrechar la mano del señor Magsudi! El pobre hombre no sabía qué hacer. Seguro que si la tía hubiera

estado en la situación de mamá se habría casado ya cien veces.

—Esto no tiene nada que ver con Parvaneh —aseguré, levantándome para encender

una lamparita—. Todo ser humano tiene derecho a decidir qué quiere hacer con su vida.

—Sí, mamá, es cierto —concedió Masud—, pero ¿querrías ejercer tal derecho si te jugaras el honor y la reputación de tus hijos?

—Me duele la cabeza y quiero acostarme —dije—. Y creo que se está haciendo tarde.

Será mejor que vuelvas con tu mujer y tu hijo.

Pese a los sedantes que me tomé, dormí muy mal. Me debatía en un mar de

contradicciones. Por una parte, saber que iba a herir a mis hijos me hacía sentir culpable.

No podía quitarme de la cabeza el rostro cansado y atribulado de Masud y las lágrimas de

Chirin. Pero, por otra, me atraía la fantasía de la libertad; necesitaba librarme, por una vez en la vida, de toda responsabilidad y volar libre por el ancho mundo. El amor que sentía

por Said y el miedo a perderlo por segunda vez oprimían mi corazón.

Cuando amaneció, no tuve fuerzas para levantarme. El teléfono sonó varias

veces y contestó Chirin, pero colgaron sin decir nada. Yo sabía que era Said. Estaba preocupado,

pero no quería hablar con mi hija.

Volvió a sonar el teléfono; esa vez Chirin dijo un frío «Hola» y luego llamó con grosería:

—Ponte, mamá. Es la señora Parvaneh.

—¡Vaya, ahora soy la señora Parvaneh!

—dijo mi amiga cuando cogí el auricular—.

¡Chirin casi me ha insultado!

—Lo siento. No se lo tengas en cuenta.

—Me da igual, la verdad. Pero dime, ¿cómo estás?

—Muy mal. No se me va el dolor de cabeza.

—¿Masud también lo sabe? ¿Se lo ha tomado tan mal como Chirin?

—No, mucho peor.

—¡Qué hijos tan egoístas! Lo único que no les importa es tu felicidad. Claro, ellos no

lo entienden. Pero la culpa es tuya por sacrificarte tanto y ceder a todos sus deseos. Se han vuelto tan insolentes que no conciben que también tú puedas tener

derechos. Dime, ¿qué

vas a hacer?

—No lo sé. De momento, deja que me recupere un poco.

—El pobre Said está consternado. Dice que hace dos días que no sabe nada de ti. Que

cada vez que llama, contesta Chirin. No sabe qué pasa, ni si es más conveniente que hable

con ella o que por ahora mantenga la distancia.

—Dile que no llame más. Ya le

telefonaré más tarde.

—¿Quieres que vayamos los tres a pasear por el parque?

—No, no estoy de humor.

—Sólo me quedaré unos días más y Said también se marchará pronto.

—No puedo. No me encuentro bien, de verdad. Apenas me tengo en pie. Dale recuerdos de mi parte. Te llamaré más tarde.

Chirin, apoyada en el quicio de la puerta, había escuchado mi conversación con

expresión iracunda.

—¿Quieres algo? —pregunté al colgar.

—No.

—Entonces, ¿qué haces ahí plantada como el portero del infierno?

—¿No se marchaba la señora Parvaneh?
¿A qué espera?

—¡Ten cuidado con lo que dices!
Deberías avergonzarte de hablar así de tu tía.

—¿Qué tía? Yo sólo tengo una tía, la tía Fati.

—¡Basta! ¡Si vuelves a hablar así de Parvaneh, te las verás conmigo!
¿Entendido?

—¡Perdona, perdona! —repuso con sarcasmo—. No sabía que tuvieras una opinión

tan elevada de la señora Parvaneh.

—Pues sí, la tengo. Y ahora vete, que quiero dormir.

Siamak telefoneó al mediodía, cosa extraña, pues nunca llamaba a esa hora.

Seguramente Chirin y Masud, impacientes por transmitirle la noticia, ni siquiera habían esperado a que su

hermano volviera a casa del trabajo.

—¿Qué es eso que me han contado mis hermanos? —me preguntó tras un frío saludo.

—¿Qué te han contado?

—Que te ha salido un novio.

—¿Hay algún problema? —repuse con firmeza, aunque oír a mi hijo hablarme en ese

tono me resultaba doloroso.

—Por supuesto. Después de haber estado casada con un hombre como mi padre,

¿cómo puedes pronunciar siquiera el nombre de otro? Estás siendo infiel a su memoria. Yo

no soy como Masud y Chirin: ni perderé mi honor ni me parece raro que una mujer de tu

edad quiera casarse, pero no puedo permitir que la memoria de mi padre mártir quede mancillada. Sus seguidores confían en nosotros para preservar su recuerdo, así que no puedes sustituirlo por un aprovechado.

—¿Eres consciente de lo que estás diciendo, Siamak? ¿Qué seguidores? ¡Hablas como

si tu padre fuera un profeta! Los iraníes que han oído hablar de tu padre pueden contarse

con los dedos de una mano. ¿Por qué exageras tanto? Ya sé que la gente que te rodea fomenta esas ideas, y que como eres inocente y crédulo te gusta interpretar el papel de hijo de un héroe. Pero abre los ojos. A la gente le encanta crear héroes, engrandecen a alguien

para poder ocultarse detrás de él, para que hable por ellos, para usarlo como escudo en caso de peligro, para que sufra los castigos y les dé tiempo a huir. Y eso es justo lo que

hicieron con tu padre. Lo pusieron en

primera fila y lo animaron, pero, cuando fue a parar

a la cárcel, todos huyeron, y cuando lo mataron, negaron tener nada que ver con él. Y a

continuación se dedicaron a criticarlo y enumerar sus errores. ¿Y qué nos aportó a nosotros el heroísmo de tu padre? ¿Quién llamó a nuestra puerta para interesarse por cómo

se las arreglaba la familia de su héroe? Los más intrépidos apenas mascullaban un saludo

cuando nos cruzábamos con ellos por la calle.

»No, hijo mío, no necesitas a ningún héroe. Puedo entender que tuvieras esa obsesión

de pequeño, pero ahora eres un hombre hecho y derecho y no necesitas serlo tú ni seguir a

uno. Debes valerte por ti mismo y contar con tu inteligencia y tus conocimientos para escoger a los líderes a quienes apoyar; y en cuanto creas que toman la dirección equivocada, retirarles tu voto. No debes seguir a ninguna persona ni ninguna ideología que

te exija aceptarlo todo ciegamente. No te hacen falta mitos. Tus hijos deben verte como alguien sólido capaz de

protegerlos, no como alguien que todavía necesita que lo protejan.

—¡Bah! Mamá, tú nunca entendiste la grandeza de nuestro padre ni la importancia de

su lucha.

Siempre que quería convertir a Hamid en un gigante, lo llamaba «padre» en lugar de

«papá», como si esta última fuera una palabra demasiado insignificante para semejante

titán.

—Y tú jamás entendiste el suplicio que sufrí por él —repliqué—. Abre los ojos, hijo.

Sé realista. Tu padre fue un buen hombre, pero, al menos en lo relativo a su familia, tuvo

fallos y debilidades. Nadie es perfecto.

—Todo lo que hizo mi padre lo hizo por el pueblo —argumentó Siamak—.

Quería

crear un país socialista donde hubiera igualdad, justicia y libertad.

—Sí, y yo vi cómo el país en que se inspiraba, la Unión Soviética, se

derrumbaba transcurridos sólo setenta años. Su pueblo enfermó por falta de libertad. Cuando ese país

se disolvió, pasé días llorando y meses preguntándome por qué había muerto tu padre exactamente. Tú no viste a los ciudadanos de las repúblicas meridionales de esa superpotencia que venían a Irán buscando desesperadamente un trabajo; no viste su desaliño, su aturdimiento, su ignorancia. ¿Fue ésa la Medina por la que tu padre entregó su vida? Me alegro de que no llegara a enterarse de en qué se convirtió el principal impulsor de sus esperanzas.

—Madre, ¿qué sabrás tú de política? Además, no te he llamado para hablar de eso. El

problema eres tú y tus planes. No soportaría que alguien ocupase el lugar de mi padre, nada más. —Y colgó.

Discutir con Siamak no sirvió de nada. Su problema no era yo, sino su padre, ídolo ante el cual tenían que sacrificarme.

A última hora de la tarde, vinieron a casa Masud, Atefeh y su adorable hijo, que me recordaba mucho a Masud de pequeño.

—Bienvenida, querida Atefeh —dije,

cogiendo en brazos a mi nieto—.

Llevaba

tiempo sin ver a este rubito.

—Es culpa de Masud —replicó ella—, que tiene muchísimo trabajo. Hoy ha

cancelado una reunión y ha vuelto pronto a casa porque quería venir a verte, ya que no te

encontrabas bien. Como hacía tiempo que no te veía y estaba aburrida, he insistido para que me dejara acompañarlo.

—Y has hecho bien. Os echaba de menos a ti y a mi nietecito.

—Siento que te encuentres mal —dijo Atefeh—. ¿Qué te ocurre?

—Ah, nada. Tenía una migraña terrible, pero mis hijos son unos exagerados. No quería causaros molestias.

—Por favor, mamá, no es ninguna molestia —terció Masud—. Es nuestra obligación.

Perdona, pero últimamente he estado muy ocupado y no te he cuidado como debería.

—No soy ninguna cría y no has de cuidar de mí —repuse con aspereza—. Todavía me

valgo por mí misma, y tú tienes mujer e hijo de los que ocuparte. No quiero que dejes el

trabajo y vengas a verme sólo para cumplir con tu deber, lo cual hace que me sienta aún

más incómoda.

Atefeh nos miró sin comprender; cogió en brazos a su hijo, que lloraba, y fue a

cambiarlo. Me levanté y me dirigí a la cocina, mi refugio habitual. Me puse a lavar fruta, dándole tiempo a Chirin para poner al día a su hermano y planear su siguiente movimiento. Cuando Atefeh volvió a la sala de estar, trató de

descifrar la críptica conversación que su marido y su cuñada mantenían en susurros.

—¿Quién decís que se casa? —preguntó al final, como si ya hubiera oído bastante.

—¡Nadie! —saltó Masud, aturullado.

—Una vieja amiga de mamá que enviudó hace años —explicó mi hija, acudiendo en

su rescate—. Ahora, pese a tener yernos y nueras y nietos, se le ha metido en la cabeza volver a casarse.

—¡Cómo! —exclamó Atefeh—. ¡Es

increíble lo que hacen algunas mujeres!
¿Por qué

no les explican que a su edad deben
dedicarse a las buenas obras y a cumplir
debidamente

sus oraciones y ayunos? Tendrían que
estar pensando en Dios y en el más allá
y en cambio

todavía se entretienen con caprichos y
fantasías. ¡Es asombroso!

De pie con el cuenco de fruta en las
manos, escuché el elocuente sermón de
Atefeh.

Masud miró a Chirin y esquivó mi

mirada.

—¿Por qué no le decís a esa mujer que se compre una tumba y se meta en ella?
—

solté, poniendo el cuenco sobre la mesa.

—¿Qué quieres decir, mamá? —me censuró Masud—. La vida espiritual es mucho

más gratificante que la material. A cierta edad, uno también debería esforzarse por experimentar ese tipo de vida.

Por la actitud de mis hijos comprendí por qué a las mujeres no les gusta revelar su edad y

la mantienen en secreto.

Al día siguiente, cuando me preparaba para ir a casa de Parvaneh, Chirin entró en mi

habitación, vestida y arreglada, y anunció:

—Voy contigo.

—No. No hace falta.

—¿No quieres que te acompañe?

—¡No! Desde que tengo uso de razón siempre he llevado detrás un vigilante. Y lo odio. Me gustaría que dejarais de comportaros así; si no, me iré a las

montañas o al desierto, donde nunca me encontraréis.

Mientras mi amiga hacía las maletas, le conté lo ocurrido.

—Es increíble lo rápido que nuestros hijos quieren mandarnos al otro mundo

—
comentó—. Me sorprende la reacción de Siamak, ¿tanto le cuesta entenderlo?
¿Cómo te ha

maltratado el destino!

—Mi madre siempre decía: «El destino de cada uno está determinado, le ha sido

reservado y no cambiará aunque el cielo se derrumbe sobre la tierra.» A menudo me pregunto sobre el destino que me tocó en suerte. ¿Es un destino independiente? ¿O

siempre he formado parte del que regía las vidas de los hombres de mi vida, que, cada uno a su manera, me sacrificaron en el altar de sus creencias y objetivos? Mi padre y sus hermanos me sacrificaron por su honor; mi marido, por su ideología y sus metas, y pagué el precio por los gestos heroicos y los deberes patrióticos de mis hijos.

»Pero ¿quién era yo? ¿La esposa de un insurgente y un traidor o la de un héroe

en lucha por la libertad? ¿La madre de un disidente o la abnegada madre de un combatiente

por una noble causa? ¿Cuántas veces me pusieron en un pedestal y luego me derribaron?

Y en realidad no merecía ni una cosa ni la otra. No me ensalzaban por mis habilidades y

mis virtudes, ni me castigaban por mis errores.

»Es como si yo nunca hubiera existido, como si no tuviera ningún derecho.

¿Cuándo

he sido dueña de mi vida? ¿Cuándo he trabajado para mí misma? ¿Cuándo he ejercido el

derecho a escoger y decidir? ¿Cuándo me han preguntado qué era lo que yo quería?

—Ya veo que has perdido el coraje y la seguridad en ti misma. Nunca te has quejado

así; no es propio de ti. Debes plantarles cara y vivir tu vida.

—Mira, es que no quiero. No es no que no pueda: claro que puedo, pero ya no me da

ningún placer. Me siento derrotada, como si nada hubiera cambiado en los últimos treinta

años. Pese a tanto sufrimiento, ni siquiera he conseguido cambiar las cosas en mi propia

casa. Lo menos que podía esperar de mis hijos era un poco de comprensión y compasión.

Pero no, no están dispuestos a considerarme una persona con ciertos derechos. Sólo soy válida como madre a su servicio. Acuérdate del viejo refrán: «Nadie nos quiere por nosotros mismos, sino para sí mismos.» Mi felicidad y mis deseos no les importan.

»Carezco de la pasión y el entusiasmo necesarios para embarcarme en este

matrimonio. De alguna manera, he perdido la ilusión. La actitud de mis hijos ha empañado

mi relación con Said. Si aquellos que yo creía más próximos a mí, quienes creía que me

querían, a los que he criado con esfuerzo, hablan así de mí y de Said, imagínate qué dirán

los demás. Imagínate cómo nos arrastrarán por el lodo.

—¡Que se vayan al infierno! Que digan

lo que quieran, ¡no debes hacerles caso!
Sé fuerte y vive tu vida. El pesimismo
no te sienta nada bien. Tienes que ver a
Said.

Levántate y llámalo. El pobre está
preocupadísimo.

Esa tarde, Said vino a verme a casa de
Parvaneh. Mi amiga ya no se sentía
cómoda participando en nuestras
conversaciones, así que se ocupó de sus
tareas.

—Lo siento mucho, Said —dije—. No
podemos casarnos. Estoy condenada a
no

experimentar la felicidad ni llevar una

vida tranquila.

—Este amor fatídico destrozó mi juventud —repuso Said, abatido—. En el fondo,

hasta en las mejores épocas me sentía triste y solo. No digo que nunca me interesara por

otras mujeres, ni que jamás amara a Nazy, pero tú eres el amor de mi vida. Cuando volví a

encontrarte creí que Dios me había dado por fin su bendición y que quería mostrarme lo

mejor de la vida en estos años. Los días

más felices que he conocido han sido los que hemos pasado juntos estos dos meses. Ahora me será muy difícil renunciar a ti. Me siento

más solo que nunca, te necesito más que nunca. Te ruego que lo reconsideres. No eres

ninguna cría, ya no eres aquella niña de dieciséis años que necesitaba el permiso paterno: puedes decidir sola. No me dejes caer otra vez.

—Pero ¿y mis hijos? —inquirí, a punto de llorar.

—¿Estás de acuerdo con sus opiniones?

—No. Para mí, su razonamiento no tiene ningún sentido; está basado en el egoísmo y

el interés personal. Pero, dado su modo de pensar, me censurarán y sufrirán, se quedarán

desconsolados y aturcidos. No soporto verlos sufrir. ¿Cómo voy a hacer algo a sabiendas

de que se sentirán avergonzados, humillados y apenados? Me sentiré culpable de que sus

cónyuges, colegas y amigos los miren con desprecio y desdén.

—Quizá se sientan así un tiempo, pero pronto lo olvidarán.

—¿Y si no lo olvidan? ¿Y si ese sentimiento permanece en sus corazones el resto de

sus vidas? ¿Y si daña la imagen que tienen de mí?

—Tarde o temprano, todo volverá a su cauce —arguyó Said.

—¿Y si no?

—Pero ¿qué podemos hacer? A lo mejor es el precio que hemos de pagar por nuestra

felicidad.

—¿Y tienen que pagarlo mis hijos? No. No puedo.

—Por una vez, haz lo que te dicta el corazón y libérate —me suplicó.

—No, querido Said. Yo... no soy así.

—Creo que utilizas a tus hijos como excusa.

—No lo sé, quizá. A lo mejor me falta valor. No esperaba una reacción tan dura por su

parte; ha sido degradante. Ahora mismo estoy demasiado cansada y deprimida

para tomar

una decisión tan importante. Me siento viejísima. Y no quiero hacer nada por rencor ni para demostrar mi fuerza. Lo siento, pero en estas circunstancias no puedo darte la respuesta que deseas.

—Pero, Masum, volveremos a perdernos...

—Ya lo sé. Es como si estuviera suicidándome, y no es la primera vez... Pero ¿sabes

qué es lo más terrible?

—¿Qué?

—Que ambas veces fue un ser querido quien me produjo esta especie de muerte.

Parvaneh volvió a Alemania.

Vi a Said unas cuantas veces más. Le hice prometer que se reconciliaría con su mujer

y se quedaría en Estados Unidos. Al fin y al cabo, tener una familia, aunque no sea la más

cariñosa, es mejor que no tener a nadie.

Tras despedirme de él, me marché a casa. Soplaban un frío y racheado viento otoñal.

Estaba cansada. Mi mochila de soledad pesaba más que nunca y mis pasos eran más

vacilantes y débiles. Me ceñí la rebeca negra y alcé la vista al cielo gris. ¡Qué invierno tan duro tenía por delante!

Personajes

Abuela Abuela paterna de Masumeh

Abuelita Aziz Abuela materna de Masumeh

Ahmad Hermano mediano de Masumeh

Alí Hermano menor de Masumeh

Ardalan Hijo de Parvaneh

Ardeshir Hijo de Mansureh

Asgar Aga Uno de los pretendientes de
Masumeh

Atefeh Esposa de Masud, hija del señor
Magsudi

Bahman Jan Marido de Mansureh

Bibi Abuela paterna de Hamid

Charzad Amiga de Hamid y colíder de
la organización comunista (la tía Cheri)

Chirin Hija de Masumeh

Dariush Hermano menor de Parvaneh

Doctor Atai Farmacéutico del barrio

Dorna Hija de Siamak y Lili, primera nieta de Masumeh

Ehteram-Sadat Prima materna de Masumeh, esposa de Mahmud

Faramarz Abdolahi Prometido de Chirin

Farzaneh Hermana menor de Parvaneh

Fati Hermana menor de Masumeh

Firuzeh Hija de Fati, sobrina de Masumeh

Golam-Alí Hijo mayor de Mahmud

Golam-Hosein Hijo menor de Mahmud

Haji Aga Marido de la señora Parvin

Hamid Soltani Marido de Masumeh,
activista comunista

Josrow Marido de Parvaneh

Ladan Prometida de Masud

Laleh Segunda hija de Parvaneh

Lili Hija de Parvaneh

Mabubeh Prima paterna de Masumeh

Mahmud Hermano mayor de Masumeh

Manijeh Hermana menor de Hamid,
cuñada de Masumeh

Mansureh Hermana mayor de Hamid,
cuñada de Masumeh

Masud Hijo menor de Masumeh

Masumeh Sadegui Narradora y
protagonista de la novela (también
llamada Masum)

Mehdi Marido de Charzad y colíder de
la organización comunista

Mohsen Jan Marido de Mabubeh

Monir Hermana menor de Hamid,
cuñada de Masumeh

Mostafá Sadegui Padre de Masumeh
(Aga Mostafá)

Nazy Esposa de Said

Parvaneh Ahmadi Mejor amiga de
Masumeh

Sadeg Jan Marido de Fati, cuñado de
Masumeh

Said Zareii Empleado de la farmacia del
doctor Atai

Señor Magsudi Soldado compañero de
Masud en el frente y, más adelante, su

jefe y suegro

Señor Motamedi Vicepresidente del organismo donde trabaja Masumeh

Señor Shirzadi Director de un departamento del organismo del gobierno donde trabaja Masumeh Señor Zargar Supervisor de Masumeh en el organismo del gobierno

Señora Parvin Vecina de la familia de Masumeh

Señores Ahmadi Padres de Parvaneh

Siamak Primogénito de Masumeh

Sohrab Marido de Firuzeh

Tayebeh Madre de Masumeh

Tía Gamar Tía materna de Masumeh

Tío Abbas Tío paterno de Masumeh

Tío Asadolá Tío paterno de Masumeh

Tío Hamid Tío materno de Masumeh

Zahra Hija de Mahmud

Zari Hermana mayor de Masumeh,
fallecida con ocho años

Escenarios

Ahvaz: capital de la provincia
occidental de Juzestán, cerca de la

frontera Irán-Iraq.

Ghazvin: ciudad importante del norte de Irán.

Golab-Darreh: ciudad al norte de Teherán, en los montes Elburz.

Kermanshah: capital de la provincia de Kermanshah, en el oeste de Irán.

Mashad: ciudad del nordeste de Irán, cerca de las fronteras de Afganistán y Turkmenistán;

considerada santa por albergar el santuario del imán Reza.

Monte Damavand: cumbre más alta de

los montes Elburz, en el norte de Teherán.

Qum: ciudad al sudoeste de Teherán y centro del chiísmo. Considerada santa por albergar

el santuario de Fatima al-Masumeh.

Rezaieh: ciudad del noroeste de Irán, capital de la provincia de Azerbaiyán Occidental.

Tabriz: capital de Azerbaiyán Oriental, en el norte de Irán.

Zahedan: capital de la provincia de Sistán y Beluchistán, cerca de la frontera con Pakistán y Afganistán.

LMDLL2014

El libro de mi destino

Parinoush Saniee

ISBN edición en papel: 978-84-9838-595-3

ISBN libro electrónico: 978-84-15630-66-1

Depósito legal: B-9.118-2014

Primera edición en libro electrónico (epub): agosto de 2014

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan

rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como

alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *Sahme Man*

Traducción del inglés: Gemma Rovira Ortega

Copyright © Parinoush Saniee, 2003

*Copyright de la edición en castellano
© Ediciones Salamandra, 2014*

Publicaciones y Ediciones Salamandra,
S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018
Barcelona - Tel. 93 215 11 99

Contenido

Portada

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

Personajes

Escenarios

Créditos

Document Outline

- [Portada](#)
- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [Personajes](#)
- [Escenarios](#)
- [Créditos](#)